

An abstract painting of a man walking towards the viewer. The man is wearing a white t-shirt and dark pants. The background is a mix of warm and cool colors, with orange and yellow on the left and blue and purple on the right. The style is expressive, with visible brushstrokes and a textured surface.

CHANGÓ, EL GRAN PUTAS

MANUEL ZAPATA OLIVELLA

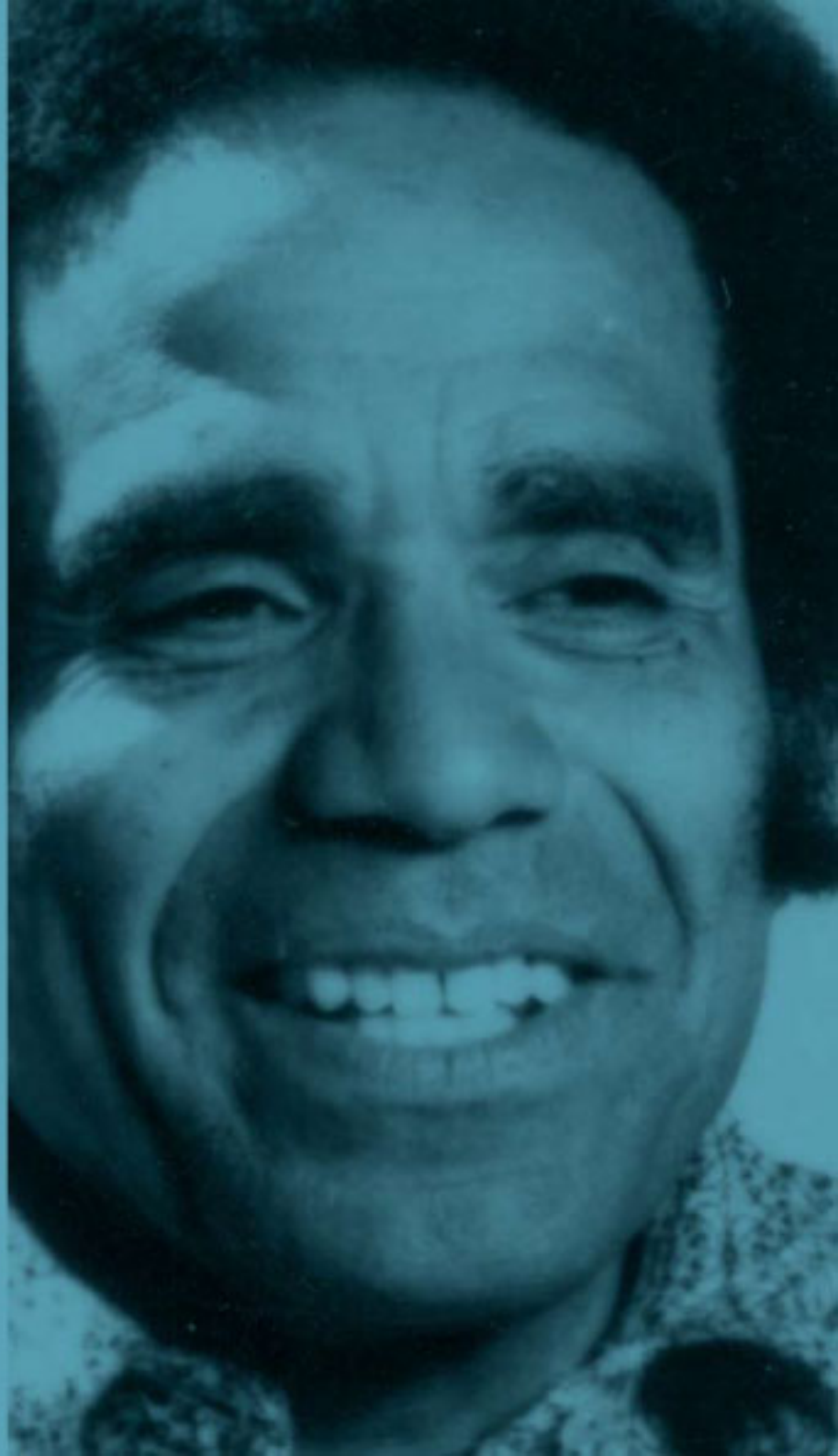


Libertad y Orden

Ministerio de Cultura
República de Colombia

BIBLIOTECA DE
LITERATURA
AFROCOLOMBIANA

MINISTERIO DE
CULTURA DE
COLOMBIA



MANUEL ZAPATA OLIVELLA

CHANGÓ, EL GRAN PUTAS

MANUEL ZAPATA OLIVELLA

TOMO III

BIBLIOTECA
DE LITERATURA
AFROCOLOMBIANA

MINISTERIO
DE CULTURA

MINISTERIO DE CULTURA
REPÚBLICA DE COLOMBIA

Paula Marcela Moreno Zapata
MINISTRA DE CULTURA

María Claudia López Sorzano
VICEMINISTRA DE CULTURA

Enzo Rafael Ariza Ayala
SECRETARIO GENERAL

Clarisa Ruiz Correal
DIRECTORA DE ARTES

Melba Escobar de Nogales
COORDINADORA
ÁREA DE LITERATURA

Viviana Gamboa Rodríguez
COORDINADORA
PROYECTO BIBLIOTECA DE
LITERATURA AFROCOLOMBIANA

APOYAN
Dirección de Poblaciones
Biblioteca Nacional de Colombia

COLECCIÓN DE LITERATURA
AFROCOLOMBIANA

COMITÉ EDITORIAL
Roberto Burgos Cantor
Ariel Castillo Mier
Darío Henao Restrepo
Alfonso Múnera Cavadía
Alfredo Vanín Romero

MINISTERIO DE CULTURA
Carrera 8 N° 8-09
Línea gratuita 01 8000 913079
☎ (571) 3424100
Bogotá D.C., Colombia
www.mincultura.gov.co

ÍNDICE

PRÓLOGO

Los hijos de Changó. La epopeya de la negritud en América	11
Darío Henao Restrepo	

CHANGÓ, EL GRAN PUTAS

PRIMERA PARTE

Los orígenes

I. La tierra de los ancestros	41
II. La trata	82
III. La alargada huella entre dos mundos	108

SEGUNDA PARTE

El muntu americano

I. Nacido entre dos aguas	151
II. Hijos de Dios y la Diabla	174
III. ¡Cruz de Elegba, la tortura camina!	206

TERCERA PARTE

La rebelión de los vodús

I. Hablan los caballos y sus jinetes	242
II. El tambor de Bouckman	270
III. Libertad o muerte	284

CUARTA PARTE

Las sangres encontradas

I. Simón Bolívar: Memoria del olvido	314
II. José Prudencio Padilla: Guerras ajenas que parecen nuestras	323
III. El Aleijadinho: Donde quiera que tus manos sin dedos dejen la huella de tu espíritu	375
IV. José María Morelos: El llamado de los ancestros olmecas	406

QUINTA PARTE

Los ancestros combatientes

I. El culto a los ancestros	443
II. Los fabricantes de centellas	482
III. La guerra civil nos dio la libertad, la libertad nos devolvió la esclavitud	569
IV. ¡Oye: los orichas están furiosos!	608

Cuaderno de bitácora	646
----------------------	-----

Los hijos de Changó, la epopeya de la negritud en América

DARÍO HENAO RESTREPO
UNIVERSIDAD DEL VALLE

In memoriam Augusto Díaz Saldanha

LA MARCA DE ÁFRICA

La presencia africana no puede reducirse a un fenómeno marginal de nuestra historia. Su fecundidad inunda todas las arterias y nervios del nuevo hombre americano

MANUEL ZAPATA OLIVELLA¹

UNA TARDE FRENTE a la bahía de Santa Marta, Manuel me contó que mientras escribía *Changó, el gran putas*, sintió la necesidad de ir al África, el punto de partida de esa diáspora brutal que empujó a millones de seres humanos como esclavos a las Américas. El proceso creativo le pedía ese viaje a la tierra de los ancestros, pues le urgía atar muchos cabos sueltos sobre la saga que venía investigando hacía más de veinte años para su novela. Allí empezaba la historia que se proponía recabar contra el olvido. Sus múltiples lecturas, sus

1 (Olivella, 1997: 143).

andanzas por los universos afroamericanos y el trato con los más destacados intelectuales y artistas negros del siglo xx,² lo llevaron a la profunda convicción de que en los horrores de la travesía trasatlántica venía incubada la resistencia, la lucha por la libertad y la solidaridad, circunstancias que los africanos enfrentaron con sus dioses y sus lenguas hasta donde les fue posible. Por eso decidió iniciar la novela con un poema épico «*La tierra de los ancestros*» que da cuenta de los dioses tutelares de la religión yoruba y toda su cosmovisión. Esta es la concepción de mundo que ordena toda la trama histórica de la novela y el destino de los esclavos africanos que llegaron a América en los barcos negreros, según la explicación mítica, por la maldición de Changó. Apuesta ambiciosa, pues este santoral del cual tan poco quedó en Colombia, a diferencia de países como Cuba, Haití o Brasil, dificulta mucho la lectura de la novela

- 2 En los años cuarenta, cincuenta y sesenta, Zapata conoció y trabajó amistad con destacadas figuras afroamericanas, entre muchos, como Langston Hughes, el poeta norteamericano; Abdías do Nascimento, sociólogo brasileiro; Nicomedes Santacruz, poeta y folclorista peruano; Aimé Césaire, el poeta y ensayista de martinica; Nicolás Guillén, poeta cubano; Léopold Sédar Senghor, poeta y presidente de Senegal; Franz Fanon, pensador de Martinica autor de *Los condenados de la tierra*; Alejo Carpentier, novelista y musicólogo cubano; León Goutran Damas, poeta guyanés y el poeta y ensayista de Martinica, Édouard Glissant, entre otros. Todos hicieron parte de ese movimiento que en el siglo xx se propuso rescatar el papel y el aporte de África al mundo occidental, con toda la crítica a los modelos de explotación colonialista y la reivindicación de los derechos civiles de los negros y las luchas de liberación nacional de los países africanos. En Colombia, junto a Zapata Olivella, intelectuales y artistas, hijos de la diáspora africana —Rogerio Velásquez, Aquiles Escalante, Sofonías Yacup, Natanael Díaz, los hermanos de Manuel, Juan y Delia, Jorge Artel, Arnoldo Palacios, Carlos Arturo Truque, Diego Luis Córdoba y Valentín Moreno Salazar— fueron los que desde los años cuarenta lucharon por el reconocimiento e inclusión de los negros en la sociedad colombiana, movimiento que tiene su culminación como acto de justicia poética en *Changó, el gran putas*.

para el lector no familiarizado.³ Lo que no ocurre, por ejemplo, con *Cien años de soledad* cuya compleja trama está construida sobre el gran código de la Biblia y la mitología grecoromana. Por supuesto, también con algunas de las tradiciones aborígenes y africanas que se entremezclaron con las europeas. En el caso de Zapata, su decisión lo llevó a reivindicar el mundo de los africanos en el nuevo continente desde lo más profundo de sus cosmovisiones, representación de la cual emerge una vigorosa épica y un fuerte sentimiento de malungaje,⁴ de solidaridad entre todo el movimiento afrodiaspórico llegado a las Américas.

La oportunidad de ir a la tierra de los ancestros se presentó en enero de 1974 con la invitación para participar en el coloquio *La negritud y América Latina* en Dakar, la capital de Senegal, convocado por su amigo el presidente del país, el poeta y filósofo Léopold Sédar Senghor.⁵ Los invitados al coloquio fueron llevados por Senghor a

- 3 He tenido la gratificante experiencia, en mis cursos de literatura colombiana en la Universidad del Valle, de ver cómo los estudiantes se enamoran del universo de *Changó, el gran putas* una vez conocen el contexto de toda la mitología africana que lo organiza. Inducción para la que es de gran ayuda el libro de Manuel Zapata Olivella, *El árbol brujo de la libertad. África en Colombia. Orígenes, transculturación, presencia. Ensayo histórico mítico*.
- 4 Malungaje es un concepto proveniente de la palabra *malungo*, tal como la rescata el investigador guyanés Jerome Branche, de los pueblos bantúes de África central, hablantes de kikongo, umbundu y kimbundu y en el que al menos se cruzan y combinan tres ideas: de parentesco o de hermandad en su sentido más amplio; de una canoa grande; y, finalmente, de infortunio. Para los hablantes bantúes que hicieron la travesía atlántica significaba compañero de barco (*Revista Poligramas*, 2009).
- 5 Según el propio Zapata, el coloquio propició un dinámico clima de confrontaciones sobre la identidad afroamericana; negritud e indigenismo; aportes socioculturales; religión; lingüística, cultura, folclor, música; y el rol de los afroamericanos en las luchas emancipadoras. Las delegaciones por países —América Latina, África y Europa— y la

visitar, al frente de Dakar, la pequeña isla de Goré, donde se conserva el reducto amurallado de lo que fuera una fortaleza prisión en la cual eran recluidos los africanos cazados en los antiguos reinos del Níger, a la espera de los barcos negreros que los llevarían al «viaje de nunca retorno».⁶ Los Estados africanos declararon la isla de Goré un monumento continental para conmemorar la partida de los millones de hijos de África hacia América. En las calles de la ciudad, cuenta Zapata, al tañer de la *kora*, los *griots* revivían en sus relatos los lamentos y cantos de los prisioneros despidiéndose para siempre de su África natal. Esto lo llevó a pedirle al presidente Senghor que lo dejara pasar una noche desnudo en una de las oscuras y sofocantes bóvedas de la fortaleza de la isla Goré. Se sentía un elegido por alguno de los orichas del panteón yoruba para cumplir el acto sacramental de padecer y rememorar allí, toda la noche, los suplicios sufridos por sus antepasados. Las razones que le dio al Presidente fueron conmovedoras:

Llevo varios años escribiendo una novela sobre la epopeya de la negritud en América, la que se inicia precisamente aquí, en esta «Casa de los Muertos». Quisiera pasar la noche desnudo sobre las piedras lacerantes, hundirme en las úlceras y los llantos de mis ancestros durante la larga espera de los barcos para ser conducidos

variedad de sus representantes permitieron un riquísimo intercambio interdisciplinario y de puntos de vista (...). Se encontró en la fuente común de África una respuesta a su propia identidad (Zapata, 1997: 98).

6 Los otros lugares desde donde operaba el comercio de esclavos hacia América a lo largo del litoral africano fueron, además de la isla de Goré, Cacheo, Cabo Corso (más tarde, Cape Coast), Ajudá, Ofra, Bonny, Old Calabar, Loango, Pinda y Luanda. Estos lugares de embarque fueron los responsables por la mayor parte de la trata para las Américas en los siglos XVI y XVII. Existen muchos relatos de levantamientos de los prisioneros en esos puertos de embarque y de los cuales *Changó*, el gran putas da cuenta en su primera parte (Costa e Silva, 2002).

a Cartagena de Indias, donde nació y donde preservamos su aliento y su memoria.

Esta era la experiencia vital que le faltaba para darle solución poética al mundo que recrearía en la novela. El relato de lo sucedido habla por sí solo.

Esa noche, sobre la roca, humedecido por la lluvia del mar, entre cangrejos, ratas, cucarachas y mosquitos, a la pálida luz de una alta y enrejada claraboya, luna de difuntos, ante mí desfilaron jóvenes, adultos, mujeres, niños, todos encadenados, silenciosos, para hundirse en las bodegas, el crujir de los dientes masticando los grillos. Las horas avanzaban sin estrellas que pusieran término a la oscuridad. Alguien, sonriente, los ojos relampagueantes, se desprendió de la fila y, acercándose, posó su mano encadenada sobre mi cabeza. Algo así como una lágrima rodó por su mejilla. ¡Tuve la inconmensurable e indefinible sensación de que mi más antiguo abuelo o abuela me había reconocido! (Zapata, 1997: 99-100).

Esa noche resolvió, por esos misterios de la creación, toda la organización de su novela, imaginó un mundo que estaría tutelado por los dioses de sus ancestros africanos.

LOS DIOSSES TUTELARES

De Odumare, creador del Universo, fuente de luz y oscuridad, semilla de vida y muerte, provienen todos los dioses del panteón africano, que como los de otras cosmogonías, cada uno simboliza uno o varios aspectos de la vida y son protectores de los seres humanos. En *Changó, el gran putas* aparecen ejerciendo sus roles sobre el destino de los africanos que llegaron a América. En primer lugar, Obatalá, oricha de la creatividad, la claridad, la justicia

y la sabiduría; Odudúa, primera mujer mortal, oricha de la Tierra, esposa de Obatalá, con quien procreó a Aganyú y Yemayá; Aganyú, primer hombre mortal, quien con Yemayá dio a luz a Orungán, quien viola a su madre, Yemayá, la diosa de las aguas. De esta relación incestuosa nacen los catorce orichas sagrados: Changó, espíritu de la guerra y el trueno, del fuego y de los tambores; Oyá, patrona de la justicia que ayuda a fortalecer la memoria; Oba, esposa de Changó, protectora de los mineros; Oshún, oricha del amor y del oro, concubina de Changó; Dada, oricha de la vida, protectora de los vientres fecundos, vigilante de los partos; Olokún, hermafrodita, armoniza el matriarcado y el patriarcado que rigen las costumbres de los ancestros; Ochosí, oricha de la flechas y los arcos, ayuda a los cazadores a acechar el venado, vencer al tigre y huir de la serpientes; Oke, orisha de la alturas y las montañas; Orún, oricha del sol; Ochú, diosa de las trampas del amor y concubina de Changó; Ayé-Shaluga, oricha de la buena suerte; Oko, oricha de la siembra y de la cosecha; Chankpana, amo de los insectos, de la protección, lava las heridas de los enfermos; Olosa, protectora de los pescadores, anuncia las tormentas y sequías.⁷

Todo este santoral africano aparece en el poema épico que desde un comienzo prefigura el destino de los esclavos africanos en América. Será la *kora*, especie de arpa de los juglares yorubas, la que acompañará el canto que va a narrar Ngafúa, quien invocando la voz de su padre Kissi-Kama y todos sus ancestros y los orichas sagrados tiene la misión «de cantar el exilio del Muntu (...) la

7 Para facilitar la comprensión de su novela, el propio Zapata preparó un «Cuaderno de bitácora» que versa sobre la mitología y la historia de África, glosario que está al final y que es de gran utilidad. La literatura sobre estos temas es muy rica. Para quien se interese, ver el texto ya citado del propio Zapata, *El árbol brujo de la libertad*, y el famoso libro de la escritora cubana, Lydia Cabrera, *El monte* (1993).

historia de Nagó/ el trágico viaje del Muntu/ al continente exilio de Changó».⁸ Será un canto reparador bajo la sombra de los ancestros, un canto «para que el nuevo Muntu americano/ renazca del dolor/ sepa reír en la angustia/ tornar en juego las cenizas/ en chispa-sol las cadenas de Changó». Ngafúa es la voz omnisciente que entre los vivos y los muertos, el pasado, el presente y el futuro, va a recordar una historia que ha estado bajo la protección de los dioses a quienes siempre invoca. Todo esto en consonancia con el principio filosófico del muntu, cuyo plural es bantú, que rige la elaboración poética que hay en *Changó, el gran putas*. Como se explica en la «Bitácora», este principio implica una connotación del hombre que incluye a los vivos y difuntos, así como animales, vegetales, minerales y cosas que le sirven, de tal manera, que se trata de una fuerza espiritual que une en un solo nudo al hombre con su ascendencia y descendencia inmersos en el universo presente, pasado y futuro (*Changó*: 514).⁹

La partida del continente africano se debe a la maldición de Changó, relatada en el poema por Ngafúa, a consecuencia de haber caído en desgracia por haber combatido a sus hermanos —Orún, Ochosí, Oke, Olokún y Oko—. Esto desató la ira de Orunla, dueño de las Tablas de Ifá y señor de la vida y la muerte, y de Omo-Oba, el primero y único hombre inmortal proscrito por Odumare a vivir sepultado

8 En este prólogo citaremos de ahora en adelante el número de página de la novela *Changó, el gran putas* en la edición de La Editorial Oveja Negra (1983).

9 Al respecto, Jonathan Tittler, traductor de la novela al inglés con el título *Changó, the Baddest Dude*, señala que si bien el muntu está condenado en las tablas de Ifá a errar en el desierto americano de la esclavitud, es también parte de la maldición de Changó que el muntu cargue con la responsabilidad de su propia liberación, así como la de toda la humanidad. Este delicado equilibrio entre el determinismo, el libre albedrío y el mesianismo contribuye en gran parte a la particular ideología de la novela (Tittler, 2007: 183-197).

en los volcanes, quienes arrojan a Changó de la Oyo imperial y coronan al noble Gbonka. Todos los soberbios que se alzaron contra Changó van a ser condenados al destierro en otros mundos lejos de África. Ngafúa en sueños oye la maldición de Changó que condena a los que lo expulsaron a ser objetos de la avaricia de las lobas blancas, «¡(...) mercaderes de los hombres,/ violadoras de mujeres/ tu raza/ tu pueblo/ tu lengua/ ¡destruirán!/ ¡Las tribus dispersas/ rota tu familia/ separadas las madres de tus hijos/ aborrecidos/ malditos tus Orichas/ hasta sus nombres/ ¡olvidarán!» (*Changó*: 24). Todos estos sacrificios a consecuencia de la maldición de Changó se van a redimir en América según los designios de este escuchados por Ngafúa. Fecundada por el muntu la nueva tierra parirá un niño, «hijo negro/ hijo blanco/ hijo indio/ mitad tierra/ mitad árbol/ mitad leña/ mitad fuego/ por sí mismo/ redimido» (*Changó*: 25).¹⁰ Para completar, el esperanzador destino de los hijos de Changó en el nuevo continente será la libertad. Rompiendo las cadenas de la esclavitud «¡Los esclavos rebeldes/ esclavos fugitivos,/ hijos de Orichas vengadores/ en América nacidos/ lavarán la terrible/ la ciega/ maldición de Changó!» (*Changó*: 26). Será Changó quien les dará su fuerza espiritual a los esclavos para renacer en el nuevo continente. Sea en los Estados Unidos, en las diversas islas de Caribe, en el Brasil, Colombia o Perú, los africanos van a jugar un papel decisivo en los destinos de estas naciones porque sus luchas libertarias se conjugaron con las de Independencia en el siglo XIX.

El muntu americano va a ser simbolizado por este hijo de Sosa Illamba quien muere al darle a luz en el barco negrero. Nagó es

10 Aquí vale la pena llamar la atención sobre la configuración triétnica de América que defendió Zapata en muchos de sus ensayos, y además en *El Árbol brujo de la libertad* y *La revolución de los genes*, ya citados, y *El hombre colombiano* y *Las claves mágicas de América*.

el escogido navegante, «capitán en el exilio/ de los condenados de Changó» (*Changó*: 9-10). Antes de tocar tierra en el nuevo continente se produce la rebelión de los esclavos que provocará que el barco sea incendiado por los blancos y se hunda con toda la tripulación. De la aguas de la muerte, desangrada al tener a Nagó, Sosa Illamba le entrega el niño a Ngafúa para salvarlo del naufragio, como la semilla de la innumerable familia del muntu que se esparcirá por América. Esta visión alegórica se cierra con una premonición:

Como estaba escrito, al tercer día, divisamos las distantes
costas. Entre la algarabía de los pericos las mujeres indias
esperaban al muntu en la playa para amamantarlo con su leche.
Suavemente humedezco su cuerpo con saliva para atezarle la
cuerda de sus huesos. Y suelto, nadó solo, en busca del nuevo
destino que le había trazado Changó (*Changó*: 91).

Un destino que los negros van a enfrentar con muy poco o nada de lo que pudieron traer consigo. Las circunstancias los van a llevar a mezclarse con blancos e indígenas en un rico proceso de transculturación y mestizaje en el que su acento aparece de diversas maneras en la vida material y espiritual del continente. En este aspecto, antes de escribir la novela, desde los años cuarenta, Zapata fue un estudioso y promotor de las expresiones híbridas que se gestaron en nuestras culturas populares y la debida valoración y reconocimiento de los aportes de sus diversas vertientes. En muchos episodios de la novela aparecen sugeridos estos procesos de hibridación racial y cultural.

En *Changó, el gran putas*, para dar cuenta del acento afro, además de la filosofía y la noción del tiempo, se incorporan muchos elementos de la literatura tradicional africana —proverbios, juegos de palabras, adivinanzas, trabalenguas, cantos, cuentos de hadas y canciones— que a pesar de su notable influjo

permanecen invisibilizados en el mundo occidental. Lo que hace Zapata es traerlos de nuevo a escena, así aún sean extraños para muchos. El logro es sustancial, nada menos que la recuperación de un gran trayecto de memoria colectiva. Rema siglos arriba para pasearnos por el trasteo desalmado de millones de negros hacia las geografías de la explotación y de la muerte. Con la protección de Ochún, Orún, Obatalá, Yemayá y Changó la novela hace el recorrido del muntu americano. Principio, como ya dijimos, que une en un solo nudo al hombre con su ascendencia y descendencia inmersas en el universo presente, pasado y futuro. De ahí que se contengan cinco siglos de historia a través de momentos y escenarios diversos.

El viaje del horror, la travesía del Atlántico, en un barco negrero en el que nacerá Nagó, quizá una de las más logradas recreaciones de la literatura afroamericana sobre lo que pasó en esas bodegas de la infamia. La rebeldía, la resistencia y la solidaridad malunga se expresan con gran profundidad dramática y fuerza poética. Al mismo tiempo que se cuentan las miserias vividas, se muestra una vigorosa espiritualidad a toda prueba y dispuesta a lo que sea para alcanzar la libertad. En el relato de Ngafúa se entremezcla el de los blancos con el significativo título «Libro de derrota», que indica simbólicamente que no podrán detener las luchas libertarias de los esclavos.

La historia de Cartagena de Indias, narrada por Domingo Falupo (nombre cristiano de Benkos Biohó), al cual Pedro Claver utilizó como traductor (lenguaraz) en su misión evangelizadora para contrarrestar las brutalidades de la esclavitud y contra las cuales se organiza la resistencia liderada por el propio Benkos Biohó. En la convivencia y aprendizaje de Domingo con Claver va a mostrarse el gran conflicto espiritual entre africanos y españoles, pues los conocimientos para la cura de enfermedades, rituales religiosos y los

cantos de los esclavos, con su inseparable tambor, serán perseguidos y demonizados por el Tribunal de la Santa Inquisición. Como le enseña uno de sus ancestros:

Los africanos no tendremos más padres espirituales que los blancos. Tratarán de matar nuestra magara, pintándonos el alma con sus miedos, sus rencores y pecados. Y cuando nos veamos en un espejo con la piel negra, no nos quedarán dudas de que somos los hijos de Satán, pues, según predicán, el Dios blanco hace a sus criaturas a su imagen y semejanza (*Changó*: 114).

La rebelión organizada por Benkos en compañía de María Angola se urde en medio de las persecuciones del Tribunal del Santo Oficio, al que finalmente es sometido Benkos por la traición de Sacabuche. Al igual que muchos otros, sus respuestas ante las imputaciones de la Inquisición son de férrea y altiva defensa de sus creencias y alegato contra la inhumanidad de la esclavitud. Pupo Moncholo cuenta lo que Benkos le dice a uno de sus ancestros que lo visita: «No moriré por apóstata, sino por glorificar a Changó y a mis orichas». Y ante los argumentos de Claver para que se arrepienta contesta seguro: «Te equivocas, mi infatigable perseguidor, la única eternidad está en el muntu» (*Changó*: 163). Benkos es velado en Palenque como gran líder de las luchas por la libertad.¹¹

- 11 Sobre esta historia vuelve recientemente el escritor cartagenero, Roberto Burgos Cantor, en su novela *La ceiba de la memoria* (2007) en la que Benkos Biohó narra su propia historia junto con la esclava Analía Tu-Bari y se ahonda en la disputa ideológica con Pedro Claver y su compañero de evangelización en la Compañía de Jesús en Cartagena, el padre Alonso de Sandoval, quien escribiera en su época el más importante libro sobre la esclavitud en América, *De Instauranda Aethiopum Salute* (1627). Sobre la Inquisición en Cartagena, vale mencionar dos novelas: *Los cortejos del diablo* de Germán Espinosa (Bogotá, Oveja negra, 1985) y *La pezuña del diablo* de Alfonso Bonilla Naar (Bogotá, Editorial Antares, 1970).

La rebelión de los vodús, la tercera parte de la novela, se ocupa de la historia de Haití y su pionera revolución, tan importante para la independencia en el continente. Como lo hiciera el novelista cubano Alejo Carpentier en *El reino de este mundo*, Zapata vuelve a incursionar sobre esta historia que desentrañará bajo la sombra protectora de los dioses africanos. Quienes invocan a los personajes de la historia haitiana son los orichas, que llaman a Bouckman, Toussaint L' Ouverture, Makandal, Dessalines y el rey Henri Cristophe, para ir mostrando los móviles de sus acciones y todo el universo de tensiones e intrigas entre franceses, criollos y negros en la joven nación. Changó anuncia con anticipación: «Cristophe , será tu gloria y tu sepultura» (*Changó*: 192).

A seguir, la dos últimas partes de libro relatan las luchas independentistas lideradas por Simón Bolívar (alimentado para la libertad por una nodriza negra, Hipólita); el periplo de José Prudencio Padilla mandado a fusilar por Bolívar; las pugnas del Aleijadinho en el ámbito de Minas Gerais en el Brasil; las luchas de José María Morelos en México y la larga historia de los afroamericanos en Estados Unidos: su esclavitud, las persecuciones de que fueron víctimas por parte de grupos como el Ku Klux Klan, hasta las luchas de hombres como Malcolm X y Martin Luther King. Se entremezclan con todos estos personajes históricos varios de ficción que juegan un papel central como Nagó, Sosa Illamba, Domingo Falupo, Kanuri mai, Agne Brown. Uno llegado en el barco negrero y otros nacidos en América inspirados y protegidos por las deidades africanas. Por ejemplo, Sosa Illamba, quien viene embarazada en el barco de Nagó, no es otra cosa que la hija de Yemayá en América. El propio Nagó está representando a Changó. Cada vez que se explica el destino de los vivos se recurre a los dioses que los están inspirando.

Para organizar esta gran epopeya y darle forma novelesca al inmenso fresco que cubre quinientos años de historia, Zapata recurre a lo que el mismo denominó realismo mítico, una forma de interpretar los hechos históricos a través de la imaginación y del mito.¹² Mediante la combinación de las realidades históricas con la mitología africana, la novela consigue rescatar y reconstruir la memoria de los pueblos afroamericanos. Cometido que consigue con una estructura que está dividida en cinco partes: 1. «Los orígenes», en la que está referida la mitología africana que acompañará a los africanos al nuevo continente; 2. «El muntu americano», en el que se relata todo el periodo esclavista, con sus sufrimientos, resistencia y levantamientos. Aquí se cuentan las luchas de héroes históricos para la raza negra como Benkos Biohó, François Mackandal y Nat Turner, todos ellos escogidos por los dioses tutelares para las luchas libertarias; 3. «La rebelión de los vodús», parte en la que se cuenta la primera revolución negra de América, acaecida en Haití, con personajes históricos como Mackandal, Toussaint L' Overture, Bouckman, Dessalines y el famoso rey Henri Christophe, primer emperador negro en América; 4. «La sangres encontradas», dedicada a las luchas independentistas y el aporte de los negros, con héroes como Simón Bolívar, José Prudencio Padilla, Antonio Maceo, Aleijadino, Bouckman y José María Morelos; y 5. «Los ancestros combatientes», en la que se narra las luchas de los negros en los Estados Unidos y sus líderes como Nat Turner, Agne Brown y Malcom X y Martin Luther King. Sin abandonar nunca lo histórico, la novela ordena y destaca unos acontecimientos y unos personajes que siempre están animados por sus dioses y sus ancestros.

- 12 César Valencia Solanilla sostiene que *Changó, el gran putas* es una novela poemática en la cual se elabora una explicación historicomitológica del destino de la raza negra en América (Valencia, 2004).

SU PERIPLO VITAL

Desde sus orígenes, en las orillas del río Sinú, Manuel Zapata Olivella estuvo signado por la magia y la leyenda. De su padre, el maestro Antonio María Zapata, heredó la pasión por el conocimiento y la libertad de pensamiento; de su madre, Edelmira Olivella, el respeto por la religiosidad y las creencias populares. Padres, abuelos y tíos forjaron en él esa mezcla de rebeldía y brujería, de razón y desafuero que fueron la marca desde su nacimiento el 17 de marzo de 1920, en Lórica, Córdoba.

Manuel siempre fue un caminante, un vagamundo, que desde muy joven decidió recorrer las más diversas geografías, empezando por su natal Caribe y por el Pacífico colombiano. Luego se iría a México, a Centroamérica, al Brasil, a los Estados Unidos, al África, a la Unión Soviética y a la China. Quizás no haya en la literatura colombiana una vida tan rica en experiencias y aventuras como las del *Negro Manuel*, como cariñosamente lo llamaban sus amigos. Su propósito siempre fue adentrarse en la condición humana, acumular vida, pues era un convencido, como quería Nietzsche, de que la literatura proviene de la sangre. Un día estaba en Nigeria o en el Pacífico colombiano recogiendo materiales para sus investigaciones; otro en la antigua Cayena francesa o en Haití tras la ruta de los esclavos que llegaron a América; otro en Pekín o en Moscú con las danzas de su hermana Delia; luego en Salvador Bahía de Todos los Santos para compartir experiencias afroamericanas con Jorge Amado o en Harlem para recitar los versos memorables de su amigo el poeta Langston Hughes: «He contemplado ríos,/ viejos, oscuros, como la edad del mundo,/ y con ellos, tan viejos y sombríos,/ el corazón se me volvió profundo».

Hasta el día de su muerte, acaecida el 19 de noviembre de 2004, Zapata conservó la lucidez de siempre y la memoria para contar

infinitas historias sobre los viajes, los libros y las investigaciones. Mucho de todo esto lo sintetizó en la épica que hilvana *Changó, el gran putas*, paciente esfuerzo de toda la vida por historiar y poetizar quinientos años de sudor y sangre de negros, zambos y mulatos en la configuración del Nuevo Mundo. Otros libros —*He visto la tierra*; *Tierra mojada*; *Chambacú, corral de negros*; *La calle 10*; *En Chimá nace un santo*; *El fusilamiento del diablo* y *Hemingway, el cazador de la muerte*— hicieron también parte de su compromiso ético y estético con los marginados y los desposeídos, con los condenados de la tierra al decir de Franz Fanon.¹³ A la obra narrativa de Zapata se le suman varios libros de ensayos, ya citados, además de más de un centenar de artículos en revistas y periódicos.¹⁴ Merece especial mención la revista *Letras Nacionales*, que dirigiera Zapata en los años sesenta y setenta, por su papel en la divulgación de nuestras letras, el rescate de muchos autores y la promoción de los jóvenes escritores que apenas empezaban su carrera. Desde contemporáneos de Zapata, como García Márquez, Manuel Mejía o Arnoldo Palacios, hasta escritores de la generación que venía atrás como Óscar Collazos, Germán Espinosa, Roberto Burgos y

- 13 El libro del martiniqués Franz Fanon, *Los condenados de la tierra*, publicado en 1961 con prólogo del filósofo francés Jean Paul Sartre, tuvo gran repercusión en una década de crítica al colonialismo y de movimientos de liberación nacional en el Tercer Mundo, especialmente los africanos.
- 14 Alfonso Múnera, en esta misma colección, organizó una selección de artículos y ensayos de Zapata con un excelente prólogo, «Manuel Zapata Olivella y la nación inclusiva», en el que destaca su inmensa labor como estudioso y divulgador de nuestra cultura popular y su importancia: «El enorme valor para los pueblos del mundo de sus geniales intuiciones, de sus análisis premonitorios, de sus reflexiones y críticas tempranas al colonialismo cultural y de su radical defensa de lo que él englobó bajo el concepto de nacionalismo literario es asunto que se irá aclarando cada vez más en los próximos años» (Múnera, 2010).

Luis Fayad, todos lo recuerdan como uno de los escritores más generosos del país.

LOS AFROCOLOMBIANOS

Una novela de las dimensiones de *Changó, el gran putas*, sin lugar a dudas una de las más importantes en su género en América Latina, no se explicaría sin todo el periplo intelectual y las preocupaciones que movieron en su vida a Manuel Zapata Olivella, inquietudes que trascendieron hasta los problemas actuales de las negritudes en Colombia. En 1943, junto con Aquiles Escalante, Sofonías Yacup, Rogerio Velásquez y Natanael Díaz hizo la primera manifestación en Bogotá de la presencia africana organizando el Día del Negro. Sus viajes por el mundo le ayudaron a madurar su pensamiento al trabar amistad y diálogo, como ya se mencionó, con grandes líderes e intelectuales como Nelson Mandela, Léopold Sédar Senghor, Franz Fanon, Martin Luther King, Karol Soyinka y Abdías do Nascimento.

Sobre la situación de los afrodescendientes de la Colombia actual, Zapata planteó que el signo de esos seres arrancados de África, trasplantados aquí, engrilletados y condenados a no regresar jamás a su tierra, se estaba repitiendo dolorosamente en estos tiempos. Con los desplazamientos, según su visión, el segundo éxodo histórico de los afros. Porque tampoco volverán a su segundo hogar. Van creciendo en Cali, en Bogotá, en Medellín, en Cartagena, en Barranquilla y no volverán a su tierra. Y más simbólico y doloroso es pensar que llegaron acá, estuvieron cuatrocientos años alejados de las tierras de sus ancestros y ahora, en el caso de los secuestrados, vuelven a estar alejados de sus padres, metidos en la selva.

Destacó como trascendental que por primera vez se reconociera, en la Constitución de 1991 que Colombia es multiétnica y pluricultural, sin embargo, advirtió que no se dice cuáles son las etnias ni las culturas. No se menciona a los aborígenes colombianos, a los descendientes de africanos ni de españoles. A su parecer, lo correcto es referirse a los amerindiocolombianos, los indios, a los afrocolombianos y finalmente a los hispanocolombianos. Este tema le preocupó también en la literatura colombiana. Escribió un ensayo sobre la presencia del negro en *María* de Jorge Isaacs y destacó *La Marquesa de Yolombó*, de Tomás Carrasquilla, como la primera novela colombiana con temática afro que trascendió a América. En entrevista que me concedió un par de años antes de morir, en el hotel Dann colonial de Bogotá, sin desconocer la grandeza de *Cien años de soledad*, señaló que solo hay un negro en esta novela y que cuando describe la matanza de las bananeras, tampoco se determina la realidad de que los sacrificados eran afrodescendientes.¹⁵ Con cierta ironía, agregó, que cuando Gabo fue a Angola, declaró que de repente se dio cuenta de lo negro que era él. Con esto quería llamar la atención al peso de una visión que se tornó dominante y que poca atención le ha prestado al aporte afro entre nosotros.

Esto muestra la radicalidad con la que defendió el aporte afro en la historia, la economía y la cultura colombiana. Los negros según su visión nunca le impusieron nada a nadie, más bien lo contagiaron como se muestra con el baile, la sexualidad, la comida, el lenguaje, las costumbres y muchos de sus rituales religiosos.

Por su vida y por su obra, el autor de *Changó, el gran putas* es una figura de primera línea en las letras del continente y al que se recordará por la recuperación del aporte africano y sus múltiples

15 (Entrevista, 2002).

relaciones con toda la sociedad y cultura americana. Bajo la sombra de sus ancestros escribió *Changó, el gran putas*, un ambicioso reto por reintroducir a los lectores latinoamericanos dentro de una visión africana del mundo, en mucho perdida o mezclada tras ese viaje impuesto por la trata trasatlántica. Para tal, Zapata acudió a una serie de recursos narrativos que recuerdan ese mundo, especialmente el de la oralidad, marco por excelencia de la comunicación en África y la de sus herederos en el nuevo continente. La historia de Nay y Sinar, que Jorge Isaacs rescatara en *María* como un relato de la infancia de Efraín y una forma de rendirle homenaje al aporte africano, se multiplica en miles de voces en *Changó*, de las cuales emerge un universo completo desde adentro de la propia tragedia del negro esclavo, de todo lo que significó su integración al Nuevo Mundo, y de su mejor aporte: su lucha por la libertad.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Branche, J. (2009). Malungaje: hacia una poética de la diáspora africana. *Revista Poligramas*.
- Burgos Cantor, R. (2007). *La ceiba de la memoria*. Bogotá: Editorial Planeta.
- Cabrera, L. (1993). *El monte*. La Habana: Editorial Letras Cubanas.
- Da Costa e Silva, A. (2002). *A manilha e o Libambo. A África e a escravidão de 1500 a 1700*. Río de Janeiro: Editora Nova Fronteira.
- Henao Restrepo, D. (agosto de 2002). Entrevista con Manuel Zapata Olivella. *Revista Pacífico Sur* N°1.
- Múnera, A. (en prensa). *Zapata, por los senderos de los ancestros. Textos escogidos (1940- 2000)*. Bogotá: Ministerio de Cultura.
- Tittler, J. (2007). *Changó* en traducción: movimiento lateral y pensamiento lateral. En Lucía Ortiz (org.), *Chambacú, la historia la escribes tú*. Madrid: Veuvert, pp. 183-197.

- Valencia Solanilla, C. (2004). *Changó, el gran putas: mito, lenguaje y transgresión*. *Revista de Humanidades de la UTP*.
- Zapata Olivella, M. (s. f.). *El árbol brujo de la libertad. África en Colombia. Orígenes, transculturación, Presencia. Ensayo histórico mítico*. Buenaventura: Universidad del Pacífico.
- Zapata Olivella, M. (1983). *Changó, el gran putas*. Bogotá: Editorial Oveja Negra.
- Zapata Olivella, M. (1997). *La rebelión de los genes*. Bogotá: Altamir Ediciones.



Changó, el gran putas

A Rosa, compañera de partos

AL COMPAÑERO DE VIAJE:

SUBE A BORDO de esta novela como uno de los tantos millones de africanos prisioneros en las naos negreras; y siéntete libre aunque te aten las cadenas.

¡Desnúdate!

Cualesquiera que sean tu raza, cultura o clase, no olvides que pisas la tierra de América, el Nuevo Mundo, la aurora de la nueva humanidad. Por lo tanto hazte niño. Si encuentras fantasmas extraños —palabra, personaje, trama— tómalos como un desafío a tu imaginación. Olvídate de la academia, de los tiempos verbales, de las fronteras que separan la vida de la muerte, porque en esta saga no hay más huella que la que tú dejes: eres el prisionero, el descubridor, el fundador, el libertador.

Si descubres un vocablo misterioso, dale tu propia connotación, reinventala. No acudas al «Cuaderno de bitácora» al final del libro, porque este solo tiene por objeto mostrar los riscos por donde has andado; no es una brújula para descubrir caminos.

Estás nadando en una saga, esto es, en mares distintos, en cinco novelas diferentes —«Los orígenes», «El muntu americano», «La rebelión de los vodús», «Las sangres encontradas» y «Los ancestros combatientes»—. Todas ellas con unidad, protagonistas, estilo y lenguaje propios. Su única ligazón son los orichas africanos y los difuntos padres nacidos o muertos en América que no reconocen los límites de los siglos, ni de las geografías o de la muerte.

Ahora embárcate en la lectura y deja que Elegba, el abridor de caminos, te revele tus futuros pasos ya escritos en las Tablas de Ifá, desde antes de nacer. Tarde o temprano tenías que enfrentarte a

esta verdad: la historia del hombre negro en América es tan tuya como la del indio o la del blanco que lo acompañarán a la conquista de la libertad de todos.

MANUEL ZAPATA OLIVELLA

Primera parte

LOS ORÍGENES

I
LA TIERRA DE LOS ANCESTROS

LOS ORICHAS
DEJA QUE CANTE LA KORA

¡Oídos del Muntu, oíd!
¡Oíd! ¡Oíd! ¡Oíd!
¡Oídos del Muntu, oíd!

*(La kora ríe
lloraba la kora,
sus cuerdas hermanas
narrarán un solo canto
la historia de Nagó
el trágico viaje del Muntu
al continente exilio de Changó).*

Soy Ngafúa, hijo de Kissi-Kama.
Dame, padre, tu voz creadora de imágenes,
tu voz tantas veces escuchada a la sombra del baobab.
¡Kissi-Kama, padre, despierta!
Aquí te invoco esta noche,
junta a mi voz tus sabias historias.
¡Mi dolor es grande!

*(Es un llanto
la templada cuerda de la kora,
cuchilla afilada
hirió
suelta
pellizcará
mi dolor).*

¡Padre Kissi-Kama, despierta!
Quiero que pongas en las cuerdas tensas de mi kora
el valor
la belleza
la fuerza
el noble corazón
la penetrante mirada de Silamaka capturando la serpiente
de Galamani.

Soy Ngafúa, hijo de Kissi-Kama
reconóceme, padre,
soy el pequeño que cargabas
a la sombra del baobab de profundas raíces
en cuyas pesadas ramas dormían y cantan los héroes
del Mandingo.

*(La kora narra
cantará
la historia larga
la historia corta
la larga
historia de Nagó el navegante).*

Dame, padre, tu palabra,
la palabra evocadora de la espada de Soundjata
la sangrienta espada cantada por tu kora
la que bañó en sangre el suelo de Krina
solo para que Changó-Sol
todas las tardes
allí manchara su máscara roja.
¡Padre Kissi-Kama, despierta!
Aquí te invoco esta noche,
junta a mi voz tus sabias historias.
¡Mi dolor es grande!

*(Hay un vodú escondido en la kora
dolor antiguo
alguien llora
dolor de las madres cuando pierden el hijo,
alguien llora
dolor de las viudas enjugándose con las sábanas
del muerto,
alguien llora
dolor de los huérfanos,
dolor que cierra los ojos
cuando el sol se apaga en pleno día
hay un vodú escondido en la kora
un dolor antiguo).*

SOMBRAS DE MIS MAYORES

*Ancestros
sombras de mis mayores
sombras que tenéis la suerte de conversar con los Orichas*

*acompañadme con vuestras voces tambores,
quiero dar vida a mis palabras.*

*Acercáos huellas sin pisadas
fuego sin leña
alimento de los vivos
necesito vuestra llama
para cantar el exilio del Muntu
todavía dormido en el sueño de la semilla.*

*Necesito vuestra alegría
vuestro canto
vuestra danza
vuestra inspiración
vuestro llanto.*

*Vengan todos esta noche.
¡Acérquense!
La lluvia no los moje
ni los perros ladren
ni los niños teman.
¡Traigan la gracia que avive mi canto!
Sequen el llanto de nuestras mujeres de sus maridos
apartadas,
huérfanas de sus hijos.*

*Que mi canto
eco de vuestra voz
ayude a la siembra del grano
para que el nuevo Muntu americano*

*renazca en el dolor
sepa reír en la angustia
tornar en fuego las cenizas
en chispa-sol las cadenas de Changó.*

*¡Eía! ¿Estáis todos aquí?
Que no falte ningún Ancestro
en la hora de la gran iniciación
para consagrar a Nagó
el escogido navegante
capitán en el exilio
de los condenados de Changó.*

*Hoy es el día de la partida
cuando la huella no olvidada
se posa en el polvo del mañana.
Escuchemos la voz de los sabios
la voluntad de los Orichas cabalgando
el cuerpo de sus caballos.*

*Hoy enterramos el mijo
la semilla sagrada
en el ombligo de la madre África
para que muera
se pudra en su seno
y renazca en la sangre de América.*

*Madre Tierra ofrece al nuevo Muntu
tus islas dispersas,
las acogedoras caderas de tus costas.
Bríndale las altas montañas
las mesetas
el duro espinazo de tus espaldas.*

*Y para que se nutra en tus savias
el nuevo hijo nacido en tus valles
los anchos ríos entrégale
derramadas sangres
que se vierten en tus mares.*

*Ngafúa rememora el irrompible
nudo de los vivos con los muertos*

Muntu que olvidáis
rememora aquellos tiempos
cuando los Orichas no nacidos
muertos vivían entre sus hijos
y sin palabras iluminaron las imágenes
inventan caminos a los ríos
y mañanas a los vientos.

En la primera hora...
—viejo el instante
el fuego que arde
en cenizas convertido—
el Padre Olofi
con agua, tierra y sol
tibios aún por el calor de sus manos
a los mortales trazó su destino
sus pasiones
sus dudas
el irrompible nudo con los muertos.
El misterio de la yesca y la chispa
deposita en sus dedos,
la red y el anzuelo

la lanza, el martillo
la aguja y el hilo.
Los caballos, elefantes y camellos
sujetó a tu puño
y en las aguas de los océanos y los ríos
empujará sus balsas con tus remos.

Para establecer el equilibrio y la justicia
la pródiga tierra entre todos repartió
sin olvidar las plantas y animales.
A los hombres hace perecederos
y a los difuntos, amos de la vida,
por siempre declaró inmortales.

No canto a los vivos
solo para vosotros
poderosos Orichas
ojos, oídos, lengua
piel desnuda
párpado abierto
profunda mirada de los tiempos
poseedores de las sombras sin sus cuerpos
poseedores de la luz cuando el sol duerme.

Mi oído vea vuestras voces
en la caída de las hojas
en la veloz sombra de los pájaros
en la luz que no se moja
en el respiro de la semilla
en el horno de la tierra.

Aquí os nombraré
donde nacieron nuestros hijos
donde reposan vuestros huesos
en el terrible momento
en la hora de la partida
arrojados por Changó
a los mares y tierras desconocidas.

Hablaré en orden a vuestras jerarquías.
Primero a ti, Odumare Nzame
gran procreador del mundo
espíritu naciente, nunca muerto
sin padre, sin madre.
Hablo a tu sombra Olofi
sobre la tierra proyectada.

Y a tu otra llama,
tu invisible luz, tu pensamiento
Baba Nkwa
dispersos
sus luces soplos
por los espacios siderales.
Los tres separados
los tres unidos
los tres espíritus inmortales.

Repito tu nombre, Olofi,
sombra de Odumare Nzame
su mano, su luz, su fuerza
para gobernar la tierra.

Invocaré a tu hijo Obatalá
en barro negro
amasado por tus dedos
con los ojos y el brillo de los astros
la sabiduría de las manos
inventor de la palabra,
del fuego, la casa,
de las flechas y los arcos.

Acércate madre Odudúa
primera mujer
también por Olofi creada
para que en la amplia
y deshabitada mansión
fuera amante de su hijo
su sombra en el día
su luna en la noche
por siempre
su única compañera.

Nombraré a sus únicos hijos:
Aganyú, el gran progenitor
y a su hermana Yemayá
que recorrieron solos el mundo
compartiendo la luna, el sol
y las dormidas aguas...
hasta que una noche
más bello que su padre
relámpago en los ojos
del vientre de la Oricha

nació Orungán.
Y el propio Aganyú
su padre arrepentido
lleno de celos
turbado por su luz
lentamente
leño entre fuego
extinguió su vida.
Más tarde...
años, siglos, días
un instante...
violentada por su hijo
de pena y de vergüenza
por el incestuoso engendro
en las altas montañas
refugiose Yemayá.
Y siete días después de muerta
entre truenos, centellas y tormentas
de sus entrañas removidas
nacen los sagrados
los catorce Orichas.
¡Óyeme
dolida
solitaria
huérfana Yemayá!
Guardaré el ritmo-agua que diste a la voz
el tono a la lluvia que cae
el brillo a las estrellas que mojan nuestros ojos.
Mi palabra será canto encendido

fuego quo crepita
melodía que despierte vuestro oído.

Estos olores de tierra húmeda
mar
ríos
ciénagas
saltos
olores de surcos, nubes, selvas y cocodrilos
olores son de tierra fecundada
por las aguas de la madre Yemayá
después de parir a los Orichas
sus catorce hijos
en un solo y tormentoso parto.

Invocación a los grandes Orichas

Te nombro, Changó,
padre de las tormentas
con tu verga de toro
relámpago descomunal.
A Oba, Oshún y Oyá
tus hermanas concubinas
diosas de los ríos
empreñas en una sola noche nupcial.
¡Te invoco Dada!
Oricha de la vida
tu aliento escondes en la semilla.
Protector de los vientres fecundos
vigilante de los partos

la sangre placentaria
las nacientes aguas orientarás.

¡Hijos todos,
hijos son de Yemayá!
¡Olokún marimacho!

Marido y mujer de Olosa
tu hermana y esposa.
En los abismos del mar
mal repartís los sexos,
barbas ponéis a las mujeres;
a los hombres largos senos.

¡Hijos todos,
hijos son de Yemayá!

¡Ochosí te menciono!
Oricha de las flechas y los arcos
perseguidor de jabalíes y panteras
en las oscuras y peligrosas selvas
a los cazadores guías,
llenas de pájaros sus trampas
sus huellas escondes entre las hojas
y sus pasos proteges con tu lanza.

¡Oricha-Oke escúchame!
Elevaré mi voz
a tu solitaria morada
en las escondidas cumbres del Kilimanjaro
donde suben los pájaros
y los Hombres-Bosques
para mirar desde lo alto el sol.

Resplandeciente Orún
cara-sol de Changó

te nombro,
Oricha de los cielos
asómate con Ochú
tu nocturna compañera.
Los infinitos
los inmensos espacios
oscuros, solitarios
llenaron con vuestros hijos
luceros y estrellas.
¡Hijos son,
hijos de Yemayá!

Te invoco Ayé-Shaluga
Oricha de la voluble fortuna
tu mano tejedora
que anuda y desata las sogas
afloje el nudo
soltará nuestros puños
libres los pies para tomar el rumbo.

¡Oko tiéndenos tu mano!
Señor de la siembra y la cosecha
danos el ñame y la palmera
la olorosa almáciga
el blando dedo de los plátanos.
Aquí te invoco
para que nutras la espiga de millo
nacida en la pradera
a la orilla de los ríos y de la mar.
¡Hijos son,
hijos de Yemayá!

¡Chankpana leproso!
El último en asistir al gran reparto
de los catorce hijos en un parto
solo obtuviste de la sagrada madre
como único don entre los vivos
repartir por el mundo las viruelas
las moscas y los piojos
devoradores de las sangres.
También te rememoraré, padre,
condenados entre las cuevas
necesitamos de tu alivio.

Estos olores de tierra fecunda
ríos
sábanas
montañas
océanos
olores son de los Orichas
frutos maduros
harinas amasadas
con granos de millo
de leñas y de humos
olores son de las aguas derramadas
en la tierra y en el mar
después de parir catorce hijos
en un solo y tormentoso parto
la prolífera madre Yemayá.

LA MALDICIÓN DE CHANGÓ

NGAFÚA RELATA LA PRISIÓN Y EXILIO DE CHANGÓ

Escucha Muntu que te alejas
las pasadas, las vivas historias
los gloriosos tiempos de Changó
y su trágica maldición.

¡Eléyay, ira de Changó!
¡Eléyay, furia del dolor!
¡Eléyay, maldición de maldiciones!
Por venganza del rencoroso Loa
condenados fuimos al continente extraño
millones de tus hijos
ciegos manatíes en otros ríos
buscando los orígenes perdidos.

Por siglos y siglos
Ile-Ife la Ciudad Sagrada
mansión de los Orichas
nunca olvidará la imborrable mancha
la siniestra rebelión
contra el glorioso Changó
tercer soberano de Oyo
y su nunca igualada venganza
cuando prisionero y en el exilio
al Muntu condena a sufrir
su propio castigo.

En aquel entonces
Muntu que olvidáis las pasadas, las no muertas historias
el furibundo y generoso Changó
odiado por sus súbditos
venerado por su gloria

a sus hermanos hizo la guerra
a Orún cuyo escudo es el sol
a Ochosí constructor del arco y de la flecha
a Oke habitante de los montes y las cimas
a Olokún enamorado de los machos
y hasta al dulce Oko
el músico, el poeta
que fertiliza la tierra con su gracia
las flautas, la kora, las trompetas
para danzar con ellas, arrebató.

Changó, infatigable procreador
entre guerras, cabalgaduras y estribos
en el intocado surco de sus hermanas
sembraba la semilla fértil
cepa de las múltiples tribus.
A Oba, espía de su hermosura,
por siempre en las noches
escondida en las lagunas
entre todas quiso por esposa
y para que no tuviera paz en su locura
celosa Oricha de sus pasos
puso cien ojos en su cara
cien oídos
cien narices
la piel sensible a los aromas
guardiana eterna de su falo.

Oya, voluptuosa corriente,
húmedo, oloroso cuerpo del Níger
su preferida concubina

su otra hermana
con sus manos, sus brazos de agua
después de las terribles batallas,
las heridas, la sangre, le bañaba.

Pero no era menos consentida
su hermana menor, Oshún
espíritu de los ríos y lagunas
en sus senos de aguas retenidas
dormía sus sueños el Oricha.
El tiempo hurtado a sus amores
consagró a las armas
a la invención del rayo y de los truenos
adiestrando caballos que volaran por los cielos.
A sus más hábiles gladiadores:
¡Al noble Gbonka!
¡A Timi, el valiente!
Enseñoles el tiro de la lanza
la cacería nocturna del leopardo
burlar el nudo corredizo de la serpiente
romper los invisibles hilos de la araña.

Al primero entregó su rutilante espada
la cabeza y la cola de un relámpago cortaba;
al segundo la astucia de la guerra
el brillo de sus lanzas
la noche en día transformaba.
Con las huestes imperiales
y sus adiestrados capitanes
treinta mil cabalgaduras

en oro troquelados los frenos y armaduras
las cinchas de plata
el hijo de Yemayá, intrépido Changó
hacia el Chad, hacia el Oeste
hasta donde las luces no alcanzan
por las arenas desérticas del Norte
por los océanos, los ríos y los montes,
los reinos del Níger unificó.

¡Eléyay los celos!

Buitre en los hombros del guerrero
envidia de la ajena gloria
en su dormido corazón
repetidas veces
depositó su ponzoña.

Y ciego a su propia grandeza
envidia tuvo de sus fieles generales
que aprendieron con sus caballos y alaridos
a sembrar la muerte en los vencidos.

En sus largas noches sin sueño
olvidado de su stirpe sagrada
concibió la perversa estratagema
de enfrentar hasta la muerte
con sus armas hechizadas
a sus dos guerreros frente a frente
en duelo interminable
que no quisieron ver las madres.

¡Eléyay soberbio, rencoroso Changó!
Obsesionado vaticinaste el fin de la batalla:
los dos cadáveres sobre la sangre derramada.

Pero Changó, padre de mil familias,
tu mano hábil, tus puños fuertes
no anudan la sutil trama de la muerte.
Solo el dueño de las Tablas de Ifá
Solo Orunla escoge el camino.
Solo Orunla conoce los sueños no soñados de Odumare.
Solo Orunla abre la puerta al elegido.
Solo él hace el último llamado
para morir naciendo entre inmortales.

Para castigar la soberbia
del ambicioso hijo de Yemayá
que pretendía hurtarle sus poderes,
Orunla, señor de la vida y de la muerte,
la embrujada espada de Gbonka
apuntando la garganta de Timi
contra ella certero la dirige
desatando la tragedia.

Dolorido
desgarrado
asesino de su hermano su mejor compañero
en los peores lances siempre a su lado;
las lágrimas ahogándole los ojos
temblorosas las manos
acercose a Changó
y la cabeza ensangrentada
lentamente
a sus pies depositó.

Callada la lengua
prisionero cascabel entre los dientes
seca la garganta
en su caballo sin montura
desprovisto de frenos y diamantes
tristemente alejose del Oricha
de los llorosos rostros de su tropa
sordo a los lamentos de las viudas y los huérfanos
abandonando sus esposas
sin el consuelo de sus hijos
refugiose en el exilio.

Pero apartándose del viento sigue el eco...
La aldea destrozada
la paz del silencio
huella son de la tormenta.

Así el noble corazón de Gbonka
solitario, dolido corazón
separado de su pueblo
¡... murmuraba!
La tropa sin capitán añorando las batallas
sus pasadas glorias
a la sombra del palacio
¡... traicionaba!
Los ancianos
los más cerca a los ancestros
depositarios de las hormas y la justicia
en su silencio,
en el solitario diálogo del insomnio
¡... censuraban al tirano!

El viento, los pájaros, la nube
llevan al voluntario exilio de Gbonka
la memoria no olvidada
de Timi muerto,
su cabeza ensangrentada.
Hasta que Orno Oba
el primer y único hombre inmortal
debido a su soberbia, a sus odios
proscrito por Odumare
a vivir sepultado en los volcanes
escapose de su lúgubre tronera
y por siete noches
la raposa lava de su lengua
el dolor convirtió en hoguera.

Predicó en la plaza, en los establos
contra el temido, el odiado Changó
para arrojarlo de la Oyo Imperial
y a Gbonka, el noble, coronar.

Siempre de noche
a la orilla de los ríos
habladuría de cántaros,
bajo el baobab que congrega a los sabios,
sobre la almohada que arrebató el sueño,
entre las cenizas de los fogones
donde dormían encendidas las palabras del abuelo
la envidia, la traición, azuzó.
¡Eléyay, sorda, baja, torpe rebelión!
Nunca Oyo vio su soberano
arrastrado por las calles

enjaulado león
su corona de fuego destrozada;
las argollas de hierro
por Orno Oba fundidas
en sus fraguas subterráneas
a su cuello fuertemente atadas.
Entre salivas azotados su hijo,
su esposa Oba, sus hermanas concubinas.
Y mientras prisionero de la turba
sale de Oyo el gran Oricha
en cabalgadura de oro y plata
coronado rey entraba Gbonka.
¡Eléyay dolor de Changó!
Sabedor de sus potencias
sol que no se moja con la lluvia
su cólera contuvo, bebió la injuria.
Fue después, hoy, momentos no muertos
de la divina venganza
cuando a sus súbditos
sus ekobios
sus hijos
sus hermanos
condenó al destierro en país lejano.
La risa de los niños
los pájaros sueños de los jóvenes
la heredada sabiduría de los Modimos
los huesos
los músculos
los gritos por los siglos encadenados.

En ajenos brazos vendidas las mujeres,
bastarda la sangre de su cría.
Los vodús malditos
bajo otras máscaras revelados;
olvidada la palabra aprendida con la leche
para repetir en extraña jerga
el totémico nombre del abuelo.

Después de su condena
dejando al propio Muntu
la tarea de liberarse por sí mismo
contra el verdugo, las crueles
Lobas de roja cabellera,
reunió a su lado sus mujeres
y cariñosamente abrazado a sus hijos
convocó las descargas de su madre
al parirlo entre lava de volcanes.
Y estallando en resonante erupción
cuyos ecos todavía se oyen en los truenos
en el Padre-Fuego-Sol se convirtió.

¡Y repartidos en el espacio sin tiempo
iluminando los infinitos rincones
brillan sus Hijos-Luceros
parpadean sus Hermanas-Estrellas!
Desde entonces, en su alto trono
todos los días el padre Changó
al reino de los mortales retorna
a contemplar los afanes del Muntu
arrastrando sus cadenas
sobreponiéndose al dolor.

NGAFÚA, EN SUEÑOS, ENTREOYE
LA MALDICIÓN DE CHANGÓ

En sueños he visto a Changó
sueño entre sueño
¡Eía!
¡Terrible sueño!
He visto a Changó
levantarse de su fragua
enojado
colérico
despierto por angustiosa pesadilla
entre tinieblas, relámpagos y llamas
con su dedo fuego
cuerno de torosol
palabra incendiada,
persiguiendo mi Descendencia
mis Ancestros
a mis hijos y a los hijos de mis hijos
y colérico
y vengativo
¡quemándome!
¡Eía terrible sueño!
¡En sueño he visto a Changó
a Changó trágico
levantarse de su fragua!

He visto la tierra que parió Odumare.
¡América!
La olvidada tierra donde Olofi dejó su huella
piel leopardo.

¡Esa tierra olvidada por el Muntu
espera
espera
hambrienta
devoradora
su retorno!

Pintadas con sangre he visto las quillas de los barcos
las quillas ensangrentadas
he visto con sangre del Muntu.
He visto los negros socavones de las minas
iluminados con el resplandor de sus huesos,
huesos de mis huesos,
huesos de mis hijos y los hijos de mis hijos
blanca llama de muerte
iluminando el socavón de las minas.
He oído el silencio de los pájaros
asustados por el crujir de las cadenas
en la madrugada,
en la noche
bajo el sol
el crujir de las cadenas
silenciando el canto de los pájaros.
¡Eía! ¡Eía! ¡Eía!
¡La tiránica
la ciega
maldición de Changó!
El hijo de Yemayá
invencible guerrero
procreador de Orichas

despierto de su sueño
una serpiente en cada mano
mordiéndose las colas
me mostraba,
las serpientes de Tamin
las serpientes mágicas
vida y muerte inmortales
símbolos del Muntu
en el exilio.

Entre truenos y relámpagos
palabras de fuego
escuché su terrible maldición:

«Los descendientes de Obafulom
los hijos de Iyáa
los que alzaron contra mí su puño
los amotinados
los soberbios
que de Ile-Ife
la morada de los dioses
me expulsaron
arrancados serán de su raíz
y a otros mundos desterrados.

Insaciables mercaderes
traficantes de la vida
vendedores de la muerte
las Blancas Lobas
mercaderes de los hombres,
violadoras de mujeres
tu raza,
tu pueblo,

tus dioses,
tu lengua
¡destruirán!

Las tribus dispersas
rota tu familia
separadas las madres de tus hijos
aborrecidos,
malditos tus Orichas
hasta sus nombres
¡olvidarán!

En barcos de muerte
esclavos sin sombras,
zombis
ausentes de sí mismos
confundidos con el asno
el estiércol
hambrientos
sumisos
colgados
irredentos
cazados
por los caminos polvorientos
por las islas y las costas,
los ríos, las selvas, los montes y los mares,
sin barro donde medir su huella
ni techo donde madurar su sueño
de otras razas separados,
proscritos en América
la tierra del martirio».

¡Eía! ¡Eía! ¡Eía!
¡La cruel
la ciega
maldición de Changó!
«Pero América
matriz del indio,
vientre virgen violado siete veces por la Loba
fecundada por el Muntu
con su sangre
sudores
y sus gritos
—revelome Changó—
parirá un niño
hijo negro
hijo blanco
hijo indio
mitad tierra
mitad árbol
mitad leña
mitad fuego
por sí mismo
redimido».
¡Eía, hijo del Muntu!
La libertad
la libertad
es tu destino.

Cortarás los puños
la lengua
los brazos

del amo que te niega.
Fuerte
zarpa de león
ancha pata de elefante,
librarás la india madre de tu hijo
la violada abuela por el amo
escarnecida en la noche
encadenada por el día
en el surco
en la cocina.

Al zambo
al mulato
nutridos con tu sangre
librarás de prisiones
de mazmorras
y de castas opresoras.

¡Sin fronteras en la sangre
semilla del nuevo hombre
vengador de tus padres
vengador de tus hijos
la libertad es tu destino!

Rebeliones
fugas
degollinas en las sombras
estallido de la furia
la libertad
alta luna

alcanzarás con tus puños
tus muertos
tus fuegos
y tus uñas.

¡Los esclavos rebeldes
esclavos fugitivos,
hijos de Orichas vengadores
en América nacidos
lavarán la terrible
la ciega
maldición de Changó!

CANTO A CHANGÓ, ORICHA FECUNDO

¡Changó!
Voz forjadora del trueno.
¡Oye, oye nuestra voz!
Siéntate, descansa tu descomunal falo
tu gran útero,
la vida tenga conciencia de la muerte.
¡Oye, oye nuestro canto!
Oye la palabra del Muntu
sin el truenoluz de tus relámpagos.

¡Dame tu palabra saliva
dadora de la luz y de la muerte
sombra del cuerpo
chispa de la vida!
¡Oye, oye nuestra voz!
¡El tambor ahogado en la sangre
habla a los primeros padres!

¡Changó poderoso!
¡Aliento del fuego!
¡Luz del relámpago!
¡Dame tu trueno!
¡Oricha fecundo,
madre del pensamiento
la danza
el canto
la música
préstame tu ritmo,
palabra batiente,
acomoda aquí tu voz tambor
tu ritmo, tu lengua!

Changó, tu pueblo está unido en un solo grito.
El cervatillo amarrado desde anoche te llama por tu nombre.
No temblará mi daga cuando corte su garganta.
No lloramos, ni tememos.
¡Gran Manga!
Solo esperamos que nos mantengas unidos como los dedos de tu
mano.

Caiga tu maldición sobre nuestras espaldas
renazca en cada herida nueva llama,
pero revélanos, Changó, tu rostros mañana
hacia donde corre el desconocido río del exilio.

¡CHANGÓ! ¡CHANGÓ! ¡BUSCASTE FUERA
DE ÁFRICA LA LOBA BLANCA!

Loba pelo rojo
tienes hocico de hiena
coagulada sangre en los ojos,
zarpas uñas de fiera
corazón noche negra
tu vacía casa:
la ambición.
Tu huella ceniza
carimba
rencor que no se olvida
tatuado en mi piel.

Dolor en la partida
mordisco que separas
al padre que se aleja
la madre de la hija.

No compras el puño argollado
del esclavo
—¡pieza de Indias!—
sino el negro resentimiento
la negra piel
que enmohece el odio.

Donde renazca tu chispa
en nuestra sangre
en el pan de tu horno
en el beso de tu hija
en la mirada de tu nieto
estará presente el llanto
memoria de la madre muerta,

hueso partido en cruz
por la espada de tus santos.
¡Las salivas de mil hijos
escupirán sobre tu tumba!

Látigo
sal en la herida
tijera de la lengua
las sombras de tu alma
en la noche de la trata
sirvieron de moneda.

¡Changó! ¡Changó!
Buscaste fuera de África
la Loba Blanca
para cumplir tu venganza.
La que vende y compra
por un doblón de cobre
un collar de vidrio
por tres reales,
un rebaño de hombres.

LA DESPEDIDA

BIENVENIDA A ELEGBA ABRIDOR DE LAS PUERTAS

¡Abobó Elegba!
¡Abobó!
¡Abobó Elegba!
Esta noche
desde hace nueve noches
noventa y nueve noches lunas
te invocamos gran Oricha
encrucijada de la vida y de la muerte

¡Desciende!
El Muntu africano
los muertos
los vivos
los peces
los pájaros
las pequeñas hormigas
los gigantes elefantes
la selva
los ríos
te imploramos abras el camino.

Oricha protector
alumbra nuestra partida
hacia el mañana pasado
hacia el presente
hacia el continente exilio
de Changó.

¡Desciende!
¡Oye la hoguera invocadora
desde noventa y nueve noches te llama con su fuego!

Te llaman los lingas sagrados
vestidos con rojas plumas
las pieles vibrantes
tensas
te hablan
te invocan
ya reinician su redoble.

Danzo con mi sonaja de cobre
la fragua de Ogún le dio el timbre

para que reconozcas su voz.

¡Elegba!

Soy tu eco

tu palabra creadora

la historia no vivida del Muntu

deja que termine

deja que comience ahora.

Escucha mi relato

historia del ayer

caminos del regreso

no andados todavía

historias olvidadas del futuro

futuras historias del pasado

es el eco no nacido

del mañana sin comienzo

historia del Muntu esclavizado

por sí mismo

para liberarse en la descendencia de sus hijos.

Los jóvenes, los ancianos

nueve veces nueve

el gran baile de la lluvia

han iniciado

sus cuerpos sin parar

sus cuerpos sudorosos

esperan las lágrimas de Yemayá.

Ya es hora de que arrimes

¡Abobó, Elegba!

¡Abobó!

Este saludo es para ti
para ti que habitas el espeso follaje
para ti que regresas de todos los caminos
puente que unes los muertos con los vivos.

Ya se cansan los tambores.
¡Escucha!
No temas
somos tus hijos
clamando por ti.
Muéstrate en todas las esquinas
detrás de las puertas
por todas las salidas
en cada cruce pronunciamos tu nombre.
¡Desciende!
Los que vamos al exilio
necesitan tu mirada atisbadora.
¡Elegba de los cien ojos
por fin estás entre nosotros!
¡Por fin ya bajan los Orichas,
ábreles las puertas
poderoso Elegba!

Ya bajas por las cuatro esquinas
por las ramas
por el tronco ancho del baobab.
Elegba, guardián de los puertos
ayúdame a retener el nudo
el momento de la partida.
Dame la palabra viva
que todo lo une

que todo lo mata
que todo lo resucita.

Han roto el matrimonio de la sangre con la tierra
nuestras vidas arrancadas del árbol hojas sin ramas.

¡Han roto la trama
el lazo que une la semilla con la estrella
en mil gotas la corriente del río
sin atadura de tu aliento
hombres dispersos!

¡Tú, Elegba, vigilante de los vientos
adiós en la partida
bienvenida en el retorno
siéntate aquí a la entrada de la puerta!
Oído de los caracoles
llave de las tumbas y de las cuevas
aviva el dolor de nuestras heridas
pero que no se cierren mientras seamos esclavos.
Tapa los oídos
cierra los ojos
a los que no crean en la verdad de mi canto.
Pon tu risa en los labios de los niños
su fantasía enriquezca mis pobres palabras.
Que todo sea paz y reposo cuando yo inicie mi largo relato,
la historia de mi nación ultrajada.

ORUNLA, VIGILA TUS TABLAS

¡Orunla, primer dueño de las Tablas de Ifá
adivinator de los destinos,
te invoco, para que vigiles los partos de nuestras mujeres!
Que cada hijo tenga un nombre

que su nombre sea una sombra
que su sombra sea una hermana
por los caminos inciertos.

¡Pero sobre todo, Orunla
pídele a Changó
herrero de la risa y el dolor,
no nos arrebate la alegría
la risa chispa que salta
al golpe de su martillo sobre el yunque!

¡Donde quiera el Muntu se renueve!
¡Donde dirija los pasos se anude!
Se multiplique en sus mujeres
y no muera en el mar de las sangres.

DESPEDIDA DE LAS MIL CIENTOS TRIBUS

Aquí están Nagó,
hijo de Jalunga,
las voces despiertas de los desaparecidos Ancestros
los vivos
los muertos
los sagrados mensajeros
del remoto Kush
los de Ghana
Mali
y el Songhai
los que llegan de Kanem y el Bornu
de los polvorientos reinos
a las orillas del Chad.

Traen la palabra viva de los catorce Orichas
alimento de las tribus
bajadas por el Nilo
los ribereños del Lualaba
y el Zambeze
por el Níger y el Gambia
difundidos.

Los Hombres Manatíes
pescadores del ritmo en la escondida selva,
saltaron de los ríos y las ciénagas
las aletas en brazos convertidas
la cola en plantas caminantes
con la herida abierta de su risa
la cantadora paloma de su lengua
¡Ki-Kongo! ¡Ba-Lunda! ¡U-Mbunda!
por la ancha cintura de África
ola negra de los mares
de una costa a otra trashumantes.
Aquí están sus emperadores Ñgola
que sembraron la semilla con arados de hierro.

Se oyen los repiqueteantes lingas de Oeste a Este,
los ceramistas Nok
los forjadores del bronce de la esplendorosa Benín.
Se escuchan las lentas pisadas de los elefantes
sobre sus lomos
los emperadores Monomatapas
de la Gran Zimbabwe.
Los cálidos olores

los aromas del Índico.

Mozambique

Zanzíbar

Mombasa y Sofala.

Los llamitas etíopes

sangre catarata del Nilo

sus llanuras húmedas

sus pétreas pirámides.

La primera semilla

los Hombres-Bosques

Hotentotes y Papúas

nutridos de raíces

nubes y pájaros

su corazón preserva la inocencia de los primeros Orichas
en la tierra.

Aquí reposan las flechas y los arcos de los invencibles Zulúes
cazadores de tormenta

en las sureñas costas.

Senegal

Sudán

limo apaciguado del Islam

murallas de Cristianos

traen la palabra viva del desierto

la selva y los océanos.

Estamos aquí convocados

para darte adiós en la partida

unidos por la palabra por los hilos de Elegba

abridor de las tumbas

llave de los pactos y las puertas

solo él sabe el punto

donde se cruzan la hora y el camino
el magara y el buzima
de los vivos y los muertos.
¡Escucha la despedida,
las ofrendas, los himnos
de las mil cien tribus
para despedirte unidas!

II

LA TRATA

LA FORTALEZA NACIÓ entre la orilla del mar y la barranca del río, pequeña, perdida en la costa. Al principio la loba blanca trae unos cuantos ekobios encadenados que no hablaban nuestras lenguas. Desembarcaron fusiles, cañones y barriles de alimento. Asombrados y recelosos vimos crecer sus murallas y casamatas blancas para que el muntu se pudra por dentro.

Las almas enfermas, los cuerpos sin sombras, los malditos de Changó se mueven silenciosos en torno a los muros. Arrastran la mirada temerosos de encontrarse con el rostro agraviado de sus ancestros. Persistían en sobrevivir alimentando los gusanos de la pierna ya separada de la sangre, el ojo lleno de visiones con los hijos y mujeres abandonados en la aldea incendiada. Son los desechos del tráfico negrero que atizan el fogón de la factoría. Las ancianas descascaradoras de coco, los cultivadores de ñame y plátano, los semihombres solo útiles para el cargue y descargue de las naos negreras... menciono a los ibos, oyos y yagbas prisioneros en Nembe, la villa de los muertos en las bocas del Níger.

El distante, invisible, presente acoso de los tambores.

—¡Siete noches, una noche más!

La oscuridad cayó tempranamente sobre la fortificación y la loba baja la bandera con desgano. Yemayá en agosto llena sus cántaros con el agua salobre de la desembocadura y persistentemente mojaba la noche, encharca la mañana, lluvia que no huye con el sol.

—Esta noche llegarán.

Lo mismo aseveró dos días atrás. Las palabras del gobernador Diago de Dévora tienen el sabor sordo de la esperanza perdida.

—Los esclavos también desesperan.

Las moscas se prenden a la carne cuando los soldados se la llevaban a la boca.

—Hemos tenido que echar mano a las provisiones reservadas para la travesía.

Miran los horizontes nocturnos sin hallar el fuego fantasma de la nao. Coutinho insistió en dar el parte de la medianoche:

—Los esclavos no duermen atentos a los tambores. Nunca antes percutieron con tanto brío. Hemos tomado todas las precauciones contra un asalto, apostando guarniciones a lo largo de los caños. El último propio en bajar vino de Oritsha y apenas trae razones ya conocidas por nosotros desde aquí: el tam-tam parece no terminar nunca. Nada se pudo arrancar a los esclavos isokos traídos ayer en dos barcasas. Los hemos encerrado aparte, pero esos negros se comunican todo con la mirada. El silencio, los ojos son su mejor lengua no importa de qué tribus provengan.

De Dévora avanzó cabizbajo por la rampa del castillete perseguido por sus temores.

Con el sol alto el lugarteniente da la orden para que nos sirvan la única ración diaria.

Dos veces sonó la campana.

Las lobas blancas comienzan a llenar las bateas con la harina de mandioca. Duraron largo tiempo destrabando los candados y cerrojos.

—¡Eh! ¡A comer!

El estallido de los rebenques no logró movernos. Nuestras mujeres abrazan a los pequeños que chupaban sus senos resecos.

—¡Malditos ashantis! ¡Cuándo se vio una perra hambrienta rechazar la comida que le da el amo!

—¿Qué sucede? —chilla la hiena jefe desde el almenado.

—Se niegan a salir —ladró uno de los perros.

—¡Garrote con ellos!

Los soldados armados corren por las rampas en dirección a las casamatas.

—¡Sáquenlos a palos! No teman que tienen cadenas.

Permanecemos sentados, la mirada tora revoloteando sobre nuestros hombros. Arrinconadas contra la pared nuestras mujeres fingían entretenerse con su tristeza. Contamos con la oscuridad no disuelta por la alta claraboya.

—Saquen primero a las hembras —ordenó Coutinho.

Las contamos por el ruido de sus pisadas... una... tres... cuatro. Sentimos el mordisco de sus rebenques sobre nuestros lomos. Solo el llanto de los niños altera nuestro plan.

—¡Imbéciles! ¡Los van a dejar morir de hambre!

Intempestivamente soltamos los gritos. El salto de leopardo, la garra encadenada raja la cabeza con los puños. Dos lobas rodaron aullando y las otras atrapadas se defienden a rebencazos.

¡Por primera vez corre sangre que no es nuestra!

—¡Dispárenles a las cabezas!

Ciegos, perdidos en la furia, quebrados, aún apretamos sus gargantas.

La segunda descarga solo encontró bazimu, cuerpos sin magara.

—Rematen a los heridos.

Nuevos grilletes se prendieron a nuestros brazos y una larga cadena une todas las argollas. Así avanzan en sus mañas para encadenar y manejanlos pero también los hijos de Changó aprendemos a morir matando.

Otra vez el silencio de los ekobios, ni siquiera los niños hambrientos se atreven a levantar el llanto. Y fuera, por el aire, por la corriente del río, como todas las noches, retumba el llamado de nuestros tambores.

Los azotes del dyola azuzaban el canto y los remos de nuestros ekobios. Siete son los brazos de Oyá que atajan la corriente del Níger. Pero no hay orichas ni barrancas que detengan la sangre del muntu prisionero. Lentamente bajaban las canoas abarrotadas. Las dos primeras recogen sus remos para no aventajar la barcaza de Ezili con su parasol rojo. Le seguían de cerca los soyapayos con el cañón de sus mosquetes sobre la borda.

—¡Trae el más grande cargamento que hayan visto mis ojos!
—prorrumpió Coutinho al contar hasta siete embarcaciones abarrotadas de esclavos.

Desde la barranca, los mercaderes querían identificar a lo lejos las cicatrices tribales. Vigilantes, los cazadores isúes cubrían sus cabezas con los viejos sombreros que les regalan sus amos portugueses. Separados, ansiosos, los ibos miraban con desesperanza: su pueblo ha sufrido la mayor devastación de hombres y mujeres a todo lo largo del Calabar.

El curandero Babalú-Ayé llegó cojeando de noche a Nembe acompañado de Chankpana que capitaneaba sus tropas de mosquitos. Pronto invaden los ranchos, los cuartos y las cocinas de todo el pueblo. Los orichas sagrados escalaron los muros de la fortaleza y penetran en la mansión del kilumbu blanco cuando dormía. Babalú-Ayé revolvió sus sábanas y le pinta con carbón signos mágicos en la cara y espalda; en el dormitorio de los soldados se midió los uniformes; en la cocina destapa las ollas y goloso probó todas las comidas. Mientras tanto, Chankpana se introdujo por las rendijas

de las celdas y calabozos con su ejército de mosquitos para chupar la sangre de los ekobios encadenados. Solo después de tantas travesuras despiertan al kilumbu blanco con quien bebieron varias garrafas de vino hasta emborracharse.

¡Eía Babalú-Ayé! Esa noche oíste del kilumbu blanco sus aventuras hasta cuando los mosquitos de Chankpana, huyendo de la claridad de Orún, se refugiaron en los rincones. Escuchas de sus propios labios las conocidas historias relatadas por los tuaregs del desierto, los poetas hechiceros del alto Níger, los mercaderes dyolas y los cautivos de la fortaleza de Nembe.

—Fui compañero de Gama, el gran navegante. Médico de su tropa, estuve entre los primeros que visitaron a Ceuta. En el río de las Buenas Señales salvé a mis compañeros de las pústulas que gangrenaban sus bocas, cortando sus labios y remendándoles los dientes. Así lo contará más tarde mi amigo Camoens. En aquella ocasión fue cuando tú, Babalú-Ayé, sorprendido de mi habilidad, me confiaste tus poderes mágicos para curar enfermos y resucitar muertos. Con un astrolabio medí la altura del gigante Adamástor cuya sombra nos oculta el sol por tres días, confundiéndonos en la más compacta oscuridad. Náufragos por una tormenta que desató Baco frente a las costas, nos salvan unos pescadores de Mozambique, quienes nos vendieron a unos piratas turcos. Más tarde en un mercado de Constantinopla me compra una mujer por unas rupias. Por la noche, mientras me ofrecía generosa su cuerpo y sus caricias, al quitarle el velo de su cara, descubro que la lepra le corroía los labios y la nariz. ¡Mi ama y amante era la Muerte! Solo los poderes que me conferiste, amigo Babalú-Ayé, me salvaron la vida.

Duerman esta noche en sosegada borrachera el oricha y su discípulo, pues mañana cuando Chankpana suelte sus legiones de moscas, nadie en Nembe tendrá descanso.

Ezili se echó el manto transparente sobre el pecho dejando que las jóvenes bereberes le refrescaran su cuerpo con abanicos de plumas. Mezcladas sangres berebere y nigeriana le tuestan la piel y encendían el verde aceituna de sus ojos. Su heredado instinto de mercader le impulsó a quitarse el velo con que cubría su rostro y deja al descubierto los senos todavía rebotantes como si nunca hubieran amamantado los muchos hijos tenidos con distintos padres. Sabemos que ese respiro juvenil se debe a las artimañas de su vieja esclava Arún.

El gobernador subió a la barcaza custodiado por sus guardias para darle la bienvenida. Las lobas blancas, después de husmear las entrepiernas de las jóvenes bereberes, arrugan las narices con resoplidos de chivos en celo. Con un gesto, Ezili ordenó que acomodan a su lado el almohadón de plumas. Luego invita al gobernador a que se siente y ella misma le sirvió el agrio salmirón.

Desconfiado el oficial miró a Coutinho. No ignora que el veneno es el arma preferida de los tratantes de esclavos. Le tiembla el pulso, humedeció sus labios y lentamente apura la bebida fermentada.

—No es tan fino como sus vinos pero despeja la mente para los negocios.

—No hay duda de que eres la más hábil y aventajada comerciante de todo Mali. Tendremos tiempo de sobra para ajustar el precio de los esclavos. Habrás advertido que aún no llega la nao negrera.

Tenía dificultad en tramar la sogá de sus palabras. Ezili se cubrió discretamente el rostro para tragarse la saliva amarga. Luego en un portugués aprendido entre mercaderes de Ceuta, le revela su enojo:

—No pienso gastar a costa de mi bolso el valor de un plátano para alimentar a los esclavos. Mis provisiones se han agotado. Los nativos están cada vez más alertas al boteo y huyen de las orillas de los ríos al interior de la selva. Los reyezuelos piden más y más baratijas por sus cautivos desde que llegan los barcos de América.

—Comienzas a poner condiciones a tu mercancía y aprovecho para darte a conocer mis reservas. En esta ocasión me cercioraré de la procedencia de tus esclavos, no sea que me vendas ashantis revoltosos por mansos ibos.

Azotados por los mamelucos, poco a poco la barranca se ennegrece con las espaldas desnudas.

Sobre el hombro de Nagó se entrecruzaban las serpientes de Elegba. El kilumbu blanco supuso que era la cicatriz de una doble incisión abierta por el brujo de la tribu y prosiguió observando bocas y contando dientes.

—Lo peor son las úlceras producidas por las ataduras, porque el esclavo se muere envenenado por la nostalgia de libertad.

Se cubre las narices con el pañuelo. El hedor de las llagas le mareaba a pesar de haber convivido con cadáveres en los campos de guerra. Pronto acudieron dos ibos con cocos de agua.

A una señal del gobernador, los dyolas arrastran al ekobio herido que se resiste con gritos y dentelladas. En la orilla, ya los cocodrilos disputan la presa a los marabús.

—Resulta mejor que sepultarlos —afirmó— pues pronto las hienas no tardarían en desenterrarlos, aumentando la hedentina que inunda la costa con los desperdicios de la trata.

Los negreros entraron al barracón de los calabares reforzado con una doble guarnición para prevenir que incendiaran la barraca. Mientras el fuego los consumía, nuestros ekobios suelen entonar cantos guerreros, mostrando amenazantes a las lobas blancas sus puños encadenados.

—Te curaré esa enfermedad —el kilumbu blanco le habló en kru, pero el joven se resiste, agitando la cabeza. Sus muñecas permanecían argolladas a la barra de hierro que nos sujeta a todos.

—Es el quinto con mal gálico.

Se retorció, tembloroso, mientras le quema el pene purulento.

La anciana humedecía los costados y poros de Ezili con sus yerbas aromáticas. Olores, tacto y sonidos adormecían la relajada cuerda de su cuerpo. Arún canta la epopeya de su pueblo. Sin abrir los ojos el ama se asombra del oído de su piel:

—¿Quién es el elegido de Elegba que guiará al muntu en el exilio?

De espalda a Ezili, entreabrió los dedos de los pies para hacerle llegar el bálsamo hasta ese último rincón. Tuvo que levantar la voz para que no la silenciara la corriente:

Changó el tallador de los fuegos
escogió entre tótems su modelo:
serpiente burladora de trampas
movimientos rápidos de ardilla.
Su pecho coraza de rinoceronte
potente su mandíbula, garra de león.
El vaho, los sudores, la saliva
aceitan su resbalosa piel de anguila
para limar, para roer los cepos
en la dentada quijada de la loba
que en la guarida de las bodegas
tritura la luz, la vida y los huesos.
Desde el vientre de su madre
escuchó los relatos de su abuelo,
extraños viajes en aguas uterinas
por navegantes olmecas recorridas.
Consejero fue de Colombo
esclavo y práctico de bitácora

estrella que guiaba por los mares
la indecisa proa de sus naves.
Ha redescubierto la vieja tierra
la tierra que parió Odumare
la olvidada tierra de olvidados ancestros
la tierra de los abuelos olmecas
ngangas poderosos de artes mágicas.
Ha visto sus ciudades abandonadas
sus gigantes y africanas cabezas
talladas con cincel en dura piedra
celosamente guardadas
por el jaguar en la oscura y silenciosa selva.
Dos serpientes mordiéndose las colas
identificarán su presencia
en la tiránica tierra del exilio.
Por voluntad de Elegba
será su símbolo y mensajero
capitán de las revueltas tribus
su combatiente compañero.
Habitante en otros cuerpos
sembrará el sol en sus noches
sabiduría en las palabras
fuego en las cenizas
vida en la muerte
risa en el dolor
belleza en la fealdad
y constancia en el rencor.
Te hablo de Nagó el navegante
hijo de jalunga
nacido en las costas de Gafú

biznieto de Sassandra el Grebo
cuyas fuertes y ágiles barcas
exploraron el este.

Las tolvaneras del desierto traían el olor de la primera lluvia. Nagó nada entre las aguas de la memoria y el olvido. Una pupila hacia el día no revelado y la otra abierta en la noche presente. Todos duermen en el barracón. Fue mucho antes de que la primera chispa incendiara la torre de la fortaleza.

Nagó alertó a los nuestros:

—¡Viene la tormenta!

Todos dormían. Intenta levantarse y las cadenas le recordaron que era un cautivo. Entonces penetra el relámpago de Changó, solo un instante para que su pupila tomara conciencia de su paso. En ese momento comprendió que los orichas estaban furiosos: Odumare despierta de su sueño y Elegba, su gran mensajero, abría camino a la tormenta.

Lo oye entrar por entre los dos guardias armados que custodiaban la puerta. Cruzó frente a ellos con su máscara toroluna sin que alcanzaran a verlo. Agita la lengua invisible de su sonaja de plata. ¡Eíá! ¡Su danza más graciosa que la pluma al viento! ¡Más ondulante que la serpiente nadando en el río!

Nagó vuelve a llamar con desespero:

—¡Aquí está con nosotros el poderoso Elegba!

El oricha se sentó frente a él. Pone sobre el suelo su sonaja y allí donde la apoyaba, arde una llama.

—Vengo a decirte que te alistes para la partida. Vendrá la gran nave en donde se confundirán todas las sangres. Estarán unidas aunque las separen las lenguas y las cadenas. En mitad del mar nacerá el nuevo hijo del muntu y en la nueva tierra será amamantado por la leche de madres desconocidas.

Toma mi sonaja de fuego: nadie podrá oscurecer tu inteligencia.

Toma el puñado de los vientos: nadie encerrará tu espíritu.

Toma la lanza y el escudo de Orún: serás poderoso por la fuerza de tu puño.

Nagó se puso de pie sin que sus grillos pudieran sujetarlo. Extendió los brazos, recibe las armas y con potente grito llamó a los ekobios.

—¡Oigan todos! ¡Elegba está con nosotros!

Los guardias entraron asustados, alumbrando con sus hachones los cuerpos dormidos. Se miran atemorizados. Habían oído el llamado de Nagó. Entre la luzsombra alcanzan a vislumbrar su puño blandiendo la lanza. Ambos, a la par, descargaron sus mosquetes contra esa sombra amenazante. Pero las balas de plomo atraviesan el cuerpo sin herirlo.

Afuera, el Níger se desbordaba.

—¡Se ahogan los esclavos!

Las luces se agitan y los guardias corrían en la muralla tratando de observar lo que ocurre más allá de los muros. La corneta desesperada esparce la alarma. El gobernador De Dévora despertó a los gritos del lugarteniente.

—¡Los ashantis han incendiado el barracón!

—¡No los dejen escapar!

Empequeñecidos por las llamas, los ijaks enfilan sus lanzas listos a dispararlas.

—¡Salga toda la guarnición y que se aposten en la barranca! Con unas tenazas, Zanahaga se abría paso entre los escombros:

—Mis cadenas resisten pero si el agua les llega al cuello no sobrevivirán. El médico se niega a atender a los heridos. Dice que no es tiempo de curar sino de ver morir.

—¡El infierno lo sepulte!

¡Changó, forjador del rayo y la tormenta, cómo te muestras colérico la víspera de nuestra partida!

Mientras las mujeres del poblado llenan los cántaros en el Níger, un anciano dibujó en la arena húmeda de la orilla las culebras de Elegba. Luego, con disimulo, esconde la rama. Las aguadoras pasaban a su lado sin repararlas, hasta cuando Arún las advierte y se detuvo. Le habla en mande y después en baluba pero el anciano permanecía silencioso. Fue entonces cuando descubrió la cicatriz en sus pómulos, borrada por los soles y los años. Le habló en kru y su cuerpo fue sacudido. Responde:

—El elegido de Elegba necesita tu ayuda.

Arún sube su cántaro al hombro y sin responder palabra se dirigió a la barcaza entoldada.

Por tres mañanas el anciano kru esperó en el mismo lugar acurrucado, madero seco, inmóvil. Al cuarto día aparece Arún con su cántaro sobre el hombro. Lo dejó cerca del anciano y se entra a lavar los pies en las aguas de la orilla.

Disimuladamente, mientras los mamelucos observan las esclavas bañándose en el río, el viejo hunde la mano en la vasija y tras agitarla ansioso, rozó las puntas de la lima.

Las hornillas de Zafí Zanahaga están prendidas a la puerta del barracón. Sus ayudantes atizaban cinco y seis hierros a la vez, haciendo que el hedor de la piel quemada se esparza por todos los rincones.

¡Chankpana, sé misericordioso cuando toques con tu dedo de fuego el rostro de los niños!

Sosa Illamba intenta inútilmente calmarles el rezongo como si se tratara del propio hijo que ya le nace en el vientre. Los abraza contra su pecho y les daba palmaditas en las nalgas para adormecerlos.

Escogida por la madre Yemayá, desde ahora, sin saberlo, ya recoge las lágrimas del nuevo muntu. Los mayorcitos se asoman por entre las piernas de sus madres para presenciar, asustados, el crepitar de las ampollas. El mameluco, rápido el movimiento, hundía el hierro chisporroteante que levanta la ampolla y los gritos.

Esperando su turno, las ekobias se agarran las manos en apretado nudo. Son las esposas de los encadenados o las hermanas de los que siguen huyendo en la selva. Parloteaban en las lenguas de sus mayores, apoyándose en el sonsonete de la palabra vaga que entretenía y emborracha. Algunas, rota la trabazón del ánimo, lloran de terror y las mismas ekobias las sujetaban amansándoles el desconsuelo. Otras pretendían huir dando saltos con los tobillos amarrados. Los mamelucos las alcanzan y contra el suelo les estampaban su hierro candente en los hombros y en las nalgas, dejándolas tendidas con el rezongo del llanto.

Los jóvenes se engañan imaginándose que eran insensibles a los dedos de Changó. Cerraban los ojos y ahogan los gritos cuando la carimba les tuesta la piel. Después, al regresar a la fila de los mayores, dejan oír su risa asustada. Su ejemplo es una prueba para los adultos que debían llegar a la hornilla con sus propios pases sin muestras de temor.

Los ashantis bajan la cabeza y contemplándose la cicatriz sostenían un lamento que se prolonga a veces hasta el suicidio. Por eso Zafí Zanahaga busca nuestros hombros o la espalda invisibles a la mirada.

Toma tiempo acostumbrarnos a la cicatriz. Durante días y semanas enciende nuestra memoria. Cuando secaba y endurecía, su sombra nos recuerda la esclavitud con más insistencia que la peladura de los grillos. Aún apagadas, iluminan la noche de la barraca con el resplandor de la venganza.

Los rastreadores dyolas nos miraban a través de la reja. Nagó dormía o les observa con los párpados cerrados. Su olor no es distinto a la hedentina que impregna todos los cuerpos. Ni tan alto ni robusto como Olugbala, a quien Zafí Zanahaga debió forjar la más larga cadena para sujetarlo. Así Changó protege a sus jefes favoritos confundiénolos con sus guerreros. No lo busques en el que grita más fuerte ni en quien más gesticule.

—¿Será ese de cicatrices en las piernas? La espina se encaja en quienes gustan de andar en la selva.

La sutileza del dyola atrajo la atención del lugarteniente sobre Kanuri mai. Pero la radiante luz de su cara ofuscó su vista.

—No tiene una sola cicatriz en sus brazos. Debe ser un simple cazador de nidos de pájaros que jamás ha dado muerte a un león.

Sus ojos se detuvieron atentos, observando a Nagó. Para protegerlo, Elegba torna más ingenua su sonrisa y redujo su empuñadura al tamaño de la mano de un joven descascarador de coco. Coutinho había avanzado cuando el rastreador le retiene.

—Tampoco creo que sea este el cabecilla —dijo después de observarle la quijada—. Sus colmillos no son tan fuertes como los del guerrero acostumbrado a quebrar los huesos del enemigo.

Nagó recoge sus brazos y convertido en serpiente, despista al cazador. Los guardias siguen al fondo de las bóvedas donde se confundían en la oscuridad. Por largo tiempo olfatearon mi aliento sin poder rastrear su sombra.

—Soy Ngafúa —les dije—. No perdáis vuestro tiempo buscando entre los vivos a quien Changó ya tiene entre los inmortales.

Los martillazos de Zafí Zanahaga no hablan ni tenían el ritmo de ese otro tam-tam que trae y llevaba el cuchicheo de los lingas. Sin dejar la fragua, vigila los movimientos de sus ayudantes. Los

escogía entre berberiscos que nunca lo traicionarían dejando floja la argolla o mal fundidos los pernos. Para encadenarnos preparó bien su tropilla: cuatro guardias con mosquetes nos conducen de uno en uno a su fragua, amarrados las manos y los tobillos. Pese a su larga experiencia, le sorprende ver que varios de sus esbirros custodien la delgada sombra de Nagó, fuertemente ceñida con amarras.

—¿Por qué tantos nudos para una lagartija?

Lo miró desde lejos temeroso de que le escupiera el rostro.

—No hay argolla que se le sujete al cuerpo —advirtió Coutinho.

—Amárrenlo en el cepo que yo mismo le forjaré una máscara para que no muerda ni escupa con la mirada. Donde quiera que huya, llevará la horca al cuello para que mendigue la comida si no quiere morir de hambre.

La noche es un muro impenetrable. Ni el mismo protegido de Elegba pudo estar seguro del barco fondeado frente a la fortaleza.

—¡Obsérvalo Nagó!

Ha atracado en la noche cuando todos dormían, menos tú que miras soñando. Graba su silueta en tu memoria. Lo revivirás en la noche de la bodega con la claridad de la luz... la sentina, fondo sepultura de tus compañeros; las bodegas reservadas a las mujeres; la quilla donde golpearán las olas indicándote la furia del mar y el sentido de los vientos.

¡Eíá contempla el barco que te regala Elegba!

Arrebatado a la loba blanca, lo hundirás en mares de fuego. Asómate por las claraboyas de estribor y babor. ¿Ya contaste los cabrestantes de cubierta? Desde lo alto del mástil observa la mesana de popa amarrada al palo de buenaventura por donde escaparás de las bodegas. ¿Tejiste la telaraña sueño siguiendo el salto de los marineros entre las jarcias...? ¡Apodérate del timón!

En la última noche en la tierra de los mayores hay que beberse sorbo a sorbo los recuerdos.

Chillaron los pájaros nocturnos y tienes la señal cierta de que el barco se aproxima. En la alta torre se oyó el grito del vigía y el lugarteniente no vacila en gritar a la puerta del gobernador:

—¡Se avista la nao negrera!

Desnudo, los pies descalzos, salió al balcón. Apenas puede imaginar el visaje de las velas entre la bruma.

—Casi un mes de retardo. Demora dos días más y solo encuentra cadáveres.

Impaciente, dio instrucciones a Coutinho:

—Deben lavar las inmundicias que dejan esos esclavos en las celdas. Tiene que desaparecer este olor a carroña que no me deja dormir.

Con el oído pegado a la puerta, el lugarteniente todavía escuchó más instrucciones:

—¡Avísale al médico que quiero verlo en el acto!

Por delante va el viento trazándole el camino y sin apoyar su planta sobre las olas, subió al barco envuelto en su propia sombra. Su aliento caluroso cerró los párpados de la tripulación, haciendo profundo su sueño. Desde el gubernario, sentado en la silla del capitán Muñís, contempla la nao desolada en espera de la cargazón humana. Los siete rayos de sus ojos se filtraron al fondo de las bodegas y recorren las vacías galeras. Verificó cuidadosamente la trabazón del ensamblaje, los clavos, los reveses, las taponaduras de estopa y alquitrán. A uno y otro lado los vacíos espacios donde el muntu, apelmazado, estrechará sus huesos. Al observar las argollas y vergalones de hierro, piensa que Nagó gastará muchas noches para limar los remaches del Zafí Zanahaga. Ahora, mecida por el viento, dejó vagar

su mirada por entre las jarcias. Calcula la altura de los mástiles y la amplitud de las velas recogidas.

¡Elegba, tú lo supiste en ese instante: la cólera del muntu las consumiría con su fuego!

Lentamente sus pasos lo condujeron al castillete de popa donde los negreros tasan el pozo de su ambición. Luz que enceguece, ocupó la silla vacía que el capitán Muñís ha negado a Rivaldo, su contraмаestre, porque desde antes de que el carpintero la imaginara, está destinada al oricha. Probó el vino y se limpia los ojos para no perder palabra de lo que les había dictado en un futuro que recuerda sin haberlo pensado todavía.

El capitán relataba sus mentiras menos fantásticas que su propia vida:

—En el Amazonas he cohabitado con sirenas blancas de tetas más abultadas que una vaca.

Desde su invisible presencia, Elegba sonríe y escupe. El gobernador De Dévora, sin embargo, escuchaba y cree cuanto oye. Es hombre de guerra y solo los que se han acostado con la muerte creen en las fábulas de los vivos.

—Me dicen que las caribes devoran las orejas de los machos cuando les hacen sus hijos.

El oricha, entusiasmado, agregó más fuego al vino para que hirvieran sus pasiones. El gobernador se desabrocha la casaca. Echaba de menos sus esclavas que a esta hora suelen abanicarle la barriga con plumas de avestruz. A bordo no hay un solo ekobio que pueda alertar al muntu del trágico pacto que conciertan las lobas blancas sobre nuestras vidas.

El kilumbu blanco volvió a llenar los jarrones de vino. Le agrada escuchar estos relatos tan inverosímiles como los que le narraban los marinos en el puerto de Lisboa cuando aún era un estudiante de

medicina. Sabe que el fin de una fábula siempre es el comienzo de una nueva mentira.

—Tengo el cargamento más robusto, joven y manso que pueda extraerse de África.

De Dévora acuña con fuerza el tabaco como si amasara la verdad en el fondo de su pipa. Está convencido de que el capitán Muñís nunca creerá en la palabra del gobernador de una factoría portuguesa interesado en vender su cargamento de esclavos. Pero el oricha se regocijaba en azuzarlos. La respuesta del otro es tajante y envenenada:

—¿Ibos o ashantis?

La verdad y la leyenda se confunden en los recuerdos del capitán: los levantamientos de esclavos durante las travesías, las bodegas incendiadas, los negros hambrientos devorándose unos a otros, los tripulantes holandeses de una nao negrera ahora esclavos de sus antiguos prisioneros.

—No le estoy vendiendo cafres. Son tan mansos que la mujer a quien se los he comprado, los gobierna con solo su mirada.

No hay abanico ni brisa que refresque a Dévora.

—Usted, doctor, podrá decirme la verdad sobre la muerte de Zafí Zanhaga. Me cuesta mucho admitir que un mahometano se suicide.

—Está usted equivocado —se apresuró en responder el kilumbu —Zanhaga era cristiano.

—No ha respondido a mi pregunta. Es posible que lo ignore. Pero sé que ha sido asesinado para robarle una lima.

El kilumbu blanco apura el vino a borbotones. Luego, reposadamente, depositó el jarro sobre la mesa evitando mirar la cara del gobernador.

—Los vaís me han contado que ahora cazarán más esclavos ashantis porque han devorado los corazones de los valientes que se amotinaron en su fortaleza.

La carcajada del gobernador asombra hasta al impasible Elegba.

—Se ha tragado ese cuento como se creyó el de las mujeres caribes que se comen a sus maridos cuando copulan. Solo los africanos pueden inventar esas historias para aterrorizar a los rendeiros y alejarlos de sus costas. Mañana podrá examinarlos usted mismo y verá lo tranquilos y mansos que son... claro está que los mantengo bien encadenados porque el afán de fuga se les acrecienta cuando ven fondeada una nao negrera en la ría.

—Me gustaría conocer la opinión del veedor del rey. Debo pagar treinta ducados por cada pieza de Indias y tengo el compromiso de entregar vivas por lo menos las tres cuartas partes de la cargazón que amparan las licencias. Necesito, pues, las máximas seguridades de salud y docilidad de la cargazón si no quiero arriesgar mi vida, mi dinero y mi nao.

Apoya los codos sobre la mesa y luego la barba entre las manos. Necesitaba afianzarse en algo. El veedor, después de repartir sus miradas entre vendedores y rendeiros, habló con un solo ojo abierto:

—Lo único que puedo asegurarle es que estoy listo para inspeccionar la cargazón mañana mismo y abreviar los trámites.

El contraмаestre se levantó de la mesa y observa por la portañola de babor la distante playa que apenas se insinúa por el faro de la fortaleza. Abre sus narices de perro, anchas, húmedas. El olfato le sustituía con creces el ojo que le vaciaron en Alcazarquivir. Desde entonces lo cubre con un trapo negro que amarra de la oreja donde colgaba la candonga de oro con el nombre del musulmán que le dejó tuerto.

¡Ruy Rivaldo Loanda no es la primera vez que acechas las migajas que caen de la boca de tus amos!

En los bajos de Santa Ana, en Cabo Verde y hasta en las Molucas has recogido la escoria de tu tripulación entre truhanes y asesinos expulsados de otros barcos. En islas abandonadas escondiste tus

huellas hasta que la horca te recuerde tu verdadero nombre. En Ponta Delgada te registraste con el falso nombre de Ruy Rivaldo Loanda para esconder tu pesadilla de clérigo excomulgado. Violabas novicias en el monasterio de Coimbra y al Demonio cedes la paternidad de tus propios hijos. Pero el Santo Oficio te hizo sufrir torturas en el potro, lardeó tus espaldas con brea derretida y solo te deja suelto cuando estuvo seguro de que nunca más fornicarías. Humillado, silencioso, en Padua vendías esclavas blancas a los persas y se te conoce como experto castrador de esclavos blancos. Algo hueles cuando rondas en torno a tu capitán y sus socios.

—A todos nos consta que el negocio de la trata trae más desengaños y pérdidas que ganancias —rumió Muñís en un fingido esfuerzo de sinceridad—. Las enfermedades, rebeliones, suicidios y muerte de los esclavos merman en una mitad la cargazón de nuestros barcos.

Ignora que Elegba barajaba sus palabras y cree llegado el momento de destapar las cartas:

—Sin dejar de ser respetuosos y obedientes a nuestras majestades, convengamos entre nos un pacto más ajustado a nuestros intereses. Propongo pagarles diez ducados por cada pieza de Indias que me dejen embarcar sin la marquilla del rey.

El gobernador y el veedor, cuervos de un mismo nido, se miran con recelo. Ninguno de los dos se atrevía a picotear la carroña sobre la mesa. El contraamaestre Ruy Rivaldo por mandato del oricha les sirve más vino.

—No es para pensarlo demasiado —agrega el capitán después de hacerse repetir otro jarro—. No les propongo nada extraño que no sea práctica corriente entre los asentistas de Lisboa y Sevilla, tanto como en Cartagena de Indias y La Española. Den por aceptado el trato y celebremos el bien que en ello nos va.

Algo debió susurrar Elegba al oído del veedor pues este abre la boca sin medirse en prudencia:

—Para ser franco, su propuesta es irrisoria y altamente lesiva a mi rango. Es mejor que la eleve para mi bien y el del gobernador... justo es que recibamos quince ducados por pieza franca, habida cuenta de que este precio es menor del contemplado por las licencias.

—Ah, mi sabio amigo —le responde el negrero, repitiendo las palabras que el oricha ponía en su lengua— bien sabe el alto costo que cobra la sudanesa por sus esclavos. Esta es la única razón que me impide aceptar su generosa propuesta.

—Si Ezili es la causa del encarecimiento que nos perjudica a todos, ¿por qué no eliminarla?

Nadie sabe quién ha sugerido la solución. Rechinaban los dientes ocultos en las sonrisas y al chocar los jarros de vino, el cadáver de la sudanesa les recuerda las repetidas veces que la habían gozado.

Asegurado el pacto, el hábil mensajero de Orunla se levanta de la mesa y retorna a la encrucijada desde donde acecha los pasos dados por los hombres en la vida y en la muerte.

Cuatro cadáveres a bordo esperaban al kilumbu blanco. Una ekobia con la boca abierta aspira el aire que le faltó en la hora de la muerte. Observó atento y comprueba el suicidio: se había tragado la lengua. A su lado el hijo muestra la congestión del rostro y las huellas de los dedos con los que le sofocó el grito. Para una madre serere es indigno parir esclavos y sobrevivirles.

Otro de los muertos tiene machacado el cráneo. Su compañero de cepo fue reducido a la fuerza por cuatro negreros y atado al cabrestante de proa. Los cintarazos sobre sus espaldas no consiguen ya estremecerlo.

—¡Basta! Creo que escarmientan. No toleraré que nadie merme la mercancía con otro asesinato.

El médico se le acercó y comprueba que aún respira.

—Solo servirá para alimentar tiburones en alta mar.

El capitán Muñís desesperado por la merma de la cargazón desde antes de levar anclas, se acercó al cadáver de otro ekobio y lo zarandea con la punta del zapato. Luego se agachó para observarle el cuello.

—¿Mira usted esta costra en la nuca?

El kilumbu blanco arrancó la punta ensangrentada.

—Una espina de peje. Pudo ser enterrada por alguien para ahorrarle sufrimiento. Entre los esclavos debe ir un formidable cirujano.

El capitán se quita el sombrero para rascarse el cogote como si llevara clavada allí otra espina.

—¡Dios me proteja! Este es el peor cargamento que he embarcado en mi nao.

La máscara de hierro de Nagó atrajo la atención del capitán.

—No la lleva por perro mordelón sino para impedirle que escape. El difunto Zafí Zanahaga no encontró ninguna otra manera de sujetarlo, tan hábil es para escurrirse de las argollas y cepos.

Nagó empuñó fuertemente sus cadenas mientras el hierro con el escudo real le chamusca la piel.

Sentado y distante, el veedor del rey apuntó con parsimonia una raya. Después se seca el sudor de la frente con su pañuelo perfumado. El silencio y la aparente pasividad de los esclavos tranquiliza al capitán Muñís. Sudoroso, apretado el dedo sobre el gatillo del mosquete, el contraamaestre le reveló en voz baja:

—Parece que la matazón de los ashantis les ha ablandado las ganas de rebelarse.

Antes de bajar a la bodega, Nagó traga todo el aire que cabía en su pecho. La cadena lo jalaba cada vez más hondo en aquella noche y solo el ruido de sus propias argollas le revelan que todavía caminaba entre los vivos. Midió el reducido espacio bajo sus pies. No era tan estrecha aquella nao. Continúan bajando las traillas de nuestros ekobios encadenados y ya Nagó ha podido contar más de trescientos sin que el socavón se atragante. A las mujeres se les separaba de nosotros los varones porque la loba de pelo rojo piensa desde ahora en sus noches en celo. Lentamente nos sumamos a la pestilencia de la carne hacinada, al hedor de las úlceras, al rancio salitre de los orines dejados en las bodegas por nuestros hermanos en la última travesía. Nadie habla, solo el aullante silencio del terror.

El escogido de Elegba graba en su memoria la forma y la altura de las canalones de estribor y babor, las bodegas, la profunda cala donde la loba blanca distribuía los gelopes, ewes, congos y ashantis, entremezclados para confundir nuestras lenguas.

Todavía los tambores continúan anunciando la venta de los esclavos. Al momento de abandonar la barcaza, Arún coloca a su ama Ezili los aretes de oro tallados dos siglos atrás por un orfebre de Mali. Después, sus esclavos la subieron a la tolda sobre el lomo de un elefante y la caravana abandonó la orilla del Níger en busca del mar.

Ni los tambores ni el canto de la kora le hacen olvidar el riesgo que corre en los tratos con la loba blanca. Conocedora de las hambrunas del capitán Muñís después de las largas travesías desde América, llevaba consigo a cuatro de sus más hermosas malinkés. Al caer la tarde, el séquito se detuvo en la playa donde ya la esperaba una chalupa.

En el castillo de popa nada hacía presumir que el dolor duerme sepultado en las bodegas. Queriéndose adelantar a los designios de Elegba, el capitán ha decidido desposarse con la muerte. Ordena colgar cortinas en su recámara y evocando exóticos manjares

solicitó al cocinero un guiso de armadillo sazonado con achiote y olorosas ananás del Orinoco. Ezili, sin embargo, no podrá disfrutar de sus pompas fúnebres.

—Te he traído estas perlas guajiras, no las hay más hermosas en todas las Indias occidentales.

Y fingiendo una cortesía nunca aprendida, colgó el collar en torno a su garganta.

—Capitán Muñís, corresponderé a su atención obsequiándole los colmillos de un elefante centenario cazado en Uganda.

La pronta respuesta le revela que no se rendiría a sus halagos. Se sonríe y desdeñosamente palmotea sus manos. Al instante, pero ya citado desde dos noches atrás, apareció el mameluco con un alfanje colgándole del cinto.

—Has de traer el pago prometido a la señora. Quiero que ella misma verifique cada una de las piezas del trueque.

Se acerca a la mesa para escoger el fruto más amarillo y tras de rajarlo con sus dedos, lo ofreció con ironía a los dientes de Ezili.

—¡Guayaba! Dicen los caribes idólatras que es el alimento de sus muertos.

Mordió la pulpa roja y agri dulce pero antes de masticarla espera que el capitán trague su parte.

No tardaron en aparecer los marinos con dos arcas repujadas en cobre. El mismo capitán abre los candados, seguro del asombro que producirá en Ezili: brazaletes y narigueras de oro, collares de diamantes y bastones de hechiceros con empuñadura de esmeraldas. Coqueta, levantó una corona pensando en el delirio de las bellas de Timbuctú al lucirla en sus frentes. Aprovechando aquel momento en que los ojos de su señora se tornaban más verdes con los reflejos de las plumas de quetzal, el tuareg que la acompaña le habló en la antigua lengua de los felupes:

—Advierte, mi señora, que los guardias del barco están más armados que de costumbre.

Ya en el aire, el vuelo de su mano cambió el rumbo y fue a posarse sobre un pectoral de oro, ciñéndolo contra sus senos.

—Extraño que no esté manchado de sangre. Me cuentan que por disputárselos, los portugueses y españoles cortan por igual el hilo de oro que los sujeta y los senos de las princesas indias.

La risotada del negrero le hizo derramar su copa de vino:

—Los puñales de los conquistadores no son tan asesinos como la daga de los tuaregs.

El grano de maíz que Ezili había llevado a la boca se quiebra en sus dientes cuando oyó en la playa el detonar de un cañón. Su guardia intenta asomarse a la claraboya pero el filo del alfanje le rebana la cabeza. Ya en la cubierta las malinkés corrían perseguidas por la tripulación.

—¡Quien me desvirgue una esclava lo cuelgo del mástil! —gritó el capitán.

Los mamelucos volvieron a ajustarse sus pantalones con desgano mientras en el castillo de popa Ezili forcejea con dos negreros que la desnudan.

—Quítenle hasta el último trapo, no sea que esconda una daga. No moriré yo con el vientre abierto como el herrero musulmán.

A través de la ventanilla pudo observar que el Capitán disfruta a solas la comilona preparada para ambos. Su ojo tuerto y el resoplido de sus sorbos le reviven el terror que sintió de niña cuando fue raptada por los beduinos en una pequeña aldea de Timbuctú. Los puñetazos sobre la mesa atrajeron la presencia del contra maestre.

—Necesito dos guardias a la entrada de la recámara. No te alarmes por los gritos de la fulanké y vigila que las jóvenes esclavas no sean violadas. Espero cobrar buen precio por su virginidad.

Sorprendido con su última advertencia, Rivaldo le responde con rencor:

—Se trata de un botín de asalto y reclamo mi parte.

—No olvides que aún estamos fondeados. Puedo acusarte de insubordinación ante el gobernador.

El contramaestre se retira masticando sus amenazas.

Antes de la medianoche, la brisa comenzó a hinchar las velas. La tripulación se da prisa en alistar las jarcias, pero el capitán sumergido en la borrachera, necesitó de dos hombres para levantarse de la mesa. Luego, azuzándolo con sus risas, lo empujan al interior de la cabina. Ezili oyó caer el pesado cerrojo y aturrida, desnuda, observa que se afloja la hebilla de la correa.

—¿Dónde estás? Una y mil veces me saciaré en tu cuerpo como lo hicieron los cerdos mahometanos a los que tantas veces te vendiste.

—Llévame contigo...

Sus huesos se quiebran atrapada por las manazas de la loba.

—Ah, maldita, piensas que me dejaré embobar con tus halagos. Si hay sal en tu cuerpo la chuparé hasta la última gota y luego te echaré a los perros que te esperan afuera.

Se retuerce y sangraba dondequiera que le encaja las uñas. Ya en la cama, mientras le succiona el ombligo con su hocico, ni siquiera advirtió el pinchazo del arete envenenado. Apenas siente que las sombras cierran sus párpados, que el sudor mojaba sus piernas. Ezili esperó que cesaran sus resuellos y cuando estuvo segura de que solo la cabalgaba el peso de un cadáver, no vacila en herirse la lengua con el otro arete empozoñado por Arún.

¡Ciegas lobas que pretendéis torcer el destino que Orun la tiene trazado a los mortales!

LIBRO DE BITÁCORA

Apesadumbrados por la muerte de nuestro capitán Egas Muñís, nos vimos urgidos a levar anclas de la factoría de Nembe antes de la medianoche. El carpintero construyó el ataúd y permanecemos al lado de su cadáver, alumbrándolo con linternas. Tres veces hemos rezado el rosario a Nuestra Señora de Lisboa, amparo y consuelo de los portugueses. A la salida del sol congregué sobre cubierta a toda la tripulación, y acogidos a los altos designios del Señor, después de leer los salmos de la Santa Biblia, arrojamos a la mar sus despojos.

Como primer oficial y contramaestre he asumido el mando de la nao. Paso lista y memoria de las personas que permanecemos a bordo según lo dispuesto por su Majestad en los barcos de cargazón: sumamos veintisiete tripulantes. Además de mi persona están el nuevo contramaestre como segundo de abordó, un alguacil mayor, un capitán de artillería y sus ocho armeros, un maestro de carpintería y calafate, el despensero de vitualla y municiones, un alguacil y el resto de la marinería. Llevamos doscientas veinticinco piezas de indias entre machos, hembras y mulecos.

Dejo constancia en este cuaderno de bitácora de lo sucedido en la factoría de Nembe y de cuanto acontezca en los días por venir de esta travesía que se inicia con tan inesperados y trágicos presagios.

A los diecisiete días de marzo del año mil quinientos cuarenta, a bordo de la nao Nova India.

Nuestros ojos escuchaban los ruidos sin esperanza, lloran los pequeños y las madres les dejaban chupar los senos para distraerles

el miedo. El hambre punza los estómagos vacíos pero sentimos más las cadenas mordiéndonos. Chidiyi, tejedor de las pesadillas, las mueve todas las noches para que nadie duerma, repitiendo lo que ha contado en los fogones de todas las aldeas: en América nos fritarán en calderas de aceite. Asegura, danzando, que los zapatos negros del capitán son forrados de piel de esclavos. A los carcomidos por las llagas, les anuncia que los brujos blancos fabricarán la pólvora de los mosquetes con sus huesos. Todos vemos y oímos al oricha burlón danzando en la oscuridad con su ano encendido.

¡Abobó!

¡Abobó!

¡Abobó!

Llevamos con nosotros la palabra adivinadora del gran Ifá. A mi espalda, no puedo ver sus labios, pero su voz me hincha con la claridad que le ha dado Orunla. Me hablaba en yoruba para que pueda entender su cantorrelato:

—¡Dijinga Dikatanpe, creador de los soles, la tierra, la luna y las aguas, alimento de la vida!

¡Dijinga Dikatanpe, procreador del muntu!

¡Dijinga Dikatanpe, creador de los animales, las plantas y las piedras que le sirven!

¡Dijinga Dikatanpe, poseedor de la fuerza que ordena las jerarquías entre los árboles y las aguas!

¡Dijinga Dikatanpe, repartidor del poder de los vodúns, los ancestros y los mortales!

¡Dijinga Dikatanpe, después de proclamar tu grandeza deja que mencione mi nombre!

Soy Ngafúa, hijo de Kissi-Kama, babalao de Ifá. Aunque nacido en Cabinga, los ngalas son mis hermanos de sangre.

Habéis de saber ekobios cautivos que mi kulonda fue engendrado en el vientre de mi madre por mi tatarabuelo ancestro para ser sacerdote de Ifá.

En la edad señalada, cuando mi miembro escupió la primera gota con que los ancestros premian al varón, soy puesto bajo la custodia del sacerdote de la tribu para ser iniciado en los misterios del muntu. En ceremonia mágica su cuchillo trazó el círculo sagrado en torno a mi ombligo. Instruido soy por el gran Mayombé en la religión de los ancestros inmortales.

¡Eía! Desde siglos los ngalas de Mossanga hemos resistido a los dioses extraños. Rechazamos el influjo de los fiotes que predicaban la muerte de nuestros vodúns para reverenciar a Alá. Ahora resistimos al Cristo que desea imponernos la loba blanca con la espada y la cruz.

Nuestro príncipe Nzynga Nbemba, convertido y bautizado repudia a nuestros vodúns. Por su mandato los jóvenes bakongos son encerrados en conventos y aprenden de memoria los versículos bíblicos.

¡Eía! ¡La nueva religión condena y deshonra las costumbres de nuestros ancestros!

Oíd ekobios cómo llegaron estas cadenas a mis brazos:

Atizado por los cristianos nuestro príncipe maldijo a los ngalas, llamándonos infieles, rastreros, perros y traidores. Desde entonces nuestro país se ha convertido en desierto aullante. Las bandas de asesinos yakas violaban a nuestras mujeres y cazan a los ekobios para venderlos como esclavos a los misioneros de Cristo.

¡Eía! He visto saquear mi aldea nativa. Las madres arreadas con sus rebaños de cabras y sus hijos marcados con la carimba de fuego.

Los babalaos resistimos una vez más y nos negamos a rebautizar nuestros ancestros con los nombres de santos y vírgenes ajenos. Decidimos, pues, conspirar contra el ñgola. Cada choza debía ser un altar, cada corazón una puerta cerrada al invasor.

¡Ifá, señor del pasado futuro,
ojo abierto a la memoria
ojo que traspasa las sombras que cubren el mañana,
tú sabías la traición del herrero bakongo!

Antes de que nuestras dagas se clavaran en la garganta del ñgola, los gendarmes, advertidos, cortan el pabito de nuestras vidas.

¡Eía! ¡Debo eterna gratitud a mi padre! La noche en que degollaron a mis compañeros babalaos, postrado ante el ñgola, suplicante, pagó en oro el precio de mi vida.

¡Eía! Aquí estoy, uno más entre los muchos ngalas encadenados por preservar la religión de nuestros mayores. No moriré ahogado en las aguas de Yemayá, como todos ustedes. Orunla me tiene reservadas las horcas y las hogueras de los cristianos para que mi cuerpo quemado y ahorcado muchas veces proclame el solfuego de Changó.

LIBRO DE DERROTA

Pasamos los días y las noches con la mar mansa. Hemos arrojado a los tiburones los cadáveres de tres mulecones ahogados por la sofocación. Las madres dan muestras de inquietud.

¿Dónde está la caraluz de Ochú? La nochedía de la bodega es larga y vacía. La loba nos acecha en cada ruido: en el batel que se bambolea, en el golpe de las olas contra la proa, en la tos, en el resuello sin eco

de los muertos. Cada vez que alguien sacude el brazo o el pie, por la larga y única cadena que nos unía, sentimos sus movimientos aunque se encuentre en lo más hondo de la cala. Tengo mi muñeca izquierda soldada a la de Kanuri mai, el príncipe kush. Callé como si fuese el eco de olvidados recuerdos. Por mi brazo derecho estoy atado a la argolla de Olugbala. Su cuerpo de ballena ocupaba tres veces el espacio reservado a cualquiera de nosotros. No deja de observarme con la sonrisapájaro que ilumina su cabeza de hormiga. A mi espalda, sin tocarme, soy parte de la sombra de Ngafúa, el babalao sin sueños. En cualquier momento su respuesta está despierta esperando mi pregunta.

LIBRO DE DERROTA

Nos persiguen algunas nubazones y lloviznas.

El calor sofoca el cargamento y me preocupan los mulecones. Parece que los ashantis se acomodan al cautiverio pero estoy listo a reprimir cualquier muestra de rebeldía. Personalmente vigilo que se cumplan las rondas en las bodegas y si hay muertos que se arrojen al mar.

Solo temo por unos carabalí-bibbi que se resisten a comer.

¡Eléyay!, padre Jalunga, rememoro tus sabios consejos:

«La araña tarda mucho tiempo en escoger las ramas donde tejer su red».

Te escucho venerable Jalunga:

«Si tienes atados los pies camina con los ojos: los árboles vuelan en el viento».

Cuento las pisadas de la loba blanca sobre cubierta, las veces que levantaba la escotilla, el chirrido de sus garruchas al izar las velas, los aullidos cuando canta.

Ngafúa me advierte que debo apresurarme en limar las cadenas. Ya sé que su ojomblogo recorre los rincones de mi cuerpo. Lo encontraba en mi memoria, en el brazo que nuevo, en mis deseos no pensados. Calladamente me puse a limar la argolla y nadie duerme con este silbo del pájaronoché.

La máscara de hierro no me deja ver la cara de Olugbala fundido a mi otro brazo, pero presiento que el lento roer de la lima le corroe los huesos. Para calmar sus rezongos le pedí que me cuente cómo fue capturado por la loba blanca. Nuestras voces callaron, abiertas las narices, atentos los ojos a su relato:

¡Obotó, madre de las aguas del mar!

¡Obotó, tú nos enseñaste a construir nuestras barcazas!

¡Obotó, tus manos tejieron la primera red para darnos los peces del mar!

¡Obotó, que sea tu voz, tu pensamiento, quien guíe mis palabras cuando cuente cómo las lobas blancas destruyeron nuestras chalupas!

Soy Olugbala, nacido en el mar. Mis mayores recorren las costas desde donde desemboca el caudaloso Níger hasta el Orimbundu.

Soy camana. Mi lengua está partida en dos: hablo fiote por mi padre y bakongo por mi madre. Mi gran protectora es la ballena. Manso, mis embestidas nunca retroceden.

¿Cómo entonces, me preguntarás hermano Nagó, pudieron las lobas blancas encadenar mis manos a tus manos?

No fui cazado en la selva sino en la mar abierta. Pescaba con mis hermanos y amigos cuando cuatro almadías desprendidas de la nao de Diogo Cao nos sorprenden mar adentro. Perseguidos, huyendo, remamos hacia donde la tempestad arrastra a los pájaros que nunca regresan a la costa.

¡Madre Obotó, tú las viste!

¡Tú estabas allí jugando con las olas!

Resonó la primera descarga. Dos de nuestros ekobios soltaron los remos y se hundieron tragándose el agua por sus ojos abiertos.

Volvimos a escuchar el relámpago trueno.

¡Obotó, madre, tú los recogías!

Mi hermano menor se agarra a mi cuerpo y con los dedos se tapaba las heridas por donde le borbolla la sangre. Nos rodean las almadías y me mordieron sus hocicos. Me resisto, arrojándome al mar. Embestí con mi cabeza la mayor de las barcas y por el hoyo abierto se hunde con sus tripulantes. Les arrastraba a lo profundo y les quiebro el espinazo con la cuña del talón.

—¡No disparen! —gritó Diogo Cao— ¡Cacemos vivo ese cachalote! ¡Buena paga me darán por él!

Respiro la mayor cantidad de aire nunca antes bebida por mi boca y me hundí en el vientre de la madre Obotó. Allá en el fondo, turbias las aguas con la sangre de mis hermanos, nado por varios días perdido en los abismos. Al cuarto día, después de recorrer acantilados y mares de algas, mis hermanos difuntos me arrojan a la playa. Dormí largo sueño del cual aún no despierto. Me cuentan, nagó, que dos negreros encontraron mi cuerpo y tras de atarme con cadenas, me amarraron al cuello una boya con la bandera portuguesa. Vuelven a su nao mayor y de regreso, entre muchos marineros me subieron a bordo. Solo recuerdo si es que aún no estoy dormido, que Zafí Zana-haga había forjado estas cadenas que argollan mis huesos a los tuyos.

LIBRO DE DERROTA

Vientos del nordeste. En la noche el piloto gobernó mal y la derrota decayó sobre la cuarta norte. Corregimos el rumbo en procura de la isla de São Thomé.

La ronda nocturna escucha ruidos extraños. Los esclavos aparentan dormir pero se les oye un murmullo cuando roncan.

He sacado la mano de la argolla que me ata a Kanuri mai. Lentamente alzo el brazo hasta llevarlo a la altura de mi máscara. Palpé el perno debajo de la barba. Extiendo la mano y por vez primera puedo tocar la frente de Kanuri mai. Ahora sé que su caraluz quemó. Mi mano libre se agitaba, quiere tocar lo que ve y escuchó en las largas nochesdías cuando estuvo prisionera. Olugbala la observa, la oye sorprendido como cuando en silencio seguía el movimiento de los peces bajo el agua. Agarro su puño y sus dedos me apretaron con la fuerza de un mordisco. Todavía sujetos a las cadenas, los demás ekobios se regocijaban y entristecen. Mis movimientos les hacen sentirse más prisioneros: a la tortuga solo le pesa el caparazón cuando sus ojos miran en la distancia lo que sus pasos no alcanzarán. Nada sorprende a Ngafúa, babalao de Ifá. Antes de que la lima corte el anillo ya su ojo ha visto el hierro roto; antes de que mi mano se alzara libre, adivinó su recorrido. Sin que podamos mirarnos las caras nuestras miradas se mezclan.

¡Eíá, Elegba, tú construyes el puente entre las dos orillas!

Después, hormiga sin prisa, con pedazos de alquitrán calafateo la rotura de la argolla y como si aún estuviera prisionera, dejé reposar la muñeca dentro de la trampa desarmada.

LIBRO DE DERROTA

Los vientos siguen mudados y no nos permiten maniobrar a nuestro antojo.

Las piezas de Indias dan muestras de hambre por la ración cada vez más disminuida. He dado instrucciones para destapar las bodegas en la hora de mayor bochorno y que se les reparta agua, no sea que por este descuido se merme la cargazón.

Están con nosotros los enviados de Chankpana. Sus piojos saltan de un cuerpo a otro sin que podamos atraparlos con nuestras manos encadenadas. Las ratas huían y procuran mantenerse escondidas en sus huecos, pero sabemos que nos observan y atacarán. Anoche un niño fue mordido en un pie mientras dormía en los brazos de su madre. Las pequeñas hormigas siempre han derrotado a los elefantes.

Las cucarachas son más temerosas. Saben que el codo o el pie las aplastaría contra la tabla. Brotaron de los rincones huyendo del agua que se filtra por las ranuras de la sentina. El llanto del pequeño me obligó a dar los primeros pasos. Suelto mis manos, los pies, y todavía con la máscara, logré incorporarme hasta golpear el techo con la cabeza. ¡Nunca antes me sentí tan elevado y libre! Sombra pintarrajeada de sombras, animal, zombi, muntu, húmedo espíritu de la lluvia, mis movimientos alarman a cuantos escuchaban y sienten mis pasos en la oscuridad. Me detuve, vacilo, no sé si pueda llegar hasta la claraboya enrejada sin ser visto por la ronda. Abrí los oídos y adivino la lluvia que necesitamos para el niño. Me arrastré con mis cien uñas, sombra que se alarga buscando la claraboya. Algunos ekobios se encogían temerosos, otros se quedan quietos, adivinadores. Primero asomé la mano, abiertos los ojos de los dedos. Luego, por entre la reja de la máscara, respiré profundamente para llenar mil bocas. Allá en la oscuridad, las estrellas chapotean en el mar de la noche. Busco la cara redonda de Ochú sin encontrarla. Pero aquí está Yemayá mojándome. Me quité el refajo y con él empapado en agua regreso hasta la madre gelofe que no sabía cómo calmar el llanto del hijo. Pongo el trapo húmedo en los labios del pequeño y chupa de mis dedosríos con más fuerza que del seno de su madre.

LIBRO DE DERROTA

Toda la noche venteó y llovió. La nao recobra su andar y sin derrotarnos navegamos en nuestra vía hacia el suroeste.

La tripulación se anima y espera ver de cierto la isla. En buena hora el Altísimo así lo quiera para bien de nosotros y de los irracionales hambrientos, cundidos de piojos.

Al amanecer me he asomado a la claraboya para orientarme de la posición y derrotero del barco. He visto una pareja de garjaos que nunca se apartan de la costa. Todo el día y la noche hemos escuchado olores de tierra. Recobramos la seguridad y confianza: aún navegamos en las aguas de nuestros ancestros.

¡Elegba, dirige bien nuestros pasos, que no nos falte tu sombra protectora!

La máscara me recorta el horizonte cuando escuché el silbido de serpiente que me anuncia la presencia de las lobas. Arrastrándome intento regresar hasta mi sitio pero ya están aquí con sus linternas. Debo quedarme rígido entre los cuerpos de dos ekobios. Por un momento formamos un nudo de tres cabezas y seis ojos. Alumbran nuestros párpados que fingían dormir, pero no oyen, Elegba les enceneguía la vista. Se acercaron a las mujeres y con sus uñas les alzaban los refajos para mirarles el sexo despierto. Los niños, sin dejar de mirarlos, dejan de llorar. Después, oliéndose las uñas, se alejaron con aullidos de perro en celo.

¡Babalú-Ayé, acércate! ¡Echa tu mirada bienhechora sobre nuestros cuerpos enfermos!

Nuestros propios excrementos se pudrían y nos ahogan. Los dos carabalí-bibbis prosiguen en su decisión de no comer para no sobrevivir a tanta podredumbre. En vano, las lobas les azotan hasta sangrarles. Ayer les regaron pólvora, limón y sal sobre sus heridas

amenazándoles con prenderles fuego, sin que hayan podido obligarlos a tomar siquiera un poco de agua. Impotente, el contraamaestre les anuncia que mañana los arrojará vivos al mar. Pero solo recibían la misma respuesta, el silencio y la mirada perdida en una distante orilla que solo ellos alcanzan a divisar.

Abajo, sepultados en la cala, los ekobios comenzaron a gritar, golpeando con sus cadenas. Pronto las bodegas se llenaron de voces y requiebros en distintas lenguas. Son los mismos lamentos de los kraos y vaís, la misma queja que oigo entre los congos y angolas.

Las lobas bajaron con sus rebenques y mosquetes pero no lograron silenciar una sola de nuestras miradas.

LIBRO DE DERROTA

Desde ayer estamos atracados en el puerto de São Thomé. Antes de embarcar las provisiones, ordené la reparación de las reveses de la quilla que venían haciendo agua desde tres días atrás.

Hay varios muertos entre las piezas de Indias y mulecones. Se hace necesaria una revisión y limpieza general. He contratado una cuadrilla de colonos portugueses pues no me fío de ningún nativo.

El contraamaestre trajo una manada de lobas peludas. Nos oyen con sus ojos verdes, temerosas de nuestros brazos y puños. El ajetreo se prolongó durante todo el día. Mosquetes, lámparas, baldes y escobas reavivan las bodegas. Nuestros niños lloran asustados frente a sus extraños gestos. Comenzaron por remover los cadáveres de los carabalí-bibbis. Las sombras separadas de sus cuerpos, hediondas, recorrían las bodegas buscando sepultura. Ngáfúa entonó himnos a sus ancestros, pidiéndoles que les abran las puertas. Para no desatar los cepos, les cortan las manos y los pies sin que sus muñones sangren. Después, con los pañuelos en las narices, sacaron los

cadáveres de tres ekobias y de dos pequeños ahogados en el fondo de las galeras.

En cubierta, las risallantos de las ekobias ashantis, quienes gritaban y miran hacia el puerto como si distinguieran el lugar conocido de su aldea.

Kanuri mai me observaba angustiado y juntándonos, protegimos con nuestros cuerpos las cadenas rotas para que Orún Sol no derrita las taponaduras de alquitrán. La hedentina ha congregado a todos los buitres sobre los mástiles; les oímos afilar sus picos contra las vergas a la espera de que arrojen los cadáveres hinchados a las aguas de la bahía. Los baldes repletos de excrementos caminan desde la sentina con los mil dedos de nuestras manos encadenadas hasta que los arrojamamos por la borda. Luego con los mismos baldes, bañamos nuestros cuerpos.

El capitán entregó a Ngáfúa un tambor roto. Habían observado que era él quien iniciaba nuestros cantos en la oscuridad de las bodegas:

La loba blanca
disminuida ante nuestra mirada;
sus cadenas no separarán
nuestros cuerpos
de la sombra madre.
¡Vivos estamos,
soplo de sombras
siempre enriquecidos
nunca rebajados!

LIBRO DE DERROTA

El médico del puerto ha examinado la cargazón. Gracias a la Divina Providencia la mortandad en estos primeros quince días ha

sido reducida: además de los mulecones y los carabalí suicidas, solo me vi obligado a dejar para su reposición a dos hembras y cuatro machos agotados por el mal de Loanda y las disenterías. He reparado su merma con la compra de dieciocho esclavos fans traídos del Kou-ara al parecer de buena catadura.

Si contamos con la ayuda de Dios y los vientos del noroeste nos son favorables, partiremos al amanecer con provisiones para dos meses de navegación, rumbo al poniente.

El barco dormía y las bodegas, huevo cerrado, se empolla en la oscuridad. Ngafúa nos une con su canto aunque estemos dispersos y nos separen las lenguas.

¡Eía Nagó!
¡Te habla Ngafúa
discípulo del gran Legba
luz brillante
en el fondo de las bodegas!
Relato de relato
agua que bebo de otras aguas
te canto
la historia narrada
por Sosa Illamba.
Zulú el padre
Baluba la madre
cambiada fue por un mosquete
de chispa y pólvora.
¡Eía Nagó!
¡Mis palabras
sin la kora

calabaza rota
necesitan tu imaginación!

Así comenzó Sosa Illamba su relato:

Katima Mololo, mi padre, forjó para el ñgola una lanza tan pesada que no pudo arrojarla más allá de su sombra. Nuestro príncipe, apesadumbrado, llamó al sacerdote. Quiere saber por qué irreverencia los ancestros le disminuían su fuerza.

Los tambores sagrados invocan a Ifá y el sacerdote descifró la respuesta:

—iBufwisi! iBufwisi! La lanza ha sido forjada por el extraño Sosa para ridiculizar a nuestro poderoso ñgola ante su pueblo.

La terrible maldición bañó a nuestra familia y descendencia. Mi padre con sus catorce mujeres, sus sesenta hijos y sus ciento treinta nietos fuimos arrojados del reino del ñgola para que no prosperara entre los baluba la traidora descendencia zulú.

Durante cinco años Katima Mololo, en el exilio, herró los caballos de un jefe nyamewezi a orillas del Zambeze. Pero un día llegarán a su establo dos comerciantes balubas que le reconocen y revelaron la terrible maldición que pesa sobre él y su descendencia. Entonces huye hacia el sur en busca de la ciudad sagrada de los difuntos monomatapas para compartir con ellos su muerta existencia. Un anciano swahili, pastor de cabras, guió la marcha. Pero solo la mitad de sus mujeres y de su prole siguen a mi padre a la abandonada morada de los bazimu. Siempre guiados por las estrellas del sureste, por entre selvas y planicies, mi padre y su prole buscábamos la gran meseta que se extendía entre el Zimbabwe y el Bulawayo. Por silenciosos caminos en donde se oían pisadas de olvidados elefantes, el anciano swahili nos cuenta largos relatos sobre los inmortales monomatapas:

«Adoraban las piedras labradas y la flor del girasol. A Lemba, benefactor de las generaciones. Y el gran Aluvaía creador de los mundos».

Entre la yerba seca, antes de que Ngana Zumbi levantara el rebaño de las brumas, una mañana Katima Malolo y sus hijos contemplamos la ciudad real de la Gran Zimbabwe entre escarpadas rocas. Las cabras dejan de balar y sus pequeños ojos, ojos negros, ojos blancos, lloraron agua. Las sandalias rotas del viejo swahili se detienen y las manos de nuestra familia se amarraron en un solo nudo.

—Hasta aquí les acompaño —nos dijo el anciano pastor—. Solo los que quieran alejarse de la vida buscarán el silencio de los sagrados monomatapas.

Dos días después mis pisadas removían el silencio que cubre las esculturas de piedra y, olvidada de los vivos, creceré entre rebaños de cabras. Por las tardes trepo a lo alto de la Torre Cónica y desde allí miraba hacia el este donde asoma el sol. Correteando detrás de las cabras recorrí los derruidos muros de la Gran Muralla, levantada para detener a los invasores árabes.

Les cuento viejas historias vividas mucho antes de que los monomatapas conquistaran las riberas del Zambeze y su imperio se extendiera del Kariba hasta el mar...

Y fue de los lados que enrojece el sol por donde una mañana divisé a los vakarangas cazadores de esclavos.

(Aquí, Nagó, se cortan las palabras de Sosa Illamba y tuve que dormir su llanto sobre mis hombros).

Mi padre fue muerto y los mayores enterrados vivos bajo piedras. A los jóvenes prisioneros nos argollaron manos y gargantas. La trailla de esclavos avanzó por ríos sin agua; cruza los pantanos del Tanganika por Ujiji y bordeará las faldas del Kilimanjaro. De última en la caravana, sin mi rebaño de cabras y cargando un pesado

colmillo de elefante, cuento las noches y días desde que supe que en Bombasa nos esperaban los negreros que me condujeron a este barco en donde daré a luz a mi hijo, semilla del muntu en el exilio.

¡Eía, sueño entre sueños!

Aquí termina su historia

Sosa Illamba.

¡En Bombasa

junto a sus hermanos

por cuatro mosquetes de chispa y pólvora
cambiada!

¡Eía Nagó!

Hijo de Jalunga

bisnieto de Sassandra el Grebo

compañero de Colombo,

cuida de Sosa Illamba

madre del muntu

en la perdida ruta trazada por Changó.

LIBRO DE DERROTA

Aprovechamos la calma chicha para reparar el barco. Toda la tripulación de buena gana se ha impuesto algún oficio. Con hachuelas y martillos componen la balaustrada y la roda de proa que casi arrancan las olas de la pasada tormenta. Revisamos las clavazones, las paletas y la serviola de babor. La infinita misericordia de la Virgen del Perpetuo Socorro no quiso que nos quedáramos sin brújula y timón de mando, con lo cual, a merced de vientos y corrientes, habríamos vagado por estos mares sin consuelo de auxilio de otro barco. Yo mismo, lezna en mano, me he dado a la tarea de subir a las vergas y coser las velas. Si fuese de entrar a un puerto por lo menos estaríamos quince días en carena.

Todos los ekobios reconocen en mi máscara la invisible luz de Elegba. Me observaban en silencio cuando, conjuntamente con Kanuri mai, nos deslizamos por entre sus cuerpos. Al pie de la escalera vigila Olugbala. Sus silbidos, anunciando las orejas de la loba, serán repetidos por todos los ekobios con la lengua apretada entre los dientes. Después de que Ngafúa pudo hablar a los fans y fiotes, ando de proa a popa sin que nadie se alarme. Extienden sus manos y agarraban las mías.

¡Elegba, tú estás en cada uno de sus puños! ¡Largo es el camino que separa a los hombres, corto cuando los unes con tu aguja!

Anoche, Ochú me prestó su lámpara para que contemplara mi barco. Es más grande que la carabela en la que Colombo me llevó a América. Tiene las velas recogidas y en silencio pude contemplar sus vergas, mástiles y cofas. Lo veo ahora aquí entre mis piernas a través de las rejillas de mi máscara.

¡Elegba, refuerza mi memoria para guardarlo!

¡Que nunca olvide el lugar exacto de sus alcándaras y garruchas!

¡Que pueda recorrerlo en la oscuridad como mis dedos encuentran mi nariz y labios!

¡Que las azuelas, machetes, arpones, astas y espeques conserven el mismo sitio donde los he visto!

Elegba, tú que todo lo ves y todo lo escondes, escúchame:

¡Dame la caña del timón!

¡Dame las arboladuras y la velas!

¡Dame la cámara de popa!

¡Dame las serviolas de babor y estribor!

¡Dame el obenque de mesana!

¡Dame la verga del proel!

¡Dame la sogá del palo de buenaventura!

¡Dame la muela para afilar los cuchillos!

¡Dame los mosquetes de la tripulación!
¡Dame la llave de la despensa!
¡Dame la luz de todas las portañolas!
¡Dame los bateles de abordó!
¡Dame la cofa del árbol mayor!
¡No duerma un instante hasta que los míos, amos del barco,
muerto el capitán y la tripulación, cambiemos su rumbo!

LIBRO DE DERROTA

Por dos veces he tenido que corregir el rumbo desviado hasta la media partida. Los buenos vientos y corrientes favorables de popa aligeran el andar.

El vigía de cofa anunció en la noche anterior haber visto a babor un barco que navegaba en rumbo contrario. Estamos temerosos de que sea una urca enemiga. Los cañones fueron emplazados en las portañolas y el capitán de artillería ordenó ejercicio de milicia a la tripulación para que se adiestrasen con sus mosquetes en las maniobras de defensa y asalto.

El barco hace agua y los estoperos bajaron con sus lámparas para calafatear la sentina. Por el lado de popa intentamos remover una tabla que nos permita deslizarnos por fuera de la borda. Montado sobre los hombros de Olugbala pude sacar varios clavos con la lima y los dientes. Debemos darnos prisa en limar las cadenas del resto de nuestros ekobios porque hemos avanzado más de la mitad de la travesía.

El sol torna oscuras las bodegas en esta encrucijada de aguas muertas. Desesperadas por el calor, las lobas descienden desnudas por los escotillones sin el peso de sus mosquetes. Los niños lloraban y sus párpados sin agua no pueden humedecer sus ojos. Cuando las

ekobias sofocadas abrían sus piernas para airearse la raíz de la vida, la fiebre empoza nuestra sangre con sapos imaginarios cabalgando a sus hembras. Después de los largos desvelos, amanecemos con los cuerpos espumosos, bañados con la saliva de la vida. Sabíamos que los orichas y ancestros nos vigilan. Kanuri mai asegura que el leproso Babalú-Ayé nos visitó anoche al ver estampadas bubas de fuego en el cuerpo de tres jóvenes biafras. Sosa Illamba llora porque el hijo dejó de golpearle el vientre con el movimiento de la luna y las olas. Para calmarla, Ngafúa ha invocado a Osachín, el pájaro que cuida el sueño de los niños con la flauta de su canto.

LIBRO DE DERROTA

Una de las piezas de Indias ha enloquecido. Al comienzo creí que nos desafiaba con sus gritos y escupitajos. El contramaestre la hizo azotar para dominarla. Entonces, enfurecida, comienza a dar mordiscos a las otras bestias a las que estaba encadenada. Finalmente, sueltos los cepos de los pies, se la pudo subir a cubierta donde la amarramos al mástil mayor. Rechaza todo alimento. La hemos amordazado y puesto un dogal para manejarle con una botavara. Nos observa con la mirada fija y perseguidora, anhelosa de que nos acerquemos para alcanzarnos con sus manotazos y dentelladas. De súbito, indiferente a cuanto le rodea, su vista se desplazaba hacia el horizonte como si observara un distante punto de la tierra donde anidan todos sus pensamientos. Me pregunto si estos animales realmente tienen razón y si muertos, sus almas pueden hallar en el cielo lo que no han tenido en su mísera vida terrena. Trato de conservarla porque es un mozalbete ijaw de los más altos y fuertes de cuantos componen la cargazón. En La Española me pagarán buenos ducados por él y me dolería que por persistir en su locura deba arrojarlo a los tiburones.

Cuando arranqué la tabla, el gigante Oyé se asomó al boquete y sopla con tanta pujanza que sus ráfagas recorren las sofocantes bodegas. Abiertas las bocas, paladeamos la brisa. Los niños vuelven a nadar alegres en la corriente del Níger. Me quité la máscara y sostenido por Olugbala, escurrí la cabeza por la abertura para que Yemayá me lave los ojos.

¡Abobó! ¡Poderoso Elegba que todo lo alcanzas, dame la percha que cuelga del palo de buenaventura!

Pronto la tengo en mis manos y la ceñí a mi cintura. Sujeto, serpiente que se anilla a sí misma, escalo hasta alcanzar la balaustrada de popa. Mi vistasonido penetró la noche. Antes de oírlos, mucho antes de tocarlos, mis dedos olfatean la vela de mesana, el mástil mayor con su cofa y jarcias. La lámpara de proa me alumbraba como si yo mismo le hubiera limpiado el tubo y prendido la mecha. Reflejo que camina por entre rendijas, me asomé a la portañola de cámara: el capitán y el contramaestre juegan a las cartas y pude respirar el humo de sus pipas. Seguí arrastrándome por entre los bultos hasta el puente de proa. Desde lo alto observo un grupo de marineros que bebían y se cuentan historias. Los dejé a un lado y escondido detrás del cabrestante, pegado a los cañones y a la verga del proel, llego hasta la escotilla que cubría la entrada de las bodegas. Solo esta tapa me separa de mis ekobios, allí abajo prisioneros. Cuando examinaba los candados escucho pasos y me oculté detrás de mi aliento. Dos lobas se acercaron y me alumbran con su linterna. Alguien me levantó por los aires y otra vez tengo entre mis manos la cuerda del palo de buenaventura.

¡Eíá! ¡Elegba todopoderoso, cuán largo y fuerte es tu brazo!

Tenemos un fantasma a bordo y a fe ciega que son artimañas del Demonio. Sacudido por este temor he elevado mis oraciones a São Jorge, exterminador de monstruos. Las rondas exigen armas de fuego para prestar servicio nocturno. Hace cuatro noches el marinero de guardia juró haber oído sus pasos detrás suyo. Al volverse para disparar, el espanto desapareció sin dejar huella. La noche siguiente, el carpintero, mientras dormía, sintió que alguien rebuscaba en su cuarto: el miedo lo mantuvo paralizado sin atreverse siquiera a gritar. El fantasma persistió en registrar sus herramientas como si buscara algo en particular. Abrió las gavetas y cuidadosamente removió los enseres, procurando dejar cada cosa en su sitio. Sobreponiéndose al terror, el carpintero alcanzó a decirle: «Alma en pena, si vienes de otro mundo, dime qué te atormenta». Relata que la sombra desapareció sin responderle. El alguacil de despensa afirma que tiene preferencia por las nueces de coco y muy en especial por los limones. Nadie quiere salir de noche fuera de los camarotes. El piloto se hace acompañar en el timón de dos guardias armados. A pesar de ello, anteanoche quedó el barco al garete porque el fantasma los aterrizó con sus pisadas. En la mañana me vi obligado a rectificar el rumbo porque derrotamos una cuarta parte del sextante.

Nagó, compañero de infortunio, ¿me pides que te cuente de cuál país vengo? ¿Dónde están enterrados mis ancestros? ¿Cuáles fueron los tiempos de grandeza del antiguo reino de Kanem, mi lejana patria?

Te responderé si mi memoria despierta y si el recordar no apaga mis palabras.

Fueron los abuelos so, cuyos orígenes se confunden con los fundadores del antiguo reino de Kanem, quienes sembraron mi kulonda. Pero he de confesarte que debo mi vida al más miserable de mis siervos, a Dugo, un joven leproso, tan apestado que de él huían

hasta los perros hambrientos. Perseguido por los sicarios del Islam, asesinos de mis padres, para ayudarme a escapar cambió sus harapos por mis túnicas reales.

—Prefiero tu traje de príncipe por un instante a padecer una larga vida repudiado de los míos.

Corto fue su principado: esa misma noche lo degüellan los sarracenos de Alá, cuya gloria se expande con la sangre derramada de los príncipes kanuris. En las aldeas donde mis mayores adoraron a los gloriosos mai, ahora se alzan mezquitas en las que nuestros príncipes, sometidos y humillados, recitan el Corán. Pero el mayor vejamen sobre mi pueblo es la trata de esclavos. Los sarracenos sangran nuestras aldeas encadenando madres, hijos y padres para venderlos a los dyolas en las riberas del Níger.

Desde entonces, las ropas leprosas del infortunado Dugo son viva cicatriz sobre mi cuerpo. Arrastrándome entre mendigos, hiena raposa, atravesé el reino del Zaghawa y los campos de millo, cebada y lino del Bornu. Detrás de los mercaderes de marfil, entre camellos, llego a las ciudades de Gonja y Djeme donde confluye las mercaderías de Niani y Ghana. Allí los colmillos centenarios de los elefantes de Sofala, los hermosos caballos de Oyo, las nueces y el oro de las minas de Wallagara. Confundido con los rebaños de cerdos, huían de mi lado los recaudadores, cortesanos, músicos, herreros y poetas que desde lejanos reinos llegan a la corte del emperador de Mali.

¡Eíá, Orunla, ya tus dedos habían tejido el invisible cáñamo que aprisionaría mi corazón!

Aquella tarde, al reflejarme en su mirada, supe que había sido perseguido por el Islam, esclavo y mendigo de parias, solo para que su cincel me atara por siempre a los brazos de Kanitsia. Solo él, a quien Legba prestó sus cien ojos, pudo descubrir la belleza que oculto bajo la túnica apestada.

—Ven conmigo al palacio del emperador para descubrir esa luz que solo Olokún, repartidor de la hermosura entre los mortales pudo poner sobre tu rostro.

Me tapé la cara y huyo perdiéndome entre las sombras de una alcantarilla. Desde entonces me persigue en los basureros y porquerizas donde podía refugiarme sin que me azuzaran los perros. Me ofrece oro, me invitaba a su mansión, júrame abrirme las puertas del palacio real. Mi respuesta siempre fue la misma:

—Hasta tanto no regrese a mi tierra, libre y señor a honrar a mis padres asesinados, que el vestido de la lepra agujere mi memoria.

Una noche, allí donde los gusanos se ferian la carroña de los muertos, sus guardias me apresaron y conducido soy al palacio real. Aterrorizada por mis harapos de leproso, Kanitsia, su joven esclava, se resiste a mirarme.

—Este es el varón afortunado que acariciará tu cuerpo mientras los esculpo en un abrazo que los haga inmortales.

Los guardias desgarran mis ropas y de entre los harapos, fue surgiendo mi cuerpo al que mis ayas y siervos habían bañado desde mi nacimiento con resinas y aceites como corresponde a un príncipe de Kanem. Viéndome desnudo, los orichas acudieron a vestirme con sus luces. Changó puso su corona de fuego en mi cabeza y Ochú, generosa, baña mi cara con su luz. Enceguecidos, el escultor de Benín y sus guardias se apartan de mi lado, cubriéndose los ojos con sus túnicas. Pero Kanitsia, mariposa hechizada corrió y se abraza al fuego de mi llama. Desde entonces, unidos nuestros labios, entrelazados, los días y las noches nos fundieron en un sueño. Insomne, sin despertarnos, el artista fue amasando en arcilla nuestros cuerpos. Princesas, embajadores y poetas desfilan por el palacio real para admirar en el barro el dormido fuego de nuestro abrazo. Pero bajo la aparente frialdad de Kanitsia yo sentía el acrecentado respirar de sus senos.

¡Eia, Nagó, condenado por los orichas a huir de los míos y de la mujer que adoro, por siempre he de recordar la hora maldita en que terminada aquella obra, enloquecido por los celos, el escultor hunde su cincel en la garganta de su esclava... y desnudo, encadenado, paño de su sangre, vendido fui a la traidora Ezili quien me cambió en Timbuctú por un puñado de sus sucios cauríes!

La sombraluz de mi canto, la angustia de mi relato, ilumina los rostros de los ekobios encadenados. Después, cuando se secó el silencio, Ngáfúa cierra los ojos y me dijo:

—¡Kanuri mai deja que yo, sacerdote de Ifá, te revele el destino que te tienen reservadas las Tablas: mañana la lepra devorará tu rostro! Comidos los párpados y la nariz, tu cara será colmena de las moscas. ¡Pero aún así, podridos los dedos y sangrantes los muñones de las manos, en dura piedra esculpirás tu propia belleza en muchas caras para que en tiempos venideros, ya idos, perduren los rostros de nuestros orichas, fieros, dulces, amenazantes en la búsqueda de nuestra libertad!

LIBRO DE DERROTA

Debimos arrojar el ijaw al mar. Al oírlo alborotar por las noches, pateando y escupiendo a su alrededor, no nos cupo duda de que lo embrujaban mil demonios. Nos regocijamos al observar que después de exorcizarlo con el misal de São Jorge y el agua bendita, permitió que se le desatara del mástil sin agredirnos. Ya en la borda rompe a reír con tan fuertes carcajadas que las oímos aun después de ser tragado por las olas. Desde entonces los esclavos se muestran menos inquietos. Día y noche entonan cantos lúgubres y se han vuelto apáticos en el comer, recibiendo sus porciones sin mayores atropellos. Pero sobre todo, han dejado de morir y los tiburones de seguirnos.

Las lobas no duermen. Toda la noche hemos sentido sus pasos correteando sobre cubierta. Ahora rondaban en torno a la escotilla y alguien abre los candados. Los ekobios distantes en los sueños y los que estamos despiertos seguimos su olor. Rodó la pesada tapa y llenan la bodega con nubes de humo blanco. Los niños tosían sofocados por el miedo. Olugbala ya tiene sus muñecas fuera de las argollas y a mi lado, Kanuri mai empuñaba la lima con la mano suelta. Bajan alumbrándose con lámparas, repitiendo una letanía de difuntos que se alarga al descender por la escalera. Pero desde mucho antes escuchamos el repicar de una campanilla, el mismo con que nuestros babalaos invocan a Legba.

¡Vaderetrosatán!

¡Vaderetrosatán!

Aunque venían encapuchados y se tapan las caras con largas cruces, las jóvenes malinkés les reconocieron, tienen las mismas uñas con que trataron de desflorarlas. Desde entonces han estado al acecho, hipopótamos que no olvidan el charco donde se revolcaron sus cuerpos.

El capitán oculta sus largas orejas bajo la sotana pero se le ven sus garras y rabo. Basta con olerlo para descubrir su barriga de loba cebada. Agita su campanilla de cobre sobre nuestras cabezas y mientras remiraba el libro que lleva en sus manos, nos moja con pringos de agua:

¡Vaderetrosataninseculaseculorum...!

—¿Kanuri mai, tú que aprendiste idiomas de extraños mercaderes, dime de qué pueblo viene este oscuro trabalenguas?

Estamos seguros de que navegamos en aguas del Nuevo Mundo.

Al caer la noche nos hemos congregado a rezar el rosario de la Santísima Virgen María en demanda de socorro. El fantasma de abordó ha reaparecido cinco días después de que nos creíamos librados del ijaw. En la mañana de hoy hemos descubierto sus huellas. Miden más de dos palmos, lo que nos hace presumir que sea un gigante de tres metros de alto. «Cuando camina sobre cubierta su cabeza sobrepasa el techo del castillo de popa», atestigua el vigía que lo alcanzó a ver desde la cofa. Tras de robar martillos, serruchos y estopa se le ha dado por calafatear el barco. Toda la noche se le oye martillar sin que podamos localizarlo. Cuando creemos que trabaja en la proa, se oyen sus golpes a babor. Otras veces, seguramente para confundirnos, taponan en varios sitios a la vez. La sed parece acosarlo: vacía los barriles y de continuar bebiéndose el agua en tales cantidades, tendríamos que arrojar la cargazón de esclavos al mar si no queremos perecer sedientos.

Entre sueños, navegando en otras aguas, Ngafúa ha visto un barco. Pero yo, asomado a la claraboya, oigo que el aire trae cantos de pájaros.

El paciente Olugbala se desespera y pide que ataquemos y nos apoderemos del barco. El resto de los ekobios aún encadenados nos muestran sus argollas con desespero. La bodega se llena de cantos. Las lobas ya están acostumbradas a escucharlos y no sentían el roer de la lima tapado por nuestras voces. Olugbala dirige el desmonte de los vergalones que sujetan los tobillos y sus puntas afiladas serán formidables lanzas. En la cala desclavamos tres cepos con la azuela. Más difícil es volver a colocarlos en su lugar para que las rondas no adviertan su filo.

Pensamos abrir un hueco en el techo de popa, pero Ngafúa no ha obtenido respuesta del gran Ifá.

LIBRE DE DERROTA

Nos hemos puesto al acecho, temerosos de un ataque de filibusteros. Pero otro mal peor se incubaba en nuestras bodegas: la peste. Los trapos en las narices no han podido liberarnos de su podredumbre. Nos extrañamos de que las piezas de Indias hayan resistido sin quejarse. Su silencio nos hace temer que tengamos una conjura a bordo. Atando cabos, presumimos que no hay tales demonios ni fantasmas sino un siniestro plan de asalto. Nuestras pesquisas denunciaron al babalao ngala. Lo subimos a cubierta y en presencia de toda la cargazón lo hemos atormentado para que nos revele cuanto sepa. No nos valieron azotes, ni planchas de fuego sobre su pecho y espalda.

—¿Puerco, dínos qué demonio te habita y hace que robes nuestras comidas? ¿Dónde escondes las hachuelas que robaste de la recámara de armas? ¡Denuncia a tus compinches y te juro por Dios Todopoderoso que no te arrojaré al mar donde te esperan los tiburones!

Mira a su gente con ojos reposados y luego entonó una letanía que los demás respondieron en coro. Cabecilla o no, lo colgamos del árbol mayor para que ni de noche ni de día olviden el tormento que les espera si pretenden rebelarse.

Sacan los cadáveres de un niño y de cinco ekobios ahogados por la hedentina. Chankpana goza arrojándonos sus puñados de gusanos y moscas para que devoren nuestras úlceras.

Las lobas blancas, como lo temíamos, revisan las cadenas rotas taponadas de alquitrán.

¡Elegba pon cenizas en sus ojos!

Dos lobas armadas bajan por Ngafúa. Después, desde arriba, tiraron de nuestras cadenas. Kanuri mai se resiste, deseoso de recoger el cuchillo escondido. Le reprocho con la mirada y halé fuerte de la cadena antes de que pueda inclinarse.

En la cubierta nos baña la brisa. Aunque ahora podemos beber el aliento de Oyé, nadie, ni los niños se atrevían a respirar. No han traído el tambor roto para que dancemos. Mantienen acorralado a Ngafúa. Le azotaban y riegan sal y pólvora sobre sus heridas. La loba mayor ladra, pidiéndole que denuncie nuestro plan y solo escuchamos su invitación a que resistamos. Fue entonces cuando lo subieron a las jarcias y lo cuelgan en lo más alto del mástil.

LIBRO DE DERROTA

Nos acercamos a nuestro destino con la divina protección del Señor. Los vientos del noroeste soplan suavemente. Las agujas marcan rumbo distinto al de las estrellas pero nos atenemos a las guardas que son menos móviles y caprichosas. Por las tardes las pardelas atraviesan nuestra ruta y presumimos que tenemos a babor algunas de las recién descubiertas islas por Colombo. Nos alejamos de ellas temiendo que sean albergue de canibas.

El vigía desde la cofa observó una luz, siempre persiguiéndonos. En la madrugada, despejada la bruma, pudo comprobar que se reza-ga. Es una urca holandesa. Para burlarla apago las luces por la noche y cambio el rumbo, tratando por todos los medios de barloventear para evitar los riesgos de un asalto.

Aquí está con nosotros, aunque allá arriba, colgado del mástil, se posen las gaviotas sobre sus hombros. Aquí está a nuestro lado con sus argollas rotas, cruzadas las piernas, repitiéndonos su canto. Kanuri mai cierra los ojos para verlo mejor en la oscuridad. A mi

espalda, en el mismo lugar que ocupaba, comienza a desatarse la soga que le ataron al cuello. Luego, cuando termina, volvía a trenzarla desde la punta hasta el nudo, ajustándola a su garganta. Después me invita a que lo acompañe a ver su otro cuerpo, colgado allá en la arboladura. Lo pude ver en la oscuridad porque sus ojos abiertos me hablan como cuando invocaba a los orichas y ancestros. Las gavio-
tas le revolotean sobre los hombros sin atreverse a picotear sus ojos.

LIBRO DE DERROTA

*Ordené descolgar el cadáver del babalao y lo arrojamos al mar. La tripulación estaba aterrorizada al comprobar que pese a los soles, las lluvias y los vientos, permanecía fresco como si acabáramos de ahorcarlo. Desde lo alto, la cabeza inclinada sobre el hombro, espía-
ba nuestros movimientos.*

*Supimos entonces que él era el fantasma y no el pobre loco arro-
jado al mar. Arrepentido, he rogado al Altísimo que me lave de culpa
si pequé por martirizar una bestia y arrojarla viva a los tiburones.*

*Anoche decidí acompañar la ronda y bajé a las bodegas para
exorcizar las bestias cuyos cuerpos están tan corrompidos que apes-
tan el barco y los aires que nos circundan.*

El horizonte baja y subía más allá de la borda. Las claraboyas han
desaparecido tapadas por la mano de Ochú que no quiere asomarse
esta noche. A mi lado Kanuri mai sueña con sus desaparecidos rei-
nos. Escuchaba relinchos, frenos, corazas de hierro, caballerías de
emperadores sepultados en las arenas de su sangre.

«¡Ataquemos!».

«¡Ataquemos!».

Los difuntos removían sus cadenas y las arrastran de uno a otro
extremo del barco; se suben a cubierta y tiran de las argollas. Los de

atrás, uncidos a la trailla, les siguen atados de manos y gargantas. Después solo oímos sus gritos hundiéndose en las olas, aferrándose a la quilla.

«¡Escapen!».

«¡Escapen!».

Solo ahora, todavía anegadas las bodegas, comprendemos los falsos aullidos de la loba. Azotándonos, nos obligan a salir a cubierta.

El capitán hizo traer el tambor roto que solían prestar a Ngafúa. El contramaestre busca en la larga fila, adivinando en las cicatrices de la cara, en la mirada de fuego, quién pudiera sustituirlo. Finalmente, atraído por mi máscara y las serpientes sobre mi hombro, me entrega el tambor. Lo palmoteé varias veces y sin decir palabra, miramos hacia el mástil pidiendo al ausente Ngafúa que nos acompañara con su canto.

—¡Tú que estás cerca de los ancestros, revélanos cómo adueñarnos del barco! Desde anoche nos llega el aliento de la madre tierra y la flecha de los pájaros nos muestra el camino.

LIBRO DE DERROTA

Esta mañana nos hemos reunido en cubierta a dar gracias al Señor por sacarnos con vida de los vientos huracanados que nos azotaron por el oeste. De rodillas, todavía mojados y desnudos, leímos la Biblia con gran devoción y arrepentimiento de nuestras culpas.

La tormenta nos tomó tan de sorpresa que apenas nos dio tiempo de arriar el trinquete y las velas del árbol mayor con lo que conseguimos capear los vientos. La toldilla de popa voló al reventarse los portaobenques: el barco daba barzones por proa y tuvimos que aligerar la carga, arrojando más de treinta piezas a la mar enfurecida. La tarea fue fácil porque las bestias, asustadas y crédulas de que tratábamos de ayudarlas, obedecieron nuestras órdenes y

a la carrera, atropellándose, subieron por la escotilla tirando ellas mismas de sus cadenas. La tripulación se dio prisa en recibir y empujar a las primeras por la borda y el peso de sus cuerpos arrastró a las demás sin que se dieran cuenta de cómo salían y cuándo salían a la muerte.

Lo esperábamos. A la medianoche descendió del mástil con su máscara Machocabrió-Changó-Sol. Mucho antes de que atravesara la escotilla, su sombraluz penetró las bodegas iluminando hasta los oscuros sótanos de la sentina. Kanuri mai es el primero en abrazarse a sus relámpagos. Los sobrevivientes de la tormenta, treintaitres veces tres, más la mitad, vivos y muertos, nos congregamos en torno a su fuego. Juntos están los congos y ashantis antes separados por los ríos y las lenguas. En la rendija que dejan sus cuerpos, sudor y cenizas, se aprietan los carabalí-bibbis arrojados al mar.

Las madres kraos y ngalas se acercan a Ngafúa y depositaron los pequeños sobre sus piernas para que se alimenten de su mirada. Desde que lo colgaron de la arboladura le han crecido las barbas, más blancas y más salobres por la cal de las gaviotas. Dos ekobias calabares ayudan a Sosa Illamba que no puede andar por el peso del engendro. A través de su piel transparente podemos ver la semilla del muntu con la cabeza espumosa, bailadoras las aletas de los pies. Entonces, reflejados en sus ojos, contemplamos nuestras edades futuras-jóvenes, envejecidas, niños-siempre, todos alimentándonos de la misma sangre.

El último en llegar fue el ijaw. Sonríe, alegre de encontrarse de nuevo entre nosotros. Venía de los profundos océanos con los cabellos llenos de algas.

Ngafúa me pidió que me sentara y luego abre sus piernas para sacar de entre la bolsa de sus turmas las dieciséis nueces sagradas

de Ifá. Una a una las fue abrigantando con la espuma de su saliva. Después, pronunció varias palabras en la lengua sin voz de los difuntos. Vemos volar las cáscaras por el aire aunque permanecían atrapadas en el cuenco de su mano. Al caer sobre el piso, bailan en las puntas, cerraban las valvas y ríen ocultando sus respuestas. Cuando se quedaron inmóviles, Ngafúa las observa silencioso por largo tiempo. Pero todos pudimos leer en sus ojos mudos lo que nos aconsejaba el visionario Orunla.

«Buscadlo allí donde se originó el cauce».

Sin abrir sus labios, Ngafúa nos revela lo que nos quería decir el oricha con su proverbio:

—¡Las bodegas! ¡Aquí nació nuestra esperanza y aquí debemos iniciar nuestra rebelión!

En ese momento las lobas bajaron con sus bateas llenas de harina de mandioca y aunque nos llaman con sus gritos, permanecemos en el mismo lugar, bañándonos en la sombra del babalao:

—¡Arre! ¡Arre!

Los niños y mujeres se llevan los puñados a la boca y tragaban la harina reseca sin masticarla.

Por tres veces más, Ngafúa escupió las nueces antes de arrojarlas a nuestros pies. En ese momento, sobre cubierta, las lobas oyeron asustadas la risatrueno de Changó, pero es aquí abajo, en los tablonés húmedos, donde quedó grabado su fuego en las huellas dejadas por las cáscaras.

«Donde el agujero fue abierto la primera vez».

Todos miramos hacia la popa, donde noche tras noche, sostenido por los puños de Olugbala, yo había desclavado la tabla con los dientes y la punta de la lima.

LIBRO DE DERROTA

Tenemos andadas más de setecientas leguas, lo que nos hace estar seguros de que arribaremos a La Española en los próximos días. Ni a babor ni a estribor atisbamos el barco holandés. Nada se mueve a bordo. Las velas desplegadas permanecen escurridas porque los vientos han huido de estas aguas.

El contramaestre sigue preocupado por la pérdida de nuevas herramientas. Entramos en sospecha del kru con la máscara de hierro. Sobre su hombro tiene tatuadas dos serpientes y juro que se mueven debajo de la piel. Aun cuando tratan de ocultarlo, los demás le obedecen y escuchan. Mañana le colgaremos del árbol mayor.

Las lobas están en celo. Desde el oscurecer escuchamos sus aullidos, correteaban sobre cubierta y arañan la escotilla. Olugbala, que les perseguía el aliento, vuelve a enroscarse a mi lado, sujetándose de nuevo las argollas. Ya asoman las largas orejas del capitán. Se alumbraba con una linterna y sentimos que baja la escalera pesadamente, acostumbrando sus ojos sin brillo a la oscuridad. Se creía solo a pesar de que le mostramos los colmillos. Nuestras mujeres aprietan las piernas y nos miraban con desespero. Atraído por el olor que despiden las aguas placentarias de Sosa Illamba, se dirige hasta su rincón y frente a ella puso la lámpara en el piso. El pequeño, asustado, quiere salirse del vientre. Rodaron los pantalones por sus nalgas arrugadas. Entonces, sorprendidos, comprobamos que sus bolsas están vacías. Tembloroso trató de levantarse el vástago, aupa, pero aún con grandes pujos solo logra pringar de orina el cuerpo desnudo de Sosa Illamba.

—¡Cuatro! ¡Ocho!

Las lobas bajaban con los hocicos babeantes, enloquecidas por el almizcle de nuestras hembras. La más vieja, erizados los pelos del

vientre, aparta a las demás y con su vergamástil revienta escotillas, tumbaba puertas, hundiéndose insaciable en el fondo vaginal de una malinké. Los niños huyeron de sus madres y vienen a refugiarse bajo mis puños. Adivino que los ekobios empuñaban las leznas, los cuchillos y cucharas.

—¡Diez! ¡Doce!

Seguían descolgándose. Siembran sus semillas malditas en nuestras mujeres y después de saciarse, pisoteadas, las dejaban tendidas sobre los tablones. El capitán se afana en esconder su culebra sin veneno y fingiendo que le sobran apetitos, arrastra consigo a la menor de las malinkés. Encadenadas las manos, se le resistía y muere.

Olugbala me muestra la punta de su arpón. Moví la máscara, señalándole la escalera. También ha visto la ancha espalda, el arcabuz, la tapa de la escotilla. Lentamente saca las manos de las argollas y deslizándose en las sombras avanza con su duro diente de acero.

—¡Eléyay!

El fuerte golpe atraviesa con tanta potencia el pecho del contra-maestre que la punta del vergalón no alcanzó a humedecerse con su sangre. Rápido, cerró la compuerta y ataja el salto de las lobas sorprendidas.

—¡Eléyay!

—¡Eléyay!

El grito de guerra recorre las bodegas. Lo repetían abajo en la cala, en la popa, a babor y estribor, en el túnel de proa. Olugbala trabó las cadenas de la compuerta con tantos nudos que se necesitará la potencia de dos mil elefantes para abrirla.

La cacería ha comenzado.

Los puños clavan el garfio, los talones quebraban las costillas. Las lobas, atrapadas, tratan de huir por las claraboyas, trepándose por los andamios. De la sentina subían los ashantis, esgrimiendo

trozos de cadenas. Los ngalas y calabares todavía atados, muerden las argollas con los dientes. Persigo a la vieja loba aún con el pene erguido, pero al saltar le faltó impulso y cae al fondo de las galeras donde las malinkés se lo arrancan a dentelladas.

Poco a poco se ahogan los resuellos y los pequeños volvían a reencontrarse con sus madres... nos queda el resabio de que el capitán ha escapado con la más joven ekobia.

LIBRO DE DERROTA

Tenemos una rebelión a bordo. Los esclavos han atrapado a más de diez de nuestros hombres en las bodegas y temo que los asesinen y puedan incendiar la Nova India. He dado orden de volar la escotilla de proa y si es necesario desmontar la cubierta para someterlos.

El mar se enfurece y el vigía de cofa ha dejado de ver tierra. No hay barco a la vista, amigo o pirata que pueda socorrernos.

En la cabina tengo conmigo una pieza de Indias como rehén... ¡Santo Dios, ya están aquí...!

La clarividente sombra de Ngafúa está con nosotros. Los ekobios me rodeaban, algunos arrastrando pedazos de cepos que no han podido arrancarse de los tobillos. Kanuri mai y los felupes se dan prisa en bajar a la sentina para liberar a los que todavía están prendidos a los vergalones.

Hemos refugiado a los pequeños en el compartimiento de babor. Sobre sus cabezas, rotos los vidrios, se abren las claraboyas por donde pueden respirar la lluvia que les arroja la madre Yemayá. Cumpliendo un viejo mandato levantan las manos y abrían las bocas, bebiéndose el agua que han dejado de mamar. Las ekobias rodean a Sosa Illamba, jadeante, ansiosa, porque el hijo deseaba gastear entre sus piernas.

—¡Abren la escotilla! —me gritó Olugbala. Su lomo está bañado en sangre. En balde trata de sujetar el nudo de las cadenas porque las lobas rajaban la cubierta con hachas, dispuestos a sofocar el motín antes de que podamos desparramarnos por el barco. Ya han abierto varias troneras pero miedosas no se atreven a descolgarse. A una le cortamos la pezuña cuando pretendía bajar; a la más atrevida le aprisionamos la bota y le hemos partido en dos el talón.

—¡Es el momento de quemarles el rabo!

El barco cabeceaba por estribor y temo que la tormenta pueda hundirlo. Pedí a los ekobios que se mantengan firmes. Pero nadie puede sujetar sus cuerpos: alzaban los puños, los cuchillos, las puntas afiladas de sus argollas. Nos dimos prisa en agrandar el boquete de popa, pero la noche y las nubes a ras de agua nos borran las estrellas. Todos querían asomarse al mar que no ven y bañarse en las aguas de los vientos. Kanuri mai los detiene y tan solo dejó paso a los treinta ekobios escogidos para el asalto. Las aguas comienzan a inundar el barco por la popa dismantelada. Sostenido por la poderosa mano de Yemayá, alcanzo el palo de buenaventura y pegados a mi cuerpo, otros brazos, manos, uñas y sombras se agarraban a las vergas o caen al mar tragándose los gritos. Azotado por la tormenta el piloto se aferra a la rueda del timón buscando las guardas que han desaparecido del cielo. Pero desde lo alto del mástil, donde había sido colgado de la soga, a nosotros nos guían los ojos de Ngafúa encendidos por el fuego de San Telmo. Los cabrestantes revivían y comienzan a andar; en cada portaobenque hay arañas trepadoras.

Cuatro ekobios me acompañan en el asalto del puente de mando; otros rodearán la cabina del capitán. Los demás deben atacar a las lobas que acechaban la escotilla.

Después de los saltos y los aullidos, las lobas han dejado de hachar. Sin embargo, sabemos que están armadas de mosquetes

y arcabuces. Silenciosas, esperaban que Olugbala y los ekobios acorralados en las bodegas asomen las cabezas para dispararles a quemarropa. Ignoraban que a sus espaldas se agota el tiempo de sus vidas.

Un relámpago iluminó la cubierta y luego oímos su risatrueno hundiéndose en el mar. Changó nos anuncia que está con nosotros. Las sombras de los ancestros, Ngafúa y los difuntos nos protegen. Nos desparramamos, corriente viva, agua de Yemayá, recorriendo el barco desde la popa hasta el mascarón de proa.

Descargué el golpe. El piloto, ya sin vida, se aferra al timón trazando el rumbo hacia la otra orilla. El barco herido, gran bailarín, danza ciego sobre las olas.

¡Elegba, vigilante de los abismos, condúcenos a buen puerto!

El ijaw me guía hasta la cabina del capitán. Su sombra penetró al interior y me abre la puerta. Alcancé a ver que la loba escribe su último apunte sobre el libro de bitácora. La niña malinké amarrada a la cama, me mira entrar con el hacha y antes de que dirija el golpe sobre el capitán, verá sus pelos, el trapo, la carne, su cabeza hendid. La desato y entonces pude comprobar que su ombligo sangra, que ha sido desflorada con los dedos.

Los ekobios ya han rodeado la escotilla y sorprendidas, las lobas sienten que sus espaldas se rajaban por el filo de las sombras. Serpientes invisibles les asogan el cuello y amarraban sus brazos.

El remolino de puños y cabezas regurgitó violentamente de la bodega. Olugbala lanza el arpón pero no lo suelta. Embotado por los coágulos lo hundirá otra vez, y otra vez, hasta ensartar varios cuerpos en un solo nudo de sangre.

¡Eía! ¡Las lobas blancas también tienen sus orichas, solo un ancestro poderoso pudo disparar ese mosquete que perfora la frente de Olugbala!

Allí donde aún flota el humo, descargo el hacha y oía, huelo en la oscuridad el cuerpo de la loba que cae a pedazos.

Ya no nos atacan, se defendían, huyen buscando un hueco en la noche dónde esconder su miedo. Perseguí al capitán de artillería. Le conozco, noche tras noche, mientras dormía, quité la chispa a los muchos arcabuces que en esta hora no han podido disparar. Bajo la lluvia, corre a refugiarse en la santabárbara y atrincherado, detrás de un barril de pólvora, me apuntó con un viejo mosquete.

¡Changó terrible, tutrueno y turelámpago juntos despedazándome!

La explosión hizo saltar el puente de popa y el fuego se desparramó sobre cubierta con su máscara de humo. Arrastrada por el peso de las llamas, la *Nova India* se inclina hacia babor. Y entonces, en medio de la tempestad, pude ver a Elegba, iluminados sus cien ojos, señalándole el camino.

Sumergidos en las aguas de la muerte, continuamos combatiendo en el mar de la vida.

Sujeto a las vergas, temeroso de que fueran a reventarse con su peso, Olugbala subió hasta la cruceta del mástil donde cuelga el cuerpo de Ngafúa. Ahuyentó las gaviotas que dormían sobre sus hombros y tras reventar la sogá, ya libres, se abrazaron.

La luna de Kanuri mai, resbalando por los fondos, nos condujo a la oscuridad de la sentina. En las bodegas inundadas, los niños juegan con los peces, saltando, quemados los párpados. Nos miraron como si nunca antes nos hubieran visto.

—¡Sosa Illamba! ¡Sosa Illamba!

Desangrada, el hijo le nada entre las piernas. Siete comadronas entre el agua y el fuego, Yemayá y Changó, lo reciben. Lo oían, lo huelen, lo miraban, sonidoluz de los orichas. En mitad de su pecho, mordiéndose los rabos, pudimos ver que se movían las dos serpientes de Elegba.

Me acerqué a Sosa Illamba y extendiendo mis brazos:

—Hijo de Yemayá, semilla de los vivos, nademos hacia la orilla.

La madre me lo entrega, mirándome con los ojos ya líquidos. Calor y sangre bañaban mi pecho y mis brazos. Chapoteando en la sentina, dejo que Elegba me muestre la abertura que conduce al mar de los vivos.

De repente me quedo solo, rodeado de aguas. El muntu niño pegado a mi cuerpo, única compañía.

No sé si nadaba en el ayermañana, cuando lejos de mi barco, puedo mirarlo, libre, desplegadas sus velas de fuego. En la proa, dueños de su destino, mis ekobios le trazan su nuevo rumbo. Ngafúa, cerca y distante, me hablaba, me habla de la sabiduría de los vivos y los muertos. Kanuri mai alumbra el derrotero con el faro invisible de su mirada. Alto, Olugbala levantó el puño y veo en él las fuerzas renacidas de los muertos alimentándose. Aun cuando creo que nado solo, el recién nacido contra mi pecho, en verdad me acompañan peces y peces, la innumerable familia del muntu que brotaba del vientre de Sosa Illamba.

Por nueve noches y nueve días, amamantándonos con la sal de las olas, recorremos los abismos sin fondo de las Antillas. El pequeño muntu lo observa todo con sus ojos cerrados. A veces agitaba sus bracitos, se suelta de mi cuerpo y nada solo, imitando el vuelo de los pájaros, pero pronto regresaba huyendo de las narices de los tiburones. Ignora que una invisible, pero infranqueable espuma, nos separa de los vivos.

Como estaba escrito, al tercer día, al amanecer del tercero, divisamos las distantes costas. Entre la algarabía de los pericos, las mujeres indias esperaban al muntu en la playa para amamantarlo con su leche. Suavemente humedezco su cuerpo con saliva para atearle la cuerda de sus huesos. Y suelto, nadó solo, en busca del nuevo destino que le había trazado Changó.

Segunda parte

EL MUNTU AMERICANO

I
NACIDO ENTRE DOS AGUAS

Dicen que nació sin padre
Como el Jesús de los blancos.
Mentiras que yo no creo.
Por padre tuvo a Nagó
su abuelo navegante.
Náufrago de los vientos
nació en la mar grande;
ojos de peje, fuerte cola,
hijo de Yemayá,
por nueve noches bebió
la leche blanca de sus olas.
Canto de Pupo Moncholo

SIEMPRE QUE LA luz y la sombra se unen, Nagó se echaba mar adentro con su barco en busca de náufragos. Recorrerá las rutas de los vientos, las mismas por donde andan las naos con sus cargamentos de esclavos para recoger a los ekobios muertos en la travesía: los arrojados por la borda con las muñecas encadenadas, los enfermos de viruela, los que agonizan a golpes, los colgados de los mástiles. En la mar alta sus antiguos compañeros disputamos a los tiburones los cuerpos de los ekobios descuartizados para unir de nuevo sus miembros. Y por las noches, cuando las sombras llenan el último resquicio de las bodegas, abordamos los galeones negreros para librar a los difuntos. Allí, en el mismo lugar donde agonizaron, Nagó les ayuda a desatar la soga y con ellos al hombro los trasborda

a nuestro barco. Somos nosotros quienes recogemos a los niños que huyen de sus madres muertas, bebiéndonos sus lágrimas para que dejen de llorar. Visitamos las costas, los puertos y las bahías, pescando en los fondos a los que nunca flotaron por el peso de las cadenas. De esta manera ni uno solo de los náufragos se pierde en las aguas de Yemayá.

En la nueva tierra, Nagó reunirá difuntos y vivos, hermanados con los animales y los árboles, las piedras y las estrellas, fuertemente atados por el puño de Odumare que nos da la vida.

Cuando arribamos a Cartagena de Indias, los difuntos se dan prisa en descolgarse por el ancla para depositar sus huesos en las aguas profundas de la bahía. Entonces los bazimu se alborotaban en sus sepulturas. Salen desnudos, pintados de blanco, apenas con el trapo de la mortaja que les echó el padre Claver cuando en su carreta los condujo al cementerio. Las ekobias regresan a las alcobas de las que fueron sus amas y mientras estas duermen abrían los baúles para entresacar las joyas de sus cofres. Las pulseras de carey, las sortijas con diamantes, los collares de oro con los medallones de la Virgen. Entonces, como lo hacen a escondidas o cuando se las prestaban en los días de Corpus, las manosean y les sacan brillo con el vaho y, mirándose a los espejos se blanquean sus caras con polvos, porque las joyas, los trajes, los zapatos de los vivos solo sirven a nosotros los difuntos. Por eso, a veces, por las noches, se oían pisadas, chancletas que caminan solas por las alcobas, pollerines recorriendo las calles alzados por la brisa. Ningún vivo ha visto nuestro barco con sus velas blancas que solo nosotros los difuntos podemos seguir en la oscuridad.

Mientras permanecemos fondeados en la bahía, el difunto Domingo Falupo me visita todas las noches y sentándose a mi lado, no cesa de preguntarme:

—Abuelo Ngafúa, ¿cuál es el destino del muntu en su nueva casa?

A sus oídos atarrayas no se les escapaba una sola palabra de lo que noche tras noche le repito:

—Que los vivos y difuntos no tengan paz mientras haya una sombra de cadena sobre sus cuerpos.

Siete noches muerden la matriz de Potenciana Biohó.

Siete las yerbas indias que bebió.

Siete veces vieron sin ver que se le asomaba la cabeza del hijo entre las piernas.

Siete los escapularios puestos por el padre Claver sobre su vientre.

Siete los días padecidos.

Siete las comadronas impotentes con sus artes expulsadoras.

Siete las maneras de parir en que la han puesto: sentada, en cucullas, colgada de los brazos, de rodillas, abierta de piernas, a medio lado y en cuatro manos como las yeguas.

Todo en vano, el hijo de Potenciana Biohó no quiere nacer. En la Plaza de la Yerba las ancianas afirman que le han dado bebedizo; por el Barrio del Limón se buscó el rastro de Antonia de los santos, enemiga de su madre. Del Xemaní trajeron el mate embujado que envió un evadido cimarrón. Pero el vientre de Potenciana no abre sus puertas.

Volcán que tiembla pero no pare.

Aguas revueltas que no caen.

Tormenta atrapada que no estalla.

¡Terrible parto de Yemayá!

Era la séptima noche cuando se me apareció el abuelo Ngafúa. Llegó de muy lejos a darme la noticia. En el sueño pude oler sus sudores,

pero yo no estoy dormido. Nos miramos sin decirnos nada: las palabras sobran cuando hablamos los bazimu. Nos basta el pensamiento. El abuelo me contó que esa noche, la séptima, nacería el escogido con el signo de Elegba. Y así, de la misma manera como vino, sin anunciarse, se aleja por entre las puertas cerradas con urgencia de llegar a otra parte.

Bien, entonces fue cuando oí que me llamaban:

—¡Tío Domingo!

Abro la puerta y allí están siete ancianas alumbrándose con mechones. No las reconozco, llegan arropadas, se estiraban y recogen con el viento. Mensajeras de Elegba no tenían cara ni forma.

—Venimos, tío, para que asista a la ekobia Potenciana Biohó con siete noches y siete días sin parir.

La brisa continuaba soplando, zumbadora, fuerte, pero no puede disolver un solo puñado de sombra. La calle del Santísimo estaba oscura y al pasar por la esquina me hice hormiga para que no me viera la ronda. Doy tres vueltas en derredor de la negrería de Melchor Acosta sin encontrar por dónde meterme. Me llegaban el agrio sonido de los orines, la algarabía de los grajos. Y por el mismo hueco por donde escapan los malos olores, me escurrí adentro. Una pared alta separaba los varones de las mujeres. Me voy derecho al rincón donde se apretaban los espantos ahogados por el humo de un candil. Encuentro el menjurje de las plantas aromáticas sobre el vientre, la baba sanguinolenta que escupe la matriz y el grito acongojado de la parturienta en medio de las siete comadronas: la mandinga, la del país Yolofo, dos del Manikongo y las de Angola, el Calabar y Cabo Verde.

—No hemos podido sacarle el muchacho —aclara la más anciana en lengua bantú.

Me puse a levantar los escapularios y abro una rendija para que entraran los ancestros: primero Sosa Illamba, partera del nuevo

muntu. Le traía las sangres y las aguas de los buenos partos. Después Nagó le descose los párpados para encenderle las chispas de la guerra. Lento, pisadas grandes, se acercó Olugbala. Para agrandar la brecha de la matriz, mete un hombro, luego el otro y ya adentro, palmoteó por tres veces las nalgas del niño infundiéndole su potencia. Huyó la oscuridad porque se acerca el sol de Kanuri mai, la sonrisa que soporta todos los dolores. Ausente, presente, también estuvo el abuelo Ngáfúa, dador de la experiencia.

Saqué del bolso las nueces de cola y las riegos en el suelo, deseoso de conocer el destino que le tenía reservado Orunla. Por siete veces pido a Elegba que se asome. Las abuelas sin espabilar miraban mis dedos adivinadores. Levanto la cáscara más pequeña y apareció la sombra invisible de Ngáfúa, hablando por mi boca:

—¡Oíd, oídos del muntu! ¡Oíd! Aquí nace el vengador, ya está con nosotros el brazo de fuego, la muñeca que se escapará de los grillos, el diente que destroza las cadenas. ¡Oigan los que me oyen! Oigan ustedes que traen a esta vida los hijos del muntu. Escuchen: el protegido de Elegba trae sangre de príncipe. Nace entre nosotros, será nuestro rey. Protegido de Elegba será bautizado con el nombre cristiano de Domingo pero todos lo llamaremos Benkos, porque Benkos se llama el tatarabuelo rey que sembró su kulonda. Criado en la casa del padre Claver se alzaré contra ella. Morirá en manos de sus enemigos pero su magara, soplo de otras vidas, revivirá en los ekobios que se alcen contra el amo.

El hijo de Potenciana Biohó nació de pie buscando donde pararse. Ngáfúa lo había anunciado y las comadronas buscan el signo de Elegba. Sí, allí sobre su hombro las serpientes se mordían las colas. Las siete abuelas las miran y las palpan. Después, entrego el pequeño a Potenciana ya moribunda.

—Mira a tu hijo y regresa al reino de tus mayores.

Todavía aletean los murciélagos cuando me convierto en salamanqueja y después de subir por la pared me hundo en la grieta del techo borrando mis huellas. Bien sabía yo que el padre Claver se acerca con los santos óleos, ansioso de dar al recién nacido el nombre cristiano de Domingo.

Vienen de muy lejos, tocaron su puerta y silenciosos se entran a su celda. Al momento escuché resoplidos de animal. El padre forcejea con los demonios. Las patadas de las bestias son tan fuertes que hacían temblar las paredes. Todo el convento se llena de sonidos hediondos. Muy mal andaba el padre porque llama a gritos a la Virgen María. Quise avisar al superior pero mis pies están clavados en el suelo. Yo también, lo juro por Cristo santificado, fui cogido por el Maligno. En el interior de la celda continúa el barullo hasta que un remolino de llamas salió por las rendijas. Las puertas se rajaron y en mitad aparece el padre Claver con el cilicio empuñado, pálido, chupada la sangre. Entonces fue cuando resucitaron los tambores. Tocan hondo y fuerte, jamás nunca antes escuchados con tanto brío. Tronaban por la Plaza del Pozo, alborotan en Chambacú y escondidos en la briba volvían al Xemaní.

—Sacabuche, esta noche andan sueltos los demonios —me dijo el santo. La furia le tuerce la boca, sobre la frente tenía los rasguños dejados por las pezuñas y en su mano el crucifijo con que pudo defenderse y ahuyentarlos.

—¡Ándate, date prisa!

Se echó sobre su cuello tres escapularios para reforzar su poder; saca la botella de agua bendita y bajó presuroso las escaleras. A la salida el hermano portero quiso convencerlo de que debía esperar hasta el amanecer. Humildemente le ruega que le abra la puerta porque el

demonio estaba robándole su grey. Le pide que escuche atento, pero el hermano no alcanza a oír. Poco a poco la furia se le va subiendo y como viera que empuñaba el cilicio, el hermano portero lo deja salir. Me pidió que lo siguiera. Llevo la lámpara para alumbrarle y la botella de agua bendita. Al salir no supo hacia dónde dirigir sus pasos. Los tambores prosiguen alborotadores mudándose de lugar con los soplos del viento. Guiado por la Virgen santísima toma con seguridad el rumbo del Cabrero. Y realmente por allí andaban los endemoniados. A medida que nos acercamos, subía el revoloteo, escuchándose por distintos rumbos, los unos por la Yerba y los otros por el Limón. El padre Claver no se dejó descarriar. Sigue derecho a la playa donde el babalao tenía conjurados a los esclavos de toda la barriada. Bailan y ríen cantando con palmoteo:

*¡Achini má, Achini má,
Ikú furí buyé má,
Achini má, Achini má,
Ano furí buyé má,
Achini má, Chini má!*

Centella que no se espera, tronó la voz del padre. De golpe se silencian los tambores y los brujos rabicaídos se dieron a la huida. Quiere perseguirlos pero se le escaparon por una rendija de la noche. Se quedó perplejo sin haber descargado un solo azote sobre sus espaldas. Rebusca sus huellas sin hallarlas. Deseoso de ayudarlo, apoyó la oreja sobre la arena, abiertas las narices del oído.

—Retumban por los lados del Xemaní...

—¡Allá me voy contra ustedes, empedernidos demonios!

Me empujó por delante con la lámpara, tembloroso voy, la verdad es verdad. No me alejaba mucho de su lado porque sabía que

solo sus escapularios y la cruz pueden protegerme contra los orichas que yo he traicionado. Un hollín me tapa el respiro mientras el padre me garabateó el miedo:

—¡Anda pronto, esos demonios me roban las almas!

Desde lejos vimos una bolita de candela que se fue creciendo y eleva, globo de fuego. Volando, la perseguimos por encima de los techos. El padre montado en su cruz y yo prendido de su cordón. Sin saber cómo ni cuándo porque apretaba los ojos, descendimos en mitad de la Plaza del Pozo. Un tropel de demonios danza alrededor del babalao que tocaba su tambor. Desnudos, brincando, los machoscabríos cabalgan a las hembras. Pudimos ver sus pezuñas y la lengua de chivo del babalao lamiéndole las nalgas a la diabla mayor.

—¡Malditos herejes! ¿Sois vosotros los mismos a quienes yo he bautizado?

Les azotaba los lomos y ni siquiera rociándoles con agua bendita se dan por entendidos. Comprendiendo que estaban embrujados por el tambor, arremete contra el babalao, dispuesto a arrebatárselo. La lucha duró horas. El santo le quita el tambor y luego se le volaba regresando a las manos del brujo. Inútilmente le enrostra el crucifijo y maldecía. Por fin, quebrándole los huesos y dedos, logra quitárselo y abrazado a él, oró por tres veces el Santo Credo. De repente, las diablas vuelven a su forma humana y se echaron a correr. Abiertos los ojos, los varones ven por vez primera al padre y asustados no esperan su arremetida. Una nube de humo se alza al cielo y la plaza quedó vacía como si allí nunca estuviera prendido el bunde. Al quedar solo, el padre se encarniza contra el tambor. Ya se daba por victorioso, cuando escuchamos de nuevo el tamborileo. Ahora el viento nos llega por el norte. El padre Claver se incorporó de inmediato y quiso seguirlo, mas en ese momento advierte que tiene amarrados los pies con bejucos de amansaguapo.

—Jamás han estado tan descarados y desafiantes.

—Dicen que veneran al rey recién nacido.

—¡Superchería! ¿Quién les ha anunciado tan mala nueva?

—Son cosas de Domingo Falupo, a quien adoran como a un dios.

Al escuchar su nombre se siente golpeado por mil demonios.

—¡Santísima Virgen, ahora lo comprendo! Satanás está vivo y encuevado en mi ciudad. Te prometo que no desistiré hasta tanto no haya convertido a ese hereje.

Se arrodilló ante el tambor roto. Reza «Salmos», «Avenmarías» y «Padrenuestros» hasta que la claridad abrió paso a los primeros madrugadores. No sueña, a sus pies están la piel, la caja y los bejucos destrozados. Reunió los pedazos y luego, rociándoles alquitrán, en presencia de esclavos y de algunos amos los santigua y les prende fuego.

Los bazimu no encontraban a Elegba, los caminos de la muerte nos están cerrados. Yo podría, si tuviera un tambor, dar alegría a sus pasos para que los orichas les reciban glorificados. Pero aquí en el patio de la casamata, recién roto el nudo de magara, oímos hincharse nuevos cuerpos sin que un hijo o un pariente sepulte nuestros cadáveres.

Adentro, apretados bajo el techo, sin ventanas en los muros, los sobrevivientes esperan que los compradores de esclavos vengan por su mercancía. Unos sobre otros, huesos sobre piedras, se apiñan hambreados. Dos veces al día nos reparten agua y una vez los puñados de harina de yuca, un plátano y muchos azotes al que mendigaba algo más. Nos separan de las ekobias por temor a que las embaracemos. Malpensaban que con tantos sufrimientos solo queremos multiplicar nuestras penas con la procreación de nuevos hijos.

Soso trae ya podrido su cuerpo desde la bodega del barco. Quería que su cadáver reposara en un rincón de la sentina para regresar a la tierra de los ancestros. Recobró ánimo solo cuando los difuntos le gritan que habían encontrado en Cartagena al padre Nagó. Se cree vivo, pero el médico que le probó el aliento, el capataz que lo aparta del grupo, todos saben que es un buzima aunque todavía respire. Lo sacaron al patio y lo tiran junto a mí, entre Bamogo que se ahogó de sed y Makunda con el hijo vivo en la matriz tres días después de muerta.

Cuatro de estos pudrideros posee el esclavista Melchor Acosta, repartidos en distintos sitios de la ciudad para que no apesten tanto.

La aguaverde de los gusanos es mi única colcha cuando apareció el padre Alonso de Sandoval.

—Abre la boca y bebe.

Porque insistió en repetirlo, le respondo abriendo los ojos.

—Chupa este grano de sal.

Sus manos me levantaron la cabeza. Pupo Moncholo, su lengua, se afanaba en hablarme en kibundo, en fula, en arará. Le entendía en todos esos idiomas pero la sed no me deja recuperar la palabra.

—Recibe la gracia del Señor.

Sus dedos recorrieron en cruz el camino de mi cara. Entonces, desde la Casa de la Muerte donde no he podido entrar por falta de un tambor, regreso para responderle:

—¡Tu Dios sea generoso contigo!

Se asustó. Le hablo en su propia lengua.

—¡Eres cristiano! ¡Bienaventurado sea el Señor!

La alegría despierta sus saltos y arrastrándome de los brazos me sacó del charco de sanguaza que compartía con enfermos y difuntos. Me humedece los labios con un trapo mojado, entreabriéndome los párpados. Me sentí su prisionero, su hijo, su esclavo. Al volver

sobre mis pasos reconozco el patio de la casamata de donde difunto, me había marchado dos días atrás.

No sé cuánto pagó por mí o si pudo librarme a ruegos. El mismo, tirando de la carreta donde trasportaba a sus enfermos, me saca por la puerta que solo se abría para vomitar a los muertos. Por tres veces se negó a que Pupo Moncholo le ayude a cargar mi cuerpo. Apenas si podía creer que el sol llameara mis ojos, que su voz llene mis oídos. Recorremos la calle de Tumbamuerto en el barrio de los Jagüeyes donde me encerraron la primera vez que llegué a Cartagena. Mientras Moncholo me espanta las moscas de la cara, trajo unas naranjas y rajándolas con las uñas, exprimió sus jugos en mi boca. Solo en ese momento, cuando la vida me arrebató la máscara de la muerte, puede reconocermme.

—¡Oh, si eres Domingo Falupo!

Nos habíamos conocido en Puerto Cacheo. Predicador joven, apenas era un novicio de la cofradía de jesuitas, autorizado para confesar y bautizar a los ekobios que embarcaban prisioneros para esta América. Me agarra las manos, frotándomelas, deseoso de devolverme el calor perdido.

—Domingo, ten fe en Jesucristo, regresa a la vida de nuevo para que volvamos a trabajar juntos por nuestros hermanos.

Por aquellos tiempos en África, me pidió prestado a la Compañía de Jesús, pues yo era uno de sus lenguaraces esclavos.

Detuvo su carreta frente al hospital de San Sebastián, refugio final de moribundos.

—Te dejo aquí mientras te repones.

Entre quejas y lloros, voy despertando sin saber si vengo o me marchaba a la morada de los bazimu.

—Caminantes somos, sobrino, de la vida y de la muerte.

Aunque pertenezcamos al mundo de los vivos apenas padecemos y sentimos los sufrimientos y alegrías de los difuntos.

Nadie fue al puerto a recibirlos. Son dos y bajaron del barco confundidos entre los muchos pasajeros y tripulantes. Después se supo que preguntan por el Convento de San Francisco, el cual les había sido recomendado desde España por el cardenal de Toledo, inquisidor general del reino. Sabemos que no tomaron coche sino dos negros esclavos para que cargaran sus baúles un poco después de la media tarde. Golpearon a la puerta principal del convento y el prioste, apenas asomado al postigo, les toma con frialdad el recado que traían. A veces se habla con el rey creyéndolo mendigo. Esperaron con paciencia, mientras entregan al superior la carta firmada por el mismo cardenal. ¡Y aquí fue la santa conmoción!

—¡Los venerables inquisidores!

Sonó la campana interior del convento, saltan las sandalias y se abrieron las puertas a los licenciados don Juan de Mañozca y don Mateo de Salcedo. Este último se mantuvo desde entonces maullando en su retiro. Pero no así el inquisidor Mañozca, que con el trinche de su nariz podía pinchar un gusano en una taza de fideos. A cuantos cruzan por su vista o espalda, les descubre su origen, sean judíos, moros o mahometanos, vistieran de señores, malandrines o monjes. A mis paisanos de nación africana les distinguía no solo por el color de su piel sino por los olores de las manos, pues afirma que siempre les quedaba la sarna del chivo expiatorio cuando hacen su sacrificio al lujurioso Changó. Con decir que pone en entredicho al superior del Convento de San Francisco porque lo saludó con la mano izquierda aunque sabe que ha perdido la derecha en un combate contra indios bravos.

Tres meses después tuvo lugar en la catedral la instalación del Santo Oficio. Con los muchos pregones públicos está llena la casa de Dios. El obispo, el gobernador, las órdenes mayores y menores, el señor alcalde, jueces, capitanes y monaguillos se amparan en mi nube de incienso. Nunca hubo en el cielo tantos serafines juntos. No obstante, muy pocos tienen sosiego entre los quinientos españoles, criollos y extranjeros que forman la parte principal de la ciudad. En la plaza y en las calles de Nuestra Señora de la Salud y de los Santos de Piedra, se apiñaba la baja ralea de los miles de mestizos, indios y negros descalzos.

La misa comenzó con el *Te Deum laudamus*. Entre las voces del coro se distingue la de Antonio Congo, y lo menciono porque ahora el Santo Oficio lo acusa de réprobo por comprobársele que practicaba la brujería. Como sacristán primero me tocó sahumar el incienso en el altar mayor. Soy sincero cuando afirmo que rodeado de tanta santidad no pude sospechar que yo, Sacabuche, comparecería, como lo hago ahora, ante el notario inquisitorial para hacer descargos de las acusaciones de pagano que por solo ser negro, me hacen los enemigos de la Santa Religión.

Los que le conocimos cuando el padre Claver lo llevó al colegio, podemos comprobar que las dos serpientes de Elegba sobre su hombro no estaban dormidas. Desde niño se amamantó de dos ubres: los sermones del padre Claver y mis consejos, pero el perro aunque tenga cuatro patas, sigue un solo camino. Elegba ya le tiene señalado por cuál de los dos enrumbará sus pasos. El padre Claver lo tomó como a su hijo y no faltan las malas lenguas que aseguren que fue él quien embarazó a Potenciana Biohó. Por tres veces lo lleva al convento y otras tantas se lo rechazaron los padres jesuitas... hasta cuando ya crecido lo dejan corretear por el colegio.

Así, corderito sin lana, el padre lo fue cubriendo con su vellón de prédicas. Muy temprano al repicar los maitines lo desayuna con los primeros sermones. Después lo conducía a la iglesia de San Ignacio donde oficiaba misa a las ancianas muy de madrugada para que tuvieran tiempo de volver a las casas de sus amos a prepararles el chocolate. Todavía a oscuras, inician el recorrido por las calles de la ciudad, comenzando por visitar a los enfermos y moribundos del hospital de San Juan de Dios. Desde afuera ya escuchan la mortecina de los leprosos, tendidos en sus petates y regados por el piso. A esas horas ninguno de los dos ha probado nada, porque según predica el padre Claver, «mucho disfruta el alma de la oración si el estómago está vacío». Poco a poco con sus letanías iba calmando los lamentos de los desahuciados con alfombrilla o colerín. Si alguien había muerto sin confesión se arrodilla a su lado y ordenaba a Dominguito que prendiera cuatro velas en torno al cadáver: una para la cara después de cerrarles los ojos; otras en los costados y la más corta a los pies, alumbrándoles la cicatriz de los grillos. Después coreaban los rezos. Los enfermos bozales se suman a las letanías y algunas veces, alguien, hijo o hermano del difunto mezclaba algún canto africano que el padre Claver no podía impedir por el llanto y el sentimiento con que lo gimen.

Más tarde, bajo el sol, sin más abrigo que sus propias sombras, atraviesan la puerta de la Media Luna para curar, confesar y reconfortar a los leprosos del hospital de San Lázaro: blancos, indios y negros porque la lepra no diferencia la piel de los hombres. Allí encerraban también a los ekobios a quienes las llagas del pian desnudan la nariz y los ojos.

Huella de sus pasos, detrás del padre, iba nuestro rey descalzo con pantalón roto, cargándole la estola y los santos óleos cuando no la batea o el saco donde recogía las frutas que mendiga. Por las tardes vienen

a las casamatas donde nuestros ekobios morían y viven, unos doliéndose de los otros. Más padecen los difuntos sin sepultura comidos de gusanos que los vivos apaleados. Al penetrar en estos cementerios, el padre se persigna y si le fallaban las fuerzas ante tanta miseria y dolor, se hiende las carnes con el cilicio, llamándose «perro» y «desobediente». Ruega al pequeño Benkos que rece por él y ya armado el espíritu, pero floja la carne, se tapaba la nariz con un trapo perfumado para enfrentarse a los que mueren corroídos por las pústulas. Al ver que el pequeño lloraba y tiembla a su lado, consolándole, le prometía:

—Cuando ganes el Reino del Señor serás un ángel sin cadenas.

Subían por las rampas a lo alto de las fortificaciones para sacar agua de los profundos aljibes y repartirla entre los que cargan y tallaban piedras. Si alguien caía desfallecido, el padre humedece sus espaldas sangrantes y después de confesarlo, le animaba para que subiera al cielo sin culpas.

Pero tantos padecimientos eran apenas una preparación para abordar los barcos negreros. Agosto nos traía las primeras brisas fuertes. Por entre el sonido de la sal llegan otros gritos: la hedentina de los ekobios pudriéndose en alta mar. El padre Claver se aprovisionaba de agua, naranjas, plátanos maduros, dulces y muchas medallas con las que sabe ganar sonrisas. Antes de que el barco anclara en la Bahía de las Ánimas, ronda las aguas con su bote cargado de lenguaraces parloteando en sus muchas lenguas africanas. Pero debía esperar, enfurecido, a que los capitanes abrieran sus bodegas, lavaran la podredumbre y separen los muertos de los vivos. El olor de la carroña enloquece a los buitres sobre los mástiles. Todavía el padre Claver, brioso, injuriando, ve que le anteceden el veedor del rey, el médico y otros funcionarios de la trata. Sabía que en esos momentos son muchos los esclavos que agonizan sin los auxilios del sacramento. Al fin le arrojaban la escala a regañadientes. Por

delante sube nuestro niño rey con el hisopo y el agua bendita, detrás Sacabuche y los demás lenguaraces. Finjo ser el más viejo y me rezago. Desde que fuera intérprete del padre Alonso de Sandoval, maestro de Claver en estos asaltos de la cristiandad, me resisto a ser cómplice para ganar almas en los momentos de martirio.

Los lenguaraces intentan hablar con todos, guiándose por el tono y el zumbido de las palabras. Desde Guinea al Manikongo, de Angola a Mozambique vienen a recalar a este puerto los sobrevivientes de la travesía. Hambrientos de sol, los ojos se avivaban con la luz. Las manos mendicantes levantan las cadenas y un crujir de dientes maldice a los cristianos.

—¿Qué dicen Domingo Falupo?

—Te ruegan la bendición —respondo a Claver que ya repartía sus golosinas. Más le alimentan las sombras de nuestros ancestros que no les han dejado morir. En esta tarea consumían el tiempo mientras los rendeiros llaman la atención de sus clientes sobre el porte, colmillos o los senos. Los más avezados se atenían mejor a las tajaduras en las caras que les revelan las naciones a las que pertenecían. Angolas, mandingas, wolofs, congos, serviles, rebeldes, inteligentes. Los observaban sin fijarse en las estacas que les sujetan del cuello por si pretendían escapar. Aún les escucho sus gritos desde esta barranca del río donde las palabras de los vivos nadaban en el agua sin mojarse.

—Le vendo esa conga con su mulecón. Es buena cocinera y complaciente para lo que usted desee.

Le tocan la cabeza, las caderas, las manos.

—Para cargas pesadas le ofrezco este buhote, negro de ley, traído de Guinea.

A las ekobias las cubrían con trapos después de hurgarles con el dedo para cerciorarse si son vírgenes o de muchos partos. Los más

son acarreados en grupos por las calles empedradas hacia los fortines en construcción donde el peso de las rocas recortará sus años de vida. Yo prefería el pozo fétido de las casamatas con sus altas claraboyas por donde respiran nuestras esperanzas de fuga.

En estas correrías del padre Claver, el pequeño rey Benkos era el sacristán de sus bautizos, testigo de los matrimonios, remero de su bote y báculo de su camino. Pero en las noches, cuando regresaban al colegio, ternero que busca a su madre, se acerca corriendo a mi lado. Unas veces me llama «tío», otras «abuelo». Sentado en su estera y mientras fumo mi tabaco, me cuenta lo que le ha enseñado el padre durante el día. Nunca le dije no bebas de esa corriente. Sé que en una tinaja caben muchas aguas pero solo la fresca se va al fondo mientras la inútil sube y se derrama.

—Santos padres, besando la cruz, de rodillas, por Cristo crucificado, confieso la verdad.

—¡Habla impío! ¡Habla! Fuiste bautizado, la misericordia del Señor te sacó del fondo de la bodega donde te pudrías y te trajo hasta la sombra del colegio donde te dimos pan y pretendimos salvar tu alma. Allí curamos tus llagas y te enseñamos la lengua que ahora dominas con tanta largueza, que hasta nos hace pensar que la mueve el diablo.

(Escucho y no oigo, los busco, los huelo, me azotan y no los veo. ¿Dónde se esconden? ¡Santos padres todopoderosos, jueces inquisidores que todo lo ven y nada muestran, tengan piedad de mí!)

—¡Sacabuche! ¡Perro de Cabo Verde! Te han visto a medianoche entrar y salir a su cubil. Tenías rabo, gruñías como cerdo, bebiste sus orines y juraste ser obediente a ese engendro de demonios que llaman «rey».

—¡Santísimo sacramento, protégeme! ¡Líbrame de calumnias, no me abandones en este trance!

(Sudo desnudo, el sambenito colgado de mi garganta. Ahora veo sus capirotos negros, empuñan la correa con sus cinco puntas de hierro.)

—El Santo Oficio te escucha. Piensa tres veces lo que dices. Débil es tu cuerpo, pero fuerte y empedernida tu alma. Abre la boca y que tu lengua diga la verdad si no quieres que te la arranquemos a pedazos.

—Quiero besar la Santa Biblia: padre Claver, ¿dónde te hallas que no acudes en mi socorro? Tú sabes que siempre fui atento a tu prédica. Traduje fielmente palabra por palabra cuanto me dictaste del cristiano al fula, del gelofe al cristiano. Nunca mezclé lengua extraña ni cambié la verdad santa por la herejía.

(¡Ay! Otra vez, ya van cincuenta y ocho azotes y no se cansan. Estoy despellejado, el rebencazo ya no duele, arde, llama sal.)

—¡Santo padre, protégeme con tu manto para que el látigo no abra más mis carnes!

—Blasfemo, se te oiga solo la verdad. Cada vez que mientas el látigo te llamará al camino del Señor. ¡Mira, como prueba de su infinita misericordia, te deja besar la Santa Biblia, pero no vayas a mojarla con tu saliva mentirosa!

(La abracé, me la arrebatan, la siento dentro de mi herida.)

—Toqué la puerta del convento poco después de las dos de la mañana. No es cierto que viniera de ningún bunde de brujos. El padre Claver me había pedido que buscara al hijo de Potenciana Biohó, la difunta. Ni ella misma está segura de que lo haya parido antes de morir. Cuando la enterramos tenía la barriga vacía, arrugada, como si se le hubieran salido los vientos. Entre los esclavos se cuentan muchas cosas de su parto. Dicen, no lo digo yo, apenas repito,

santos padres, que lo alimentan con sus pechos y lo protegían siete abuelas africanas. Otros aseguran que siete indias lo encontraron en la playa y lo crían como a su hijo. Que no es parto de la difunta Potenciana Biohó, que no tiene madre conocida, que es nacido de las propias entrañas de la madre Yemayá...

(¡Virgen misericordiosa, ampárame! Perdonen si mencioné el nombre de esa herejía que llaman madre del muntu.)

—Informan las lenguas pecadoras que cuando duerme una aureola de fuego le corona la cabeza. Otras que ha nacido con dos dientes de oro, signo de que tiene sangre real... (¡Ay!) que lo han estado engordando con leche de burra.

A los pocos días de nacido ya sabe manotear el tambor. Confiesan tantas habladurías que el padre Claver se enfurece cuando las esclavas en la iglesia le cuentan cosas que no son de creer. En varias ocasiones las ha sacado a empujones del confesionario para que lo lleven al barrio del Limón donde se rumoraba que lo ocultan. ¡Sobre su hombro se abrazan las dos serpientes del poderoso Elegba...!

(¡Santísima Virgen, sujeta mi lengua! No quise blasfemar.)

Al tocar por tercera vez el aldabón, el hermano portero se asoma al postigo. Preguntó mi nombre y a qué se debía que importunara la paz del colegio a esas horas.

—Tengo urgentes noticias para el padre Claver.

Entonces me abre el portón y penetré hasta su celda. No duerme. Desde afuera escuchaba los azotes que se da con su cilicio. Oyó mis gritos y me abre, entrecortado el respiro. Siempre se ponía así cuando se flagela.

—Querido Sacabuche —me dijo bendiciéndome—. ¿Qué te trae a estas horas de la noche hasta mi celda?

Apenas pude trastabillar las palabras:

—He dado con su paradero —se le encendieron los ojos.

En un bote de carbón piensan llevarlo al palenque donde se esconden los cimarrones.

El padre no dejó que terminara de contarle y empujándome corrimos hacia los lados de Chambacú donde yo mismo lo había visto. Llegamos, unido el uno al otro, arrastrándonos casi por entre los sacos de carbón. Pero nos huelen. Yo me adelanté solo hasta la chalupa y fingiendo le digo al boga que lo custodia:

—Quiero escaparme junto con el rey...

(¡Ay! Otra vez el rebenque por distraído.)

—Tú eres Sacabuche, de Cabo Verde —me habló en angola.

El fulano tendría muchas carnes porque siento que su fogaje quema la oscuridad. Le respondo en lengua y me dejó entrar a la chalupa. Debajo de unas hojas de guarumo el niño duerme. Dos esclavas fugitivas lo acurrucaban sobre hojas de matarratón. El boga se retira en busca de sus compañeros, de los canaletes y las palancas. Silbo y el padre Claver, viento, rayo, saltó al bote.

—¿Abominables pecadoras, a dónde lo llevan para iniciarlo en sus hechicerías?

Zumba el cilicio, clavando las puntas de acero sobre sus espaldas. Las mujeres gritan, más para alertar a los otros que por dolor. Las golpeó hasta arrebatarles el niño. Se oyen pisadas corriendo por encima y por debajo.

—¡Malditos impíos! ¡Dios me socorra! ¡Mil demonios caigan sobre ustedes y los arrastren a los infiernos!

Las maldiciones los asustan. Las mujeres lloraban, ya sienten el fuego quemándoles el alma. El padre alcanzó a reconocer a una de ellas.

—¿Tú, Orobía, a quien he bautizado, paridora de esta herejía? ¡Ven conmigo si quieres liberarte de pecado!

El niño, ya bendecido, limpio de culpa, dormía en los brazos del padre. Me les adelanto protegiéndolos con una estaca de mangle. En

el colegio ya encontramos prendido el alboroto de los ekobios. Más rápido que nosotros se había adelantado la alarma del tambor. «Se roban al hijo de Potenciana». Algo más debe decirles para que acudan a estas horas de la noche a las puertas del convento. El superior, en persona, trasnochado, nos espera en la puerta.

—Traigo un nuevo hijo al colegio.

Escuchó al padre, observándolo más que oyéndolo. El pequeño, despierto, comienza a llorar.

—Hermano Pedro, soy víctima de vergüenza y bochorno. ¿A qué se deben esas salidas escandalosas a medianoche y que traigas al convento ese bastardo a quien llamas hijo del colegio? Dejad esa criatura en manos de quien la arrancaste y arrodíllate ante el Santísimo hasta que yo te conceda audiencia.

El padre baja la cabeza. Apenas pudo bendecir al niño. Allí a su lado, arrepentida y temerosa de excomunión se arrodillaba la Orobía.

—Hermana, aquí te devuelvo esta criatura. Cuídala y por nada dejes que la saquen de Cartagena.

El último gesto del padre, todavía bajo la mirada del superior, fue trazar el signo de la cruz sobre el hombro izquierdo del pequeño. Debió sentir que el fuego de las serpientes le quemaba sus dedos porque aterrorizado levanta la mano.

(¡Madre Santa, ataja ese látigo!)

Al retirarme del convento, dejo al padre arrodillado ante el Santísimo donde oró setenta y cuatro horas en ayunas hasta cuando el superior, olvidado, venga a llamarlo a audiencia.

(Lo digo yo, Pupo Moncholo,
el hombre del tambor brujo).

Mis manos palmeaban y repican incansables sobre el tambor. Estaré repicando hasta que Elegba cabalgue la cabeza de su elegido.

Todavía es un niño pero ya era un viejo. Doce años tiene y ya levantaba su verga de toro.

Esta noche, desde hace veintisiete noches, el babalao nos convocó en lo alto del cerro de la Popa. Tres días antes se había refugiado bajo la bonga cuyas raíces fueron enterradas aquí por los primeros ekobios fugitivos. Ahora, difuntos, duermen sobre sus ramas. En las más altas, Elegba oía nuestras velas encendidas. Le traemos algo de comer. Se contentaba con un puñado de sal para sus largos viajes y dos ramitas de matarratón en cruz para unir los caminos de la vida y de la muerte. Esta noche las puertas se abrirán sin ruido. Los bazimu nos muestran los atajos que conducían a la cima; las sombras de nuestros ancestros apartaron las piedras.

No se había asomado Ochú cuando el babalao sienta al niño entre sus piernas. Le rapa los cabellos con el mismo cuchillo con que degollará el chivo. A su alrededor, sentados, conversamos y reímos. Ahora toca el carángano y su canto pellizcaba la cuerda. Los ancianos rememoran y sus lágrimas son caminos húmedos que retornaban, madre África, a tu seno. En otras noches bajo el baobab sagrado también ellos fueron consagrados a Elegba.

Me encargo del chivo negro y le ofrecí un poco de yerba fresca. La huele y un cascabeleo alegró su garganta. Los ojos del muntu son bocas abiertas que se tragan el silencio. Ya mordía y mastica.

¡Eía, señal de que el machocabrío está dispuesto a morir!

Estiró el cuello y se oye su última risa. Zumba el viento cuando sintió pasos sobre su piel. De golpe cae la puñalada del babalao y la herida bañó con sangre la cabeza del hijo de Potenciana Biohó.

¡Abobó Elegba, nudo fuerte
reconoce a tu hijo
Benkos Biohó,
las dos serpientes
grabaste sobre su hombro!
¡Ábrele paso a Changó!
su jinete relámpago!
Ya monta su caballo de fuego
toma sus riendas y galopa
el uno sobre el otro
unidos suman dos.
¡El brazo de los vivos
la vida de los muertos
su potente tropa!

Y nos responden las cantadoras de bullerengue:

¡Sus pasos olemos en el tambor
su aliento habla en el bongó!

El niño rey no podía con el cuerpo del Gran Oricha y pierde el paso.
Cayó y se revuelca en tierra. El babalao lo sujeta y ayudaba a afirmarse en sus talones. Danzamos en círculo bajo la bonga. Los del Calabar y Cabo Verde. Veintisiete voces, llores en Falupe, la risa de los mina y la alegría conga. Sentados en el centro los músicos martillamos los tambores.

—¡Ya tenemos rey!

—¡Coronado está con las plumas del gallo de Changó!

El quejido hondo, la cuerda del carángano hiriendo el canto.

II

HIJOS DE DIOS Y LA DIABLA

CUANDO EL BABALAO entró al cuarto reservado a nosotros los lenguaraces, ya todos estamos recogidos. La mayor de las campanas de la catedral había dado la queda de las nueve y nada que no sea cosa movida por el viento se agitaba en los corredores del colegio. En las calles los candiles se quedan sin sombra y sobre las cúpulas de las iglesias las cruces recogieron sus brazos para que no se posen las lechuzas. Por más de una semana removimos los bienes del colegio de la estrecha y antigua casa de la Compañía de Jesús a esta nueva mansión de dos pisos con balcones para mirar a la distancia las naos negreras cuando se acercan al puerto.

Me levanté de mi estera y corro a sentarme al lado del abuelo Falupo. Siempre busco su sombra que me da el abrigo de mis ancestros. Contento por nuestra nueva morada, le digo entusiasmado:

—Comienzan para nosotros días de gloria.

Se había refugiado en el rincón que todos dejamos por oscuro. Allí su cabeza podía arder con el fuego de su silencio. Cruzó los brazos agarrándose los hombros. Largo, sus piernas le sobresalen del camastro. Cuando respira sus costillas se hunden hasta donde no hay más aire que sacar. Nos dieron un tinajero con agua fresca y el pequeño altar con la imagen morena de la santísima Virgen de Monserrat, de la que es tan devoto el padre Claver. Frente a ella, se arrodillaba Sacabuche dándose alocados golpes de penitencia.

—Sobrino —me dijo después de larga meditación— comienzan para el muntu peores atafagos que los padecidos hasta ahora. Los africanos no tendremos más padres espirituales que los blancos.

Tratarán de matar nuestra magara pintándonos el alma con sus miedos, sus rencores y pecados. Y cuando nos veamos en un espejo con la piel negra, no nos quedarán dudas de que somos los hijos de Satán, pues, según predicán, el Dios blanco hace a sus criaturas a su imagen y semejanza.

Mi mirada corta, catorce años, no alcanzaba el fondo de su espejo. Turbado, me atrevo a contradecirle:

—El colegio se agranda, vendrán más sacerdotes y atemorizados por la Justicia Divina los amos cristianos nos quitarán las cadenas.

A Sacabuche se le crecían las orejas con el ruido de nuestras palabras. Ahora se golpea menos el pecho y escuchaba más.

—Elegba te lave los ojos, sobrino. Te rodea la oscuridad y confundes la sombra con la luz. Mira bien, oye, te azotan y te piden. Nos predicán que cuanto más menospreciamos nuestra voluntad más gananciosos seremos en el cielo. Eso es lo que quieren los amos: que les demos la vida trabajando para su hacienda. Más nos valdría escuchar a su mentado Demonio que según afirman es su enemigo.

Sacabuche abandonó el cuarto con un trago de saliva amarga en la boca. Se postraría a los pies de Claver hasta repetirle, memoria fresca, las verdades del abuelo.

Por la mañana se oyeron los redobles del tambor, muy distintos al de los brujos que escandalizan por las noches. Muchos creyeron que eran los anuncios de un bando, pero tiemblan cuando la campana mayor de la catedral comenzó a tocar dobles: la visita del partido había salido del Palacio de la Inquisición. El capitán de la ronda, empenachado y con escarapela púrpura, presidía la guardia armada. Avanzan tres pasos, tres pasos, se detienen y volvían otro atrás. Aunque por estos días los soles claros hacen transparentes las sombras, retornaron los olores a incienso de la pasada Semana Santa.

Vuelven a salir los familiares encapuchados de negro con las cruces de plata enlutadas. De estola, espada y botas de campaña, por vez primera desfiló el fiscal del Santo Oficio. Quienes entonces no le vieron, perdido entre los pequeños, no tardan en medirlo con el terror que les inspirará más tarde. Siempre marcando los tres pasos, tres, el último hacia atrás, desfilan con sus banderas las sagradas órdenes de los carmelitas, los trinitarios y los mercedarios.

Los balcones se atestan de damas aún con los cabellos sueltos o persignándose. Muchas de ellas con los ojos asustados, recién salidas de las sábanas donde fornicaban con sus mancebos. Las esclavas y esclavos se reúnen en las puertas, alegres, sin ni siquiera sospechar que los dobles de campana les estaban anunciando la guerra santa contra sus orichas, chivos y gallos embrujados.

La primera lectura del edicto se hizo en la Plaza Mayor, a las puertas de la catedral:

—El Santo Oficio, enterado de las apostasías que difunden protestantes, mahometanos y judíos, así como de las brujas y hechiceros africanos que infestan la ciudad, por mandato del inquisidor, obliga bajo pena de excomunión mayor, delatar toda herejía que se conozca aunque el hereje sea el padre, el hijo o el cónyuge; trátase de personas de presumida alcurnia, servidor del rey, extranjero, libre o esclavo.

Las lenguas comentaban con tan bajo murmullo que se oyen sin decirse nada, aunque el silencio no permite sordera. El segundo pregón, en la Plaza de la Yerba, derritió la cera de los oídos y puso a saltar de miedo a los más sordos. Las vivanderas del mercado, los cargadores del puerto, los comerciantes, tenderos y artesanos se miran entre sí con tanto recelo que parecía que nunca antes se hubieran conocido.

Sobre una mula broquelada y de paso manso, el notario inquisitorial arrojó por su boca bolas de candela:

—Las denuncias se mantendrán en secreto para que el acusador quede al amparo de venganzas. Pero se previene, así mismo, que el Santo Oficio dispone de sus propios espías y se tomará cautelosa cuenta de todas aquellas personas que encubran, disimulen o callen estando enteradas de quiénes blasfeman contra Dios, desobedecen el ayuno de los sábados, fornican, son bígamos o adoran ídolos falsos.

Ansioso, pesada la lengua, corrí a informar al padre Claver, pero lo encuentro postrado ante el Santísimo.

—Sacabuche, la Divina Providencia viene en nuestro socorro para vencer a los herejes que estorban mis prédicas.

Ante mí, Andrés del Campo,
escribano público y del Cabildo,
tomo declaración juramentada a
la esclava Orobia Morelos.

En esta época de vientos y calores las madrugadas son oscuras. La luz del candil apenas alumbraba a su alrededor. Más allá las sombras se pegan a las paredes, alargarán los muebles y llenaban los rincones de bazimu.

Mi ama doña Isabel de Urbina salió a misa al primer toque de maitines. A esas horas los demonios anunciados por el padre Claver están en acecho, escondidos y hediondos sin poderse entrar a sus habitaciones. La santa cruz, los escapularios, el agua bendita y las imágenes de la santísima Virgen, de san Emigdio obispo, de san Antonio de Padua y del Sacrificado están en guardia. ¡Cómo van a entrarse a estas piezas santificadas! Aunque el babalao sostenga que

solo los orichas protegían a los africanos, creo firmemente que estos santos blancos también auxilian a los amos, pues si no fuese así, ¿por qué podían esclavizarnos y amasan tanta riqueza a expensa de nosotros los esclavos? ¡Mire usted la diferencia, señor juez! Mientras ellos desde los altos cielos con solo invocarlos descienden para atender los pedidos y necesidades de los amos, nuestros orichas se quedaron en Guinea sin atreverse a cruzar los mares para proteger al muntu que sufre, desespera y muere en esta tierra. No es que niegue sus poderes, porque pruebas hemos tenido de que oyen nuestro llanto y gracias a ellos el muntu no ha muerto bajo las cadenas. Pero es claro, le decía, que los santos de los blancos son más despiertos que los nuestros. Si no, ¿por qué el ama tiene tan buena suerte con sus haciendas? ¿Por qué nosotros, sus esclavos, somos más agraciados que los que trabajaban y mueren en la muralla sin alivio de Dios? Sea lo que sea, lo cierto es que el ama toma sus medidas para no perder la protección de sus santos. La he visto a medianoche levantarse a prender la vela a la santísima Virgen cuando se consumía y apaga. Antes de bajarse de la cama, como si viniera de mundos habitados por demonios, lo primero que hace es pronunciar el nombre de la Virgen purísima y protegerse con la señal de la santa cruz en la cara y en el pecho. Tomaba en seguida el rosario y comienza a recitar el «Santo Credo», el «Padre Nuestro», la «Oración de María Santísima Inmaculada», las «Doce Palabras Trastornadas» y cuanto rezo le ha enseñado el padre Claver. Con el crucifijo en el pecho se arrodilla, uniendo sus manos y rogándole al Señor de las alturas que le perdone sus pecados. Después, con gran cuidado de que el Demonio no la viera, miraba a su alrededor y si estoy presente me dice que salga y cuando se sabía sola, sin vista de ojos de esclavos o de diablos, se quita la camisola de dormir. Por la rendija de la cerradura la he visto y puedo jurar lo que digo: la señora es más blanca que sus sábanas

almidonadas. Ella misma se enjabonaba y restriega la piel con nada de esencias ni perfumes porque dice que las santas jamás se dejaron seducir con esas artimañas del Diablo. Para protegerse, se cuelga del cuello la pesada cadena de oro con el Crucificado. Luego se echa encima los escapularios de la Virgen del Perpetuo Socorro con hebras de las sagradas vestiduras que cubrieron a Cristo en la cruz. Cuando me llamaba, ya la encuentro vestida y sentada en la poltrona junto a la cama para que peine sus cabellos largos. No se mira nunca al espejo por temor a enamorarse de su figura. Entonces salía de su cuarto y pide a las esclavas que la acompañemos a la capilla de su casa y todos de rodillas damos gracias al Señor, a la santísima Virgen y a los santos del cielo. A cada una de nosotras nos pedía cuenta de lo hecho el día anterior y nos suplicaba que pongamos mucha atención a los oficios. Más tarde sale al corredor donde le esperaban los capataces y recibe los informes de las haciendas de la Cangrejera y Caimán: cuántas vacas han parido, si los recaudadores del rey cobraron sus impuestos, si apartan los diezmos de la iglesia y el número de los esclavos enfermos. Por último, los capataces le entregan los dineros y ella, al parecer sin darle importancia, pero muy despierta con las cuentas, recibía cada uno de los doblones. Encerrándose sola, los vuelve a contar y recontar hasta tarde en la noche, para luego depositarlos en el baúl. De todo tomaba apunte, que no deja nada a la memoria. Al llegar el amo de los viajes por España o de Santo Domingo le rendía cuenta punto por punto de lo acontecido en mucha mejor manera que si él estuviera vigilando su propia hacienda. De esto puedo dar crédito aquí ante el notario y testigos para que se sepa que nuestra señora es muy ferviente cristiana y que yo he sido adoctrinada en la santa fe católica y romana. Por eso puedo afirmar que la noche del gran bunde en la Popa no se mató a nadie, ni es cierto que se sacrificara un macho cabrío ni que

los asistentes bebiéramos su sangre y mucho menos que juráramos degollar a todos los blancos de la ciudad. Verdad es que el babalao nos venía dando noticias de que algo muy grande para nosotros, los negros, ocurriría para la luna llena, pues lo visita repetidas veces el abuelo Nagó, de quien afirma es el protector de todos los negros en el exilio; que por su boca hablaban los ancestros de cada uno de nosotros y que podríamos saber qué había sido de nuestros antepasados muertos en Guinea y de cuándo y cómo moriríamos y del número de hijos e hijas que tendremos, contándonos de su suerte futura y de cómo el muntu, sobreponiéndose a todas sus desgracias, está destinado por Changó a rebelarse contra los blancos después de que pagásemos el castigo por la traición cometida contra él por nuestros antepasados cuando lo expulsaron de Oyo, la ciudad imperial. Por esas promesas y revelaciones que veníamos recibiendo del babalao, muchos acudimos esa noche a la Popa, varones y mujeres, pero sin ánimo de conspirar contra los amos y mucho menos a renegar de la santa religión católica a la que nosotros nos acogimos por el agua bendita del bautizo. Es cierto que el babalao, al ver salir la luna —eso debió ser a las siete de la noche— nos pide tirarnos al suelo y oramos repitiendo palabras en ñáñigo, pero sabiendo, como nos predica Claver, que la luna y el sol y las estrellas y todo lo que ven nuestros ojos es salido de la mano del Dios todopoderoso de los cristianos. Es cierto que al son del tambor mayor que batía el propio babalao, comenzamos a danzar mujeres y hombres esperanzados en que al final del baile, como lo hizo, nos diera las buenas nuevas sobre nuestros antepasados muertos, de quienes deseábamos saber si el señor los tiene en los cielos o si padecían en los infiernos. Oímos su canto acompañándose del carángano que, según él, le fue entregado por el abuelo Ngafúa. Entonces nos contó muchas historias de nuestros antepasados y orichas que él sabe ligar unas a otras. Dice

que no hemos nacido esclavos y que descendemos de la más antigua raíz del muntu; que en el pasado nuestros padres sembraron el ñame, el plátano, el coco, el millo y otras plantas que les permiten organizar grandes villas. Aprendieron a pastorear el ganado, tejen hermosas telas de algodón y lana con qué hacerse vestidos y mantas. Con el tiempo, soberanos sabios y poderosos nos dieron leyes, organizan el comercio y sus protegidos artesanos aprenden a labrar el oro y fundir el cobre, el hierro y el bronce. Nos asegura que el muntu ya había construido grandes ciudades y palacios con abundancia de alimentos y oro a donde llegaron los bárbaros con sus ejércitos y fusiles a matarnos y encadenarnos. Que todos los que mueran combatiendo el yugo del amo serán glorificados por los orichas y ancestros pero que ninguno regresaría al país natal porque la tierra del exilio debía ser conquistada por los vivos y difuntos para compartirla con los animales, los árboles y nuestros descendientes. Nos anuncia que el muntu mezclará su sangre con la sangre del amo blanco, con la del indio y la de otras razas y que de esa manera, sangre de sangres, no habría blancos que esclavizaran, porque así como el muntu perdería su color negro, el blanco mancharía su piel con el color de los nuestros.

Nos predica que cada labor exigía gran invención de nuestra parte, pues de no hacerlo así, la nueva obra nace según los gustos y el mandato del amo quitando a los difuntos la oportunidad de crear, con lo cual es lo mismo que condenarlos a no hacer nada, el peor tormento para un muerto. Esto y otras cosas nos habló el babalao sin que nos invitara a rebelarnos contra la doctrina cristiana y más bien nos predica que si nos ateníamos a nuestros orichas, mejor comprenderíamos las enseñanzas del Dios omnipotente. Eso es todo cuanto tengo que confesar y lo digo besando la cruz, esperanzada en que ella me salvará en esta vida y en la eterna.

Dejo fiel copia de todo lo escuchado a
Orobias Morelos, de nación biafra, de cincuenta
años de edad. Queda inscrita en el proceso de herejía
que se adelanta contra el réprobo y brujo
Domingo Falupo de nación yolofa y a quien por
sus mañas de gran lenguaraz llaman Capelino.

Andabas en la matriz de la madre Potenciana Biohó cuando fusilan a tu padre en Cartagena. Por eso dicen que no tuviste quién te engrandara, que eres hijo bastardo del padre Claver. Lo cierto es que Elegba te trajo al mundo de los ekobios por mandato de Changó. Los otros cuatro fusilados murieron con la primera descarga. Tu padre se mantiene firme, pegado contra el poste como si las balas no le hubieran roto los huesos de la frente. El religioso se acerca a limpiarle la sangre del rostro y oyó que todavía se niega a recibir los santos sacramentos.

—Mira en qué estado te encuentras por no haber sido bueno y servir a la Divina Majestad.

Logró responderle aunque tiene la lengua partida por los perdigones:

—Déjeme llegar a mis ancestros sin remordimientos.

El capitán de la guardia pidió al padre Claver que se apartara para rematar al réprobo. La segunda descarga le quiebra el cuello y aun así saltó deseoso de soltarse las amarras. Elegba ya se lo echa al hombro para llevarlo con los otros fusilados a la mansión de los modimos.

Los sacaron de la cárcel en el centro de la ciudad y encadenados recorren las principales calles. Serán llevados fuera de la muralla hasta el camino real donde en despoblado se levantan los patíbulos. Ya redoblaban los tambores militares que no llaman a Elegba. El

padre Claver acompaña a los reos dándoles agua, pidiéndoles que tengan fe en la misericordia de su Señor. Atencio Rocha, que se decía cristiano, le pide sus bendiciones. Callado, pero sin rechazarlo, también le escuchó Arnaldo Cabalonga.

Tu padre iba de primero. Donde quiera que lo pongan se distingue por su porte, tan vigoroso que un negrero inglés, recién venido al puerto, quiere comprarlo después de condenado. Aseguraba que por él le pagarían mucho oro en New Orleans. También se destaca entre los esclavos por la cantidad de sus cadenas: argolla al cuello, grillos en los pies y una barra de hierro que sujetaba sus muñecas. Van semidesnudos, apenas con unos pantalones deshilachados que dejaban al descubierto sus cuerpos. Pueden ver que tu padre tenía sobre las espaldas las dos serpientes de Elegba. Los monjes afirman que son las marcas dejadas por las pezuñas del Diablo. Si hubiera vivido en los tiempos en que llegó la Inquisición, le habrían procesado por brujo. Para entonces sus herejías eran mayores: subleva a los esclavos de la negrería de Melchor Acosta, ahorcó a su capataz y da libertad a ochenta ekobios que se refugiaron en el Palenque de San Basilio.

La guardia marchó sin uniforme de parada, apenas cumpliendo una tarea de limpieza. Algunos hasta llevan el mosquete debajo del brazo y el capitán se distinguía tan solo porque monta una mula. Desde los balcones se asomaban los amos comiendo almojábanas en mangas de camisa, dispuestos a regresar a los naipes, a relajarse en las hamacas o montarse en las ancas de sus concubinas. Por las calles la tropelía de vecinos acompaña a los condenados, algunos compadecidos y otros escupiéndoles la cara por criminales. Al momento de ejecutarlos, la guardia tiene que dispersar a los curiosos con descargas de fusilería. Los amarraron a los postes sin quitarles las cadenas. El padre Claver se acerca a cada uno de ellos para invitarlos a expirar

confesos, amantes de Cristo y limpios para recibir el perdón del Señor. Aun los más distantes escuchaban sus letanías:

—Santa María, madre amable, Virgen poderosa, clemente, ruega por nosotros...

Los moja con agua bendita y olorosa.

Aunque mueren todos en un mismo día y lugar, los cinco ajusticiados nacieron en diversos sitios, son de diferentes naciones y cumplen sus rebeldías de distintas maneras. A Eusebio Lagos, nigeriano, se le acusa de dar muerte al capataz cuando aporreaba a una vieja esclava que se negó a abandonar la sepultura donde habían enterrado a su nieto. Uno de ellos, Luciano Palomo, es manco. Le cortaron la mano porque robó la espada de su señor y con ella está a punto de degollarlo cuando lo acosó la jauría de perros. Ya había matado a cuatro de los animales y descuajado el brazo al que se decía su amo, cuando prefiere enterrarse la espada en el estómago antes de que lo atraparan. Yemayá lo protegía porque la sangre se le vuelve agua y el cirujano pudo coserle las entrañas. Cuando despierta, aún delirando, lo primero que dijo fue que le quitaran el cepo porque quería correr para Nigeria.

Más castigos y sufrimientos sufrió el caboverdino Arnaldo Cabalonga. Callado, para sacarle una palabra tenían que abrirle los dientes a martillazos. Hasta el momento de su muerte fue capataz de don Gaspar Ternera en cuya hacienda desaparecían reses sin que sus esclavos pudieran o quisieran localizarlas. Un día, para sorpresa del amo, bajo las esteras donde dormía Cabalonga, encuentra enterrados los cueros de las vacas perdidas. Lo somete a tormento para que confiese cómo y cuándo las había degollado y comido. En el proceso que se le hizo no hubo tormentos, azotes y corte de nariz que le hagan aclarar aquel misterio. Lo supimos después de fusilado por confesión de un moribundo: con esas reses alimentaba a las

cuadrillas de cimarrones hambrientos, exigiéndoles tan solo que le dejaran las pieles como testimonio de que se las habían comido.

El quinto condenado se llama Atencio Rocha. Aquí en Cartagena lo compró un minero de Cáceres y atraillado con otros cuarenta yolofofos, lo llevaban por el camino de la Villa de San Jerónimo de Ayapel. Una noche, en la orilla de la ciénaga, mientras duermen bajo un árbol de camajorú, una pareja de tigres ataca el campamento llevándose al minero y a su capataz que dormían aparte. Los ekobios escuchan sus gritos, mas como estaban encadenados nada pueden hacer. Esa misma noche se sienten libres. Desde entonces Atencio Rocha, el más ladino, les capitaneó en la vida salvaje, buscando alimento entre las tribus chimilas. Toman por mujeres a una indias que se les unieron de gusto o por fuerza. En el caño de La Mojana construyen bohíos, cosecharon plátano, y sobre todo, se dan al asalto de embarcaciones, liberando a los bogas esclavos tras apoderarse de las mercancías de sus amos. Tanto aterrorizaron a españoles e indios que se manda tropa armada contra ellos. Guiados por los caciques que reclamaban a sus mujeres, la patrulla les sigue el rastro hasta en lo más oscuro de la montaña. Después de cada combate los tigres se alborotan al beber el agua ensangrentada de los arroyos. Ya no encuentran refugio ni en la sombra de sus huellas. El último en caer prisionero fue el jefe Atencio, mordido por una serpiente. Moribundo es conducido a Cartagena donde le salvan la vida solo para sentenciarlo a muerte.

Después de fusilados las autoridades dejan sus cadáveres al sol para que los gallinazos les picoteen hasta pelarles los huesos. Pensaban que sus despojos atemorizarían a los esclavos levantiscos. Se equivocan. Son muchos los que les visitan, les prendían velas y se dan a la fuga. Atemorizado por el nuevo culto, el padre Claver conseguirá que el gobernador le permita darles cristiana sepultura.

Desde antes, a la medianoche, bajo la sombra de las calaveras, yo había convocado a los ekobios anunciándoles que el abuelo Ngafúa me ha revelado que ya creces en el vientre de tu madre por mandato de Changó.

Declaraciones de Pupo Moncholo, liberto
al servicio de Melchor Acosta, condenado a galeras
por ser el principal de los «gobernadores» del
pretendido «reino» de los negros.

Nunca estuve en venta después de que mi dueña doña Brígida Pini-lla me quitó las cadenas a cambio de muchos favores que brindo a sus amigas. Si comparezco ante usted, señor notario, es por intrigas de los envidiosos y no por culpa de delitos que no he cometido, pues nadie puede acusarme de ser traidor al rey de España por aceptar el nombramiento de «gobernador» en unos juegos de carnaval que nosotros los negros inventamos para sobrellevar un tanto las penas que nos afligen.

Más bien puedo confesar muchas injusticias, fornicaciones y sodomías que se cometen aquí en Cartagena por principales señores en quienes su Majestad y el Papa han depositado la guarda de las buenas costumbres.

Puedo jurar que el gobernador Diego Fernández de Velasco y el inquisidor Juan de Mañozca muchas veces concurren a casa del señor Melchor Acosta donde participan en bacanales que ni en la Roma de Nerón ni tan siquiera en la Sodoma y Gomorra tuvieron suceso. Yo mismo les preparo niñas esclavas que se decían vírgenes y seguramente lo son, porque algunas ni siquiera menstrúan. El inquisidor las prefería entradas en los quince o dieciséis años siempre que sean bozales y hayan tenido experiencias en La Española donde hay escuelas

bien atendidas por andaluzas que les enseñan a complacer los más perversos gustos de sus amos. No solo lo afirma un ex esclavo como yo, sino fray Sebastián de Chumillas quien cuenta que el inquisidor tiene su casa convertida en lonja de contratación; ampara el contrabando de esclavos y en muchas ocasiones ha quitado de las manos del Santo Oficio a pecadoras dignas de grandes castigos. Tanto es su descaro que de ordinario acostumbra a decir sátiras y oprobios de la Compañía de Jesús y del Provincial de Santo Domingo.

En una ocasión, estando presente el gobernador y el tal Mañozca, conociendo las potencias de las que no me vanaglorio pero que sí son demostrables, ante ellos debí abusar de dos señoras que son sus concubinas por una apuesta que hicieron de que no resistirían mis acosos. Terminada la prueba, tuvieron que llevárselas a las carreras en busca de un boticario porque les había desfondado la matriz.

Pero no es mi propósito quejarme de las autoridades que por cosas menores a otros han condenado a galeras, sino del señor Melchor Acosta quien tiene servicio de monta aquí en Cartagena, negocio en el cual a mí me ha utilizado y que consiste en alquilar a africanos de buena catadura para embarazar esclavas que den buena cría.

Yo soy pupo Moncholo
hijo de Dios y la Diabla
el hombre del tambor brujo
quien puede contarle cosas
de esta vida y de la otra.
Estoy aquí y estoy allá,
gusanito en la guayaba
desde muy verde la puyo.
Me como el coco maduro
sin romperle la cáscara.

¡Yo soy Pupo Moncholo
el hombre del tambor brujo,
me como el coco maduro
sin romperle la cáscara!

Cuando templo mi tambor
desde lo alto, desde el cielo
me responden los truenos.
Si pongo la media mano
si la pongo toda entera
tiembla la madre monte
tiembla la madre tierra.
Mitad tapado mitad abierto,
a los vivos saco de sus casas
del cementerio los muertos.

¡Yo soy Pupo Moncholo
el hombre del tambor brujo,
sin romperle la cáscara
me como el coco maduro!

Soy la fiebre calentura
el cantador sin ronquera
cuando comienzo una historia
se la cuento toda entera.
Aquí estoy con mi tambor
réquete suena que resuena
alborotando las polleras.
Acérquense las mujeres,

tomen asiento las jóvenes
y sus parejos las viejas.

¡Yo soy Pupo Moncholo
el hombre del tambor brujo,
sin romperle la cáscara
me como el coco maduro!

Tengo un pacto con el Diablo
para las mujeres casadas.
Con tres golpes, tres golpes
tres golpes nada más
a todas las que yo quiero
contentas y preñaditas
derechito se van al cielo.
¡Y a sus maridos celosos
tengan cruces, tengan cuernos
los mando a los Infiernos!

¡Yo soy Pupo Moncholo
el hombre del tambor brujo,
sin romperle la cáscara
me como el coco maduro!

Sobrino, yo vengo rodando de amo en amo como moneda falsa. Me han dado más nombres que azotes: Moro, Sarraceno, Domingo, Palacino, Jenofonte y el que más me acomodan aquí en Cartagena, Capelino por las muchas lenguas que hablo. No hay esclavo a quien su dueño estime en su justo valor cualesquiera que sean su nobleza y desvelo en servirle. Mejor trataban a sus asnos que cuando ya no

podían con sus huesos les dejan en libertad de escoger el estercolero de su muerte. Desde niño estoy sirviendo a los que me maltratan y los mismos a quienes halagué me llevarán a la hoguera por negarme a ser cómplice de sus injusticias.

Te contaré lo que he sido para que no lo olvides, para que lo cuentes, ahora y en las otras vidas que alimentarás.

Nací en la ría del Cazamancia. El tronco de mis ancestros wolofs se alimentaba de nueve tribus: los kaimantes, los vacas, los karones y joguches en la banca derecha del río. De pequeño mi padre me llevaba a la otra orilla para que conociera a los tíos bayotes, aymentes, guiones, bangiares y balantas. Aunque repartidos y mezclados con dyolas, mandingas y sarakoles, todos hablamos la lengua de nuestros abuelos felupes.

En la tarde de mi desgracia llegaron a nuestra aldea unos beduinos a comprar cabras. Se enamoran de mí al verme danzar, acompañando mi canto con la kora. Esa noche les narré historias de nuestros reyes, artesanos y sacerdotes, aprendidas de mi padre. Aquella madrugada mientras la aldea descansa, aprovechándose de que duermo, los ladrones me subieron al lomo de un camello. Al despertarme, el sol alumbraba los caminos ardientes del desierto, lejos de mis padres. En Timbuctú sorprendí con mis relatos a un geógrafo de Córdoba llamado Al-Bakri, repitiéndole cantos de soberanos y de imperios desaparecidos que nunca antes había escuchado. Por más de cuatro años copia mis recuerdos y al final, temeroso de que yo pudiera revelar la fuente de sus escritos me vendió a los tuaregs. Entre los nómadas del Sahara, aprendo el árabe y a recitar el Corán. Al cumplir catorce años, mi amo, un morabito, me hizo discípulo de Alá, pero aun así continué siendo su esclavo. Desde entonces comprendí que las religiones de los moros y cristianos tienen otros fines, distintos a la de nuestros

ancestros, gozosas solo de ayudar al muntu en sus afanes de procrear y ser libres.

Un comerciante de camellos en tratos con un inglés, me cambalachó en el puerto de Mauretania por dos toneles de vino. En esa ocasión el traficante dijo al capitán negrero: «Me libro de una lengua que come más de lo que habla». Siempre fui flaco y hambriento, porque los malos tratos sumados a los ayunos nunca permitieron que engordara.

Así, sobrino, por las cadenas de la esclavitud que atan y arrastran, de habitante de las selvas y el desierto me convertí en marinero. Unas veces como pinche de cocina, otras de corsario sin paga, siempre mandadero de abordó de ingleses, flamencos, turcos o alemanes. Conozco Alejandría, Estambul, Roma, Chipre, Génova, Ceilán, Barcelona y Cádiz. De amos y extraños, clérigos y filósofos, fui aprendiendo teologías, alquimia, quiromancia, matemáticas y vicios. Has de saber que al servicio de grandes señores, ante sabios y pícaros soy mostrado por mis larguezas en el canto y la malicia. Así visité palacios de príncipes y cortes de emperadores, siempre rodeado de enanos, saltimbanquis, payasos y poetas que todos son títeres de un mismo retablo. Debí divertir a damas y meretrices con gracejos y obscenidades, informándome de los goces raros del amor: hembras con hembras, maridos sirviendo de concubinas a los amantes de sus mujeres y de otras falsas uniones de las que muchas señoras son sabias porque los eunucos que las cuidan les adiestran y enseñan.

De estas y muchas otras bajas vidas me sacó en Amberes un fabricante de quesos al encomendarme el oficio de cocinar para sus mercaderes genoveses y griegos, cuyas lenguas conozco mejor por oírlas hablar en la mesa que por los cuatro años que serví de esclavo a un obispo romano. Estoy entre flamencos hasta cuando mi dueño,

un mercader en vino y viandas, me factura como parte de los baúles, libros y quesos del hijo, quien partía para Portugal a estudiar en la Universidad de Coimbra. Al despedirnos me amenazó con dejarme morir de hambre si no enseñaba las lenguas romances a su heredero, acostumbrado a razonar con el mugir de las vacas.

—Si quieres ser buen ordeñador —aconsejó al hijo el día de la partida— aprende a sacar la leche con falsedades, pues una vaca rinde más cuando la hurga una mano de uñas largas que su propio ternero.

Héteme aquí, sobrino, que el hijo del quesero cobrará fama entre los cirujanos del reino como el más diestro abridor de úteros y extirpador de próstatas. Intercambiamos, pues, lenguas y filosofías por artes quirúrgicas que de mucho me han servido aquí en Cartagena para amputar piernas, sanear llagas y resucitar muertos.

Por comprobársele y confesar que fornicaba con cuatro burras, Antonio Bolaños fue condenado a cien azotes y vergüenza pública para escarmiento de los africanos que habiendo recibido el santo bautizo, simulan practicar la fe, yendo a misa, confesándose y comulgando para guardar las apariencias de cristianos, pero que en su vida oculta, practican las más nefandas concupiscencias y obscenidades aprendidas de sus mayores.

La muerte es un visitante pasajero que llega y se irá en un momento, pero el hambre de mujer o de macho no se apaga nunca. Desde que se nos capturaba en nuestra aldea, no probamos pareja humana en muchos años y hay quienes mueren tan solo de pensar en sus esposas abandonadas o vendidas con sus hijos a otros amos. Cuando se miraba a una ekobia, joven o vieja, su cuerpo se llena de otra mujer, la que recordamos, la otra que nos llamaba siempre aun cuando estemos

dormidos y encadenados. Y en los sueños, despiertos, sabiéndola lejana se nos metía entre las piernas y le sembramos hijos que nunca llegarán a parir porque no le damos la sangre que engendra la vida.

En la nochedía, interminable noche de las bodegas, entre los muchos gritos escuchábamos la boca de las hembras que llama y botaba la vida. Los monstruos emponzoñan los aires con olores prohibidos. Nosotros y también ellas, separados por paredes invisibles nos sonsacamos frotándonos con nuestras propias manos. Después de morirnos en el falso abrazo, caíamos en un sueño que nunca nos cierra los ojos. Al llegar al puerto o cuando nos suben a cubierta copulamos con solo mirarnos los cuerpos moviéndose desnudos bajo el sol. Y si se nos obliga a bailar, las manos, los brazos se encontraban aunque estemos encadenados.

Más dolorosa era la venta. En un instante se rompía para siempre el matrimonio trabado con las miradas de sesenta o setenta días de viaje. Nos quedamos apenas con el olor de la sonrisa, el líquido de los suspiros o el recuerdo de la carimba marcada en la nalga. De esta manera se iban las novias, los maridos, las esposas, perdida la esperanza de volver a reencontrarnos, a veces ni en los recuerdos. A fuerza de perdernos, de inventar retornos, nos convertíamos en piedras que solo se mueven en la sombra que proyectan a su alrededor.

En cualquier rincón de la casamata, en la fosa que se cava en cada aljibe, donde quiera que nos lleven encadenados, sueltos en el corral de la hacienda o en el cuarto de servicio, cerca o distante, mujeres y hombres en todo momento pensábamos en la otra parte que deseamos. La perseguimos por los atajos, entre el monte, de noche escurriéndonos por entre los muros hasta llegar a su cuarto, escondidos, escondidas, escondiendo nuestro resuello en el chiquero de los puercos. Las amas se sorprendían de que pudiera crecer la barriga de las esclavas que no dejaron salir nunca al patio de sus casas.

Claver indaga en vano el nombre del padre, seguramente ido en otro barco. Por eso, varón o hembra, siempre pensamos en la fuga. De día ocultándonos en las chalupas que llegaban al puerto; escapándonos en la noche corriendo por la playa hasta alcanzar la manglaría donde salta a nuestro encuentro el grito esperado de algún ekobio o ekobia entre los icacales. Las mujeres a veces se arriesgaban solas; otras con los hijos en busca de un padre que pueda no ser quien haya dado su sangre a los pequeños. La cimarronería se está llenando de hembras porque no hay negro libre que pase hambre de mujer. Ekobios amanecidos con indias que en guerra arrebatan a sus maridos, cuando no son ellas las que nos buscaban para darnos bollos de maíz, a sabiendas de que nos quedaremos con ellas sean solteras o con muchos hijos. He conocido cimarrones arrochelados con dos o tres indias, después de matarles a sus maridos. Andan sueltos con su recua de hijos con la piel negra, indio el pelo. Zambos con las piernas cortas y robusto el pecho que no sabían hablar lengua ladina, ni india o africana sino una jerga de voces revueltas. Se quedan salvajes porque no podían regresar a la tribu de la madre ni acercarse a los pueblos por temor a que los esclavicen los antiguos amos del padre.

El hambre de mujer es más hambre cuando nos enamoramos de mujer ajena. La hembra que se acuesta gozosa con su marido es más hembra si el macho vacío la mira con la imaginación hambrienta. Las cadenas pesaban más aun cuando no se tengan cuando el ama blanca se desnuda ante nosotros, cuando nos pide que les llenemos la bañera. Mucho más, si la hija del amo, a quien cargamos desde niña se nos dormía en las piernas cuando los senos ya crecidos nos aruñan el pecho. No hay esclavo que sea esclavo si la mala suerte lo lleva a la cama del ama cuando el señor está de viaje y el capataz con sus perros anda de cacería. Yo vi una blanca violada a quien su

esclavo cortó los senos para que nunca más llame la atención a otro ekobio hambriento de mujer.

Esto es cuanto tengo que confesar al Santo Oficio de lo que ustedes los inquisidores llaman nefanda concupiscencia de nosotros los negros.

Mucho he andado hoy, abuelo, tras los pasos del padre Claver. Visitamos las haciendas de la Cangrejera y el Caimán. Por todas partes encontramos ekobios maltratados por capataces de Angola y Cabo Verde, más crueles que los propios amos. Meten a los bozales en cepos y mutilan a los cimarrones que lograban cazar. A todos predica y bautiza el padre Claver pidiéndoles que adoren a Cristo, única esperanza en su desespero.

Un ekobio de la Costa de Ardá le preguntó que si le había bañado la cabeza con agua bendita porque la tenía sucia y llena de piojos. Otro se niega a recibir el bautizo, alegando que no podía volver a nacer en la otra vida porque su kulonda ha sido fecundado por su ancestro solo una vez. Anselmo Mina, después de recibir el agua bautismal se huyó dejando dicho que si era esclavo de Cristo no podía tener dos amos.

El padre les limpia tan falsas ideas, asegurándoles que el sacramento solo les hará partícipes en el reino del Señor.

A la medianoche un capataz le pidió que dejara de predicar porque a la mañana siguiente con bautizo o sin él, los esclavos debían recoger unas vacas extraviadas pues dice que son más valiosas para el amo que todos los negros bautizados de la hacienda.

—¡Eíá, pues, ya que quieres irte al infierno vete en hora mala: aquí tienes el Juez Divino que te condena! —le respondió el padre, mostrándole el crucifijo.

En vísperas del Domingo de Ramos se llenan los caminos de palmas, burros y algazara de ekobios. El padre Claver había visitado las haciendas de los alrededores durante la Cuaresma tomando cuenta de los que estaban sin bautizar, de quienes viven amancebados y de los hijos zambos dispersos en los bohíos indígenas. Entra por las cimarronadas de San Basilio y Rocha, a sabiendas de que los huidos no regresarán a Cartagena, cualquiera que sea su promesa de que durante la Semana Santa a ningún evadido se le apresará o azotaría.

En estos días de veda los tambores no resuenan como es su costumbre todas las noches en los patios de las haciendas. Algunos amos obligaban a sus esclavos a rezar el rosario antes de recogerlos en los caneyes. Después de las nueve los capataces soltaban los perros y salen con órdenes de disparar a quien encuentren por los alrededores.

El Domingo de Resurrección los hijos de Yemayá invaden a Cartagena regándose por los extramuros del Xemaní, el Cabrero y en donde quiera que hay un tramo de muralla en construcción, una enramada de mangle o la sombra de los almendros. Más cerca, en la Boca del Puente, a la orilla del caño, se reúnen los que llegaban en chalupas desde las islas y costas. Todos esperaban la procesión que saldrá de la ermita de la Virgen de los Dolores reservada para nosotros los africanos. En el atrio se congregan los ekobios para recibir el agua bautismal. Apiñados frente al altar volvían a encontrarse los balubas, minas, caboverdinos, calabares, regocijándose de poder hablar con el sabor de nuestras lenguas africanas. Las madres lloraban abrazadas a sus hijas y nietos procedentes de alguna mina o cuando el padre reconoce a los hijos dejados pequeños cuando fue vendido a otro amo.

Desde la madrugada el padre Claver les dividía en cuadrillas. Que nadie se quede sin su vela para la procesión del Santo Sepulcro en la medianoche del Viernes Santo.

Me informan que el gobernador y el alcalde tienen reuniones todas las noches desde que se inició la Cuaresma. Temían por la invasión de tantos esclavos juntos. Por bando del rey se ha fijado en los cuarteles un edicto por el cual se autoriza a los comandantes a detener a todo negro armado, de inmediato aplicarle cincuenta azotes y proceda a retenerlo en prisión durante la Semana Santa, quien quiera que sea el dueño o quien por él, religioso o civil, intervenga.

—Siempre que hay estas fiestas religiosas la ciudad está en peligro de levantamiento —había dicho el alcalde al obispo—, pues se congregan hasta más de cinco mil esclavos ladinos y bozales en su mayoría libres de cadena, conocedores de las entradas y salidas de la ciudad. Muchos de ellos hábiles para el uso de las armas blancas y de fuego, lo que los hace más peligrosos que los recién llegados de África, ignorantes de nuestras costumbres.

Ayer, vendiendo leña, he visitado las casas de los amos donde converso con los que arrear agua, con las vendedoras de dulces, los carpinteros, albañiles y sastres. Vestido de penitente, tapado el rostro, penetro a la iglesia y detrás del confesionario escucho atento cuando el padre Claver interroga a la hermana Orobía sobre mis prédicas:

—Hija mía, déjame oler tus manos. Dime, pecadora, ¿has bebido sangre de chivo en el culto del babalao?

—No padre, ¡la Virgen Santísima me proteja de esa herejía!

Dispusimos que fundaríamos nuestro reino en la ciudad de los amos: un patio común para las naciones fula, mina, la angola y conga. Nos reuniríamos a tocar y bailar tambor. El barullo nos viene

alborotando desde hace años. El babalao nos animaba diciendo que es un derecho natural. El rey Benkos pregunta al padre Claver si había pecado en ello. El santo le estuvo mirando los ojos, buscándole en los fondos alguna palabra escondida. Le había visto crecer desde niño las orejas, la frente, la lengua y todavía se asusta con sus preguntas. Le era más doloroso el silencio que la respuesta, pues el rey Benkos le vuelve a preguntar después de cada misa, al terminar la doctrina, en la calle o en la muralla cuando avistaban los barcos. Hasta que una noche, despierto o soñando, le respondió:

—Se puede bailar y aun tocar tambor siempre que no se hagan sacrificios de gallos o de chivos.

Para tranquilizarlo, el rey Benkos le agrega entonces que solo concurrirán los bautizados que llevamos con gran consuelo la cruz de Cristo colgada al pecho. Pero no dijo más, temeroso de que pidiera estar presente y aun quisiera ordenar misa cuando queríamos olvidarnos de los amos, de sus azotes y de sus prédicas que todos son una, según nos decía el babalao.

Nos reunimos en los montes, en el lugar que señalaban los tambores. El secreto es un río crecido que inundaba los oídos más sordos. Lo cuentan las mujeres que vendían los dulces de sus amas por las calles y en el muelle; las chalupas que atracaban repletas de carbón se van cargadas de noticias: la noche, el lugar, la hora. La traba mayor está en encontrar casa dónde preparar el guarapo, esconder los tambores y que nuestras mujeres puedan entrar y salir sin ser vistas de sus señoras. Se pensó en el patio de un amo pero ninguno de ellos, ni los más piadosos, aceptaron que esclavos de otras casas que no sean los propios, se reunieran en sus haciendas, ni mucho menos en lugar alguno cerca de sus quintas. Rodrigo Baluba, capataz de Melchor Acosta, se atrevió a mucho, pidiéndole que una vez por mes en su negrería de Tumbamuerto se nos

permita bailar con tamboreros traídos de otras partes. El negrero escuchó con atención y aun le ofrece tragos de vino de su garrafa para que soltara lo que se traía en el propósito: cuántos somos, de qué nación, quién el principal, los que se encargarían del toque, el número de mujeres dispuestas para el bunde, sus edades, si estaban casadas o solteras, si son de condición libre o esclavas, concubinas de algún amo y quién este y otras muchas cosas, todo lo cual sabido y apuntado, manda a llamar al capitán de la ronda y punto por punto le contó para que estuviera atento de la noche y el lugar porque, aunque nada le dijera su capataz, sospecha desde el primer momento que el baile y los tambores serían apenas un pretexto para reunir armas y cortar cabezas de amos. Ya fuese porque Baluba se lo contara o por simple miedo que les sobra, supieron que ese día coronaremos a Benkos como rey de los ekobios. Se dan prisa en informar al gobernador y hasta se envió escritos al rey y al Papa.

Todo anda camino derecho sin que sospechemos que por el mismo camino unos iban y otros vienen. Imaginen ustedes si no se alarmarían cuando se acordó que la reunión fuera en casa de María Angola, liberta, concubina del capitán de la ronda quien tenía casa de su propiedad en Ternera, no muy distante de Cartagena. Con gran regocijo acepta la angola a sabiendas de los azotes y excomuniones que iba en ello. Promete el guarapo y aun ofreciéndose, que si la elegíamos reina, aun cuando solo fuera cosa de carnaval, aceptaría la corona, sentándose en el mismo trono que se levantara al rey. Desde aquel momento solo se habla del reinado de Benkos y de María Angola y la noticia con pies propios, sin necesidad de brisa ni de lengua, se regó por todas partes, bailadora, chancletera, escandalosa, siempre culebra, escondida. Por las noches repicaban los tambores en congo, en mina, en angola, cuándo y dónde nos congregaríamos. Y de acuerdo con lo sabido, lo dicho y propuesto,

al fin viene la tarde del bunde. Se decidió que mejor sería bajo la claridad del sol y no en la noche para que en caso de ser sorprendidos pudiéramos alegar que no se trata, como en efecto se convino, de levantarse contra los amos.

Estamos llegando desde muy temprano. Muchos durmieron en el lugar. Otros, escapados desde hacía noches se refugian en haciendas o casas vecinas donde recibían comida de las ekobias. María Angola tiene razones para todos: «No dejes de avisarle a Moncholo, el tamborero». «Dile a las hijas de Nicomeda Pérez que son buenas bailadoras, que se vengan solas o con sus maridos». Se barre el patio debajo de los tamarindos; con cañabrava y cadenetras de papel coloreado se construyó el gran trono. Se arman trojes, bajo tierra se escondieron damajuanas de guarapo. Por la mañana, antes de la fiesta, en trabada bullanguería donde todos hablamos, haciéndonos entender más por los brincos, la risa y el contento que por las muchas lenguas, estando Benkos presente y el babalao, acordamos que tendríamos rey y reina, aun cuando no fuesen casados. Se dijo a qué hora debían ser coronados, dónde se sentarían los príncipes y princesas, quiénes los generales, los padrinos del baile, el lugar de los tambores y los sargentos que mantendrían el orden. Tres golpes de tambor grande para que entren los reyes, dos para gobernadores, uno del tambor pequeño para los alféreces y nada para los esclavos. Que sería un reino, que es un cabildo de libertos, que solo un carnaval sin mandones. Se descartó lo uno, se aprueba lo otro. Mientras tanto van llegando los convidados. Las ekobias vestían hermosos trajes, robados a sus amas. Polleras amplias y espaciosas con el guardainfante cubriéndoles la barriga, más embarazadas de lo que realmente están; algunas con chancletas y otras con zapatillas de tacón alto, las más descalzas pero con cadenas de oro puro, pulseras y diamantes escamoteados a sus amas. Los varones se traen cuanto encontraron

en el guardarropa de sus amos: sombreros de pluma, capas, fajas y algunos hasta con espadas. Deben dejarlas escondidas y aun los sargentos del orden les dijeron que han de devolverlas, lo que no hacen por temor a que no puedan regresar y exponerse a que les castiguen antes del jolgorio.

El rey Benkos apareció con capa de conde que todos dicen se la han mandado de Madrid. Uniforme de capitán, casaca roja de goli-lla alta, franja azul al pecho, pantalón bombacho y botas altas. ¡Que los pantalones se los arrebató a un pirata inglés! ¡Que es regalo de la reina! Su juventud se aniñaba mucho más al lado de María Angola que le aventaja en años, pero sus talones firmes estaban hechos para soportar un rey desde antes de nacer. Entran al patio con un sol que se agachaba a ras del suelo para verlos mejor. La reina arrastra una larga falda de terciopelo azul con lentejuelas que resplandecían con tantos tonos como ojos la miran; estrellas de oro en la cintura, estrellas de plata en los encajes, en el cuello, en las mangas. El rey Benkos la lleva del brazo, nadie detrás del otro, la luna y el sol por primera vez juntos. Los príncipes, los generales, las damas de compañía, el antiguo Imperio de Oyo renacido y Benkos su nuevo emperador. Era el ñgola, el monomatapa con la marcha de sus mil elefantes y el bullicio y la danza de mil congos, mil ardás, mil angolas, reunidos por las voces de mil tambores. El guarapo ya ha hecho su estrago. Todos aplaudíamos y danzamos apretujados en el gran patio. Entran los príncipes, los condes y los gobernadores acompañados de sirvientes y pajes. Subieron al trono: primero el rey Benkos, después la reina María Angola. El babalao les coloca las coronas de papel dorado y plumas de pavo real. Repicaban los tambores, solo para acallarse y dejar que yo, Pupo Moncholo, preste mi lengua al ancestro Ngafúa para que cante la historia de nuestro reinado:

Aquí estoy con mi tambor
resuena que resuena
por mi rey Benkos reviento
su piel nueva.
Conmigo comienza el porro
el reinado de los congos
donde lucirá su corona
el hijo de Potenciana Biohó.

¡Aquí estoy con mi tambor
resuena que resuena
por mi rey Benkos reviento
su piel nueva!

Dicen que nació sin padre
como el Jesús de los blancos,
mentiras que yo no creo.
Por padre tuvo a Nagó
su abuelo navegante.
Náufrago de los vientos
nació en la mar grande
ojos de peje, fuerte cola,
hijo de Yemayá,
por nueve noches bebió
la leche blanca de sus olas.

¡Aquí estoy con mi tambor
resuena que resuena
Por mi rey Benkos reviento
su piel nueva!

Arrojado a las playas
sin grillos y sin cadenas
tortuga que se cría sola
con el calor de la arena.
Cuando le nacieron las manos
cuando le crecieron los pies
sin preguntarle a nadie
a nadie le preguntó
se fue metiendo en el vientre
de la madre que lo parió.

Un golpe seco de mi tambor y la hembra se quebraba, mientras el varón, apenas con el olor de la falda en la punta de la nariz, olfateando el cielo, gozoso, vuelve a su puesto, de donde saltaba otro, fiebre, danza, grito, algarabía bajo los tamarindos. Primero bailaron los reyes y después, revoltijo de saltos, los príncipes, princesas y los gobernadores. Por fuera del patio, perdida la casa entre los almendros, todo parece ignorar la fiesta. Pero solo es un parecer, porque sí se escuchaban los tambores y el barullo encendidos por el guarapo. El mismo capitán de la ronda, temeroso de que se le tenga por cómplice de su concubina María Angola, portando la orden del gobernador de aprehender a cuantos allí nos encontráramos, rodea con la tropa su propia casa de campo. Dispararon sus arcabuces, tumban la puerta a tiros, a unos detenían, a otros golpean. Las mujeres corren con sus largas faldas, cayéndose enredadas, abandonados los tacones. El rey se queda en su trono y la reina, reconociendo a su marido, saltó de la tarima pero no puede huir porque se quebrará un tobillo y entre gritos y golpes, el capitán la lleva a su alcoba donde quedó prisionera. Cuatro sargentos con espadas subieron al trono de carrizo. El rey Benkos permanece sereno, sentado en su gran silla. Pudo sacar su

espada y a los cuatro cortarles la cabeza. Puede volar por los cielos, hijo de Changó, y convertido en trueno quemarlos con sus centellas. Pudo desaparecer, volverse polvo, humo, brisa. Pero prefiere quedarse sentado en su trono real. Allí lo pusieron preso. Le cuelgan cadenas al cuello, le amarraron las manos a la espalda y escoltado lo bajan del trono. Le quitaron la corona de la cabeza y con la cacha de un arcabuz le rompen un ojo. Ni aun así pudieron quebrarle su compostura. Camina por las calles con paso de emperador, sabiéndose mirado por sus príncipes, por sus generales, por el muntu, para que no se lamentasen ni lloren. ¡Porque a esas horas, la tarde se alargaba en Cartagena, todos saben que nuestro rey ha sido coronado!

Nos dirigimos en chalupa a las escolleras de Galerazamba. Desde lejos avistamos el cardumen de esclavos. Atados a las cadenas se zambullían y bajo el agua, a golpes de barretón, remueven y sacaban las rocas para la construcción de las murallas. Los que se quedaron sordos de tanto andar en las profundidades, cuentan que los ahogados ayudaban a los vivos a cargar las pesadas piedras en el fondo del mar.

El borbollón de agua saldrá de lo hondo. Al verlo con la cruz al cuello, el padre Claver lo acogió entre sus brazos, lo llama «hijo» y por cada cicatriz, por cada herida abierta, lo colma de bendiciones. Rogó al capitán de la guardia que le permitiera dialogar con él. Encallo el bote en la playa y al amparo de los guardias armados, el padre inició sus admoniciones:

—He pedido a Dios que te perdone por haber permitido que el babalao te haya coronado «rey» de los negros revoltosos. La vanidad y la ambición son tretas del Diablo, hijo mío. Te cuento que Lucifer fue la criatura más consentida de Dios, a quien diera mayor inteligencia que a los otros ángeles. Y sin embargo, el orgullo lo llevó

a coronarse príncipe por encima del Señor, consiguiendo tan solo perpetuarse por los siglos de los siglos como rey de los infiernos.

Benkos lo escucha en silencio. Le ha oído predicar desde que era niño y no hay frase ni parábola de las Santas Escrituras que no tenga grabada en su memoria.

—¿Dónde los vestidos de emperador? ¿En qué ha quedado tu corte de príncipes y princesas? Ahora solo te veo coronado de hierro y servido de prisioneros

A cada súplica, invitándolo al buen camino, le pone la mano sobre la cabeza y con sus dedos piadosos le persigna el rostro.

—Tienes que ser manso y sumiso a tu Dios. En las contrariedades, ¿por qué no hacer lo que hace el asno? Si lo ultrajan, calla. Si se le olvida, se resigna a ser el último. Si se le maltrata, sufre sin quejarse. Si se le niega alimento, rumia su hambre. Si lo aporrean para que apure el paso, avanza diligente. Si lo desprecian, no reclama por lo mucho que sirve. Si le imponen excesiva carga, soporta el peso sin aflicción. En suma, digan o hagan de él lo que cada cual quiera, nunca se queja el manso animal. ¡Buen ejemplo para el verdadero siervo de Dios!

Entonces, padres inquisidores, escuché la blasfemia nunca antes oída en labios de un esclavo entre los miles que alivia el santo:

—Sepa padre —le dijo con resentimiento— que poca diferencia hace usted en las obras de Señor. Al burro le hizo torpe y bien hace en callar, pero a los hombres nos dio entendimiento. Si yo fuera un asno no aspiraría a tener una corona aunque fuera de papel.

La voz de Satanás no le hubiese dejado tan pálido. Le echó la bendición y afligido, me dice:

—Vámonos Sacabuche, tengo que orar por este réprobo.

Regresó al colegio aturdido y desde entonces, encerrado en la celda, de rodillas ante el Señor, se azota y sufría sin lamentarse.

III

¡CRUZ DE ELEGBA, LA TORTURA CAMINA!

Yo soy Pupo Moncholo
soy la fiebre calentura
el cantor sin ronquera
cuando comienzo una historia
se las cuento toda entera.

TODAVÍA LA CIUDAD conserva olores a mortaja. Es Domingo de Cuasimodo y aunque los amos pasaron la Pascua con alegría, nosotros los esclavos sabemos que tras el reposo de la Semana Santa volveríamos a cargar la cruz de la esclavitud más pesada y larga que la de Cristo. Hemos asistido con devoción al Sermón de las Siete Palabras.

Les cuento lo que sentimos al acostarnos aquella noche, olvidados de los tambores, porque para esos días ni los más necesitados llamábamos a los ancestros para que compartieran nuestras penas. Nos vamos a los camastros pensando en que al día siguiente volveríamos al infierno de las murallas. Los lloros de los difuntos bajo las piedras nos hacen pensar que aún después de enterrados, molidos los huesos, los amos y sus verdugos proseguían en su tarea de azotarnos. Muchos otros ekobios encadenados salieron de la ciudad desde el Sábado de Gloria y llenan los caminos con sus quejas. Otros sobreponiéndose al látigo, marchamos en trailla palmoteando en coro y bailando cantos de nuestros padres africanos. Los capataces vigilantes de las fugas nos cuentan las cabezas y como siempre que les faltaban dos o tres, amenazan para que oyéramos los presentes:

«Mañana les arrancamos el pellejo». Pero ellos y nosotros sabemos que muchos de los huidos jamás serían cazados.

Esperaron la medianoche para sorprendernos en el sueño. Andrés Sacabuche, negra la piel, podrida el alma, lleva los apuntes con nuestros nombres cristianos y las castas africanas a las que pertenecíamos. Para evitar que con la alarma nos desperdigáramos, fingiéndose sombras, invadieron los bohíos más apartados del barrio del Limón donde vivimos los pocos libertos, los desahuciados por la lepra y hasta algunos cimarrones que se acercan a la ciudad a mendigar comida entre los ekobios. Allí detuvieron a Luis Andrea, zambo, a quien acusarán de haber tenido pacto con Buciraco durante diecisiete años. Hoy sufre condena de cárcel perpetua y galeras. También sacaron desnudos al arriero Antón Bolaños y a sus cuatro mujeres con que vive y tres burras preñadas que, según testificó una beata, son otras tantas concubinas a las que convirtió en bestias para que no se le huyeran. Los inquisidores, a pesar de que dijeron no creer en tales patrañas, ordenan apalear las burras y las bañaron con agua bendita sin que dejen de rebuznar. Antón sufre dos vueltas de tormento y sus mujeres desnudadas en público recibieron cien azotes cada una. Por solicitud suya, deseoso de dar muestras de catolicidad, pide que lo casen con la que dice es su principal y lo divorcien de las otras, vendiéndolas a los dueños de unas minas de Santa Fe de Antioquia. Pero las burras se quedaron en los corrales del convento.

Embarcados siguen la batida por la isla de Chambacú. Los ekobios en medio de pantanos y el zumbido de los mosquitos no alcanzaron a oír el olor de los perros del Santo Oficio. Los más son simples carboneros, algunos venidos a la ciudad con la carga de leña de sus amos. Pero la Inquisición tenía sus denuncias: se dice que los esclavos traen de los montes yerbas, mates y amuletos preparados

por brujos indios para curar dolencias, embarazar hombres y cazar brujas. Francisco el Arará, amenazado con la tortura, confiesa ser cristiano, mostró la cruz que siempre llevaba en el pecho y dice que las acusaciones de estar empautado con el Mohán son calumnias de indias celosas.

La cacería fue mucho más abundante en el Xemaní. Dicen los frailes que las brujas allí son tan descaradas que, convertidas en lechuzas, anidan en el campanario de la iglesia de la Orden Tercera y otras, encarnadas en los murciélagos, hasta se cuelgan del altar mayor. Cuando tienen forma humana se les reconocía por el olor a azufre, pero sobre todo, por ser negras. Los africanos, según los santos padres, habíamos traído con la hechicería peores males que los mahometanos, judíos y alumbrados juntos. Los mismos dueños y amas para ganarse fama de buenos cristianos llaman al Santo Oficio para mostrarles donde dormían colgadas de las vigas del techo. Inés Martín, mulata, fue acusada por su ama de haber abortado un chivo con cuerno y aunque se defiende diciendo que era un embarazo de su amo, la subieron al potro y a pesar de que estuvo siempre negativa antes y después de los desmayos, sale en el auto y fue desterrada a Portobelo con gran regocijo de su cristianísima dueña.

Al comienzo se nos cazaba de noche solo después de las doce campanadas. Pero abundaron las denuncias, seapestó la ciudad con la hedentina de tantos diablos y brujas que los padres inquisidores debieron sacar en procesión al santísimo sacramento y rocían con agua bendita las calles, los patios y aljibes. Alborotadas, las amas golpean con escobas a sus cocineras. Algunas sin esperar la acción del Santo Oficio, les arrojan al cuerpo y a la cara manteca caliente. A Dominga Verdugo se le azotó hasta expulsarle el demonio que se resistía a salir. Isabel Márquez, amonestada en el potro, rechaza el cargo de ser bruja, aun después de ponerla en la argolla.

La cuarterona Guiomar Albornoz, a quien por su color verdinegro llamaban *La Guayaba*, se confiesa hechicera antes de permitir que la desnuden, el mayor deshonor para una descendiente serere.

Por tercera vez llevaron al santo tribunal a la zamba Anastasia Abreu. Después de obligársele en las dos veces anteriores a que se reconociera sortílega y hechicera, en la última, para no ser relajada, acepta lo que negó al morir, que también era bruja.

Podría contarles muchos otros casos si no temiera que se me acuse de nuevo ante el Santo Oficio y se me arroje a la hoguera, víctima de esta nueva peste de la Inquisición que sobre nosotros los africanos arrojan los que inventaron la esclavitud.

El edicto llega en un navío que zarpó directamente desde España. El superior del colegio lo distingue entre los otros papeles porque traía el sello de don Pedro de Castro y Aviñones, ilustrísimo arzobispo de Sevilla, del consejo del rey, nuestro señor.

—¡Nuevas de España, Sacabuche!

Después de leerlo sin detenerse en comas ni puntos, con llamado de campana, el superior congrega a todo el personal del colegio. Por los lacres y muchos sellos se supo desde un comienzo que el manuscrito había corrido todos los vericuetos del Vaticano: de las manos del arzobispo de Sevilla pasa a las del procurador general del Nuevo Reino de Granada, quien lo entregó en Roma personalmente al Cardenal Vicario General. Espantado este, lo hizo llegar al procurador general de la Compañía de Jesús en la misma Roma. Con muchos temores como si tuviera espinas en los dedos, con prontitud lo deja caer en las santísimas arcas del sumo pontífice Paulo V. Leído y releído por el Papa, ajustado en todas sus partes a sus ciencias y divinidades, ordenó se trajese a Cartagena para que el Santo Oficio lo haga cumplir con pena de excomunión mayor a los desobedientes.

Los superiores, obispos, curas, frailes, monjes, priostes y sacristanes de rodillas, contritos, aceptando por adelantado cualquier penitencia que se les exigiese, escucharon, y mientras escuchan, las almas ardían en suspiros, lágrimas y desconsuelos. El primero entre todos, el padre Claver, sobre quien recaen las miradas de los envidiosos porque a nadie se le ocurría pensar que estuviera entre los pecadores. Se dijo, no me consta, que el memorial de agravio había sido redactado contra el padre Alonso de Sandoval, por entonces ido a Lima, sospechándose que él es el mayor responsable por utilizar en sus bautizos a un réprobo, cuyo proceder pone en mentiras la labor de catequización que con tanto celo ejerce la Compañía de Jesús en África y América para redimir a los negros que todavía persisten en el paganismo. El mismo superior leyó el mandato con voz de navaja filuda que nos recorta el resuello a ras de nariz y boca:

Ordenase que se revisen todos los bautizos en los cuales haya intervenido el moro Domingo Falupo por considerarse que tergiversó de mala fe las preguntas que por su intermedio se hicieron a los africanos, de lo cual resultan dos inconvenientes principales y otros que de ellos les siguen.

El primero, privar tantas almas del único remedio de encontrar salvación.

El segundo, haberles dado los santos sacramentos a personas incapaces de recibirlos, la cual obra de suyo es muy grave sacrilegio, pues después de sabido, no podrá esta culpa excusarse con la ignorancia.

Por ser muchos según se nos ha informado, es de gran lástima para nuestra compañía que mueran sin el sacramento del bautismo, estando entre tanta copia de ministros y posibilidades de salvarlos. Por todo lo cual, convendría obtener del réprobo una total y franca

confesión y si fuera contraria a los fines que conviene, procurar mantener el mayor secreto de ello, no sea que se levante una ola de incredulidad sobre los bautizos verificados por la compañía y se tenga por moros los que son sincera y realmente cristianos y por cristianos los más abominables réprobos.

Lo vi tendido sobre el potro de tormento y puedo decirles cómo es de largo su cuerpo y cuántas son sus sombras. Los callos de sus pies habían recorrido tanta tierra que empleará varios siglos para recoger los pasos andados porque ustedes saben que los bazimu tienen licencia para caminar por las comarcas de los muertos y los vivos sin que haya puertas ni estorbos a sus pisadas.

Sus ojos miraban a la vez para adentro y para afuera, espejo de dos caras. La una escuchadora de la memoria de los difuntos donde se esconden las palabras dormidas, los sueños despiertos. Y la otra asomada a la ventana que siempre camina por delante, abriéndonos las puertas de lo que nos va acontecer.

Unas veces es humo y volaba por las nubes; otras se achiquita hasta meterse en el puño de la mano: hormiga, suspiro, agua. Mientras conversaba con uno, vuela lejos detrás de los sitios y las palabras para cerciorarse de si son mentiras o verdades las que le cuentan, todo sin irse, porque nos tocaba con su olor, nos huele con sus manos. Al ponerle el torniquete, ya había sacado su brazo del nudo y se ríe de los guardias que apretaban creyendo que sufría cuando conversa con Ngafúa. En el momento en que los guardias lo sacaron de la celda, sus huellas ensangrentadas ya andan solas por delante y desaparecían después de que él las pisaba. Amarrado en el camastro, su sombra se extiende por los largos túneles, doblándose en las esquinas hasta perderse en los rincones o subirse por los muros para respirar en las altas claraboyas.

Los guardias, silenciosos, se tapan la cara con media capa. Sacabuche los guiaba pero ni él mismo está seguro de dónde se encuentra el babalao en este momento. Podría estar dormido y su sombra invisible, errante, nadando en aguas de Yemayá. Oculto en el bosque con la oricha Ayé aprendiendo el secreto de las plantas; orando en la cima de la Popa y su sombra vigilante a la puerta de su choza; puede estar con Changó atizando los truenos de las tormentas, cuando apenas fuma su tabaco al pie del fogón. Noche oscura como esa no la habrá nunca más, la negra noche de Andrés Sacabuche con su cara encenizada por los bazimu, tan asustado que en la oscuridad le chispean sus ojos. Mejor que sus compinches, sabía que el babalao ve aun cuando esté dormido, que adivinaba la huella antes de que la pise el talón, que guiará sus sombras antes que el sol las llame.

Detrás le seguían el fiscal inquisidor y sus alguaciles más confiados en los escapularios que en sus espadas. Cuando llegaron a la plaza de la Yerba nadie duerme porque en la noche oscura el muntu gustaba de evocar a sus ancestros. En otras noches, allá en la tierra natal, en vez de rememorar en silencio conversaríamos con los difuntos bajo el baobab de la aldea; en vez de estar sentados, bailamos; en vez de fumar tabacos, beberemos salmirón. Pero aquí, en la tierra del exilio, el muntu no es el muntu sino su sombra, eso somos, sombras de muntu y Sacabuche su traidor. El fiscal porta la orden de captura del Santo Oficio. Venían por un brujo y los brujos son sombras de los orichas; traen cadenas, pero las cadenas son alas en los pies del babalao; empuñaban sus espadas a sabiendas que no cortarían su cuerpo. Los alguaciles disuelven los grupos a golpes de arcabuz, encerrando a los ekobios en sus propias casas. Nos obligaban a atrancar las puertas, pero mil ojos miran por las rendijas. En la plaza comenzó a oírse la música del carángano y todos sabemos entonces que el babalao ha regresado de sus largos viajes. Cuando

tocaba su arco, su cuerda, todo a su alrededor retoma su verdadera vida: las paredes desaparecían y los techos vuelan por los aires; las puertas caminaban detrás del viento; conversan las aguas de las tinajas y los pájaros cantaban como si vieran la luz del día. Hasta los bazimu vienen desde lejos a sentarse a su lado para escucharle las historias de nuestros héroes: Silamaca, rey de Macina matando la serpiente del bosque de Galamani; la trágica narración de Madior que para ser coronado rey, bebe la sangre de Yacine su más fiel, su más joven, la más bella entre todas sus esposas; la revuelta de Abo-Mama aprendiz de los ancianos poetas Fung; nos descifraba la profunda sabiduría de los reyes de Kuba solo alcanzada por los consejos de sus ancestros. Y seguimos oyendo su música cuando Sacabuche lo muestra al Santo Oficio, cuando los guardias lo prendieron. Después de que ponen cadenas en sus muñecas, las manos seguirán pulsando la cuerda de tal modo que al llevárselo preso, en la plaza continúa oyéndose el bim-bom de su arco. Desde entonces sabemos que él no ha sido preso por el Santo Oficio. Si en la celda se le atormentaba acá oiremos su canto; cuando allá se le amarre al potro aquí vemos su risa; cuando el verdugo lo levante en la garrucha aquí sonará la música. Ahora, después de que se lo llevaron encaadenado, las noches, las noches en la Plaza de la Yerba no son mudas porque escuchamos sus réplicas al inquisidor. Solo cuando el gallo canta en la madrugada nos damos cuenta de que las estrellas se han ido y de que el babalao nos ha congregado en su celda.

Allá abajo, en los túneles, la voz resuena en cada hueco, partiéndose en las esquinas de los muros para esconderse entre las bóvedas. Lo puedo afirmar porque en esas profundidades me ha interrogado el Santo Oficio. Una conversación de pocas voces como la que tenemos ahora, allá en los abismos sonaría como aquelarre de brujos. Yo

soy Pupo Moncholo, baculú, el hombre que puede hablar de estas cosas. Tengo un año de llevar el sambenito y no hay muestras de que llegue el día en que me lo quiten. A esta lengua la quemaron con tizones de candela y solo por mandato de Orunla puedo hablar entre los vivos. Estos ojos escuchan, estos oídos vieron la voz terrible del gran inquisidor; los verdugones que puedo mostrarles en la espalda me los harán para sacarme confesiones de cosas que nunca dije. Yo estaba en la celda contigua a la sala de tormento y puedo decirles lo que le preguntan y cómo sus respuestas los dejaban mudos. Mi memoria guarda grabados hasta sus suspiros. La Santa Iglesia Católica no tuvo nunca sacerdotes tan sabios que sepan responder como lo hace él sobre los misterios de este mundo y del más allá.

Los atormentadores lo tenían amarrado de los brazos temerosos de que pueda volar. El inquisidor Mañozca se sentó frente a él, pero a distancia dizque para que no le escupiera la cara. Pero el babalao no es serpiente venenosa de las que salpican antes de morder. Le recitan las cautelas a sabiendas de que no le asustaban con el anuncio de sus castigos. Le hablaron de lo doloroso de las torturas y él las desprecia; le amenazan con los infiernos pero el fuego de sus ojos decía que domina el rayo de Changó; afirmaban que tienen testigos de que blasfema del Dios de los cristianos; que a diario predicaba que la religión de Moisés es tan falsa como la de Jesucristo; que no era cierto que María hubiese sido virgen y que Jesús sea su único hijo.

Mucho antes de que abran su boca él conocía lo que pensaban sus mentes. El abuelo Ngafúa le ha dado el don de la clarividencia. Las torturas sofocantes no son para él porque Yemayá lo ha ungido con sus aguas sagradas. Podrían sumergirlo en plomo hirviendo sin que lo obliguen a negar o callar lo que sentía. Le preguntan quiénes fueron sus padres y maestros y entonces fue cuando abrió su boca para cantar la gloria de nuestros orichas:

—Mi estirpe es más vieja que la vuestra. Cuando los hebreos y romanos vinieron a disputarse la Tierra Santa mis antepasados ya la habían recorrido, arado con bueyes, haciéndola parir espigas y granos que se repartían sin avaricia entre todos los necesitados. Entonces, sin que alguien lo predicara, nadie quería el mal para el prójimo. Mi pasado es tan viejo como esta sombra que piso y me acompañará; por mi voz hablan los ancestros de ocho grandes tribus africanas; la experiencia de los hombres anida mi memoria porque todos mis abuelos fueron narradores sagrados que memorizan las hazañas de nuestros grandes reyes, de sus músicos y cantores.

Le ponen por delante la Santa Biblia y por tres veces le pidieron arrodillarse ante ella para que jurara y diga solo la verdad. Por tres veces el babalao se negó a postrarse diciendo que diría la verdad sin jurar por aquellas escrituras que los hebreos tienen por sagradas y que no contienen la historia venerable de nuestros antepasados ni aludían a la gloria de nuestros orichas por los cuales sí está dispuesto a arrodillarse.

Por eso cuando algunos ekobios niegan que somos vida de los ancestros, como ese Sacabuche con más escapularios en el cuello que poros en el cuerpo, me dan lástima porque ya dejaron de vivir, zombis, cuyas almas han sido ahogadas por el agua bendita. Oigan, cómo en vez de desconocer a nuestros antepasados se vanagloriaba de ellos:

—Si tenéis paciencia —dijo al inquisidor— yo puedo contarle por mil noches y mil días las grandes epopeyas de mi pueblo, desde sus orígenes hasta su exilio a este continente por maldición de Changó.

Asombrados anotan en sus libros estas confesiones que para ellos son mayores herejías que las que inventaron en sus cautelas.

Pupo Moncholo prosigue su historia.

Siempre que el Santo Oficio o sus guardianes caminan por los sótanos de la Santa Inquisición, debían alumbrarse con lámparas encendidas. En esas tinieblas querían que nuestro babalao lea y medite sobre las cautelas. Podría hacerlo porque Ngafúa le presta sus ojos para mirar en la oscuridad, pero exige vela, papel y tinta. Por dos días estuvieron considerando su petición y a regañadientes le traen el candil, un folio no muy grande, una pluma de ganso y el frasco de tinta. Les preguntó si quieren la respuesta en griego, latín o castellano. Se miraron sorprendidos, no tanto porque conociera muchas letras, pues sabían que es lenguaraz, sino por ignorancia de cuál de esas escrituras está autorizada por la Santa Inquisición. Iban y vienen los días hasta que el tribunal decidió que fuese en la lengua que quisiera, por lo que el babalao convino hacerlo en latín. Desde aquí siento su sombra larga y bamboleanante siempre que se sacudía los mosquitos pegados a su frente. Escribe con letras de fuego que quemaban el papel. La invisible memoria de los ancestros le dicta en muchas lenguas: yoruba, mandé, hosa, bakongo, soninké, baluba, fula, serere, fiote, ngala, ashanti, mandinga y muchas más.

Se me llama perro bozal o asno para despreciar mi alma, y a la vez disminuido en conciencia y entendimiento, me llamará réprobo, moro, impío, bárbaro, judío y pagano. ¿Cómo siendo animal de pensamiento lerdo, soy acusado de tan grandes apostasías?

Al último campanazo de la medianoche, cuando los encapuchados practicaban la ronda, le informan que es llegada la hora del reposo de las ánimas y que debía apagar el candil. Por el poco tiempo de vida que le resta les rogó largueza para concluir sus alegatos. El superior oye, con paciencia y por toda respuesta le apagó la mecha y se lleva la yesca.

En la mañana siguiente oigo al babalao que se quejaba de habersele terminado la tinta y también el papel pese a que escribía con letra apretada. Le responden que pedirán autorización y con tal pretexto querían leer lo que hasta entonces ha escrito. Por temor a que rompan el papel, se niega, alegando que cuanto ha redactado está dirigido al Santo Padre de Roma y no a los inquisidores a quienes considera simples esbirros de aquél.

Acusáis de bárbaros a nuestros soberanos de África porque practican la esclavitud. ¿Pero no lo sois más vosotros y vuestros reyes que habiendo sido informados de la justicia de vuestro Dios, gozan en cometer tan nefando crimen?

Si decís que el hijo del blanco es blanco, el hijo del negro es negro y el hijo del indio es indio, ¿por qué no aceptáis que a semejanza de sus padres los negros adoren a sus orichas negros, respetando esta condición que les viene de naturaleza, como se espera que los blancos e indios, veneren al dios que adoraron sus mayores?

El mismo fiscal del santo tribunal viene en persona porque el babalao reclamó que solo a él entregaría sus respuestas, exigiéndole que cuanto ha escrito sea agregado a los folios del proceso sin poner ni quitar enmiendas.

Está tan metido en sus reflexiones o andurriaba por otras tierras que solo después de que el alcalde abre la celda y cuando el padre de Sandoval le toca el hombro, tuvo noticias de su presencia. Después de mirarlo, después de recordar en un instante lo que vivió durante largos años a su lado, se levanta del camastro y lo llamó «padre» y «hermano».

—Domingo Falupo, conozco tu firmeza y convicción por la idolatría a tus orichas. Para mí, tú no eres un apóstata, pero ha llegado la hora en que medites sobre tu inexplicable comportamiento como intérprete en los bautizos para los cuales pedí tu ayuda. La Santa Iglesia no te perdonará tal herejía, pero el Señor, supremo juez y guiador del hombre, iluminará al Santo Oficio para que sea tolerante e indulgente con tus faltas.

Sus palabras tenían la pesadez del plomo y la dulzura de la sinceridad. Pero el padre de Sandoval está sepultado en Sevilla y solo recoge los pasos andados en Cartagena.

—Sombra amiga, bienvenida seas a mi celda como en muchas otras ocasiones visitaste mi casamata de esclavo. No tengo frases que puedan testimoniar mi inagotable gratitud por tus desvelos para darme agua, socorrer mis pústulas y alimentar mi espíritu. Alonso, siempre te he tenido por hermano y no por mentor. Deja que el Santo Oficio cumpla sus deberes, que según predicas, no obra por voluntad propia sino de los altos designios de tu Dios. No son pues, los humanos, aunque tengan las investiduras del Papa quienes puedan juzgarme.

El padre se llevó el puño a los ojos para secar sus lágrimas.

—No es momento de revivir lo que tantas veces hemos discutido. Vengo a comunicarte que he sido nombrado tu defensor de oficio.

Los años, las vidas, los puentes entre esta orilla y la otra, lo han resquebrajado. Los bazimu también sufrían y padecen al igual que los vivos en este mundo.

—Nada me aflige más que oír tan buenas intenciones, pero creo defraudar tus propósitos. Bien sabes que no podrás ser nunca el defensor de mis convicciones religiosas. Mal podrías convertirte en predicador de Odumare, en caballo de Changó, en mensajero de

Elegba. Solo conseguirás que te reprochen el falaz intento de apiadarte de un pertinaz réprobo como yo. Dejad que el santo tribunal me acuse, pues cada palabra, cada instante de los días que me quedan, ya que seré quemado vivo en la hoguera, los emplearé para predicar entre mis ekobios la fe que deben a nuestros orichas.

—Puedes apelar ante el Tribunal Supremo de la Inquisición...

—¿Crees que tendrían piedad?

—Serán extremadamente generosos si accedieras a dar los nombres de los bautizados tenidos en *sub conditione* por tu aviesa conducta. Con ello evitarías que seas sometido a tormento y ayudarías a bien recibir el agua bautismal a tantos hermanos que olvidados de sus antiguas creencias, ahora profesan de conciencia y corazón la fe de Cristo.

El babalao evocó a los ekobios muertos en las bodegas de los barcos, a los vivos que padecen en las casamatas, murallas y haciendas. Piensa en la falsa justicia del Dios de los blancos que hacía cristianos a los ekobios y los deja encadenados. Entonces, sin responderle, habló a la sombra que lo escucha:

—En mi silencio hallarás mi respuesta. Mira lo que mi corazón siente. Ninguno de esos ekobios que hablan lenguas desconocidas por ti y por tus lenguaraces, para quienes serví de intérprete, abjuraron de sus orichas. Espero que el Santo Oficio descargue sobre mi cuerpo sus dolorosas torturas. Moriré en ellas, sabiendo que los míos persistirán en la creencia de que no deben obediencia a ningún Dios extraño que patrocine la destrucción del muntu, sometido a esclavitud.

El padre de Sandoval, ceniza de otras muertes, desolado, abandona la celda como si realmente hubiera sido su cuerpo y no su sombra la que entrara en ella.

El médico comprueba que nuestro babalao tenía salud para morir. Desde la celda contigua, escucho aterrorizado el testimonio que rendía al fiscal, declarándolo apto para el suplicio. Los corredores silenciosos se llenaron de pasos apresurados. Los torturadores no tienen necesidad de forzarlo. Voluntarioso, sin resistencia, lo conducen ante el gran inquisidor. El fiscal ordenó que se le desnudara. Le cubren las entrepiernas con un trapo y le hicieron acostar sobre el potro. Yo conozco esa tabla acanalada que muerde y masticaba los cuerpos. Puedo seguir sus apuros, sin verlo. Extendidas las piernas, ligeramente abiertas. Su espalda sobre la cuña de madera que le obliga a forzar la nuca hacia atrás, la vista contra las vigas del techo. Pronto ese mundo al revés se llenó con los ojos llameantes del inquisidor.

—Te conmino, réprobo y perverso, a que nos confieses los nombres de los desdichados hermanos tuyos a quienes arrojas a los infiernos al negarles el bautizo que salve sus almas del horrendo pecado original.

Las palabras quedaron sin respuesta. Cansado de esperar, apenas con el brillo de sus ojos, el inquisidor da la señal. ¡Una...! ¡Dos...! ¡Tres vueltas!

El brazo se hincha, más negro, más doloroso, sin que asome la primera queja. A cada rosca se oía el defraudado reclamo del inquisidor indagando lo que cada vez le resulta más inútil.

—Por última vez, impío, abre tu boca y anuncia que el Demonio ha salido de tu cuerpo. Confíéсанos esos nombres y serás en el acto liberado de las torturas.

El aire se torna más pegajoso y veo que grandes gotas de sudor hormiguean por la frente del babalao. Otras, mucho más espesas, corrían por el brazo de los esbirros esforzándose en apretar la cuerda. Temen que se reviente ahí en el surco amoratado entre las carnes.

—Nada respondes... te ayudaremos, pues, a tragarte tus palabras... denle un poco de agua...

Ponen el trapo sobre la nariz y luego lo humedecieron. A cada respiro el velo se hunde y atajaba el aire. Se cierran los párpados del inquisidor y a esa señal los verdugos volvieron al torniquete.

¡Doce...! ¡Catorce...! ¡Dieciséis vueltas!

El olor a sangre coagulada se filtra por los poros. El inquisidor se inclinó sobre la cara del babalao y puede comprobar su aliento enrarecido.

—Llamen al médico...

Entró con los puños de la camisa remangados, pronta la navaja para la sangría. Levantó el velo, atento al menor murmullo, pero lo único que logra escuchar es el chirrido agudo del torniquete.

—Su vida peligra...

El inquisidor se descoyunta impotente.

—Déjenlo reponerse un par de días. La garrucha aflojará su lengua.

Por delante el padre Claver y detrás yo, Sacabuche, cargándole la estola y el agua bendita. Desde que el rey Benkos fue prisionero, lo remplazo en estas correrías para casar ekobios amancebados con indias. Seguro de que por estos tiempos de marzo y abril no llegaban barcos con sus cargazones de esclavos, el padre Claver inicia largas caminatas que duraban dos o tres semanas por las vegas de los ríos San Jorge y el Sinú donde se arrochelan los cimarrones.

En Bayunca el padre Claver encontró a un capataz congo que tenía preso a cuatro negros y un indio, encalabozados con cepos en los pies y cuello, solo porque según dijo y confesó, se niegan a que sus esposas, pues casados estaban, vinieran por las noches, turnándose, a servirle en su cama. Los cuatro ekobios y el indio juraron

que cortarían las bolsas al capataz y con ellas colgadas al cuello, lo llevarían a Cartagena ante el gobernador. Claver pidió hablar con los cautivos a lo que se niega el congo diciendo que no tenía instrucciones del amo ausente. Forzó el padre la puerta, ayudado por mí y con gran alboroto de los esclavos de la hacienda, pusimos en libertad a los presos. Creen llegado el momento de cobrarse cuentas atrasadas y solo la voz fuerte del padre, zumbona cuando se enfurecía, les corta el salto. Debimos quedarnos en espera de que llegara en persona doña Isabel de Urbina, quien en todo y por todo, aprobó lo hecho y dicho por el padre, llevándose preso al capataz para entregarlo a la justicia del rey.

Más adelante, en las riberas del San Jorge, el padre reunió a más de doce parejas de negros e indias que andan con muchos hijos y sin matrimonio. Cuarenta y cuatro niños tienen, negros y zambos, a todos los cuales bautizó el padre después que sus progenitores aceptan el vínculo del casorio cristiano. Esa misma noche llegó el cacique de los chimilas, pidiendo le devuelvan las mujeres, que son de su tribu, también casadas por el padre con otros indios y madres de muchos hijos. El padre Claver enmudeció de espanto. Se puso a orar toda la noche, rogándole al santo padre de Roma que lo ilumine porque no sabe si podía deshacer con su mano izquierda los matrimonios que su derecha bendijo en nombre de Dios. También están presentes los indios burlados que acompañaban al cacique, bailando en torno a una hoguera y amenazando con tambores de guerra. «Nosotros indios también somos cristianos», gritaban. Tumbado de rodillas, el padre amarra una oración tras otra, asustado de haber caído por mucho celo apostólico en irreparable herejía. El Papa debió iluminarlo. En la madrugada reúne a los indios y ante su cacique prometió descasar a todo aquel que demostrara saber las virtudes teologales o

tan siquiera recitar el «Padre Nuestro». Ni el mismo cacique pudo unir dos estrofas con sentido. Pero tampoco se quedó corto y con gran astucia que enferma aún más al padre, pide que las indias recién casadas repitieran, si lo sabían, las palabras santas. Entonces fue la rebujina. Reía el cacique, seguro de llevarse a sus mujeres cuando una de ellas, más sabia o más gozosa de su negro, dijo que no quiere irse con su antiguo marido porque la tenía por cosa menos que bestia, pegándole a diario, arreando carga, no contentándola en la cama por ser cada uno de los indios amancebados tres y cuatro veces con distintas mujeres sin que tenga aliento para todas. Se alzaron de inmediato las otras diciendo dos de ellas que eran hermanas entre sí y concubinas de un mismo indio, por lo cual no saben si sus hijos son primos o hermanos. Se le fue cambiando el color al padre de blanco a rojo, de rojo en azul, y antes de que pudiera maldecirlos, el cacique y los suyos en silencio pero con mucha prisa, se alejaron dejando atrás sus mujeres.

Más asustado me pongo yo con tales sucesos, viendo la manera como cambia el hombre cuando no quiere cambiar. Porque mientras el padre Claver predica obediencia al Señor de los cristianos, sorprende a unos esclavos que preparan el levantamiento bajo una bonga bruja.

—El babalao será condenado a morir en la hoguera y el rey Benkos llama a los ekobios para cortar las cabezas de los amos y del gobernador.

Moncholo, no te pongas triste, hoy
no es el día de nuestra despedida.

Durante los días y noches que siguieron a la tortura estoy atento a sus suspiros sin que lo haya oído quejarse. Al quinto, el padre

Claver obtiene permiso para hablarle. El gran inquisidor guardaba la esperanza de que logre el aflojamiento de espíritu que no han conseguido las torturas. Encuentra al babalao sentado, aún resentido de sus coyunturas. El carcelero los deja solos, alumbrados por la tenue luz de la lámpara. Para iluminar sus sombras sobraba la oscuridad, pues se conocen los pasos dados en esta vida y en las otras. Ambos persiguen al muntu encadenado, el uno para hacerlo libre entre los vivos, el otro para entregarlo sin cadenas ante el Señor.

El babalao invitó al padre a que se sentara en su camastro.

—Aprecio en mucho tu gesto, pero es tu cuerpo maltratado por el cordel y no el mío el que necesita reposo.

Se acerca con los trapos húmedos que ha traído y con habilidad aprendida en muchos años lavando llagas a los esclavos, le quita la costra de las heridas. Aún tenía el brazo carbonizado por la sangre coagulada.

—Debes saber, mi amado pecador, que te someterán al tormento de la garrucha. El Santo Oficio espera que reveles de este modo los nombres de quienes por tu culpa no recibieron correctamente el bautizo.

Suavemente le aparta la esponja con la mano que aún puede mover, enderezando sus huesos hasta sentarse en el borde del camastro.

—¡Advertís, hermano Pedro, cuán inconsecuentes son vuestras palabras! ¿Si os consta que el tormento del potro no aflojó mi lengua, qué os hace pensar que seré pródigo en confesiones y arrepentimiento si me sometéis nuevamente a una mayor tortura?

Se arrodilló y por tres veces el padre se inclina para besarle los pies.

—Hermano Capelino, espero que no vayas a confundir mis sinceros propósitos de ahorrarte dolor con las exigencias de que repudies a tus orichas. Solo quiero que abras tu corazón a Jesucristo; que nuevamente reflexiones sobre su generosidad al dejarte escoger entre la confesión y la tortura.

Ekobios, ustedes que me escuchan, pero también los hijos de sus hijos, el muntu que no morirá, sepan que nunca antes estuvieron juntos, peleando pero amándose, la herida y la sangre, el fuego y la ceniza.

—Bien sabéis que se me acusa injustamente de hereje, pues nunca he practicado cultos ajenos a mis orichas.

—Amargo es mi desconsuelo al oír hablar por tu boca al mismo Buciraco. Pero no dejaré de rezar por salvar tu alma de los infiernos.

Persignose y protegiéndose con sus escapularios, antes de retirarse apoya la Biblia sobre la cabeza de nuestro babalao. El cerrojo, la puerta, las cadenas, el candado anunciaban la garrucha. Después entró el médico acompañado del fiscal. El uno desea comprobar si resistiría el tormento, el otro si está en sus cabales para responder el interrogatorio. Lo pasaron desnudo frente a mi celda y en medio de los guardias y del gran inquisidor, alcanza a mirarme.

—Moncholo, no te pongas triste, hoy no es el día de nuestra despedida.

Su sonrisa me llenó de esperanzas.

¡Velas encendidas me custodian
sin estar en mi lecho de muerte!
El inquisidor quema mi frente
el gobernador hiende mi lengua.

¡Gran cosa mendigan
a nombre del Señor!
Negros bautizados
carne de carimba
para el rey español.

¡Cruz de Elegba
mi tortura camina!

De las vigas, colgados los pies
los hijos de Dios me maravillan:
el inquisidor miro al revés
al gran gobernador de rodillas.

«Prisionero del rey
relegado de Dios
de noche y de día
los demonios te asen.
Brujos y réprobos
siempre te acompañen.
¡Arrepiéntete ahora
es tiempo todavía!».

Van creciendo mis llagas
amarrado al poste.
¡Cristo en la cruz
sus heridas abiertas
no recibieron azotes!

¡Cruz de Elegba
mi tortura camina!

Mi lengua encendida
repetirá al sol
lo dicho en la sombra:
«¡Rebelde Changó
camino de la vida!».

Después de las brisas de octubre, Yemayá revolvió las olas y los bazimu pierden el sueño. Mucho después, aún no había anclado la primera nao negrera del año, llega Nagó tripulando una chalupa de tres palos. Con la revoltura de las aguas no se supo si era de noche o de día. Los bazimu miedosos de encontrarse con el sol andando por las calles no salieron por las noches a visitar la ciudad como acostumbran. Se sentaban a esperar en las rocas, sobre los esquifes hundidos. Algunos, impacientes, subían a las altas cofías y desde allí atisban por entre el abismo de las aguas. Nagó los confunde. Unas veces es un sol; otras luna náufraga. Hasta que esa noche, conocedor de los estrechos y esteros, penetró a la bahía marcando el rumbo bajo las corrientes. El resonar de su caracol tomó por sorpresa a los que esperaban.

—¡Nagó está con nosotros!

Llega con sus bazimu compañeros, aquellos que durante largos díasnoches liman sus cadenas y libres, incendiaron la *Nova India*. Vimos a Olugbala con sus hombros de elefante y su diminuta cabeza de hormiga. Al lado de Nagó, siempre aconsejándole, viene Ngafúa. Pasó junto a nosotros convertido en humo y sigue a conversar con el babalao en la víspera de su muerte. Sentado en la proa, a Kanuri mai, aún después de muerto le brillan los ojos. Los lazarinos le reconocieron y nadan hacia él con sus esqueletos manchados de luz donde quiera que en vida les atormentó el fuego de las llagas. *Príncipe de los leprosos*, le llaman, a sabiendas de que Chankpana jamás se atrevió a poner sus dedos en su cuerpo.

La chalupa avanzaba lentamente perseguida por los bazimu deseosos de abordarla. Todos, difuntos y vivos quieren llegar al vientre de la madre Sosa Illamba que les abre sus brazos.

Nagó se dispuso a echar el ancla y fue entonces cuando pregunta por Benkos.

—Está prisionero en las escolleras de Galerazamba.

Lo sabía él desde hacía siglos, mucho antes de que Cartagena hubiese sido designada por Changó para que el muntu marcara su primera huella en el continente del exilio. Toma el camino de la playa, siguiendo el rastro que dejó el hijo de Potenciana Biohó cuando lo llevaban preso.

Los ekobios ciegos se zambullían con el pecho lleno de aire y ya bajo el agua, poco a poco pierden las fuerzas removiendo las rocas en el fondo. Los que andan en el mar reconocieron a Nagó por el fuego de San Telmo iluminando los tres mástiles de su chalupa. Ansiosos se dan prisa en sacar al rey Benkos de las profundidades. Primero sienten el borbollón de agua y luego su respirar de tortuga. Sus ojos quedaron ciegos frente al oricha, la sombra perdida. Entonces Nagó toca las culebras de Elegba que dormían sobre su hombro y al instante se iluminó su rostro.

—¡Padre! —lo llama reconociendo al ancestro que sembró su kulonda. El oricha lo ayuda a subir a su chalupa. Sol y luna juntos en la noche. Le quitó las cadenas que lo aprisionaban y le entrega el sable fundido por Ogún.

—Eres el escogido de Changó para iniciar la rebelión del muntu. Tu grito resonará en otras voces, en otras vidas, donde quiera que la loba blanca pise la sombra de un negro.

Benkos solo responde tres palabras. Si las dijo no lo sé, pero las oigo, las oyeron todos:

—¡Muera el amo!

¡A-lé, lé-lé!

¡Bumba, musange,

Musangé, é!

Es la hora pensada por Odumare desde los primeros tiempos. En este día, en esta noche, en Cartagena tenías que conjurar al muntu contra los amos.

El dedo descoyuntado de Ventura Malemba comienza a trazar el gran círculo en la arena de la playa. Su voz gangosa aunque nunca la ha mordido la lepra, recoge el eco de las tumbas. Llegó de Puerto Loanda, limpia la cara de tajaduras. Es aquí en Cartagena donde los filos de las rocas tatuarán su piel con cicatrices. Tiene poderes conferidos por Zarabanda, oricha de la muerte, para despertar los más oscuros rencores. Y para que ningún ekobio pueda arrepentirse, hará beber a todos la sangre de Changó en la calavera de un blanco.

Otro, Domingo Criollo, albañil de oficio, sabe que su padre vino de Guinea y que lo enterraron con vida por rebelde. A la tercera noche sacó la mano de la fosa con una espada de piedra. Entonces es cuando te dice, mediodifuntomedio vivo, que debías venir a la zarabanda para vengar su muerte. ¡Y Domingo Criollo cumple! Hoy rajará las cabezas de los amos con su espada sin filo.

También está Jacinto Malolo, de nación bran. En la penumbra, a los golpes del tambor, llegó hasta la cocina y sigilosamente empuña la champeta con que siempre ha degollado cerdos. Lleva el nombre del capitán de las rondas nocturnas, su padrino Jacinto, quien le cortó el calcañar para que no se fugara. Ha esperado muchos años para levantarse de su camastro y gatear entre escaparates con las orejas más abiertas que sus ojos. Entre jadeos el ama dormía, no duerme. Y mientras el padrino la goza bajo el toldo, la champeta ensangrentó las sábanas con sus gritos.

Ventura Malemba vigila el gallo negro amarrado a la cruz de la sepultura. De vez en cuando el ave abría las alas y silenciosa escucha la voz del muerto. Cuando todos estuvimos reunidos, el mayombero alza la bumba de su amo cortada en su imaginación hace dieciocho

años, desde aquella tarde en que le lardeara el rostro con manteca hirviendo solo porque le pellizcó la nalga a una de sus concubinas; ¡a María de los Ángeles Biafra, de tu propia nación!

Ahora nombro al barbesí Agostinho Santomé, nacido en Guinea y criado por un lisboense. Hoy triturará con una piedra la cabeza del capataz para arrebatarse el hacha con que aterroriza a los ekobios fugitivos.

Así levantiscos, andamos los esclavos con las armas pegadas al cuerpo. Solo un rastro nos guía en la oscuridad: los tambores anunciando el levantamiento del rey Benkos.

En medio de todos baila el oricha Kongorioco con su máscara blanca, su máscara roja, su máscara negra para ver y oír el silencio de los que traicionen al muntu. Nadie lo ha invitado y sin embargo llega a la zarabanda con sus presagios de ultratumba.

Los golpes de tambor, tapados y persistentes, no son de lumbalú. Llamen a la guerra. Mientras los verdugos preparaban la hoguera para quemar a nuestro babalao, asaltaremos el Palacio de la Inquisición donde lo tienen preso. Los arará degollarán a los guardias que vigilan la Boca del Puente. Descolgándose por las paredes, Domingo Criollo y sus manikongos deben penetrar al patio de la Inquisición. En los pozos y aljibes, bajo cada ladrillo hay enterrado un calabar. ¡Que despierten sus huesos y nos abran el camino!

Las heridas abiertas de nuestros ojos sobrenadaban en la oscuridad. Esta noche Sacabuche no se arriesgará a salir de los muros del colegio aunque lo protejan el padre Claver y sus escapularios.

—¿Dónde están mis ashantis? —pregunta Benkos.

Alzaron sus puños y se oye un blanco crujir de dientes. Sigilosos, veloces en el tiro, llegarán hasta los soldados apostados frente al Palacio de la Inquisición. A estas horas las ekobias angolas debían estar mezclando el veneno a la comida de Melchor

Acosta, en cuya casa el gobernador y el obispo celebran la condena del hereje Domingo Falupo. El pájaro de la noche volaba muy alto cuando el burlón Kongorioco toca el hombro del protegido de Changó:

—¡Rey Benkos, espera, Orobia Morelos te ha traicionado!

La arrastraron por los cabellos y arrojan dentro del círculo donde todos hemos bebido la sangre del gallo. El hijo de Potenciana Biohó la agarra por el cuello.

—¡Tu lengua apesta!

Y antes de que espabilara, el sable le descuajó la cabeza.

Las horas de la guerra, puestas a andar por Zarabanda caminaban solas. El rey Benkos alerta a todos con sus gritos:

—¡Ya canta el gallo de Changó!

Nos disgregamos en la noche por caminos conocidos de tanto recorrerlos bajo el peso de las piedras, en las herrerías donde nos encadenaron, en los portales para la subasta de esclavos, en las casamatas de los negreros.

En el caño de la Boca del Puente comenzó el chapoleo de las cabezas de los guardias que caen al foso. El sable de nuestro rey es un molinete tumbando resuellos. A cada golpe, allí donde degollaba una cabeza, renacen nuevos rostros barbados ladrándole con sus lenguas de fuego. Disparaban detrás de las columnas, desde los entresuelos y costados de la noche.

—¡Retírate, Benkos, retírate! ¡No invocaste a Elegba! ¡No te ha respondido Ifá!

Siguió avanzando protegido tan solo por la sombra de los difuntos ashantis. Ya tiene cuatro heridas en el brazo y un tiro en el hombro. La protección de Nagó los mantiene vivos entre el fuego de los arcabuzazos, pero ni aun así alcanzarán a llegar al Palacio de la Inquisición. Los guardias de refuerzo han degollado a Domingo

Criollo y a sus manikongos que tienen la mala suerte de descolgarse por los muros del patio. Hasta los frailes resistían con espadas y escapularios. Temen que el babalao pueda escaparse convertido en zángano y para impedirle el vuelo han puesto doble cadena a sus tobillos.

En medio del combate el rey Benkos escuchó el pensamiento del babalao que le grita desde su celda en la Inquisición:

—¡Deja que la hoguera me dé la vida que necesito y ve a liberar a los ekobios encadenados!

La púrpura del obispo preside la mesa en casa de Melchor Acosta donde el gobernador y el inquisidor beben el vino que la difunta Orobia Morelos debió envenenar. Kongorioco apagó todos los candiles y envueltos en una nube de olores azufrosos, los señores desenvainan sus espadas sin saber contra quién dirigirlas. La risa del oricha, escondida en los gritos de las damas, se burla de los filos.

—¿Domingo Criollo, padre, qué haces tú aquí fuera de tu sepultura?

—Vine en busca de la sangre de Melchor Acosta, quien me enterró con vida.

Podía perseguirlo en la oscuridad por el olor a carimba que despiden sus manos. Vanamente el negrero le lanzaba cuchilladas sin rajarlo. Al fin comprende que luchaba contra su propia muerte y quiso huir. El difunto lo persigue llamándolo por su nombre hasta que en un rincón del retrete con firme golpe, uno solo, ¡uno solo!, le quiebra la nuca con su espada de piedra.

—¡Pronto, rey Benkos, quítame este grillo!

En la muralla y en las casamatas se repite la misma súplica. El hijo de Potenciana Biohó suelta cadenas, abría cepos. Ekobios de Guinea, zombis de Angola que ya andaban sin sangre, bozales de la Costa de Marfil. Revueltas lenguas unidas en un mismo grito:

—¡Al Palenque!

—¡Al Palenque!

Allí donde nunca más el rey de España, los obispos ni negreros gobiernen nuestras vidas.

Soy Pupo Moncholo
el cantador sin ronquera
cuando comienzo una historia
la cuento toda entera.

Doy testimonio, en primera instancia, para ti muntu, luego para los demás. El sol resplandeciente de la mañana; el sol que nace entre las rejas de su celda, el último sol del babalao apenas comenzaba a nadar. Respira y aquella luz, la última que avivaría sus ojos, le dará la vida inmortal. La luz no es pasado, no era la noche desaparecida, sino el futuro del muntu que él mismo había anunciado.

—¿Cómo es posible, pecador, que te levantes tan regocijado en el día de tu muerte, cuando serás quemado vivo por apóstata, hereje y hechicero?

El babalao le midió el desconsuelo.

—Mi alegría es vida. No moriré por apóstata, sino por glorificar a Changó y a mis orichas.

El padre Claver se arrodilla y con el crucifijo en sus manos implora:

—¡Oh Dios todopoderoso, pon un poco de tu misericordia sobre este impío y hazle comprender que las terribles llamas del infierno donde arderá por los siglos de los siglos son más pavorosas que el fuego que hoy lo consuma en un instante!

Para entonces se escuchaban en los corredores de la Inquisición los pasos del alcaide y del carcelero del Santo Oficio.

—Te equivocas, mi infatigable perseguidor, la única eternidad está en el muntu.

El padre Claver todavía persiste en convencerlo:

—Aún hay lugar para que te arrepientas y recibas el perdón de tus herejías. La misericordia de Dios oírás tu súplica y llegarás redimido ante su alto tribunal.

Su mirada, la última que dirigiera a quien por tantos años había tratado de atraerlo a la Cristiandad, se llena de gratitud.

—Amigo Claver, si en el momento de morir tengo un poco de misericordia con los que han esclavizado al muntu, esa piedad será solo para ti que mojaste los labios de los ekobios enfermos y moribundos. De tu bondad y no de tu Dios sordo y rencoroso te estoy agradecido.

Las plegarias comenzaron sin desespero el «Miserere» de los pecadores. En primer término avanza el fiscal del Santo Oficio y detrás el inquisidor que escondía su respiración entre los pliegues de la casulla. Después marchaba nuestro babalao con su sonrisa negra. A su lado lo custodian los familiares del tribunal sin que tengan necesidad de arrastrarlo; más bien debían aligerar sus pasos porque Domingo Falupo aparenta tener prisa. Las campanas de la catedral doblan ya por el muerto que aún no ha expirado. Cuando el alcaide abre las puertas de la Inquisición, la humareda del incienso hizo pensar a los que se aglomeraban en la plaza que ya lo han arrojado a la hoguera. El silencio es un mar abierto para que naveguen las voces del coro cantando el «Miserere». Al llegar al «*Petrus Fidei*», el babalao se adelanta a los familiares y sin su auxilio, cuando otros se desmayaban, trepa por la escalerilla. Se subió tan alto que aun los más pequeños pueden verle el capirote negro, el sambenito y la argolla de la vergüenza que cuelga de su cuello. El primer zopilote, el relator, abrió las alas negras de su

capa. Levanta la Biblia y cuando a todos se nos reseca la garganta, graznó con gravedad:

—¿Reconocéis a la Santa Iglesia como la religión verdadera de la inmaculada Virgen como dogma?

Los labios del juez permanecieron cosidos, mientras en la plaza se riega el aleteo del miedo. En los techos, portales y balcones, por las calles se arrodillaron los feligreses. No hay uno de nosotros, ni yo mismo que me encuentre acolitando al padre Claver, que no entorne los ojos al cielo aunque sabemos que para el muntu está vacío de ángeles bienhechores.

El buitre mayor, el inquisidor Mañozca, advierte al secretario su inexplicable olvido:

—¡La mordaza! ¡La mordaza!

Uno de los dos familiares extrajo de sus vestiduras el infame freno y apresuradamente lo trabó en la lengua de nuestro babalao. Más tranquilo, pero aún temblorosas las manos, el relator puede leer la condena:

—El santo tribunal ha encontrado culpable de herejía y blasfemia al liberto Domingo Falupo, quien se ha proclamado a sí mismo elegido de Satán para exorcizar, renegar y concitar contra Dios.

El fiscal del Santo Oficio empuja al babalao hacia los alguaciles del gobernador que lo esperaban ansiosos.

—¡Muera el hereje!

Los cristianos y el muntu corean atemorizados:

—¡Muera!

—¡Muera!

Le amarran las manos, querían estar seguros de que no volará, como había anunciado, convertido en llamarada. A empujones lo bajan del «*Petrus Fidei*» y sujeto por una larga cuerda lo entregaron al muntu embrutecido.

¡Sí, fueron ekobios, nuestros propios ekobios los que escupieron su cara!

Libertos de Mozambique y esclavos de Cabo Verde azuzados por sus amos. Las cocineras del Xemaní le pellizcan el pene y hasta una tal Dorotea Arará le hurgó las nalgas con un plátano maduro.

Nada les responde, amordazada su lengua. Pero sus ojos encendidos, fuego que habla, les quemará la mano, el pie, la saliva, el labio.

Después, montado en las ancas de un burro, africanos los dos, lo obligan a cabalgar de espaldas. Llevaba el cuerpo embadurnado de miel y recubierto con plumas de gallo negro como los que sacrificara a Changó. Sobre su cabeza le habían puesto una corona de hojalata y entre el nudo de las manos le cuelgan la escoba con la que dizque volaba por encima de las casas persiguiendo brujas para empuñarlas.

El jubileo de su martirio estuvo recorriendo las calles en las que predicó la religión de los ancestros. Un grupo de frailes lo sigue, regando agua bendita sobre las huellas que dejaba el burro. Lo pasean por la Plaza de la Yerba, allí donde contó las historias de nuestro pueblo. Detienen el cortejo frente a la negrería del asesinado Melchor Acosta para que bailara al son de un tambor mina que tocaba un zambo. Cada vez que el músico golpea el parche se le encogía un dedo. Entonces, acobardado, se le echó a los pies llamándolo «gran babalao» y «elegido de Elegba». Los mismos guardias que le pagaron para que tocara el tambor, lo llaman hereje y se lo llevarán preso.

Finalmente lo subieron a la muralla donde se había reunido con los zombis para conspirar contra los amos. Allí le trajeron una cabra para que en público copulara como dicen que es su costumbre en las noches de sabat.

Ya prendían fuego a los primeros leños. El verdugo tiembla cuando el babalao no quiso dejarse atar al poste. La sombra del abuelo Ngáfúa lo sostenía en sus brazos. Pequeñita, la llama comienza a

quemarle los pies y la humareda esparció la resina de sus huesos más olorosa que la brea de los leños. Cuando se incendiaron los brazos y su frente, la noche que ya comienza se tornó más clara que el día. Envuelto en llamas, su cuerpo se eleva y un ruido, huracán furioso, nos ensordecía a todos. Los guardias huyen con sus espadas derretidas por el fuego y las aves, confundidas, volvían a salir de sus nidos. Hasta los hombres de los pueblos lejanos, ciegos por la luz, buscaron refugio en las iglesias, donde los obispos tratan de quitarse sus vestiduras incendiadas. Yemayá se había bebido los mares y sus ríos dejando encallados en los fondos los peces y los barcos. Y por la tierra abierta en dos, Omo-Oba, morador de los volcanes, se asoma a contemplar el prodigio de Changó que a plena noche había inundado al mundo con su radiante claridad.

Lo velamos en Palenque con el fuego de nuestro llanto. Los tambores del lumbalú han estado tocando desde hace nueve noches. Su llamado llenaba todos los vacíos y no hay cimarrón que no lo oiga. Desde lejos veíamos su llamarada sin que los mosquetes, excomuniones, ni jauría de perros puedan apagarla. Vivos y difuntos abandonaban su escondite, su troja, su choza, trasnochando los caminos con sus gritos.

En la plaza del palenque, bajo la gran bonga, los tambores les dan la bienvenida con repiques angola, mina y batá. Los bozales lenguaraces atábamos las voces bantúes y yorubas con palabras españolas aprendidas a golpes de rebenque. Ya no cabemos en los patios y aún seguían llegando ekobias embarazadas que perdieron sus maridos en la huida; otros, recién escapados, todavía cojean de los tobillos. Sobre el pecho, la cara o la espalda tienen fresca la carimba que pretendió hacerlos esclavos. Todos saludan al rey Benkos con su uniforme imperial. Nueve noches tienen sin dormir, siempre el puño sobre el sable que les entrego Nagó.

El cadáver del babalao, sombra ausente, nos alumbra. Sabemos que allí arriba, sobre las ramas de la bonga, está acompañado de los orichas y ancestros.

A la medianoche, cuando más encendido esté el lumbalú bajarán a confundirse con nosotros.

Y mientras todo el palenque bailaba, yo palmoteo mi tambor:

¡Alé, lé, lé!

¡Alé, lé, lé!

¡Nadie se sienta esclavo
con la carimba en la nalga,
una noche de cadena
no esclaviza el alma!

Tercera parte

LA REBELIÓN DE LOS VODÚS

I
HABLAN LOS CABALLOS Y SUS JINETES

REVOLOTEANDO POR LA ventanilla de la celda se posó sobre mi hombro. Mensajero de Ogún Ngafúa, vienes a traerme noticias de mi lejana isla. Los muertos solemos soñar también con imposibles. Este gorrión no tiene el pecho rojo de nuestros cardenales, ni es un azulejo oloroso a marañón recién abierto; tampoco arrastra las alas rotas de los chorlos que de niño ayudé a volar en las playas del Cabo. Lo tomo cuidadosamente para darle el calor que no poseían mis manos, le quito el hielo de las alas y con mi aliento le devuelvo un poco la vida que había perdido. Comenzó a saltar tratando de picotear algo. Le ofrezco un poco de cal descascarada de la pared, vicio que aprendí durante mis hambrunas de niño en Breda. Pero el pequeño gorrión no se deja engañar, esponja las plumas y me miró midiéndome en mis ojos la conocida avaricia de los hombres. Desilusionado, hambriento, va a esconderse en el hueco de uno de mis zapatos. De vez en cuando pía, asoma su cabecita roja y me observaba esperando el tardío arrepentimiento que me impulse a compartir con él las migajas de pan que no tengo. Oí el trajín de los guardias repartiendo la comida a los otros prisioneros sin que ahora, como en los demás días de ayuno, sirvan mi ración.

Sin embargo, en aquella hora que no espero, desde antes de escuchar el taconeo de sus polainas, adivino que se dirigía hacia mi celda. Abrió la reja con las llaves que poco antes había quitado al carcelero dormido. Los bazimu no pierden el humor con la muerte y gustan de burlarse de los otros difuntos, cubriéndose con los trajes usados en la vida. Así llegó el intrigante de mi hambre con

sus arreos de emperador. La capa de armiño bordada con hilos de oro y la corona imperial que él mismo se había colocado sobre la frente. Por vez primera pude ver su cara de niño con los ojos rasgados por la uña de algún ancestro mongol. Trae erizadas las cejas por el espasmo de la muerte. Intentó mirarme y no puede resistir el fuego que desprendían las cenizas de mis ojos. Busca dónde sentarse y entonces advirtió que la celda estrecha apenas podía contener mi cadáver encogido. Napoleón se quedó de pie, las polainas mojadas. Nunca el prisionero de una isla logra huir sin el consentimiento de la madre Yemayá. Desde entonces comprendo que ella había sido cómplice en su visita.

—Veo que imitaste tristemente la vanidad de Dessalines. La corona de emperador no siempre es un símbolo de grandeza. Muchas veces solo oculta la pequeñez de quienes la ciñen.

Me miró con amargura. La muerte nos limpia de vanidad dejándonos el resentimiento de no poder engañarnos.

—Es cierto Toussaint —su voz había perdido el acento de los que en vida hablaban a nombre de los orichas—. Esta corona me pesa y doblega mi frente pero los remordimientos, ahora mis únicos dioses, no permiten que me la arranque. Condenado estoy a pasear en la muerte la falsa grandeza de mis glorias. Afortunado tú que rechazaste a mis carceleros de hoy cuando quisieron coronarte.

Empalidecido se retira de mi presencia y después de cerrar la reja, sus arrepentimientos le obligaron a revelarme:

—Juré no dejar un solo entorchado sobre el hombro de los negros de Santo Domingo. Sin embargo, ahora debo confesarte que una de mis grandes locuras, de la cual me arrepiento, fue intentar restablecer la esclavitud en la isla.

Ofuscado por mi silencio se llevó las manos a la cara:

—Te ruego que apagues tu mirada.

Recogí los brazos para ocultar mi hambre.

Le responderé:

—Yo también vivo de mis errores y dejé inconclusa mi obra. Si un día proclamé la adhesión de nuestra naciente república a tu imperio, fue solo por el acoso de tus enemigos que deseaban arrebatarnos la libertad. Conscientes de que las cadenas oprimían pero no esclavizan, bajo la protección de Francia, aspirábamos a gozar de nuestro triunfo.

Intenta nuevamente quitarse su infamante corona pero sus manos pequeñas, más débiles con la muerte, ni siquiera podían removerla de su cabeza.

—Yo que juego con los países arrugándolos y extendiéndolos caprichosamente, cedí a las intrigas y halagos de los que me engañan con la posibilidad de extender mi imperio a la América. Apuntalado el talón sobre ustedes los negros de Santo Domingo veo crecer mi sombra a lo largo del continente. Argentina, Venezuela y Colombia me darán el dominio del sur. Retenida Louisiana y asaltada la Florida, me sobrarían coronas que repartir en las antiguas colonias de la desdentada Inglaterra.

Se envolvió en su capa. Aún sueña con su falsa corona de emperador. En la medida en que se aleja, sus pasos van acercándose por los túneles de mi prisión. Ni siquiera, creo, lo acompaña la ilusión de que le seguían sus ejércitos sepultados en Rusia y en Haití.

La otra cabeza, esa sí realmente coronada, Machocabrió-Changó-Sol, penetró por la estrecha abertura de mi celda. Con su claridad busqué el pequeño gorrión anidado en el roto de mi zapato. También él había huido. Entonces descifro los presagios que me trajo. En esta noche y en la misma hora en que revoloteó en mi ventana, acaba de morir el prisionero de Santa Elena.

—Era el principio del comienzo...

Los orichas y los ancestros no habían desembarcado en Haití. Hablo de los tiempos en que al muntu, desnudo y prisionero, solo lo acompañaba su Buen Ángel Mayor. Cuento lo que probó mi piel cuando anduve entre los vivos, el abrazo de los ekobios, las piedras, los vientos y las lluvias. En aquel entonces la muerte no tenía por general al barón Samedi.

Hablo por boca de mi caballo Bouckman antes de recorrer el largo camino:

—Era el principio del muntu en esta isla...

Cabalgo su cabeza, gobierno sus ojos y su lengua. En el patio bailaban y lloran mi muerte.

—¡Ora por nos!

Mis adoradores inundan la comuna de Petit Goâve. Nueve horas después de fallecido, guiado por mi Buen Ángel Menor, todavía no abandono mi cadáver. Me golpeaba el lamento de los tambores andando por los montes y praderas. Anuncian, gemían en el lugar de mi velorio.

—¡Ha muerto don Petro!

Los papaloas bañaron mi cuerpo y me pintan los vevés mágicos que me identificarán ante los ancestros. Me pongo mi traje de fiesta, la casaca y el pantalón negros. No he olvidado mis botas, el corbatín y mi sombrero de cubilete. Antes de introducirme al ataúd me vestirán con mi ropa de papaloa, los collares y la cabeza de Elegba para que me abra las puertas en la región de los muertos...

Bouckman, mi caballo, sigue hablando por mí:

—Os anuncio días de muerte. El barón Samedi tendrá buenas cosechas. La loba blanca asesinará a sus hijos mulatos. Y los esclavos alzados, después de matar a todos los amos se proclamarán dueños de la tierra. Veo emperadores y reyes negros, presidentes

mulatos, y otra vez, la loba blanca: franceses, ingleses y españoles encadenándonos... es mi última profecía antes de que me sepulten.

Marie-Jeanne es mi nombre de mortal. Mulata, nací esclava. Mi herencia es el trabajo y la humillación. Poco tiempo después de nacer yo, mi madre fue vendida por el ama. Celosa, tras repetidas azotainas, logró que mi padre la alejara de mi lado. De pequeña, aún no endurecida la nuca, debo cargar las tinajas llenas de agua sobre mi cabeza, vigilo las cabras de mi amo-padre y recogía leña en las laderas del Cabo. Por las noches, al pie del fogón se alargan las horas tostando café, moliendo maíz, batiendo el chocolate. Entonces vivía con mi abuela africana. Aún está joven sin que el constante recordar de sus primeros años en Nigeria haya encanecido su rostro. Me contaba que de niña la trajeron de una aldea del Calabar, cuyo nombre ha olvidado. Tampoco tenía memoria de sus padres, pero aún sueña que los hallará algún día entre los vivos o los muertos.

Algunas veces sorprende a mi amo-padre contemplándome como si reencontrara en mis ojos verdes la mirada de algún ancestro. Mi abuela blanca llegó en un barco de Nancy entre otras prostitutas, ladronas y enfermas.

—Madura y tuerta, aún tenía colores en las mejillas cuando se enmaridó con el que sería padre de tu padre. Eso busca en tu mirada, el ojo perdido de su abuela.

Sin lugar entre libertos y esclavos, sufro las humillaciones y los gritos, los abusos y el acoso de los blancos que pellizcan mis nalgas. Mi propio amo-padre me ordena que lleve agua al baño donde me esperan desnudos los huéspedes recién venidos de París. Paulatinamente me vuelvo extraña en la plantación donde he nacido. La barraca que compartía con mi abuela y otras mulatas es solo un refugio nocturno. En nuestras conversaciones, agua sucia que traen

las primas de otras casas, voy enterándome de mi verdadera situación de liberta y esclava.

Dieciocho domésticos atendemos la habitación: cocheros, cocinearas, damas de compañía, peluqueros, sastres y costureras para que los amos puedan ahogarse en su hastío. Los demás ekobios, trescientos cincuenta y tantos, se dedicaban a la siembra y corte de caña, la molían en los trapiches y la transportaban sobre sus hombros. Prisioneros de nuestras miradas y oídos, conocemos las ambiciones y desgracias de los blancos. Nos dejaban escuchar todo porque para ellos somos bestias sordas y tan sin vida como los pilares de sus casas. Puedo contarles lo que hacían en sus alcobas cuando duermen, sus enfermedades, sus malos negocios y crímenes. A la casa vienen prebostes, veedores del rey y oficiales de la guardia. Andaban en carrozas de muchos caballos pero acuden a la plantación para que mi abuelo francés les preste dinero y alquile esclavas como concubinas. Por algo llaman al Cabo, el París de las Antillas.

Cuando cumplí quince años, mi padre decide entregarme a un recién llegado de Burdeos. No quería que su sangre diera un salto atrás con uno de sus propios esclavos. Para entonces eran muchos los ekobios que me alzaban las faldas con la mirada. Cuatro años después ya he tenido dos maridos y una hija. Mi vida iba tomando los pasos de la abuela blanca hasta aquella mañana en que llegué a la catedral con mi mejor traje, cerrado el cuello y el peinetón alto. A mi lado, las señoras parecen mis esclavas. Recé olvidada de las beatas que me miraban envidiosas cuando tragan la hostia. También me observa un grupo de jóvenes a quienes respondo con palabras que no oían y les encoherizan. Curvaban entre sus puños los foetes de mimbre, un ojo para el altar y otro sobre mi cuerpo. Al salir me sacaron a empujones de entre los feligreses y festejados por las risas y los insultos, me azotan, desgarraron mi vestido, dejándome los senos y los calzones al aire.

—No intentarás, mulata bastarda, venir otro día a misa con traje solo permitido a nuestras damas.

Aquel día supe que mi lugar está al lado de los vodús rebeldes y no en los templos cristianos.

Pequeño Toussaint, sube aquí a la carreta de los orichas y escúchame. Soy Ogún Ngafúa, compañero de Nagó. El gran Ifá me ha prestado sus cien ojos para oír y contar las huellas aún no sembradas por el muntu en esta isla.

Hoy quiero hablarte de Bouckman, el carretero de los loas. Por las noches se escuchará el chirrido de su carreta recorriendo el Valle del Artibonite. En una misma hora se le ve estacionada en el puerto del Cabo y rodar por las calles de Jeremías. Le han visto elevarse sobre la Montaña Negra y esperar, en Port-au-Prince, el desembarco de sus ekobios de África.

—No soy un esclavo, sino un prisionero africano —advierte al inglés que deseaba comprarlo en una subasta en Kingston.

El negrero insistirá ante *mister* Turpin:

—Tira de una carreta con más fuerza que cuatro caballos juntos. Le muestra los hombros rocosos y las aspas de sus brazos.

—Bueno para lo que quiera. Bajo el sol cortando caña, como cargador de bultos de café o de picapedrero en las carreteras.

Olugbala, su ancestro ballena, le agranda sus músculos. *Mister* Turpin persiste engolosinado con sus potentes espaldas y piensa que ningún grupo de cimarrones en Haití intentará asaltarlo si lo lleva de cochero en su carroza. Desde antes de comprarlo ya ha meditado cómo socavar su rebeldía con falsos halagos. Cree que le bastaría ponerle una casaca roja de terciopelo y un foete en sus puños para que le sea fiel. Al regatear el precio pudo más su codicia que la usura y paga por él lo que nunca se ha dado por un esclavo.

—Es bueno, mi protegido Toussaint, que aprendas a ocultar tus puños como él lo hizo mientras mostraba su sonrisa. Por diez años mi protegido esconderá su rebeldía bajo el disfraz del cochero sumiso. Para los blancos y mulatos Bouckman solo era el obediente cochero de *mister* Turpin.

Por las noches —esto lo sabían todos los ekobios— Ogún Nagó y sus generales montan en su carroza de fuego y tras recorrer las playas se elevaba por encima de los montes despertando a vivos y difuntos con el traqueteo de sus truenos y relámpagos.

Mientras mi madre rasgaba la yuca, tratando de adormecerme con el ru-ru del rallador, se acerca don Petro. Traía su cuerpo blanqueado con harina de almidón. Me hurgó las bolsas de los testes, todavía vacías, adivinando el tamaño de las semillas que me sembrarán los ancestros. Murmura algo, pero al intentar poner sus manos sobre mi cabeza, mi madre me protege con sus brazos, asustándolo con el ru-ru del rallador:

Mi negrito tiene frío
¡Ru-ru!
No lo cambio por un blanco
¡Ru-ru!
No lo vendo por mil chavos
¡Ru-ru!
Ni lo cedo por un santo
¡Ru-ru!
Me lo dieron los vodús
¡Ru-ru!
Y por siempre será mío
¡Ru-ru!

Después, aprovechándose de que mi madre dormía, don Petro con silbos que solo entendemos los niños, me retira de sus brazos para contarme historias que solo ahora comprendo:

—En los tiempos en que el padre Odumare repartía los bienes entre los orichas, al contrahecho Orunla hace bailarín, guerrero y seductor de mujeres, mientras ordena a Changó que cargue las Tablas de Ifá para que descifre el futuro y pasado de los mortales. Nunca satisfecho, el furioso hijo de Yemayá quiere para él la admiración de las mujeres, el ritmo del bailarín, la gloria de los guerreros. Una mañana, con voz resentida, se acercó al jorobado Orunla: «Nunca fuiste ni serás bien recibido por las mujeres. Cojo, tienes combas las piernas y cuando saltas en la danza, arrastras tu barriga de sapo. Pero eres sabio. Tus oídos siempre encuentran el silencio. Yo soy fuerte, tengo un falo largo que me arrastra entre las piernas. Justo es que cambiemos mis tablas adivinatoras por la vana condición que te han dado de perseguir a las ingratas mujeres».

El feo Orunla escucha a Changó. Los ojos quebrados, rotos por las lágrimas, recordaba la última vez que miró su cara de iguana en un claro de las aguas. «Tienes razón, vanidoso hijo de Yemayá. Te cambio mis tambores, la espada y el acoso a las hembras por las Tablas de Ifá. Nunca bailarías para seducir a una mujer que me repudie por mi fealdad y que en mi ausencia lleve a su lecho al general traidor que alabe mis conquistas. Prefiero el olvido del muntu a envidiar la fama del guerrero que me aventaje en audacia... pero no olvides Changó, por donde quiera que andes, en el oculto goce de tus concubinas, en el escándalo de tus trompetas, mis ojos sabrán, antes que tú mismo, de tus íntimas vergüenzas y derrotas».

Los músicos taparon la boca a sus tambores. Todos advierten mi presencia. Los que tomaban el guarapo y las bailadoras con sus corpiños mojados. Sigo llamándolos con mi relincho:

—Vengan, don Petro quiere hablarles hoy de Mackandal.

Reconocen que soy el difunto Bouckman, el caballo trotador de don Petro. Se unían tanto a mi cuerpo que nuestros sudores se mezclan en un solo río.

—Les he contado cómo los Ogúns y los xemes enseñaron a los ekobios fugitivos las cuevas dónde esconderse y cómo envenenar sus flechas. Desde entonces siempre hubo cimarrones en rebelión. Pero entre todos, fue Mackandal el primero en convocar a indios y negros contra la loba blanca. Antes que él, nadie pensó en ejércitos, generales, reyes y emperadores negros.

Se estrecha el muro de los que me rodean, atentos a mi palabra antigua:

—Mackandal está con nosotros en esta noche oscura...

El silencio se llenó de loas. Sabemos que ellos también nos escuchan. Los niños dormían en las piernas de sus madres, pero mañana cuando despierten, serán soldados sin sueño.

—Vuelvo a mi cuento... Mackandal huye de la habitación de Lenormand de Mézy donde cuidaba del ganado. Siempre fue arriero y por eso sabe conducir sus tropas cimarronas. Manco, si hubiera tenido dos brazos se toma la isla entera. Se ocultan de día, recorrerían los bosques en las noches. Hoy asaltan aquí esta plantación, mañana incendiaban aquel cafetal. Confundidos, los soldados del rey los persiguen por el norte cuando andaban por el sur. Pero cuatro años en rebelión hicieron olvidar a Mackandal que estaba en guerra contra los amos. Y un día, enamorado de una mujer, borracho, bailando, lo cogieron preso en la habitación de Dufrené. ¡No es hombre para dejarse atrapar tan mansamente! Con su brazo

invisible ahorcó a los policías que lo llevan preso. Y solo herido, acosado por los perros en un cafetal, puede aprisionarlo un ejército.

Les he repetido sus hazañas muchas veces pero siempre hay nuevos y viejos que quieren oírlos.

—Cuéntenos la historia de los tres pañuelos.

Bebí agua del altar a Yemayá y con los labios húmedos, sigo pres-tándole mi lengua a don Petro:

—Eso fue en una asamblea en Moreau de Saint-Méry. Se habían congregado los ekobios para escucharlo. Mackandal pidió un vaso con agua. Creyeron que estaba sediento porque tenía ronca la voz. Frente a todos, tapa el vaso con su sombrero de paja y con oraciones invocó a los ancestros. Los oyen hablar, volaban, respiran en los rincones. Destapa el vaso y lentamente con la punta de los dedos saca un pañuelo amarillo. Los ekobios, sedientos, beben sus palabras: «Los primeros dueños de esta isla fueron los indios que tenían la piel de este color». La luz de la lámpara empalidece aún más la tela. Mackandal vuelve a sacudir el sombrero sobre el vaso y ante los ojos hechizados sacó otro pañuelo, ahora blanco. «Después de los indios, llegaron los franceses con sus caras pálidas como este trapo». Retoma el pañuelo amarillo y lo estruja con el puño hasta sacarle toda el agua. «Esto hizo la loba blanca con el indio». Un nudo azogaba las gargantas. Mackandal sacó un tercer pañuelo. Se lo enredó en las manos, oscuro, negro. Lo agitó, bandera para que todos se reconocieran en él. Lo estira y retuerce por las puntas con fuertes nudos. «Esto han hecho los blancos con nosotros». Sienten sus huesos triturados. Enfurecido, Mackandal rompió el pañuelo blanco con los dientes y grita a los ekobios: «¡Los africanos libraremos a los indios y mulatos de esta isla de toda opresión!».

No hay un solo yanvalú que me abra las puertas de la celda y me conduzca al solar de mis ancestros. La ausencia de mi pueblo es mi peor hambre. Ahora comprendo, dolido Changó, tu furia, tu dolor, cuando fuiste arrojado de la imperial Oyo, separado de la calurosa convivencia de tus súbditos. Exilio. Muerte aparente más dañina que el abandono de los orichas. Bebo el pensamiento de las personas que me evocan allá en la isla. Vienen, veían mi celda, golpeaban los muros y se alejan. Durante la travesía en el barco que me trajo a esta prisión francesa me acompañó el fresco sabor de los naranjos. Sonido del mar, me trago el llamado cimarrón de los caracoles de Mackandal, su luz faro que ya no resuena en mi soledad. Le hablo y solo conseguía mojarme las orejas con la espuma de mi propia saliva. Otras veces, asomado a la reja, veía a Bouckman en las nubes con el tambor entre sus piernas, alta, retumbante luna. Pero sigo sordo. Me faltaba la piel negra, el espejo de mi pueblo donde vuelva a renacer con solo mirarme el rostro. Hace dos años que no veo mis ojos ni mis orejas... los días van quemando mis cabellos. Muchas veces me pregunto si este cadáver que muere de hambre en la prisión de Joux, lejos de Haití, es Toussaint L'Ouverture.

Comienzo a trotar entre los bailarines con el brazo invisible en alto. Los músicos acompañaban mi paso con el ritmo sostenido de los tambores radas.

—¡Mackandal no ha muerto!

Los franceses afirman que me quemaron un veinte de enero. Lo repiten con trompetas en las plantaciones de Lenormand de Mézy en la que fui esclavo. Para que no hubiera duda riegan la ceniza de mi cadáver en la habitación de Dufrené donde estuve preso. Pero mis ekobios saben que convertido en la serpiente de Damballa renaceré triunfante en el arco iris después de cada tormenta. Soy el

gallo que canta en las madrugadas. Por las noches con mis tropas me unía a los primeros jefes de la rebelión. Sigo la sombra del negro Michel, el primero en alzarse contra los amos en las montañas del Bahoruco. Aprendí a levantar barricadas con Polydon en los bosques de Trou. Gano mis galones de general con Noël en la resistencia en Fort-Dauphin. Hasta entonces los colonos confiaban que hambrientos y molidos por la fiebre, regresaríamos mansamente a buscar los cepos. Nos persiguen con perros y trompetas imaginándose que sería tan sencillo como cazar zorros. Polydon les demostró repetidas veces que somos capaces de derrotarlos y arrebatarnos sus armas. Después de muerto proseguí la guerra porque los caídos en combate somos elevados al rango de general en el Ejército de los Difuntos. Suministramos armas a Télémaque Conga. Monto en el mismo caballo de Pyrrhus Candide cuando cargo contra los fusileros coloniales. Nuestra guerra es larga y no tiene para cuándo terminar. Los cimarrones somos invencibles desde 1522, cuando aún resistían en las montañas los rebeldes indios de Caonabó.

Para que no pueda desatarme cuando el fuego me queme, los franceses sepultaron mi cuerpo con varias arrobas de cadenas. Ya estoy atado al poste, clavado en la plaza. Cuatrocientos caballos me arrastraron y cien hombres cavan mi sepultura. Temían que los ekobios presentes puedan romper sus fusiles y liberarme. Les he repetido que no habrá bala que me mate, bayoneta capaz de sacarme un ojo, ni fuego que me cocine.

Mi brazo izquierdo está suelto porque lo dan por perdido. Dicen que me lo atrapó un trapiche, pero fue un amo burlado quien me lo hace arrancar la misma tarde en que me encontró abrazado con su mujer. Desde entonces me dan por manco. ¡Mentiras! En ese mismo momento Ogún Balindjo me lo pega al hombro. ¡Con este brazo muerto he cortado mil cabezas de blancos!

Por vez primera miro todo mi cuerpo frente a la luna de un gran espejo. El uniforme de camarero me abultaba los hombros y con el aire retenido en el pecho siento que no quepo en mí mismo. Estas manos enguantadas se hicieron grandes descascarando cocos en la isla de Saint Christopher. Me había criado junto a mi madre. Bueno, decir esto no es exactamente la verdad. La mansión de los amos donde ella vive prisionera estaba rodeada de mangos y almendros. Solo una vez pude poner allí mis pies desnudos. Mi madre es una de las catorce domésticas al servicio de la cocina. Como las demás, vivía enclaustrada bajo la vigilancia del ama de llaves a quien los propios amos miraban con temor. Yo la recuerdo con odio y admiración. Severa, avara, nunca permitió que mi madre me arrojara por la ventana los desperdicios de la cocina. Prefería a los cerdos que engorda en el chiquero de su barraca. De poco tiempo disponía yo para mirar la silueta distante de mi madre cruzando fugaz el marco de la ventana. Entonces la siento más lejana que el rostro de mi padre. Me conformo con saber que está viva sin atreverme a regresar por temor a que los perros vuelvan a morderme. Huérfano, junto a otros niños también alejados de sus madres, pasé mi infancia en la factoría de la isla descascarando montañas de cocos al lado de ancianas y de viejos. Rescatada de aquellos recuerdos, mi madre se asoma al gran espejo del hotel donde ahora me mira con su cara redonda y sonriente, más digna en su muerte que en su vida. Me cuenta que mi padre fue un esclavo a bordo de una fragata de su Majestad, pero al contemplarme con mi casaca de camarero, lo veo con el uniforme de almirante de la Real Armada Británica.

La campanilla llama con urgencia desde el comedor. Me hice el desentendido y acudo con pasos solemnes. Desde entonces soy el rey Christophe de Haití. Los huéspedes que llegan a este hotel del Cabo, llamado de la Corona, se dirigen preferencialmente a mí,

antes que al ujier de botones. Y siempre obediente, pero con mi orgulloso andar, les hago pensar que son súbditos de un monarca del Dahomey.

Monsieur Barbé de Marbois se arrellana en su poltrona de intendente colonial después de que la Asamblea Constituyente de París había declarado abolidas las castas en Haití. Los subdelegados, corrompidos por los mulatos, esperaban leerle los informes de la isla donde vierten más lo oído que lo visto.

—Me asegura un respetable y laborioso agricultor de Saint-Venant que durante los dos años que ha dirigido su plantación, pudo cosechar café por un valor neto de quinientos mil francos, sin contar los impuestos que han sido considerables.

El intendente se impacienta. Conoce ese lenguaje:

—¿Recogió el dato de los esclavos muertos en su plantación durante esos años?

El subdelegado hojea nerviosamente sus papeles. Volvió a colocarse las gafas y humedeciéndose los dedos con saliva, no halla un solo renglón que lo saque de apuros. Finalmente, bufando, concluyó:

—He recogido más de quinientas firmas entre los hacendados y todos están de acuerdo en que las colonias no pueden subsistir sin la trata de esclavos.

El siguiente funcionario, menos ceremonioso, habló en nombre propio. Su piel desteñida le revela como un liberto cuarterón:

—Los administradores insisten en aplicar el Código Negro a pesar de que fue abolido por su Majestad el rey Luis XVI en un acto cristianísimo. Os pido que a tono con el espíritu de la Revolución, revoquéis todas aquellas leyes oprobiosas que nos obligan a usar ropas de distinto corte y color de la que llevan los colonos blancos.

El intendente se palmotea la panza con regocijo. Sabemos que tiene por manceba a una de las mulatas mejor ataviadas del Cabo. Pero su retozo terminó pronto al escuchar a otro de sus delegados:

—El mayor mal de la colonia lo producen algunos franceses despilfarrando las buenas dotes que cobran al casarse con mulatas adineradas.

Sobresaltado, advierte que la lectura esconde un agrio tufo contra el intendente colonialista. Se apresuró a recoger el infolio, buscando airado los nombres de los firmantes. Luego exclama:

—Parece más un aleroso reclamo del gobernador Du Chilleau que la demanda de pacíficos y sumisos peticionarios a la Asamblea Constituyente.

Contigua a la caballeriza, su ventana es la única iluminada. Leía a Epicteto, Raynal, Montesquieu. A la mañana siguiente el amo Byron Libertat ni siquiera advertirá que durante la noche sus libros han cambiado de lugar. Solo las bestias percibían su presencia entre el olor de la caña recién cortada. Mi protegido Toussaint les lleva todas las mañanas el catabre con las mazorcas de maíz, les acariciaba suavemente los ijares y les habla con sonidos y palabras. Entonces le humedecían las manos con calurosos resoplidos.

El tercer toque sobre la ventana logró golpear sus ojos. Resucitado de la lectura, pudo reincorporarse al relincho de los caballos, al insistente canto de un gallo y luego, al salto de la piedra que acaba de caer a sus pies. A pesar de los cincuenta años, sus movimientos aventajan al más brioso de sus caballos. Se asomó a la ventana.

—Mackandal fue apresado en la plantación de Dufrené, en Limbé.

El viejo esclavo que le enseñó a leer le trae la palabra de Ogún Ngáfúa, el compañero de Nagó. Precipitadamente apaga la luz y cauteloso vuelve a dejar los libros en la biblioteca del amo.

En la barraca distante los ekobios aún duermen. No tardarán las mujeres en levantarse para moler el cacao.

—¡Por una mujer! Tú sabes que las hembras vuelven loco a Mackandal.

—Esto es el peor golpe para el levantamiento.

—Dicen que lo quemarán vivo.

—Eso no es posible, papá Ogún lo protege y no hay llama que pueda quemarlo.

Hondo, ronco, se oye el llamado del tambor.

—¡Vodú!

Los caballos relinchan impacientes por saltar la barda. Mi protegido sujetó la muñeca del anciano Ngáfúa.

—¡Espéreme!

Recorre los contornos de la casona para cerciorarse de que el amo dormía. Mi doble Toussaint ensilla los caballos y tirándolos suavemente de las bridas, los saca al camino. Solo cuando nos encontramos distantes damos rienda al galope.

Ya chisporrotean las velas en el santuario. Trescientos ekobios agitan sus trapos, danzando bajo las ramas de la ceiba anciana. No es la primera vez que yo y mi jinete Bouckman concurríamos a una ceremonia vodú. Cantando, bailando entre los cientos de ekobios sudorosos, mi protegido vuelve a ser agua, gota de Yemayá. Me desprendo de su cuerpo, y penetré en el recinto sagrado. Los portaestandartes ondean sus banderas rojas, negras, blancas, saludando a sus orichas. Los capataces de las plantaciones danzaban con sus ekobios. En otro momento, en los cacaotales, en los plantíos de algodón, les habrían azotado a la menor muestra de cansancio.

Las esposas de los loas, varones y mujeres, oran ante sus vevés dibujados en el suelo. De repente, un silbido agudo, hacha de dos cabezas, cortó el resuello de los tambores. Los ojos se abren y la angustia reseca las gargantas. Sobre nuestras cabezas, volando, llama, sombra, aparece Mackandal. Muestra a Toussaint con el dedo y lo hace sentar frente al vevé de Elegba. Oyeron su voz ronca, dura:

—Mi protegido continuará la lucha, pero llama viva, languidecerá prisionero de la loba blanca, lejos de su pueblo.

Yo Bouckman, su jinete, sirvo de testigo.

Cuatro jóvenes buscamos el cadáver de Vincent Ogé. Entre ellos yo, Marie-Jeanne, su novia. Por aquel entonces, todavía viva, no había ganado mis galones de guerrillera. Huimos de los guardias que disparan en la oscuridad contra nuestros cabellos rizados o cualquier corbata blanca. Desde lejos del patíbulo escuchamos sus lágrimas cada vez que golpean sus huesos. Los verdugos le machacarán los brazos, las rodillas, las caderas, pero no pueden reducir a polvo sus gritos: «¡Pedimos igualdad de derechos para blancos y mulatos!». Le reconocimos porque viste el uniforme de la Guardia Nacional que había arrebatado a un oficial caído en la toma de La Bastilla. Sobre el pecho le cuelga la Cruz de la Orden del Mérito de Limbourg que tampoco ganó en ninguna batalla. Su verdadera hazaña comienza esta noche con su sacrificio. Le enterramos en una misma fosa con su amigo Jean-Baptiste Chavannes. Las doce campanadas de la catedral silencian el ladrido de los búhos y podemos escuchar sus palabras:

—Debí escucharte Jean-Baptiste. Los mulatos jamás triunfarán contra los blancos sin el apoyo de los esclavos. La tropa del coronel Chamberfot estaba compuesta por blancos y mulatos sin que los separara el odio de las sangres.

Todavía escuchamos aterrorizados la sentencia:

—A los cabecillas les machaquen los miembros a martillazos hasta expirar; veinticinco de sus secuaces perezcan en la horca y trece de los más comprometidos sean condenados a galera por el resto de su vida.

Soy su Buen Ángel Mayor, por eso puedo hablar de la paciencia y la larga espera de mi protegido Bouckman. Cuando *mister* Turpin lo compró en Kingston tenía maniatados los tobillos y las muñecas con argollas de hierro. Pero es otro hombre cuando lo desembarcan en el Cabo. Durante la corta travesía, solo él pudo oír y escuchar la ballena invisible que seguía el barco: Ogún Olugbala, su ancestro protector aconsejándole la prudencia de la hormiga y esconder la pujanza del elefante que tienen sus brazos. En el muelle, por las calles, entre el montón de los esclavos, su cuerpo gigante asombra, su docilidad espanta. Brujo, escuchando a los ekobios nacidos en la isla, en una sola noche aprende el creole. A los pocos meses le quitaron los grillos y antes de que finalice el año estará suelto por la plantación. Fue entonces cuando *mister* Turpin le compró el uniforme para que manejara las bestias de su carroza.

Pero mi protegido todavía conserva el sentimiento de que es un prisionero zulú-xhosa y no un esclavo. Le sobran ojos para recordar a los capataces que apalean a sus ekobios. Mucho antes de que se convirtiera en papaloa, me hacía memorizar los nombres de quienes serán ahorcados por sus peños y de aquellos que dejó pudrir sin sepultura.

Troto que troto
caballo soy
de don Petro.
Conozco Isla Tortuga

y las cuatro esquinas
de Haití.
Cuando los bucaneros
descalzos y hambrientos
se alimentaban de jíbaros
y de toros salvajes.
De Santo Domingo vengo
donde los curas españoles
cazan a los loas
y persiguen a los muertos.
Aquí desembarcaron
Nagó
y sus orichas hermanos:
Ngafúa
Kanuri mai
Olugbala
y la madre Sosa Illamba
después de navegar
cuatro noches y sus días
bajo las aguas.
Preguntan por los xeques
Guarico el Generoso,
Caonabó el Valiente.
¿Dónde la mano desnuda
los espejos de oro
los mameyes
y el parloteo de los loros?
Su mirada grito
tras el vuelo del papagayo
no encontró la rama

nube
tierra
donde posar su eco.
Solitarios
invocaban las sombras
de los antiguos dueños de la tierra.
Y el silencio
respuesta sin palabras
encontró vacía la isla
en otros siglos
poblada por mil familias.
Muntu
que buscas tu hogar perdido
en tierras extrañas
no olvides que estas playas,
estos montes
morada son de los muertos
Behequio
Cayacoa
Guarionex.
¡Eía! ¡Ayer el indio
mañana tu sangre derramada!
En las altas colinas
en la cueva de los vientos
reencontrarás sus armas:
el espíritu indómito
la flecha
el fuego
la huella sin pisada
y el salto protegido por el tigre.

Aliados los ancestros xemes y vodús
el indio y el negro
por la sangre unidos
por la muerte inmortales
la tierra y sus hijos vengarán.
Esta isla, como oyes,
está poblada de loas y Ogúns.
Nadie anda solo
ninguno extraviado
en la noche de la esclavitud.
Rotas las cadenas, libre,
cada vida
cada muerte
nos acercan a Changó.

Estoy dormido y enroscado en el tronco de la ceiba consagrada a mi culto. La larga romería sube por las laderas de la montaña cantando himnos extraños mientras el padre Gallifet, por delante, riega el camino con agua bendita. Los ekobios que cargan la imagen de san Patricio miraban hacia los lados, asustada la chispa de sus ojos. Otros se rezagan y perdían por entre los árboles. Las mujeres no se atreven a romper la fila, atragantándose en silencio con mi nombre. Temían, saben que con un solo escupitajo puedo hundir sus casas y ahogar sus cultivos. Al llegar a la cumbre los guardias del Regimiento de Artillería robarán las ofrendas depositadas en mis raíces.

—¡Traigan brea y fuego! —pidió el cura a los soldados del rey.

Las mujeres se olvidan de su rezo cristiano y de rodillas me imploraban.

—¡Papá Damballa! ¡Papá Damballa!

El llanto, el miedo, los siete colores de mi cólera pintan sus caras. En vano los soldados las acosaban con sus bayonetas. Piedras inmóviles, mudas, no hay sacudimiento que las mueva. Los guardias se apresuraron a untarme de gas y soasándome con un mechón de estopa encendido, pronto las llamas envuelven mi cuerpo. Oscurezco el sol, removí las nubes y escupo la lluvia abundante. Las madres asustadas se apresuraban a cubrir las caras a sus hijos, presintiendo que nunca más mirarían la luz. Después, en lo alto, reaparezco con mis plumas de arco iris.

—¡Damballa se fue al cielo!

La romería dispersa vuelve a congregarse a mi alrededor. Tocaban el tronco encendido y con los dedos tiznados se trazan cruces en la frente.

—¡Esto es una herejía! —clamó el padre Gallifet, acercándose al comandante del Regimiento. Dialogaron en voz baja y luego dispersan a mis adoradores con las culatas de sus fusiles. La explosión sacude la colina y el trueno poderoso de Changó retumbó en la montaña. Tambaleo y me desplomé con mis ramas revolviéndome entre las piedras. El padre Gallifet se acerca y entre mis raíces, todavía olorosas a pólvora, colocó triunfante la imagen de san Patricio. Entonces todos pudieron mirar que al levantarse los soldados lo sujetaban, la cara escondida entre las manos.

—¡Está ciego!

—¡Está ciego!

Los caballos comenzaron a inquietarse desde que la noche les cubrió con sus sombras. Para calmarlos mi protegido Bouckman les trajo agua que no beben. Olieron el maíz y deciden no probarlo. Ahora sus ojos asustados quemaban la oscuridad.

Mister Turpin había dicho:

—Aseguraré la venta de los esclavos y marcharemos antes de que caiga la noche...

Los vecinos blancos de Plaisance también oían el interminable aullido de los gueses. El barón de la Cruz y el barón Cementerio se han apoderado de la habitación desde que su dueño pactó con ellos la muerte de su mujer. Flaco, cubierto de un bombín negro, los ekobios aseguran que el alma de *monsieur* Le Jeunne ha sido robada por los gueses. Dejé roncando a mi protegido en el pescante de la carroza y me acerco hasta la cocina donde están despiertas las ekobias.

—Por cuatro veces he envenenado sus sopas pero no muere — afirmó la cocinera.

Otra mastica el humo del tabaco:

—La difunta mulata viene todas las noches a abrir el baúl de sus joyas que mantiene enterrado, pues nunca quiso entregarlo a su marido.

Habla la más joven:

—Yo me envenené cuando pretendió engendrarme un hijo. Desde que vieron la carreta de Bouckman, se sienten acompañados de sus orichas. Les animo en su decisión:

—Deben acusarlo ante el juez del Cabo.

Los ekobios van saliendo por distinto camino, todos hacia la carreta voladora. Solo dos ancianas quedaron en el cepo, tan apretadas las argollas al cuello que ni siquiera pueden tragar saliva.

Mister Turpin, saboreando el buen vino de *monsieur* Le Jeunne, se ha olvidado de los gueses. Le ha vendido cien esclavos y espera aumentar la cuenta, pues en un cuarto de siglo se le han envenenado cuatrocientos. Mientras tanto, aprovechando la borrachera de ambos, mi protegido Bouckman levanta el vuelo con su carreta cargada de vivos y difuntos. Azotados por sus silbidos, los caballos ya galopan en la oscuridad por encima de las montañas y los ríos.

—¡Arre! ¡Arre! ¡Mañana, *monsieur* Le Jeunne irá a la cárcel!

Los blancos del Cabo inundan el tribunal. Pedían al juez que los ekobios sean azotados, les corten las orejas y los devuelvan a Plaisance.

—Han huido y la justicia debe castigarlos con dureza.

Pero los mulatos han acudido con un abogado.

—¡Que se les escuche, el Código Negro no está vigente!

La calle se llena de comerciantes, albañiles y zapateros. Los pastores, olvidados de sus cabras, las dejan sueltas en mitad de la calle. Las vendedoras de carbón, descalzas y harapientas, se mezclan con las mulatas que han venido en coches ataviadas con sus joyas y sombreros. Por vez primera, concubinas y prostitutas hacen un mismo reclamo:

—Los blancos no pueden impunemente asesinar a mulatos y negros.

Desde el pescante de su carreta, Bouckman explica con pormenores los crímenes de *monsieur* Le Jeunne:

—En su hacienda mueren los ekobios por montones. Yo puedo asegurarlo porque sé cuántos compra y cuántos entierra. Cuando se resisten a trabajarle día y noche los mete en toneles hirviendo o les entierra, dejándoles al sol la cabeza embadurnada de miel para que las moscas les devoren los ojos.

Presionado por los gritos, por vez primera, un juez debe abrir instrucción contra un amo blanco acusado por sus propios esclavos:

—Ayer enterró vivo al ekobio Patrocinio Durès.

Otro agrega:

—Envenenó a su mujer, una rica mulata, para quedarse con su plantación.

—¡Es un puerco!

Alguien habló tan bajo que los de afuera no saben si escuchan o se oyen a sí mismos:

—De noche acude a los cementerios para desenterrar muertos y uncirlos a su cuadrilla de zombis.

A disgusto el juez nombra una comisión investigadora de tres miembros: el consejero de la senescalía, el sustituto del procurador del rey y el preboste de gendarmes. En Plaisance, *monsieur* Le Jeunne imagina que aún está borracho. El sol ha desvanecido los fantasmas y los gendarmes sacan a las ancianas de los cepos.

—Se le acusa de envenenar a sus esclavos.

Aturdido, entró a su habitación y trae una totuma pintada de negro.

—Aquí está mi inocencia —grita al consejero de la senescalía mostrando a las ancianas— estas dos brujas son las que envenenan mis esclavos.

El sustituto del procurador registra el contenido de la totuma con la punta de su bastón. Temía encontrar sabandijas y serpientes, pero solo descubre cabos de tabaco y cagarrutas de ratones.

—¡*Monsieur* Le Jeunne queda usted preso!

Las palabras del preboste despertaron a *mister* Turpin. Dijo algo en inglés que no entiendo mientras mi protegido Bouckman lo ayudaba a incorporarse. Al subir a su carroza no advierte que sus caballos han trotado toda la noche y permanecido un día frente al despacho del juez en la ciudad del Cabo.

La audiencia duró menos tiempo en disolverse que en armarla. El veredicto absolutorio es aclamado por los plantadores, mientras la policía desaloja a los mulatos que protestan del fallo por no haberse permitido que actuara su abogado. Esa misma noche los ekobios regresan encadenados a la plantación de *monsieur* Le Jeunne, pero saben que sus orichas y los cimarrones de Bouckman ya le tienen cavada su sepultura.

Soy su Buen Ángel Mayor, le conozco sus temblores, sus bravuras, las muchas cosas grandes que pensó y se propone hacer antes de dispararse la bala fundida en oro que le entregará al barón Samedi.

Esta noche visitaremos la ciudad imperial donde duermen los gloriosos monomotapas. El cuerpo de mi protegido Christophe queda en el sótano del Hotel de la Corona mientras volamos al África de los ancestros. La madre Sosa Illamba, arreando su antiguo rebaño de cabras, lo conduce por entre las ruinas de la Gran Zimbabwe.

—Guarda atento recuerdo de la altura de la torre, del grosor de la muralla y de la profundidad de los fosos para que mañana, cuando te corones rey de Haití, puedas dirigir la construcción de la ciudadela de Ogún Ferrière.

Changó dispara sus truenos desde la sierra del Cabo y sacudido por sus descargas, mi protegido despierta en medio de las ratas asustadas. Se asomó a la ventana y con los párpados cerrados, contempla la quilla de su fortaleza imperial navegando en la cumbre.

Ala, viento, le susurro en la antigua lengua de los monomotapas:

—Christophe, será tu gloria y tu sepultura. ¡No la olvides!

Pero olvidadiza es la memoria de los sueños. Solo cuatro años después, cuando una bala le parte el amuleto que lo protege de la muerte, quiso saber el significado de aquella visión. Sus soldados lo ven alejarse del combate con los ojos cenicientos. En la retaguardia, por las plantaciones incendiadas, busca al papaloo que siempre acompaña a su tropa. Con la luna alta llegamos a un despoblado, humeantes los residuos de la aldea. Ni la inesperada presencia del teniente general altera el baile bajo la ceiba. Las mujeres cantaban el yanvalú para sus muertos.

—Quiero que invoques a papá Ogún —suplicó y ordena al papaloo. Humildemente baja la frente cuando este le ensangrienta

el cuerpo con el gallo rojo descabezado. Después se une a los que trotan, pero caballo sin jinete, salta y arroja patadas a las ekobias. El papaloo lo persigue, abanicándose la espalda con el gallo. Poco a poco le domina el trote hasta que el río de la nariz seca sus espumas. Tambaleaba, quiere caer, cuando el papaloo le paraliza la vista vomitándole a los ojos el humo de su tabaco. Entonces, dócil, inició los movimientos con extraño y lento paso de elefante. Palmo-tea el suelo y alza las ancas. Los tamboreros repican confundidos, extraviados en sus golpes. Jamás antes conocieron ese rumbo. El papaloo le dejará caracolear sin freno, atento a su inesperado ritmo. Está seguro que no lo cabalgaba Ogún Nagó, brioso capitán de los truenos. Tampoco la cimbreante serpiente de Damballa. El caballo Christophe se detuvo junto al altar y sumiso baja la cabeza en señal de sometimiento. En aquel instante, el papaloo adivina que el extraño jinete hablaría por boca de mi amo. Y lo hizo con el parloteo primario de la lengua bantú:

—¡Soy Mashona, constructor de la gran ciudadela de Zimbabwe, diez mil años atrás! Este es mi caballo y montaré en él hasta que en la alta sierra del Cabo levante la morada de piedra sobre cuyas ruinas los muertos empequeñecerán las hazañas de los vivos.

II
EL TAMBOR DE BOUCKMAN

LOS DUEÑOS DE las plantaciones vecinas se habían reunido en casa de *mister* Byron Libertat. Siempre que Toussaint entraba o sale de la sala, recelosos, escondían los dientes. Escuchará, huele, los toca con los cien ojos de Eleguá que yo le mantengo limpios. La primera vez lo llamaron para que buscara unos periódicos venidos de París. Después el amo le ordena que no deje entrar a nadie. Toussaint afirmó con la cabeza pero antes de retirarse se atreve a insinuar en voz alta para que todos lo oyeran:

—Creo que puedo ser útil en lo que se proponen. Bastaría con que prometan no azotar a sus esclavos. Por tan bajo precio con nuestra ayuda ustedes los blancos, estarían en condiciones de dominar a los engreídos mulatos.

Se miraron asombrados. Uno de ellos exclama decidido:

—¡El perro que buscamos: callado y mordelón!

El avaro Le Jeunne no escondió su usura:

—¡Es demasiado!

Los demás permanecieron irresolutos. Pero de nuevo Eleguá les da de comer en las manos de mi protegido:

—¿De qué podríamos vivir los esclavos en esta isla si ustedes los amos nos dejaran libres?

Rompieron el silencio con una carcajada que todavía les oigo mastigar.

—A este esclavo se le ha pegado algo de su amo *mister* Byron: ¡tiene visos de inteligencia!

Lo rodearon, levantando sus orejas.

—Me darán un salvoconducto para que los amos me permitan entrar y salir de las plantaciones. Instigaré a los esclavos contra sus amos mulatos y en una sola noche eliminaremos a esa casta indigna... a cambio de mis servicios solo pido que mi amo certifique ahora mismo mi libertad.

Mister Byron se dirigió a su escritorio y en presencia de los blancos firma la carta de horro.

Eleguá teje los hilos y mi custodiado Toussaint facilitaba su aguja.

Cuando los rezagados llegaron a Morne-Rouge encuentran a más de doscientos ekobios reunidos. Son los jefes: cocheros, domésticos y capataces. Los más, la gran familia de los ekobios esclavizados, aún permanece dormida. Pero aquí, en el claro abierto en mitad de la montaña, es imposible distinguir a los vivos de los muertos. Las uñas se alargan, las miradas distantes se acercaban para tocar a mi protegido Bouckman. Tiene encendido el tabaco desde hacía siglos. Todos saben que se alimentaba de la sabiduría de los ancestros. En ceremonia secreta, recién nacidos, al casarse o ya difuntos, les ha revelado a cada uno el nombre de su oricha protector. Los que se asoman al interior de su carreta creían reconocer en los pasajeros a sus vodús. Se cruzaban miradas, silencios, gestos, lenguaje que no necesita sonidos. Los caballos relincharon y entonces descubren que eran, igual que ellos, simples cultivadores de caña, sirvientes en las habitaciones de sus amos, palafreneros de sus coches: Toussaint, Christophe, Dessalines, Jean-François. Nadie piensa que Orunla tenía reservado a aquellos ekobios para generales de brigada.

Bouckman bajó de la carreta y cuando todos lo rodean, señaló la montaña:

—¡La reunión es en Bois-Caïman!

Esta noche sus caballos galopan sin tropiezos por las nubes. Los ekobios le siguen ocultos en el bosque. Cruzaban las cañadas, bordean la costa. De vez en cuando miran hacia la luna para cerciorarse de que seguían el curso de la carreta. Los que han corrido sin descanso al llegar a Bois-Caïman no se sorprendían de encontrarla descansando bajo la ceiba sembrada por don Petro. Las puertas se abrieron y descenden los pasajeros. Aunque vestían camisas de zaraza y sombreros de paja, las miradas adivinatoras los contemplan ya con sus uniformes de guerra. El emperador Dessalines; el rey Christophe, el generalísimo Jean-François. Mi protegido Bouckman extiende su brazo por encima de sus cabezas y las muestra a Toussaint:

—Este es el mensajero de Legba, L'Ouverture, el abridor de las puertas de nuestra libertad.

La luna había descendido sobre sus hombros.

Desde la noche de Bois-Caïman, la culebrilla del desvelo no me deja dormir. 22 de agosto. No debía olvidar que solo el tambor de Bouckman, grito repetido, me anunciaría la hora del levantamiento. Cada vez que canta el gallo saltaba y agarro el tizón que tengo preparado para prender fuego a las bodegas de caña. Mis ekobios duermen. No me he atrevido a decirles nada por temor a que no puedan sujetarse la lengua. Fue la noche del 16, cinco días antes del 22, cuando me despierto oyendo el tun-tun de Bouckman. Corro al hueco donde tengo escondido el hachón. Mis manos comenzaron a temblar. Espero a que Bouckman vuelva a conjurarnos con su tambor. Ya resuena, viento falso. Lo escuché, puedo decirles que no me engaño... Eso creía. Después de azotado, me reconfortan echándome ron y pimienta en las heridas. Mi propio amo Desgrieux me acuñaba el ano con pólvora.

—Te haré saltar en pedazos si no me das los nombres de tus compinches.

Ya les había revelado lo más importante: el 22 de agosto. Pero el capitán de la guardia, el alcalde y los blancos más ricos del Cabo que están presentes, siguen alarmados por el miedo.

—¡Prendan la mecha!

El olor a azufre me hizo vomitar su nombre:

—¡Bouckman!

Sé que estoy con vida porque oigo al capitán dando instrucciones a uno de sus sargentos:

—¡Pronto! ¡A la habitación de *mister* Turpin!

Monsieur Desgrieux me alumbró la cara con el fósforo encendido.

—Si no quieres indigestarte vomita los demás nombres.

Cuando el capitán comenzó a contar, invoqué a santa Bárbara, pedí a Changó que apagara la llama.

—¡Jean-François!

La explosión me tiene embotada la memoria. Confundía el tuntu del tambor con el estallido de la pólvora. Recuerdo que la noche anterior saqué el mechón y prendo fuego al almacén. Recorro las barracas gritando:

—¡Ekobios, Bouckman nos llama a la revuelta!

Creen que su mayoral ha enloquecido y mientras apagaban el fuego iniciado por mí, los blancos de Chabaud emprenden con sus perros la cacería de mis gritos. La noche no caminaba y la luna de Bouckman nunca apareció detrás de los cerros. Al amanecer me bajan del árbol con las piernas desgarradas.

—¡Muérete! —me gritaron en el patio de la Municipalidad, alejándose del caminito de fuego que quema mis nalgas.

No poder repetir los errores y conservar la experiencia para evitarlos es la mayor frustración de nosotros los difuntos. Ahora comprendemos la importancia de los destinos no revelados: el lugar de la sepultura, la hora de nacer, los intentos fallidos, las victorias inesperadas. Los traidores no nos sorprenden con sus intrigas porque antes de la puñalada podemos calibrar el tamaño de la herida, el arma envenenada, la envidia y el dolor de haber sido generosos. El tiempo nos libertará del presente. Solo el ayermañana, vivir siempre navegando en los recuerdos y lo sueños porque la muerte nos quita la esperanza de recomenzar.

Cuando Ogún Ngafúa me enseñó las primeras letras, nunca imaginé que yo, Toussaint, debo esperar medio siglo para despertar, iluminar y morir en solo trece años. En tan limitado margen aprendo el arte de la guerra; cómo resistir los ataques y las intrigas de los imperios europeos coaligados contra la patria. Y sobre todo, gobernar sin errores la primera república fundada por esclavos libres.

Otro destino, tampoco escogido, es resistir la calumnia. Todavía en la muerte sufro las mentiras de quienes intentarán vanamente oscurecer las victorias del muntu. Nuestra lucha liberadora ha sido vilipendiada con el falso estigma de la guerra de razas. Si la loba blanca oprimió, asesina, expoliará su crueldad siempre aromada con incienso, se estima civilizadora. Cuando el esclavo resistió, reviente las cadenas y venza al amo, su acción es homicida, racista, bárbara. La historia de la República de Haití para los olvidadizos escribas de la loba será siempre la masacre de los negros fanatizados por el odio contra sus hermanos blancos, nunca el genocidio de los esclavistas contra un pueblo indefenso.

Al comienzo solo unos pocos escuchaban el tamborileo de Bouckman. Traen las caras tan blancas por el susto que ni siquiera mi

protegido está seguro si eran sombras de difuntos o caballos cabalgados por vodús. Se nos sumaban libertos, mulatos, familias que huían de las plantaciones y ciudades donde los amos creen ahogar la rebelión degollando a todos los negros de la isla. Ni siquiera perdonaban a los ekobios sumisos, asesinándolos en las cocinas cuando les preparan sus alimentos. Las ayas escondidas en las iglesias, son sacrificadas por los jóvenes a quienes habían amamantado.

Ogún Olugbala nos repite que la fortaleza de la hormiga reside en su constancia. Perdidos en la hojarasca, pequeñitos, iniciamos el desmoronamiento de la esclavitud. Debíamos incendiar los cafetales y demoler los trapiches. Por trochas invisibles envenenábamos los plantíos de algodón sin que los dueños se expliquen por qué se marchitaban y languidecen.

Era tanta la violencia de aquellos días y tanto lo que debemos cobrar en tan poco tiempo que los muertos perdemos la memoria o confundimos los recuerdos. No sé si los cimarrones formamos a nuestros generales o si ellos, señalados por Changó, llegaron a la guerrilla con su sabiduría de antiquísimos guerreros.

Toussaint L'Ouverture, a quien Ogún Balindjo había enseñado el secreto de curar con las plantas, ingresó a nuestras filas apenas con el rango de cirujano.

Otra mañana, el futuro rey de Haití se presenta con su uniforme rojo de camarero. Desde el primer momento Bouckman adivinará que es uno de los preferidos de Changó.

Ayer acaba de incorporarse Jean-Jacques Dessalines, pero sabemos que desde hace siglos lo cabalga Ogún Nagó. Hasta ahora ha sido carpintero de altares y ataúdes. El párroco de la Gran Rivière del norte, donde siempre fue esclavo de la plantación de los Duclos, le hizo creyente de los santos católicos. No obstante, nuestro papaloa sabe que Changó ya lo ha nombrado emperador de Haití.

Entre los primeros en concurrir recuerdo a Jean-François. Rebelde y ambicioso, su genio guerrero lo convertirá en generalísimo de nuestros ejércitos. Eleguá le confunde los caminos y enfrentado a Toussaint verá ocultarse el sol de su gloria antes de su muerte.

A la luz de la fogata, recuerdo a otros: Biassau, Jeannot, Vernet, Yayou, Capaix, Geffrard. Llegan del oeste, venían de las cimarronadas del norte y del sur. Todos esclavos, nacidos del vientre de la madre Sosa Illamba para ser libres.

En esta noche cuando aún andan descalzos, revelaban las divergencias que les unen en la adversidad y los separarán en la victoria. De todos nosotros, solo los hombres de Jean-François, aunque sin uniformes y harapientos, disponen de fusiles y municiones.

—El abate de la Haye, cura de Dondon, en la frontera con el Santo Domingo hispano, nos ayuda a cambiar el café que robamos en las plantaciones francesas por armas españolas.

—No hay que confiarse demasiado de los esclavistas españoles —las luciérnagas de Toussaint desde entonces caminaban en la oscuridad.

De entre los ekobios desnudos habló Dessalines con voz de anciano, aunque solo tiene treinta y tres años:

—Nuestra debilidad es la desorganización... Cien mil hombres indisciplinados es un ejército que se destruye a sí mismo sin que el enemigo tenga que disparar un solo tiro.

El camarero Christophe seguramente presentía sobre su cabeza la corona de rey cuando aconseja:

—Solo los incendios nos harán dueños de esta isla.

Tomé apunte de todo porque para entonces, mi comandante Dessalines me había dicho:

—Marie-Jeanne, eres mi edecán.

Las autoridades del Cabo cazan mayores y arrancaban las lenguas a los domésticos que se niegan a denunciar a los cabecillas.

—La conjura es solo contra los blancos.

Pero los mulatos conocían lo que se rumora en las calles del Cabo:

—Los negros no respetarán cabezas de amos.

Unos y otros se tranquilizan cuando piensan que sus recuas de esclavos nunca encontrarían un jefe capaz de organizarlos.

La hora convenida es una noche sin luna. Solo estaban despiertos los guedes y su general, el barón Samedi. En la hora en que se encuentran el tiempo y la oscuridad, mi protegido Bouckman comenzó a percutir al viento.

—¡Tam-tam!

Georges Biassau responde en acul.

—¡Tam-tam!

Poco a poco el tamborileo fue sepultado por el llanto de las mujeres blancas. El puño descorre el toldo y caía sobre el cuerpo con rudo machetazo.

Dicen que esa pesadilla duró cuatro nochesdías antes de que los amos, perseguidos, llamándose los unos a los otros, despertaran con las llamas de los incendios. Mientras tanto nuestros capitanes comienzan a tener renombre: Dieudonné, La Plume, Halaou. Las guerrillas avanzaban sobre Matheux y Bois-Caïman. Por la habitación del acul se busca a un tal Jean-François pero cuando las patrullas llegaron a Limbé, donde esperan hallarlo, descubren que otros desconocidos han degollado a sus amos en Noé y Clément.

A Bouckman se le ve en todas partes con su carreta de loas. Aquí le arman una trampa, allá ofrecieron pagar en oro lo que pese su cabeza. Solo yo, su Buen Ángel Mayor, puedo seguir sus pasos. Fusil, llama, caballo, distintas formas de nuestro cuerpo. Al oeste destruía los talleres de Archie y Cul-de-Sac; predica en Jacmel; organizaba

cuadrillas de cimarrones en Leogane y huye con ellas hacia la sierra de la Hotte. Los revoltosos atacaban en Flaville y regresan con más bríos por los lados de Gallifet. Solo cuando comenzaron a arder las plantaciones del sur, los blancos pueden comprobar, sin creerlo, que la rebelión había sido muy bien organizada: en solo cuatro días se extendió a toda la isla.

Esperábamos la salida de la luna. Los tambores se despiertan, bostezaban dos o tres redobles y volverán nuevamente al sueño. Apenas un pequeño repique, manso, suave para que se durmieran los niños. Las mujeres calentaban el café y con sus manos ahogan el aroma para que la brisa no denuncie nuestra posición. En el silencio del patio los mayores esperábamos oír el tamborileo de Bouckman. Sabemos que vendrá esta noche a recoger sus pasos después de haber sido decapitado.

Durante varios días rechazamos los asaltos. El fuerte de Fond Bleu que habíamos tomado después de arrasar la resistencia y degollar a sus defensores, ahora se convierte en nuestra propia sepultura. Cerraban el cerco tropas frescas del Cabo y guardias mulatos de la Gendarmería. Concentran todos sus recursos en abatir y capturar a nuestro papaloo. Pensaban que cortada la cabeza de Damballa, sus doscientos mil anillos descalzos se desarticularían. Pero la víspera de su degollamiento, los vodús le revelaron que su cabeza subiría al cielo.

En derredor de la alta ceiba, los jóvenes husmean las faldas de las muchachas, repitiéndoles en sus oídos los credos cabalísticos para que les abran las piernas. Aprovechados de la oscuridad, los difuntos se sumaban a los vivos. No es difícil distinguirlos porque pellizcan con una sola uña de sus dedos. De pie, en mitad del campamento, cientos, miles de ekobios, los heridos, los difuntos, acechamos los

montes por donde ya se vislumbra la claridad. Ochú se echó a andar por el filo de las montañas. De repente vimos que sangraba su cara. A esa misma hora, en el Cabo, descuajaron la cabeza de nuestro jefe con un golpe de hacha. Pero aquí, desde lo alto, escuchamos su voz. Fue entonces cuando nombró Generalísimo de los Ejércitos Cimarrones a Jean-François y aconseja a sus tenientes Jeannot y Biassou que nos dispersemos en batallones por los montes.

A pesar de que me traqueteaban los huesos por la fiebre no quiero obedecer al médico que me aconsejó reposo. Lo espero de pie bajo la ceiba, la *drogue* sobre la guerrera que no lograron perforar las balas.

—No le temo, pero les confieso que no quiero verlo esta noche cuando los escalofríos me quiebran las fuerzas.

Mala jugada de los brujos enemigos. Me encenizaron el rostro para que la tropa no pueda reconocerme. Cambiaré de médico, necesito un papalao poderoso.

—¡Eía! ¡Bouckman! Tú que me sigues desde la muerte, acércate y cúrame.

Mis edecanes esconden lo que escupo.

—¡Vómito negro!

El olor a carroña ronda los cadáveres de los soldados franceses que no alcanzan a devorar los buitres.

—¡Quemen esa mortecina!

Trato de levantarme pero me sujetaron y amarran al árbol. Les observo las caras. Tenían quepis altos y ojos azules. Ahora sí me asusto. Al tratar de escupirles la cara solo eructé el viento nauseabundo. Es su ladrido de perro devorándome las entrañas.

—¡Barón Samedi!

Se me acercó con su cubilete negro donde trae pintada la gran calavera. Anda despacio, olfateando con su hocico de perro. La

casaca del frac recién cortada, los pantalones estrechos sobre los botines rojos. Se aprovecha de que me tienen amarrado para arrebatarme la *drogue* protectora, masticarla y escupirla a mis pies.

—Vengo por ti.

Intento hablarle pero mi lengua cuelga desarticulada. Pienso, sé que me escuchaba:

—Papá Ogún me ha prometido coronarme rey...

Se arrancó los algodones de la nariz y su viento apestó los contornos. Se quita el sombrero, lo lustró con el puño de su camisa y luego lo coloca burlonamente sobre mi cabeza.

—¡Ya eres rey, vente conmigo!

—¡Barón Samedi, mi general!

—¡Ah, por fin te me entregas! No hay papaloas, ni *drogues*, ni orichas que me impidan llevarte a la casa de los bazimu.

—Pídeme cuanto quieras.

Ladra. Mi Estado Mayor, mis tenientes, mi tropa, todos lo oyeron:

—Tengo hambre de carne blanca.

Me atrevo a preguntarle:

—¿Cómo puedo estar seguro de que no me devorarás si cada día tienes más hambre?

Al ventosearse la brisa inundó el bosque con olor a pólvora. Mis tenientes, creyendo que estaban rodeados de la artillería enemiga, se arrojan al suelo. El barón Samedi se metió la mano en la faltriquera y saca una bala de oro.

—¡Tómala, ningún proyectil que no sea este, podrá quitarte la vida!

La miro entre los dedos, sopesándola hasta estar convencido de que es de oro puro. Luego, feliz porque nadie podría quitarme la vida, arengo a mis soldados.

—¡La guerra es a muerte! ¡Que el barón Samedi sacie su hambre con cadáveres blancos por muchísimos años!

Le aconsejo que le estire los dedos engarrafados y dibuje en las palmas de sus manos la doble cruz de Elegba. Más abajo, entre sus piernas pintó las serpientes gemelas. El dedo de mi protegido sigue dibujando sobre las nalgas para no dejar un pedazo de piel blanca que permita resucitar al padre Gallifet en el panteón de sus santos católicos. Arrastró su cadáver lejos de la capilla y con la ayuda de Ogún Balindyó, le pega al revés la cabeza sobre los hombros. Como si solo esperara este acto de misericordia, el fraile difunto se levantó del suelo y se retira retrocediendo, sin una sola espiga de la prédica cristiana que iniciara en nuestra isla. Ya andaba perdido en el océano de Yemayá, cuando los Ogúns descendieron de la carreta, incrédulos de que pudieran rondar las ruinas de la iglesia consagrada a san Patricio, allí en la colina donde los artilleros del rey volaron el cuerpo de Damballa.

En esta noche de resurrección me he vestido con mi mejor traje para despejar el camino a los orichas. Me gritan:

—Don Petro, dibuje usted los vevés sagrados.

Con el dedo trazo en el suelo triángulos, la cruz de Elegba, cabezas de serpientes, ojos y manos, los símbolos que abrirán los caminos de la rebelión. Después Bouckman llenó la noche con el grito de su tambor:

—¡Vengan todos, los difuntos y vivos, a pelear al lado de nuestros orichas contra la esclavitud!

En esta noche de diciembre, aquí en la prisión, la nieve cae abundantemente sobre mis hombros. Me pinté el cuerpo con harina de mandioca para que los vivos puedan reconocerme. Por tres veces

salí al patio cubierto con los ripios que restan de mi antiguo uniforme de presidiario. Los tamarindos que yo mismo sembré en Ennery, asados por el frío, están cubiertos de cenizas. Mi carcelero, un antiguo soldado de Napoleón, me cuenta que todos los años por este mes, el emperador volvía a las estepas rusas a recoger las huellas de sus ejércitos sepultados por el invierno.

En busca de la llamafuego he retornado a mi isla en pos de las huellas perdidas. La Sierra Negra, el Valle del Artibonite y advierto que también los puertos y las aguas de la madre Yemayá están convertidos en desiertos de sal. La oscuridad congelada es otro muro recubierto de cal. Enciendo los cien ojos de Ogún Ngafúa y entonces descubro que la flota de Napoleón se disponía a invadir nuestra isla. Llamo a mis generales:

—¡Christophe! ¡Dessalines! ¡Jean-François! ¡La revolución está en peligro!

Se encuentran muy distantes para que oigan mi voz. El invasor me sorprendía fuera de la patria, combatiendo a los españoles en Santo Domingo. Desde la altura del Grand Boucan vigilo los movimientos de su flota. Ni siquiera Changó armó tan grande expedición. Las escuadras zarpan en una misma hora de distintos puertos: Brest, Lorient, Rochefort, Toulon y Cádiz. Sitiaban la isla y apuntan sus cañones contra la república victoriosa de los negros: cuarenta navíos de guerra, veintisiete fragatas, dieciocho corbetas. Sobre cubierta tocaban a somatén y cuarenta y cinco mil soldados blancos obedecen las órdenes de cuarenta y un generales de división y brigada blancos.

Las voces cuchichean en distintos idiomas.

—General Gravina —oigo que hablan castellano—, el contralmirante Hartzinch anuncia que su división desea combinar la acción con nuestra artillería, pero tenemos dificultades con sus enlaces que solo hablan holandés.

El ruido de sus tacones oscurecía mis ojos. Pero alcanzo a ver al vizconde de Rochambeau que ya apunta sus cañones contra Fort-Liberté.

—General Leclerc, es preciso que se ataquen simultáneamente todos los puertos.

Reconozco su voz aunque nunca antes le había oído: el propio Napoleón aconseja la estrategia a su cuñado. No imaginaban que al muntu, alianza de vivos y muertos, le sobraría heroísmo para derrotarlos.

La loba blanca tiene muchos rostros: alemanes, ingleses, polacos, franceses, holandeses, españoles, norteamericanos. Rochambeau. Hardy. Gravina. Hartzinch. Bradford... También me muestran sus colmillos algunos ekobios con el olor de mi propia sangre: son los mulatos Rigaud y Pétion a quienes expulsé a Francia por negarse a aceptar que seamos los negros quienes capitaneemos la revolución. El comandante general de la flota los ha traído a su lado. Necesitaba ojos criollos que le escojan el lugar donde reposarán sus huesos.

Sin la experiencia y apoyo de los ancestros, brújula de los vivos, nuestras acciones frente al acoso de tantos enemigos hubieran perdido el rumbo de la libertad.

III

LIBERTAD O MUERTE

—¡CUENTE! ¡REPÍTANOS DON Petro la gran hazaña del muntu y sus generales negros!

—Que los niños se sienten junto a mí, voy a relatarles las batallas de los vivos y los muertos; la lucha de Dessalines y Christophe cuando al frente del muntu, vengaron el asesinato de su jefe L'Ouverture; los sueños locos de un emperador que pretendía reinar sobre una república de negros libres.

Para cortar las garras a la loba blanca, quemarle el rabo y expulsarla de Haití, se necesitó la alianza de los ancestros y sus descendientes, que los ríos cambiaran de rumbo, que los árboles quemados y los que retoñan se unieran a las piedras, al viento y a las aguas de Yemayá.

Al caer la tarde se oía el caracol del cacique Caonabó despertando a sus muertos. Renacen de las huellas dejadas en la playa, saltaban desnudos desprendiéndose de la figura de la piedra y con sus flechas y macanas, entran a la guerra danzando, recién nacidos, aún abiertas las heridas por las espadas de Colombo y sus capitanes. Jaguares, máscaras con colmillos despedazan los cañones y se tragaban las balas. Así fue la lucha por la vida, la tierra y la libertad que son el alimento del muntu.

¿Oyen ustedes, igual que yo, el incansable, el repetido tamborileo de Bouckman invocando a los orichas?

Ogún Nagó, padre de la revuelta, otra vez desembarca sus difuntos en el Cabo y Jacmel. Vimos a Olugbala cargando sobre sus hombros la Montaña Negra para aplastar al invasor. Kanuri mai trajo la luz y Ogún Ngafúa traza los caminos por donde arderá

el fuego. Y en los surcos abiertos, la madre Sosa Illamba pare las semillas de sus hijos inagotables.

Junto a sus vodús, entraron a la guerra los que habían vivido atados a las carretas, al trapiche, a los picos y fosas, a las calderas de los barcos, a los excusados y letrinas. Las mujeres con sus vientres maduros; los niños con guijarros y hondas. Todos aquellos que podían herir con las uñas y los dientes: los cojos, los ciegos, los mancos.

Changó fue nombrando a sus generales:

—Mackandal, te hago mariscal. Vengarás la sangre de los ekobios torturados.

A Bouckman le entregó el fuego para que incendiara los cañaverales y trapiches.

—¡A ti, Toussaint L'Ouverture, te doy las llaves de Elegba! ¡Aun después de muerto, serás la gran abertura de la libertad!

Así, conociendo la inteligencia y el coraje de cada uno de sus guerreros, les enriquece para sus hazañas.

—¡Acércate Dessalines! Toma esta corona, serás emperador general de la plaza y reorganizarás la nación destruida por la guerra.

A Christophe le dijo:

—No dejarás paz a tus propios ekobios. Te coronó rey para que gobiernes sobre los cadáveres de tus amos y súbditos.

A Pétion, único de los grandes generales con sangre mulata, nombró presidente Confianza para que con soldados, barcos y fusiles, arme a quienes le juren libertar al muntu.

Cuando estuvieron conformados los ejércitos, Chankpana, durante la noche buscó las aguas retenidas de la madre Yemayá para sembrar en ellas sus tolvánas de mosquitos. Zumbido de alas, picotazos de alacrán, cayeron sobre las tropas extranjeras, bebiéndose su sangre y envenenándoles con la fiebre, los escalofríos y el dengue. El barón Samedi, con poco tiempo para devorar sus cadáveres,

se limpiaba los dientes con las uñas. ¡Jamás antes su panza estuvo tan llena! Descarado, se le ve de día disputando la mortecina a los zamuros. El barón La Cruz y su compinche, el barón Cementerio, cavaban una sola y larga fosa para los veinte mil blancos que languidecen y mueren pronunciando palabras extrañas.

El 4 de enero nuestro gran comandante Toussaint había tomado por asalto a San Juan de Maguana. El 14 cruza el río Nissau y batió a los españoles cerca de Baní. El 26, después de imponer la capitulación a los jefes españoles, entra victorioso a la ciudad de Santo Domingo donde proclama la emancipación de los esclavos en toda la isla.

Pero aquí en el Cabo, la flota de Napoleón pone en peligro nuestra libertad. Dos noches atrás las casas habían comenzado a crujiar presintiendo el olor de las llamas. Las vigas del techo y las puertas se bambolean sin que las sacudiera la brisa.

Comenzamos a invocar a los orichas. Los tambores llamaban a Bouckman con las pieles tapadas para que sus voces no sean oídas por el enemigo. Desde lejos escuchamos el galope de los caballos. De Gonaïves ha venido Vernet; por la costa, de Port-de-Paix, se acerca Maurepas. A escondidas de mi teniente Dessalines, la tropa me envió desde Port-au-Prince. Buscamos la protección de los vodús para que el barón Samedi no diezme nuestras filas. El ladrido de los perros sin cabezas nos anuncian que la luna fuego de Bouckman ya nos alumbra. Descendió acompañado del general Balindjo para que ataje la gangrena de nuestros heridos. Ogún Ashandé cargaba al hombro su calabaza con las yerbas que paralizan la hemorragia.

La voz de Bouckman nos golpeó desde el cielo con su luz roja:

—Miles de ekobios sucumbirán en la lucha pero cada muerto hará más fuerte nuestros ejércitos. ¡Los protegidos de Changó somos invencibles!

La madre Yemayá no duerme desde que la flota aliada fondeó frente al Cabo. Las olas golpean con furia el morro y el viento ha borrado las gaviotas del puerto. Esta noche el faro apaga su único ojo y en la oscuridad apenas se vislumbra el parpadeo de una lámpara traidora que de vez en cuando se asomará en un balcón. Los espías han informado al general Leclerc de las escasas unidades que defienden a Fort-Piccolet. Las mismas brujas, sueltas de noche, le revelaron que en Port-Liberté, en la cercana dársena de Bayajá, solo hay unas cuantas piezas de artillería.

Mientras Christophe duerme despierto, volé por los caminos del sueño y a media jornada me encuentro con el general Toussaint en la Sierra Negra. Advertido del peligro por Nagó, ya se acercaba en precipitada huida después de sus brillantes victorias en Santo Domingo. A nuestro ejército, libertador de esclavos, nuevamente lo amenaza la sombra de la esclavitud.

Sin embargo, los invasores temían lanzarse al ataque. Los atemoriza la leyenda escuchada en Versalles sobre los cimarrones caníbales y sus vodús sedientos de sangre blanca. Las tropas imperiales nunca se han enfrentado a soldados difuntos que salen de sus tumbas armados con los fusiles de sus asesinos. Sorpresivamente el Estado Mayor cita a los tenientes mulatos, hasta ahora menospreciados por sus jefes. Rigaud pretende suplantar a los generales negros a quienes ha combatido durante los años de la revolución. Sus superiores confían en sus rencores y en el conocimiento que tiene de la soberbia y debilidades de nuestros jefes. Otro, el teniente Alexandre Pétion, se ha distinguido en París como artillero y está dispuesto a disparar sus primeros cañonazos contra la patria.

Nagó ronda la flota con su barco náufrago. Subía a cubierta y escucha al general Leclerc cuando sondea las dobleces de sus subalternos:

—Nos aprovecharemos de la indecisión que debe sufrir el comandante de la plaza por la ausencia de su superior.

—No se haga ilusiones, Christophe, como todos los negros que se hacen llamar generales, no entregará el Cabo sin combatir.

Solo Rigaud podía revelarles aquella verdad con tanta certidumbre. En efecto, antes de que amaneciera, Christophe recorre los barrios pobres rodeado de sus dragoneantes. El tricornio emplumado, el sable de plata y su caballo negro alucinaban tanto a los adolescentes que oyen al propio Changó, invitándolos a la guerra:

—¡Libertad o muerte!

A su paso se alzan machetes, palos y algunos fusiles robados a los comerciantes. El grito de Bouckman que resucita a los difuntos, ahora transformaba en combatientes a los huérfanos y viudas. El Cabo no estará desguarnecido.

Pero otra es la actitud de los mulatos desde que los periódicos de Jamaica trajeron la noticia de que el rey Borbón ha cedido a Francia la parte española de la isla. Las matronas tejían en secreto los colores de la bandera del decapitado Luis XVI. Desde Santiago de Cuba, Baltimore y Kingston, adelantándose a la reimplantación de la esclavitud, los refugiados blancos envían a sus mayores en botes clandestinos para que les recuperen las plantaciones confiscadas.

Las campanas de la catedral, ocultando el inminente asalto a la ciudad, apaciguaban a los feligreses con dobles de muerte.

—¡Solo Dios es la esperanza! Aquellos que se alejan voluntariamente de su gracia serán castigados con fuego.

Esperanzados en que les dieran migajas de pan, el coro de niños cantaba los trisagios después de escuchar sin oír las admoniciones del obispo. A estas horas tempranas, solo las concubinas mulatas imploran ante el altar por el regreso de sus amantes blancos.

—Don Petro, prosiga su cuento...

A medianoche Christophe sorprendió la guarnición de Fort-Liberté. El caballo empleado en la carrera respira espumas rojas y sus cascos no podrán resistir el peso de otro jinete. El comandante, al frente de su tropa, le rinde el parte de guerra:

—Nuestras baterías apuntan al enemigo pero necesitamos refuerzos y municiones para repeler el ataque.

Ya eran difuntos cuando mi protegido le responde:

—Dispónganse a morir. No hay más hombres ni más balas que puedan reforzar esta guarnición.

Esa noche los vodú tampoco respondieron a nuestro llamado. Christophe comienza a tener miedo de que no sea otra cosa que una sombra abandonada de sus ancestros. Yemayá, sin embargo, está presente. Sus olas embravecidas han impedido el desembarco. Leclerc desespera. Cada instante que demore el asalto favorecería el retorno del general Toussaint. Así lo comprendía Christophe y refuerza las baterías de Fort-Piccolet fundiendo nuevos cañones con campanas de las iglesias. Las mujeres ayudan a la tropa a saquear las bodegas donde los comerciantes traidores escondían los alimentos que pretenden entregar al enemigo. El alcalde de la municipalidad, César Thelemaque, con algunos comerciantes mulatos, se han acercado a Christophe, pidiéndole que rinda la ciudad sin resistir.

—Mientras sea yo el defensor de esta plaza, nunca habrá capitulación ante los enemigos de la libertad.

Escuchaba el ladrido de sus sabuesos. Sé que merodean los cadalsos donde otras veces se les alimentó con las vísceras de los degollados. Pero me equivoco. Está aquí en el interior del patio. Se sentó en mi cama. Me saluda quitándose el sombrero y con desfachatez se desbrocha los botones del chaleco para mostrarme su barriga.

—¡Tengo hambre!

Se clava sus uñas largas en el ombligo. Para entonces ya sé que no sueño. Le grité cubriéndome con las sábanas:

—Barón Samedi, mi general. Te he dado de comer ejércitos enteros de soldados.

Por la punta de la colcha puedo mirarlo. Está triste. Había perdido su risa burlona.

—Ahora quiero carne de perro.

—¿Sabuesos?

Arrugó sus labios dejándome ver sus largos colmillos.

—Los tendrás en abundancia, te lo prometo.

Se retira satisfecho, colocándose sus algodones en la nariz. Todavía no se había disipado su hedentina cuando escucho los golpes de mi edecán que ha estado insistiendo hasta despertarme.

—El Estado Mayor está reunido.

Antes de echarme un poco de agua a la cara me asomé a la ventana. Changó esparcía sus fuegos. Estoy seguro de que era él quien me alargaba la vida. Abajo, en el jardín del palacio, un viejo perro ladra. Me vestí a medias, abierta la guerrera. El edecán se dio prisa en darme la nueva:

—Teniente Christophe, nuestros espías han interceptado el correo del enemigo. Los ingleses traen doscientos perros que les ha enviado don Juan Nepomuceno de Quintana, el nuevo gobernador de Cuba.

—¿Perros?

Le arrebaté la carta y sigo el rastro de la letra enrevesada:

«Sepa que no le abono ninguna ración ni gasto para alimentarlos. Usted debe darles negros para comer...».

Comprendo por qué me ha visitado y ya totalmente despierto, ordeno al edecán:

—Organizad la cacería de esos dogos y que los sacrifiquen al barón Samedi.

Los pescadores regresan a sus ranchos con las atarrayas vacías. La poca pesca se quedó en la cocina del Hotel de la Corona donde aún se refugian los contados extranjeros que no han podido huir de la ciudad. Por las faldas del morro, las cabras subían dando saltitos entre las peñas. El Machocabrío-Changó-Sol mira hacia el mar. Bajo su disfraz llevan fusiles y municiones.

Aprovechando el buen tiempo, el general Leclerc decidió tantear nuestra resistencia con un navío de guerra al mando del capitán Hardy. Nadie se aterroriza. Las ancianas, en medio de los soldados que transportan cañones a Fort-Piccolet, barren el frente de sus casas como lo hacían desde su niñez en tiempos de la esclavitud. Ekobios mutilados por sus antiguos amos, arrastran las carretas de carbón, ahora cargadas de pertrechos y fusiles.

Los defensores de Fort-Piccolet abrieron fuego mucho antes de que el barco estuviera al alcance de sus cañones. Asustadas, las gaviotas ceden el aire limpio de la mañana a la humareda de pólvora. El capitán Hardy maniobraba a sotavento, guareciéndose detrás del morro. Sabemos que el traidor Pétion lo guía por entre los arrecifes y bajos de la costa. Tocarón el clarín y desde la playa podemos observar el movimiento de la infantería marina disponiéndose al desembarco. El brillo de las bayonetas rompía el silencio de la playa cuando el Machocabrío-Changó-Sol y su tropilla de cabras los rechazan con nutridas descargas.

Dos horas más tarde supimos que el simulacro de asalto solo tenía por objeto distraer a nuestra tropa. La noticia la trae un herido que había sembrado el camino con sangre para no extraviarse en su regreso de difunto:

—El general Rochambeau masacró a mansalva a la guarnición de Fort-Liberté. A los que sobrevivieron al asalto, los ciegos por la metralla, los agonizantes, se les ató de las muñecas antes de arrojarlos al mar.

La artillería enemiga ahora bombardeaba nuestras defensas dispuesta a repetir sus crímenes. Mi teniente Christophe, abrazado al moribundo, me ordena:

—¡Marie-Jeanne, trae agua a este valiente!

Pero el posta la rechaza. Escapado de la masacre, se avergüenza de no estar entre los muertos. A todos nos pesa demasiado la sombra de la vida.

—Los difuntos solo mueren cuando no tienen ekobios vivos a quienes cabalgar.

Las palabras del comandante Christophe nos resucitan. Firme, sobreponiéndose a las lágrimas que ablandaron su rostro, presiente el escalofrío que desatarán sus órdenes:

—¡Abandonemos la ciudad!

La corneta esparce el toque amargo de la retirada. Jadeantes, acomodándonos a los movimientos que no habíamos previsto, comenzamos a evacuar el fortín. Los cañones se resistían y, ocultos detrás de las defensas, disparaban después de desarticulados. Jamás una artillería pesó tanto sobre sus goznes. Nuestro propio comandante debió volarla para impedir que cayera en poder del enemigo.

Mucho después de desalojar el fortín, escuchamos las explosiones con que nos despedían los ekobios designados para morir desde la noche anterior por el Machocabrío-Changó-Sol.

Esta noche no necesitamos invocar a los orichas con nuestros tambores. Desde antes de oscurecer, Bouckman se presentó en lo alto

del morro con su carreta de fuego. Todos los protegidos de Changó están presentes en el Cabo amenazado por el enemigo. El Buen Ángel Mayor de Toussaint, adelantándose a la tropa, llegó desde el Santo Domingo español. El teniente Dessalines, rebelde a los vodús, fue traído por Nagó desde Port-au-Prince para que se sentara al lado de Christophe, defensor de la ciudad.

El difunto Bouckman saca las nueces sagradas que llevaba ocultas bajo su sábana blanca; las calienta con su saliva, las frotó entre sus manos y cerrando los ojos, las arroja al suelo. Asustado, lee con sus ojos visionarios:

«Seréis derrotados por vuestras propias faltas».

A los más valientes, les chasquean los dientes. Bouckman, confundido, se levantó y a solas se retira a dialogar con los orichas que permanecen en el interior de su carreta. Al quedarse sin la sombra donde confluían todas las miradas, nuestros generales rememoran su pasada vida de esclavos. Luego se abrazan y postergando sus vanidades, juraron combatir al invasor hasta la muerte.

Marie-Jeanne se desespera y llamó a los loas percutiendo el tambor hasta ampollarse las manos. Pero solo regresó Bouckman con la antorcha de Ogún Ferraille.

—Os traigo el mandato de los orichas. Desde ahora los incendios serán el gran verdugo de la loba blanca.

La ciudad dormía cuando entregó la llama a Christophe. Todos lo vimos alejarse con su antorcha encendida. Camina por las calles iluminadas por los incendios que aún no han comenzado a arder. Se dirigió a su mansión donde los guardias, sus domésticos, los perros lo ven entrar enfurecido. Prendió fuego a las cortinas de terciopelo, a las lámparas de alabastro, a los grandes espejos que arrebató a los franceses antes de fusilarlos. La llama se le multiplica, tiene tantos brazos cuantos alzaba el pueblo con sus hachones prendidos.

El fuego es un río que nace en las alcobas y corría por las alfombras antes de regarse por los techos. Baja a las bodegas y subía a lo alto de las iglesias. Atolondrados, los comerciantes salen de sus escondrijos con las caras pintadas de negro. Los ekobios no se dejaban engañar y asesinan por igual a los traidores blancos y mulatos.

Al anochecer, noche que no tendrá oscuridad, nuestro comandante Christophe penetra en los cuartos incendiados del Hotel de la Corona. Un irresistible relámpago lo empuja hasta encontrar el gran espejo donde se miró la primera vez con la casaca roja de mandadero. Aunque las cenizas le oscurecen el rostro, se reconoció a sí mismo, coronado rey.

Desde Haut du Cap los caballos se beben los incendios y el general Toussaint comprendió que ha llegado tarde. Los últimos fugitivos del Cabo le dan la noticia:

—Leclerc tampoco ha hecho un solo prisionero en Fort-Piccolet.

El humo propala la consigna. Mañana Vernet incendiará a Gonaïves y tras de inútil resistencia, Maurepas cubrió de cenizas a Port-de-Paix. Donde quiera que la loba asoma sus orejas, los protegidos de Bouckman le chamuscamos el hocico.

Desesperada, impotente, quería ahogarnos en nuestra propia sangre. Hardy pasó por las armas a los sobrevivientes de Acul de Limbé y el general Boudet, en Port-au-Prince, ejecuta a los mulatos que habían sido detenidos por los blancos. Por cada prisionero negro que asesinen, mi teniente Dessalines levantará el cadalso de cien blancos.

—Ahora, niños, duerman y sueñen con nuestros vodús combatientes.

—¡Don Petro! ¡Don Petro! ¡No se vaya! ¡Cuéntenos el final de la historia!

Solo, ya sin la angustia de los vivos, recojo las huellas más antiguas dejadas en mi prisión. El lento rodar del cerrojo me quebraba el sueño. Son los guardias del primer cónsul abandonándome tras la reja. Siento sus llaves pesadas como si alguna vez las hubiera tenido entre mis manos. Todavía espero robarlas, abrir los muros y regresar a Breda, a los pasos dados en la infancia. Los ruidos se alejaban, llevándose la luz del puerto, el rodar del ancla que me anunció la partida. Este-oeste, vientos contrarios. Regreso al día, al lugar de aquella despedida. Los guardias que me acompañaban se prenden largamente de mis brazos —saben ellos que nunca más se tocarían nuestras manos, nunca después entrelazadas nuestras palabras—. Bajo la mirada que fingía separarnos, persiste el nudo que nos amarra más allá de la muerte. Luego vino el aparente silencio, solo porque ya no oímos las palabras del que habla, ni la respuesta que niega o abre un nuevo rumbo. Tardíamente me repito los gritos del Buen Ángel Mayor reteniéndome cuando penetraba al encerrado aire de la trampa. Recorro el laberinto de las calladas recriminaciones. Acusador y acusado, me preguntaba y me respondo. Parece que existe un instante en que Orunla, olvidado de las Tablas de Ifá, permite que el muntu cambie su destino. Momento de real libertad en que se puede elegir entre rehacerse a sí mismo o continuar siendo la imagen de barro pensada por Odumare. Yo he andado y desandado el tiempo de aquellos pasos que me condujeron desde mi habitación en Ennery a la cubierta del barco donde me esperaba la traidora sonrisa del general Brunet.

—General L'Ouverture, por mi conducto, Napoleón le ofrece la paz y la libertad a su pueblo y a sus soldados.

La mañana nació exclusivamente para mí ese 6 de mayo de 1802. Tengo razones para no olvidarla. Todavía en la noche los artilleros franceses continuaron disparando salvas en mi honor. Pero desde el flanco del mar, la madre Yemayá me prevenía con oscuros

nubarrones. En el banquete de la fraternidad —«Marsellesa», vinos, flores— los soldados franceses custodiaban con sus bayonetas mi cadáver. Mis generales abrazados a las rubias brindan por la libertad y la igualdad. Mi paloma negra y el gallo blanco del general Leclerc —no era el gallo rojo sacrificado a Ogún— acordaron respetar la vida y la dignidad de mis comandantes. Otros, ellos, ebrios por la espuma del champagne y las palabras fermentadas, brindaron por el sol del primer cónsul cuyos resplandores ya teñían sus copas de sangre. Mi Buen Ángel Mayor me indujo a que solo probara el agua y no el vino envenenado que varias veces me ofrecieron. Al retirarme a la alcoba, tampoco quise despojarme del uniforme tejido por las agujas de mis ekobias. Me preparaba para la interminable batalla contra mis propios remordimientos. Si esa mañana cantaron los gallos, yo no los escuché. Es muy tarde cuando el edecán vino a notificarme que mis soldados, uniformados y firmes, exigían mi presencia para rendir sus armas. Todavía Orunla me brinda la opción de rebelarme. Pensé en los miles de compañeros caídos, en los niños que combatieron con guijarros y hondas, en mis cimarrones sin ropas con el fusil chamuscándoles los hombros. Pasé revista a todos aquellos que me muestran sus puños y sus dientes. Ahora, todavía, nunca debí exigir a mis generales que entregaran sus espadas. Y más allá de los que me oían, ingenuamente pido a los ekobios muertos que entreguen los machetes y martillos con que rompieron las cadenas de sus cepos. Avancé entre los guardias franceses. No soy yo, brillo de mi espada negándose a sí misma. Mis valientes lloraban. Sus manos tienen el temblor que nunca conocieron en el combate. Buscaban inútilmente las charreteras de general que están acostumbrados a mirar sobre mis hombros. Oyeron mi voz. No es ronca, atrevida, anunciadora de victorias. Desde entonces sé que no hablaba, tampoco lo hace mi loa jinete. Soy relámpago sin trueno, muertovivo:

—¡Por amor a Francia! ¡Por la paz entre hermanos! ¡Ekobios libres de Santo Domingo, deponed las armas que os ha dado la revolución!

Al entregar mi espada, los ojos azules del general Leclerc se tiñeron de amarillo. Ese es el color de la traición. Cada uno de mis guerreros pasó a integrar los ejércitos del barón Samedi. Pero ahora sé que no hay cementerios que puedan dar sepultura a las vidas de los que han muerto traicionados.

Acuartelados en Crête-à-Pierrot, resistíamos el asedio del general Leclerc. Doce mil soldados europeos nos impiden la retirada hacia Santo Domingo, a través de la Sierra Negra. Por el flanco izquierdo, catorce divisiones estrechaban el cerco. Sin embargo, la retaguardia continúa siendo el punto vulnerable. Mi teniente Mogny, herido, se responsabilizó de su defensa al mando de un pelotón de amputados a quienes el general Balindjo taponaba con saliva sus muñones sangrantes. Mañana, reforzado con las divisiones de Boudet y Durgua, el general Leclerc intentará el asalto final.

Al caer la noche, todos hemos visto al barón Samedi recorriendo los alrededores de la fortaleza con su gran cubilete negro. Donde quiera que pisaba, su edecán, el barón La Cruz, siembra sus cruces de madera. No temíamos a los guedes, solo queremos saber quiénes habitarán sus tumbas recién abiertas.

—Marie-Jeanne —me pidió el teniente Lamartinière— convoca a papá Legba, solo él puede revelarnos quiénes serán los convidados del barón Samedi.

Los suboficiales y soldados nos asombramos al escuchar su orden. Sabemos que el general Dessalines ha prohibido que invoquemos a los vodús, aunque no ignora que las entradas y salidas de la fortaleza tenían grabadas con carbón los vevés de Ogún Ferraille

y del general Balindjo. En la capilla donde él invocaba los favores del buen Dios bueno de los católicos, nosotros oramos frente a santa Bárbara, imagen de Changó.

Tiro las cáscaras de Orunla y pronto, reunidas en pares, Ogún Ngafúa me da la respuesta:

«Nadie conoce lo que yace en el fondo del océano».

Nos olíamos con el aire retenido en la mirada, cuando escuchamos al centinela preguntando el santo y seña.

—¡Soy el general Dessalines!

El viento de sus palabras apaga las velas, alumbrándonos apenas con el brillo de los ojos. Se acercó hasta nosotros y con la punta de su bota pisotea las nueces sagradas. Después, besando el crucifijo que llevaba al cuello, nos quema con sus palabras:

—¡Juro por el buen Dios bueno, que yo mismo haré saltar esta fortaleza si mañana ustedes no cumplen con el deber de defenderla hasta la muerte!

Desde ese momento no supimos si pertenecemos al mundo de los bazimu o si defendíamos nuestros puestos en la trinchera.

En la madrugada, antes de que los gallos anunciaran la salida de Changó-Sol, la primera columna del general Leclerc avanzaba al son de los clarines y tambores. El teniente Pétion, acatando sus órdenes, cañonea contra los muros del fortín que aún permanecían en pie. Pero Larose, nuestro artillero, responde a todos sus disparos movilizándolo de un frente a otro el único cañón útil.

Mi general Dessalines no se dejó amedrentar:

—Ahorremos las últimas municiones.

Pide que cantemos «La Marsellesa» para devolvernos el ánimo perdido por el insulto que había hecho a nuestros vodús. Apuntando a los invasores, unidos por el canto, sentíamos que somos nosotros y no los franceses los hijos de la libertad.

—Dejad que avance la primera columna y disparen contra la segunda. ¡Nuestros enemigos no son los que ya están muertos sino los que puedan huir!

Nos mantenemos firmes, ahora cantando el «Chant du Départ» que nos ha enseñado un revolucionario francés en Saint-Marc. Pudimos ver que nuestro general con la guerrera abierta, tiene expuesto el crucifijo a las balas. No necesitábamos su auxilio, solo queremos ganarnos la admiración de nuestros ancestros. Con el sable empuñado, nos ordenó la consigna suicida:

—¡Abandonad la fortaleza! ¡A la carga! ¡El buen Dios bueno está con nosotros!

Fanatizados, cantando, saltamos por encima de nuestras trincheras. Mi teniente Larose disparó tantas veces su cañón contra el enemigo que silenció la artillería de Pétion. Cuerpo a cuerpo, nuestros yataganes se teñían con sangre extranjera. El general Leclerc, herido, cae en brazos de sus ayudantes. Boudet, alcanzado por una bala, también huye.

Fue aquí, en Crête-à-Pierrot, donde las bayonetas me quitan la vida que por mandato de los vodús no podían arrebatarme las balas. Renacida, todavía empuño el fusil. A mi lado, el difunto Mackandal me pide que acuda en auxilio de mi general Dessalines rodeado por un escuadrón de franceses. Luché junto a él, cubriéndole la espalda. Sus golpes de espada son tan certeros y rápidos que cuando llegó el barón Samedi con sus guedes, es el único vivo en medio de cientos de decapitados.

Todas las tardes vienen los azulejos de Ennery a picotear guayabas frente a mi celda. También me visitan los recién difuntos sepultados, todavía con las heridas abiertas, desangrándose. Se sentaban en las raíces del tamarindo que he sembrado en el patio de la cárcel. «Nuestros ekobios son azotados y los campos que

sembramos bajo tus órdenes, otra vez se han convertido en cementerios de zombis». El viejo invierno no tardaba en alejar a mis visitantes con sus puñados de nieve. Cuando todo se silencia en la fortaleza, puedo oír la lluvia sobre las cabeceras del Artibonite y el rastro de mis soldados que no han rendido sus armas. El general Brunet me visita y conversamos hasta el amanecer: «Mientras los grandes plantadores exigen que se restablezcan las odiosas discriminaciones a los mulatos, estos reclaman que se les devuelvan sus propiedades, ahora en poder de sus antiguos esclavos... he venido porque el general Leclerc quiere escuchar sus consejos para poner término a la lucha fratricida». Desde antes de deponer las armas, compadecido de quien le había entregado tantos ekobios y franceses en la guerra, el barón Samedi me taponaba la boca y el ano con sus algodones para que los sepultureros del primer cónsul puedan cargar con mi cuerpo podrido. Donde quiera que mis ekobios advertían mi cadáver, me cantan yanvalúes y con los puños en alto me arrojan flores. Sordo que nadaba en las voces de la intriga, no oigo las palabras de mi Buen Ángel Mayor y persisto en la creencia de que pactando con el enemigo puedo conquistar la libertad de los míos y preservar la paz entre las sangres. Fuego fatuo de mi sombra. Aquel siete de julio al abordar el barco de guerra fondeado en Gonaïves, no advertí que sus cañones apuntan contra mi pueblo. El general Savary me custodiaba con fingido respeto. Los marinos de la República de Francia no tardan en hacerme su prisionero, a su general de División. Ahora, sobre este muro de mi celda, escribo con letras invisibles para mis guardias, indelebles para mi pueblo:

«General Savary, destruyéndome, solamente habéis derribado en Santo Domingo el tronco del árbol de la libertad, pero sus raíces profundas y numerosas pronto renacerán».

No los veía, pero oye el resonar de los caracoles y flautas anunciando la hora de su muerte. Los xemes y difuntos indios asesinados por la loba blanca querían ver la cara pálida del general Leclerc con su pupila más verde que el ojo de la selva. Engalanados con plumas y narigueras de oro, danzan alrededor del moribundo con sus macanas y flechas. Le arrancarán los ojos para que en la oscuridad de la muerte persistan sus delirios:

—Napoleón, mi querido cuñado, es inútil vencer a estos negros esgrimiendo contra ellos ideas contrarias a la libertad.

Caonabó lo hiere con la mirada hambrienta que lo llevaría al reino de los xemes cuando prisionero y encadenado por Cristóbal Colón, se resistió a comer para que su nao no lo conduzca esclavo ante los reyes de España. A su lado, su mujer Anacaona, traicionada, perseguida, todavía sostiene en su puño la lanza con que combatió a los invasores españoles. Mackandal rememora los tiempos en que los indios y negros cimarrones pactaron la lucha a muerte contra los blancos esclavistas.

—Paulina, retira de mi cabeza esta falsa corona con que tu hermano pretendió hacerme emperador de Santo Domingo.

Los médicos que le rodeaban, los generales y soldados que lo ven morir son parte de su mortaja: también ellos padecen las fiebres del vómito negro; nadie de los suyos le sobrevivirá para que cave su sepultura. El cacique Caonabó sopla un poco de viento en su cara, y ya agonizante, se le cayeron las hojas secas de los párpados.

—Estos son, muntu que me escucháis —dijo don Petro— los caminos que recorreremos los difuntos cuando soñamos que estamos dormidos.

Soy mujer y sin la envidia de los vivos que desean suplantarle, puedo juzgar a mi general Dessalines. No teme ni adoraba a nuestros vodú pero sí le aterrorizan los delirios de Napoleón decidido a reimplantar la esclavitud en Haití. Odia a blancos y mulatos: los unos le habían esclavizado, los otros quieren asesinarlo. Para combatirlos fundó la primera República de Labradores y Soldados. Christophe, Pétion, Clerveaux, Geffard, Capois, Yayou, negros y mulatos, juraron defender la Constitución revolucionaria y aceptar la autoridad vitalicia de mi general.

Un día, arrogantes y presuntuosos, los mulatos le solicitan audiencia. Vestían trajes importados de Francia, hablan el galo de las cortes de Versalles. Mi general los recibió sin su ostentoso uniforme, aunque ya es gobernador vitalicio. Les escuchaba pero no les oye.

—No exigimos nuevos fueros, tan solo reclamamos justicia. Que el Estado nos devuelva las tierras heredadas de nuestros padres europeos.

Siempre impetuoso, colérico, llamó a sus guardias. Entran los soldados, campesinos que habían ganado los botones dorados de sus casacas en distintos combates.

—Si les devuelvo la tierra a ustedes —pregunta a los mulatos—, ¿cuál es la parte que correspondería a estos descendientes de africanos que la trabajaron por siglos y la han defendido hasta la muerte?

Había dado comienzo a la destrucción de las castas.

Después de un año de guerra, mi general debía no solo reconstruir los campos arrasados sino crear un Estado libre e independiente:

—No pueden existir esclavos en este territorio. La servidumbre queda por siempre abolida.

Con esta declaratoria, la Constitución de Toussaint L'Ouverture persistía inmodificada.

Sin embargo, oigo voces entre difuntos y vivos, unas solapadas, otras abiertas, casi siempre extrañas, condenando su coronación como Jacobo I, emperador de Haití. Títulos pomposos que en nada variaban su condición de gobernador general y jefe supremo del Estado Libre de Haití. Aun cuando fue enfático en la vida y lo repite aquí ante el gran tribunal de los ancestros, con tal proclamación de absoluta soberanía solo quiso expresar a Napoleón, autocoronado emperador, que al frente de nuestra república se encuentra otro par y no el delegado gobernador de los tiempos de la Colonia. Todo me hace presumir que el asesino de Toussaint L'Ouverture comprendió el reto que le hizo mi general Dessalines, cuando renunció por siempre a sus planes de reconquista.

Pero la vieja loba es cegata y sorda. Expulsados los británicos de Haití, vencidos los franceses, todavía enfurecida, se mordía la cola y ladra en Santo Domingo. Ahora es el general Ferroud quien da a las tropas españolas la consigna bárbara:

—Masacrar a todo negro mayor de quince años; los menores de seis, negros o mulatos, sean encadenados en las haciendas de sus amos. Aquellos capaces de disparar un fusil, no mayores de catorce años, serán vendidos y exportados.

Dessalines recibió la orden de mi general Toussaint L'Ouverture desde el destierro y la muerte:

—No estará asegurada nuestra libertad mientras haya un solo esclavo en Santo Domingo.

Entonces organiza el ejército de negros previsto en las Tablas de Ifá. Veinticinco mil combatientes tomaron las armas. La memoria del muntu no recuerda otra expedición de libertos decididos a sacrificarse por sus ekobios esclavizados. A cada paso, con cada victoria, la tropa se agranda con los libres. Las ciudades españolas, atemorizadas por el ímpetu de nuestros soldados, se entregan sin resistirles.

El nombre de Dessalines, el vengador, el invencible, espada roja de Changó, aterroriza a los amos. El último reducto de la esclavitud en la isla, la propia capital, Santo Domingo, está sitiada... pero la escuadra francesa que todavía merodea en el Caribe y la conspiración de los mulatos de Port-au-Prince, lo obligan a retirarse.

Con la palabra traición podría escribirse la historia de todas nuestras desgracias.

—Que se detenga mi caballo y repose. Don Petro quiere contarles quiénes asesinaron a Jacobo I, emperador de Haití.

De regreso, sus más adictos soldados saben que la maldición de los loas le escolta. Durante su corto reinado ha perseguido a nuestros vodús y papaloas, pero son los mulatos quienes no olvidan sus palabras:

—¡Tengan cuidado! Negros y mulatos hemos combatido contra los blancos y los bienes conquistados nos pertenecen por igual.

Los conspiradores azuzan el rencor:

—Dessalines ha dicho que quiere un Haití bronceado donde mulatos y negros se fundan hasta igualar sus sangres.

En medio de sus guardias, sobre el lomo de su caballo, cabalga camino a la muerte. El barón Samedi se encargó de tirar de las riendas. Dos días antes, uno de sus edecanes oye el relincho de su risa. La mañana del crimen, mientras desayunaba, su edecán Léger percibe el olor a carroña que inundaba los caminos. Temeroso de que su general considere que son patrañas del vodú, calla y cuando se atrevió a prevenirle, los conspiradores ya lo rodean. Fue un soldado, Garat, quien disparó contra su emperador, hiriendo tan solo su caballo. Le sobraban ekobios fieles que ofrezcan sus vidas por salvarlo. Charlotin Macardiero, su ayudante, intenta protegerlo con su cuerpo cuando la nueva descarga los dejó en brazos del barón

Samedi. Todavía agonizante, confunde la carcajada del barón con el grito de su asesino:

—¡Viva la libertad, muera el tirano!

Ni aun desde esta ventana, el emperador se convence de que haya sido traicionado por un negro liberto.

Me mojé su sombra. Carroña, sudor que sudo por mis poros. ¡Maldito seas! Te reconozco aunque te bañes en azahares. Abrí los ojos y los espejos vigilantes rompieron mi cara. Comienzo a desandar mis pasos por el falso camino de los reflejos. Hinchados los labios, perdidos los ojos. Tiré del cordón y acuden mis siervos. En porcelanas de alabastro enjuagan mi cara, perfumaron mis manos. Sueño que estoy soñando. Se abrió la puerta y las doncellas me ofrecen bandejas con flores, melones y papayas. ¡No me engañas barón Samedi! A qué viene tanto disimulo. Escuchó sin responderme, siempre le sobra tiempo para cobrarse sus cuentas. Después del desayuno, fortalecido, me asomo a la ventana. Changó-Sol-Resplandeciente había iluminado todas las piedras de mi palacio. Lamenté que los franceses hubieran boicoteado la compra del mármol de Carrara que quise traer de Italia para construir mi palacio. Pero no me disgusta la roca arrancada de nuestra propia tierra, morena, rugosa. Sombras y vahídos enturbian mis ojos. Su hedentina me paralizó la mano, encoge mis dedos, me mataba las uñas. Pretendo gritar y las palabras ahogadas llenan mi boca de humo. El zumbido hiende mi cabeza y caigo. La noticia camina, yo sé que se arrastra por debajo de las mil puertas de mi palacio.

—¡El médico!

—¡No quiero verlo! Que venga el papaloa. Estas son cosas del barón Samedi.

Claro que lo sé. Con los dedos que aún puedo mover escondo la bala de oro en la faltriquera.

—Tú me has dado el poder de elegir la hora de mi muerte. ¡Aléjate, aún no es tiempo de marchar!

Su risa, olor de mortecina. Los dahomets me llevan cargado a la sala de mis consejeros, acomodándome en el extremo opuesto porque ya él ha usurpado mi trono. Tampoco están mis nobles caballeros. El duque de Mermelada. El conde de Avance. El marqués de la Limonada. En su lugar veo otros rostros. Les conocí en los campos de batalla. Barón La Cruz, barón Cementerio. Acusado, preparan mi juicio. Sin que lo advirtieran empuño la bala de oro. Ninguno de ustedes podrá dispararla. Desde afuera, más allá, mi Buen Ángel Mayor me advierte. «En La Ferrière han disparado el cañón anunciando tu muerte».

—¡Fusílenlos! No. Que se les arroje desde la más alta muralla. Quiero oír sus gritos despeñándose en el desfiladero.

El barón Samedi se frota las manos enguantadas. «Al menos ha tenido la cortesía de entrar correctamente vestido en tu palacio». No bien me ha dicho esto mi Buen Ángel Menor cuando suelta sus ventoseos. No es el barón caballero de cumplidos. Se desabrocha en mi trono y pone sus zapatos sobre la mesa, traqueteándose los huesos de las manos.

—¡Hablemos del negocio!

Sus guedes me levantan. ¡Me he orinado!

—Usted me prometió...

—Es mejor que mueras como un rey... No mendigues plazos. Todos se han vencido.

De repente advierto que la vida es apenas un plazo, largo, corto, un plazo.

—Hay algo que no alcanzo a comprender, barón Samedi. Eres injusto... ¡Te he dado de comer tantos muertos!

—Ahorra tus discursos. ¿No te das cuenta de que eres difunto? Me he tragado uno a uno los veinte mil hombres que sepultaste construyendo tu ciudadela. Los que murieron aplastados por las rocas, aquellos que de rodillas, flagelados, pedían un poco de agua. Cada piedra de tu fortaleza es un montón de huesos triturados. ¡Míralos, ya se levantan!

La colosal La Ferrière comienza a desintegrarse. Las piedras recobran su forma, calaveras, hombros. Los pies y las manos retiran las rocas que quebraron sus huesos. Desclavan las vigas y reúnen los polvos de aserrín, las puertas, los marcos, las vigas. Algarabía que no escucho, bazimu que pisaban y no dejan huellas. Vienen camino del tiempo, aparentemente se alejaban recogiendo los gritos que lanzaron cuando el rebenque ablandó sus carnes. Cientos, dos mil, diez mil, veinte mil. ¿Quién lleva la cuenta de los ekobios reclutados en las plantaciones? Los que dejaron de pagar el impuesto a mis dahomets, aquellos que mal siembran la tierra, los que se beberán la caña antes de molerla.

—Destruyen tu fortaleza, tu palacio, tu obra porque saben que los muertos se atormentan con sus errores.

Con mis dedos descarnados busco la bala de oro. Está caliente, vive, todavía puedo disparármela. El barón volvió a ventosearse o es que eructo mi propia muerte. «Vamos, no te resistas». También mi Buen Ángel Mayor se impacienta. Nada o poco me resta en esta vida. Me niego a acompañarlo. Apenas se trata de una conspiración palaciega. Mi pueblo se amotinará. La falsa noticia de mi muerte les hiere. Corrían por las calles del Cabo preguntándose si su rey puede morir. Saquean las tiendas, las bodegas donde mis enemigos escondieron el café, el algodón y el arroz.

Me levanto, aún puedo arrastrar mi pierna, mover mi brazo. Barón Samedi, me arrancaste un costado, pero soy amo de mi otro medio cuerpo.

—¡Vestidme con mi traje de soberano!

La camisa blanca con bordados y encajes. Las piernas encogidas, blandas, se resistían a entrar en los pantalones. Cuatro edecanes deben ajustarme las polainas mientras las duquesas ponían sobre mis hombros la capa roja. Finalmente, la propia reina me ciñe la corona sobre la frente.

—¡Llévenme al espejo!

Alguien me levanta el brazo y lo apoyo sobre su hombro. Una mano, ancha, fuerte, me sostiene las nalgas.

—No olviden la espada.

Vacilaron, se confunden, dudan que mi brazo derecho pueda empuñarla. Camino, ando, me arrastraban, buzima más pesado que la piedra. Al asomarme al espejo, en el fondo de la luz aparece el rostro negro, los colmillos y el sombrero del barón Samedi. Aprieto los párpados.

—¡Tráiganme otro que no esté empañado!

Pero en todos se asoma su cara burlona.

—¡Tápenlos!

Les arrojan cortinas, sábanas, tapices pero no alcanzan a cubrirlos. La nariz con algodón, la uña del barón Samedi se refleja en el vidrio de las ventanas, en el brillo de los botones, en los ojos de agua.

—Quiero mis caballos. Avanzaré contra los traidores, los esclavos a quienes hice condes, marqueses y duques.

Intento sujetar las riendas pero los guedes me han chupado la sangre. El caballo se detiene. Insistía en acosarlo con mis piernas, herirlo con las espuelas. Solo soy una sombra sobre su lomo. Estiró el cuello y lo que nunca ha hecho, levanta la cola y riega de estiércol el camino.

—Mal presagio, mi Buen Ángel Mayor. Tómallo de la rienda y llévame al Cabo.

El barón Samedi golpeó la mesa con sus nudillos. Se impacienta. Mientras esté aquí conmigo no dejará de reclamarme:

—Salgamos antes de que tu palacio y La Ferrière se conviertan en ruinas.

Los muertos continuaban el pillaje. Se llevan las camas, los edredones de terciopelo, las puertas talladas, los retretes de mármol. ¿Para que servirán a los muertos las vanas pompas de los vivos? Ya caen las telarañas sobre los huecos de las ventanas. «Los monomotapas gustan de las piedras dormidas. Escondidos bajo su peso, esperan el retorno de las horas». Veo las cabras de la madre Sosa Illamba. Buscaban el camino de su canto que les apaga la sed. Es mi propia madre, siempre distante, mirándome desde la ventana de su cocina. «Si me espera es porque todavía estoy vivo». Avanzo por las calles del Cabo. Me rodea mi pueblo, siempre dispuesto a la lucha, dueño de la ciudad. Tocaban las campanas desde las torres y disparan los cañones.

—Yo Henri Primero de Haití, vuestro rey Christophe, os ordeno que no dejéis vivo un solo traidor. Cortad sus cabezas, castradlos. Nunca fueron patriotas. ¡Destruid la ciudad, incendiadla de nuevo!

Se olvidaban de los traidores. Silenciosos, hostigados por el sol, comejenes, tienen solo el afán de construir sus pequeñas viviendas. Cargados de tablas se hundían en sus hoyos bajo tierra. Nunca poseyeron palacios ni grandes mansiones y ahora creyéndose difuntos regresan resignados a sus tugurios.

—¡Te equivocas, Henri Primero! Esos ya no necesitan de tus palacios y mansiones. Son tus antiguos soldados, tus hermanos a quienes esclavizaste, ahora libres con tu suicidio.

—¿Mi suicidio?

—Escoge pronto el sitio de tu sepultura. Me esperan en otro lugar.

—Barón Samedi, mi gran general, dame un solo instante para destruir a mis enemigos. Te prometo que tendrás un gran festín.

—Los bazimu no podemos alimentarnos con las acciones de los muertos. Saca tu pistola y dispárate esa bala de oro que yo mismo he fundido para ti.

—¿He de ser yo quien me asesine?

—Sí, tú. Así está grabado en las Tablas de Ifá.

—Mala muerte me espera.

—No hay muerte mala cuando uno mismo escoge el lugar y el momento.

—Dame esa oportunidad...

Palmoteo llamando a mis súbditos. La luz, el eco, relampaguearon bajo los espejos cubiertos. Acuden mis fieles servidores. Han perdido su gracia, el andar, aunque calzaban sus medias de seda, las zapatillas de charol.

—Quiero subir a la ciudadela.

—Majestad no reconocéis el lugar donde acabáis de suicidaros...

Ahora me doy cuenta de que quien me custodia no es el Buen Ángel Mayor compañero de la vida, sino el Menor, encargado de indicarnos los primeros pasos en la muerte. Camino despaciosamente a sabiendas de que es mi último recorrido por entre estos muros. Había caído el polvo sobre mis huellas y las altas almenas donde esperé en vano que se asomara el enemigo para disparar los cañones arrebatados a Leclerc.

Hice bajar los puentes y penetro a la plaza de artillería. Ordené que accionaran los cañones y las cureñas se quejan sobre los goznes enmohecidos. Miré a la distancia con los catalejos y observo que la flota pretende engañarme con falsas maniobras de retirada.

—Ya volverán. Estad vigilantes. La batalla se dará en el lugar que yo escoja.

Subí a la más alta torre. Desde aquí domino la vista de toda la fortaleza. A mis pies Sans-Souci y la gran llanura del Cabo. Buen sitio para esperar la visita constante de los vientos y de los siglos.

El barón Samedi me empuja. Comprendo su impaciencia. Ha sido extremadamente generoso conmigo. Doy un último vistazo al hospital, visité la sala de las calderas. El trapiche para moler la caña, los aljibes llenos de agua, las bodegas repletas de alimentos para resistir cien años de asedio. Puedo comprobar que realmente es una fortaleza inexpugnable como no la concibió Mashona al edificar la Gran Zimbabwe. Doy orden al capitán de artillería de que acerque uno de los cañones arrebatados a las tropas del emperador Napoleón.

—Quiero que fundas mi cadáver con su bronce. Que los enemigos de Haití sepan que siempre estaré dispuesto a disparar contra todo intento de subyugar nuevamente a mi pueblo.

Cuarta parte

LAS SANGRES ENCONTRADAS

I
SIMÓN BOLÍVAR:
MEMORIA DEL OLVIDO

LA VOZ LENTA Y RUMOROSA DEL VIEJO ORINOCO

Simoncito, quiero que recuerdes tus olvidos...

El pueblo ofrecía cuanto tiene a los vencedores de ayer, a los posibles derrotados de mañana. Todo estaba previsto para la instalación del Congreso Revolucionario. En las calles tus soldados se abrazan con desconocidos, reconociéndose tan solo por el olor a caballo que sudaban sus ropas. Los heridos en el último combate refieren desde sus hamacas ensangrentadas la manera cómo han desfondado el vientre del enemigo. En una esquina, tapado con las manos, se oculta el llanto de una madre que oía contar a un extraño la muerte de sus dos hijos lanceados por los realistas.

Al caer la tarde has vuelto a lo alto del Morro, solitario lugar de Angostura donde te refugias con tus esperanzas y temores. Desde aquí el Orinoco es más ancho.

Dormido, despierto, alcanzaste a vislumbrar el borbollón de agua que se acerca desde la otra orilla. Manatí o caimán avanza lentamente, el lomo con verrugas, la cabeza grasienta. Después de nadar bajo el agua, botaba al viento sus resuellos. Un sentimiento de pez te liga a ese muntu que se acerca y descendiste hasta la barranca. Una vez más te engaña el chapoteo de sus brazos. Hundía y alza la cabeza. Ahora puedes ver el resplandor de sus ojos entre la cabellera que le tapa el rostro. Retrocediste acobardado. Mitad monstruo, mitad manatí, mitad caimán, mitad hombre, después de la ancha travesía camina en dos pies. Macho, pudiste mirar sus colgantes bolsas. Se

te acerca aunque sospechabas que no te ha visto en la oscuridad. De repente se detuvo, olfateándote el aliento desde lejos, bañándote con su mirada de agua.

—¡Siéntate!

Te mostró una roca. Luego, agachado, se pone a dibujar tu rostro en el barro de la orilla.

—Siempre has creído que tus enemigos te acechan desde afuera.

—¿Quién eres que puedes desnudar mis pensamientos?

Oías tan solo la voz lenta y rumorosa del viejo Orinoco.

—Los vivos se sienten extraviados cuando no pueden dar un nombre a su propio destino. Igual te serviría saber si soy o no soy Canaima, el vigilante espíritu de la selva. Tus abuelos caribes me confunden con Patatí, su gran cacique y nuestros ekobios creen que arrastro el alma vagadora de Andresote. Lo cierto, Simón, es que soy Ngafúa, mensajero de Changó, tu protector en la guerra. Tomo mil formas, he estado contigo desde antes de nacer. Tu maestro compañero en el monte Aventino; tus delirios en el Chimborazo y en San Pedro Alejandrino. Seré Hipólita para cerrar tus ojos. Vengo a prevenirte contra aquellos que escondidos en tu propia sangre buscan tu fracaso.

Sus ojos se disolvieron en las cenizas de la corriente.

—¡No te alejes, Nana Taita, sombra de mis ancestros! —me gritaste.

El rayo de Changó trajo la noticia de que te morías de hambre en Caracas. Lluve a truenos y el samán centenario, encendido por la centella, quedó iluminado toda la noche. Yo ando con mi barriga grande y el niño comienza a revolvérseme con el susto. El viejo mayordomo descifró el mensaje de los relámpagos y ordena que me lleven esa misma noche a Caracas.

La tropilla de ekobios tomó el camino por debajo de los algarrobos para que la luna no me alumbrase el engendro. Venían sembrando un canto que conozco desde el país de los abuelos. El bamboleo de la hamaca hace que mi hijo cambie de costado. Otras veces se me quedaba quieto y entonces tengo miedo del chiflido de las brujas. Siempre a mi lado, contándole los pasos a la luna, el mayordomo no descansa con sus gritos. Repartía ron o me cubre la barriga con trapos mojados.

Llegamos a la madrugada. La lámpara delantera sorprende a las beatas camino de la iglesia. Se persignaban, corren, huían. Temen que seamos una ronda de aparecidos. Ya el tropel tocaba la puerta del amo, el señor marqués. Los perros que habían comenzado a latir desde que salimos de San Mateo, se alborotan con nuestro olor. Las lámparas, los gritos y ladridos venían a lamerme las manos. Me tenderán en una cama amplia, firme para resistir los vaivenes del parto. Pero no la necesité. Yo prefiero parir mis hijos en cuclillas.

—¿Cómo te sientes Hipólita? —me preguntó tu padre. Se había levantado con el alboroto de los perros.

—Aquí estoy con los dolores, mi amo, sin que llegue la hora todavía.

Haré que traigan al médico.

—¡Dios me proteja! Déjeme que eche este hijo al mundo como los demás. Que venga la Matea que sabe mejor de estas cosas.

Ya está aquí para ayudarme a caminar de un lado para el otro. Había prendido las velas a san Expedito por los rincones en donde no las viera el amo. La marquesa te trae en sus brazos. Pequeño y escurridizo, el pelo te cubría las largas orejas.

—¿Cómo sigue el cachorrito? —le pregunté.

—Pues muy hambriento. ¡Mírame los pechos resecos!

—¡No se preocupe, amita, nunca los míos se han llenado tanto! Parece que todo está dispuesto. ¡Caer de parto ahora cuando según mi cuenta todavía me falta un mes!

Esa misma mañana se me asoma la semilla. Era una hembra con los ojos apretados y la boca abierta para los gritos.

—Mejor que haya sido una hembra —exclamó Matea— porque la Hipólita no hubiera podido alimentar dos machitos a la vez.

—Pero si las hembras son más tragonas —responde el amo don Vicente.

Dos horas después, Simoncito, ya me vaciabas los senos.

Ando por los corredores de la antigua mansión de mis amos en la noche más oscura que he tenido. Ni el bautizo del cura ni las medicinas del médico han logrado arrancar la fiebre a mi hija recién nacida.

—¡Acudo a ti, Virgen de Regla!

Las brujas tiran piedras sobre el campanario de la iglesia de San Jacinto. Las cuento:

—¡Una... siete... nueve... doce!

Es la hora en que el Diablo perseguía las ánimas descarriadas. Ansiosa, protejo a mi hijita con el escapulario bendito por el padre Sojo.

En la tarde, para que no se alarmaran, encerré los perros en el jardín de los granados. Ahora, en el patio, los caballos nerviosos tocan a mi hija con sus ojos encendidos.

—¡Yemayá, consentidora de las madres adoloridas, te la traigo para que me la libres del mal de ojo!

Aquí están los tres golpes. Me acerqué a la puerta y el cerrojo se resiste como si alguien poderoso lo sujetara. Escucho el rezo de Crescencio y la puerta se abrió empujada por los ruidos. Me quita la hija de los brazos y sentados en el suelo, uno frente al otro, nos

asomamos al espejo hundido en un poco de agua marina. Jaiba negra, su mano caminaba con sus cinco patas, en el fondo de la batea.

—¡Reina de los mares, madre de los catorce orichas, aparta la tormenta que sacudió las siete noches que precedieron a tu parto!

La luna se asomó a su pedido.

—¡Mírala, se refleja aquí en lo hondo del mar! ¡Hipólita, dime tu primera pregunta!

—Quiero saber si mi hija sobrevivirá a este mal que envara su cuerpecito.

Vuelve a remover el agua con los dedos más largos. Luego esperó que responda la madre Yemayá. El espejo reflejó ahora la semioscuridad de la luna. ¡Era mi cara y no es!

—Veo a tu hija muerta. Así está escrito en las Tablas de Ifá, para que la leche de tu seno amamante a otro.

Mi pequeña dejó de gimotear y angustiada la cubro con mi llanto. Crescencio le abrió los ojos y trata de reanimarla llenándole el ombligo con espumarajos de candela.

Vuelvo a asomarme al espejo. Quiero ver con mis propios ojos la respuesta de Yemayá. Temerosa pregunto por segunda vez:

—¿Qué significa ese remolino?

El relámpago hendió el cielo y escuchamos su trueno sobre nuestras cabezas. Rojas, amarillas, azules, el arco iris cabalga las nubes.

—¡Hipólita, míralas, cinco banderas! ¡Cinco banderas! ¡Por mandato de Changó, el varoncito que chupa tu leche será el libertador de muchas naciones!

¡«Libertad»! ¡Esa palabra la oigo repetir diariamente en la sangre de mis ancestros y en las de mis futuros descendientes. Aún arden mis ilusiones y le pregunto:

—¿Seremos libres algún día?

Las aguas se oscurecieron. En el fondo de la batea dos serpientes se devoran las colas sin que la madre Yemayá logre separarlas.

—Son las sombras de tu amo Simón y del almirante José Prudencio. Combatirán juntos por la independencia de sus países pero no se ponen de acuerdo para darnos la libertad.

—Crescencio, oigo un ladrido...

—Sí, Hipólita, es la sombra perro que se oculta en sus sangres, la gota blanca que llevan los mestizos, la que traiciona a sus hermanos indios y negros.

Mi hija deja de retorcerse. El frío ha vencido las fiebres y sobre su rostro aparece la máscara blanca de la muerte. Tapo sus párpados con mi mano pero aún así me ciega el brillo de sus ojos.

Moribundo, tu padre te busca ansioso para entregarte su último aliento. La muerte, viva, presente, ya viajera en otros lados, rondaba la amplia mansión donde habías nacido. Pero ahora no se oye la lluvia de los perfumes ni la risa de las caraqueñas. El alma de mi amo don Vicente, tibia, recién desprendida de su cuerpo, ya recogía sus pasos. Las esclavas corrimos hacia la alcoba tratando de mirar por encima de los hombros de los que rodean su lecho. Tu madre, allí a su lado, te sujetaba entre sus brazos. El amo Vicente, sombra ajena, sacó fuerzas para hurgarte los cabellos queriendo desnudarles la raíz. Los ojos se le mueven aunque estaban vacíos. Dijo pero no lo escuchamos:

—¡Es muy pequeño, Dios mío, junta sobre él todas tus bendiciones y protégelo!

Tu llanto se mezcló a los olores de aceite de almendras y alcanfor. Muy cerca, ante el crucifijo del altar, la vela se consume entre pétalos muertos.

—Abre la ventana, Concha, no alcanzo a verle el fondo de los ojos...

Extendió la mano ciega.

—¿Dónde estás Simoncito?

Todos comprendemos, el amo entraba en el mundo de los bazimu.

—Ándate, Hipólita, llama al padre Sojo.

Tus hermanos vestidos de blanco se enlutaban con la angustia. Me abría paso entre ellos, llorosa, cuando oigo la campanilla del monaguillo. El humo del incienso se resiste a desvanecerse cuando el padre Sojo entra con el Santísimo. Pidió a tu madre que te retirara del pecho del amo porque insistes en jugar con sus pestañas. Fue entonces cuando besa tus labios para entregarte el aliento de la abuela Josefa que le venía quemando la sangre. Todo lo demás, las palabras atravesadas del padre Sojo, la campanilla y las bendiciones son cosas muertas. Te desprendí de sus brazos, sacándote de este cuarto donde crecen los llantos.

—Venga, mi Simoncito —te dije— desde ahora solo te llenarán sus recuerdos.

Te llevo de la mano al apartado rincón de la cocina donde Matea preparaba el chocolate. Más allá, detrás de los naranjos, te mostraré una estrella que bajaba del cielo.

—Es el alma de tu abuela negra, renacida en ti, más viva, más fuerte porque los difuntos se enriquecen con las experiencias de los vivos.

—Nana Taita, a ti te debo la memoria de mi olvido.

Refugiándote entre mis piernas me dijiste asustado:

—Escucho que me ladran desde mi sangre mulata. Me persigue. En el camino me salió la otra mañana. De noche la oigo como si ladrara por debajo de la puerta. Ella es la que lame mis platos.

—Si amito Simón, es la sombra perro que llevan ustedes los mezclados, la parte impura que tiraniza a los hermanos indios y

negros. La que abre las puertas de la cocina para que el extraño se adentre en casa. Ladra junto a los perros del vecino, persiguiendo a los ekobios. Solo cuando las sangres revueltas y unidas logren ahogarla se borrará la maldición de Changó.

ANTE EL TRIBUNAL DE LOS ANCESTROS

—Simón, el tribunal de los ancestros te espera.

—¡Oh, la justicia! ¿Estoy vivo o muerto...? Presumo... Presumía que la eternidad es un océano sin desigualdades.

Me respondiste, Nata Taita desde un vacío de voces olvidadas:

—Los difuntos y los vivos debemos ocupar el justo puesto que nos corresponde por nuestras acciones.

Ahora comprendo que la sensibilidad de los difuntos es algo más que un eco de la vida. Somos el fruto maduro de la experiencia prendido a su raíz seca, podrida. Fuera de mí, contemplo mi propia sombra proyectada en el futuro, yo mismo y alguien más que guiaba mis pasos sin tocarme. Tenía conciencia de mi muerte, del calor de la piel abandonándome. Los huesos quedan en el fondo del ataúd, pesados todavía, cuando he recorrido en un instante todos los pasos andados por mis ancestros desde que Odumare escupiera el semen que me nutre. Proclamaré constituciones, medí los estragos de la anarquía, fundamento la salud de las repúblicas.

—He muerto lejos de Caracas, pero tu presencia, aquí cerca, Nana Taita, me revela que el ámbito de la muerte no tiene espacios.

Hace unas horas, mañana, no sé cuándo, me refugiaba bajo la sombra de los tamarindos en San Pedro Alejandrino. Me alejan de la cámara mortuoria, sembrada de cirios, cada vez más llena de militares, clérigos y extraños, cementerio sin que mi experiencia agonice. Recién nacido envejezco entre los difuntos. Nada es luz, todo es mañana, solo el invisible resplandor de los bazimu. Anduve

ansioso de encontrar el rostro de mi padre... ¡Tonta ilusión de mi todavía fresca mortaja!

—Nana Taita, desprende de mi vista las telarañas terrestres que aún empañan mi vista y muéstrame el árbol de los muertos donde vienen a posarse los pájaros del crepúsculo.

Apoyado en la sombra que soporta su luz, Changó dormía en las altas ramas del tamarindo. Más abajo, sobre la horqueta que divide y acerca los caminos de la muerte y la vida, sin que Nana Taita me lo diga, reconozco a Eleguá, remolino de luces. Será él quien me ayude a alcanzar las primeras ramas. Ya en la cercanía de Changó-Sol descubrí que soy un gusano de luz apagado frente a su sueño. Por fin me moja la saliva que desde tiempo inmemorial se ha desprendido de la lengua de Odumare.

—Simón, se te acusa de haber dejado a tus palabras lo que pudiste defender con el filo de tu espada: ¡la libertad de los ekobios!

El estrecho espacio de la vida no deja tiempo para juzgar los propios actos, ¡pero cuán larga es la eternidad para meditarlos desde la muerte! Sentí que mi memoria se desnuda y que revivían todos mis olvidos. Asustado busco tu puñado de humo, Nana Taita y sin que cambie tu cara, encontré en ella el rostro de mi abuela Josefa, oculta, disminuida entre la indiada y la esclavatura que heredé del procurador y comisario regio, fundador de Caracas. Así, esclava y concubina te me pierdes entre los recolectores de cacao del Yare y los mineros de Aroa. Protegido dos veces por Pétion en Haití, general victorioso, temblé al dar el golpe sobre las cadenas que oprimen a mis ekobios.

—¡Nana Taita, a ti debo la memoria de mi olvido!

—¡Retírate antes de que despierte Changó y te escupa con su ira! Serás el encargado de recoger la sangre de los ekobios Piar y José Prudencio, fusilados por ti para que puedan cerrarse sus heridas.

II

JOSÉ PRUDENCIO PADILLA: GUERRAS AJENAS QUE PARECEN NUESTRAS

LA MUJER ES MÁS FÉRTIL QUE LA TIERRA

Nada me enseñaste de este otro mar oculto: la traición. Siguiéndote los pasos, soy transparente. Mostraba a los amigos y extraños las cicatrices, las aguas ocultas, mis temores. Aunque el ancestro indio me hace sigiloso y taimado, cuando alguien franquea mi recelo, puede bucear en las sombras de mi alma. Entonces también se entregaba el negro que hay en mi sangre acostumbrado a compartir el mar con los náufragos. Te cuento sin rencores que las intrigas y envidias de quienes consideré hermanos lograron lo que el enemigo jamás pudo arrebatarme en la guerra: una derrota. Infortunadamente la muerte no nos permite resarcirnos de nuestros errores.

Padre escúchame, quiero relatarte desde esta otra vida el dolor de haber nacido negro en una sociedad donde la pigmentación de la piel es un estigma.

Apenas eran turbias señales porque aún no se han cuajado los grumos de mi cuerpo en el vientre de mi madre. Arriban desde lejos, navegando, luces, gritos de los abuelos encadenados en la sentina de los barcos negreros. Mucho antes de que me engendraras, Yemayá concede a Nagó que sea él quien pacte conmigo el compromiso de la vida. Tengo recuerdos del primero o cuarto nacimiento en aquel barco incendiado cuando me sacó del océano para arrojarme a estas playas guajiras. Sentí los dedos del agua amarrando mis espinas; la amplia ampolla de la branquia llenándose por vez primera de

aire; luego, memoria del muntu que toma forma, con algas me tejerán las aletas de los pies. Todavía el cuerpo y las piernas duermen en el pensamiento acuoso de mi madre Sosa Illamba. Transcurrirán nueve lunas hasta cuando se compacten mis huesos y las escamas negras de mi piel. Una noche iniciaré el gran viaje con la proa de mi frente. Palpaba, veo el sonido, me teñían los olores, navegaba en los fondos placentarios.

Mi madre llena la hamaca amplia con sus gritos. En las afueras del rancho, bocarriba, esperaba mi salida la tortuga ceremonial. Cuando llegó la hora del desprendimiento, la abuela india ya había colgado mi chinchorro entre espinas de cardón. Un muro de madres acuclilladas amamantaban o esperan que la lluvia de la leche llene sus senos. Apenas presiento el horizonte marino. Mi padre debía remar en alguna ensenada embrujada. Ni siquiera las oraciones a la Virgen de las Candelas lo traen al cuarto de mi nacimiento.

Nado, desde nueve noches atrás inicié mis brazadas con la luna nueva. Ni la misma Yemayá podría detenerme en la búsqueda de la luz que ya golpea mis ojos cerrados. Y en la novena noche asomé la cabeza, me halan por las orejas y resbalo por entre las piernas. Oscuro, dormido, mi vida todavía es un silencio. Esto alarma a mi abuela negra. Rápidamente cortó el cordón y me zarandea por las ventanas del rancho proporcionándome aire. Siento de nuevo sus pellizcos en mis nalgas, las cachetadas, las oraciones hasta que mi grito fue testigo de la vida. Ya estaba ahí la batea con agua de mar, entibiada por nueve soles. Me zambullen y pude sobrenadar sostenido por el poderoso puño de Nagó. Después, sudoroso, ensayé el sueño recostado a la quilla de mi madre. Mi abuela india descubrió que mientras un ojo se me apaga, el otro, buscador de lejanías, permanecía abierto. Por dos veces trató de cerrarlo y de nuevo la pupila sin párpado se enciende en la oscuridad. La abuela negra no se atuvo a riesgos y pidió que

degollaran la tortuga que desde hace nueve noches espera mi nacimiento. Untaron su sangre sobre mi cuerpo:

Para que nunca naufragues
ni te humedezcan las lluvias
alcatraz entre las nubes
tu hamaca sea la mar grande.
Animal de agua y tierra
burlarás los cementerios
no se te cierren los puertos.
Si no te alejas del mar
a tus enemigos venzas
y nunca vencido serás.

Así me santiguaron con los nueve secretos. Pero tú sabes, padre, nadie escoge el barco de su muerte. Otros lo construyen, le izan las velas y luego, cuando más briosa salta la proa, te dispararán a traición.

Vagaba por el muelle de Riohacha. A veces me embarcas cuando la correría era corta por Camarones o Punta Corrientes. No quieres que mi madre quedara abandonada.

—Cuando seas más grandecito, te llevaré a Santa Marta. Ahora debes ir al colegio.

La escuelita de la maestra solo me entusiasma por momentos. Los alumnos debíamos llevar y traer los bancos dónde sentarnos. Por encima del muro del traspatio miramos las alas de los alcatrazes, abriéndose y cerrándose a los golpes del viento.

—Hay que ser como ellos —sentenciaba la maestra— ordenados, no salirse de la fila y ser lo suficientemente prácticos para dirigirla quien quiera que tome la punta.

Pero mucho más nos entusiasma el mar con sus peces y balandros. Desnudos los pies, recorreremos los espolones rocosos, cazando jaibas y tragándonos vivo, sangrante, el pellejo de los caracoles. Por las noches medíamos los fondos donde duermen los ahogados con nuestros cordeles de pescar.

Una mañana te dijeron, padre, que me habían visto en el Callejón de los Relinchos, mitad hombre, mitad asno, encabritado sobre la pollina del vecino. Era mora, briosas las ancas y todavía virgen. Por tres noches la acosó el padrote mordándole el hocico y ensordeciéndola con sus rebuznos sin que sus coces pudieran rendirle el espinazo.

El vecino te lleva la soga con que la había amarrado, asegurándote que la pollina se ha encariñado con mis voces. No me azotaste como esperaba él. Me invitas a que nos vayamos a la playa, y a solas, me revelaste tu herencia mujeriega.

—La hembra no es para aporrearla sino para amarla y hacerla parir.

Luego te remontaste al recuerdo del abuelo y lo sientas en el hueco que nos separa.

—Al momento de morir me advirtió que si alguien me llamaba hermano, le abriera las puertas de mi casa porque había tenido muchas mujeres en la vida.

Me cuentas que mi abuela negra te llenó de rencorosas quejas, rezongando que tu padre padecía el mal de la lujuria. Dominicano de nacimiento le llegaba de lejos eso de ser mujeriego porque era hijo de un malandrín español con mezcla de mandinga.

—José Prudencio, hijo mío, ya tú estás hecho un hombrecito y es tiempo de que dejes las pollinas y busques hembras como hacía tu abuelo. El hombre es un sembrador de semillas y la mujer la tierra más fértil para la vida.

Andas distante, fondeando por Dibulla con tu chalupa de dos palos. Desde por la mañana llegó mi abuela epinayú a conversar con mi madre. Viene sola porque no quiso reclamarme a la usanza de su tribu: mediante el mayor de mis tíos maternos. Mi madre le ayuda a descargar el chivo que traía sobre las ancas de la burra y le lavó los pies. Sentada en la hamaca, mientras se hurgaba una espina hundida en un talón, desgranó los resentimientos del clan:

—Por tu sangre epinayú y por ser el primer hijo varón, tu hijo debe criarse en nuestra ranchería.

Mi madre ensanchaba el oído sordo, mientras sus ojos por entre los palos de la cocina rompen el horizonte con dos imaginarias velas. A veces mi padre la sorprendía cuando ya estaba en el portalón del zaguán cargado de atarrayas, sierras y macabíes. Pero ahora sus miradas repiten la pesca estéril.

—Tu marido es un buen hombre. Ningún reparo tengo que hacerle desde que te hizo su mujer. Hasta tiene don de palabrero... pero hay que empujar el hijo hacia la raza de la madre.

Esa tarde —no sé que me espera la abuela india— regresé a la casa con la cara salitrosa, los libros y cuadernos mojados. Mi madre se alarma al verme cojear de un pie por la espina venenosa de una raya.

Tenía razón la abuela para que el nieto cambiara la vida náufraga por la nómade. Me ofrecía la movilidad del rebaño entre los arenales donde nace el trupí, maduraba la mazorca de la tuna y el viento aúlla desplumado por la espina del cardón. Perseguiría el lustro de la cabra que alejada del rebaño sorprende la noche con su parto; debía medir el tiempo con el canto del alcaraván; adivinar la tromba marina por el alarido de los turpiales y, habitante de los desiertos, alejado de las costas, olvidarme de los reinos de la madre Yemayá.

En tres noches, la siguiente y la otra, no asomaste tu cabeza de toro con los bigotes de dos aguas abiertos y el abdomen inmenso

donde saltaban vivas todas las cojinúas y mojarrastras tragadas en tu vida. Mi madre alarga la esperanza más allá de todo horizonte. Quería oírte razonar con esta abuela que viene por su nieto sin más armas que la palabra y la experiencia inmodificable de los epinayú, resguardada por el tótem de la iguana. Está aquí a la espera de los días iguales, echada en la hamaca, tejiendo la lana de sus abandonadas cabras, pero segura de que todos los difuntos, desde la otra orilla, vigilaban y protegen su reclamo. Y solo fue en la novena noche, mientras mi madre dormía, cuando me envuelve en la manta que ha concluido y sobre el lomo de su pollina negra, afiebrado por la puñalada de la raya, me sacó de las calles arenosas de Riohacha.

No tuviste necesidad de ir a buscarme. Extraída la espina del talón, alejadas las fiebres por el piache, cojeando, sin más brújula que el olfato, reencontré las huellas de la pollina hasta llegar a mi casa dos horas antes de que tú, padre, regresaras con tu chalupa. Como única excusa por la demora, juraste a mi madre que un cardumen de vacas marinas te retuvo bajo el agua, enamoradas de tu emprendadora verga de toro.

Empujado por ti en la desesperada búsqueda de las mujeres muy temprano me abría a la conquista. Otro espíritu se enraíza en mis turmas. Al andar las echo por delante mostrándoselas a las muchachas que corren asustadas. Desde un comienzo advertí que son un préstamo de algún bisabuelo porque se ajustan perfectamente a mis bolsas. Mi madre se asustó con aquel desarrollo y más atenta que tú a estas cuestiones, busca un piache que me ataje los bríos con yerba santa, bejuco amansaguapo y la «Oración de las Diez Mil Vírgenes». Se asustaba con mi palidez que pone en peligro mi alma. Me alimentó con hígados de tiburón y asadura de ternero de vientre

probados en aquel trance. De estos y otros apuros de la adolescencia me salvó Nagó, el ancestro padre que me guía con el compromiso de hacerme hombre, luchador por mi raza y marino de la mar alta. Con su aliento se me dio por desechar a las quinceañeras del puerto para buscar mujeres retadoras, probadas sus caderas con el peso de muchos hombres. La primera vez me atribulan los temores cuando llegó el momento de hundirme en la abierta herida que nunca cicatriza. Gusarapo sin fuerza me siento incapaz de mantener la cabeza a flote en la lava viscosa. Asustado, mientras me reanimaba de aquel fracaso, busco refugio en el silencio y la soledad. Fue por esos días cuando mi madre me llevó al brujo. Se creía que me embarcaba en los vicios de los seminaristas que han vuelto locos a muchos curas y convertido en manfloros a no pocos hombres. Pero mi machumbre ya estaba segura, padre. Las pollinas y las manos ensalivadas no pueden aliviarme la fiebre de un toro que se sabe con buena cornamenta para embestir. Volví otra vez al mismo bebedero. Mujo desafiante, cerré los ojos y cuando despierto del susto la mujer gritaba llamándome bestia descomunal. Ya después me hice zorro pollero, vigilo los corrales desde que cae la noche y metido por entre las cocinas me llevaba a las muchachas antes de que apagaran el fogón. Fueron esos los tiempos en que me aficioné a las brujas. Se me atraviesan en el camino convertidas en gallinas, puercas o vacas. Las muy atrevidas vienen a hociquearme o volaban de rama en rama llevándome para el monte. Solas se desnudan y se me mostraban como son. Mientras duraba la noche me obligan a saciarles sus gustos, pero con las primeras luces me rechazaban cruzándose de piernas y con la cara tapada. Entonces me sorprende de encontrarme con la fritanguera del puerto, la viuda del alcalde o la mujer del zapatero. Cuajadas en lágrimas me ruegan que me vaya o me convertirían en sapo cuerno.

Pero Nagó quiso que me casara con la mar, hembra grande. Cuando te acuestas con ella, la mujer de carne y hueso es solo un recuerdo. Apenas se siente el deseo de buscarla en el puerto por una noche o dos, tortuga que apenas sale a la playa a depositar sus huevos.

La amenaza de la tribu te amedrentó. Sabes que la ley guajira no tiene geografía vedada y tomaste la única puerta abierta en el acoso:
—Serás tripulante de mi chalupa.

Desde entonces, ramas de una misma ancla, navegamos en la memoria ancestral. Una a una me enseñaste las estrellas que parten el cuadrante del cielo.

Siempre que colgabas la lámpara del trinquete me repites:

—Teme las aguas quietas, aun en las más dormidas puede zozobrar el barco más velero.

Me hiciste saber que para los abuelos africanos, Yemayá es el origen de todas las aguas, asiento de todas las mareas, y que los hombres, los animales, las plantas y el polvo de los huesos, granos son de sal.

Ya me habías enseñado cuanto aprendiste de los mares cuando me revelas las tres falsedades del hombre:

—La ambición, el orgullo y la hipocresía, hijos son de la mentira y se desvanecen con la muerte. Pero hay falsedades con luces propias: el fuego fatuo, el relámpago y la llama de san Telmo. El hombre que no cree en los misterios es una linterna apagada.

La tarde que me enrolé como pinche de cocina en el *San Nepomuceno* te quedaste sin pesadillas:

—El mar de la vida te revelará nuevas cosas pero nada que ya no te hubiera mostrado.

Te engañas, padre. Ese día comprendí que las falsedades se trepan sobre la verdad. Desde el pinche de cocina hasta el más alto oficial

me pisotearon por mi condición de negro: fui escoba de barrendero, trapo del sargento, lavaplatos del cocinero, carga bultos del contra-maestre, lustrabotas del capitán... ¡El barremierda de todos!

Por nueve noches nos enfrentamos a vientos contrarios. Derrotábamos hacia el oeste. El piloto y su segundo me prohíben subir al puente de mando porque atendido a las estrellas les daba con exactitud la posición que sus aparatos les confirman después.

—Ese negro tiene pacto con el Diablo.

—Desde que subió a bordo no tenemos una noche de buen viento.

La mar grande siempre tiene sorpresas para mi asombro. Aquella noche, refugiada la tripulación en sus camarotes, solo yo permanecía despierto con el ojo encendido que me ha dado Yemayá. Me guarezco bajo las lonas de un cañón, un poco esquivo de las brisas. No sé si fue el ruido que hizo al saltar sobre la borda de popa. Después, cuando inútilmente buscaba sus huellas, comprendo que lo avisté sin verlo, porque me quema el calor de sus cenizas apagadas. Anduvo sin preocuparse de mí como si en otra vida aquel barco le hubiese pertenecido. Rememoro los misterios a los que aludía mi padre, encendida la lámpara de lo sobrenatural. De nada me sirvió abrir el otro ojo dormido porque no está hecho para mirar fantasmas. Se me acerca entonces. Chupaba la candela de su tabaco, botando el humo por las narices y orejas. ¿Miedo? Es posible que yo temblara pero no por temores. Desde el primer instante, alertado por mi olfato, reconozco su voz:

—Sobrino, vengo de muy lejos, soy el espíritu de Nagó. Aún no habías nacido, pensamiento eran las sangres de tus ancestros, cuando Odumare te concibe en el vientre de tu primera madre. Changó me nombró tu protector y desde entonces, tu destino marinero es semilla que siembro y multiplico hasta traerte aquí.

Ahora, sobrino, escucha atento:

Hay guerras ajenas que parecen nuestras. No las confundas. Te esperan tus propias batallas para las cuales Changó te tiene destinado. Al final sucumbirás alejado de las aguas de tu madre Yemayá.

Desapareció antes de que la luz del sol disolviera su fuego fatuo. Por eso sé que no es falsa luna de mediodía. Busqué a mi alrededor y me encuentro hundido en la cureña de un cañón. No tenía uniforme de recluta ni armas. Apenas soy un mozo de cámara de la Marina Real Española. ¡Quince años! ¡Cuán distante, padre, tu experiencia de capitán de chalupa! Y sin embargo, Nagó, sombra, ilusión, fantasma o ancestro protector, me anuncia la gloria de marino y el cruel sacrificio de mi muerte alejado de los míos.

EL DOLOR DE HABER NACIDO NEGRO

Ahora, quiero hablarte de Trafalgar. Desde aquí, sumergido, húmeda la pólvora, la batalla es más relampagueante. Los barcos agujereados bajaban lentamente buscando anclar en el fondo del océano. Pero allá arriba, ¿la oyes? retumba atronadora la artillería.

Cerca de nosotros se hunde el *Santísima Trinidad* alcanzado por los artilleros del *Temeraire*. Al comandante Cosme Damián de Churruca le invade el presentimiento de la derrota:

—¡A los que mueran les prometo el cielo y la lacería de por vida a los que no combatan!

El *San Nepomuceno* está rodeado por seis barcos ingleses. La primera andanada se llevó nuestro puente de mando. Otra arrasará el portete de estribor prendiendo fuego a la galera. Mi capitán ordenó al cazador de vergas que clave nuestro pabellón al mástil para que nadie lo arríe en caso de asalto. Pero sus voces ya no las escucha nadie. La explosión destruyó el depósito de la santa Bárbara y le arranca una pierna. Moribundo, me entregó su sable:

—¡Defienda al rey y la bandera de España!

Mírale su cara blanca, vacía, náufraga, sin una gota de sangre. Cojea con su única pierna buscando dónde escribir desde estos fondos del mar la última carta a su mujer. Los ingleses nos abordan por estribor y los nuestros, olvidados de la amenaza del capitán difunto, arrían la bandera de España para que ondee sobre el mástil el pabellón inglés. Aún creo en el rey y en mi comandante, aunque soy el único en combatir al lado de su cadáver. Un sable me hiende el ojo iluminado. Yemayá, su mano, la ola gigante me salvó la vida.

En Trafalgar, padre, perdí mi capitán, mi barco y mi rey, pero gano otra bandera: mi raza.

Nos desarmaron y sepultan en las bodegas de nuestro propio barco. La oscuridad nos iguala y por vez primera nadie distinguía mi color para humillarme. Capitanes, contramaestres, alféreces y tropa teníamos la misma graduación: prisioneros de guerra. Ignorábamos lo sucedido al resto de la flota. La muerte de nuestro capitán y las troneras abiertas en el casco nos bastan para imaginarnos el desastre de la Armada Invencible.

Llegamos de noche a la dársena de Portsmouth. Solo advirtió nuestro arribo el rencoroso viento que aúlla de frío. Al día siguiente nos suben a cubierta y comenzaron el interrogatorio. Después, siempre bajo las narices de las bayonetas, nos trasbordaron al casco de un viejo barco fondeado en las aguas frías. Aún guarda algunos trazos de su anterior poderío: cañones de puntería fija y desmantelado el castillete de popa para tener mayor visibilidad sobre nuestros movimientos. Los únicos camarotes estaban emplazados sobre el puente de mando y sirven a la oficialidad de nuestros guardias. Permanecían vigilantes con sus armas, dispuestos a sofocar cualquier motín o intento de fuga. En una garita se mecía la campana con

la cual nos indican las horas de recogimiento o las veces que nos sacaban a cubierta. Acosados por el frío, preferíamos refugiarnos voluntariamente bajo de las planchas de blindaje y tendernos en tablones húmedos. Nos unimos tanto que ni siquiera nos separa el agrio olor de nuestra mugre. Las ratas corretean sobre nuestros cuerpos pero aun así las preferíamos a los ingleses que nos dan el trato de asesinos de Nelson.

Desde el primer día me escogen para limpiar el retrete de la patrulla de guardia. Alegué mi grado de contramaestre y la respuesta fue un baño de orines a la cara. Un negro en ninguna pulgada cuadrada del imperio inglés y menos en la Gran Bretaña, tiene el derecho a ser tratado como un hombre. Mis superiores y compañeros de quienes había sufrido iguales injusticias, por esa extraña ley de la manada acorralada, se solidarizan con mis protestas. Nuestro comandante invocó el código de prisioneros y hasta organiza un conato de resistencia para impedirles que me obliguen a limpiar sus letrinas. La respuesta, después de golpes y amenazas de enjuiciarnos por rebelión, fue el anuncio de que yo sería vendido como esclavo. La advertencia recibida con burlas y obscenidades, nos mostró al día siguiente que los británicos no tienen el menor sentido de la mentira. En las primeras horas de la mañana suben a bordo dos negreros que me miraron los dientes; soplan mi ojo izquierdo y tras de medir mis espaldas, se alejaron en silencio. Un soldado, ese sí con buen humor inglés, me asegura que son médicos de la Real Armada Británica. Desde ese momento sufrí más por las miradas compasivas de mis compañeros que por la promesa de venta. El tono dulzón de su voz es una limosna para quien ya imaginaban encadenado. Hay algo de arrepentimiento por las veces que ellos mismos me injuriaron debido a mi color.

Separado de mi tierra, comprendo el reclamo de la abuela epinayú cuando exigía que por mi gota de sangre guajira —cualquiera

que fueran las extrañas— se me criara en la ley del indio. Avergonzado, padre, debo confesarte que en esos días de ignominiosa espera, la sombra perro me ladraba al oído diciéndome que yo también, igual que cualquier inglés o español, podía ufanarme de un abuelo blanco.

Mi superior pensó elevar una protesta al Parlamento. Por los escasos periódicos que llegan a sus manos sabía que un tal Wilberforce impugnaba la esclavitud desde su escaño en la Cámara de los Comunes. Pero Londres está a muchas millas de Portsmouth y ni siquiera un posta, aun corriendo día y noche, llegaría a tiempo para impedir mi venta. En cambio mis carceleros se apresuran en concretar sus propósitos: soy separado del resto de mis compañeros y encalabozado en el mismo retrete que debo asear diariamente. No permito que la nueva humillación rebaje mi orgullo. Evocaba el alma india de mi madre en la lejana playa, esperando orgullosa mi retorno al seno de la tribu. Pero más cerca tengo el propio color de mi piel y aunque presentía la quemadura dejada por la carimba inglesa en mis espaldas, me alienta saber que el espíritu protector de Nagó está conmigo. Efectivamente, aquella noche me trajo a Thomas Clarkson.

Tiene dos veces mi cuerpo y nudosas arrugas en su frente. Adivinando mi temor, quiso tranquilizarme. Me llamó «hombre» y «hermano», apoyando su Biblia sobre mi cabeza. Luego me toma confesión de haber nacido libre, hijo de mulato e india y de que soy súbdito del rey de España.

—Nunca, nunca desistiré de luchar en mi país, que se llama cristiano, contra la esclavitud y su tráfico sangriento.

Se pasea de puerto en puerto documentándose sobre las crueldades de la trata negrera. Recogía cadenas, foetes con puntas de perdigones, fierros de herrar, argollas punzantes, abre bocas y demás herramientas de tormento. Es la máquina de vapor que

alimentaba a Wilberforce para sus acusaciones en la Cámara de los Comunes.

Abandona el pontón, viento, toro, fuerza incontenible. Los guardias se dieron prisa en sacarme del retrete mientras los oficiales de alta y baja graduación amontonaban sus excusas detrás de aquel gigante. Mis compañeros me cargan y convertido en bandera contra el cautiverio, me pasearon sobre sus hombros.

LOS CAÑONES QUE NO DISPARÉ AQUELLA MAÑANA

En el silencio de la noche mi ojo fosforescente puede verle los vientos podridos que salen de sus bodegas; el humo de la metralla en la cubierta y las salpicaduras de sangre sobre la borda. Me confunde encontrar anclado en Cartagena de Indias un barco negrero francés cuando en España las milicias combatían al emperador Napoleón. Si Clarkson no hubiera embestido a tiempo la patraña de mis carceleros ingleses, estarían vendiéndome como esclavo en mi propia casa.

Alumbrado por un sol que no permitía engañarme, las barcasas comienzan a desembarcar su cargamento humano. Encadenados y vestidos con ripios, los esclavos miran recelosos a los mercaderes que les esperaban en los muelles. Guardias con fusiles y sombreros de tres puntas, negreros con puñetas y cuellos blancos. Pero más les afligen algunos ekobios que desde el puerto les saludan con las manos mutiladas.

Un mulato como yo, con el uniforme de contramaestre de la Armada Real Española no puede pasar inadvertido en esta subasta de esclavos. Los funcionarios encargados de recibir nuestro barco son los primeros en arrugar el rostro. Leen y releían los oficios que les muestro con el sello del rey. Yo mismo cargo mi baúl pues no quiero que lo haga un esclavo, aunque tampoco los funcionarios del rey me lo han ofrecido.

Andaba con mi carga entre la barahúnda del puerto, cuando un desconocido me ofrece sus servicios sin preguntar mi nombre. Nos atropellan gentes negras, mulatas, zambas y me sentí alquitrán de aquella negredumbre.

—Soy Germán Piñeres y le ofrezco mi casa mientras encuentra hospedaje.

Su piel blanca tenía un fondo arenoso caribe.

—Es la primera vez que un mulato viene con el rango de contra-maestre a esta plaza. Se lo digo para que sepa en qué polvorín pisa.

Mis preocupaciones beben otras aguas envenenadas:

—¿Quién es ese corsario que tan audazmente entra a nuestro puerto con bandera francesa y una cargazón de esclavos?

—Louis Aury. Será bien recibido por el gobernador siempre que deje en su bolsillo el almorifazgo que debe pagar a la corona por cada pieza de Indias.

Una vieja casona de ladrillos sirve de cuartel al arsenal de municiones. En su arcada principal la bandera del rey ondeaba sobre un escudo de piedra y desde el balcón podía atisbarse los barcos que penetran a la bahía. Los guardias me presentaron armas entre confundidos y asustados. Mi uniforme de contra-maestre les asombra solo por el color de mi piel.

Siento que he fondeado en la rada de mis ancestros:

Iyá ma Iché lobi, Changó

Iyá ma Iché lobi, Changó

Bobo arayé ori Kelé

Iyá ma Iché lobi, Changó.

No fue fácil, padre, reencontrar la bahía donde el bunde me calafatea el alma:

¿Quién paga las plumas del eribó?

¡Sangre de un congo bebió el bongó!

Con franquicia solo hasta el último campanazo de las doce de la noche, los difuntos abandonan el cementerio y envueltos en sus sudarios se confundían con los vivos en el bullerengue. Es la hora en que las esclavas escapaban de las cocinas y el mulato sacristán deja sin cerrojos las puertas de la iglesia. Más tarde se escurrirán los clérigos, los tinterillos y algún marqués. La Playa del Arsenal es ancho y seguro puerto donde han venido a recalar peninsulares, criollos, mestizos y aun libertos que ya tienen trailla de esclavos para sus cargas.

En estas noches me pesan las botas de militar. Quisiera andar descalzo por otras playas, quitarme el uniforme de contramaestre y sentir apenas el guayuco guajiro en las entrepiernas. Hundido en el ron, el ojo apagado se me ponía brillante como la otra pupila que nunca duerme. Ya en la madrugada los blancos palmoteaban las nalgas de las negras con la misma sabiduría de nosotros los mulatos. Entonces, padre, recuerdo ese perdido abuelo andaluz que por Dibulla comenzó a nadar corriente arriba por el río de nuestra sangre.

Las protestas de los funcionarios de la corona y de los aristócratas criollos no tardan en oírse: se me ordenaba comparecer ante mis superiores. Esa noche busqué el olor verde de las aguas, las velas y cofias arrumadas en los rincones. Pongo bien alta la lámpara en el dintel como si esperara la llegada de tu chalupa, pero solo las mariposas ofuscadas se estrellaron contra mi frente. Me acerco a la orilla a mirar el sonso oleaje de la marea y Yemayá, la madre, mojó mis manos. Hurgo en el fango una almeja y me bebí su cuerpo vivo. Luego, bocarriba,

como lo hacíamos en la playa, seguí el vuelo de los pájaros nocturnos. Orión al este, la luna sin rumbo detrás de los palos de un balandro.

Les entregaré, si así lo desean, el cargo de contramaestre y ya sin uniforme, con las primeras brisas me haré a la mar en el barco que navega en nuestra sangre desde mucho antes de engendrarnos. Toda la noche muelo el incierto destino de los míos en esta garrucha sin fin. No quería acostumbrarme a mirar sin congoja el riesgo de que un hermano, un primo, y aun tú mismo, padre, puedan ser herrados y vendidos. Se me afiebró tanto la cabeza que debo bañarla con el agua fría del aljibe.

Decido presentarme ante mis superiores con el uniforme traído desde Cádiz. Lustré las botas y me pongo el pantalón blanco, ajustándome la faja y el sable que habían pertenecido al almirante Churruca. Deseaba que la infantería mulata a la que estoy adscrito sin mando, mire por vez primera a uno de los suyos luciendo el uniforme de oficial de la Real Armada Española.

Mi recorrido por el Xemaní alborotó la negrería. Saludos, gritos y apretones de mano me asaltan a cada paso. Los ekobios esclavizados salían a los portales a rememorar la imagen de sus lejanos emperadores. Una liberta, sin más que ofrecerme, me regala un mango maduro. Lo mordí y lo deposito entre el corpiño que retenía sus senos. Solo los criollos de capa escupían al mirarme:

—Ahí va el calafateador de chalupa.

La brisa en contra me excusaba de oír sus insultos.

Los guardias del Batallón de los Pardos me ven entrar como el resucitado Changó. Recorrí el patio del cuartel con fingida indiferencia, fuerte el taconeo. Cuando entro al cuarto de la oficialidad hasta el propio comandante del batallón se puso de pie sin advertir que saluda a un contramaestre sin mando.

—¿Dónde es la parada?

El saludo traía el filo de la burla y la respondo por el mismo camino:

—Lo invito a mi fusilamiento.

Media hora después miro altivo a mis superiores en uniformes jamás manchados con la sangre del enemigo.

—La alta oficialidad le recrimina el uso de un arma solo permitida a un capitán de navío.

Instintivamente mi mano derecha sujetó la empuñadura del sable y después de desenvainarlo lo vuelvo a su lugar.

—Antes de morir mi comandante Churruca me lo entregó en Trafalgar para que defendiera el honor de España. Quien quiera que ose contra ese mandato que intente desenfundarlo.

Junté con tanta furia los tacones que, aun después de muerto, deben resonarles en sus oídos. Ahora recojo los pasos que me condujeron al cuarto de oficiales y sin saber qué hacer con este uniforme, me encerré en espera de mi destitución.

Creo que el cabo entró a través del muro porque la puerta permanece cerrada.

—Mis compañeros me comisionaron para decirle que esperamos sus órdenes.

El zambo marrullero se había ladeado el quepis y me alumbraba la cara con sus ojos atrevidos. Su imaginaria conspiración podía ser más peligrosa que mi resistencia a dejarme deshojar del sable. Le reprendo:

—Una tropa indisciplinada está vencida antes de entrar en combate.

Me saludó marcialmente y se retira convencido de haber escuchado una consigna en vez de una amonestación.

Para burlar sorpresas, cada noche cambiábamos de lugar. Los aristócratas y pardos formamos una mezcla pecaminosa, sobre todo al anochecer. A Pedro Romero y a mí, mulatos, nos disgustan las

reuniones en el centro amurallado donde vive Germán. La primera vez que visité este barrio fue aquella mañana de mi desembarco confundido entre los esclavos del corsario Aury. Entonces los portales y ventanales de hierro me parecieron disimuladas casamatas. Ahora la ronda nos alumbraba las caras con sus lámparas y nos requisan en busca de armas no permitidas a nosotros los pardos. Nos seguían de cerca hasta cerciorarse de si los esclavos están autorizados por sus amos para abrirnos las puertas. Ya en el interior presentimos a los marqueses revolviéndose incómodos en los retratos colgados de la pared. Nunca antes vieron entrar negros en esta casa vestidos a la usanza de sus biznietos. Alguien nos sigue borrando las huellas de nuestros pasos. Sombra, noche o visión se escondía detrás de las poltronas y asegura con llave la vitrina donde se guardan las miniaturas enchapadas en oro. Sin verla, descubrí que respira. Llevaba una pollera blanca y corpiño de encajes. Por el vuelo de sus pies descalzos sé que es el ánima de alguna esclava, antigua ama de llaves de esta casa. Recelosa apagaba las lámparas a medida que avanzamos por los corredores hasta dejarnos en el patio donde el aroma de los jazmines se empoza aprisionado por las altas tapias. Un pasadizo entre paredones nos condujo a la escalera de madera. Germán se adelanta con el candil para alumbrar el eco de nuestros pasos todavía no recorridos. Ya en el altillo, por encima de los techos, la brisa nos inundó con un mar invisible. Creo hallarme a bordo del *San Nepomuceno* en la biblioteca de mi general Churruca. Libros regados sobre las mesas, la esfera náutica y un juego de arcabuces empotrados en el muro.

Nos esperaban varios desconocidos, futuros capitanes de naufragio. La mirada de Pedro Romero comienza a llenarme de celos. Yo entiendo ese viejo lenguaje de nuestros ekobios encadenados que les servía para tapar el golpe, eludir las palabras, atisbar el

movimiento del enemigo. Pero los aristócratas criollos también desconfían de dos pardos con parentela regada entre la plebe de Xemaní. Teníamos el mismo olor a pólvora y amotinamiento de las milicias madrileñas que pelean contra el emperador francés. Uno de ellos tiene el párpado muerto sobre la cuenca vacía. Años después, padre, este tuerto será el tejedor de mi muerte, aconsejándome escribir a Simón las cartas que le dictaban mis adversarios.

Entre todos juntos no podíamos aventajar las palabras de García de Toledo. Sus dedos intuyen las páginas de los libros que quiere leernos. Evoqué la escuelita de mi maestra en Ríoacha, tratando de guiar mi mano que se resiste a dibujar las letras en la pizarra. Desde entonces son otros quienes borroneando mi pensamiento, escribirán pocas verdades y muchas mentiras sobre tu hijo mulato, asesinado por rebelde.

En medio del humo de los tabacos y libros escritos en francés, ensayamos el diálogo sordo entre aristócratas y pardos:

—Apresado el gobernador, proclamaremos la independencia absoluta de España.

Germán insiste en esta consigna, manoteándose los cabellos. Desde que lo conocí en el puerto repite el mismo gesto siempre que lo sofoca la impaciencia.

García de Toledo le rebate cautelosamente:

—Es insólito que una provincia aislada asuma un riesgo tan comprometedor.

El *Tuerto* Montilla mueve su único ojo de uno a otro rostro, unas veces fijo en García de Toledo y otras inclinado a Germán. Su indecisión aumentaba la desconfianza de Pedro Romero. Sin embargo, esta noche el cubano habla mucho más de lo que acostumbra en los patios de Xemaní:

—Cartagena es la llave del Nuevo Reino. Controlada por mulattos y criollos, los realistas no podrían recibir auxilios del exterior.

Le escuchaban atentos porque reconocen su experiencia militar como jefe de las maestranzas. Yo buscaba un mástil dónde izar mi bandera antiesclavista cuando Germán, deseoso de ganar mi apoyo, abre paso a mi resentimiento:

—Acabas de venir de España y tienes más claridad sobre lo que pasa allá.

Limé mis palabras. Bien sé que los aristócratas criollos solo ladrarían al zorro español.

—Los haitianos han vencido a Napoleón. Nosotros lograremos otro tanto, siempre que combatamos contra Fernando VII y todas las formas de esclavitud.

Luego me anclé en el silencio. Pero García de Toledo había cateado el fondo de mis palabras:

—Dejemos la libertad de los esclavos a nuestra conciencia y cumplamos ahora el deber de combatir por nuestra autonomía con lealtad al rey.

Me ladró la sombra perro y callé sumisamente.

Desde que el pueblo amotinado expulsó al gobernador de Cartagena, a la ciudad le nacen muchas cabezas: el nuevo alcalde, los ediles, los jefes de bando. García de Toledo lucía escarapelas verdiamarillas con el nombre del rey que las matronas encopetadas reparten en sus coches por calles y plazuelas. El otro, Germán, daba consignas para que las rompieran.

Pero algo provechoso para los pardos había dejado el motín. Ahora podíamos andar por la noche sin la requisa de la ronda. El bullerengue de los negros alzados palmoteaba en todas partes y si abundábamos, se prenden las velas de la cumbia hasta el amanecer.

Muy de mañana convoco a los voluntarios con toques de corneta en la Playa del Arsenal. Zambos de tierra adentro que nunca habían visto el mar; mulatos de la sabana, duchos en amansar toros; negros revoltosos nunca sumisos; mujeriegos acostumbrados a dormir en cama ajena y pescadores que saben del cambio traicionero de las brisas. A los redobles de tambor ensayan la marcha que habían olvidado desde que les aflojaron las cadenas. Les adiestro en el manejo de las armas como acostumbraba hacerlo con los reclutas en los barcos del rey. Pero me angustia, padre, que mi ejército tome forma por unas horas, le crezcan la obediencia, la disciplina, la fiebre de combate y luego se disuelva por carecer de cuartel y sustento. Al siguiente día allí estaban otra vez, los mismos y otros que rehúyen volver a las haciendas de los amos.

Por las noches permanezco despierto con ambos ojos. Nagó me visitó para entregarme su vestido de general, la espada, un ejército, armas y hasta una bandera: acabar con la esclavitud. Sin embargo, no me ha revelado la estrategia de cómo triunfar en una guerra que dirigían los criollos contra su rey en la que no cuenta la libertad de los míos.

Germán nos visitó en el Xemaní. Vive su propia revolución. Sus manos golpean cuanto toca desde que se enteró de las noticias llegadas de la Península: Fernando VII continúa preso de los franceses. En mi cuarto, a solas con Pedro Romero, nos lee la declaración de independencia absoluta de España. Al cubano a quien gustan las palabras altisonantes —«libertad», «soberanía», «patria», «igualdad»— la acoge alborozado. Germán me mira atento mientras leía, deseoso de hallar en mi cara una respuesta a su entusiasmo. Los vecinos del barrio acuden atraídos por el olor a pólvora que en esos días transpiraban los papeles escritos. Los negros, mis reclutas descalzos, los esclavos, los artesanos. los libertos, todos quieren escucharlo:

—¡Mañana será la proclamación!

Aparté al jefe de las maestranzas y nos fuimos al patio de los almendros.

—Debemos exigir la libertad de los esclavos.

Vaciló y me responde amedrentado:

—Tal vez los propios acontecimientos precipiten la salida...

Por experiencia sé que las guerras sin banderas no se ganan nunca. Un sentimiento antiguo, el ancestro de Nagó, me atosiga con la desconfianza de cuatro siglos de opresión. Le revelé mi plan:

—Mientras ellos gritan, nosotros, apoyados en nuestra gente, tomémonos los fuertes de la ciudad. Solo así consentirán en libertar a nuestros ekobios.

Su dormida rebeldía le avivó los ojos.

Pedro Romero había hundido sus raíces en el Xemaní por sus múltiples concubinas y su reiterada complacencia en mezclarse con los pardos. Se rumora que encubre esclavos fugitivos y que muchas de las armas salidas de su forja se perdían por los esteros que van al Palenque de San Basilio y la rochela de María la Baja. Reía más al abrir los brazos que con sus ruidosas carcajadas. Por eso los espacios le resultaban estrechos: a una misma hora se le veía en el mercado, comulgaba en misa y baila en la cumbiamba.

Preferimos su casona, padre, porque allí concurría gente de milicia, artesanos, esclavos y libertos de nuestra raza. En el zaguán se juega lotería con granos de maíz y vértebras de sábalo. Las risotadas y gritos ocultaban la conversación de los que conspiramos en el traspatio mientras los muertos vigilan en las esquinas los pasos de los guardias.

—Inglaterra y Francia han abolido la esclavitud. Solo España y los criollos aristócratas se resisten...

Bajaba el tono pero aun así se le oye la furia que le sofoca el pecho. Había nacido esclavo en la isla de Cuba y solo se hizo libre cuando logró arrebatar la carta de horro a su ama blanca en un combate de sexos que duró varios siglos.

—Los negros y pardos somos la mayoría.

Sonaban las campanas de la iglesia. Los bazimu salen de las profundidades de la bahía con sus sombras mojadas y sentándose a nuestro lado respiraban burbujas de agua caliente por sus orejas. Son los viejos compañeros de Nagó hablándonos en lenguas africanas. En la puerta se alzaba el grito de las abuelas cantando lotería. Pedro Romero sumó a su guerrilla a las domésticas reunidas en el zaguán y las parejas abrazadas en los rincones del patio. Yo agregó a los ekobios cargadores de barco y la tropa del Batallón de los Pardos. Por la madrugada, antes de partir en sus botes, los pescadores se acercaban a recoger nuestras consignas para regarlas por las islas y plantaciones de coco a lo largo de las playas. De vez en cuando oíamos el clarín de los burros. El esclavo que los arrea reparte los rumores del levantamiento entre los ordeñadores y tabacaleros de las sabanas. Preocupado maldecía a los difuntos que por escuchar nuestra conversación se olvidan de espiar la ronda.

Desde la madrugada del 11 de noviembre, día escogido por la revuelta, los esclavos abandonan las cargas de sus amos y me pedían con tartamudeo de bozal que les incorpore a las milicias. Las cocineras y lavadoras al servicio de las marquesas se escapaban para atender los fogones en los patios donde se esconden los fugitivos. Perdido el miedo, muchos criollos hasta entonces temerosos, cerraron las puertas de sus tiendas y salen vestidos de blanco con escarapela roja. Para llamar a misa el sacristán mulato de la Santísima Trinidad ensaya un son que anuncia guerra. A las diez de la mañana, el

Xemaní es un revoltijo de negros que desborda los callejones. Según lo acordado con Pedro Romero, la tropa parda debía permanecer bajo mis órdenes en la Playa del Arsenal. En su maestranza forja puntas de hierro que los esclavos ajustaban a las estacas de mangle antes de echárselas al hombro. A los pocos que disponían de armas de fuego los destaqué en la vanguardia, mientras reservo a los lanceros para el asalto.

El retumbar del tambor me anuncia que el cubano avanza con su tropel de toros. El pueblo había invadido el recinto amurallado.

Ansiosos de oír a los notables de la Junta Revolucionaria, los descamisados del Xemaní y los dueños de chalupas congestionaban la entrada por la boca del puente. Decido acaudillar mi tropa por la falsa puerta de San Diego y asaltar el baluarte de San Agustín. Sorprendida la guardia, el capitán ni siquiera tuvo tiempo de capitular.

La servidumbre abandona las casas y se suma al paso de mis lanceros victoriosos. Abuelas que nunca pensaron ver a sus hijos libres; gritos de recién llegados africanos todavía con cadenas que solo entiendo por el blanco de sus ojos. Forcé las puertas del Palacio de la Inquisición.

—¡Los pardos asan a los curas!

Mis hombres buscan a los frailes en los sótanos donde se torturaba a los ekobios acusados de hechiceros. Por las puertas y balcones arrojan los potros, garruchas, mordazas y torniquetes. En la plaza prenden una hoguera pero los inquisidores han huido y las llamas se consumen solas. Doy la orden a mis improvisados artilleros:

—¡Apunten contra la Junta!

Redoblando su tambor, seguido por la negramenta amotinada, el jefe de las maestranzas se abre paso hasta llegar a la sala donde los aristócratas ribetea el Acta de Independencia con discursos ampulosos y embobado por sus palabras se olvida de la libertad de

nuestros ekobios. La sombra perro apenas le hace mendigar unas migajas:

—¡Exigimos oficiales mulatos en el Batallón de los Pardos!

Pero en la plaza se escucha el insistente reclamo de los alzados:

—¡Libertad! ¡Abajo la esclavitud!

Entonces es cuando García de Toledo, enterado de mis movimientos, lanza su oferta apaciguadora:

—¡Viva la oficialidad parda!

Ahora, fusilado y ahorcado por los aristócratas, espero que mis descendientes accionen los cañones que no disparé aquella mañana en Cartagena.

HAITÍ DESPEJA EL CAMINO DE NUESTRAS VICTORIAS

Lleva el sable, las polainas y espuelas abrillantadas por sus propias manos. No era un vencido sino un general en busca de nuevo ejército. El humo de sus derrotas había embetunado su piel morena. Le escuchábamos con el respeto de quien muestra heridas todavía no cicatrizadas:

—Pocos criollos en Venezuela creen que luchar por la independencia del país es hacerlo por la libertad. Piensan que si mueren, los negros que les sobrevivan impondrán un gobierno de casta como en Haití. A nuestro llamado solo acudían los manumisos y ninguno de los que sufren la esclavitud.

Habla sin mirarme la piel. Como otros tantos criollos creía que mi presencia entre ellos implica una abdicación a mi ancestro esclavo. Pero yo mantengo mi lugar al lado de la raza considerada ruin, baja, oscura.

Al ofrecerle mi mano sentí el relámpago de Changó que viene corriéndole por la sangre. Desde entonces le seguí con la fidelidad con que la luz busca los espejos.

Simón la saluda cauteloso porque adivinaba que en Cartagena de Indias una mulata tan atropelladora no puede andar sin dueño. Nos invitó a entrar y los dos la seguimos sin apresurar el paso. Changó que nos uniría en la guerra desde ahora nos separa en el amor. Él tiene modales de marqués y yo rudo bamboleo de boga. Le habla de Caracas con palabras dulzonas que sonaban a campanitas de sacristía. Me pongo a la defensiva, sacándola a bailar. Esta noche no se juega lotería y la vecindad de libertos y esclavos atisba la fiesta que el amo de la casa ofrece al caraqueño. Su hija, mi Francisquita Romero, llenaba la tarde con el sol de sus dientes. Los dieciocho años le espigaban los senos y abren sus caderas. La encontré virgen, nadie antes había excavado en la tierra de su vientre. Pero esta noche, Simón está a punto de arrebátarmela.

La tarde en que buscaba hospedaje, los buenos vientos me echan por los lados de Xemaní. Desde lo alto del balcón, entreabiertas las piernas me mostró la boca de los partos. Se siente desnuda por los dedos de mis ojos. Volvió la espalda solo para que yo continuara tomándola y me fui sin irme detrás de su perfume por el interior de su casa. Me dijeron que el padre se llama Pedro Romero, jefe de las maestranzas. La esquina, la ventana de enfrente, me cuentan, padre, todo lo que he dicho: no era el primero en rondarla.

Dos negros venidos de la Playa del Arsenal llegan con sus tambores. El cubano se deshizo de la guitarra y él mismo estira la piel floja de los instrumentos ajustándoles las cuñas a golpes de piedra. Las maniobras del bullerengue no intimidaron a Simón. Me quita a Francisquita y pegadito a su cuerpo demuestra a todos que por Barlovento, por Caracas, por su sangre, también baila Changó. Apenas dejé que dieran unas vueltas porque más que a sus caderas, sofoca los oídos a mi novia. Pronto me arrepentiría de quitársela, pues reclama la guitarra y sin solicitar permiso se puso a cantar joropos

aprendidos de sus esclavos en los valles del Yare. Tonadas bajitas, querendonas, trampas para palomas volanderas:

Yo no soy de por aquí
vengo de por allá lejos
donde rendimos las novias
con secreticos y besos.

Francisquita me dice que dejemos de bailar porque quería escucharlo. Los celos, yo conocía sus filos. El marino en alta mar nunca olvida los puertos donde otros, al abrigo de la tormenta, llenan su ausencia. Acepté el desafío, arrojándome al agua de los ancestros:

—¡Dame ese tambor!

El dueño lo desenredó de sus piernas y entonces lo cabalgo como a caballo propio. Lo palmoteé fuerte para que todos me oyeran. La guitarra de Simón es la primera en enmudecer. Francisquita se arremó a mis espaldas, sonsacando con la punta de sus senos la voz de chivo que dormía en mi pecho:

¡Alé, lé! ¡Alé, lé!
¡Grito de mi corazón
donde yo pongo la mano
ya tengo firme el talón!
¡Alé, lé! ¡Alé, lé!
¡La mujer que yo mantengo
cumplidos los nueve meses
con su nuevo hijo la tengo!

Las mulatas y zambas me responden con palmoteo. Hasta Pedro Romero salió a bailar con la madre de Francisquita. Flaca, tensa

la cuerda de su cuerpo, irrompible, sonora. Su marido la compró en subasta pública para hacerla libre. Ese mismo día, sin venia del cura, en el caramanchel de una canoa molieron desenfrenados las garruchas de sus sexos. Francisquita Romero —¡esta noche será mi mujer!— fue fecundada por partes. En la primera madrugada, entre gritos y sustos, sus padres le amasaron el cuerpo. La siguiente noche, más sosegados, le tején el alma con sus recuerdos: él le cuenta su niñez de esclavo, vendedor de cocadas de guayaba y manoblan-cas en las calles de La Habana; la fuga de sus padres en aquel bote que nunca llegaría a Haití.

(Haití es una isla que todos los esclavos cubanos divisaban al atardecer, donde los negros libres celebran día y noche su incansable libertad. Pero pasadas las horas del insomnio y la soñadera, los capataces de Guantánamo les despiertan con gritos y azotes para obligarlos a descuajar la caña.)

Bajo el peso que la rinde, la madre de Francisquita también des-grana su pasado. Era la quinta hija de un amansador de toros de la Villa de San Onofre, casado por la iglesia con una bozal de Puerto Rico. La arrojaron al mundo en una cocina entre arrumes de ñame. Desde entonces, esclava, de fogón en fogón se pasa la vida fabricando fuego con soplos y virutas de coco. Hasta cuando Pedro Romero la compró en Cartagena para hacerla reina, ama y mandona de su casa.

Inesperadamente, cuando el bullerengue alborotaba la barriada, una mujer salta del fondo de mi tambor paralizando a los bailadores. Hormiga pequeñita, se fue creciendo con sus movimientos de cintura hasta sembrar un remolino de caderas. Se mece sola, batida por la brisa de su sandunga. Nunca la habían visto en el Xemaní. Llega de otros mundos. Simón, olvidado de mi mulata se adelantó a cabalgarle las caderas. Por él había venido. Era su aya Nana Taita

enviada por Yemayá para que no nos separaran los celos antes de la guerra.

Nadie sabía si estábamos vivos o muertos y aprovechándome del barullo me pierdo con Francisquita por un callejón sin fondo. Desde esa noche y las otras Pedro Romero y su mujer la esperan inútilmente. Entre resabios y maldiciones no sabían si culpar al caraqueño o al riohachero. Estuvimos perdidos entre icacales y enramadas, siempre bordeando la playa, calafateándole de día las heridas que yo mismo le abro, incansable, por las noches.

Te invito, padre, a que recorramos juntos los acantilados donde las intrigas no alcanzaron a hundirme.

La astucia que me enseñaste para burlar el mar, nunca desdeñada por la corona de España, la subestimarán mis compatriotas ofendidos por el olor de mi piel. Piensan que el negro debe estar sometido a un capataz y por eso en el reparto de los honores siempre fui subordinado. Ignoraban ellos que Yemayá me hizo capeador de tormentas, impalpable al filo de la envidia. Desde esta muerte las calumnias de mis enemigos no pueden empañar la sombra de mi luz.

Recelosos por mi comportamiento en la revuelta del 11 de noviembre, en el momento de nominar los nuevos comandantes de la Provincia Independiente de Cartagena, fingieron olvidar que entre la marina patriota, soy el único que tengo la experiencia de haber combatido en Trafalgar. Debí resignarme a ser segundón de los menos.

Volvamos a la pequeña bahía de Cispatá. Fue aquí donde mi comandante, a sabiendas de que está defendida por un fortín y varias cañoneras, después de ser abatidos los mejores barcos, me ordena el ataque al mando de la unidad más lerda de nuestra flota. Con sus pesadas velas yo mismo tomo el timón y abandono el frente de batalla.

—¡El negro Padilla huye! —dicen que maldijo mi comandante.

La tripulación, sin embargo, está enterada de mi plan. La infantería saltó a tierra y aligera la cañonera. Tienen la orden de tomarse el fortín por la retaguardia. Lo demás lo dejé a Nagó y al tiempo. Rápido, sin la sobrecarga de la tropa, a mi barco le nacieron alas. Avanza, avivada la artillería. Ya resonaban los disparos de mis soldados en la retaguardia y para asombro de mi jefe, le demuestro que una victoria puede obtenerse contra fuerzas superiores si hay astucia y valor en el asalto. Así, teniendo por madrina la batería enemiga, obtuve los galones de alférez de fragata.

Acomódate a mi paso que ya no andamos en la chalupa en la que me enseñaste a desafiar el mar. Persigamos con esta goleta armada de dos cañones el paquebote español que pretende desembarcar oficiales y armamento en la sitiada Cartagena. En aquella infamante derrota en Trafalgar aprendí que un barco pequeño, bien gobernado, podía vencer la más artillada fragata si logra destruirle el timón. Sea esta, pues, la primera vez que me guíen mis ancestros indio y negro, burladores de enemigos poderosos. Esquivo los disparos de babor y estribor y empujado por los mismos vientos, me trago la espuma que deja el paquebote. Ya cerca, bajo el fuego de la fusilería, mi artillero bombardea el puente de mando. Yemayá nos protege. Alcatraz sin cola, el paquebote anda buscando el lugar menos profundo para hundirse. Atribulados por elegir entre el naufragio o la derrota, los realistas izan la bandera indigna.

Más que el ascenso que recibiré por esta batalla, me satisface el éxito de la maniobra: nunca me vencerá el enemigo en alta mar, cualesquiera que sean el número de los barcos enemigos y el alcance de sus cañones.

Mis triunfos sembraron envidias en los superiores que me calumnian y encalabozarán. Sin embargo, son ellos quienes ahora

descorren el cerrojo de mi celda porque los españoles sitiaban la ciudad y se aprestan a la reconquista.

Acostumbrado al susurro del mar me desvelan las voces que cortan nuestro diálogo. El acento afrancesado del oficial me decolora la piel. Esas manos que me ofrecen un saludo han azotado esclavos.

—Mi capitán Aury lo reclama.

El corsario busca una salida que le permita vender su bandera a otra causa. Sus socios negreros, los mismos criollos que me han encarcelado por mulato me piden que los ayude a huir. Los aristócratas que presumían de rebeldes diariamente abandonan la ciudad y solo los pardos, los esclavos, mis soldados desteñidos por el hambre montan guardia con sus cadáveres. Doscientos de ellos, traicionados por el negrero Aury serán desembarcados frente al enemigo para aligerar su embarcación. Desde el puerto escucho las descargas del pelotón de fusilamiento.

Padre, no es cierto que la muerte desnude a los difuntos de angustias. Padezco al escoger nuevamente entre ser devorado por el hambre junto a mi pueblo o escapar para reiniciar la lucha desde el exilio. Más que la razón me atrae el reto de romper el bloqueo. ¡Vamos, pues, a romper este cerco de fragatas y posiciones con la frágil goleta que me ha dejado el corsario!

El viento sopla suavemente desde tierra. Tú sabías, madre Yemayá, que soy el protegido de Nagó. ¡Que su sombra cubra mi barco cuando cruce frente a las baterías enemigas!

La cuchilla del velamen corta la oscuridad sin romperla. Nos oyen apenas por el olor de nuestro silencio. Confundido, el enemigo debe disparar sus baterías para descubrir nuestra posición con el fuego de las descargas. Bajo cubierta los evadidos aristócratas murmuraban oraciones entre el llanto de las mujeres y los niños. Tan cerca estamos de las orillas del canal que oímos las maldiciones

de los artilleros al comprobar su mala puntería. Con la oscuridad a bordo, entre los fogonazos de ambos flancos, busco la boca ancha del mar. Ya de despedida un tiro de cañón destruyó el puente de popa. Arrebato el timón al práctico que se ha quedado sin brazos y me guío solo por el ojo que ve entre las brumas. Lentamente baja la súplica a los santos y se acrecienta la gritería de los pasajeros anunciándome que he roto el bloqueo. Cuando el sol alumbró los rumbos, andábamos muy lejos de las cañoneras que no encuentran en el mar mis huellas borradas por la madre Yemayá.

Vamos, padre, a ganar la batalla de mi perdición. Las envidias de mis superiores y enemigos nunca me perdonarán que sea yo el escogido de Changó para brillar en la gran batalla de Maracaibo. Nunca antes a ninguno de nuestros generales le fue dado vencer en una tan difícil y gloriosa hazaña: abatir el último intento de la corona española por recuperar sus dominios arrebatados por la revolución americana.

Dominado el Golfo de Venezuela y prepotentes como están en Cuba, no solo tendrían el dominio del Caribe y Centro América sino del sur del continente.

Tenemos prisa, padre, no hay que dar tiempo al enemigo a que se fortalezca en Maracaibo, recapturado apenas con pequeñas escaramuzas. Esperan refuerzos de tropas y armas de los criollos refugiados en Estados Unidos. Hemos interceptado y abordado sus barcos con oficiales y familiares. Dan por seguro el triunfo y se disponen a reinar por largo tiempo.

Oye mi estrategia, padre. Con mi flota tres veces inferior a la del enemigo en barcos, hombres y municiones, para entrar al Golfo tendré que desafiar el fuego del castillo de San Carlos. Una vez en su interior, corriendo el riesgo de una derrota sin escape, forzaré

la barra de Maracaibo con lo que estaré frente a frente a la flota enemiga. Ellos con el refuerzo fácil y constante desde el puerto y yo con la espalda desguarecida y a tiro de cañón. Mis generales me han prometido tropas que avanzan por tierra. Combinado su ataque de infantería con mis acciones marinas indudablemente tendríamos probabilidad de éxito. Pero en realidad no cuento con más fuerza que el valor, la pericia y audacia de mis propios soldados.

—¡Colombianos! ¡Nos aguarda la libertad o la esclavitud! ¡No podemos esperar merced de un enemigo que ha dado repetidas muestras de ser sanguinario y cruel!

Padre, ya estamos frente a los cañones del castillo de San Carlos. Lluve fuego vivo. Las balas cruzan de babor a estribor sin alcanzarnos. Me ametrallaron la driza del foque. Mis artilleros responderán y vemos cómo explota el polvorín enemigo. Soy el primero en avanzar y debo, no solo cruzar sino dismantelar la batería a cañonazos para que el resto de la flota, más débil pero más ligera, atraviese la garganta. Barlovento. Las brisas y aguas del golfo son nuestras. Cuento mis barcos: El *Marte*. El *Gran Bolívar*. La *Confianza*. Cuatro bergantines con el mío, el *Independiente*. Salvos y listos a combatir. Las goletas, siguiendo mis instrucciones se separan guardando las distancias. *Espartaca*. *Atrevida*. *Terror*. *Criolla*. Finalmente diviso a la *Manuela* y la *Leona*. Alegra verlas a salvo con averías ligeras. Obenques rotos, vergas chamuscadas... Lo que más me entusiasma es contemplar a mi flotilla sutil: lanchas, flecheras, botes, chalupas, canoas con mis negros e indios. Frente a la flota mayor del enemigo, ellos serán, son, los tábanos de la victoria.

El sol alumbra nuestro apetito frente al enemigo. Pero un desastre que no temo, pero que debo evitar, me obliga a mantener mis barcos inmóviles. Congregaré a bordo a todos los capitanes. Nadie habla de derrota. Mientras más crece el enemigo, más pequeño nos

parece. Esta noche mis botes se acercarán hasta oler el tabaco de los guardias a bordo. Cuentan sus cañones listos a disparar; el número de sus tripulantes, sus botes. Ya vuelven los espías que he enviado a Maracaibo por los esteros. Cinco mil realistas dispuestos a defender el puerto en tanto que los batallones prometidos no me llegan. Debo contar con mis novecientos veintinueve hombres a bordo. No duermo. El alcaraván desde la orilla me avisa cada vez que una estrella se hunde en el horizonte. Sí, yo sé que la tierra también navega en el espacio. En el desvelo advierto que la sombra-fuego de Nagó me alumbra desde el pico del árbol mayor. Padre, los ancestros están acompañándome. Cerca de mí, un guajiro dialoga conmigo encendiendo sus ojos. Esta noche no fuma su tabaco. Me basta con esta mirada silenciosa para sentir la confianza del guerrero desnudo que conoce la potencia de su puño. Pero es Yemayá la que me da su aliento. Suyas son las aguas, el viento, la marea, las olas. Ni un solo nubarrón amenaza con la tormenta en este mes de mayo. Decido dormir con un párpado cerrado, mientras el otro, insomne ojo de Yemayá, estará atento a los ruidos, el salto del pez, a los olores, a la estrella fugitiva que me alumbra el camino de la gloria.

Cuatro días después el enemigo sale al ataque. Sé que es una maniobra para explorar nuestra decisión de lucha. Por eso despliegan todos sus barcos, mostrándonos su poderío. Dos divisiones. Una compuesta por dos bergantines, siete goletas, dos pailebotes. La otra, puedo contarlos, dispone de catorce buques ligeros, entre ellos dos grandes flecheras. Las cartas están sobre el mar.

El grueso de su flota permanece alejada en tanto algunas unidades nos presentan combate. La lucha será sangrienta. Intentaron el asalto pero se estrellan contra nuestra decisión de recibirlos a sangre y fuego. Los veo retirarse, huyendo, buscando la guarida de la bahía y el amparo de la artillería de tierra. Hora y media ha durado

el combate. El enemigo nos deja quince muertos, entre ellos a los comandantes de sus dos divisiones. Pocas son nuestras bajas: tres muertos y tres heridos, pero sabemos que están más vivos que nosotros. Su sangre derramada, como sucede a los tiburones, nos torna más furiosos.

En la tarde siguiente vuelven a desafiarnos. Ya sabían que no nos alejaremos. En el puerto nos espera la novia codiciada: la victoria final. Comprendí que se proponían inclinar la batalla a su favor utilizando las fuerzas sutiles. Estamos preparados para ese combate. Mis hombres tienen órdenes de convertir cada uno de sus cuerpos en fragata. Pronto los bergantines y goletas que entran en la lucha, descubren sorprendidos que nuestros grandes barcos son más veloces y atrevidos que sus flecheras. Les tumbamos mástiles; destruimos puentes, arruinamos su artillería, asaltada y hundida una flechera. Una vez más el enemigo huye, está herido de muerte. Exigimos su rendición pero creen que aún pueden contar con la superioridad de sus barcos y ejércitos.

Definitivamente la batalla final será en el mar con la protección de la madre Yemayá.

Padre, llegan el día, la hora y el momento de la gran batalla. Amanecemos fondeados en la costa del Moján. Ahora somos nosotros quienes iniciamos el combate. El enemigo nos muestra sus naves en rigurosa fila. Entonces recuerdo aquella lección aprendida en Trafalgar: nunca presentar una línea de fuego. Mis barcos actúan independientemente, cada cual con la mejor presa a la vista. Las unidades grandes acompañadas de las ligeras en el acoso. Mientras el enemigo trata de reaccionar ante el sorpresivo asalto de mis barcos circundando los suyos en rueda india, mis marineros desnudos, inician el abordaje, los cuchillos entre los dientes, ágiles y sueltas las manos; pies que agarran y escalan; puños que hieren

y degüellan. Ya el enemigo no combatía, se entrega. La bandera de la rendición ondea por todas partes. Pero es la sangre roja sobre las velas, en las cubiertas, en las aguas teñidas, la que da el parte de victoria: ochocientos enemigos muertos. Setenta y nueve oficiales, trescientos sesenta soldados prisioneros. De nuestra parte: ocho oficiales y treinta y seis soldados caídos, todos vengados por sí mismos antes de morir. Catorce oficiales y ciento treinta soldados heridos que nos muestran sus muñones sangrantes con orgullo.

Padre, recordar las victorias no es nada que alegre a los difuntos. No debemos sentir nostalgia del pasado cuando se tienen por delante muchas batallas por ganar. Mi fama crece mientras se opaca la de mis asesinos.

Pabla Pérez he vuelto otra vez a Jamaica donde nos reuníamos los desplumados de la revolución. Cansados, rotas las alas timoneras, apenas si podíamos alzar el vuelo. Simón, empeñada su casaca de marqués, tiene los fondillos descosidos. Ya no fumaba habanos porque prefería comprar hilo y aguja para remendar sus calcetines. Frente a la brisa, esperábamos que el sol secara nuestras ropas para mendigar en las cocinas amigas. Más acostumbrado a las hambrunas, Piar recorre siete veces en un día las playas que bordean nuestro exilio. Siempre descamisado, entraba en el agua con los zapatos puestos y sin riendas se pone a trotar por la playa. Decía que en sus venas se mezclan las sangres de una yegua negra y de un caballo alazán huidos de los corrales del amo y criados en los tremedales de la Guayana.

—Del otro lado —nos aseguraba— me esperan mis hermanos cimarrones, libres desde mucho antes de que los criollos comenzaran a repetir la palabra «libertad» escuchada a los franceses.

De nuevo, Pabla Pérez, disputo contra todos mis compañeros tu cadera de balandro, esquivadora de tormentas.

Cuando te bañabas en la playa, las flores de icaco se convierten en ojos de mil capitanes codiciosos.

Volvamos a las noches de Jamaica donde te refugiaste en mis brazos, tortuga tímida huyendo del acoso de los generales. Aquel día, capitán de mi chalupa, burlo el asedio de tus padres para llevarte a la playa donde cavamos el lecho nupcial con el peso de nuestros cuerpos. Me ofreciste los senos que solo las aguas habían acariciado y puedo hundirme en tu ombligo para chuparte la sal de tus veinte años.

¿Te acuerdas? No hubo en la isla un sacerdote español que bendijera nuestra boda.

Nos casamos en la cabina de una fragata con la complicidad de los sables de mis comandantes. En la madrugada, sorprendida por la diana de abordó, presientes los temblores del hijo que aún no ha cuajado en tu vientre. Fuiste sueño desvelado, mujer sitiada por la angustia cuando tu marido andaba prisionero de su general. Ngáfúa, vigilante boga de los caminos de la muerte, te ha traído a este arrecife para que reencontremos el tiempo que nos arrebató la traición.

Fatigados los ojos, ahora en los Cayos, el mar nos desdibuja los horizontes sin que divisemos la flota de Brión. Pero en una madrugada, mientras dormíamos, Piar me despierta con sus gritos:

—¡Ya están aquí!

Salto de mi cama por encima de Simón. Apenas una hora antes había apagado la lámpara y pretendía dormirse sobre el costado de la ventana.

—¡Son tres!

Trato de no confundir estrellas con fuegos fatuos bamboleándose en el horizonte.

—¡Cuatro, ocho, una flota!

Agitábamos las franelas como si el vigía de cofa pudiera divisarlas en la oscuridad. En la mañana el sol nos confirmó que no soñábamos: balandros, fragatas, goletas y cañoneras están fondeadas a nuestra vista. Brión no esperó que subiéramos a bordo. Alto y robusto, se vino a tierra clavado en la proa de una chalupa. Su mano mulata, ancha, nos ofrecía el amparo de Yemayá. Esa misma mañana discutimos la estrategia del desembarco: Carúpano, Puerto Cabello, La Guaira... Al recorrer el mapa arrugado con nuestros dedos teníamos la certeza de habernos tomado los puertos, las playas, los cañones... liberando a nuestras patrias.

—¡Lo único que nos falta son tropa y armamento! —resumió Simón con amargura.

—Ante todo, unifiquemos el comando. Un ejército sin un estado mayor es una mano amputada.

Todos miramos con extrañeza el rostro del corsario Luis Aury. Solo en su mente podía vagar el fantasma de nuestro ejército sin el mando de Simón.

Al caer la noche, Piar y yo nos mantenemos lejos de su olor.

—Conozco sus negocios de traficante de esclavos y por eso nunca he pisado la cubierta de sus barcos.

Piar me responde con el rencor trabado entre los dientes:

—Presume tener el derecho de comandar nuestra flota solo por ser europeo.

Los tambores de Bouckman convocaban a los vodús para celebrar el decimotercer año de independencia. No es la primera vez que los escucho, padre. Quince años atrás, apenas era el pinche de cocinas del *San Nepomuceno*, cuando atracamos en este puerto. En las noches los cimarrones bajaban de las montañas, descuelgan los

mosquiteros de los amos a machetazos y recogían la cosecha de los algodonales con la mano abierta de los incendios.

Los tiempos cambian hasta para nosotros los muertos.

Ahora el presidente Pétion persigue a los vodús y destruía sus altares pese a que el tricolor de la república en esta noche de fiesta camina con pies descalzos por las calles. Se baila en las playas y el agua de los cuerpos sudorosos sepulta en otro mar a toda la isla de Haití. Piar y yo, pasamos el día bailando por las calles con negras y mulatas que transpiraban el mismo sudor que humedece nuestras sangres. Por la noche, invitados por el difunto Bouckman, nos reunimos a escondidas en el patio de la casa del gobernador de los Cayos. Su amante es hija y sacerdotisa de Yemayá, como todas las ekobias de la isla. Están prendidas las velas, trazados con tiza en el suelo los vevés de Changó, Ogún, Oshún y Ochosí, los orichas de la guerra. Otras veces había escuchado el lloro de estos tambores cuando los rebeldes de Benkos Biohó entierran a sus muertos en el Palenque de San Basilio. Pero esta noche es Bouckman quien nos conduce al muelle donde ha atracado el barco de Nagó con el cargamento de los doscientos ekobios asesinados por los realistas en Bocachica.

—El corsario Aury los desembarcó frente al enemigo para aligerar su barco cuando huía del sitio de Cartagena. A ninguno le entró las balas por el mismo costado —nos explica el difunto—. Los españoles les masacraron a mansalva después de hacerles cavar su propia sepultura.

Aún visten, padre, el uniforme que yo mismo les entregara cuando se levantaron contra el rey en la Playa del Arsenal.

A golpes de tambor, Bouckman fue llamando a los orichas. El llanto del yambalú despierta a los muertos.

Legba inició el descenso de los vodús para despejar el camino de nuestras victorias. Después, danzando en las caderas de *madame*

Bourville, la madre de las corrientes, Oshún, nos promete abrirnos las desembocaduras de los ríos. Bouckman nos anunció que Ogún está con nosotros y nos ofrecía cañones, fusiles y barcos. El tercero en bajar es Ochosí, armador de trampas. Se acercó hasta mí y al oído me revela los secretos para asaltar las bahías y los puertos. Finalmente desciende el propio Changó montado en la cola de un relámpago. Todos encegüecimos y solo podemos escuchar su trueno voz hablándonos desde el fondo de los tambores.

—No lo olviden, varios de ustedes serán traicionados y fusilados por el jefe que elegirán mañana.

Piar y yo descubrimos que tenemos manchadas las caras con la ceniza de su relámpago.

A la noche siguiente, en el mismo patio de *madame* Bourville, tiene lugar la reunión de nuestros jefes. La luz del sol no pudo borrar los vevés todavía vivos en la arena. Changó, enamorado de los uniformes permanece sentado en las ramas de la ceiba alumbrándonos con su sombra. Aquí nos confundimos oficiales derrotados, gobernadores de repúblicas imaginarias, corsarios con el uniforme de comodores de una flota fugitiva, revolucionarios criollos con títulos de marqueses. Piar trota entre todos como si lo acompañaran sus ejércitos cimarrones. Yo me sumé apenas con mi título de alférez de fragata que nadie me reconoce.

El presidente Pétion llegó custodiado por sus guardias. Los tricorrios, el rojoazul de las casacas y el brillo de los fusiles le abren un camino que estaba acostumbrado a recorrer varias veces al día. Nos saludó estrechándonos las manos. Pasa de largo frente a Luis Aury y abrazó a Simón. Después se sentará en medio de sus generales y con voz acostumbrada a repetir los mandatos de Changó, se dirige a todos:

—La revolución victoriosa de los antiguos esclavos de Haití ofrece apoyo a los libertadores de las nuevas repúblicas de América.

No tardó en escucharse el cacareo de los gallos sin espuelas:

—Reclamo el mando de la flota rebelde —alardeó el pirata Aury— me siguen mis barcos y mis hombres probados en combates contra las monarquías europeas.

Sorprendidos miramos su atrevimiento. Nunca antes se nos había revelado tan descaradamente el mercenario que pone precio a su bandera. El capitán Brión, después de mostrar su flota anclada en la bahía, respondió con desafío:

—Reconozco como único jefe al general Bolívar.

Luego, acercándose a cada uno de nosotros, exigió a viva voz que aceptemos o negáramos su elección. Avanzaba triunfante, cuando se le apaga su sonrisa frente a Piar. Agua clara que no podía esconder sombras, le revela sus preocupaciones:

—En esta tierra de negros libres solo exijo que quien quiera que sea el jefe de nuestras fuerzas se comprometa a combatir a los monárquicos y criollos que se niegan a libertar a nuestros hermanos esclavos.

Acudí a su lado y refuerzo con mi presencia sus reparos. Los demás oficiales se miran recelosos y guardaron silencio. En ese instante, en lo alto de las ramas, Changó enciende sus ojos y el presidente de Haití, movido por los ocultos designios del oricha, se dirige a Simón:

—Excelencia, contad con los soldados, barcos y pertrechos que necesitéis para vuestra campaña con tal de que os comprometáis a proclamar la libertad de los ekobios donde quiera que triunfen vuestros ejércitos.

El caraqueño le estrechó la mano y todos los presentes aplaudimos anticipándonos a nuestras victorias. Todavía resonaban las palmas cuando el mercenario Luis Aury, vencido sin haber

disparado uno solo de sus cañones, pretende mermar los barcos de nuestra armada.

—Mis buques no irán a la derrota segura bajo el mando de capitanes inexpertos.

Sus palabras están dirigidas al capitán Brión a quien todos reconocemos como a nuestro comandante naval. Habíamos esquivado los peores escollos y ahora, al izar las velas nos azotan los vientos de la traición. Pero una vez más el presidente Pétion facilita el camino de nuestras acciones:

—La República de Haití pagará de su tesoro público lo que cuesten esos barcos para que la expedición zarpe sin merma alguna.

Y dirigiéndose a todos, agregó con la potente voz que tenemos los muertos para que nos oigan los vivos:

—Vuestra revolución nunca será triunfante si se endeuda con los esclavistas.

Te tienen prisionero en la misma celda donde me encerraron dos veces; te muerden las mismas cadenas que ataron a mis tobillos; te condenan por llevar la misma sangre. Tranquilo estabas en tu playa, mientras en Venezuela la casta realista azuza el descontento de la guerra contra Simón y su tropa de pardos. Me escogió entre todos sus oficiales, convirtiéndome en látigo, cuando siempre fui espalda de azotados. Pesadilla nunca aparecida en los sueños de los amos: ¡un negro encarcelando blancos!

No me excedí, padre. Duro el puño, blanda la lengua para amedrentar y corregir.

¿Por cuál viento navega el llanto de los poderosos que sus quejas se escuchan prontamente en todas las orillas?

Aún no he debelado a los aristócratas mantuanos cuando la sombra perro ladra en Cartagena:

—Castiguemos al hijo, apresando al padre.

Llegan con sus rifles a Riohacha para romper tu sueño. Se dieron prisa en esconderte debajo las lonas, amurallando tus protestas con las cadenas del ancla.

Te sacan de Riohacha en la madrugada, cuando los burros se acercan al mercado con sus cargas y las fritangueras encendían sus fogones. Quisieron humillarte lejos de tu pueblo, en la Cartagena de los nobles, donde tu hijo alborotó a los negros. Te pasearon descalzo por las calles, los cabellos blancos resaltan tus arrugas. Roto el pantalón, desgarrada la chaqueta para que mostraras tu piel negra. Mientras el ruido de las cadenas retiene tus pasos, el pregón alertaba a las gentes:

—Esta es la marimonda que engendró al pardo Padilla, ese que por orden de Simón azotó a los defensores del rey en Maracay.

A mi madre, tú lo sabes, la velamos en esta sala la noche que llegaron mis tíos de la alta Guajira a enjugarle los ojos antes de enterrarla. Sobraron las espigas de cardón para tejer su mortaja. El piachi canta sus lamentos indios, mientras el alcaraván le escuchaba al pie del cajón, más solemne y más rígido que el propio cuerpo de mi madre. La había acompañado durante toda su vida sitiándole las chancletas y cuando te huías con tu chalupa a oler otras polleras, se mete entre la balanza de la mecedora para hacerle compañía. El rezo se suspende cada vez que el pájaro canta porque su sostenido redoble de tambor es un grito de guerra y nosotros los epinayú, guerreros invencibles, no dejamos de combatir ni en la muerte.

Aquí me enteré del batallón de irlandeses que se había rebelado exigiendo de la república la paga de sus servicios. Los mercenarios nunca ganan la guerra pero siempre aspiran adueñarse de la paz. Con mi tropa compuesta de negros y de indios, combatientes de

lo suyo, ataco el cuartel donde resistían y las chispas del cañoneo prendieron los ranchos de palma. Un viento, hasta entonces dormido, sopla alocado y el pueblo tuvo su peor desvelo. Arde tu casa, padre. Te busco entre los gritos sin encontrar tu voz. Las abuelas corrían, las embarazadas oyen el llanto de los hijos gimoteando en sus vientres. No miraban atrás, buscan ansiosas los botes del puerto.

—¿Han visto a mi padre? ¡Soy José Prudencio, el hijo del mulato Padilla!

Me escuchan con el sordo oído de los ojos. Avancé hacia la playa y en medio de sus bancos quemados, frente al pizarrón donde nos enseñaba las letras, encuentro a mi maestra que se negaba a seguir el vuelo de las lechuzas.

—No lo busques entre los que huyen, a tu padre se lo llevaron preso a Cartagena porque tú andabas metido a revolucionario por Caracas.

Espera, padre, en tu cárcel de piedra. Mis barcos sitian al déspota español que ha reconquistado a Cartagena. Les rastreo en la noche tan de cerca que escuchábamos las voces de sus centinelas a bordo. Nuestra infantería simula el ataque por tierra. Con mi salto comienza el barullo en una cañonera amarrada al muelle. Toca la corneta a zafarrancho y Orunla, caprichoso, designará a voluntad los que han de morir esta noche atravesados por nuestras bayonetas. Los gritos, los arpones que se clavan en las espaldas, los fogonazos. Corté los cables y con la cargazón de muertos, en su propio barco, retornamos a la mar.

Será hoy cuando te libere. Asómate al boquete de tu prisión y verás la falsa flota realista que se acerca. He meditado largamente el engaño. Los baluartes dejan de disparar. Izaron sus banderas y lanzan vivas a la España imperial. La brisa contraria, comprometida

en la burla, demora el avance de los barcos que enarbolan el pabellón real. Los sitiados buscan ansiosos una señal que confirme su espejismo. Miraban sus unidades y se resisten a creer que sean las mismas que les he arrebatado. La duda crece pero no disminuye su ilusión. Cuando confirman el engaño ya nos hemos tomado la ciudad. Ya huyen tus centinelas sin que comprendas su fuga.

Acogeré las súplicas de los vencidos, menos una: podrán sacar todos los bienes que quieran pero ningún negro en calidad de esclavo.

SOY FAVORECIDO CON LA VIDA

INMORTAL DE MIS ANCESTROS

Mis enemigos supieron escoger el lugar dónde acorralarme: una convención de buitres en Ocaña. Para disimular la gran comilona, se llaman «convencionistas». Los zamuros tienen por costumbre reunirse antes de amanecer en torno a la carroña. Desde días antes del convite van cayendo, afilados los picos, para sacarme los ojos. Graznan a favor o en contra de Simón pero solo aspiran a devorar la libertad de los esclavos. Comenzaron por elogiar mis insignias de almirante sin que entonces pudiera reconocer sus himnos fúnebres. Un orador llega a proponer que se me levante una estatua antes de fusilarme. ¡Solo Ngafúa sabe quiénes me aconsejaron los extraviados pasos que me han traído a este cementerio!

Así comenzaron muy temprano los graznidos:

—Una carta de horro en el puño de un negro es como una espada en la mano de un niño.

Los amos no quieren libertar ni un solo esclavo para la defensa de sus propias haciendas.

—Salidos de la mano del Diablo la condición innata del negro es la haraganería.

Debía escucharlos porque en estas reuniones de buitres no dejan defensa a la víctima. Aplaudían. Picotazo a picotazo me devoran:

—Los negros han malinterpretado las generosas leyes de la manumisión. Confundiendo libertad con libertinaje, ahora se dan a la fuga y abandonan el trabajo para emborracharse. Todos los esclavos que no sean necesarios para la guerra deben regresar a las minas.

La libertad absoluta e inmediata de los esclavos, tantas veces prometidas, se redujo a una simple rebaja de azotes. Mis protestas son consideradas como una amenaza de levantamiento contra la república. La sentencia a muerte está firmada. Desde ahora ya guindo de la horca después de ser vilmente asesinado. Quienes se dicen mis amigos, endulzan su rechazo.

—¡José Prudencio, huye!

Me resisto. Solo los cobardes lloran su muerte antes de la sentencia.

—¿Cuál es mi delito?

Los buitres no son aves ceremoniosas ante el cadáver.

—¡Has sublevado el Batallón de los Pardos en Cartagena! El edecán de Simón es un mandadero inglés que trae consignas precisas a los convencionistas:

—¡Obrad sin contemplaciones! ¡En estos momentos es más peligroso para la patria un levantamiento de esclavos que una invasión española!

Hablaba, padre, por el gran ausente.

Después de muerto pienso que todo lo sucedido persiste siendo. El mayor desgarramiento, ahora más vivo, es la nostalgia. En las noches en vela en mi calabozo de Bogotá, siempre con centinela a la vista, rememoro a la abuela negra el día en que descubrí la luz. Me golpeó las nalgas y trazándome la cruz de Legba sobre la espalda y

la frente me previno que no me separara de Yemayá, la madre mar, si no quería encontrar una mala muerte.

¡Eía, todos los pasos estaban ya trazados por Ifá! ¡El mismo Changó que me daría la gloria de la guerra, tiene reservado que un ekobio ordene mi fusilamiento!

Nunca en la Plaza Mayor de Bogotá se ha fusilado un negro. Otra vez debo ser yo el primero. Así lo predijo Orunla desde los tiempos sin comienzo.

En el insomnio que precede a los funerales encenderé las velas y cargando el ataúd de mi propio cuerpo lo expongo al calor de los recuerdos. Pedí que me trajeran el uniforme de almirante y el sable de mi general Churruca. Deseo morir como un marinero en combate. Frente al espejo de mis propios sueños lentamente me ajusto la guerrera. En esta celda no hay ni siquiera un hueco donde pueda mirar la constelación del Gran Gigante para cerciorarme de si está en su lugar mi cinturón y la empuñadura del sable. Estoy tendido en la sabana custodiado por un horizonte de cerros. Tres verdugos enruanados ya subían trabajosamente mi cadáver por entre las jarcias de la horca.

Tocan a la puerta. Es algo más de la medianoche. Entró mi hermano Piar. Viene de jinete por los llanos con la tropa de sus fugitivos cimarrones. Sudoroso, aún con los zamarros puestos y el pecho desnudo, puedo ver las cicatrices por donde le penetraron las balas. Por eso sé que me visitaba desde los flancos de la muerte. La última vez fue aquella noche cuando trato de convencerlo inútilmente de la inconveniencia de la insurrección de los esclavos. Al pie de la fogata sobre calaveras de toros nos escucha su tropa:

—Hoy te toca a ti, José Prudencio. Los negros no hemos sabido nunca imponer la libertad de los esclavos a nuestros jefes.

Se acercó y me muestra sobre la frente y el pecho el lugar por donde me entrarán las balas y allí quedaron abiertas las huellas de sus

dedos. Poco después llega Simón. Los centinelas le abrieron la puerta. Ya le cuelga la máscara de los bazimu, pero ignoraba si regresa de la muerte o si solo quiere cortar el tiempo que lo liga a la vida. Se sentó en el camastro. Piar no quiso estar presente o prefiere darle la espalda.

—Si no me equivoco, ese es...

La sombra se había desvanecido.

—Sí mi general, es Piar.

Entonces, de pie frente a mí, descubre las chispas sangrantes sobre mi uniforme.

—¿Estas son las condecoraciones que te impuse por tu gran victoria de Maracaibo?

—No mi general —le respondo— son las cicatrices que me dejarán las balas del pelotón.

Las contó y luego repara en mi frente.

—Estas sangran más.

—Los tiros de gracia. Los soldados no apuntaron a matar o les temblará el pulso.

Podíamos hablar sin apasionamiento. La muerte nos quita el peso de la acción. Nuestra mirada se proyecta hacia el pasado y el futuro. Solo los vivos padecen la angustia del presente. Se tendió sobre el camastro y sin mirarme, escucha mis quejas:

—Tus antepasados blancos te reclaman la esclavitud de nosotros los negros.

Se levantó arrastrado por fuerzas que lo tiraban desde lejos. Entonces descubro que sus pasos no dejan eco. Caminaba tembloroso, indeciso, precavido de apartarse de sus huellas terrenas.

Por la madrugada los centinelas se cercioraron de que yo estoy vivo: primera condición para fusilar. Dos frailes franciscanos me administran la extremaunción. A las once de la mañana, en otro lugar el sol estaría sobre mis hombros. Sentí frío y me ajusto los

botones del cuello sobre la sombra que me dejará la cuerda cuando sea ahorcado después del fusilamiento.

El recorrido fue corto. Era el final desde aquel momento en que me desprendí de las aguas maternas para nadar en busca de esta orilla. El redoblante marca el paso de la escolta. Lo había oído en muchos combates, alegre, alborotador, abriendo el camino del asalto. Ahora me escolta con dobles de campana, doloroso, hundiéndome en la muerte. La artillería estaba compuesta de reclutas mal acomodados al pesado uniforme. Les siguen unos veteranos de a caballo, seguramente traídos de la cárcel, gente que jamás combatió por la libertad. La tropa de infantería aruña mis espaldas con las puntas de sus yataganes. Serán ellos los encargados de fusilarme. Les siento el pulso tembloroso porque nunca antes han disparado a mansalva contra un almirante. Retrasé la marcha todo lo que pude para sentirme en medio del pelotón, entre sus bayonetas. Deseo compartir con ellos mis últimos momentos como los viví siempre, hundido en la raíz de mi pueblo. Inútilmente buscaba por lo alto, por encima de los cerros, la fila de los alcatraces. ¿Dónde están mis marinos? ¿Esos negros que en la oscura noche de San Juan sorprendieron al enemigo en Cartagena? ¿Dónde mis valientes de Maracaibo? No sé cuándo me di cuenta de que me encuentro lejos del mar, que no poseía la caña de un timón, ni siquiera el remo de una chalupa.

La Plaza Mayor es una abierta rada sin mástiles. En lo alto de la torre doblaban las campanas por un marino que ya navega en aguas profundas.

Los sabuesos de la sombra perro se acercaron para atarme las manos.

—No me amarren, nunca se alzarán contra la patria.

Ladró el más ladino, la espuma le moja la lengua:

—Tenemos instrucciones de tratarlo como a un traidor.

Llené el pecho con todos los vientos bebidos en nuestras costas. Solo ellos pueden darme la dimensión de la patria. El más pequeño tuvo que empinarse para arrancarme las presillas de almirante.

—Déjemelas, no me las ha dado el dictador...

Amaestrados por el crimen, sus orejas ya no tienen oído. Como me habían atado los brazos a la espalda, para desnudarme el pecho deben desgarrar la guerrera con la punta de sus bayonetas. Entonces, sobre la camisa blanca encontraron los cuajarones de sangre ya señalados por los dedos de Piar. Se miran sorprendidos, contándolos, como si adivinaran su puntería. Me ofrecen un banquillo y quisieron vendarme los ojos para que no mirara el fuego de la fusilería. Los rechazo indignado. Esperaría de pie el ventarrón de la muerte con todos sus relámpagos. Mis ojos, el ciego por el día, el despierto por la noche, atisban sin miedo el viento veloz de las balas. Les seguí el rumbo, ciego, torpe, desmantelándome los párpados. No encontraría estopa ni brea para calafatear aquellas heridas.

La segunda descarga trae el peso de un ancla arrastrándome al fondo de la matriz. Mientras tanto, allá arriba una garrucha suspendía mi cadáver de lo alto de la horca. Intento aflojarme la soga pero desistí al comprobar que no me aprieta el cuello. Ya andaba de regreso a Cartagena cuando llega la tormenta que cubrió la Plaza Mayor con las cenizas frías del granizo.

Huyendo de las patrullas que rondaban las calles, escondidos bajo los hábitos, cuatro monjes de San Agustín salen al rescate de mi cadáver. Empinaron la escalera y el cuchillo corta la soga. Libre, atarraya abierta, me regué en el suelo. Me recogen calibrando el plomo, las aberturas, la sangre derramada. Luego, alumbrado por el candil de su miedo, navegué sobre sus hombros por callejuelas empedradas. Dos veces torcieron el rumbo para esquivar los faros

plantados en las esquinas con sus fusiles. Al llegar a la iglesia la bordean hasta encontrar una rendija entre los muros. De esta manera, padre, encallé en el último puerto, en una capilla colonial. Han encendido todos los cirios y el fuego dorado de las pinturas reiluminan mis ojos. Los frailes arrastran un bote sin quilla que encontraron en un astillero abandonado en el fondo de la sacristía. Saben que soy un negro creyente de Changó. Por eso me hicieron un sudario con las polleras blancas de santa Bárbara. Luego, cantando en coro, hunden el bote en la sepultura. Pero aun después de pegar la última piedra, yo escuchaba el ladrido de la sombra perro encerrada detrás de las ventanas y puertas del palacio presidencial. Estuvo ladrando toda la noche para no dejar dormir al ekobio moribundo, ya citado por mi madre Yemayá que quería verle languidecer la cera tostada de su rostro bajo los tamarindos a la orilla del mar.

Desde aquí te veo Pabla Pérez en las oficinas públicas, prendiendo velas a la memoria de tu almirante asesinado. Eluden pagarte la pensión de viuda porque dicen que tu difunto marido enlutó la bandera de la patria con la rebelión negra de los esclavos. Fusilado por traidor, envilecido con la horca y proscrito de mis derechos ciudadanos, miraban con soma las medallas, las cruces, las insignias que muestras en tu pañolón negro. Olvidados están los títulos de gran almirante, benemérito general de la Orden de los Libertadores, capitán de navío de la Armada Nacional.

Pero no te aflijas, Pabla Pérez, favorecido soy con la vida inmortal de mis ancestros ante la mirada de Changó. Desde aquí te sigo los pasos, rememorando tu mulata alegría de aquellas tardes cuando encendiste tu risa en nuestra nostalgia de exiliados.

III

EL ALEIJADINHO:

DONDE QUIERA QUE TUS MANOS SIN
DEDOS DEJEN LA HUELLA DE TU ESPÍRITU

NO SIEMPRE TUVO CARA FEROS QUE ATEMORIZA A LOS ESPEJOS

Mi borrico se resistía en mitad de la calle del Rosario, las orejas levantadas, oyendo en la oscuridad ruidos que no escucho. ¿Será el viento, la brisa con los olores del bogarí que solo florece bajo el baño de la lluvia? Me perseguía el run-run de las moscas ansiosas de pegarse a la carroña de mi rostro. Vengan de donde vinieren esas nubes se arremolinaron y nos alzan por encima de los techos de las casas. Subimos, el viento nos lleva, nos empujaba hasta tocar las estrellas del Gigante Orión. Voy así, afianzado en el anca de mi borrico. Miré hacia abajo en busca de la iglesia de nuestra Señora del Rosario de los Prietos, en Vila Rica, el perdido pico de Itacolomi, la sangre de mis muñones coagulada en los rostros de los profetas que he esculpido. Desde allá abajo me muestran el rumbo... Oseas con su pluma alzada... Jonás todavía oloroso a vientre de ballena... El león de Daniel rugiendo a mis pies. Mentiras, los pierdo desde estas alturas porque alrededor mío solo hervía la luz que me ciega, jáquima de mi borriquito. Asustado, cubriéndome la cara con el cuello de la chaqueta, descubro que no es la claridad la que guía a mi borrico sino un fantasma, hasta estoy casi creyendo que soy yo mismo. ¡Vaya a saber si es varón o mujer! No es ninguno de mis profetas porque lo habría reconocido, cualquiera que sea su disfraz. Mi borrico levantaba sorprendido las orejas sin saber si sus cascos

tropiezan con estrellas o piedras húmedas. Le acoso para que camine más de prisa. De repente la sombraluz se detuvo para pegar sus labios a los míos. Era la Virgen purísima con el rostro africano de su hijo, el mismo que puse a Jesús cuando lo esculpí predicando a su pueblo en el púlpito de la iglesia de San Francisco. No es un sueño porque también mi burro alza las orejas para oírlo... Hasta creo que lo ha reconocido como si en alguna parte hubiera sido su amo.

—¿Quién eres, espíritu andante que has besado mis labios leprosos sin una mueca de asco?

Escuché el zumbido de los arcángeles cuando se quedan mudos.

—¡Eía Aleijadinho, hermano del dolor, hermano soy tuyo! Igual que tú, vestí la capa del leproso. Déjame ser el fuego de tu cincel. Aunque nunca me reconocerás soy tu propia imagen, tu ancestro protector desde que fuiste sembrado en el vientre de la madre dos mil años atrás.

—¡Abuelo! ¡Abuelo! No te alejes sin darme tu nombre.

Relámpago sin trueno, me respondió:

—Soy Kanuri mai, nunca apartado de ti. Me esculpirás en los rostros de tus profetas, en las carnes desgarradas del buen Señor de Matozinhos, allí donde quiera que tu mano sin dedos dejó la huella de tu espíritu.

Se desplomó sobre el andamio y me entero por el estropicio del martillo rebotando entre las tablas desde lo alto de la cúpula. La santísima Virgen quiso que Agostinho alcanzara a sujetarlo.

—No es nada, Janeiro —me dice.

Le ayudamos a bajar aunque protesta, queriendo mantenerse en sus propios pies. Ya en el piso se bamboleaba sobre un costado, inseguro de sus pasos. Penetra en la sacristía y antes de cerrar la puerta nos ordenó que no digamos nada al padre superior. Permanecemos

en silenciosa custodia mirándonos los rostros. Al sonar las doce campanadas de la medianoche, temeroso de las almas en pena, por tres veces toqué a la puerta. A la cuarta responde furioso, trabado el grito entre los dientes. Fue muy por la madrugada cuando Agostinho, desobedeciéndole, llega con el tío Antonio. Golpeó la puerta con los nudillos y como no le respondiera, la empuja con el hombro. Entonces, resucitado con otra cara, hasta el propio tío parece extrañarlo. Agostinho aprovecha aquel momento para servirle vianda y vino. Muy corrido el tiempo, traté de rondarlo con el pretexto de limpiar el humo de la lámpara, pero el mestre me aleja con la mirada. No estaba yo para abandonarlo y araña, me paso el resto de la noche tejiendo hilos con lo que se contaban:

—Mala cosa, sobrino, creo que esto sea maleficio.

En la calle de abajo, allí donde nace Vila Rica, los garimpeiros se reunían al salir de los socavones de las minas. Aunque los mantienen semidesnudos, los capataces no dejaban de vigilarlos, temerosos de que escondieran pepitas de oro prieto en las rendijas de los pies o en los pliegues del ano. Viniera de la montaña o por los lados de Congonhas, invaden la fonda de la liberta Ocaria Mandioca, donde se olvidarán de las horas pasadas bajo tierra.

A la ventera le sobaban uñas para agarrar lo que se mueve a su lado. Escuchaba al capataz quejándose de la pobreza del cascajo; cura las quemaduras en los brazos dejadas por la fragua y repartía totumas de yacuba a los esclavos, exigiendo a sus dueños que le paguen de uno en uno para evitar olvidos y discusiones. Le bastaba con ser la manceba del coronel de la guardia para que contra ella no haya atropellos ni excomuniones.

Pasado el tropel de los garimpeiros, comienzan a llegar los principales de la villa, cobradores de impuestos, libertos que se hicieron

ricos con un puñado de diamantes o con el oficio de la talla que les enseñara algún monje franciscano. Con la capa sobre el rostro se asoman coroneles, escribanos, oidores y hasta frailes. Los mestizos con derecho a usar espada la escondían para que el capitán de la ronda no les interrogue si están autorizados a sacarlas de noche. Unos y otros concurrían a la venta de la Ocaria Mandioca en busca de lo que todos quieren ocultar: sus esclavas. Las compraba púberes en los puertos, en las entradas de los ríos y a golpes les ablanda las caderas para que las muevan a gusto bajo el peso de las hombres. A las que hablaban la lengua de su nación, nagó, o kibungo, las hace repetir en portugués las groserías que enseñaba a sus maracanás. Para darles aire de haber pasado mucho tiempo en cautividad, les arrancaba los dientes y se los pone de oro.

Olvidados de sus hogares, los señores alargaban la noche con aquellas ekobias que saben pedir oro a cambio de sus caricias. No hay modo de que le roben una pizca a Ocaria Mandioca, pues acabado el negocio, a la hora que fuera, las conducía a su alcoba y las obliga a desnudarse, hurgándoles la vagina y el hoyo de sus muelas.

Los sábados por la noche, los tambores resonaban con temprana insistencia, rodeados de plañideras y panderetas. La liberta animaba a los músicos con tragos de fuego para que los cantores mezclen fados de Salvador con los últimos versos contra el fanfarrón escritos por Claudio Manuel.

Contaré todo esto solo para decir a los que me escuchan que mi amo, el Aleijadinho, no siempre tuvo cara feroz que atemorizara a los espejos. Ágil para el batuque nunca fue esquivo a las negras de Ocaria Mandioca. No quiere llevar espada aunque le esté autorizada, pues confía mejor en las tijeras de mis piernas. Sin atribuirme virtudes ajenas puedo afirmar que no existió entre los bandeirantes quien me aventaje en descoyuntar un brazo o quebrar una nuca como lo

hace este Enero cuando baila la capoeira. Si las miradas de asombro son para el mestre, las rencorosas se dirigían a mí. No son pocos los que ocultan la cicatriz de un hueso roto por mis golpes.

Desde que entramos la Ocaria Mandioca se vino abriéndose paso entre marqueses y esbirros del rey. Cuando veía a mi amo, le cae la zandunguera que pone celoso al coronel. Tomó en sus brazos a mi protegido para llevarlo casi cargado. Su hombruna belleza no desmerita sus nalgas. Nos lleva al palco más reservado desde donde, por lo alto, podíamos mirar bien sus caderas. Esa noche mi amo no estaba para medirse con ella. Está aquí porque le conté que la Ocaria arrastraba una cabocla recién llegada por la plaza de mercado. ¡Mandinga sea! ¡Aunque la cubrían las enaguas, sus caderas me dieron dentera!

—¿Qué perro rabioso te persigue?

Bebí entonces todo el aire que me cupo en el pecho y le digo derramando saliva gruesa:

—La Ocaria trajo una cabocla que si usted no la aprovecha esta noche, mañana se la disputarán todos los oficiales de la milicia. Me dijo que se lo contara, me lo dijo sin decírmelo, porque hablan más los ojos que la boca cuando se trata de ofrecer lo que se tiene.

Y aquí estamos. Me contentaré con olisquear las manos del mestre después de que él se haya relamido los dedos, tras de almorzarse a la cabocla. Sabiendo lo que sabía, la ventera demoró la presentación de la esclava provocando con la espera que se abriera generosamente la bolsa de mi amo. Sabe ella que su oro devengado de los franciscanos le sería más abundante que la mezquina paga de los militares y los recaudadores del reino. Se alejó con el pretexto de que debe acicalarse para el baile. ¡Claro que el mestre no le creía porque más alhajas ni mejor pollera de las que luce no guardan los siete baúles

de sus tesoros! Seguramente se fue a adornar a la cabocla, eso sí, con las candongas de diamantes que llevaba puestas; cederle el collar de oro prieto comprado al mejor joyero de Congonhas y colgarle el medallón de la Virgen que debía estar perpetuamente escandalizado entre sus senos que no solo manosea el coronel. La imaginé rociándole el cuerpo desnudo con resinas brujas, dorándole la cara con oro en polvo y enseñándole cómo vaciar la bolsa repleta que ya había visto bajo la capa del mestre.

Por fin resonaron los tambores. Los faroles empalidecen porque Ocaria Mandioca saltaba con sus tacones altos. Diez diamantes arden en las puntas de sus dedos. Se oye un grito quejumbroso. Todos sabemos que la parió la gruna. Sonaron las panderetas, apenas un coro a su quejido de macho. Se retuerce, levantaba las puntas de sus senos y de contragolpe, bamboleando hacia atrás, nos muestra sus nalgas. Fue ese el instante en que el mestre, siguiendo el ritmo de la zarabanda, comenzó a golpear la mesa con el anillo de Changó. Los señores dejaron de taparse las caras; aúllan con tal rabia que ellos mismos se sorprenden de que pudieran ladrar todos juntos detrás de una misma perra. Entonces, desde el rincón donde me encuentro, con sorpresa y resentimiento, advertí que el mestre dibuja vacas y piñas en hojas de papel. Después las rompe y retomaba el lápiz al son del taconeo de Ocaria Mandioca. De un brinco se puso de pie y sin decirme sígueme, corre por medio de los señores que pellizcaban las nalgas sudorosas. Hacia los lados del patio, por una rendija de su cuarto, divisé a la cabocla con las piernas abiertas. Tirada sobre la cama, se cubre tan solo con su larga cabellera. Me enfermó ver la araña negra que le camina entre los muslos. Pero mi mestre no se detuvo. Será esta una de esas noches en que las golondrinas de la iglesia no dormirán, desveladas por los golpes insistentes del martillo y del cincel sobre la piedra.

—¡Kanuri mai, rememoro solo para ti!

Las sombras que me envolvían día y noche, olores de mis úlceras, después de nuestro encuentro se desvanecen al descubrir por todas partes la presencia de mi madre esclava. Había muerto de nostalgia poco tiempo después de que mi padre me arrebatara de su lado. Su recuerdo fue escurriéndose con la lejanía como si nunca mamara de su seno. En aquellos primeros días de pájaro cautivo bajo la mirada vigilante de mi madrastra doña Antonia María de San Pedro, mi padre, un blanco cristiano, jamás la mencionó. Muchas veces pienso que la rememoraba cuando me ve llorar, tratando de adivinar el rencor no nacido en mi corazón. Mis afectos hacia él brotaron de los ríos de la sangre que nos atarán desde no sé cuándo. Nunca escuché los lamentos de mi madre por su condición de esclava, pero mi difunto tío Antonio me cuenta que la matará el dolor al separarme de ella. Mi padre la había comprado solo para sembrarle la fiebre de su lujuria en los encuentros que tienen en una callejuela de Antonio Díaz. Jamás le habla y después de observar silencioso los rincones, detrás de las puertas y aun debajo de la cama, se alejaba rencoroso como si estuviera convencido de que otro, antes que él, hubiese estado calentando los mismos lugares de mi madre donde había puesto sus manos. Así nací engendrado por el revuelto amasijo de sus apetitos y la obligada entrega de mi madre esclava. ¿Cuáles son los designios que me tendrán reservados en las Tablas de Ifá? ¡Oh, Kanuri mai, tú solo le sabes!

Al comienzo lo veía con el tiempo de las ausencias con que lo recuerda mi madre. Después empecé a descubrir a un hombre en esa piedra fría que observaba y calla a nuestro lado. Por aquella época su voz sonora se escuchará muchas veces solicitada en el coro de la Orden Tercera del Carmen. Cuando comencé a andar me lleva a la iglesia. Desde el suelo, pequeñito, lo miro volar por las cúpulas y andamios.

Soñé entonces, sueños no cumplidos, que mis brazos y piernas también se convertirían en alas. Me colmaba con las caricias negadas a mi madre, guiándome las manos cuando juego con sus pesadas herramientas. La muerte ha ido devorando las huellas de su cara severa, el coágulo azul de sus pupilas, su risa ahogada. Solo sus manos persisten en mis recuerdos cada vez que tallo bejucos y rosas en derredor a la Virgen. Con uno solo de sus dedos me subía sobre sus hombros para que yo alcance el martillo o la gubia olvidados en alguna cornisa. Me aseguraba que algún día yo tallaría altares más hermosos que los suyos. En la mesa, parte el pan con sus manos duras y después de amasarlo y probarlo, me ponía en la boca algún pedazo sin dejar de mirarme.

Mi madrastra, siempre silenciosa, sin la brasa de los celos pero tampoco complaciente, contribuyó a que yo tenga más padre que madre. La angustia de su matriz que no engendraba varones resaltaré mi presencia en el hogar. Por más de diez años son inútiles los remedios de médicos y comadronas para darle el hijo que desea. Crecí, varón único, entre mis medias hermanas Joaquina Francisca, Magdalena y Teresa de Jesús. Andaba yo por los veinticinco años cuando por artes no conocidas nacerá mi hermano Félix Antonio. Desde el mismo día de parido, mi padre lo consagra a la vida religiosa y fue entonces cuando supe por qué había sido un hombre taciturno: mi casta negra le impide hacer de mí un presbítero.

Cuando las faldas levantadas de las mujeres me abren los ojos, una noche entré al cuarto donde yo duermo. Se sentó en el borde de la cama y con voz ronca, nunca se la escucharé tan dolida, me habla de la muerte de mi madre no sé en qué lugar donde huyó después de declararla libre. Al ver su mirada dura, cerrados los caños de las lágrimas, también contengo los míos. Sentí, como ahora siento, que no tenía pies dónde afianzarme. En mis cortos años, catorce, sospecho que debía andar sin apoyo porque un huérfano criado por madre

extraña es dos veces huérfano. Por estos días pido la resurrección de los muertos, ansioso de que mi madre saliera de su tumba a ofrecerme las caricias que no pudo darme. Mi tío Antonio me asegura que los difuntos regresarán a la tierra para solicitar a los vivos lo que les pertenece. Cuando las campanas de la iglesia de Nuestra Señora de la Concepción anuncien el reposo de las almas, los muros se derriban para mostrarme las cruces que marcan el recorrido andado por mi madre desde donde la velaron hasta el cementerio. Encendía la lámpara y de rodillas, invoco al crucificado pidiéndole mediación para que mi madre abandonada, ánima sola, se acercara a darme compañía. Escuchaba, oigo las brujas sobre los techos llamando con sus silbidos a los moribundos.

Una noche, al regresar de una fiesta, mi padre me encuentra en el suelo alucinado por los delirios. El médico me preguntó sobre las visiones y asegura que son las fiebres. Callo toda respuesta por no decir que había visto a mi madre llamándome desde lo alto del altar. Las ventosas, sobos en la frente y tisanas no logran aliviarme las convulsiones. Mi padre ordenó al más viejo de sus esclavos que me acompañara con las luces encendidas para que durante el resto de la noche, al pie de mi cama, rece sin descanso la «Oración del Justo Juez». Pero el anciano preferirá contarme interminables relatos que lo dejaban extenuado. Su captura en África y luego, su tránsito de amo en amo, cambiando siempre de oficios, hasta convertirse en un garimpeiro sepultado en las minas de Itacambira. Sus historias me hacen seguir las huellas de mi madre arrojada con una carta de horro hacia donde nunca más su nombre o presencia perturbara la apacible vida matrimonial de quien le había engendrado un hijo. Algunas veces, mientras voy a la escuela, me encuentro con viejos esclavos que me siguen con la vista, sin que yo sepa que ellos, tal vez, conocían mucho más de mi sangre que yo de mi orfandad.

Kanuri mai, ancestro, escúchame en esta noche de mi primer encuentro con el África de mi madre. La olvidada, la postergada, la alejada, regresa a mi vida con sus angustias de difunta. Será ella la que me devuelva los potentes brazos y los puños talladores.

EL ESPÍRITU Y LA PIEDRA

—¡Januario!

Me encuentro en lo alto del andamio, preocupado por la mezcla del estuco que me había solicitado desde el día anterior.

—¡Januario!

Me descuelgo por entre las columnas. Nunca antes le escuché tanto desespero.

—¡Januario!

Me asustaron los presentimientos desde el primer llamado. Lo hallaré de pie en el cuarto de la sacristía. Sus manos temblorosas hacen que el espejo lance relámpagos contra los rincones.

—¡Acércate! ¡Acércate! —me llama como si estuviera allá donde los gritos han perdido el eco.

—¡Mírame la cara!

Alargó sus ojos mirándose en los míos. Sobre sus hombros solo alcanzo a ver su cabeza redonda, recubierta de barbas y cabellos retorcidos.

—¡Mestre no le veo nada extraño!

Me alcanza con su puño y me empujó contra el muro para que pudiera mirarlo de contraluz.

—¡Las cejas!

—Allí las tiene pegadas en su sitio.

Se acercó tan cerca al espejo que su respiración lo llenará de sombras. Sus dedos trazaban cruces en el aire.

—¡Fíjate en la nariz!

Desmesuré los ojos, pero solo veo su nariz afilada, sacudida por los respiros.

—¡Se le mueve, mestre!

—Los labios, fíjate bien...

—Le tiemblan.

Gira su cuello para mostrarme el lado opuesto.

—Toca mis orejas.

—Están un poco sucias de yeso.

No quiso creermelo y se las manosea con suavidad. Se revolvía con extraños saltos como si una o dos personas le zarandearan. Tendré que ayudarlo a ponerse la casaca, las orejas bajo el sombrero, asustado por vez primera de la luz.

Mi tío Antonio cojea de la pierna derecha aun después de muerto. Uno de sus muchos amos le tasajeó el talón para reprimirle sus reiteradas fugas a los quilombos. Se afirma en él como si le hubieran nacido múltiples raíces.

—Mire, sobrino, la fortaleza de los puños no nos dan la medida del hombre, que no hay mano que trepe árbol si no tiene el rabo del espíritu que la sostenga y dirija. Este cuerpo mío se ha muerto muchas veces y otras ha resucitado solo porque el amo nunca dio el golpe donde llevo la ponzoña: el deseo de vivir y de ser libre...

Cuando me desprendo de las entrañas de tu abuela, la gente por estos lados de Minas Gerais padecía una hambruna que desde entonces, acá nunca más se ha terminado. Castigo que reciben los hombres por atragantarse de oro. Porque debes de saber, sobrino, que el estómago siente más hambre por los minerales de la tierra que por los frutos que en ella se cosechan.

Después aprendí, por propia experiencia de difunto, que el hombre puede vivir bajo tierra, alimentándose solo de barro, si ese barro

le siembra esperanzas. Con esa ilusión los bandeirantes todo lo venden para comprar cuadrillas de esclavos y penetran con su tropa a desmontar selvas, cavar hoyos y descubrir las pepitas de oro prieto vistas por Duarte Nunes y Antonio Rodrigues al pie del Itacolomi. Me cuenta el tío que los compradores de negros preferían los jóvenes, los adultos fuertes con lacras o sin ellas, pues poco les importa que nos falte un ojo o que la mancha del pian les hiciera pensar que algún día se nos caerían los dientes. Les basta que tengamos completas las manos y las uñas para arrancar el barro de las minas. Si hubo reparos fue solo al comienzo, cuando los bandeirantes podían escoger entre los muchos esclavos en las senzalas, pero desde que escaseamos tragados por las fiebres y la selva, comprarán por altos precios los que otros habían desechado. Hubo quienes llegaron a ofrecer cuarenta vacas por un ekobio. Cargan hasta con las mujeres de tres o cuatro partos pero con fuerza aún en los brazos. Entre las primeras en subastar caerán las muleconas de caderas firmes. Los amos pensaban en las noches con escalofríos, pues no hay grano de oro que no esté contaminado de fiebres. Entonces en las largas convalecencias, una negra cariñosa con el consuelo de sus piernas ofrece más alivio que los tragos de quina y los emplastos de simaruba.

—Por estas razones compraron a tu abuela.

Mi tío fue el primero de sus vástagos, sembrado por un curiboca de Bahía. El segundo parto, hijo de otro amo, vivió pocos años porque siendo un muleque lo meterán a la mina y una noche en que se vino abajo la gruna, queda convertido en piedra-hueso de las que en la oscuridad se iluminaban y espantan al garimpeiro. Mi abuela estuvo llamándolo por cinco noches a la entrada del socavón hasta que el amo, condolido, la vendió a otra cuadrilla que parte para Ouro Preto, donde nacería mi madre. Por aquel tiempo mi tío vive de garimpeiro, alejado de mi abuela, de la que nunca supo dónde la

enterraron. El curiboca que lo engendró, desengañado del cateo, le asegura que al morir le firmará la carta de horro.

—Jamás la esperé, sobrino. Hay muchos quilombos y sin la merced de mi padre, dispuse hacerme libre. Tengo dieciocho años y el quilombo es un llamado que atrae al joven esclavo con más fuerza que el vagido de una vaca a su ternero.

Por esos días el hambre era un fantasma vivo que dispersa las bandeiras. Al salir de los socavones, el cuerpo y las caras terrosas se toparán con otros más afligidos. Nada se decían porque en los ojos vacíos se adivina el hambre. Pasaban semanas enteras sin probar mandioca. Los amos prefieren darles la libertad, miedosos de que por querer devorar los caballos que montaban, les cortaran las cabezas.

—Durante aquella terrible mortandad que sembró de calaveras los caminos reales y las trochas, comienza a predicar por Minas Gerais el espanto de Gunga Zumbi. Al principio oíamos sus gritos por las veredas del río de las Muertes. Los barranqueños de Ponta de Morro se lo encuentran capitaneando su tropa con espadas forjadas en oro vivo. En la noche cuando recorrían los campos, desde lejos puede véseles por sus resplandores buscando a los amos difuntos para volverlos a degollar y echarlos a la corriente del río.

Para unos Gunga Zumbi es el mismo Exú, oricha de los truenos en quien los frailes veían encarnado al demonio. Los caboclos afirman que es el mismo Sací, errante y solitario, a quien su amo cortó una pierna para que no huyera. Se aparece de noche en las senzalas, en los mercados de Vila Rica de Albuquerque, y aun en los atrios de las iglesias donde predicará a los esclavos:

—Hermanos negros, cafusos, cabras, curibocas y de Guinea — les decía— aprovechemos estos momentos cuando agotados el oro y los diamantes de las minas, no hay quién siembre maíz ni mandioca y los arruinados amos más piensan en salvar sus vidas que sus

faciendas. Aduéñense de la parnaiba o del fusil del señor y vénganse a los quilombos, tierra libre.

Oyéndolo, esclavos y esclavas salen con sus dueños a las plazas de mercado. Aprovechando el primer descuido se escabullían por los callejones en donde otros ekobios les esconderán en pozos y acequias. A veces deberán estarse allí varios días, padeciendo hambre y sed hasta que ayudados por otros, logran llegar a la selva.

—Sobrino, un quilombo no es solo el puñado de casas. Su fuerza está en el pacto entre vivos y muertos para subsistir unidos. Los difuntos nos ayudan a escoger al sargento Siembra, al cabo Diligencia, al general Defensa, al mariscal Armas. Todos bajo la suprema autoridad del Gunga Zumbi, gran señor por sus mayores conocimientos y voluntad, pero sobre todo, por su hábil trato con los muertos. Nadie es sabio, ni guerrero, ni buen padre, si no tiene la confianza de los orichas y ancestros que amarran las pasos, avivaban el pensamiento, dirigían los deseos, curan las enfermedades y nos acompañarán en el tránsito que nos lleva a convivir con los bazimu.

Después de estos trenos del tío Antonio, me sentía preñado de extrañas fuerzas y hasta coqueo del mismo talón desjarretado. Las palabras me salían con su acento y aunque corro a persignarme ante el Señor, otros sentimientos me hostigarán cuando beso la cruz.

El médico me arrebató el sombrero de la cara y asustado siento que me ofusca la luz.

—El padre superior está muy preocupado de sus dolencias.

Le conozco por ser el más antiguo de los médicos de la congregación. Fue él quien cura la fiebre puerperal a doña Antonia María después del parto de mi hermana Joaquina Francisca.

—Los dolores nocturnos, la piel escamosa de la cara, las manos que se me endurecen...

Me hizo saltar atado de los pies, camino con los ojos vendados y finalmente mirará las ronchas de mi cuerpo. Palpa mis testes, preguntándome por qué no tenía hijos. Me regresa a los años olvidados de mi infancia al lado de mi madre. Me preguntará por los días tempranos cuando convivíamos con el tío, refugiados en una casucha de Antonio Días. Entre recuerdos, más revividos por las preguntas que por guardarlos despiertos, saco a relucir unas bubas que mancharon mi piel. El médico me obligó a pintarme la cara con violeta de genciana, ennegreciéndome más de lo que en realidad soy. Para que no me vieran con aquellas manchas de carnaval en época de cuaresma, me encerraba en la iglesia y solo vuelvo por las noches a mi casa, vampiro alejado de mis amigas y de las fiestas. Me consuela el provecho que saco de las encerronas, adelantando la talla de los altares, para embellecimiento y gloria del Señor. Los días son más largos por estar mirándome al espejo, testigo de la enfermedad que me come las pestañas y vacía el saco de las lágrimas.

EL FANFARRÓN ES UNA BESTIA QUE RESPIRABA
Y SE ALIMENTA CON NUESTRAS VIDAS...

La primera vez se apareció allí a la entrada de la iglesia. Toca a la puerta. Creo que eres tú, Agostinho, y arrastrándome me acerco por entre las columnas. Un bulto de cenizas y claridades me esperaba. Al comienzo no lo reconoceré. Los difuntos no tienen rostro pero uno podrá mirarlos los ojos, oír sus palabras y sentir el calor inextinguible de su sangre.

—¿Qué quieres? —pregunté.

—¡Sobrino!

—¡Tío! ¡Tío! —y desapareció desvanecido por mis gritos.

La segunda vez desperté por un terremoto que hace temblar la cúpula mayor y los altares. Entre luces y sueños, creo que las paredes

se desploman. Quise llamarlos, avisarles que la tierra se hundía en sus propios abismos. Poco después advierto que las columnas cambiaron de lugar. Altas, apretadas unas a otras, se han convertido en horcas de donde cuelgan las cabezas degolladas. Los pies se me endurecían, mi cuerpo se estira, crecí tanto que temo desfondar el techo con la cabeza. Me llaman desde lo alto, mi padre hablándome por entre los andamios. No eran cantos ni vientos, sino voces de difuntos. ¿Mi madre Isabel? ¿El tío Antonio? No estoy seguro si me hablaban en coro o si oíaescucho sus voces por separado:

—Soy Pedro da Silva Pedroso, solo tenía veinticuatro años cuando fui ahorcado.

La segunda, puedo jurarlo, me llegó de ultratumba:

—En este continente, mi nombre es João de Deus do Nascimento.

La otra, lejana, cercana, salía de mis propios labios:

—Aún me llaman Lucas Dantas, porque nadie muere en la camada del pueblo.

Esperó que el eco se apoyara en la bóveda de la iglesia. Después su garganta degollada me traerá su palabra viva:

—Por mi sangre y condición ínfima fui el liberto Manuel Faustino dos Santos Lira.

La más próxima me habla con los ojos apagados:

—Mi religión es el Islam y mi nombre Eliseo Pandará. No solo prediqué la libertad sino cómo conquistarla.

Entonces el tío Antonio, envuelto en la sábana blanca de los muertos se acercó y me alza sobre sus hombros para que pudiera mirar la interminable sucesión de ahorcados: Vicente Ferreira de Paula, Emiliano Mandacaru, Sabino Viera, Franca Pires... lunas pálidas colgando de las sogas.

—Todos, sobrino, son nuestros mártires. Esclavos, libertos, hombres prietos condenados a morir por afirmar que la libertad

consiste en el estado feliz, en el estado libre de abatimiento, en la igualdad para todos.

Con una simple señal, consigue que las columnas de la iglesia regresaran a su sitio y allí, en el espacio que dejaron frente al altar, resplandece la llama de los vivos. Ahorcados por orden de la justicia imperial, sus cuerpos no tendrán sepultura, pero acá en el país de los muertos les espera su sitio de honor. Uno a uno van resucitando de su futura muerte.

La primera en levantarse es una sombra magullada por los azotes:

—Para mis verdugos soy *El Infame*, para mi pueblo, el *Negro Cosme*. Seré ahorcado en São Luis y mi cabeza exhibida en la picota.

A su lado alcanzo a ver un amasijo de huesos quebrados.

—Graba, sobrino, su nombre: es el Cristo negro Isidoro, llamado *El Mártir*. Detenido por rebelde en la mina de su amo, un fraile escapará a los quilombos mineros de Tijauco para sublevar a los esclavos. Pájaro, fuego, siempre burlará a sus enemigos. Pero llegará el momento de su agonía: tres balas le atravesarán el cuerpo sin arrancarle la vida. Días más tarde es amarrado a una estaca en la plaza pública y sus cuatro miembros sometidos a torniquete hasta la muerte.

Mucho antes de que mi tío concluyera, las olas inundaron la iglesia, silenciando su voz náufraga. El mascarón de proa de una nao negrera se acercó hasta la orilla de mi cama. Poco a poco se fue alzando un mástil de donde cuelga el prieto ladino José Totó.

—Macuá es mi nación. Encabezaré el motín de mis hermanos cautivos en este barco. Mataremos a los amos, pero sometidos, mi cabeza guindará de una pérgola en los muelles de Salvador.

Me limpió los ojos para que pudiera ver el rostro de Luis Bengala, machacado a golpes de culata.

—Pai de Santo, los conjurados de São Mateus le proclamarán rey de los negros. En su casa bailan el candomblé. Pólvora, espadas,

tambores y danzas sus mejores armas. Será pesadilla de los dueños de esclavos, serpiente armada para sus pasos, chispa encendida en sus casas, gota envenenada en el vaso de su agua.

Después, danzando al son de un tambor, Manuel Congo me hablará sonriente:

—Soy el temido *Demonio Negro* de los blancos.

Una corona de papel cubría su frente. Se la levanta varias veces para saludarme y desapareció por una hendidura de la pared.

Poco después escuché el estampido del silencio recorriendo las distancias. Su capa azul, su parnaiba de fuego y ese truenorriza, me revelaron que se acerca un caballo de Changó.

—En el tiempo que no se acaba, mañana ayer, siempre seré el primero: Gunga Zumbi, ahora renacido en el quilombo grande de Minas Gerais.

Levantó el puño y desaparece con pasos resonantes por la arcada principal de la iglesia.

Por algún poro de mi piel debe escaparse la potencia que me presta el tío Antonio, porque mi cuerpo agigantado se redujo hasta convertirse de nuevo en este guiñapo de carnes adoloridas.

—¡Mauricio! ¡Agostinho! ¡Januario! ¡Amarradme el cincel y el martillo, hoy comenzaré a esculpir mis profetas cafusos!

Me asegura que las yerbas de un afamado pajé del bajo Sabará podría quitarme los dolores y devolverme las uñas. Los augurios del tío, siempre repetidos cuando me hostiga la desesperanza, lograron arrastrarme por el lado de nuestra parentela india.

La nubosidad impide vernos, guiándonos tan solo por el trotar de las bestias. A esa hora las beatas llegaban a la iglesia en literas cargadas por sus esclavos. Sabemos que son difuntos porque desde lejos las campanillas anunciaban sus almas en pena. Me tapo la cara

con el sombrero para que no me reconozcan. Al bajar la cuesta, frente a las últimas casas de Vila Rica, mi tío Antonio se extravió en los recuerdos de los abuelos indios:

—Mi tío materno, también caboclo, me separó de mi madre para llevarme al pocaré de la tribu en la cima del Itacolomi.

En el fondo del valle, acucillado en un matojo, nos encontramos al cabila que nos guiaría. Camina dando saltos, nunca por la senda, sin que las espinas hieran sus pies callosos. Se separaba de nosotros, tal vez pensando en que no éramos del todo sus hermanos. Mi cabeza comenzará a hervir bajo el sombrero. El sol del verano desbasta el verde de las serranías y se tragaba los ríos. Descendimos por entre zanjones buscando en lo profundo un hilo de agua que ya no corría. Solo el mandacarú se obstina en levantar sus espinas, negándonos su sombra. Lo único firme son los propósitos del cabila que no quiso recibir nuestro alimento ni probar agua, ansioso de conducirnos al rancho del pajé antes de que oscureciera. En las claras de la penumbra y mucho tiempo después de estarlos mirando, advertí que no son piedras los bultos que nos rodean.

El pajé no demoró en darme una pócima de olorosas hojas de juvema recogidas en el crepúsculo. Esa noche su zumo envenenado me conduce con falsos vuelos por parajes donde moraban mis antepasados indios. Observo sus rostros. A la mañana, antes de que veamos el sol, el pajé me hundió en las aguas turbias de un jagüey. Respiro bajo el lodo hasta descubrir que nado en mis propias lágrimas. No tengo recuerdos de cómo regresé a la iglesia, ni si fue cierto que algún día bajamos al Sabará. Al recobrar mi lucidez, me encuentro de rodillas ante el crucificado, las Santas Escrituras entre mis manos y espinada la planta de los pies.

Mi tío no quiere convencerse de que los agrios tragos de yerba no impedirán que mi piel se endurezca ni que se derrumbe el tabique de mi nariz.

—¡Vamos a la macumba!

Me negué:

—Olvídese, tío, mi madre me parió enfermo y no hay milagros cafusos, indios o cristianos que borren las llagas de mi rostro.

El mestre se resistía a cabalgar su espalda y Januario debió cargarlo entre sus brazos como un niño.

—Créeme, Mauricio —me dijo—, en ese momento se tornó más pesado que la cruz del Cirineo.

Quería subir solo a lo alto de la torre para ver pasar al Fanfarrón.

Vila Rica revienta petardos desde una semana antes para que ningún morador de los alrededores ignorara su arribo. Se lavó la fachada inconclusa del palacio de la Gobernación y precipitadamente se tallan las piedras.

—Le pidieron que terminara el medallón de la capilla, como si esculpir la cara de un santo fuera tarea de sacudir telarañas.

Amasando el yeso, Agostinho recuerda al mestre:

—Esta noche vendrá Tiradentes.

Januario estuvo atento a los golpes después de los últimos campanazos. Jamás lo ha visto, pero oye las voces del pueblo coloreándolo con más tonos que la Virgen pintada por el mestre Ataíde.

—Tiene centellas en los ojos.

—Donde quiera que pone su pie se derrumban los ladrillos del reino.

Fueron dos golpes. Pero ya antes de sonar el segundo, Januario grita.

—¡Alto quien vive!

Nadando en las medias luces de la luna, el bulto pequeño, revoltijo de trapos y miradas recelosas, respondió el santo y seña:

—Los pescadores de Galilea andamos descalzos.

Pálido, afilado el garfio de la nariz, los labios desnudan sus dientes mal encajados. Esa misma noche, entre palabras y silencios comienzo a perder la admiración que sentía por él. Agostinho me había sembrado su desengaño:

—Mauricio, no todos los inconfidentes están dispuestos a liberar a sus esclavos.

Claudio Manuel da Costa es el último en llegar. Negros y mulatos recitábamos sus versos aprendidos en las plazas de mercado y peluquerías. Sus ojos le queman la cara mientras hablaba el inconfidente:

—Después del levantamiento de Felipe do Santos, la insurrección se ha prendido en todo el país...

—Pero tú, Tiradentes, no has dado libertad a tus esclavos —el poeta esperó inútilmente una respuesta y pudimos ver que la desesperanza le enferma los ojos.

El mestre nos mira. Sabía que somos sus brazos, sus piernas, pero nos ofrece generoso:

—Ya sabes que no puedo seguirte en tus luchas armadas. Pero te entrego mis tres esclavos si es que todavía lo son.

Entonces pudimos escuchar el hondo resentimiento de Tiradentes:

—Los pardos solo esperan que se les deje libres... La suerte del país descansa en la diligencia que pongamos los criollos.

Januario escupe tan fuerte que su salivazo hundió la baldosa. Oscuros presentimientos, los murciélagos, se agitan sobre nuestras cabezas. Claudio Manuel se desabotonó el cuello de la camisa para escuchar las palabras de Tiradentes, cada vez más rencorosas:

—El Fanfarrón es una bestia que respira y se alimenta con nuestras vidas. Para mejor oprimirnos reparte entre sus protegidos las demarcaciones diamantinas y los distritos militares. De aquí debemos salir esta noche a colgarlo en la plaza pública antes de que levante nuestros cadalsos.

Me acerqué al mestre, buscando firmeza a mis reclamos:

—Todos sufrimos. La pena común nos lleva a rebelarnos. Pero es bueno que sepáis que ni un quilombo, ni un solo esclavo entrará a la lucha si no se nos da la carta de horro desde ahora y si ustedes los inconfidentes no se proclaman abiertamente abolicionistas.

Inundan los campos, vienen de la Villa de Nuestra Señora del Pilar de Ouro Preto... desde Nuestra Señora de la Concepción de Sabará... por los barrancones del río de las Muertes... Traían rajados los pies por las piedras del camino real de Nuestra Señora del Pilar de São João del Rei... los promeseros de Punta del Morro cubren con oro en polvo las heridas del buen Jesús de Matozinhos.

Sí, llegaban de mucho más allá: de Nuestra Señora de la Ribera del Carmen, de Rio de Janeiro, de São Paulo, de Salvador en la Bahía de Todos los Santos, hasta de Recife. Brotaban del barro, nacen de las piedras. Los esclavos cargan los baúles con las ropas que lucirán sus amas en la procesión, los caballeros descalzos fingían humildad ante el Señor, aunque son los dueños de haciendas, minas y barcos; llegan las nanas que nunca recibieron de sus críos la merced de la manumisión por temor a que los abandonaran; caboclas con los ombligos vírgenes pero con el amo ya designado para desflorarlas; mestizos libertos con los bigotes retorcidos; mozambos que despreciaban su parte negra; aprendices de talla que quieren postrarse ante los profetas de piedra esculpidos por el mestre.

Tiro de las riendas del caballo. Por fortuna, la bestia obedece sumisa cada vez que escucha su voz. Debíamos apartarnos de los caminos reales; taparle la cara y andar solo de noche porque no quiere que los curiosos se horroricen con sus llagas. Antes de los amaneceres nos refugiábamos en casa de algún vecino de los muchos que conoce desde cuando era joven y anduvo de farras por estas veredas. Se encierra en las alcobas, ocultándose a los propios dueños de casa, compadres y amigos, sin que valieran sus sinceros deseos de saludarlo. Aprovechaba la hora en que las familias se congregan a rezar el rosario para escapar de las miradas burlonas y piadosas, pues de todo encontramos en nuestro largo andurrear desde Congonhas do Campo a Ouro Preto.

—¡Mestre Antonio Francisco!

Estamos acostumbrados a los designios del Señor que disponía de las ocasiones, personas y encuentros para que no sufrieran contrariedades los buenos deseos del mestre: voces que reconocía después de mucho tiempo de no escucharlas; dádivas por favores ya olvidados; ofrecimientos de dineros, esclavos, bestias y cuanto necesitara, pues la fama de su arte no era mayor que el cariño que se le tiene.

Milagro fue lo que aconteció al llegar a la villa. En la madrugada, confundidos entre la romería, arribamos a las primeras casas, donde debíamos encontrar a un cantero de las minas de Santa Rita. Preguntamos a los que iban al santuario, a los que regresan, sin que nadie lo conozca. Desesperaba el mestre, ya había pedido que le dejáramos solo, cuando se asusta el caballo, espantado por el buen Jesús. Tiré de la rienda, temeroso de que lo tumbé y arrastre. Huyen los cojos, se apartaban los paralíticos, cuando grita el mestre:

—¡Quieto animal!

Y entonces, en medio de la oscuridad, el cantero reconoce su voz:

—¡Mestre! ¡Mestre!

El caballo se sosiega como si antes no hubiera estado corcoveando y de un instante a otro, pasamos de la angustia al consuelo, del camino polvoriento a la casa donde nos brindaban agua y pan. Descansamos ese día, pero la impaciencia del mestre por verse con el buen Jesús, su viejo amigo, le sacará de la posada en la antevíspera de su fiesta.

—Quiero agradecerle lo mucho que le debo por dejarme tallar sin manos.

Un asombro de niño le renació en sus ojos y hasta asegura que las nubes han desaparecido de su vista. Alegría de todos por tan buenos anuncios que nos alientan a esperar mayores milagros del buen Jesús. Llegó la noche sin luna ni estrellas, dispuesta como él la quería para que solo el Señor lo descubra entre oscuridades. Pidió a Januario que lo deje en el suelo. Mauricio ajusta a los brazos del mestre los zancos de madera diseñados por él mismo.

Iniciamos el ascenso llevando por guía al cantero que pese a su rechazo, alumbraba el camino con una lámpara. Era hombre complaciente, pero se resiste a obedecerlo por temor a que su antiguo maestro vaya a desbarrancarse en la oscuridad. Le sobran palabras para ajustar cuentos y dicharachos en cada ocasión. Esto preocupa a Januario y a mí, porque el mestre poseía sus luces para descubrir las alusiones lastimosas. A pesar del tiempo que tiene de haber salido de la villa, recordaba el nombre de las personas que viven en cada casa, el número de cuadras que aún le restaban por ascender.

—Agostinho, dame un poco de agua.

Le humedezco los labios hasta que pudo escupir el moco áspero que le bajaba de la nariz. A cada paso el buen Jesús infunde nuevas fuerzas. Nos habíamos acostumbrado tanto a sus fatigas y silencios que no advertimos su desmayo. Mauricio le ofrece la cardina que le había entregado Joana Lopes.

—¡Nunca le haré trampas al buen Jesús de Matozinhos!

Le mojaba la interminable lluvia de los sudores cuando el cantero, deshecho en lamentaciones y lloros, toca a la puerta vecina de una botica.

—Deje que le ayude.

Intentó golpearle con el zanco pero de nuevo le abandonan las fuerzas. Afortunadamente ya bajaban los gritos del boticario:

—¡Mestre Antonio Francisco, soy Countinho!

Aun en la fatiga y la oscuridad, reconoce la voz del discípulo.

—¿Cuándo volviste a Ouro Preto?

—Padrino, ya le contaré más tarde, por ahora huela estas sales que le darán aliento para la subida.

Escondió la nariz bajo el brazo. Prefiere hallar las fuerzas resucitadoras en las visiones de sus profetas.

—¡Allí están! ¡Me llaman!

El labio endurecido le atajaba la voz. Mauricio, asustado, levanta la mano con un puñado de escapularios. Menos iluso, el cantero movía su lámpara ansioso de apartar las sombras.

—Isaías, léeme las tablas de los Infidentes.

Removidos de sus pedestales, los profetas de piedra descienden por las escalinatas.

—¡Qué alegría volver a vuestro lado!

Pide al profeta Amos que le recite los versos de Claudio Manuel.

—¡Joana Lopes, son ellos, los ancestros de nuestro hijo!

En mi simpleza no alcanzo a percatarme de sus visiones.

—¡Jonás, llévame contigo a Nínive en el vientre de tu peje!

Conversó con Joel sobre las calamidades que azotan a Judea y luego, suplicante, rogará a Abdías que lo libre del exterminio.

Me adelanto hasta la sacristía para llamar a los frailes:

—Sangra de los muñones de sus manos y de las rodillas pero se resiste a que le ayudemos.

El monje me alumbraba con su cara radiante, luna amanecida, cuando se nos atraviesa un borrico en mitad de la escalinata. Estuve seguro que la Virgen de los Remedios lo envía para que el mestre lo cabalgue. Bañado por la claridad del fraile, siente vergüenza de su rostro:

—¡Oh, san Francisco, no me veas en esta miseria, mi cara destruida insulta tu belleza!

—Tranquilízate, soy Kanuri mai, tu hermano en el dolor.

Solo después de que lo bendijo, se deja ayudar y entre todos lo subimos al borrico hasta acostarlo al pie del altar del buen Jesús.

—¡El Aleijadinho!

—¡El Aleijadinho!

Negros y caboclos le depositaban granos de oro en lo hondo de sus heridas, le cuelgan cadenas de plata labradas en los días de enfermedad. Los más fanáticos alargaban los dedos para humedecerlos en sus úlceras frescas. Cristo vivo, negro, comido por los dolores. Le gritan:

—¡Sálvanos Señor! ¡Nuestra esclavitud es más dolorosa que tus llagas!

Preguntaba el nombre del ahorcado. A veces, como si lo adivinara, enmudece y dejará de tallar hasta cuando le aclaren la noticia con nuevos y amargos sabores:

—Claudio Manuel da Costa se ahorcó en la Casa de los Contratos.

Pero en la plaza de mercado, entre el murmullo de la misa, en los oscuros socavones, se recitan sus versos.

A la villa llegan los jueces y adjuntos. Se preparaba la farsa de los juzgamientos. El pueblo sabe que ya se han ordenado las horcas.

—Tiradentes fue detenido en Rio.

Refugiado en el altar mayor, el mestre esculpe su propio desgarramiento. Le sangran las manos pero son más hondas las heridas que le corroen el alma. Teníamos que usar ataduras más firmes para fijarle el cincel por lo mucho que le tiemblan los muñones. Se olvidaba de los diseños y esculpe afanoso sin mirar a su alrededor. La talla surgía espontánea con trazos que le inspiran desde adentro.

—¡Se notificó a los reos!

La lista de condenados es superior a los detenidos. Se levantan horcas para los que huyen. Otros reciben sentencia sin ser llamados a juicio. Eran muchos los que se arrepienten por su ostentosa fidelidad a la corona. Los hacendados, capangueiros, piedristas y religiosos comprenden que no soñaban cuando la cabeza decapitada de Tiradentes les censura su silencio.

El mestre desesperaba. Las campanas pueden estar doblando por su propio réquiem. En la noche pidió a Enero que lo lleve a la plaza. Quiere cerciorarse de si la cabeza exhibida es la misma que contempló sobre los hombros de Tiradentes. Le aseguran que colgaba de los vientos y espera copiarla dormida. Llegada la hora de salir se arrepiente. Prefirió esculpirla viva y vibrante como la vio la última vez. Esa misma noche comienza a concebir el rostro atormentado del profeta Isaías. No habrá mano déspota ni pica de verdugo que la acalle.

—¡El Fanfarrón se ha marchado!

Pero para nosotros los negros, la opresión tiene muchos fanfarrones. Los azotes a pardos y esclavos fueron apenas las vísperas. Hay orden de matar a los africanos sospechosos donde quiera que se les encuentre: en las minas, en casa del amo o en la calle. Se nos tenía por más peligrosos que a flamencos o inconfidentes. Antes se nos cazaba para llevarnos a las minas, ahora se nos persigue para darnos sepultura.

El mestre nos pidió que le desamarráramos el martillo y el cincel para poderse persignar y arrodillarse ante la imagen del Señor. Su dolor, lento, agónico, se agranda. Los esbirros del rey han inmovilizado sus piernas y brazos, apresando a su Januario.

SUS PUPILAS NADABAN GOZOSAS EN
LA CLARIDAD QUE LES LLUEVE

Al mestre le gusta distinguir los tonos de la luz aun cuando tuviera los ojos cerrados. Ahora, abiertos, se quejaba de las sombras que le enturbian la vista. Mauricio y yo nos detuvimos al descubrir los moscardones verdes pegados a la puerta de su cuarto. Nos miramos asustados. Hacía días que rehusaba recibir comida de Joana Lopes y tan solo prueba los bebedizos de cardina. Igual que los moscardones sentimos el mal olor de sus manos. Pienso en Lázaro, a quien nunca quiso esculpir aunque diariamente se hacía leer el episodio de su resurrección. Presentimos que su cuarto se ha convertido en su propia tumba. Pero Joana Lopes nos había llamado por instrucciones de él:

—Quiere hablar a solas con ustedes.

Se queda en el traspatio con el hijo que le había engendrado el mestre. Temerosa lo estrecha contra su pecho.

—Agostinho, entra tú primero.

El presentimiento de la muerte nos pinta el rostro con puñados de ceniza. Me basta ver el asombro que tenían los ojos de Mauricio para comprender lo blanquecino que debo estar yo. Adelanté dos pasos y tembloroso toco a la puerta por una vez, rozándola con la misma suavidad de mi sombra. Adentro resonó el golpe sin hallar respuesta. Me voy quedando vacío, lámpara sin gas. Mauricio me animó con la cabeza para que insistiera. Los moscardones zumban a nuestro alrededor y uno de ellos, más alocado, pretendió meterse en el hueco de mi oreja.

—Prueba otra vez.

Las lágrimas se cuajan en mis ojos. Espantándome el moscardón, caté con más ánimo la dureza del silencio.

—¡Mestre!

El quejido... Lázaro... su voz de ultratumba.

—¿Lo oíste?

—Todavía está vivo.

—¡Mestre!

Empujamos la puerta. Primero entraron los moscardones pero junto con ellos el sol, Mauricio y yo, todos hambrientos de verlo. La luz bañó el lecho sucio de las sábanas almidonadas con sangre. Intentó una sonrisa mostrándonos los únicos dientes que le restan. Sus pupilas nadaban gozosas en la claridad que les llueve. Fuimos los últimos en palparlo. Le levantamos por los hombros para colocarlo a medio lado, la única postura en la que encontraba alivio. Duerme sobre tres tablas de cedro sin consentir que se las cepillemos. Apenas blanda la almohada porque decía que el santo se la trajo en su última visita.

—¡Oh, mi san Francisco, mira! ¡No me has olvidado! ¡Tanto trabajo para tu arte, para tu culto! ¿Ves? ¡Estoy muy agradecido! Te esperaba. ¡Muy agradecido!

Nos cuenta que en esa ocasión el santo le acompañó toda la noche:

—Removió las herramientas, cura mis úlceras, invitándome a que saliera con él no sé por qué caminos...

Le escuchábamos entre asustados y compadecidos. El día anterior de una puñalada súbita, la que el mestre clama al crucificado, los guardias del Fanfarrón habían asesinado a su Enero.

—Fue un aviso del Señor. Me quitó mis manos, mis piernas, mis brazos. ¿Ahora cómo podré cumplir mis trabajos? Se lo llevó sin avisarle, sin darnos tiempo de despedirnos. ¿Lo enterraron como a buen cristiano?

Mauricio recela de los rincones. Presentía que el difunto está allí escuchándonos.

—¿Han traído las herramientas?

—No mestre —le respondo.

Extendió las manos. Inútilmente desea abrir los dedos deformados. Los moscardones se le pegaban a los pliegues sangrantes.

—Acerca ese cajón.

Lo recogí y lo deposito frente a él, tratando de adelantarme a sus deseos. No puedo sustituir al obediente Januario que le adivinaba sus pensamientos.

—Tú, Mauricio, saca la gubia de la caja.

Presto, acostumbrado a sus órdenes, extrajo la herramienta y la deja en sus dedos sin uñas.

—¡Fíjense! ¡Ya ni siquiera puedo agarrar nada! ¿Para qué me sirven estos dedos? Más bien me estorban. Sin ellos, Mauricio, podrías atarme mejor el cincel y el martillo... Januario nunca quiso cortármelos.

Nos invadió la desesperación.

—Ahora da tú el golpe.

Mauricio se arrodilla frente a él con lágrimas que desde hacía tiempo tiene contenidas. Unió ambas manos como si estuviera en presencia del Señor y le ruega suplicante:

—¡No mi mestre! Aunque sea su esclavo, estas manos no lo obedecerán nunca.

Entre el dolor y el llanto, asomado a la vida y a la muerte, sentí que mis pies se debilitan y antes de que intentara mirarme el mestre, me arrodillé también, cerrados los ojos, suplicando la misericordia divina.

—Agostinho, mi fiel discípulo, todo lo que sabes te lo he enseñado. ¡Apiádate de mí!

Podría convertirnos, si lo desea, en piedra jabón, barro o madera para esculpirnos con su cincel, pero nunca descargaríamos ese golpe.

—¡Miserables! ¡No tienen una limosna de piedad para su amo, para su mestre, para su padre, para su hermano! ¿Qué más puedo darles? ¡Ninguno de los dos! ¡Oh Dios implacable! ¡Me has dejado sin cuerpo, devuélveme a mi caro Januario!

Se tiró de espalda sobre el lecho, atosigado por invisibles demonios. Sus gritos rajan los muros, acortan la distancia del traspatio y trajeron a Joana Lopes con el pequeño Manuel amarrado a sus brazos.

—¡Virgen del Carmen, apiádate de él!

Oyendo los gemidos de la madre, el niño se puso a llorar. ¡La piadosa intervención del Señor! Al escucharlo deja de revolverse, levantó la cara aturrida, hizo la señal de silencio y ruega a Joana Lopes:

—¡Llévatelo! ¡Que no me vea!

Después de que se alejan, mansamente se acurruca sobre las tablas, y como si tuviera al niño dormido entre las piernas, oímos que lo arrullaba.

—Ustedes no lo saben, pero mi ancestro Kanuri mai me profetizó que tendría este hijo pocos meses antes de morir.

Los moscardones se retiran. La luz se hizo más fresca y sentimos que nos reconfortaba la vida. El mestre también sonríe.

—¡Quita esos clavos de ahí...!

Adivinamos a qué tormentos se refería y escondimos la gubia en la vieja caja de herramientas.

IV
JOSÉ MARÍA MORELOS:
EL LLAMADO DE LOS ANCESTROS OLMECAS

BAJO TODOS, SUELO QUE PISAN Y ESCUPEN

He redescubierto la tierra del Anáhuac
la tierra que parió Odumare.
La olvidada tierra de olvidados ancestros,
la tierra de los abuelos olmecas
ngangas poderosos de artes mágicas.
He visto sus ciudades abandonadas,
cabezas de príncipes africanos
talladas en piedra
celosamente guardadas por el jaguar
en la oscura y silenciosa selva.

Relatos de Nagó

—¡Despierta!

Tendido en su petate le suben las hormigas por los pies.

—¡Despierta!

El segundo llamado le sacude el cuerpo, pero aún no abre los ojos.

—¡Despierta, José María, los ancestros te llaman!

Al tercer grito abrí los párpados buscándome en mundos extraños. Reviven las paredes de la sacristía, la cama de madera, el altar con la Virgen de Guadalupe que mantenía alumbrada. Entonces tengo la certidumbre de que ella me había llamado. Se incorporó acezante, roncador el pecho. La Virgen se volvió contra la puerta y comienza a

despojarse de la túnica con flores. Cayó la camisola y pude mirar sus espaldas negras, rollizas las nalgas. Aterrorizado, cierro los ojos. No quería ver sus corvas, sus caderas. Pero otras fuerzas que no pudo resistir le levantan y atrajeron tras de aquel cuerpo de mujer que lo había llamado. Me acerco y al alargar el brazo para tentarla comprenderé que es una sombra sin carne, huidiza memoria, revueltos suspiros de otra vida.

—Soy Ngafúa, mensajero de Changó en estas tierras. Sígueme, te llevaré a la morada de tus mayores.

Recorren las calles de Carácuaro. Dormían los mesquites sin proyectar su sombra: las piedras reconocieron sus pasos. La iglesia que yo había construido con mis manos desaparece derruida por la noche. Salen al despoblado donde aullaban los coyotes. Al pasar frente al cementerio todos los muertos, viejos, mujeres y niños con sus esqueletos sin piel se asomaron a la alambrada de púa donde los mantenían presos. Nos miran con los oídos, persiguiéndonos el eco. Nunca les había visto tanto parpadeo en los ojos y sintió sus resplandores hasta mucho tiempo después de hundirse bajo tierra donde no alcanzan las raíces de los árboles más viejos. A uno y otro lado de los socavones encontraron las corrientes subterráneas con que Yemayá alimenta los ríos de oro y plata, las rocas, la sal, las nubes extraviadas. José María ignora si marcha hacia el principio de los tiempos o hacia la cola donde se muerden los retornos. Pronto me acostumbro a los aromas filtrados desde arriba por las raíces de la yerbabuena. De repente, en mitad de los vientos, aparece la casa de las ngangas olmecas. Los árboles, las rocas, el ladrido de los perros recobran su vida. Los ancianos con la piel recubierta de polvo permanecen sentados mientras las abuelas, en cuclillas, hundían sus pies raíces en el barro. Solo los jóvenes me muestran sus cuadrados dientes de maíz. En los abiertos espacios, la comba del cielo

encerraba el gran círculo de piedra. Nada separa el piso terroso de las altas nubes. Sobre una montaña, lejana y presente, Tláloc me miraba con su enorme cara de jaguar, emplumados los hombros. Antes de que pudiera advertirlo, los campos se cubren de agua hasta sumergirse en una inmensa laguna. Ngafúa adivina mi asombro:

—El río de los partos de la madre abuela Sosa Illamba que no cesa de correr. Necesitarás muchos soldados para tus guerras.

De entre el barro, semilla renacida, ve levantarse a su madre Juana a quien él mismo sepultó con sus manos en Pátzcuaro.

—Siéntate, hijo mío, escucha la queja de nuestros sufrimientos.

Tláloc me sopla a la cara palabras en una lengua que entiendo por haberlas chupado en los senos de mi madre:

—Extraños sacerdotes ahogan con cenizas los gritos de nuestro pueblo; jamás nunca antes se predicó amor con tanto odio. Hablan de paz y no nos dejan morir de viejos; prometen un paraíso para los frágiles y un mundo en llamas para los rebeldes; rompen las espaldas de las piedras para extraerle la savia y dejarlas estériles; a nuestras mujeres sembraron hijos que no aman; a los hombres encierran en corrales mientras sueltan sus ganados a los campos; los caminos están llenos de cruces para colgar a los quejosos; edificaron templos a sus dioses donde amenazan a los vivos con la muerte; hablan de reyes magnánimos que nada ofrecen y todo lo han robado.

Chapoleando en la laguna, más alto que el monte, se acerca Olugbala cuyo cuerpo está conformado con la suma de todos los oprimidos. Mientras más lo miro más se agigantan sus brazos, la mole de su frente, las montañas de los puños. Sus palabras son fuertes suspiros de la tierra:

—Bajo todos, suelo que pisan y escupen, están nuestros ekobios africanos; los arrieros de mulas; aquellos que bajan al fondo de las

letrinas a limpiar los excrementos; los criadores de ganados y de chanchos. Serán ellos los que hagan fuerte el tilo de tu puño.

El relámpago clavó el trueno en sus oídos.

Viene de lejos con su puñado de rayos. Sin que me lo anunciaran, adiviné que es Nagó, enviado por el gran oricha de la guerra.

—Has sido escogido para que devuelvas la dignidad a los indios y negros oprimidos, a sus descendientes mestizos, zambos y mulatos. A todos congregarás con tus gritos, con tu caballo y tu espada. Tromba de Changó, abrirás la brecha por donde corra el río de los insurgentes contra la opresión.

Entonces escucha el grito luz de Kanuri mai. Quedó suspendido, sol que me quema. Ngafúa acude a quitarle el brillo que lo enceguece.

—No basta la lucha; la piedra removida puede rodar a su viejo sitio y para impedirlo, aconsejado de tus generales, los más sabios, los prudentes, los generosos, sin ambiciones de mando ni de bienes, dictará las leyes que proclaman nuestra libertad. Pastor, vigilarás los pasos de los elegidos de Chilpancingo por la llanura, en la sierra, a la orilla de los ríos. Reunidos en el bosque, argumenten, discutan y dialoguen al amparo de tu espada... pero Orunla también nos ha descifrado tus últimos pasos en la vida. Perseguido, sacerdote degradado, insultado por los mismos a quienes librarás, te esperamos aquí donde te aguarda desde antes de morir, mucho después de renacer en otras vidas, este sitio al lado de tus mayores.

Mira hacia los lados y puede medir la responsabilidad compartida con sus ancestros. Y ya proyectado en la muerte solo se inquieta por encontrar el camino para redimir a los suyos.

Me siento incómodo, nunca antes mis pies estuvieron sujetos a dos lingotes de hierro. Mientras descargaba sus certeros golpes sobre la cabeza del ariete, reconocí a Zafí Zanahaga. Aunque lo había visto

en Nembe, tres mil años atrás, todavía persiste en sus recuerdos el olor a carne chamuscada. Entonces comprendió mejor aquella parte de la sentencia del Santo Oficio sugiriendo que si se le perdonara la vida, fuese confinado por el resto de sus días en una cárcel de África. No se me condena por réprobo y fautor de herejes, profanador de los sacramentos, traidor al rey y al Papa, sino por mi ralea de negro. Pero algo había cambiado desde que el musulmán soldara al rostro de Nagó la máscara de hierro. Al menos ahora dejan libres mis ojos.

Tocaron a la puerta del calabozo.

Los espera desde aquella noche en que los ancestros olmecas le anunciaron su degradación y muerte. Recorría de regreso el camino trazado por Ngafúa. Me ponen sobre los hombros una sotanilla sin cuello para rebajarme el orgullo. Pero sus barbas crecidas le hacían más africano y temible. Se amarró la mascada en la frente para que le reconozcan sus soldados caídos en combate. La compañía de fusileros lo lleva por los pasillos secretos de la Inquisición. Aún encadenado, me temen. Los primeros en entrar al recinto fueron los inquisidores y el fiscal, seguidos por el séquito de los ministros. Aunque el obispo trata de esconder su cabeza entre los hombros, le denuncia su alta mitra. José María recordó haber estado allí respirando el humo de los incensarios ante el inquisidor en Cartagena, el mismo murmullo de los rezos, el silencio del muntu aterrorizado, iguales las acusaciones:

—Blasfemo, sospechoso de tolerantismo al tratar de hacer compatible la religión con la rebelión; encubridor de su hijo Juan Nepomuceno tenido por brujo y adivino...

De un rincón previsto, surgieron los verdugos encapuchados. Les reconoce desde la antigüedad. Los había visto en las naos negras, en los puertos de la trata, en las entradas de las minas, aquellos que lo azotaron cuando fue asado vivo. El obispo de Oaxaca se levanta

con su vestidura negra. Las damas también cerradas de luto, los señores de golilla y detrás de las bardas, los ojosnarices del muntu inundados por las lágrimas. Le entregan la vela verde y avanzó rodeado por los familiares del Santo Oficio. Nadie de los presentes, ministros, oidores, jueces, inquisidores y verdugos había sido actor ni testigo en la degradación de un cura desde que se instauró en la Nueva España el Tribunal de la Inquisición. Solo yo tengo la dolorosa experiencia sufrida por el babalao en Cartagena de Indias. La voz del fiscal resuena dura porque aprieta su garganta:

—Lobo carnicero, es traidor al rey y mucho más a Dios. Apartándose del santo ejercicio como pastor de almas, sedujo al pueblo noble, sencillo, candoroso y católico para descatalogarlo por medio de la superstición y el fanatismo. Abrógase derechos solo pertenecientes a Dios y al rey al proclamar libre de esclavitud a negros e indios, aboliendo la distinción natural de las castas. Ateo y réprobo, proclamó que la soberanía emana del pueblo y no de Dios. Erigiéndose en amo de estas tierras, solícitamente gobernada por nuestro rey, predica que la patria no será del todo libre mientras no se arroje de ella al tirano español.

No estaba montado en su caballo de fuego como lo viera el enemigo desde la cumbre de El Veladero. La sotana corta le disminuía el porte, lúgubre, apenas iluminado por la vela de penitente. Los verdugos iniciaron su ceremonial como si realmente lo hubieran practicado en secreta cofradía. Solo por un instante le colocan una sotana de clérigo para luego arrebatársela; me obligan a hincarme para azotarme pero ya mi cadáver no sentía las desgarraduras. Ante los fusileros se vendó los ojos con su propia mascada, deseoso de entrar a la casa de sus antepasados con la luz que alumbraba el interior de los ciegos. De espaldas a sus verdugos, levanta los hombros para que las balas escogidas por Ngafúa no se extravíen de camino.

—Arrodíllate, este será el sitio de tu redención —era la voz del confesor. La orden de fuego le vino desde ultratumba, por el lado de los vivos. El peso de las balas fue insuficiente para hundirlo en las aguas de los bazimu. Entonces Ngafúa dirigió la segunda descarga para que mi cadáver pudiera andar con su doble ración de plomo.

La memoria recorre por igual los caminos del oído, los ojos, la piel, del gusto y los olores. Así regresaba a su infancia por muchas ventanas. Nacido en un portal, los ancestros le tiñen de negro la piel para distinguirlo de los ricos. Sobre los hombros de su madre anduvo por los mercados de Valladolid, Urapán y el Sindurio, compartiendo la carnada grasienta de los ekobios. De portal en portal, de mercado en mercado, sin mendigar. Desde entonces sufro la muerteausencia de mi padre. Negro, solo, más negro. Cada dedo debe multiplicarse para ganar un real; cada mano en veinte puños; cada hombro en cuatro ancas. Cuando tuvo largo el brazo, correntonas las piernas, le encomiendan el buey terco y el caballo brioso para que de Valladolid a Pátzcuaro, de las lomas de Tarímbaro al valle de Churumuco atravesase los ríos secos o desbordados. Siempre entre bestias, recorría caminos que cambian su rumbo por las noches para regresar de día a sus viejos cauces. Me hice hombre sin fatigas, sufridor de hambres. No hay noche oscura que le extravíe el olfato; cantina donde le abran heridas ni cementerio señalado con su cruz. La madre y la hermana, carga y consuelo, eran su única obligación.

Pero es hoy, en la antesala de mi fusilamiento, muertovivo, cuando descubro mis orígenes.

Contó las mulas. Diez. Más el caballo melado y la burra con el mu leto que debía ser cegato como su padre. Trece. Mal número. Pero él siempre consideró que el melado aun cuando perdía la vista, es la

bestia más andadora del cortijo. Ha descubierto que en la oscuridad recupera la visión y entonces puede seguir el camino entre muchos otros que se le crucen.

Lo notó aquella noche en que dispuesto a recorrer ocho leguas para visitar a la Dominica, lo ensilla porque era el único que el caporal no tiene en sus cuentas. Tronaba y los relámpagos le enceguecían. Pero una vez apagada la luz del rayo, le reblanquean los ojos luciérnagas persiguiéndose. Supo entonces que le sobraba vista y remos para saltarse la tranca y acosar las burras del corral. Le tomó cariño. Ambos son jóvenes y garañones. Podían rastrear el fondo de la noche. Y la Dominica solo le había dado unas horas de calor, la vez esa en que junto con su madre llegan a la hacienda solicitando un bocado de guacamole, porque venían con hambre de los lados de Chalco, Ozumba y Cuautla de Amilpas. Y seguirán más lejos por Ometepe, camino de la costa, buscando sin saber por qué las aguas de Yemayá. Durmieron en el establo. En la tarde, las palabras ya oscuras, dijo a la Dominica que en la cañada, bajo un azteca, le mostraría la culebrita que lleva enroscada en el hoyo de su ombligo.

Ahora el melado sigue adelante, capitaneando la tropa. Según mis cálculos llegaría a punto de cuatro con el lucero de la mañana perdiéndose en el horizonte. Trece. Mal número. Vender bestias mancas a los gitanos es treta imposible. Y aun peor si se trata de engañarlos con una recua de mulas de cascos enfermos y coces traicioneras. Y de ñapa, un caballo cegato aun cuando le brillen los ojos.

El zócalo estaba bordeado por un sombrío de árboles a donde se dirigen las mulas como si de tiempo atrás, otros arrieros las hubieran vendido repetidas veces a los mismos gitanos que llegaban allí desde hacía siglos para engañar y ser engañados. No tuve dudas de que esto es verdad cuando comenzaron a tocarle las manos flojas; a metérseles por el lado contrario de la pata con la que soltaban

repentinamente la cox. Se plantan frente al melado y sin decirle palabra, le amarraron un trapo a los ojos y lo echan a andar y con sorpresa para él y de los curiosos que ya se han sumado, el caballo camina entre árboles, sardineles, hombres y carretas sin que se to-pase con nada. ¡Ah! ¡Gitanos brujos, dónde aprenderían a mirar las cosas que se ocultan al resto de la humanidad! Luego les vende todas las bestias a mucho menos precio de lo que le había fijado el patrón, pues sin embargo, le advirtió que no volviera con ninguna de ellas. Así y todo, de regreso con la plata en las alforjas, la navaja despierta, cuando más asustado andaba de que me saliera al paso una tropi-lla de bandidos, siento detrás, cosas del miedo que busca compañía cuando está solo, el trote del caballo melado siguiéndome las huellas.

Las mulas son animales misteriosos. Nunca el fuego del celo les quema la sangre. Mitad macho mitad hembra mitad burro mi-tad yegua, nacen curadas de locura. Alzan las orejas para cazar los gritos venidos de ultratumba; jamás se acostaban sobre su sombra porque saben que en ella está agazapado un tigre que nunca han visto. Ariscas. Por debajo de la piel no pegada a ningún hueso, una culebra de fuego no las deja tranquilas un solo instante. Lo más dia-blo que tenían son los cascos: oían, huelen, sentirán todos los pasos que han pisado el camino, lluvia, difuntos, polvo llegado de otras vidas, cenizas de incendios todavía no apagados desde el comienzo del mundo. No duermen. José María las había observado hora tras hora hasta quedarse dormido. Las seguía mirando en sueños y aun así, cuando despertaba, las reencuentra con el ojo abierto. Después supe que les basta los segundos de cada parpadeo para pasar la ma-yor parte de la vida dormidas.

De este modo, entre animales que sentían y oyen como él los pasos dados por las piedras; volando en las palabras de los pájaros, raíz bajo el agua, fue escuchando las voces que lo llamaban.

En una noche de estas, en mitad del camino, se me aparece la Chingada toda vestida de negro. Le apuntó con la flecha mirándole al corazón. Firme la caña del brazo no le tiembla ni un solo hueso de su garra.

—Pescador, te tengo contados los días. Para de andar entre animales que has nacido para pastorear hombres que me darán muchas vidas de las que ando buscando.

Se dispersó el ganado. En esa ocasión no arrea mulas sino toros porque ya para sus veinticinco años no hay tarea en el campo a la que no dome los lomos. Hasta los bueyes se me descarriaron. Dormíamos en un valle entre dos cañadas, muy a propósito para descansar y tomar agua. El olor de la muerte los asustó, pues ya se sabe que hasta los animales le temen. El caballo, suelto, salió solo en persecución de los novillos y aun distante, escucho sus relinchos. José María corre acobardado, dándose prisa en salir del monte porque la Chingada le había dejado el rasguño de su flecha. Por la mañana, todavía con el olor a estiércol en el resuello, le pide ayuda al licenciado José María Izazaga:

—Estoy cansado de ser ranchero y quisiera estudiar por si las letras me hacen menos bárbaro.

Don Chema me conoce de atrás. Mi madre había sido nombrada maestra de escuela por gestiones que él hizo ante el cura párroco.

—Y qué quieres estudiar. Los libros son caminos abiertos a muchos rumbos.

—¡Teología!

Se revolvió entonces, revuelto por vez primera en el remolino de sus ojos.

—¿De dónde te viene esa resolución de meterte a pastor?

—Eso he sido toda mi vida. Y si es cierto lo que me han dicho, he de morir cuidando un rebaño. Son muchos los pobres que sufren.

Negros, indios y mezcladitos andamos penando en este mundo sin saber cuándo encontraremos otra vida menos parecida a la de las bestias. Me han dicho que los mulatos como yo, si se meten a cura, nunca llegarán a obispo. Me consolaría con ser sacristán con tal de que me dejen tocar las campanas.

El muchacho se le crecía con esos primeros zapatos que le dan la apariencia de tener cascos de bronce. Ancho el pecho, todavía respiro como si estuviera en campo abierto. Don Chema adivinó que aún estaba cimarrón y quiso recogerle las riendas. Se volvió a sentar y escribió una carta al padre Miguel Hidalgo, director del colegio de San Nicolás Obispo de Valladolid. Luego, de entre el escaparate de los libros saca una Biblia forrada en cuero negro. Me la entregó y viéndome con los ojos enredados en las páginas, me dice, tocándome el hombro:

—Por mi madre que ya eres un cura sin sotana.

El peso de su mirada me hacía bajar la cabeza. Pero lo que más le impide observar de frente al superior es la voz zumbadora del tío, látigo que azotaba su nuca:

—Desde hoy los santos padres velarán por ti. Aquí en el convento, tú y tu madre tendrán techo. No será necesario andar mendigando oficios de casa en casa para lavar ropa, limpiar zaguanes, cocinar, cardar lana o arrear leña.

Las uñas anchas y negras, acostumbradas a hundirse en el barro, rasguñaron los ladrillos de la sacristía. Apenas, desviando un poco los ojos, observo el hábito de fraile, encaramando mi mirada por sus pliegues sucios hasta enredarme en sus barbas. Y entonces oyó las órdenes que salían de aquella maraña de pelos:

—Por las mañanas, muy temprano, después de ordeñar las cabras paridas, las sacarás al monte. Tu obligación es contarlas, vigilar que no se extravíen ni confundan con las de otros apriscos. No te

duermas que los coyotes no lo hacen cuando tienen hambre. A tu regreso, echarás una mano a los mozos para descascarar el maíz, pues estamos en cosecha; tendrás cuidado de que los cerdos hayan comido y tengan agua; si algún fraile viene de camino, atenderás su bestia y sus aperos. Antes de que oscurezca, mientras los padres rezamos en la capilla, darás una última vuelta por si algún animal anda suelto. Por la noche molerás un poco de cacao y atrancarás las puertas. Ten cuidado de que no se apaguen las velas del altar; si llueve cierra las ventanas y si a medianoche alguien toca la campanilla del portón averiguarás quién es y qué quiere a esas horas y avisas al padre prefecto antes de abrir.

Ya entonces, el superior había dejado de ser hombre para tornarse en pesado yugo amarrado a mi cuello. Para terminar de cincharlo, el tío le pidió que se hincara y agradeciera al superior su infinita bondad:

—Serás obediente. Ya ves que te han dado esos pantalones no tan rotos ni remendados como los que tenías. Ahora bésale las manos y dile que serás manso como una ovejita.

Mi madre, el único espejo donde podía mirarme, se mantiene de pie, silenciosa, a la entrada de la puerta. Las religiosas le habían enseñado a leer y le aseguran que con el tiempo, si permanece fiel al buen techo de los agustinos, hasta podrían buscarle un cargo de maestra en una escuelita para mestizos. También a ella le habían cambiado las ropas; le regalaron un mantón negro y unas polleras largas aun cuando un poco anchas de cintura. Debíamos darle las gracias a las damas caritativas de Valladolid que generosamente mandan al convento aquellas ropas viejas para limosnas de los pobres.

El superior abre y cierra los brazos, pretendiendo abrazarme. Como viera que permanecía plantado, se le acerca y con sus dedos se puso a alborotarle las motas de sus cabellos.

—Eres un negrito simpático, y como todos los negros, debes ser obediente a los ministros del Señor.

Mi tío todavía se atreve a más y simulando suavidad, me empuja hacia adelante.

—Prométele obediencia.

De contra golpe, le arrojo a la cara el puñado de rencores. Una lágrima lava la angustia en los labios semiabiertos de la madre y ya frente a la fachada del fraile, bajo el alar de sus narices rojas, José María le dijo con rudeza:

—Ya verá usted si puedo ser cumplido con tantas obligaciones.

Volvió a leer el edicto de excomunión:

«Hidalgo y sus compañeros, perturbadores del orden público, seductores de pueblos, sacrílegos y perjueros han incurrido en la excomunión mayor del Canon...».

Me rodean los ojos analfabetas... adivinaban, intuyen, leen la maldición. Él mismo rompe el papel que había clavado la noche anterior. El aire reverbera pólvora; oigo huelo pasos que recorrían los caminos a leguas de distancia. Indios, negros esclavos, caporales armados de palos, azadones y picas. Hasta señores de haciendas con espadas. Gritan:

—¡Viva nuestra Señora de Guadalupe!

—¡Mueran los gachupines!

Contemplo a mis pobres feligreses con las manos vacías. Pero su mirada tenía el poder de multiplicarlos, armarlos, ponerlos en tropa y movimiento. Piensa convertir la capillita de Carácuaro en pequeño fortín que sirva a los alzados de Hidalgo. La sotana se me revuelve entre las piernas y siento que cabalgo un potro negro. Atraviesa la plaza sombreada por los cuatecomates. Sin advertirlo, es Nagó, mi ancestro guerrero, quien empuja mis pasos hacia

el bando de los curas excomulgados. A oscuras, entre ojos de lechuzas, su caballo veloz, sobre el eco de sus cascos, en una jornada llegó a Valladolid donde se informa que el padre rebelde avanza con sus descamisados por Tacámbaro. Me preceden los truenos, las sombras, los relinchos. Desde hace tres noches la tropa de Hidalgo escuchaba el relampaguear por los lados del sur. Brisas cargadas de nubes que estallan en tormenta. Unas veces piensan que es la artillería enemiga, revoltijo de coyotes, y otras, en torno al curajefe, se persignaban temiendo que sean los demonios.

Y ahora, por fin, José María llegó al Charo donde lo esperan desde hace siglos. La cabeza forrada con un trapo blanco y el caliente vaho de sus narices.

—Dice que es el cura de Carácuaro, discípulo suyo cuando estuvo de rector en el colegio de San Nicolás Obispo de Valladolid. Tiene urgencia y quiere verlo ahora mismo.

—Dale agua y que descanse. No hay prisa. Es el relevo que me envía la Virgen.

(Nuestros ekobios desembarcan desnudos de los barcos negreros en Veracruz. Entonces inician el largo recorrido, uno solo, rechinar de cadenas, lamentos, para sumarse a las manadas de indios en las minas de Irapuato, Querétaro y Aguascalientes. Cien años, doscientos, tres siglos bajo tierra alumbrándose con las puntas de las uñas; tierra eran y se alimentaban de barro, excavando la rutilante vena de plata y cuando salían a flor de sol, cien años, doscientos, tres siglos después, tienen sucia la piel, fofos los huesos. Entonces no se diferenciaban: el socavón les ennegrece y como paridos de la noche, oscuros indios y negros porque el muntu es uno, aun cuando nazcamos de diversos partos).

Blanco Hidalgo,
negro José María,
negra la tropa
blanca la noche
que los unía.

El cura de Dolores tiene los ojos verdes, aguas de Yemayá.

No eran para mirar de cerca. Sus oídos pupilas se llenaban de indios descarnados, mestizos sin sepulturas, negros huidos. Duro y flaco, tiene la montaña de los hombros muy separada de sus pies. Pero desde los talones hasta sus cabellos rubios era una sola escalera de piedra por donde le suben los gritos de las madres buscando a sus hijos apaleados.

Mientras dormían bajo un mismo árbol, cubiertos por la misma noche, los dos generales se levantaron de sus sueños y alejados de sus generales, tenientes y soldaderas, se dieron las manos. Su nudo une a los pobres: güeros, jarochos, mestizos y mulatos, a los indios y negros. Cuando les descubren sus soldados, ya se estaban despidiendo. El cura Hidalgo llevaba los arreos de la muerte rumbo a Ixtlahuaca, Toluca y Aculco. Y yo, recién nacido esa mañana, el brazo armado por Changó, me apresuro a reclutar sus hombres y sus caballos desparramados en la sierra, los llanos y la costa.

Y sin embargo, ambos saben que ya no se separarían: las balas de los fusiles nos clavarán contra el mismo paredón.

Cuando yo nací, gobernaba el Virreinato de la Nueva España don Joaquín de Monserrat Cirana Cruillas Crespi de Valdaura Sanz de la Llosa Alfonso de Calatayud, marqués de Cruillas.

Solo por aspirar a ser algo distinto a un simple arriero de mulas, amansador de potros y cazador de pájaros, encuentra que le

faltan apellidos y una posición que le acredite como hombre libre. Mi primer encubrimiento me vino de ser bautizado como hijo de españoles, cuando mi padre era un carpintero pardo y mi madre una mujer de raza india.

Siendo hijo de dos castas nació descastado.

Varios días después de haber releído una tras otra las páginas de la Biblia que le había obsequiado don José María Izazaga, regresaba a la casona del licenciado en la hacienda del Rosario. Los perros me acosan y debía esperar que el mayordomo me abriera la puerta. Barbado, el viejo lo recibe con mirada silenciosa que se le adentra en lo hondo. Hay un entendimiento entre los dos: ambos tenemos la cara tiznada. Va tan pegado a él, que le pisa la sombra mientras caminaban por los largos corredores. Ya en el interior oigo pasos que corren, miradas que me chamuscaban. Por sus risas y saltos, huele que son las muchachas del servicio. En los corrales, indios y zambos corren las trancas, tumbaban novillos. El humo me pringa la nariz con el olor a cuero quemado. Reconocí el hierro de don José María Izazaga porque yo mismo, muchas veces, he marcado sus reses. Lo espera en la sala y lo hará entrar hasta su biblioteca. Ahora, frente a los libros me siento más amarrado.

—Busqué inútilmente un oficio en el pueblo, ya sabe usted, son muchos los negros aforados que llegan de Aguascalientes. Antes como esclavos no tributaban al rey, pero ahora de manumisos no tienen dónde ganarse el sustento ni cómo pagar lo que les cobra la Caja de Negros por llamarse libres.

Le escuchó las quejas. Conoce la suerte de los descastados libertos. Mulatos, zambos y mestizos, con las minas en ruinas, vagan por las ciudades y los campos, disputándole a los esclavos los oficios serviles.

—Solo me ofrecen un puesto de recluta en la Compañía de Negros y Pardos, pero yo no he nacido para cazar y matar a mis hermanos cimarrones... me agradaría, como le dije, ser diácono.

Por dos años había tratado inútilmente de matricularme como estudiante capense en el Colegio Mayor.

—Me dicen que hay unas disposiciones del Papa Clemente XII que prohíbe a nosotros los pardos seguir la carrera de cura por considerarnos indignos para dirigir almas.

El licenciado se acerca a su escritorio y recoge el libro que había dejado con las hojas abiertas. Le leyó un párrafo:

—«Los hombres han recibido de Dios derechos superiores a todas las leyes...». Esto lo escribió un inglés y lo están repitiendo los franceses ilustrados. Las odiosas divisiones de castas con que nos oprimen los españoles están prontas a ser abolidas: virreyes, ejércitos, arzobispos, obispos, administradores y jueces que monopolizan la minas, las haciendas y el comercio.

Por vez primera se enteraba de que había gentes cultas con los mismos sentimientos de los arrieros y cimarrones. ¿Ingleses? ¿Franceses? Trato de leer el título del libro pero descubrí que estaba escrito en otros idiomas. El licenciado le muestra otros volúmenes. Difícilmente deletreo:

El espíritu de las leyes... El contrato social...

—Libros prohibidos que circulan entre nosotros.

Una semana después, valiéndose de la partida de bautismo que me blanquea, el licenciado Izazaga logrará que el pardo José María sea matriculado en el colegio de religiosos de Valladolid.

—Lo acusan de extremar el cobro de los diezmos de obediencia y tasación...

Se le sulfuraron los ojos, hasta entonces llorosos. El obispo, enterado de los padecimientos de su madre, le estuvo aconsejando resignación. Los aires húmedos de la sierra le ampollaron los huesos. Ni las yerbas y ruegos a la Virgen le aliviaban los lamentos. Una mañana

salí a mendigar entre los menesterosos del pueblo para llevarla a Pátzcuaro donde los médicos esperan que se reponga del tabardillo.

La parroquia de Churumuco y la Puacana, entre montañas, fue cuanto pudo ofrecerle el secretario de la mitra. Acabo de ser aprobado diácono con licencia para celebrar misas pero carezco de compadres e intrigas para obtener un mejor destino. Desde que llega a su curato suele vérselo más tiempo en las chozas de los pobres que dentro de su iglesia. Todavía abundaban los demacrados por la última epidemia de tabardillo y reparte consuelo y sobijones a los vivos, o en la madrugada, bajo la lluvia, ayudo a cavar sepulturas a los muertos. Aún es muy joven y se sorprendía cuando le pagan con ingratitud. Las acusaciones llegadas a oídos del obispo me enfurecen.

—Falacias de los regañados porque no asisten a la doctrina y se desentienden de sus obligaciones para con la iglesia. Yo no he hecho otra cosa que instruirlos y darles consejos fraternales, reduciéndolos al yugo de Cristo con amor y paciencia.

La amonestación no disminuye su celo hacia los calumniadores y con bríos, más que con prédica, se une a ellos para combatirles el desánimo y la inclemencia de la montaña. Primero quiero construir una iglesia que muestre a Dios y a la Virgen guadalupana, nuestros agradecimientos por las gracias recibidas. Convocó a ricos y pobres. Al amanecer, cuando los perezosos todavía duermen, cavaba los hoyos para los cimientos de una iglesia más grande. Aporreo tan fuerte con mi pica que los golpes resuenan más que las futuras campanas de la torre. Los muros crecen y ya se le ve sucia la sotana, encaramado por los andamios con los baldes de mezcla, ladrillos y sacos de arena sobre sus espaldas.

Cuando apenas me sentía más digno del Señor, las envidias me muestran que para alcanzar el cielo no bastan las flagelaciones.

—Vive usted en concubinato público con la india Brígida Almonte. Ya le ha engendrado cuatro hijos, el mayor de los cuales, por más señas, lo bautizó usted mismo con el nombre de Juan Nepomuceno.

Si antes se atrevió a levantar los ojos y mostrar su indignación, ahora arrastra la vista por entre las zapatillas del obispo. Apenas me limito a rezongar un tímido balbuceo que contrasta con mi enjundia varonil:

—¡Debilidad de la carne!

El paso trotón de los años me había hecho olvidar las reprimendas, cuando soy llamado nuevamente a Valladolid. El obispo se ha despojado de sus bordadas vestiduras para presentarse ante él con los pobres ripios de una sotana talar.

—No son pocas las personas que han venido a quejarse de los malos ejemplos que da usted a su grey con la creciente ostentación de riqueza.

Supe desde las primeras palabras por donde me acosaba el Demonio. Cuando aumentaron los ingresos —limosna de pobres y no generosas dádivas de los ricos— pudo comprar en Valladolid una casa urgido por las visitas que hace a Brígida Almonte. Más tarde, aumentada la familia, le construyó otro piso para escándalo de la casta enriquecida.

—A su Reverencia le consta cómo los señores linajudos miran mal que la Santa Iglesia haya dado las vestiduras de sacerdote a un pardo como yo, nacido en un humilde portal de esta ciudad.

El obispo siente que le caminan hormigas por el cuello. Mis palabras rencorosas le recuerdan el culto pagano de nosotros los pardos hacia la Guadalupana.

—Me dicen que su hijo Juan Nepomuceno se hace pasar por iluminado de la Virgen.

—Calumnia de los que temen el levantamiento de la indiada.

Mestizos y pardos veían a la Virgen descalza, espinándose por los caminos. Me siento entre los pobres a comer elotes asados. Los arrieros, los peones de las estancias ganaderas y hasta negros evadidos de las minas vienen en romería a traerle flores silvestres y figuritas que labran con granos de plata.

—Me imagino que habrá estado atento a sus oraciones...

Sospecho que el interrogatorio revuelve otras aguas: los jóvenes párrocos diseminados en las iglesias de pueblos fomentan el descontento de sus feligreses contra los abusos de los administradores del rey y de los altos clérigos, amparados por oidores y generales.

Los indios saben que la Virgen es el viejo Quetzalcóatl que inventó el fuego para ellos. Le tallan cabezas de búho para protegerse contra la muerte. Cuando aran la tierra, siempre que encuentran piedrecitas verdes labradas por sus antepasados, se las traen y ponen a sus pies. Las llaman Rana, Madre Tierra, Jaguar, Dios de la Noche. Cuando Tláloc les niega la lluvia, acudían a la Virgen con sus plegarias.

—Pero qué le piden —insistió el obispo.

Medito, temía que me aleje de mi curato. Los pardos me aseguran que la Virgen es morena. Hablaba mucho, conversa con ellos y les siembra rebeldía contra los hacendados.

—Le piden remedios para sus enfermos o que proteja a sus animales.

Pero yo sé que el pueblo, cansado de tantas súplicas, se ha salido de las iglesias. En la vieja tierra de Yucatán, el indio Jacinto Canek arma a los descontentos con palos y los azuza contra el cuarto Provincial. Todavía, treinta años después, sus miembros descuartizados por orden del virrey no han podido rejunarse. Y me afirman que en la toma de la Alhóndiga de Granaditas, vieron su cabeza ensangrentada entre los descamisados de Hidalgo.

Desde que olieron al capitán general, los perros se alborotan en jauría por los alrededores del convento y sin encontrar su sombra, latían y se adelantan a esperarlo por el camino de Indarapeo. Alumbrándose con el miedo, el padre superior también escuchó feligreses armados que apenas galopan en su mente. Llego con la sotana mojada aunque no había caído una sola gota de lluvia en la noche. Moviendo la cola, acostumbrados otra vez a mis pasos, los perros me vieron entrar y me siguen silenciosos. Volvía al hato de los agustinos a reencontrarse con su infancia. Prendió una vela a la Virgen morena, la negra, compañera de mis primeros gritos en los portales. A solas, rodeado de cabras, le pide perdón por aquella vez cuando le reclamó por haberlo alejado de la escuela y embrutecerlo entre las zarzas.

Fue solo más tarde, en el colegio de Valladolid, cuando el padre Hidalgo me convenció de que la Virgen no es consentidora de injusticias. En la Alhóndiga de Granaditas se enfureció contra los gachupines que escondían los granos. Banderola del cura Hidalgo, siguió por Atotonilco y San Miguel el Grande, camino de Chamacuero, por Celaya, Salamanca e Irapuato. Para entonces, el polvo de los guaraches la tornaron más negra. Está a mi lado, cuando mi madre, reseca por los padecimientos, agonizó en Pátzcuaro.

Se quita las botas para no despertar a los padres con el ruido de sus espuelas; abre muros y cerró puertas, yéndose derecho a la pequeña capilla del convento. No me extraño de encontrar a mi madre arrodillada frente al lienzo de la Virgen que ella misma tejió con los trapos deshilachados de la noche. Al salir, sabedores de que ya no regresaría nunca más por aquellos lados, los perros dejaron de seguirme. En Valladolid pregunto por el chantre de la mitra, mi superior. Pero ningún cura está en su parroquia por esos días de excomulgamientos. Se detiene solo para reclamarle por escrito que

le nombre diácono de reemplazo porque se pasa con violencia a recorrer las tierras del sur.

Es de madrugada cuando regreso a mi curato de Carácuaro y sin desmontarme del caballo, me dirijo a la casa del armador, urgiéndolo para que le construya de inmediato veinticinco lanzas. Sigue tocando a las puertas de quienes sabe que poseen escopetas y les aconseja que las carguen con municiones. Son los Vicentes, los Gregorios, los Félix, los Chemas, los Lucios, los Benitos y Marcelianos, los Lucas y Teodoros, los Román de los Santos y los Melchor de los Reyes, todos sacados por mí de las camas cuando dormían. Sembradores de grano, carpinteros, manos duras que amansan toros, de repente sacudidos por su cura párroco. Desde la Colonia padecían en silencio, mueren solos, azotados en los hatos, molidos, barro de las minas.

La profecía de los ancestros olmecas le convierte, sin saberlo, en general de Changó. En mi puño acostumbrado al azadón, Quetzalcóatl puso la espada de fuego y en mi lengua las palabras mágicas para invocar al muntu. Decía «armas» y a sus ekobios les nacen escopetas. Pido «caballos» y tras de mí galopaban ejércitos.

GENERAL DE CHANGÓ

Sosa Illamba los paría en lagunas, ríos y mares por encargo de la madre agua Yemayá. En sus cuatro campañas desde Urapán hasta el pico de Orizaba, desde el Mar del Sur hasta el Golfo de México, uniendo brazos y puños, Olugbala le conformó su ejército de indios, negros y blancos. Su única cabeza, la montañosa frente de mi general Morelos.

Ya en el camino, Nagó, por mandato de Changó, le designa a sus más fieles generales.

Desde hace tres días llevamos otro cura de coronel: Mariano Matamoros. Pequeño, delgado y triste tenía el rostro blanco salpicado

de viruelas. Por eso supimos que lo ha enviado Kanuri mai. A las pocas horas de incorporarse a las filas comprendemos que nuestro ejército ya tiene su más brillante espada.

Al otro lo llamaban Tata Gildo y es más rubio que un recién nacido. Con el fusil en alto y el primer cañón insurgente atado a la cola de su caballo, los ekobios de su batallón toman su nombre como grito de bandera.

—¡Galeana!

—¡Galeana!

Desnudos, negra la piel, solo se les distinguía en la noche por el filo de sus machetes.

Después de saldar todas sus deudas, se le une Valeriano Trujano con su hijo y diecisiete alzados. Arriero, desde muy pequeño Ngafúa le enseñó a desenredar los caminos más tramposos. Podía perseguir el rastro del enemigo aunque lo cubriera la noche y adivina por anticipado el último paso de un traidor.

Cuando más ciego andaba mi general entre las montañas de Chichihualco, la Virgen de Guadalupe alumbró su oscuridad con los mil ojos de los Bravo. Padre, hijo y hermano podían vigilar los cuatro flancos de nuestro ejército.

Mulato y zambo a la vez, tengo la fiebre africana en los ojos y la sombra india en mi alma. Brujo, destruyo al enemigo con la vista antes de alcanzarlo con las balas. Vicente Guerrero es mi nombre porque en la guerra siempre fui protegido por Quetzalcóatl y Changó.

Pero el estado mayor de Chema Morelos tenía muchos otros tenientes recogidos por los pueblos: Valdovinos en Coahuayuntla; Martínez le salió al paso por Zacatecas; en Petatlán reencontró a su viejo amigo y protector Izazaga; los Ávila y Ayala se le unen en El Veladero. Puestos unos atrás de otros no alcanzaba a contarlos. Y en la retaguardia, las soldaderas acuñan la pólvora con su canto:

¡Por un cabo doy dos reales,
por un sargento, un doblón,
por mi general Morelos,
doy todo mí corazón!

De combate en combate, la pólvora va despertando el apetito de nuestro cura que ya quiere atragantarse con el bocado grande de Acapulco. Los caminos que rodean la plaza no le son desconocidos. Entre los cerros y montañas reencuentra el eco de sus propias pisadas cuando de joven estuvo por aquí conduciendo bestias al puerto. Aguacatillo, San Marcos, La Cuesta, El Marqués, Las Cruces, El Veladero. Con sus repetidos asaltos solo consigue apoderarse de las alturas, pero al abandonarlas, por el terror que infunden sus soldados, el cruce de El Veladero se llamará desde entonces «El Paso a la Eternidad».

Los escalofríos y las fiebres lo molían en Tecpan cuando recibe la noticia de la derrota y prisión de su jefe Hidalgo.

—¡Mañana mismo avanzaremos sobre México!

En el ascenso de las altas montañas comprobará con desaliento que el sol aleja los picachos que las brujas habían acercado por las noches con las falsas luces de sus silbidos. A veces una mula extraviaba el camino y asustados oyen sus cascos trotando en el silencio de los abismos. Hombres y bestias se aferran a la cadena de los gritos. Los indios de las llanuras comienzan a temer a las tribus serranas que les arrojaban palabras con idiomas extraños. Sin embargo, marchamos con la obsesión de conquistar las cumbres de Chilpancingo en poder de los soldados del rey.

En el combate de Tixtla los españoles reconocerán que las chusmas rebeldes ya tenían su general. Hasta nuestros propios jefes se asustaban cuando lo ven encabezar la tropa frente a la artillería enemiga:

—¡Señor, usted no debe exponerse así como un soldado! ¡Para eso estamos nosotros!

Su respuesta al iniciar su primera gran batalla explica el triunfo de sus futuras victorias:

—¡La mejor táctica es el arrojo del general y su única orden, el ejemplo que dé en la lucha!

¡Cuautila! ¡Ocuilo! ¡Chilapa! ¡Acapulco! ¡Tehuacán! ¡Orizaba! ¡Oaxaca!

El combate cuerpo a cuerpo, la sorpresa, la justicia contra la infamia, son las armas de mi general Morelos.

¡La muerte con ser la muerte
y con ser tan atrevida,
nos va contando los pasos
hasta quitarnos la vida!

Las guitarras se desvelaron toda la noche con el grito de los incendios. Por las calles y plazas la tropa se traga a boca abierta el licor saqueado en los estancos de Orizaba. Sé que anda rondando mis pasos. Mi general Morelos, atrapado por el insomnio, recapacita sobre la orden que ha dado a sus lugartenientes:

—Regresaremos a Tehuacán antes de que los ejércitos del virrey, atrincherándose en las gargantas de Puebla, nos cierren el camino hacia la capital.

Las ánimas de sus comandantes tampoco dormían. Ruidos, sombras, oye sus espuelas resonando bajo la almohada. Dialogan y discutían. Por dos veces prendió las velas a la Virgen de Guadalupe.

—Más bien hagámonos fuertes aquí en Orizaba —le insiste Tata Gildo.

No le escucha. La muerte ha comenzado a taponarle los oídos. No sabe si era un fantasma o es doña Mariana Rocha la que entró a la alcoba. Los encajes blancos la tornan más pálida a los resplandores de las llamas. Desde que ocupa la ciudad le cedió su casa para que instalara el Estado Mayor. Mi general le ha correspondido salvando la vida a varios gachupines a quienes llama sus parientes. Recorre la alcoba con pasos conocedores. Se asomó al gran espejo y después, como si antes no lo hubiera visto, se le acerca suplicante:

—¡General, salve al alférez Santa María a quien van a fusilar en este momento! Tenga piedad de él, para mañana está fijado el día de su boda... ¡Además es mi primo!

—¡Señora —rechaza endurecido— tal parece que todos los realistas sean parientes suyos!

Dos meses atrás había perdonado la vida al alférez y a cambio de su generosidad lo encuentra vistiendo el uniforme del enemigo. Ante la insistencia del fantasma, recibió el papel del indulto y escribe al respaldo:

«Que la joven escoja otro novio más decente».

A doña Mariana se le descarna el rostro. Perdidos los ojos, la nariz hundida. No me quedan dudas de que es la misma muerte. Guerrero, saca una de las flechas y lentamente estiró la cuerda de su arco apuntándole al corazón.

—Dispara si quieres, no podrás herirme. Me han ordenado que proteja el Congreso Patriota hasta cuando promulgue la Constitución de Apatzingán.

La matraca de su risa escandalizó jubilosa. Después, afilándose los dientes, le dice burlona:

—Si lo prefieres, te iré comiendo a pedazos.

Asustado advierte que son ya varias las dentelladas con que le ha desgarrado el cuerpo. Le arrebató la valentía de Francisco Ayala en

Temilpa. Ahora su cadáver y los de sus dos hijos cuelgan del marco de la puerta. Mañana me descuajará un hombro cuando fusilen a don Valeriano Rujano en el Rancho de la Virgen. Y antes de que se termine esta noche sufriré la primera derrota en las lomas de Valladolid. Pero no se doblega y escribirá al Congreso:

«Aún queda un pedazo de Morelos y Dios entero».

Para menguarle su arrogancia, ya la Chingada traía al padre Mariano Matamoros desde Valladolid donde lo fusilaron los realistas. Tapándose las heridas, se tendió en la cama que mi general no ha ocupado en toda la noche.

—Esos canallas te han fusilado por la espalda. ¿Tú me podrás decir, Mariano, si la muerte es dolorosa?

Ensangrentado, le responde:

—No mi general, la muerte no duele, lo doloroso será cuando vencido y encadenado, algunos de nuestra propia gente lo traicionen y le escupan la cara.

SIERVO DE LA NACIÓN

Le faltaba sufrir las envidias y adulaciones de los tenientes ambiciosos que conspiran contra su mando. Por escucharles sus tácticas en la batalla de Puruarán los realistas le sacrificaron setecientos soldados, le fusilan dieciséis oficiales y tomarán presos a seiscientos de sus mejores hombres. Así diezmado, siguió a cumplir su cita con los ancestros olmecas que lo esperan en Tlacotepec para que rinda cuentas al Congreso. Allí un Judas lo acusará de inepto:

—¡Es conveniente que lo mandemos nuevamente a decir misas en la parroquia en Carácuaro!

El Congreso lo despojará del mando supremo y le obliga a compartir la jefatura del ejército con sus envidiosos acusadores.

—Si no soy útil como general, serviré de buena voluntad como simple soldado.

En esta noche de fantasmas los batallones del virrey prosiguen mi cacería. Rondaban por Acapulco, lo atajarán en Tacámbaro y suman las horas de dos días, tragándose la noche, para sorprenderlo en Tezmalaca. De mi populoso ejército tan solo me quedaban ciento cincuenta indios, mestizos y negros. El grueso de la tropa sin la presencia del jefe era otro cadáver en busca de sepultura. Vivos y muertos van entrando a la alcoba de doña Mariana Rocha. Se sientan en la cama, se tendían por el suelo, todos al amparo de su espada.

Sabe que solo le restan escasos días para custodiar a los constitucionalistas en Apatzingán:

«El gobierno no se instituye por honra o intereses particulares de ninguna familia, de ningún hombre ni de clase de hombres, sino para la protección y seguridad de todos los ciudadanos».

A la entrada está vigilante el güero Tata Gildo después de que los realistas le cortaron la cabeza en Coyuca. Al reconocerlo, exclamó apesadumbrado:

—¡Se acabaron mis brazos! ¡Ya no soy nadie!

—Se equivoca, padre —le repuso el difunto— prosigo amparándolo con mi sombra por mandato de Nagó.

Todavía tendrá que afrontar muchas acechanzas. Los propios indios le esconden sus barcas en Atenango para impedirle que cruce el río. Esta noche en Orizaba andará caminos trazados por Ngafúa desde mucho antes de las victorias, mucho después de que los realistas lo cerquen en Tezmalaca. A su alrededor solo hay muertos y agonizantes.

—¡Huyan! —gritó a los congresistas, acosando las bestias cargadas con las actas de la Constitución. Resistía. Cada minuto que transcurrir es un paso más en la huida del Congreso. Don Nicolás Bravo, advertido del peligro, acude montado en un remolino de cascos:

—¡Vengo a morir a su lado!

—¡Retírese! —le respondo—. Su deber es morir defendiendo al Congreso. ¡Si yo perezco nada importa!

El fogonazo de sus ojos intimidó todo reato de desobediencia. Nagó lo esconderá en una nube de pólvora hasta que agote sus municiones. Luego se desmontó de su caballo y con una palmada en la grupa lo enrumba hacia la montaña que habían recorrido juntos. Solo, acosado por el enjambre de balas, me arrastro por entre rocas y malezas. Los esbirros del rey dejaron de disparar, desean apresarlos con vida para cobrar las dádivas prometidas. Y para hacerme más amargo este amanecer en Orizaba, el fantasma de doña Mariana Rocha designa que sea un traidor quien lo entregue vivo al tribunal de la Inquisición.

En la víspera de instalarse el Congreso estuvo orando en la capilla de Chilpancingo. Espera la aparición de la Virgen mulata. La invoca suplicante:

—¡Virgen guadalupana, María santísima, ilumíname!

El viento mojado. En la puerta relinchaba su caballo. Oía otras voces... el lejano mugir de las vacas. Los cirios lentamente alumbraban su soledad. Cuando salió ya llevaba los ojos abiertos para escuchar los sonidos invisibles. Encuentra que su maestro, el cura Hidalgo, le esperaba en el atrio de la iglesia con el estandarte de la Virgen al hombro, su cabeza de cabellos de maíz entre las manos. Los generales Allende, Jiménez y Aldana, dispuestos a defenderlo de una segunda muerte, en una mano empuñaban sus sables y en la otra sus cabezas decapitadas. Les acompaña el ejército de ekobios con cartucheras sobre la caparazón de sus costillas peladas. Indios, negros, muntu. Mestizos desnudos o con los pantalones amarrados a las zancas. Los de Totonilco se cubrían el esqueleto con refajos y

están armados con hondas de ixtle. Mi general José María puede leer, sin abrirlo, el manuscrito que le entregó el padre Hidalgo:

«... siendo contra los clamores de la naturaleza el vender a los hombres, queden abolidas las leyes de la esclavitud...».

Oían las flautas de maíz, ruidos de puños, miles de sombras sin raíces. Juan, el esclavo de Hernán Cortés. El otro Juan, el primer negro que sembró trigo en estas tierras. Los cimarrones de las zapotecas, tempraneros en rebelarse contra sus amos. Pero aquí están también los de Pachuca, Zongolica, Huatulco, Guanajuato y Tlaxilcoyán. Reconoció al negro Ñanga, a quien no pudieron abatir cuatrocientos hombres de guerra: españoles, criollos, indios, mestizos y mulatos juntos.

Entonces el padre Hidalgo se le acerca y cuelga de su cuello el medallón de la Virgen con la inscripción que desde entonces le alumbraría el pecho:

«¡Viva la Independencia!».

Se arremolinaron los muertos y alzado en hombros lo sacan de la capilla para llevarlo al cuartel. Aun después de acostado, escucha la algarabía de la tropa que no quiere regresar a sus tumbas. Comprende que no se alejarán hasta tanto no redacte el Acta de Libertad e Independencia. Urgentemente, ardido por la fiebre, manda llamar a don Andrés Quintana Roo. Quería atrapar en la letra escrita los sentimientos que le inspira la sabiduría de los ancestros. Poco después, sorprendido por el llamado del general, el licenciado se acercó al cuartel sin percatarse de los muertos en vela que le abren paso a lo largo de la plaza.

—¡Mande mi general!

Nunca antes le había visto su rostro ancho tan severo, ni tan hondo el surco que divide su frente. Miró la espada sobre la mesa con la empuñadura forrada en piel de víbora. Elegba estaba vigilante. Su general, uniformado por Changó, tenía puesta la pechera roja.

—No puedo dormir, oigo voces que me gritan desde lejos... quiero dictarte lo que me dicen.

Mientras se paseaba con sus resonantes espuelas de bronce, afuera, trasnochada, la tropa de difuntos insiste en aclamarlo. El licenciado advirtió que la pluma en su mano se adelanta al dictado del general:

—La América es libre e independiente de España y de toda otra nación, gobierno o monarquía...

Su voz no era su voz, el muntu grita en la plaza:

—Los pueblos no se deben a ningún individuo, sino solamente a la nación y a su soberanía...

Aprisuradamente, don Andrés mojaba la pluma:

—Que la esclavitud y la distinción de castas se proscriba por siempre, quedando todos iguales, y solo distinguirá un americano de otro, el vicio y la virtud...

El licenciado comienza a perder peso, desasido, se disuelve en el tiempo. Antes de secarse, la tinta se vuelve indeleble:

—Deben distribuirse aquellas haciendas cuyos terrenos de labor pasen de dos leguas para facilitar la agricultura y la división de la propiedad, porque la felicidad del pueblo y de cada uno de los ciudadanos consiste en el goce de la igualdad, seguridad, propiedad y libertad...

El general ya no cabe en la estrecha habitación, sus brazos se le salen por la ventana. Tanto se acrecienta que el licenciado debe levantar los ojos hasta el techo para mirarle la cara. Ahora también él escucha que gritan desde afuera:

—¡Don José María Morelos, generalísimo de América!

Pero basta con que el general retome sus palabras para que el licenciado se pierda en los límites del sueño y la realidad. No

alcanzaba a distinguir si Morelos es una suma de difuntos o tan solo un hombre lleno de sentimientos, suma terrenal.

—La soberanía dimana inmediatamente del pueblo...

La gritería se aleja. El licenciado sale al balcón y puede ver que los difuntos marchan detrás del cura Hidalgo y de sus tres generales descabezados.

No fuiste criado en el vientre de tu madre como sucede a otros hijos. Te horneaste en su sarape. Cuando tienes mil años, las lluvias te lavaron los sudores. Después, me nacen los ojos, pero yo solo miraba por uno, siempre asomado al portillo de los harapos. Tu madre es olmeca, había nacido en Tres Zapotes y comenzó a caminar por allí después que la abortó la tierra. Quiero decirte que había nacido muchas veces y andado muchos caminos en otras vidas. La concha de tortuga de su pie aplasta la tuna sin espinarse. La batea de cacahuates sobre su cabeza, de tanto vagar por Yucatán, le curvó las piernas.

Ya Quetzalcóatl había huido de Teotihuacán cuando se ayuntan tus primeros padres. Mi tío, las pocas veces que hablaba de estas cosas, me cuenta que sus abuelos teotlixcas, venidos de más allá del océano, por el oriente, se alegraron mucho de reencontrar en estas tierras a sus primitivos ancestros nonahualtecas. Para que no se olvidara su huella, despertaron los espíritus de sus ancestros que dormían sepultados en grandes piedras. Les tallan los ojos de almendra, la nariz regada, la sonriente puerta de los labios. Con los tiempos, hijos de una misma madre, Yemayá, en mi México se mezclaron los ríos de las sangres: olmecas, toltecas, mayas, zapotecas, totonacas, otomíes, tabascos, mixtecos, aztecas... ¡Mexicanos! Midieron el tiempo, padre de todas las cosas. Trazan surcos y convertirán la tierra en concubina de Tláloc.

... Hasta el día en que llegó la loba blanca...

Nunca antes los tuyos vieron el relámpagotrueno arrojado por las manos; las espadas que hendían el peñasco de la frente; matar en un día más hombres que los sacrificados a Quetzalcóatl en muchos soles. Ahuyentan de sus moradas a los dioses, y en la larga noche, nunca antes vista, vivos y muertos, esclavizados, debieron entregarles sus vidas, sus mujeres, las cosechas y los ocultos ojos de la tierra.

Negra, india, blanca, negra, mestiza, mulata es tu cara con la sombra del dolor. Te la tiznó el hollín de las cocinas, la noche en despoblado, la ansiedad de las lágrimas. Tus resuellos respiran dos angustias; la misma ira en tus dos ojos, cinco gritos en cada puño.

Pero mi padre era ya un difunto cuando me engendró con el mandato de que lo reviviera, libre, con mis guerras.

Quinta parte

LOS ANCESTROS COMBATIENTES

I
EL CULTO A LOS ANCESTROS

AGNE BROWN, SOY Ngafúa, mensajero de Changó. Te hablo con los ojos invisibles de tus ancestros aquí presentes:

¡Nagó, elegido de los orichas para sublevar al muntu en el exilio!

¡Olugbala, el fuerte, cuyos puñetazos templan la prudencia!

¡Kanuri mai te ofrece su belleza para que incendies el *soul* de tus espejos!

¡Oye tu memoria ancestral, en ella duermen, viven, nacen los hijos de Sosa Illamba, madre de los hambrientos sin nombre!

Agne Brown, parto de Yemayá, escúchame:

Changó, entre todos los ekobios, te ha escogido a ti: mujer, hija, hermana y amante para que reúnas la rota, perseguida, asesinada familia del muntu en la gran caldera de todas las sangres.

¡Que el pasado de esclavitud no tenga por qué avergonzarlos! El muntu surge valiente, fortalecido de todas sus heridas. Busca tu trinchera en las cenizas de tus huesos. Experiencia eres de aquellos que te siguen, te esperaron y acompañarán en la fría noche de los tugurios.

Respira el aire libre, aquí estamos alumbrando el comienzo de tu nueva vida olvidada de la carimba que puso la loba blanca sobre tu *soul*.

Venías de caminos tan lejanos que se te olvidan los recuerdos. Mantendrás cerrados los ojos pero estabas despierta. Rememoras las ideas que te inquietaban al quedarte dormida la noche anterior. Tu padrastro te oyó predicar en su iglesia como otras tantas veces. «Porque sabemos que si este tabernáculo se deshiciera, recibiremos

de Dios un edificio eterno, una casa no hecha por manos, la morada celestial...».

El humo de la ducha te envolvía y gozosa te hundirás en el agua templada. Lentamente entras en posesión de tu cuerpo. «Si mi padre me viera ahora distinta a los bracitos escuálidos que tanto acariciaba...». Te enjabonabas los hombros cuando adviertes que no te habías quitado la pulsera y te echarás a reír. No es la primera vez que te acontece. Mientras mantenías el brazo extendido fuera del agua, sorprendida, descubres la mácula en mitad de los senos. Asustada, trataste de sacudirla pero no pudiste arrancártela.

Enciendes la luz. Allí persistía entre tus senos el vivo y encarnado cuajarón. Un vago sentimiento revive el olvido de pasadas angustias, el olor a carne quemada. Intuirás la forma de la mancha: dos serpientes mordiéndose las colas. Tratas de aliviar tu desazón con la piadosa idea de que te ahogas en una pesadilla. El agua tibia, la apertura de las cortinas, la luz de la lámpara apenas son anuncios de la mañana inundando el cuarto y entonces oíste que de la calle sube ese inconfundible vocerío de la ciudad que despierta.

Por aquellos días el reverendo Robert me adoptó como su hija a partir del instante en que me tapara los ojos frente al cadáver colgado de mi padre. Pero él no ha muerto, seguirá hablándome con su voz cantarina para hacerme comprender que no debía olvidar sus palabras. Sí, después de ahorcado viene a buscarme debajo de los cerezos en donde me escondí cuando me dijo: «Huye, hija». Escucho la risa del señor Steward, supongo que fue él, no pudo ser otro, quien se subirá en la sillita de madera que me había hecho mi padre y desde allí pasó la sog a por encima de la viga para anudar el lazo. Acabo de decir «supongo» y estoy mintiendo porque ahora lo observo nítidamente. Pero cuando esto aconteció, cuando le pone

la sogá al cuello y los otros tres hombres tiraron de la otra punta y el pesado cuerpo de mi padre sube hasta tocar con su cabeza el techo, ya el rechoncho Jones le habrá apoyado la punta de la escopeta en la cara. Yo hundía las manos en la tierra detrás de los cerezos y sin embargo, ahora sé que lo vi todo. Junto a él está el flaco Harry a quien mi padre socorrerá siempre que lo acosen los dolores reumáticos al hachar en el bosque. Lo traía cargado hasta dejarlo sobre la mecedora en el corredor de su casa y dándose prisa, pedirá los auxilios de la hermana Josefa, otra reumática que llega en su silla de ruedas y entre ambos le sobaban la espalda mientras se retorció de dolor. Y fue ese hombre, delgaducho, adolorido, quien amarra las manos de mi padre aprovechándose de que el rechoncho Jones le pone el cañón de la escopeta entre los ojos. Y reirá el flaco mientras armaba el nudo más fuerte que ha podido hacer en su vida con sus frágiles manos. Lo que rememoro ahora con toda claridad me explicará lo que me perturbó toda la vida. ¿Cómo el flaco Harry y el gordo Steward pueden amarrar a mi padre y colgarlo de la viga que él mismo había ajustado al techo, si los dos juntos, aun multiplicados por cuatro, no sumarían la fuerza necesaria para sujetarlo y reducirlo? Nadie me dijo nada, jamás oiré hablar de esto, pero lo cierto es que el sheriff Princenton también está allí con la carabina apuntando a mi padre. Y además observé que su segundo, Clark, le amenaza desde la puerta con una pistola. Entonces no fueron dos, como se dice, sino cuatro las lobas que esa noche llaman a mi padre. Escuchamos la voz del flaco diciendo que necesitaba ayuda porque su hermana Josefa está enferma. Mi padre se levantó de la cama y sale apresuradamente con la lámpara. Fue Clark quien le rajó la frente con la cacha de su pistola. «Maldito negro, ahora las vas a pagar todas. Buscarás en el infierno a tu mujer en vez de estar aprovechándote de la hermana loca de Harry». Eso es lo que oigo y lo que había olvidado. La señorita

Josefa por las tardes se arrastrará en su silla a pedir a mi padre que le aplique el ungüento en la pierna paralizada, porque ya he dicho que Harry y ella son unos reumáticos. Gime con gritos que nadie escuchará porque se abrazaba a mi padre entre dolida y gozosa mor-diéndole la espalda: «¡Soba negro bruto! ¡Soba más fuerte!». Yo no entiendo que si tanto le dolía, lo insulte y pida que continúe con el sobijo. «Ve a cuidar la casa que Harry está en la granja», me gritará la señorita Josefa. Entonces yo me voy a sentar en la mecedora donde ella se pasaba la mayor parte del día. Allí vigilo lo que nada tenía que cuidar, meciéndome en la mecedora, echando la vista hacia el interior de la sala sin atreverme a entrar aunque me crecían las ganas de ver de cerca los platos con reborde de oro, distintos de aquellos en que comemos mi padre y yo. No pude sorprenderme de que al marcharse los asesinos, riendo y dándole palmaditas a Harry porque su hermana no sufriría más de dolores en la pierna, mi padre se quite la toga del cuello y sujetándose de ella se deja caer para venir hasta donde me encuentro escondida. «Ven, ya se fueron, no te quedes aquí el resto de la noche porque te puedes resfriar». Me tomó del brazo, abre mi mano y limpia la tierra que yo había apuñado cuando oí sus risotadas. Solo después de alejarse, cuando se entraron al corredor de la casa del señor Harry y se beben varias botellas de cerveza, mi padre me da un beso. El beso más caluroso, el último suspiro. Me recoge del suelo para llevarme paso a paso hasta nuestra choza. Tomará la sillita de madera, le quita el barro que dejaron los zapatos del rechoncho Steward sin que todavía pueda explicarme cómo no la apachurrara con su peso. Me levanta en alto como para sentarme en un trono elevado y luego me dejará en mi silla. No volvió a decirme nada o es que no escucho sus palabras. Son las oscuridades de que hablo, témpanos oscuros en medio de la clara visión de mi infancia. Así me encontrará el reverendo Robert y creyéndome horrorizada

corre a taparme los ojos. Pero yo estoy tranquila mirando a mi padre colgado de la soga después de que él mismo se la echó al cuello y se suspende con la facilidad con que su sombra subía por la pared.

Te acompañé hasta la capillita perdida en la barriada. Desde mucho antes de marcarte con las serpientes de Legba te sigo los pasos. En vez de atravesar la plaza preferías las aceras para que los pequeños se prendieran de tus manos y poderlos arrastrar hasta el templo. Divisaste a tu padrastro parado en la puerta con la Biblia bajo el brazo. Así lo habías visto, a esa hora y en muchas otras a la espera paciente de que regresen los feligreses que lo han abandonado. Miras al interior y sentiste mi mano apoyada sobre tu hombro. Te habrías propuesto no regresar a la iglesita y sin embargo, estás aquí a sus puertas. La encuentras vacía y sentiste piedad por tu padrastro. Deberás tocarlo para que advierta tu presencia.

—Una vez más estamos solos...

—Sí, padre, a esta hora hay un mitin de los predicadores de la nación del Islam. Se sienten orgullosos y prepotentes. Afirmaban que reconstruirán este país piedra sobre piedra con la gracia de Alá.

—Dios los acoja en su gran misericordia.

—Los cantantes del coro también se excusaron. Dos de ellos, Sally y Bethman han formado un dúo y cantan en el *grill* de Anderson. Pero otros son arrastrados a la guerra.

Arreglas el púlpito con un ramo de flores. El invierno está presente en el viento frío. Tu padrastro se alejó a orar. En tardes como estas, frías y desoladas, le asaltan visiones en las que veía congregados a sus feligreses muertos y vivos. Pero ahora ni siquiera tuvo el consuelo de que lo acompañen sus alucinaciones.

—Hija, mientras te tenga a mi lado esta iglesia se mantendrá firme.

Como siempre que se disponía a predicar se arrodilla y apoya sus labios sobre la Biblia. Te adelantas a sus movimientos y antes de que

diera las gracias al Señor, suavemente le quitas la estola de predicante para colocarla sobre tus hombros. Respiró aligerado. Calladamente subes al púlpito pero ya el fuego de Changó encendía tu lengua:

—Me dirijo a vosotros, ekobios que me escucháis. No a los blancos sordos. No vengo a predicar paciencia ni resignación ni vanas esperanzas: les anuncio el culto de la vida y las sombras que inspiran la rebeldía que hay en nosotros los negros. Más allá solo perdura el eco de los sueños. Pero oídllo bien, vida y rebelión no existen sin la presencia de los muertos. Somos la fuerza de todo lo que fue y la fuente poderosa de todo lo que será. No habrá ejércitos de blancos ni todos sus odios juntos que sean más poderosos que esta firme voluntad de ser y hacer. Solo rebelándonos los vivos y los muertos a través de todas las sangres cumpliremos la profecía de Changó.

—¡Oh, Señor, no la abandones!

Tu padraastro aprisionó la Biblia contra su pecho para protegerse de tu infestado espíritu. Sacudido por temblores avanza hasta el púlpito. Siente miedo ante el Señor por no haber guardado su casa. Luzbel despobló su iglesia de fieles y ahora socava la más firme piedra de su altar. No podía convencerse de que la pequeña y dócil Agne que acogió aquella mañana cuando lincharon a su padre sea la misma que ahora siembra la violencia. Avanzó unos pasos engañándose con la incredulidad. Pero es tu voz, esa tu palabra, ese tu verbo encendido.

—Mi dulce cordero, mi apacible ángel, recógete en la almohada de esta Biblia. Pronuncia la palabra Dios. Su solo nombre te librará de Satanás y te purificará. ¿En qué patio dividido y en qué lóbrego cuarto sin leña, en la frialdad de qué invierno se avivó en ti la llama del Ángel Colérico? Agne, por última vez te ruego sobrepongas la fuerza de la luz sobre las oscuras tinieblas que te invaden. Baja de la piedra habitada por Luzbel a postrarte de rodillas frente a este

libro sagrado. Baja y arrodíllate y pide perdón, pecadora inocente. Reza aquí a mi lado por el alma atormentada de Timothy Brown, tu sacrificado padre. Aquí te aguardo postrado ante la serena potestad de la palabra de Dios.

Esperó seguro y firme la respuesta. El líquido de sus ojos retoma el brillo aceitoso de la paz. Cerró los párpados y con las Sagradas Escrituras sobre su pecho, murmura la plegaria con que otras veces ha podido ahuyentar al Demonio. Debías arrastrarte a sus pies con tu cuerpo de serpiente implorando algo más que el perdón. Oía los pasos y siente tu mano sobre su hombro, la súplica anhelante: «Perdóname, padre». Media hora después descubrirá que sueña.

—¡Agne! ¡Mi adorada hija!

Su voz recorrió los rincones sin hallar tu eco. Solo y abatido, Cristo sin clavos, deja escurrir sus brazos sobre los costados vacíos.

La arcada me es conocida, el botón del timbre que muchas veces había hundido con la punta de mi lápiz. Ahora lo oprimo nerviosamente. Esperé indecisa, asaltada por mis escrúpulos de confesarme ante un blanco aunque haya sido por muchos años mi profesor. Me confundo aún más cuando antes de abrir la puerta ya alcanzo a ver su camisa azul y el pañuelo rojo en derredor de su cuello. Lo acompañaré a lo largo del corredor y me deja con una ligera palmada sobre el hombro.

—Siéntese. Ya vuelvo.

He estado aquí mirando la colección de objetos recogidos en sus viajes por el continente de mis antepasados. Entonces solo sentía por ellos la curiosidad del estudiante que observa su material de trabajo. Ahora constituye una realidad íntima, extrañamente amputada de mi propio cuerpo. De repente al mirar la estatuilla de Ifá, sentiré que se inflaman las serpientes tatuadas en mi pecho.

Los dieciséis ojos del oricha despiertan de su largo sueño para mirarme desde su urna de cristal y reflejarse en mi propia memoria. Escuché los antiguos olores de otras llamadas. Lisa-Mawu la divinidad andrógina de los fon me muestra el oeste-este y trasciendo las barreras del espacio tiempo de mi cuerpo. Me asomo a las fichas de abia de los fang con las cuales los discípulos de Orunla adivinan los ocultos designios: «pantera acosada», «antílope abatido», «gran pájaro de la noche». Pude unirme a mis ancestros dormidos en los cestos funerales de los bakota. Me invitaron a sentarme a su lado y me entregan un colmillo de elefante tallado por los luba del alto Zambeze. Allí estaba grabada la historia de mi vida desde el kulonda depositado por Nagó en el vientre de mi madre.

La mano del profesor Harrington me sustrae de las meditaciones al apoyarse sobre mi hombro. Perdí el equilibrio y tiembla mi cuerpo. Sin que advirtiera mi turbación, moduladas por otro, pronunciaré las palabras:

—Vengo a hablarle del renacimiento africano del culto a la vida y las sombras.

Elevó sorpresivamente las manos con incredulidad.

—¡Otra secta! ¡Solo en América tenemos más de doscientas iglesias!

Quedo atontada como si de golpe los ancestros me hubieran quitado su apoyo. Pero mi decisión de abordar el tema no disminuyó:

—Usted me ha enseñado que las culturas altamente tecnificadas tienen mucho que aprender de los comportamientos del hombre elemental.

—Es incuestionable, entre otras cosas porque los pueblos bárbaros se encuentran rodeados de la naturaleza. Usted no pondrá esto en duda. Pero me pregunto: ¿por qué retornar a la filosofía africana primitiva? ¿Por qué precisamente a la africana y no a la romana, polinésica o esquimal?

Desde que me senté en la silla estoy refrenándome, dando oportunidad a que sean las ideas y no mis impulsos los que se enfrenten a sus argumentos.

—No puedo negarle que tengo razones para preferir la tradición africana a la anglosajona, primordialmente, porque soy una negra americana. Nos afirmamos en la hermandad del muntu preconizada por los orichas africanos y en las luchas de nuestros ancestros en las plantaciones, en los *slums*, en las fábricas, donde quiera que Changó enciende su rebeldía. Será una nueva religión para todos los oprimidos cualesquiera que sean sus sangres.

—¿Se trata entonces de africanizar la actitud religiosa del blanco americano? Señorita Brown, perdone mi comportamiento pero deseo que usted sea franca. ¿A qué ha venido aquí? Usted conoce muy bien mis ideas. Están consignadas en varios volúmenes y las ha oído expresar de mis propios labios en dos años de cátedra. Aunque no pretendo justificar la supremacía blanca, no es menos cierto que mis antepasados entre todas las razas han sido los encargados de desarrollar la técnica científica y que esa técnica les confiere poder sobre los otros humanos. A ustedes los negros les han sido asignadas otras tareas que cumplir. Pero creo que el papel de Atlas también es importante. Sin vuestra fortaleza la humanidad se hubiera estancado en la barbarie: el músculo de los negros convertido en palanca de los blancos también mueve el mundo...

Ahora me empuja la necesidad de rebelarme. Me levanto y mis piernas cobran fuerzas. Seguramente mis huesos también pertenecen al ancestro que me sostiene. Doy la espalda al profesor y anduve buscando algo con la vista. Dudaba si desnudarme y mostrarle las serpientes en mi pecho o continuar guardando mi secreto. Alguien extraño comenzará a dirigir mis actos. Me acerco al escritorio. Aparté el pisapapel de bronce con la cabeza de Olokún y a tientas

encuentro un lápiz que presentí oculto debajo de un legajo. Lo sabía allí como si yo misma lo hubiera colocado en ese rincón. El profesor mirará con ansiedad mis trazos sobre la hoja de papel. Hago abstracción de su presencia aunque dibujo exclusivamente para él.

—Las serpientes de Legba... —exclamó. —¡Para renacer hay que morir!

El humo fluyó por su nariz envolviéndolo en una nube transparente que lo torna irreal. Hablaré a esa sombra alejada de mi sangre:

—Usted lo ha dicho. ¡Renacer! El hecho de que el pueblo negro haya podido sobrevivir a tanta ignominia, recreándose siempre más poderoso, es una prueba irrefutable de que estamos señalados por Changó para cumplir el destino de liberar a los hombres. El culto a los ancestros, la ligazón entre los vivos y los muertos, pondrá fin al mito de los dioses, individuales y egoístas. ¡No hay Dios más poderoso que la familia del muntu!

Las mismas sombras que me habían llevado allí me transponen a través de los muros. Ya fuera de su casa, pude ver que el profesor Harrington observa pensativo el papel donde he dibujado las serpientes. Finalmente, después de romperlo, lo arrojará a la canasta de sus papeles inútiles.

Agne Brown, soy Zaka, protegido de Nagó, tu primer ancestro africano sepultado en esta tierra de profundos ríos. He recorrido las praderas entre rebaños de búfalos; en las noches, aullando, sigo las correrías sin regreso del lobo gris. Hace siglos bebí el humo de las altas montañas donde anida el águila blanca y duermo en las encinas centenarias donde reposamos los bazimu.

Hermano de los sabios y pacíficos hopis, sobre mi cabeza pusieron sus plumas los valientes creeks. Compañero fui de los oceolas y

entre mis ekobios seminolas tengo enterrados los huesos al lado de Gato Salvaje, mi nuevo padre.

Los ekobios indios me llamaron Nube Negra y me reconocen en el rostro turbio del cielo cuando la tormenta desata su furia. Me escucharán siempre que el rayo incendie las plantaciones de la loba blanca; saben que son más las lluvias que inundan sus cultivos de algodón y tabaco... pero la loba me da otro nombre: todavía se acuerda de Abraham, el negro fugitivo que envenenó las aguas de sus acequias, roba las mulas de los establos y degollará sus cerdos. Ahora, soy ojo, nariz y oído de mi padre Gato Salvaje, vigilante de nuestro pueblo, nuestra tierra y nuestros ancestros.

Escucha mi historia.

Las islas del mar de las Carolinas eran estrechas para los muchos ekobios que desembarcan. A veces, en un mismo día fondean hasta dos barcos negreros. Entonces se oían preguntas que no encuentran respuestas en las lenguas confundidas. Ancianos ekobios que han perdido la memoria se acercan a los barcos y preguntaban sobre la tierra que no volverán a ver, alejándose sin escuchar la respuesta.

A las pocas horas de haber desembarcado, Agne Brown, ya dejamos de ser extraños. Somos un eslabón más en la larga cadena de cargadores en el puerto o en los cañaduzales; el sol se bebe el sudor de nuestras espaldas. Por las noches, nadando de una isla a otra, los gritos nos mantendrán despiertos:

¡Ayú...!

¡Ayú...!

Pequeña es mi prisión

grande la pena.

¡Ayú...!

¡Ayú...!
¡Aquí arde una vela
que no apaga un ciclón!

Después, tiempo sin orillas, cuando conocíamos el camino que une las barracas a las plantaciones y las plantaciones a la muerte, sin avisarnos, nos embarcan para tierra firme. Comenzamos a comprender que no nos dejarían libres un solo momento: la fuga ya es un largo camino en nuestras mentes.

En la corta travesía de las islas al continente aunque nos retenían menos tiempo en las bodegas y nos sacan a cubierta para que respiráramos el sol, los rejos atajaban nuestros pasos y las escopetas no dejan de apuntarnos. Poco nos agradaba masticar el idioma de la loba blanca pero adivinamos que es un portillo indispensable para escapar. Necesitaremos conocer lo que nos dice, lo que pensaba de nosotros cuando nos escupe o cree que no la escuchamos. En la cargazón hay jóvenes ekobios de Guinea, Benin y Angola que hablan lenguas que tampoco entendemos.

Así, entre silencios y gritos una mañana descubrimos la tierra que nos esperaba desde hace siglos. Pensamos, ingenuamente, que era el fin de nuestro viaje cuando apenas es el comienzo de nuestra muerte. Muchos años después supe que este puerto se llama Norfolk. Otra vez la misma angustiada subasta. Nos miden los dientes y sopesaban nuestros testes para uncirnos a las cadenas. Antes de que nos separen, las ekobias muestran a sus pequeños hijos las caras de sus padres por si volvían a encontrarse.

Callados, sombras que hablan con los párpados dormidos, los indios rondaban el muelle. Se agrupan bajo los árboles de la plaza, junto a los caballos, en la puerta de los almacenes. Temerosos de que les roben sus mujeres, los varones las agarran por las muñecas. Veo

ancianos indios de ojos azules y pelo rojo; jovencitas con la misma untura de mi piel que llevan plumas de pájaros en sus trenzas.

Nos separan a golpes, unos para escaldar lana y algodón en New England; otros llevados a las plantaciones de Virginia. Mi columna marchará hacia los lagos y praderas de los seminolas en Georgia. Las noches me hacen recordar otras que he visto en África con los ojos de mis abuelos. El viento traía ruidos de tambores y me revuelco en la tierra calurosa como si una mujer hubiera dormido sobre ella. Muy de madrugada, antes de que los perros nos gruñan, el anciano Ngafúa nos despertará con su violín. Se cubre con un sombrero de copa y una casaca polvorienta que no se quitará ni cuando crucemos los desiertos. Repite una antigua epopeya que cantaba en el Dahomey:

¡A ti me dirijo
Maghan Sundjata!
Te hablo rey mandinga,
sombra amplia
donde se recogen los desposeídos
los reinos, los imperios destruidos
por la loba blanca.
¿Seremos los únicos
en morir lejos de tu sombra?

Adelantándose a la columna, provistos de escopetas, los rastreadores blancos se perdían por los bosques para regresar con los caballos cansados. A sus gritos las carretas se detienen o cruzaban ríos resecos por el verano. Detrás marchábamos el grueso de los ekobios transportando las cajas con azadones y picas, los barriles de pólvora y el cargamento de baúles. Siempre que encontramos alguna

pozeta de agua, se descansaba por dos o tres días. Los exploradores se suben a las colinas para mirar y mirar los horizontes. Mi olfato bisoño no conseguía alertarme con aquellos movimientos. Más me preocuparán sus mujeres bañándose en las charcas, mostrándonos las nalgas blancas, los pesados senos temblándoles. Algunos de nuestros ekobios se masturbaban y otros, en las noches, sobaban los lomos de las yeguas. Pero nuestra mayor preocupación son algunas jóvenes indias que se acercan y huían. ¿Ilusiones? ¿Sueños? Por las noches las reclamábamos con aullidos pero solo nos responden los coyotes vagabundeando por la pradera.

Cuando acampamos cerca de algún poblado indio, los blancos entran en conversación con los caciques para intercambiar piezas de géneros y collares de vidrio por mazorcas de maíz y tabaco.

—Me llamo Zaka.

Reía la joven. Sus dientes duros se niegan a mordirme.

Otras veces la población india dejaba abandonados sus ranchos. Entonces los blancos no duermen apuntando con sus escopetas por donde llegará el viento con sus flechas. Al oscurecer revisaban nuestros grillos, sueltan los perros y dormirán con los caballos amarrados a las ruedas de sus carretas.

Poco a poco fui entendiendo lo que nos decía el viejo Ngafúa con su violín:

Cuando se juntan
el seminola
y el negro,
el hombre blanco
el hombre blanco
pierde el sueño.

He necesitado muchas noches largas con largos despertares, para recuperar la memoria real de estos años de domesticación. Quiero identificar el verdadero soul del ancestro que succioné de mi madre la primera vez que mamé de su seno. Nochesdías de rememoración desde el tiempo en que mi padrastro me trajo a Lawrence. Las cicatrices de aquellos primeros pasos me quedaron grabadas porque no creo que otra niña negra americana hubiera vivido la insólita historia de sentirse «hija» de un blanco que nunca la engendró. El reverendo Robert es tan puritano que no puede decir, ni para mentira, que yo sea realmente su propia hija. Por ejemplo, a modo de fábula, afirmar que soy el fruto bastardo de sus relaciones pecaminosas con una liberta de Atlanta. No. Sencillamente revela: «Esta es mi hija Agne», y me echaba por delante con mi cara negra y mis cabellos motudos. Nadie de los que te ven pasar al lado del reverendo Robert por las calles de Lawrence, piensa: «Eh, ahí va la hija del linchado Timothy Brown». Tampoco vuelves a oír que te llamen la «huérfana», recordándote que una vez tuviste una madre que al peinarte cantaba aquella canción:

¿Cuánto hace?
¿Cuánto hace
que se fue el tren de la tarde?
¿Cuánto hace?
¿Cuánto hace, linda,
cuánto hace?

Todo cuanto recuerdo no es más que la memoria prestada, el doloroso proceso por el cual me fui convirtiendo en blanca sin que mi piel se me haya aclarado. Tú no eres el caso común de los mulatos que se han desteñido gradualmente a través de dos o tres generaciones en las que siempre hubo una negra, abuela o madre que se

acostara sin amor con un blanco. Uniones de frío interés descolorizante. Por esa noche nace una mancha blanca en la piel a la que nunca se puede llamar «padre». Tu caso no es ese, Agne. Tienes que recordar todo. ¿Cómo fue eso de que de la noche a la mañana borrarán tu pasado africano con solo tomar el tren en Atlanta sobre la rodilla de tu padrastro, al lado de tu «hermana» Susan? Esa sí su verdadera hija. La difunta Laura, su esposa, la tuvo en su único parto. Y ahora con sus dos huérfanas, la blanca y la negra, el reverendo Robert viaja en el furgón reservado a la gente de tu color. Asomada a la ventanilla observas cómo desfilan veloces las chozas de los cultivadores de tabaco como aquella en donde ahorcaron a tu padre. De esta manera casi sin darte cuenta vas rodando de la negritud a la blancura con solo estarte quieta sobre las rodillas del reverendo. Así me escapé de sur a norte en un tren que alborotaba los patios, que sigue siempre al norte y que atravesará los interminables caminos de tabaco hasta dejarme en la estación de Lawrence. «Ahora iremos a casa de vuestra tía Harriet». Y los blancos te miran descender del furgón reservado a los negros, prendida de la mano de un pastor loco, que en la otra arrastra a su propia hija rubia. El ekobio que recogió el equipaje anda delante y de vez en cuando se detenía con las maletas al hombro para mirar si es verdad que lo siguen seres reales o fantasmas. Te observaba una y otra vez sin que deje de caminar.

—Aquí vive la señora Harriet —dijo. Ni siquiera piensa en bajar las maletas—. Todos la conocen porque tiene la única lavandería del pueblo —hablaba sin cambiar las maletas de hombro—. Aquí trabajan muchas ekobias. Salen en grupo a lavar la ropa a las orillas del río. ¿Pero esta pequeña no sabrá enjuagar ni unos calzoncillos?

Tu padrastro no lo oye preocupado por tocar la campanilla. Susan, más decidida, golpeó ansiosa la puerta. En el interior un remedo de ladrido denuncia a un perro gangoso.

—Baja las maletas. Aquí tienes.

El ekobio extiende la mano y agarró las monedas con apresuramiento pero no baja las maletas. Estaba pendiente de la negrita vestida con traje blanco al lado de esa otra cabecita roja. La risa, algo más que risa le cosquilleaba los labios. Tú no puedes imaginarte Agne Brown, lo que muerde a ese ekobio porque entonces te estabas acostumbrando a sentirte la hija de un blanco. Se abrió la puerta y aparece la tía Harriet. La recuerdo con su cara de trapo blanco en la cual alguien pintó una cereza roja para indicar sus labios apretados. Se asomó indiferente como quien recibe una visita que no se espera y de súbito abrió la boca al reconocer a su hermano. Se le abalanzó sobre los hombros y lo besa dando quejidos. Tú no podías advertirlo pero todos aquellos gritos eran la demostración jubilosa de una mujer sola que encuentra a alguien en quien depositar una soledad envejecida.

—¿Y esta preciosa criatura es mi sobrina Susan?

Se inclina y le acarició la cara con ambas manos, besándola en la frente. El ekobio permanece allí con sus maletas al hombro. El reverendo estaba igualmente emocionado de reencontrar a su hermana Harriet a quien había dejado años atrás en Indiana, porque los Robert no son de Kansas, vinieron de más arriba y ahora se reúnen en Lawrence tras recorrer distintos caminos. Ella se casó con el sargento Hopkin, quien al marchar a la guerra le había dejado tres hijos. La mayor, Helen, se va con un newyorkino fabricante de tijeras. No sabía sino de aceros y los robles y las flores de Bloomington no cambiaron sus sueños de industrial. La menor se escapó al oeste. Transitan por allí mercaderes y aventureros que subían de New Orleans hasta Kansas City. Uno de ellos, en la algarabía del puerto, invita a Shelly a probar fortuna. La madre la llora pero no en voz alta porque se largaron sin bendición ninguna. Y el menor, ahora

debía andar por los veinte años, le acaba de escribir una carta de París, donde está concentrado después de haber sufrido una herida en el frente de guerra. La gran pena no es la herida sino que no ha dado con el padre. Imagínate, pues, si la tía Harriet no iba a estar gozosa de abrazar a su hermano Robert. No lo ve desde cuando se marchó como predicador igual que otros muchos yankis a cristianizar a los bárbaros sureños.

—Mi hija Agne.

El ekobio fue el primero en reaccionar abriendo los ojos. Ahora sí, presintiendo la tormenta, depositó las maletas en el suelo. La tía Harriet vuelve la vista sobre mi insignificante presencia. Me había visto. Pero eras algo así como si no existieras. La palabra «hija» en los labios de su hermano la sacudió mucho más que al maletero.

—Sí tía Harriet, soy Agne.

Te mira con los ojos tan abiertos que te dejaste engullir sin parpadear. Entonces, cuando pudo eructar el primer asco de aquella sorpresa, reparó en el rostro sonriente, satisfecho, de su hermano Robert. Sus mejillas pierden color pero su furia no se dirigió contra mí que estaba entre alegre y sorprendida sino sobre el maletero.

—¡Retírate!

Ceremoniosamente se llevó las manos a la gorra, tarareando, bailando en la punta de sus pies descalzos. Baja los escalones con un silbido que paladeaba la más jugosa noticia para el corrillo de los lavaderos de la señora Harriet en la orilla del Kansas.

—Entra, ya vendrán por las maletas.

Puso la mano sobre el hombro de mi padrastro y trata de introducirlo con Susan, separándoles de mi lado. Mi padrastro se resistió. Tú no alcanzas a penetrar esta tensión que ha surgido de golpe entre la tía Harriet y su hermano por culpa de la palabreja «hija». Por instinto soltaste la mano del reverendo. Revivías los

temores sufridos por alguien, distantes y oscuros sentimientos de inseguridad. ¿Lo recuerdas ahora? Todavía mi domesticación de niña blanqueada no me permite rememorar aquellas reacciones. ¿Recuerdas que no supiste si continuar pegada a la mano de tu padrastro o echar a correr detrás del ekobio maletero? Ciertamente lo he olvidado. ¡Ah! Solo rememoras el deslizamiento, lo que en ese instante y desde entonces constituyó una alianza interesada con tu padrastro. Era muy niña para juzgar las cosas como puedo hacerlo ahora cuando Legba me señala con su signo. El reverendo te sujetó con tanta fuerza que cuando su hermana lo empujó para que entrara, te arrastra con él. Entonces oigo de nuevo gruñir al viejo perro y conozco la verdadera voz de mi tía Harriet.

—¡Deja a esa negra! Las muchachas del servicio se ocuparán de señalarle su lugar.

El reverendo o tu padrastro era un liberal de verdad o es un predicador testarudo dispuesto a arriesgarlo todo con tal de salvar un alma de las garras del Diablo.

—Harriet, esta es mi hija. Entiéndelo antes de que yo dé un paso adelante.

Se echó sobre el primer sofá para no hacer la escena ridícula de desplomarse en el suelo. Se lleva la mano a la cara y aun por entre sus dedos puedo ver la imagen que no ha podido borrarse de mi memoria blanqueada. La tía Harriet se retorció ante la insensatez de su hermano Robert, el único pariente que regresaba a su lado en tantos años de soledad. Y ese hermano por mi presencia se torna indeseable. No necesitó una palabra más. El reverendo comprende cuál debía ser su actitud si en verdad persistía en continuar siendo tu padrastro. Se inclina sobre ti y te levantó en sus brazos. Mi hermana Susan mira consternada a la tía Harriet sin entender cómo su alegría pudo diluirse en un prolongado llanto. Tú tampoco dejabas

de observar su cara gimoteante. No siento por la tía ningún odio cuando mi padrastro cierra la puerta suavemente. Lo inesperado —¡qué grato es rememorarlo ahora!— fue encontrar al ekobio allí esperándonos. Sin que tu padrastro le dijera nada, recogió las maletas y le pregunta:

—¿Vamos al hotel?

El reverendo lo siguió calladamente, sujetando a sus dos hijas de las manos.

Ahora recuerdo la tonada del ekobio que tenía la misma cadencia maliciosa de mi padre siempre que sobaba la espalda a la hermana de Harry.

La ekobia se asoma con los labios caídos y abultados. Sus muchos años habían vencido los músculos, pero al advertir la presencia de un blanco frente a su puerta, tuvo suficientes escrúpulos para arrugar la nariz. Decido ponerla en guardia con la luz de mis cien ojos.

—La señora Dorothy Wright...

—Si le interesa, sepa que está hablando con ella.

—No quiero incomodarla... soy agente al servicio del juzgado penal del sector.

—Nada debo a la justicia de los blancos.

—Tengo entendido que usted fue una de las sorprendidas en el local donde operaba el llamado Culto de las Sombras.

—Precisamente fue allí donde vi su cara. Ya me decía yo que no me era desconocida. ¿Pero qué quiere la Policía de nosotros? Muy pronto tendrán que soltar a nuestra Agne. Ustedes los blancos no entenderán nunca los sentimientos nobles que inspiran nuestro culto.

—Si me lo permite... me agradecerá recoger algunos datos sobre su «secta».

—Que yo sepa, aún no se ha decidido aceptar en nuestra religión a ningún blanco.

El agente persistía en sonreírle.

—Tengo orden del juez para indagarla respecto a las actividades de la señora Brown.

Estuvo husmeándole el olor a todos sus gestos. El detective echa una mirada general. Varias láminas adornaban la pared del fondo. En el lado opuesto se destaca la fotografía de un anciano sin corbata. Tengo la impresión de que era la única imagen que nuestra ekobia había podido enmarcar. El funcionario se acerca a mirarla.

—Ese es mi abuelo, linchado por ustedes en Louisiana. Se llevó los lentes a la cara, sentándose lo más lejos que pudo del policía.

—¿Desde cuándo conoció a la señora Brown?

—Creo, si no me equivoco, que fue en la quinta o sexta vida anterior.

Sacó una libreta y sin aparentar extrañeza anotó algo en ella.

—¿Qué tiempo hace que ingresó a la «secta»?

—Desde que tuve el primero de mis hijos. Su kulonda fue sembrado por un antepasado bakota, tres mil años antes que usted naciera.

—Pero según datos recogidos por nosotros, la «secta» solo tiene unos seis meses de fundada.

Sus muchos siglos le hacían sentirse segura en los estrechos marcos de aquella habitación donde había vivido desde que se casara. En la alcoba interior dio a la luz a sus cinco hijos y ahí mismo en la sala veló al mayor cuando fue muerto por la Policía durante la hambruna del treinta que sacudió a Harlem.

—Para su conocimiento, nuestra religión es más antigua que la suya. Antes de que Cristo fuera bautizado en el Jordán, los

fundadores de nuestro culto se bañaban en ceremonias sagradas en las aguas del Níger.

—¿Tiene usted algún carné que la identifique como correligionaria?

—Mis cinco hijos. Sin la gracia de Changó no habrían nacido mis antepasados, ni mis hijos, ni yo misma. La evidencia de que pertenezco a la gran familia de los hombres creados por Odumare es que estoy viva. Este es el único requisito para pertenecer a nuestra religión: todo el que haya nacido tiene posibilidad de eternizarse al lado de sus ancestros.

Sin mostrar desconcierto, continuó llenando su libreta. La aparente falta de lógica y la prontitud con que le respondía la mujer desbarata el hilo de su pesquisa. Trató de romper su cáscara:

—¿Practica usted la poligamia?

La pregunta le produjo un revulsivo gesto de hilaridad.

—Desde luego que sí. Todas las ekobias del culto somos concubinas de Changó y hemos sido embarazadas por él, no una vez, sino muchas.

—¿Cree usted en la posibilidad de ese embarazo por artes de un dios fantasma?

—No es nada nuevo. La Santa Biblia cuenta que la Virgen María fue empuñada por el mismo procedimiento.

Un poco de saliva recorrió la garganta del policía sin que pudiera humedecerla.

—¿Podría explicarme cuál es el procedimiento?

—Muy sencillo. Uno se acuesta con un hombre y si el dios Changó bendice la unión, le engendra un hijo. Eso es todo. Así lo cuentan también las Sagradas Escrituras.

—¿Entonces su «secta» niega que los padres engendren a sus hijos?

—Sólo Changó puede decidir sobre la vida y el número de hijos que posean los mortales.

Optó por terminar su interrogatorio, llevándose la libreta al bolsillo en un gesto de deplorable incompreensión. La ekobia se apresura a abrirle la puerta. El detective avanzó pero se detiene. Una nueva idea vino a remover su olfato.

—Todo parece confirmar que la señora Brown tendrá que pagar una larga condena por proxenetismo y prostitución. Por otra parte el local de la «secta» ha sido clausurado y será poco probable que se le conceda licencia de funcionamiento. En consideración a tales hechos, ¿podría usted decirme cuál será la suerte de su «secta»?

La ekobia se acerca todo lo que pudo al detective, empujándolo con su aliento.

—Nos estamos reuniendo desde esa misma noche en el número 325 East de la Calle 147. No somos catecúmenos para sumergirnos en las cloacas de la ciudad. Nuestra religión crecerá en América y el mundo y no serán ustedes quienes puedan impedir que nuestros ancestros, africanos y americanos, nos unan, fortalezcan y aleccionen en la lucha por liberar a la humanidad de la demencia de la loba blanca. ¡Mandato de Changó!

—¡Desnúdate!

No era la única ni la más deprimente humillación que he sufrido desde que me detuvieron. La carcelera se planta frente a mí con las tijeras en la mano. En una pequeña mesa está el uniforme gris. Antes esculcó mis ropas en busca de armas. Se mantiene firme con las tijeras empuñadas. La violencia de sus doscientos kilos se acrecienta con el uniforme que la distingue como superiora de las gendarmes. El gorro ladeado y la banderola de cuero de donde le cuelga la pistola. Con movimientos lentos soltó los botones de mi blusa. No insinuó ningún temor. Rodaron la falda y el pantalón a lo largo de mis piernas. Vacilo entre taparme el sexo con las

manos o cubrir el símbolo de Legba entre los senos. La carcelera no pudo reprimirse y descompuso su cara blanca con una carcajada. Al oírla, me sorprendí de que pueda reír. Me mantengo erguida en el banquillo mientras tijereteaba mis cabellos. Crucé las manos sobre los senos y al rozar la mácula compruebo que las culebras se retuercen.

—Ya le he visto ese tatuaje. Ustedes las prostitutas tienen unas ocurrencias...

Sustituyó las tijeras por la navaja y corta al rape la raíz de mis cabellos. Me alzo aún más manteniendo firmes los hombros. Las serpientes se revolían mientras las hebras ensortijadas caen sobre mi cuerpo.

—Me imagino que debes estar deseosa de mirarte a un espejo. Aprietas los dientes y finges que te importa un bledo que te rasure. Pero yo sé que te revientas. Algo misterioso tiene el cabello, todas las mujerzuelas que traen aquí se vuelven histéricas cuando se les corta. Pero contigo no he necesitado ayudante. Tomas las cosas con paciencia.

Me entrega el uniforme de presidiaria. Una blusa de dril azul apenas con una abertura para colgarla del cuello. El número 999999. Supe al verlo que es la edad exacta de mi más remoto ancestro. El uniforme permitía que me desplazara con amplitud como si realmente estuviera desnuda. En vez de palparme la cabeza rapada como lo espera mi carcelera, preferí aplacar las serpientes de Legba oprimiendo mis senos bajo el uniforme de carcelaria.

—Hasta las rameras tienen su momento en que se sienten orgullosas por su hijo aunque no sepan quién haya sido el padre.

Las ekobias detrás de las rejas dirigieron contra mí su frustrada rebeldía.

—¡Ahora sí estarás convencida de que no fue el Espíritu Santo quien te embarazó!

Otras veces había estado aquí frente a esas rejas predicando resignación y ahora comprendo cuán poco útiles debieron resultarle mis palabras.

Penetro los muros y pude ver que me esperaba en la sala de visitas. Encogido sobre sí mismo, el largo cuerpo de Malcolm X se reducía a una aparente insignificancia. Las gafas redondas cubren la mayor parte de su cara. ¿Quién lo ha enviado? Esta situación ambivalente de poder mirar más allá de las paredes y no penetrar las motivaciones de ciertos hechos me desconcertaba. Legba se resistía a abrirme sus cien párpados.

—¿No se ha enterado de lo que publica hoy la prensa? Mire, aquí tengo uno de los muchos periódicos que dan la noticia de su caso en la página roja, pero estamos dispuestos a hacer de ello un escándalo.

Recogí el periódico y leo la información que había marcado con lápiz rojo.

«Predicadora de un nuevo culto detenida por prostitución. La señorita Agne Brown, antropóloga de la Universidad de Columbia, convicta de practicar públicamente la poliandria. No se sabe si se trata de un novedoso sistema de prostitución o de una depravación mística. En su culto la Calle 145 de Harlem, se hallaron pruebas evidentes de proxenetismo. Ha sido encarcelada».

—¡Canallas! Para ocultar su crimen se me encalaboza y acusa de depravada sexual. Es cuanto los blancos pueden comprender del vitalismo africano.

—Todo saldrá bien. He solicitado autorización al Honorable Maestro, tu servidor y apóstol para encargarme del caso. La referencia que tenemos de tu vida, estudios y activismo social son excelentes. Nuestra conclusión es que has sido vilmente aprovechada por el Demonio Blanco. Al enterarse de que tomas conciencia de tu raza y te resistes a continuar siendo un instrumento contra ella,

contra tus hermanos negros, han decidido hundirte en esta cárcel de prostitutas.

Transpiraba un rencoroso aliento. El delgado y ensortijado alambre de su cuerpo toma temple y resonancia en la medida en que hablaba.

—Veo poco probable que puedan ayudarme. Tengo serias discrepancias sobre las ideas que predica la nación de Islam porque soy enemiga de la segregación.

No era polvo que se deje arrastrar por el viento. Se le incendió la voz como lo hacía en sus prédicas callejeras:

—No hay que olvidar el crimen cometido contra el hombre negro por la loba que se llama cristiana. Alá ha dado al Honorable Maestro una espada de dos filos para cortar el Diablo Blanco que se ha incrustado en nuestra mente.

Me puse a andar en derredor de la butaca. Del otro lado de la reja, la carcelera alarga su vista pero sus ojos no podían reflejar nuestras imágenes ni sus oídos seguir el eco de nuestras palabras.

Primero me enceguecieron los lampazos y después, retardados, escucho los disparos. Venían del futuro. Alcancé a ver que Malcolm X se lleva la mano al pecho, desplomándose sobre el charco de sangre que ya lo esperaba en el piso del gran auditorio. Pero antes de que su cuerpo se desangre, rápidamente se reincorporó y sin despedirse, como si recordara una cita olvidada, pidió a mi carcelera que le abra la reja.

—Ahora, Agne Brown, a tu ancestro Zaka, lo llaman Oreja Mocha, pero soy el mismo ekobio que trajeron de las islas del mar de las Carolinas.

A unos cuantos nos dejan en la ciudad donde los nuevos amos franceses nos hundirán en el sótano de una fábrica de ron. Tenían

miedo de que el sol que se pasea por las calles de New Orleans nos acicateara el deseo de la fuga. Los demás, doscientos ochenta, los condujeron a las plantaciones de caña. Nos gritaban en una lengua distinta a la de los antiguos dueños de las Islas Vírgenes, pero les entendemos: es el mismo ladrido de la loba blanca. Aquí en la destilería somos más de cuatrocientos descamisados, derritiéndonos con las fogatas de las grandes pailas que nos impiden distinguir la noche de los días. Apenas el repetido canto de los gallos nos hace soñar con amaneceres. Los oídos húmedos, la piel mojada, siempre nadando en los vapores del ron sin que nos dejen probarlo. Por eso, tal vez, nuestra primera fuga terminó en una deplorable borrachera.

Solo tres meses después nos sacan para que miremos las calles de New Orleans. ¡Así debió ser el Tumbuctú de nuestros emperadores mandingas! Mansiones, perros, coches tirados por enormes caballos y el remolino del muntu. Pero a mí solo me importaban los ekobios. Abundan tantos como en Cacheo. Sujetos por las cadenas, vigilados por el capataz, semidesnudos. Me sorprende que solo hablen la lengua extraña de los amos. Algunos de ellos vestidos con casacas, polainas y largos sombreros nos miraban con desprecio desde el alto puesto que ocupan en los coches detrás de la grupa de sus caballos. Aquella misma tarde, cuando nos sepultan de nuevo en los oscuros sótanos de la fábrica, comuniqué a tres de mis ekobios el plan de fuga que solo logramos realizar un año más tarde. Contábamos con uno de los botes de la compañía, tres palancas, dos remos y la vía ancha del Mississippi. Todo hubiese salido bien si a última hora no agregamos a la cuenta una garrafa de ron. Dos días después, mientras nos reponíamos de la borrachera bajo la maraña de un pantano, nos descubren por el tufo de la garrafa que habíamos dejado destapada.

Viajábamos en la fantasía de la embriaguez, libres, hijo de Oya nadando en las aguas del Níger cuando realmente nos regresan a las calles de New Orleans. Los guardias nos arreaban a culatazos pero aún delirantes, confundíamos sus quepis con las coronas de fuego de los ancestros protectores. Detrás, persiguiéndonos, la jauría de perros lame la sangre que dejaban nuestros pasos. Ya en mitad de la plaza, entre el coro de los ekobios que cantaban viejas canciones de sacrificio, a cada uno de los fugitivos nos cortan una oreja.

... Pero conocimos la morada de los manatíes y cocodrilos en el Gran Mississippi. Cubiertos por las ramazones desde el oculto pantano veíamos correr sus aguas turbias y profundas. La siguiente noche nos arriesgamos a cruzar la corriente. Cada golpe de remo nos aleja del amo, pero también, sin saberlo, cada paso nos acercaba a la esclavitud. ¡La cárcel de la loba no tiene límites!

Todavía con la herida abierta de la oreja arrancada me compra un negrero que revendía esclavos en Clarksdale. Pagó poco debido a mi oído agusanado pero se cuida mucho de argollarme con doble cadena. Otra vez vuelvo a ocupar mi puesto en la barcaza de negros cazados en el Gambia, tiempos idos, tiempos renovados. El canto, la lluviasudor y el rebenque que desmaya el músculo:

El río es un camino

el río es un camino.

¡Mississippi!

El río es un camino

sin cabeza y sin cola.

¡Mississippi!

Te mido por mis penas

largo camino de sangre

sin cabeza y sin cola.

Quienes denigran de mí, Booker T. Washington, porque un día almorcé con el presidente de los Estados Unidos en la Casa Blanca; por haber visitado a la reina Victoria en su palacio de Windsor y admitido títulos honoríficos de la Universidad de Harvard, esos han olvidado de ex profeso que soy hijo de una esclava. Antes de cumplir los cuatro años de edad ya era recolector de sal en las minas de mi propio padre, en Saltville.

Después, un tanto avergonzado de que su pequeño hijo trabaje en alquiler como otros muchos de sus esclavos, mi padre decidió señalar tareas domésticas a mi madre y a mí en la gran casona de su plantación. Desde entonces tengo la dura experiencia de conocer el «lugar» del negro en la sociedad sureña.

Siempre miré a mi padre con la doble distancia del amo y del blanco. Raras veces, en las muchas que cruzó a mi lado en el patio, en las bodegas, en los campos de recolección, en la cocina, dirige sobre mí una mirada de afecto. Yo era apenas el mal recuerdo de unas horas de lujuria. Mi madre, siempre que lo encuentra, baja la cabeza, obediente, sumisa, como esa noche en que le sembró sin caricias la semilla de mi vida. Nunca escuché de ella un reproche por aquella violación. Es posible que en esta actitud materna se pueda desenterrar el porqué de mi carencia de odios hacia los blancos.

En la casa del «padre amo» estuve cerca de todas aquellas cosas que había mirado desde la barraca donde nos hacinábamos los esclavos. La rueda de los coches, los aldabones de cobre, los grandes espejos, los relojes con su oculto corazón golpeando la oscuridad.

Anoche, mientras dormía entre cajones de gallinas ponedoras, veo que se acerca un anciano alumbrándose con la lámpara de sus ojos. Vestía un largo sayón de cenizas, el mismo con que habían enterrado a mi abuelo después de que una mula lo pateara en el cobertizo. Me dijo que se llama Ngafúa, caminante de los tiempos.

—Ha llegado el momento en que dejéis de ser meros sembradores de granos y criadores de cerdos. Volved a reconquistar los conocimientos acumulados por nuestros sabios en las universidades y cortes imperiales del antiguo Níger.

Conté a mi madre las andanzas recorridas con la sombra de mi abuelo. Entonces me asegura que no son fantasías:

—Realmente existen tales universidades y escuelas en Hampton.

Los mapas dejaron de ser simples hojas de papel para convertirse en brújulas que me señalan ciudades y caminos donde habitaban otros hombres. Supe hacia qué lugares se dirigían los coches y de dónde llegan todos los veranos las golondrinas.

Los primeros dineros para el viaje los gano como cochero de una granja.

¿Cuántas veces no pensé en dirigir la carreta hacia Hampton para matricularme en el Instituto de Artes y Oficios del general Samuel Chapman Armstrong?

Con desazón sospecho que mi escaso salario no me permitiría acumular rápidamente el valor del pasaje. Enterados de mis propósitos, los ancianos del pueblo me regalan peniques, níqueles y monedas de veinticinco centavos. Pero fueron los quince años los que me hicieron rico. Tengo la suficiente valentía para lanzarme a la aventura con unos cuantos dólares en el bolsillo, una brocha de pintor y mis fuertes piernas para caminar.

Cuando llegué a la puerta del Instituto, compruebo que no había sido un sueño la visita del viejo Ngafúa. Pero también supe que mi vida es un eslabón ligado a los difuntos y vivos que me habían ayudado con sus limosnas. Esta conciencia me obliga a volver a mi pueblecito natal cuando nada nuevo tenía que aprender en Hampton. Durante muchos años soy el único maestro de madres que aprenden en las mismas cartillas de sus hijos; enseño a las muchachas

casaderas que arrastraban a sus novios a las bancas de la escuela. Otros dejan a la entrada sus azadones y con las manos sucias de barro ensayaban con dificultad el manejo de los lápices. Sin embargo, son los ancianos los que más me sorprenden: sus deseos de aprender superaban los míos... hasta aquella tarde en que se apostó frente a la escuela la diligencia del correo. En las letras del sobre reconozco la escritura del general Armstrong. En Hampton me esperaban sesenta indios cheroquíes recién llegados al Instituto. Apenas era un simple supervisor del dormitorio, pero desde el primer instante me afano para que esas noches se conviertan en horas de desvelo para los indígenas. Supe entonces que el hambre de conocimiento es propia de todas las razas.

No obstante, Agne Brown, desde mi sepultura quiero reconocer lo extraviado de mis propósitos cuando pretendí educar a los libertos en técnicas que ya habían sido superadas. Ansioso por redimirlos del trabajo rústico que yo mismo había practicado durante la esclavitud, no advierto que nos resignábamos a continuar siendo los fogoneros de la nueva sociedad industrial. La dolorosa situación de los ekobios hambrientos fue lo que me llevó a decir, y no me arrepiento de ello, que «más les valía ganarse un dólar en una fábrica que poseer la libertad de gastarlo en la ópera».

Mis palabras no fueron, como muchos lo piensan, inspiradas por el desprecio que nunca tuve por la educación académica. Después de mis polémicas con Du Bois y otros ekobios intelectuales, en mis madrugadas sin sueño regresaba a las aguas del Níger en busca de la olvidada sabiduría de los ancestros. Una noche me hallaba dialogando con el abuelo Ngafúa cuando me llega la invitación que me hicieran un banquero blanco y un mecánico negro de Alabama para que enseñara en una pequeña escuelita de Tuskegee. Sentada a orillas del lago Chad, la sombra abuelo construyó con arena las futuras

máquinas del muntu. Y luego, sin agregar una palabra, las borra con un puñado de arena. Comprendo. La escolita de Tuskegee sería apenas un comienzo.

Los alumnos me esperaban sentados en el suelo. Los niños permanecen descamisados y muchos adultos ni siquiera tenían zapatos. La escuela estaba tan destartada que cuando llueve debo abrir mi paraguas para proteger las páginas del libro con que enseño.

Fue entonces, cuando soñando, sueño construir con mis alumnos un nuevo edificio. Con las manos y rostros enlodados comenzamos por improvisar nuestras propias herramientas. Alumbrándonos con mechones encendidos pudimos atar los días a las noches. Pronto nuestro esfuerzo contaminó a todos los ekobios de Tuskegee. En los hornos de las cocinas se asan ladrillos; las mujeres preparaban caldo para los estudiantes y una anciana nos trajo cuanto tiene: los seis huevos puestos por su única gallina.

Se afirmaban los cimientos, se levantan las paredes y un día nos sorprendemos de encontrarnos sobre el techo. Nunca más la lluvia mojó nuestros libros.

Agne Brown, para valorar lo positivo o nefasto de mi obra es necesario que tu vista se extienda en la profundidad del tiempo. Así podrás distinguir al ekobio Daniel Hale Williams disponiéndose a repetir la hazaña sólo antes lograda por los cirujanos del antiguo Egipto: abrir y suturar el corazón de un paciente vivo. Verás en el viejo instituto en Tuskegee al profesor George Washington Carver alimentando con savia sintética las raíces de los cafetos. ¡Oye! El joven Granville Woods te transmite la primera señal inalámbrica desde un tren en movimiento.

Ningún artilugio visto o soñado está vedado a la inteligencia del muntu. Ninguna otra raza, ningún otro pueblo, con herramientas o sin ellas ha podido sobrevivir bajo las peores inclemencias e

injusticias, a los poderes más despóticos, a la opresión más desculturizadora. Entonces, cualquier tarea que nos propongamos podrá ser cumplida heroicamente. Se trata solo de encontrar la técnica, la oportunidad, el procedimiento para homologar y dirigir a nuestro pueblo en la construcción de su propio destino.

Con los primeros soles de agosto advierto que la sombra invisible de Legba me acompaña. Al despertar de los largos insomnios, los músculos tensos, dolorosos, confirmaban con indudable certeza que he desandado muchos pasos en lo más íntimo de mí misma.

No te ocultes bajo la falsa máscara negra que ciñeron a tu rostro como otra carimba de propiedad. Afíanzate en lo profundamente vivo, inmemorial de tus ancestros.

Por dos veces me muerdo la punta de la lengua para cerciorarme de que realmente no estoy aquí. El reloj marca las veintidosquince. El taxi se detuvo un instante antes de dejar la Avenida de Broadway. Ahora con el semáforo libre, dobla la esquina. La caldera de Harlem hierve a pesar de la noche. Los ekobios ablandados por el calor aflojan la cuerda de su ritmo. Largo rato después recuerdo que no he revelado la dirección al chofer. Solo entonces comprendiste que viajas compulsada por fuerzas que navegan hacia un futuro cuyo destino se encuentra en tu propio pasado. Observo al conductor y su cara se me pierde en los recuerdos. Lo has visto con los brazos abiertos señalándote otros caminos. Uniformado, alto, fornido. Sí, aquel gendarme de tránsito que me indicara el lugar donde vive Joe. No obstante, sin mover los labios, te habló con el acento del tío Anton:

—Hemos sido violentamente arrancados de África y esparcidos por el mundo. Sufrimos la opresión donde quiera que nos han arrojado, pero lo que jamás logrará la loba es que ningún negro pierda la fe en sí mismo.

Nos detuvimos. En este edificio, frente a esa puerta, habías estado preguntando por Joe. Buscas a los niños que te rodearon al pie de la escalera. La quinceañera te guiña el ojo con la malicia de una vieja prostituta. Yo sé que la miro aunque realmente su falsa presencia apenas sea una sombra. Te sobrecogió el temor de aquella visita. Observas hacia arriba por el retorcido alambre de la escalera esperando encontrar a la rubia que te arrebató la inocencia de Joe. Por primera vez escuchaste que te nombran:

—Agne Brown, los ancestros te esperan.

Ya habías decidido subir cuando allá abajo en la oscuridad del sótano la luz entreabrió la puerta. Nunca antes la habías visto, pero sabes que es la hermana Wright quien te alumbró con su vieja lámpara. Tal vez porque su vestido negro te recuerda a la «tía» Ann, a quien siempre viste de luto con el eterno vestido de su viudez. Ahora rememoras con alegría que los intentos de tu padrastro por alejarte de la cocina no han ahogado el afán de chuparte los dedos después de comer los ponqués empapados en miel y leche que ella te preparaba.

—Por fin estás con nosotros. Te hemos esperado desde que tu abuela Sosa Illamba llevaba en su vientre la semilla del muntu.

Veintidostreinta. Verifico entonces que el tiempo de los vivos no corre parejo con el andar de las sombras. Dos ancianas animan un diálogo que venía prolongándose sin edad. Sojourner Truth abrazando su Biblia y Harriet Tubman con el fusil al hombro. Pasaste cerca de ellas preocupada de no rozarlas por temor a que se desmoronen. Miro alrededor buscando a alguien conocido. En el fondo la puerta de la sala permanece abierta. No puedo descubrir de qué punto procedía la luz que oscurece el recinto cuando el viejo Ngafúa apareció sonriente:

—Entra, esta es la casa de los ancestros que moran en ti, en mí, en la familia de los ekobios.

Se me hiela el respiro. En la estrecha alcoba, sin espacios ni paredes, tu cara se desdobra al reflejarse en los mil rostros de los ancestros. Sentados unos sobre otros, superpuestos, te bañan con sus miradas sin tiempo.

«Somos necesariamente la vida y la muerte».

La inscripción kush está grabada sobre el ataúd, pero la habías leído diez mil años atrás en un fragmento de arcilla encontrado bajo las arenas del lago Chad. En el cuarto antiguo persistía la invisible presencia de la hermana Wright frente al cadáver. Apoya su sombra sobre mi hombro para comunicarme su dolor:

—Mi hijo Malcolm, asesinado por la Policía el pasado agosto.

Aunque lo cubría el peso de los siete velos islámicos, escucho su voz:

—Aparta la luz oscura que ahora te enceguece y observa con la mirada clara de nosotros los difuntos.

Resbalas en la telaraña de los sueños y dudas de lo que oías aun en el supuesto caso de que puedas estar despierta. Desesperada persistes en acomodar tu visión a la luz que te inunda. Alcanzas a ver que el abuelo de la hermana Wright recobraba sus movimientos en el retrato pegado a la pared. Puso en orden sus bigotes y se abre el cuello de la camisa para mostrarme la sombra de la sogá.

—¡Linchado! —me dice amargamente la hermana. Habías olvidado la violencia de esa palabra. La muerte de un negro en la sogá de un blanco se te hizo natural, es parte de tu educación. Levantaste la cabeza y reencuentras a tu padre colgado de la viga. La claridad de la luna proyectaba su sombra sobre la pared. Pero no era un simple juego de reflejos, pues oyes claramente que remacha los clavos contra la viga. Me dijo que iríamos a vivir los dos solos bajo ese techo, aunque sabe que tarde o temprano lo colgarán. No me sorprenderá cuando lleguen las caterpillars a destruir nuestro rancho.

—Viviré aquí el resto de mi inmortalidad porque nadie puede desalojar un buzima del sitio donde expira.

Avanzaste hasta la puerta de la cocina donde te esperaba la «tía» Ann.

—Cuéntame, ¿en qué piensas? ¿Dime por dónde has andado, a quién veías y de qué hablaban?

Se sorprende de que puedas enhebrar tus sueños mientras te refiere muchas historias a la vez:

—Había una señora allá en Virginia que caminaba sin tener pies. Me decía nieta pero nunca pudo cargarme porque sus brazos eran enormes hojas de tabaco secas por el sol.

Reía y ríe, regocijándose en el remolino de sus propias carcajadas. Veintitrés horas. Precipitadamente, arrastrada por Legba, salgo corriendo a cumplir la cita que tengo concertada con los reporteros. Las sombras de Sojourner y Harriet permanecían imborradas por la luz del nuevo día.

El taxi te espera. Subiste y una vez en el interior, mirando en el espejo retrovisor el rostro del tío Anton, le dices secamente:

—Llévame a la cárcel.

Al instante te hierve el frío de las esposas sujetándote las muñecas. Siento una desolladura de siglos.

Las cámaras de los fotógrafos se acercaban tanto que tienes la impresión de que te hallas fuera de la celda.

—Seguramente se acogerá a la libertad de culto garantizada en nuestro país para justificar la poligamia que predica.

—No es necesario, aquí todas las religiones permiten que sus dioses sean polígamos y que las casadas declaren públicamente su adulterio declarándose sus concubinas.

Te vuelves más osada. Una invisible energía circunda tu pequeño cuerpo.

—La Policía afirma que en la casa de la hermana Wright han encontrado pruebas de proxenetismo.

—Efectivamente, nuestras mujeres cohabitan allí con Changó.

En Clarksdale llegaba gente sucia de todas partes. Negreros, cazadores de osos, fugitivos blancos escapados de las cárceles... y nosotros.

Me apartaron del grupo. Mi oreja invisible atrae la vista de los compradores. No sé cuánto pagó por mí pero llevo la cuenta de las patadas y puños que Johnson Robb descarga sobre mi cuerpo.

—¡Esta para que no te olvides!

—¡Esta para que despiertes!

—¡Esta para que no duermas!

Desde el primer golpe supe que está muerto. Primero le corté una oreja. Entonces descubrí que es sordo y que nunca oyó mis maldiciones. Luego por pedazos le voy rebanando los miembros, un corte por cada azote. Como tengo piedad de los chacales hambrientos dejaré el resto sin sepultura para que lo devoren esta noche.

Lo que te cuento sucedió un año después de que me encerró desnudo en una perrera con cuatro fieras que odiaban a los negros.

—Puedes largarte el día que te dé la gana porque por mucho que corras te alcanzarán. ¡Ya mis animales probaron tus carnes!

La cosa resultó fácil. Desde entonces sé que no solo debía asesinarle sino envenenar sus perros.

¡Miren, tengo que llegar
donde me esperan mis mulas!

¡Esta es Doy!

¡La otra Carry!

El surco hemos de arar
bien derecho

que lo siembre bien derecho
dice el amo
que lo siembre con mi sangre.
¡Miren, tengo que llegar
donde me esperan mis mulas!

Mi lomo y sus ancas
sus ancas y mi lomo,
son una llaga.
¡Esta es Doy!
¡La otra es Carry!
Una vieja y sola llaga
alimentando a los blancos
alimentando a Johnson Robb.

¡Miren tengo que llegar
donde me esperan mis mulas!

La una es tuerta de un ojo
la otra manca de una mano.
¡Esta es Doy!
¡La otra Carry!
Hemos abierto la fosa
ancho y profundo es el hoyo
hemos abierto la fosa
donde enterraremos a Johnson Robb.

En esta vez he decidido escaparme solo y sin garrafa de ron. No robaría de su despensa ni un solo grano, solo el veneno que tiene para matar lobos. Me servirá para envenenar los perros. Es el día

de la paga y el capataz se ha largado para Clarksdale. Johnson Robb nos deja cantar toda la tarde y a la medianoche nos quitó los instrumentos para obligarnos a dormir. Las vacas continuaron despiertas en el corral. El ojo abierto aunque sueñan que la noche les llena las ubres de leche. Dejó su lámpara encendida como lo hace siempre que se emborracha los sábados. Solo que esta noche se atragantará con su propia sangre. Duerme y no se da cuenta de su muerte. Esto es lo único que lamento, no se dio cuenta del cuchillo que le deja sin respiro. ¡Primero le corté las orejas y después, lo demás!

Agne Brown, el resto te lo he contado y para que no te olvides te lo repito. Soy Zaka, tu primer ancestro sepultado en estas tierras.

¡Esta es tu nueva casa! ¡Te la entrego para que la compartas con la loba blanca y no dejes que la destruya!

EN EL PASADO debió ser una alquería de las que se fueron fundando hacia el oeste a través de las antiguas tierras de los apaches. Entonces no tendría los tres pisos y el *penthouse*, ni sus alrededores limitados por muchas iglesias que tapan la pequeña colina en donde posteriormente se construirá la universidad. Pero ya Lawrence es paso obligado de aventureros y familias que viajaban con baúles, jaulas de pájaros, yerros, el jefe de la familia con el fusil cruzado sobre las piernas y la rienda de los caballos entre los dientes. Por aquí entró el grupo de sus fundadores. Miran las vegas del río Kansas previendo la conveniencia de una buena provisión de agua. Después decidieron quedarse allí a la sombra de los pinos salvajes. Fuese esto o lo otro, la casona es hoy fonda en donde llegaban a tomar los alimentos principalmente los empleados del Gobierno que trabajaban en la construcción de una fábrica de municiones. Gentes venidas de diferentes estados del centro de la Unión; algunos yankis que habían vivido muchos años en el sur y que después de la Guerra prefirieron rodarse más al norte porque se les tenía por espías del ejército de ocupación. Pasajeros ocasionales, comerciantes, predicadores, obreros, artistas y saltimbanquis que procedían de Kansas City, New Orleans y St. Louis Missouri. Ninguna huella dejan, salvo cuando constituían la familia de algún circo cuyos números de pista y acrobacias embobaban a los parroquianos. Mucho tiempo después de arrancada la carpa se les oía hablar de la cantante y la bailarina que durante las noches osaban presentarse en público sin faldas y con calzones de encajes ceñidos por debajo de las rodillas.

Mi padrastro, desde luego, me mantiene alejada de ellos. Sin embargo, al pasar los desfiles anunciando la función, asomada a la ventana yo alcanzo a mirar las caras pintadas de los payasos.

Un día, atraída por la banda de músicos que encabezaba el paso de las jaulas de leones y el lerdo caminar de los camellos, quise sumarme a la algarabía de los muchachos, aprovechando la ausencia de mi padrastro. Escaleras abajo salgo a la calle y me escurrí por entre las piernas de los blancos en el momento en que una cabalgata hacía sus piruetas. Al principio solo observé a los jinetes con su malla de lentejuelas, pero después, el palafrenero negro que sujetaba uno de los caballos me llenó de otra vida. «¡Tío!», exclamé tan fuerte que volvió su cara buscándome con el movimiento de cabeza con que solía llamarme mi padre. La rienda de la sangre me tira y escurriéndome por entre las piernas del señor Perkins, dejé atrás el ladrido del perro de la señora Rogers y consigo alcanzarlo. Marchaba atento al caracoleo de su caballo cuando me agarré de la mano que llevaba suelta. Me mira fijamente a los ojos como si de mucho antes me esperara, acogiéndome con la mayor suavidad con que podían apretar sus dedos. En un instante intercambiamos sueños y olvidos. Viejos encuentros de sangres. Y cuando me dejaba arrastrar de su fuego, mi padrastro alcanzó a desprenderme de su puño.

—Te dejas llevar fácilmente de la tentación. ¡Dios poderoso, dale un poco de calma a su sangre...!

Aún delirante por aquel reencuentro con mi tío Anton creo que escuché la palabra «negra» que mi padrastro no alcanzó a proferir. Me revuelco entre sus brazos y le golpeaba el pecho mientras la mano en alto del palafrenero se despedía a lo lejos con su sombrero de copa.

Ardían algunos escombros. El reverendo Robert, tu padrastro, mostró a los fotógrafos el púlpito carbonizado en donde tantas

veces predicaste que el hambre y la miseria son brasas del Señor para probar la resignación de los negros.

—Mi hija fue tentada por el Demonio en ese lugar cuando leía la Sagrada Biblia.

Dos ancianas polacas, cubiertas las cabezas con velos oscuros, afirmaban que te conocen de pequeña aun cuando nunca supieron que eres la hija de Timothy Brown, ahorcado en Georgia. Nadie escuchó tu sermón aquella tarde y sin embargo comentarán:

—Aconteció en la madrugada. Puedo asegurarles que fueron los musulmanes negros. Los domingos se congregan allí en la esquina, predicando el odio contra el Diablo Blanco y la integración racial.

Las dos lenguas de Damballa, el humo y el fuego, lamían la capilla cuando aparecen los bomberos. Mucho antes los enmascarados habían llegado con sus metralletas y a golpes desbandaron a los pocos feligreses negros y blancos que cantaban himnos religiosos. Aún más, en la tarde, a la hora en que tú acostumbras a visitar a los padres de familia a su regreso del trabajo, estuvieron en la iglesia algunos de tus compañeros de la Nueva Escuela de Investigación Social. Habían reunido a las muchachas y muchachos puertorriqueños y les repitieron las consabidas preguntas sobre prostitución y consumo de drogas. Ahora, precisamente son estos quienes arrojan agua a los policías por las ventanas y han pintado consignas en las paredes con las serpientes de Legba:

No estamos solos, nos acompañan las sombras de nuestros ancestros y descendientes.

El arzobispo de la diócesis de Washington ha prevenido a la comunidad católica, afirmando que «el nuevo culto despierta falsas esperanzas en los desesperados confundiéndolos con el equívoco de la salvación. Particularmente si quien lo predica se mostraba sumisa, hasta hace unos pocos días, a las enseñanzas de Cristo».

La anciana que vende los ejemplares del periódico *Muhammad Speaks* afirma convencida:

—Los diablos blancos no saben cómo devorar a la hermana Agne Brown.

En Chicago y Philadelphia se organizan mítines que terminarán en tumultuosas manifestaciones patrulladas por la Policía. Ya entonces, aunque tú no lo veas, los Escorpiones Negros rondan a tus seguidores cuando escuchaban a Malcolm X:

—Cuando veo que un policía armado de pistola y cachiporra golpea en la boca a un hermano negro, siento que el puñetazo se encaja en mis propios labios porque sé que eso le puede suceder a cualquiera de nosotros.

Desde los balcones los líderes del Comité de Estudiantes No Violentos, rodeados de micrófonos y bocinas, invitan a los transeúntes a sentarse frente a la oficina del juez que ha ordenado tu encarcelamiento.

Los escritores y artistas negros callan. Mañana, cuando el muntu despierte con tus prédicas y coreen por las calles el glorioso nombre de Changó, repetirán las mismas monsergas lanzadas contra el profeta Marcus Garvey: «El Culto a la Vida y las Sombras es una explosión irracional de negros ignorantes y fanáticos».

Por el momento, los ideólogos racistas se han adelantado a condenarte. En una entrevista televisada el profesor Harrington, indagado por las autoridades sobre la «capacidad intelectual» y «responsabilidad profesional» de su antigua alumna, reveló hechos que divulgará ampliamente la prensa.

—A mi despacho llegó la señorita Brown a quien había dejado de ver por varios años. Quería conocer mi opinión sobre un pretendido renacimiento del paganismo africano en las religiones modernas. Le hice ver la vacuidad de sus ideas, que el pensamiento científico y

religioso del americano contemporáneo no podía retrotraerse a las prácticas hechiceras de los brujos africanos. No obstante, tengo que reconocer que posee tales conocimientos de lenguas y religiones africanas que me hicieron dudar de que hubiese podido adquirirlos sin intervención de fenómenos extrasensoriales.

La memoria te hacía recorrer la amplia casona de Lawrence. Puedes adivinar los sitios donde sufriste las primeras opresiones. La sala del comedor. Tu padastro debía agarrarte de la mano al entrar. Recorras el olor de los blancos, la mesa donde se sentaba la señora Rogers con su pequinés que siempre que te ve, alerta a los comensales con su gruñido: «aquí está la negra». Te habrías quedado paralizada en la entrada si tu padastro no te hubiese acostumbrado a sujetarte de su mano para obligarte suavemente a avanzar hasta el rincón de su mesa. Allí permaneces quieta con tus bracitos de trapo. Aunque no te miraran, pues ya se ha dado por admitida tu presencia, cada día te hacen sentir su rechazo. Porque todo es una fingida tregua desde la primera vez que oíste el ladrido del perro denunciándote y que repite siempre que te asomabas con las trencitas de tus cabellos retorcidos tejidos por la «tía» Ann.

Las escaleras te producían una sensación de desahogo, sobre todo cuando logras subir los dos primeros tramos e inicias el ascenso de la parte estrecha, más iluminada, que conducía al *penthouse*.

¿Recuerdas que al subir cerrabas los ojos, sujetándote de la baranda opuesta a la habitación del señor Perkins? Donde quiera que lo encontrabas en la casa, apoltronado en su silla a la entrada del comedor o leyendo bajo el árbol, cierra el libro (¿Sientes el color de sus carátulas?) para indicarte con el dedo sobre sus labios que debías callar. Fuera de la alcoba jamás reías o alzas la voz; apenas rozas con tus zapatitos los pisos de madera para impedir que traqueteen. Pero

inexplicablemente el viejo Perkins te presentía aun en la oscuridad, solo por el olor de tu piel.

La señorita Elizabeth ocupaba el tercer piso. El sol se filtra sobre su puerta después de agujerear el tragaluz del techo. Nunca estás segura si en efecto era así o si te olvidas de la oscuridad después de saltar el último escalón de la escalera. Su gato asomado a la puerta te sigue dos o tres peldaños para ronronear entre tus piernas. Lo cierto es que allí te detenías y aunque sabes que han sido puestos sobre una mesita para ti, pillas a hurtadillas los caramelos que nunca probaste en su presencia. Hubo noches, eso nunca lo has olvidado, en que abandonas la cama mientras dormía tu padrastro, solo para robarlos. Ahora te es imposible distinguir si tu inclinación a hurtar los confites encubría una afirmación de ti misma o un rechazo al soborno de quien pretende ganar tu simpatía a sabiendas de que te es repulsiva. ¿Por qué este oculto rechazo por la única persona blanca que trata realmente de atraerte?

Agne Brown, quiero que tengas la certidumbre de que solo recuperabas tu identidad de negra en la soledad del *penthouse*. Además de la soledad están allí las ventanas por donde te huías. Las contaste repetidas veces: ¡dieciséis cristales para que entraran el sol y la luna! Desde allí puedes mirar los alrededores, como decía tu padrastro, «con la nunca apagada mirada de Dios». ¡Mentira, son los dieciséis ojos escrutadores de Legba que te permiten palpar la vida en el interior de las cosas aparentemente ocultas!

El arce estaba plantado frente a la casona. Sus ramas altas se entran por la ventana del *penthouse* y aun sobrepasaban el techo. Desde el primer día en que llegaste, corres a la ventana. Por mucho tiempo te quedas asombrada de poder tocar sus hojas con solo estirar la mano y en el momento de escoger el lugar de tu cama disputaste a Susan su cercanía.

Habías visto que los árboles mudan el color de sus hojas en otoño y confundida preguntaste a tu padrastro:

—¿Algún día cambiará el color de mi piel?

Apoyó la Biblia sobre sus piernas, te mira a la cara y trató de adivinar las sombras que comenzaban a manchar tu mente.

—¿Para qué lo quieres?

—El perro de la señora Rogers dejaría de ladrarme.

—Es un animal.

—No ladra a ningún blanco en esta casa.

Volvió a abrir la Biblia y buscó en sus páginas un lugar donde esconder su vergüenza.

Desembarca en una fría y desolada noche de marzo cuando nadie lo esperaba... una década después al ser deportado, los millones de ekobios de América los despedirán con lágrimas.

Su sombra, la maleta al hombro, viajó sola por los socavones del metro sin que las locomotoras puedan aplastarla. Al caer la tarde marchaba entre los desocupados de Harlem en pos del dios negro que buscaba.

Frente a la casona de ladrillos rojos preguntó por Agne Brown y el Culto de las Sombras. La hermana Wright se confunde al advertir que su rostro alucinado tiene la misma fisonomía del retrato de su abuelo, linchado veinticinco años atrás. Sorprendida, le preguntó:

—¿Cómo te llamas?

Tiene la duda de haber sepultado al abuelo con la misma soga con que lo subieron a la horca. Entonces le había dicho: «Muéstrasela al Señor para que sepa quiénes son tus asesinos».

—Me llamarán el Ras-Tafari.

Entonces supo que no lo había conocido antes aunque lleva el rostro de su difunto abuelo.

Le acomodamos un colchón debajo de la escalera donde dos noches antes había muerto el perro de la hermana Wright. Entonces supimos, Agne Brown, que el animal estuvo llamándolo con sus aullidos antes de su muerte. El extraño bebió agua y después de lavarse los ojos con los dedos mojados en saliva, volverá a sumergirse en el sueño. Por tres días más anduvo sonámbulo, sacudiéndose el zumbido de las orejas.

Al cuarto anuncia:

—Millares de ekobios morirán en la Gran Guerra.

Por las noches sobre el colchón repite las vueltas que había trazado el viejo perro en su agonía. Se quejaba tanto que la hermana Wright pensó que lo apalean en otra vida. Preocupados de que pueda enloquecer de hambre, al regresar de las bodegas del Down East, le traíamos pedazos de pan y pellejos de jamón que traga sin masticar.

Al quinto día vuelve abrir los ojos. Las telarañas envejecidas cubrían sus pestañas. Nos mira como si desconociera nuestras caras:

—Tendremos que disciplinar a nuestros hombres, mujeres y niños para la liberación de África.

Volvió a dormirse antes de que pudiéramos interrogarlo.

Al sexto día su cuerpo echaba humo y desprende olor a pólvora. Asustada de que pudiera incendiarse su casa, la hermana Wright le quitó las ropas y entonces descubrimos que las serpientes de Legba quemaban su pecho. Lloraba y nos pregunta con padecimiento:

—¿Dónde está el Gobierno del Hombre Negro? ¿Dónde su rey y su reino? ¿En qué lugar se halla su presidente, su país, su embajador, su Ejército, su Marina y sus hombres de negocios?

Pero fue en el séptimo despertar, Agne Brown, cuando anunció su gran profecía:

—¡África para los africanos del mundo!

Esa misma noche se presenta un *shepherd* con barbas de ceniza y un turbante rojo. Llegaba de Jamaica, de la Bahía de Santa Ana y en lengua antigua, nos habla del enviado:

—De recién nacido nunca gritó y en sus primeros cuatro años de vida sus labios no pronuncian palabra profana. Pero en la mente del Ras-Tafari ya estaba designado que el profeta despertaría a los ekobios de América con el fuegotrueno de su voz.

Apenas señalaba con el dedo, pero sonríe cuando escucha el canto de los pájaros. El médico le cortó el frenillo pero ni aun así su lengua puede martillar las sílabas. Los vecinos aconsejaron a su madre que lo lleve a la gobernadora del Culto Baptista Nativo para que la sombra del difunto Charles Lewis, el angel-man de los cimarrones jamaquinos, traiga el trueno a su boca.

Aquella tarde, distantes del poblado, jugaba bajo una ceiba. Yemayá había arrojado sin descanso sus aguas sobre la isla. Los padres del niño permanecen en la cocina calentándose con el fuego del fogón. De repente se abrieron las puertas del cielo y desciende la centella. Quedó tendido en un charco de agua, las ropas convertidas en cenizas y su cuerpo echando humo. Todos pudimos ver que el rayo le había trazado en el pecho las culebrinas de Legba. La madre lo abraza, le abría los ojos, no oye. Se lo arrebato y corrí a una cañada donde lo hundo varias veces hasta que la madre Yemayá le apagó el fuego. El niño-ángel, revivido, pronuncia su primera palabra:

—¡Changó!

Por eso lo bauticé con el nombre de Marcus Moziab.

Ya que has llegado hasta el Fortín Negro, Agne Brown, revivamos las huellas que todas las noches recorro de la mano de mi padre el seminola Gato Salvaje. Te hablo de los tiempos en que los cachorros de la loba blanca mordían la cola de su madre. Huyendo de mi amo

blanco, yo, Zaka, con una oreja mocha, llegué hasta aquí. El jefe indio me llama hijo y desde entonces en mis venas correrán dos sangres.

Los seminolas y los creeks han aprendido muchas cosas de los extraños. Recuerdan que los españoles les dieron armas para combatir a los ingleses cuando estos trataron de expulsarlos de sus tierras. Ahora los bosques y pantanos de Alabama, Virginia y las Carolinas están poblándose de cimarrones evadidos de las plantaciones de los blancos americanos. Con un poco de maña podemos burlar el olfato y los colmillos de sus perros. Pero desnudos y hambrientos nada nos protege contra el hielo de la nieve que en invierno blanquea nuestra piel. Entonces solo los pueblos indios podían brindarnos refugio.

Durante la Gran Revolución, atacados por las tropas patriotas, los británicos abandonaron este fortín. Mil negros huidos de las plantaciones de Georgia y Florida convivimos en él con los seminolas y ocoilas. Jamás antes dos pueblos mezclaron su sangre con tanto amor. Crecemos juntos y en un mismo lugar enterraremos a nuestros muertos.

Ahora, después de cuatro años de convivencia y libertad, el general Andrew Jackson nos ataca con la consigna de destruir el fortín, someter a los indios y devolver los negros fugitivos y sus hijos a los antiguos amos. Nadie dormía; vigilantes los muertos y los vivos. Nuestros cañones y fusiles responden al asalto. Muchas veces salíamos de nuestras posiciones para perseguirles y arrebatarles sus caballos. Hasta la tarde en que una bala de cañón disparada por los republicanos haga volar nuestro polvorín. Los cuerpos destrozados de nuestras mujeres y niños, cenizas y lágrimas, caen sobre nuestras cabezas. Un río de sangre india, zamba y negra comenzó a correr hacia los bosques vecinos. La noche nos torna ciegos y solo nos alumbrarán los ojos de la venganza.

—¿Quiénes son aquellas sombras que nos atisban desde las ruinas del fortín?

—Agne Brown, reconócelos. Son nuestros aliados oceolas y mi padre Gato Salvaje, cacique de los seminolas.

Antes de que los coyotes anunciaran la salida de la luna escuchamos el violín del viejo Ngafúa. Sobre la muralla del fortín, rodeado de zambos y jóvenes indios, les habla de sus obligaciones para con los muertos:

—Cuando un ekobio se libera a sí mismo, da la libertad a sus ancestros muertos en la esclavitud.

Te estaba esperando apoyada contra la verja del jardín. Solo en otra ocasión la habías sorprendido allí, bajo el arce, fumando escondida sus largos tabacos de Virginia. Era un jueves y su espera seguramente nada tenía que ver con su hijo. Desde lejos te distingue a pesar de haber oscurecido. Llegabas de la universidad cargada de libros y salió a tu encuentro, antes de que entraras a la casona.

—¿«Tía» Ann qué haces aquí?

Te sorprendiste de hallarla fuera de la cocina.

—Joe parte esa noche para New York.

Los libros cayeron a tus pies. Sabías su decisión de marchar a Harlem, pero nunca creíste que llegaría ese instante. La «tía» Ann te sacó del embobamiento:

—Tienes tiempo de verlo.

Reaccionaste, eco que persigue el grito. La «tía» Ann trata de seguirte con los libros que ha recogido del suelo. Corrías y pronto tus pasos ahogaron sus palabras perdidas en la distancia:

—¡Que escriba, que no se quede mudo como su padre...!

Desde mucho antes de acercarte a la estación de buses lo habías visto agujoneado por la ansiedad.

—¡Joe! ¡Joe!

Se adelanta a recibirte en sus brazos y buscó tu boca. Sus suspiros mezclados a tus lágrimas.

—Nunca imaginé que pudieras abandonarme... Se bebía tus besos, tus palabras.

—¡No creí que te quisiera tanto!

Te acomodó a su lado y te arrastra consigo como otra parte de su cuerpo. Anduvieron alejándose de la estación sin que adivinaran el rumbo. Te entregabas anonadada a ese estremecimiento que sacude tu raíz.

—¡Me haces daño, Joe!

Llegaron hasta la orilla del río. La represa contiene el flujo de la corriente. Caminaban en la oscuridad, descubren los pasos que juntos habían recorrido de niños. La humedad de la arena no alcanza a apagar el fuego de nuestros cuerpos. Deseabas que te continuara estrujando los senos y que su boca, esa boca ruda, sedienta, te succionara el aliento. Joe se puso a temblar. También es la primera vez que poseía una mujer.

Aun cuando sacudo el polvo de las máscaras de Changó, limpiaba las lanzas de los guerreros massai y ordeno las nueces de Ifá, durante aquellos días en que soy una de las asistentes del profesor Harrington en el Museo de Historia Natural de New York, nunca mis dedos se electrizaron al tocar estos objetos, muntu al servicio de los vivos y los muertos. Puedo clavarles los alfileres de las fichas etnográficas, y aun llevarlos burlonamente a mi cara —la mañana en que riendo me puse la máscara Changó-Sol deseosa de asustar a mi compañera Dorothy— sin que durante aquel instante, oculta detrás del oricha de la guerra, se hubieran encendido mis ojos con sus relámpagos. Son días de blanqueamiento, cuando perdida mi imagen, aún duermo en el magara de mis ancestros.

Los domingos por las tardes acompañaba a mi padrastro a la iglesia de Harlem. Solo entonces, en contacto con los ekobios encuentro un poco de calor en mi orfandad. El viejo Shorthy se trae su destemplada guitarra y pinchándole las cuerdas, pide al Señor que vigile a su nieta Pat, una prostituta acorralada en el bajo Manhattan. Algunas muchachas dejaban de tocar el tamborín en el coro y huyen a un rincón o se escondían en el retrete para arrepentidas regar sus lágrimas por las paredes y el baño. Acosándolas con preguntas, meciéndolas contra mi pecho, confiesan que están embarazadas de un blanco a quien conocieron una noche, una noche que se prolongará por el resto de su vida sin que sepan nunca su nombre.

—De todas maneras es tu hijo.

Renacía el llanto en el vientre, ya voluminoso y crece el temor de que les vaya a nacer un pelirrojo. Agarradas de las manos nos ponemos a cantar.

También concurrían anglos, italianos, judíos y hasta japoneses. Todos juntos cantábamos el mismo salmo, viejas canciones del sur inspiradas en los Evangelios, en la huida de Egipto, en el salto hacia el Jordán del norte. Al terminar el culto nos encontrábamos con los musulmanes negros que aguardan nuestra salida:

—Vengan hermanos y hermanas, el honorable Elijah Muhammad los espera. Vean mis lágrimas... desde que era un niño no acudían a mis ojos. Pero no puedo evitarlas cuando siento la responsabilidad que tengo, de ayudarlos a comprender lo que la religión del hombre blanco nos ha hecho...

Mi padrastro se detiene y me agarró del brazo, golpeado por aquella enorme roca que casi lo aplasta. Entonces supe que se llama Malcolm y que es el principal desplumador de nuestra congregación. Cientos, millares de negros abandonaban nuestras iglesias y se congregan en la Calle 125 para escucharlo:

—¡Ningún negro cuerdo quiere en realidad la integración!
¡Ningún blanco cuerdo quiere en realidad la integración! ¡No! ¡El
honorable Elijah Muhammad predica que la única solución para
el negro en los Estados Unidos es separarse totalmente del blanco!

Al principio, Agne Brown, ahora, todas las noches vemos la sombra
del abuelo Nagó. Unas veces se nos presenta vestido con la piel de
puma y hablando una lengua de silbidos y cantos, nos dice que se
llamará Nat Turner, en un tiempo todavía no llegado. Aún conserva
sus ropas rotas, las barbas salpicadas con la sangre de sus amos.

Yo, Nicholas Biddle, antes de empuñar el fusil y aun después,
cuando despierto en la noche, lo encuentro apostado al pie de mi
cama. La primera vez me contó un largo relato de cuando era nave-
gante y anduvo por estas tierras mucho antes de que la loba blanca
devorara los hombres búfalos. Me dice que no encontrará reposo
en la vida y en la muerte harta que el muntu esclavizado cumpla el
mandato de Changó de liberarse de sus amos. Ahora, cuando los
hijos de la loba gruñen entre sí, todas las noches recorre las colonias
alertando a los ekobios sobre la guerra. Le veían en las cocinas, en
las bodegas de tabaco, en los muelles, donde quiera que un padre
o un hijo se despedía de la madre o la mujer para escapar hacia
el Ejército de la Unión. En las plantaciones predica a los ekobios
aún indecisos que deben tomar las armas y luchar por su libertad.
«Me hacéis miserable e indigno con vuestra cobardía». Y entonces,
nacidos súbitamente, sombra de nuestros difuntos, hijos de nues-
tras vidas, comenzábamos a abandonar los campos. Solos o unidos,
gotas separadas, agua de un mismo río, buscamos los centros de
reclutamiento en los estados del este. Fortress Monroe, Hampton
Roads, Fort Sumter, Port Royal.

Fingiéndome blanco, valido de mis cabellos rizados y facciones indias, me presenté al cuartel de reclutamiento en New York. Dos días después, descubierta mi verdadera identidad de negro, fui expulsado del batallón. Volví a presentarme para la defensa de la ciudad de Washington donde me dan un uniforme. De esta manera, Nicholas Biddle, quien te habla, fue el primer soldado negro que se enrola en los ejércitos de la Unión. Más tarde en Baltimore, también soy el primer herido de la Revolución al ser apedreado por un motín de blancos que protestaba por mi presencia en las tropas norteñas. Mi ejemplo y los fugitivos esclavos que pedían armas, indujeron al Gobierno abolicionista a llamarnos a filas. Diariamente son muchos los que se enrolan bajo el mando del general Ben Butler.

Nagó nos adiestraba en las brigadas de caballería del general Pleasanton como fundidores de cañones, espías, enfermeros y combatientes. En New Orleans lo ven al amanecer, la luna todavía escondida entre las jarcias del muelle. Al comienzo imaginaron que era el parpadeo del faro pero poco después reconocen que es el sol de Nagó nunca apagado en nuestras almas.

Otra noche, se le aparece al esclavo Robert Smalls, uno de los tripulantes del carguero *Planter*, en Charleston. Lo despertó y lo incita a la fuga. Todavía alucinado llamará a su mujer, carga a sus hijos, despertó a su cuñada y mientras los pilotos blancos dormían en sus casas, prenden las calderas del barco. Al amanecer, al viento la bandera blanca, el *Planter* se sumó con su nuevo capitán, Robert Smalls, a los navíos de la Unión que bloqueaban el puerto.

Otros ekobios roban mulas, ganado, vaciaban las despensas y prenderán fuego en la retaguardia de las tropas confederadas.

Cuando Nagó se nos aparece con su espada deslumbrante, no cesa de repetimos:

—La libertad es una semilla que ha de ser regada con sangre.

Supimos entonces que es él quien nos habla desde el patíbulo donde será ajusticiado Nat Turner sin suplicar perdón.

Antes de que la loba nos encerrara en esta cárcel, ya otros ekobios han dejado aquí su olor, las salivas, las palabras, sus gritos. Los oigo en la oscuridad y aprendo de memoria las voces rebeldes de sus sombras.

El prontuario nos sindicaba como negros de alta peligrosidad. Los guardias esgrimen alarmas electrónicas, rebenques de agua fría y el látigo de fuego de las metralletas. Por las mañanas inspeccionan las celdas, miraban nuestros tobillos, nos desnudan y buscan incesantemente los cigarrillos de marihuana que nos vendían los propios guardias.

En la parte alta, entre muros gruesos, solo permeables por el taldro de las sirenas, mantienen encalabozados a los más peligrosos: ex combatientes de guerra, predicadores, Scorpios y poetas. A Malcolm, con la llama fuego de Changó en sus cabellos, comenzaba a mirársele de otro color:

—Ustedes me ven... bien, en la calle me llamaban el *Rojo* de Detroit. ¡Sí! ¡Sí, un diablo pelirrojo y violador era mi abuelo!

Gozaba de cierta libertad de movimientos que lo hace sospechoso. Ya los guardias le conocen y más se fijaban en nosotros a quienes se dirige con su sonora cuerda de trombón:

—Los negros, los hijos de Dios, también son dioses, y entre ellos hubo uno, un ser humano como los demás, que fue grande entre los poderosos y supremo en sabiduría y poder: ¡Mahoma!

La carne golpeada inundaba las rejas del primer piso: ekobios sorprendidos cuando roban en los almacenes de alimento; fugitivos de la vida, borrachos que solo despertaban para hundirse de nuevo en el pozo de una botella de whisky; padres sin empleo que permiten a sus hijas menores acostarse con extraños en las mismas camas

donde nacieron. Perdida la dignidad y el resentimiento. Estos ekobios son los preferidos de Malcolm cuando tiene oportunidad de predicarles en el patio bajo la mirada hostigante de los guardias:

—Quiero hablarles hoy de lo que dice el honorable Elijah Muhammad. Él nos enseña que el hombre negro jamás tendrá respeto de alguien hasta que primero aprenda a respetarse a sí mismo.

Antes de llegar aquí había oído hablar del Rojo. Esto fue pocos días después de que la dueña del bar, para ocultar a uno de sus grandes amantes, me mostrara a la Policía como jalador. Me acusaron de portar armas que nunca tuve y quieren arrancarme nombres de personas asesinadas antes de que yo llegara a este infierno llamado Harlem.

Agne Brown, no vayas a contar a mi madre que has visto a su hijo Joe detrás de una reja. Su potente cuerpo que ha resistido a tantos golpes, no sobreviviría a esta puñalada.

Tenía dos años más que yo, pero lo que sabía o dice saber de las cosas de la loba blanca y del mundo me obligan a admirarlo. Joe es el único hombre a quien he amado. Su derecho a entrar a la cocina de «tía» Ann lo tiene adquirido por la doble condición de que es su hijo y de ser un niño que trabaja. Puedo revivirlo hoy exactamente como lo conocí aquella mañana. Tiene los zapatos rotos, una gorra le cubría la frente, pero siempre lleva limpias sus ropas. Entonces supe por qué la «tía» Ann permanece con las luces de la cocina encendidas hasta tarde en la noche.

—Este es mi hijo Joe.

Se regocijó de ver cómo nos miramos sin decirnos palabras. El tembloroso apretón de nuestras manos y nuestra fingida indeferencia.

—Se llama Agne y estudia en la escuela de los blancos.

Me mira con aquel desdén que nunca pudo quitar de sus labios al besarme. Desde ese día yo espiaba en lo alto del *penthouse* los

sábados en la tarde cuando visita a la «tía» Ann. Si mi padrastro estaba ausente corro por las escaleras atropellando el gato rojo de la señora Elizabeth.

—¡El día menos pensado te romperás una pierna bajando de esa manera!

Es su forma de hacerse importante. Siempre me habló a regañina. Mi pasión de adolescente me dice que detrás de sus palabras ásperas hay un alma tierna que no podía expresarse con mayor dulzura. ¡Cuán lúcido me resulta ver que el principio de mi amor hacia él, cualesquiera que sean las formas de quererlo, siempre tuvo su raíz en la ansiosa búsqueda de su ternura, oculta en esa expresión de dureza que aprendió a fingir ante el acoso de los blancos.

Me sentaba en una silla que «tía» Ann me ofrece después de sacudirla con su delantal como correspondía hacerlo para una «damita blanca».

—Síntese usted señorita —me dice, mientras Joe se iba a agazapar en un banco del rincón, trabados los dientes. Desde allí me habla o respondía como si yo no estuviese presente. ¿En realidad llegó Joe alguna vez a mirarme como a una «blanca»? Desde que me acercaba a la cocina no se dirige a mí, cualquiera que sea el tema que trate con su madre. Pero yo estoy segura de que permanecía atento a mi aparente insignificancia.

Revuelve su gorra contra las manos, arrugaba el entrecejo y la echa al aire para volver a agarrarla.

—No madre, yo no voy a ser un *nigger* descolorido.

Presentía que su hijo y yo solo tenemos en común el color. La hostigante vida que le arrebató a su marido para arrastrarlo al frente de guerra, no es la misma que me está enseñando mi padrastro blanco.

Agne Brown, te hablo desde este amplio horizonte de la muerte donde las cenizas conservan el calor de los difuntos y la fría mirada de los vivos. Deja que yo, Nat Turner ilumine tus recuerdos en los cien ojos que te ha dado Legba.

Recorramos los viejos caminos de Virginia. Este es el pequeño cementerio de nosotros los negros en Jerusalén. Por esas dos puertas abiertas en la tierra penetraron mi abuela y mi madre a este florido campo que cultivamos los muertos. Ahora, como ayer, siempre que asumo una decisión para torcer mi destino he de venir aquí a revivir el fuego de mis pasos. Mi abuela es el kulonda inmortal que me ata al pasado africano de mis ancestros y mi madre la mano que enriquece mis puños de talador en América. Inútilmente busqué la sepultura de mi padre. ¿Fue colgado en la horca? ¿Perece todos los días en el cuerpo de los anónimos que mueren combatiendo? Ahora cuando agarrados de las manos él y yo podemos recorrer los sitios donde se cruzaron nuestras huellas, quiero confesarte que desde niño su sombra siempre encendió la fiebre de mis sueños.

Mucho hablan los blancos de la orgía de sangre desatada por mi furia. Sesenta y seis degollados sin sevicia por mí y mis compañeros. Apenas los golpes necesarios para arrebatarnos generosamente la vida. En esta alcoba otra vez descargo la espada sobre las cabezas de Joseph Turner y su mujer. ¿Los niños? Hubiéramos preferido asesinarlos de primero para que no presenciaran la ejecución de sus padres. ¿Sangre? De haber podido organizar el ceremonial de la horca como lo acostumbran los amos, te aseguro, Agne Brown, que ni uno solo de sus coágulos hubiera manchado la inocente tierra de Virginia.

En cambio, súbete sobre mis hombros para que no manches tu vestido blanco y puedas andar en las tierras de Alabama, Louisiana y Mississippi inundadas por la sangre de los miles de nuestros ekobios asesinados. Ningún blanco duerme en paz al saber que aún

ando libre. Les persigue el recuerdo de los que han martirizado. Conocen sus nombres, dónde llevaban las cicatrices dejadas por sus latigazos, cuál la oreja mutilada, en qué lugar enterraron sus cadáveres desgarrados por los perros. Realmente, Agne Brown, no esperan misericordia de los negros ni de Dios.

Clamaban por ejércitos, pasan las noches encerrados en sus casas con guardias armados en las ventanas. Aseguraban falsamente que son millares los blancos asesinados en Georgia, en las Carolinas, en Virginia. La tropa armada de cañones y fusilería avanza sobre las plantaciones, los bosques y las empalizadas donde resistimos. La batalla desigual solo se prolongará por nuestra decisión de no entregarnos vivos. Los caminos se llenan de cadáveres. ¡Más de cien ekobios masacrados y dieciséis muertos en la horca o quemados vivos!

Ahora, cuando los historiadores blancos pueden contar sus sesenta y seis víctimas sin que el terror les aumente las cifras, es posible hablar de asesinos blancos y asesinos negros. Agne Brown, demos un paseo en noviembre y diciembre de 1926 por las carbonizadas barriadas de Atlanta. Aún podrás contar los cadáveres de nuestros ekobios linchados en Mississippi, Georgia y Arkansas. Mira estos cuerpos insepultos de nuestros soldados en las ciudades de Florida y Alabama todavía con las botas que hollaron las trincheras en Europa. No te tapes los ojos, Agne Brown, la pesadilla apenas comienza. Para disminuir tu dolor, observemos los crímenes de la loba blanca con las ensombrecedoras luces del pasado. Era... serán... son los encapuchados del Ku-Klux-Klan quemando nuestras cabañas en Longview, las escuelas, a las madres embarazadas.

Vayamos al norte, en mis tiempos seguro refugio de los fugitivos. ¿Recuerdas el Verano Rojo de Chicago? Mil familias dejarán atrás sus hogares incendiados. Pero aquí la loba sufrió su contraparte.

Los ekobios comenzamos a comprender el significado de las serpientes de Legba devorándose. ¡Quince blancos y veintitrés negros muertos en la refriega! ¡Pero qué importa esto ante tresmilcuatrocientostraintaiséis negros linchados en solo veintitrés años!

Oye a los blancos de ayer y de hoy juzgando mis acciones. Todos coincidirán en llamarme torpe, vengativo, místico, depravado y hasta homosexual. No te incomodes, los muertos somos tan vulnerables a las críticas como el cristal a la luz. Examinaremos desde esta realidad las vagas sombras de los vivos.

Comienzo por aclararte que mi rebelión no fue una rebelión. Estábamos y estamos en guerra a muerte contra el régimen esclavista que no conocía piedad ni ofrece cuartel al oprimido. Sufrir dieciocho y veinte horas de trabajo forzado es participar en una batalla donde los sobrevivientes son simples cadáveres desposeídos de alma, músculos y vida. Y desde luego para un esclavo todo amo, sea niño o adulto, es un opresor que solo nos alejará del trapiche cuando nos sepulse como un bagazo inútil. Así las cosas, Agne Brown, mi combate, la llamada rebelión de Nat Turner, solo era eso: una batalla más en la gran guerra contra la esclavitud.

El objetivo de mis acciones es aprovechar el grado de decisión que tenían los ekobios de morir matando. Anoche he discutido la situación con mis inspiradores: Gabriel Prosser me alerta de la conveniencia de apertrecharnos con buenas y abundantes armas. Denmark Vesey me reprochará no haber tomado suficientes precauciones contra los traidores. Pero los vivos siempre hemos actuado con frágiles recursos.

Por meses y meses miraba al cielo buscando la señal anunciada por Nagó. La luz me enceguecía y solo en mis ojos cerrados veo las sombras tragándose las sombras. En febrero de 1831, a pleno día, Changó-Sol finalmente devoró la luna. Por varios minutos la oscuridad revivió la noche. Salieron los vampiros y se silenció el canto

de los pájaros. Las iglesias se llenan de blancos y negros aterrorizados. En aquel momento ningún amo pensaba rechazar las oraciones de sus esclavos elevadas en el mismo altar. Asustados vienen en mi búsqueda Hark y Sam. Les había revelado que un eclipse nos daría la señal. Nos reunimos esa noche en el bosque. Queríamos que los ancestros alimentaran con sus sombras nuestro pensamiento. Aúlla el búho y la oscuridad nos encendía los ojos. Los últimos en llegar son Henry y Nelson. Tuvieron que atravesar caminos distintos a los vigilados por los perros. Traerán sus machetes. Para Hark no había dudas de que esta noche daremos el asalto. Rezamos:

¡Oh, en el cielo flotan las estrellas
la luna filtra su luz en nuestra sangre
y el cuerpo de Cristo redimido!
¡Vuelve al seno del Señor!

Coreamos:

¡Bendito sea tu nombre!
¡Bendito sea tu nombre!
¡Gracias sean dadas a ti, Señor!

Siento que me lancean sus miradas. Preguntaban. Les agobia el peso de mi silencio cuando ciñen sus machetes. Miré a lo alto de las ramas y bebo las luces de los ancestros. Sé que están con nosotros los cientos de miles de muertos por la crueldad de los amos. Y sin embargo, me tiemblan los labios, Moisés jamás padeció tanta sed en el desierto. De repente, llamado por Nagó, me sacude su aliento:

—Solo cuando encuentres las serpientes de Legba devorándose los rabos, solo hasta entonces, desata tu cólera.

Las busqué a mi alrededor y solo palpo los pechos encendidos de mis ekobios. Les hablo, juntamos nuestras manos y les repito las voces que no oían:

—Solo cuando encontremos las serpientes de Legba devorándose las colas, solo hasta entonces...

Nos separamos pero supimos que ya nada nos apartaría de nuestros propósitos.

La loba blanca, Agne Brown, también está alerta. Desde que los negros de Haití expulsaron a los blancos de la isla y L'Ouverture demuestra a los europeos y americanos que los negros podíamos gobernar prósperamente una nación, los amos del sur sienten flotar sus cabezas sobre los hombros. Creo que no haya sido ninguna delación lo que impulsa a los gobernadores del sur a solicitar refuerzos. El Señor no los deja dormir atizándoles el remordimiento: «He creado a todas las naciones de una misma sangre». En esta primavera poco después del eclipse, el secretario de Guerra envió tropas federales a Southampton y otras a Louisiana. Los amedrentados amos de esta vecindad como el doctor Simon Blunt, según me cuenta uno de nuestros ekobios, ha acumulado pertrechos para su rifle y los de sus hijos. Los sábados la Policía o los amos desarmaban a los esclavos y aun a los libertos que encuentran con machetes o escopetas, azotándolos y reteniéndolos presos hasta el lunes. Hay un olor a sublevación en toda la comarca. En el culto de los domingos se predicaba que el Señor reclama de los esclavos obediencia y fidelidad a sus dueños. Pero yo termino mis sermones con la vieja profecía repetida desde hace siglos por nuestros ekobios:

Los primeros serán los últimos
y los últimos serán los primeros.

Este es el camino que conduce al dique. En otros tiempos aquí hubo un molino de arroz. Ahora los campos están abandonados porque las aguas salitrosas han invadido los cultivos. Observa, Agne Brown, fue en este lugar, bajo aquella encina, donde encontré las culebras. Al comienzo creo que tan solo es una serpiente mudando su piel vieja. Poco después descubrí las dos cabezas devorándose las colas. Asustado, alzo la vista al cielo en busca de una confirmación divina. Changó-Sol comienza a teñirse con una cortina de humo verde azulado. Me tiré al suelo y aprieto la Biblia de mi padre contra el pecho. Te confieso, Agne Brown, sentí miedo. Había llegado la hora anunciada por la sombra de Nagó.

El viento frío no lograba descapotar los muelles de Sandy Hook, en New York. Siempre que el *shepherd* jamaquino me anuncia la llegada o salida de un barco fuera de ruta, aprovecho la oportunidad para trabajar como estibador ocasional.

Y esa mañana, Agne Brown, el vapor *S. S. Malone* atracó inesperadamente en la punta de Manhattan. Langston Hughes desembarca con el envoltorio de su ropa bajo el brazo. La visera de su gorra o las noches le han oscurecido la mirada. Hasta sus viejos zapatos necesitan un poco de luz. Anduvo buscando los libros que diez meses atrás arrojara a las aguas estancadas del puerto como si aún estuvieran allí esperando su regreso.

Años después me confesará que en aquella partida lo embargaban los temores:

—Marcus Garvey, yo tenía veintiún años como tú, cuando embarqué en este mismo puerto rumbo al África. Me he lavado la cara en los ríos del Níger y del Congo donde cazaban a nuestros abuelos. Conozco Francia, Alemania, Italia, Holanda y España. En aquel entonces partí con siete dólares. No sé si regreso enriquecido o más pobre.

Miró hacia los rojos edificios de Harlem y en voz alta, como si se confesara ante sus ancestros, recita aquel poema:

He contemplado ríos,
viejos, oscuros, con la edad del mundo
y con ellos, tan viejos y sombríos
el corazón se me volvió profundo...

Esto fue mucho antes de que Vachel Lindsay anunciara que en el Wardman Park Hotel un camarero le había mostrado los mejores poemas del Renacimiento Negro.

Cuando edité mi periódico el *Nuevo Negro*, el primer ejemplar se lo llevé a su cuarto. Aún dormía cuando toco a su puerta. Amanecí amarrando galeras, supliendo las minúsculas por capitales en la palabra «negro». Con su pijama agujereado y encogido por el frío que penetra a través de los vidrios rotos, extendió las páginas sobre sus piernas. La alegría de sus ojos y las manos se mancharon con la tinta fresca. «Un periódico dedicado a servir solo a los intereses de la raza negra». En el último momento, se nos había refundido en la armada la consigna de la Asociación Internacional Para la Dignidad del Negro: «Una sola Alma, un solo Dios, un solo Destino».

—Los publicaremos con la solidaria contribución de los ekobios. Todo lo hemos previsto. Secciones en francés y español para aquellos de West Indies y América hispana que no conocen el inglés.

El editorial dirigido a mi pueblo, desde entonces y para siempre, llevaría mi firma con la frase aprendida del Chema Morelos:

«Su obediente siervo, Marcus Garvey, presidente de la Nación Negra».

Langston leyó casi recitando como cuando declama sus poemas:

«África debe ser redimida y todos nosotros comprometemos nuestra hombría, nuestra riqueza y nuestra sangre por esta causa sagrada. ¡Sí! Los negros del mundo han encontrado su George Washington. ¡Sí! ¡Una vez más! ¡Han encontrado su Toussaint L'Ouverture y su nombre será revelado al mundo próximamente! ¡Negros preparaos y manteneos en pie de guerra!».

—La nación se encenderá.

Sus palabras fueron una profecía: despertando de la pesadilla de los siglos, comienzan a andar erguidos el negro limpiabotas, el estibador de los muelles, la cocinera de las grandes mansiones, el obrero a quien sus compañeros blancos niegan sentarse en la misma mesa del sindicato.

Esa mañana, mientras desayunábamos en la cocina de su apartamento en la Calle 137, cantamos juntos varios de mis poemas:

¡Etiopía!

Tierra de nuestros padres

donde viven los orichas,

la oscura tormenta de la noche

súbitamente cayó sobre ti.

¡Nuestros ejércitos en pie de guerra

conquistarán tu libertad

con las espadas ensangrentadas

con la bandera roja, verde y negra!

El cartero vuelve el sobre hacia todos los ángulos tratando de entender la letra ensortijada de Joe. Desde mucho antes de que la sacara del saco yo la he reconocido; mucho antes de que Joe la escribiera sé de sus tardes en Harlem tocando para los amigos y vecinos que se acercan a oírlo. Por las noches abría la ventana que daba sobre mi cama,

extiende las manos y por las ramas del arce, procurando no despertar a mi hermanastra que duerme, me dejaba caer en sus brazos. Otras veces Joe ríe desde abajo, sin alargar su mano. Entonces pido a la «tía» Ann que me acompañe a New York, pero ella, sentada en su mecedora de mimbre, fumando su tabaco, me responde desde la cocina que una vieja como ella no debe abandonar el patio donde ha envejecido para sembrar dolores donde no la conocían. «No sucederá conmigo, madre, lo que aconteció con papá. Volveré a tu lado. No te cansarás de esperarme por el resto de tu vida». Al leer este párrafo, la «tía» Ann apartó mi mano para que sus lágrimas no mojen la tinta...

—Joe es un buen hijo.

Yo lo confirmo con la cabeza, pero en mis sueños, sombra de sus pasos, le seguía por las húmedas calles de Harlem. Al llegar frente al bar, me detengo ante la puerta, mientras él avanzaba desentendido de mis temores. No alcanza a ver que mi padraastro se interpone y me detiene con su Biblia contra el pecho.

—¡Esta es la puerta del Infierno!

Durante noches enteras rogué al Señor para que vigilara a mi Joe y no lo deje perderse entre las prostitutas de la Nueva Gomorra.

«Estoy viviendo de lo que usted menos puede imaginarse: del banjo. Resulta que este instrumento enloquece aquí a negros y blancos. Yo desde luego, cuando lo toco, no lo hago para ellos sino para ti y para mí. Para recordarte, lo sacaba por las noches frente a la casa donde un amigo me ha alojado por cinco dólares al mes. Después, por el entusiasmo que despierto entre los que me oían y quienes pasan y se sumaban, alguien que ahora es mi jefe, me dijo: “¿Quieres tocar en mi cantina?”, y desde entonces, después de que Johnny, un viejo pianista termina su tanda de blues, me lanzo con mi banjo y no es mentira que la clientela se ha multiplicado. No sé qué tiene este

instrumento que los embruja. Y eso que no lo toca mi padre, ni es usted la que canta».

Las lágrimas humedecieron su delantal y logran salpicar la carta.

—¡No demoren! —advirtió Alpheus Turner.

El amo desesperaba siempre que Lou Ann, mi mujer, abandona la plantación. Durante ese tiempo los esclavos domésticos quedamos un poco con las manos sueltas. En la cocina desaparecía el pan, los platos se guardan sin lavar y un soplo de cantos ronroneaba por el patio. La iglesita está atestada de ekobios venidos de todos los rincones de Southampton County. El único blanco, apostado en la puerta es el sheriff. Su oído permanecerá atento al sermón del libertado Richard Allen. Se le viene vigilando desde que fundó la Iglesia Metodista Episcopal Africana:

—Sobre esta roca construiré mi templo nunca abierto a las puertas del Infierno.

Yo buscaba ansioso la mirada invisible del viejo Ngafúa... Tenemos convenido reunirnos al terminar el culto. El reverendo, olvidado del sheriff, suelta su lengua inspirada:

—Jehová odiaba tanto a los esclavistas que partió en dos el Mar Rojo para que escapara su pueblo.

Aprovechamos la sesión de los cantos para abandonar la iglesia. El sheriff estaba tan preocupado que ni siquiera advierte nuestra partida. Tomamos el sendero del bosque alejándonos cada vez más del camino real. Mi mujer marchaba por delante con el pequeño. Muy pronto dejamos de escuchar el coro de los ekobios que danzaban y cantan:

¡Baja Moisés,
baja a la tierra de Egipto

y anuncia al faraón
que deje libre
que deje libre
a mi pueblo!

Cerca del caño, al oír nuestro olor, unos mastines comienzan a ladrar. El viento revolvía la sal de las aguas estancadas. Toqué a la puerta de la cabaña y el silencio estuvo aullándome por largo rato. Mi pequeño Nat llora y Lou Ann se precipitó a darle el seno para atajarle los quejidos.

—¿Quién es?

Respondo:

—¡Libertad o muerte!

Se abre la puerta. Tenía en la frente una cicatriz sin sombra. Se tapó media cara con el brazo mientras me palpa con su mirada. Sabré que se llama George Boxley y que estará escondido después de que aborte su revuelta. Entre los otros cinco pude reconocer a Denmark Vesey. Aun silencioso se le oye el ruido de su palabra. Había llegado desde Charleston. Se enojó al ver el niño y a mi mujer.

—Era la única forma de que pudiera salir de la plantación sin que el amo sospechara —explicó el invisible Ngafúa. El anciano me conocía desde pequeño y se hubiera dejado cortar el índice de su mano derecha como prueba de mi fidelidad.

—El niño seguramente no dirá nada, aún no puede hablar —dijo George Boxley— pero las mujeres tienen la lengua muy larga... una esclava será quien me traicione.

Quince años más tarde organizará una revuelta aquí en Virginia y aunque él logra escapar, seis de los ekobios fueron colgados y otros tantos serán vendidos y desterrados por la delación de una esclava.

Mi pequeño Nat repudia el seno de su madre para soltar el llanto. Azorado trato de taponarle la boca cuando Denmark me retiró el brazo con violencia.

—¡Cuidado lo ahogas!

Al acariciar su frente, sorprendido, advirtió que la fiebre le chamuscaba los dedos.

—¡Las culebras de Legba!

Nos inclinarnos sobre el niño. Lou Ann, atemorizada, lo acerca a la luz. Nadie más pudo ver aquellas serpientes.

—¡Protegido de Changó!

Mi mujer me mira con asombro. Su madre, una nativa del Malabar, le había revelado lo mismo al verlo nacer.

Ya caen las luces de la noche cuando intenté retirarme con mi mujer y mi hijo. Denmark me retiene. Lou Ann me agarró las manos, ya me veía muerto a través de sus lágrimas. Sabe que nunca más volveremos a vernos. Besé al hijo en la frente y mis labios se encendieron con el calor de las culebras. Entonces fue cuando entrego la Biblia a mi mujer:

—Enséñale a leer y que predique siempre el sermón de la huida y la libertad.

Ahora puedo rememorar lo que olvidé y lo que nunca fue olvidado. La primera vez que mamé de mi madre. El tibio sabor del jugo me exasperaba y apretados los puños golpeo su seno abultado y caliente. Mi abuela comenta con gran regocijo:

—Chupa con la fuerza de un muchacho. Así mamó Anton, mi primer hijo varón. Se agarraba al seno corno una sanguijuela, chupándolo aun después que le rebota la leche por la boca. Se quedaba dormido mordiéndome el pezón y al soltarlo me deja un desgarró corno si me hubiera mordido un perro. El pobre sabía lo que le

esperaría en este Valle del Señor habitado por animales blancos. Nunca más encontró suficiente carne, ni huevos, ni pescado para calmar su hambre.

Desde entonces supe que cuando los negros nos nutrimos la primera vez con la leche de nuestras madres, quedamos poderosos y no hay fuerza que nos doblegue. Recuerdo ahora a mi padre con su hacha larga, pesada, brillante filo. Salíamos solos al bosque porque dos años atrás mi madre había sido sepultada fuera del cementerio de los blancos. Mi padre descargó sobre mí un doble cariño, el suyo y el de mi madre muerta. Pero me asegura que no soy huérfana. Que nuestra sangre anda regada por el mundo. Me habla del tío Anton comprado por unos señores que tomaron el camino de Virginia y ahora me lo cuenta con esa voz aflautada con que me decía las cosas que no debo olvidar. Cada refrán cantado con distinto tono para que nunca lo olvidara. Oigo su voz de campana honda:

—Mississippi arriba por los lados de Kentucky, se llevaron a mi abuela. Esas sangres no se pierden. No hay una sola gota de nuestra sangre que se extravíe en la gran familia de los ekobios. Ni cuando se mezclan con otras sangres, ni al ser derramadas por mano violenta, ni cuando se nos seca en la sepultura porque los muertos tenemos dos vidas, una que va directo a otro recién nacido y la que nutre el magara de nuestros antepasados. Por ahí andan, por ahí andan muchos hermanos nuestros aunque tú no lo sepas. En cada negro hay un ekobio de esa sangre de tu abuela del Mississippi o del tío que se llevaron para Virginia o de otras sangres, de otros abuelos, que te pertenecen tanto o más que la sangre de tus hijos.

Yo iba detrás, mi padre por delante con su hacha al hombro. Habla silbando y yo sé que debía rememorar ese canto aunque él no me lo haya pedido nunca. Después de cortarle las ramas pedía al roble que le perdonara porque mi padre creía que los árboles igual que los

hombres tienen no una, sino muchas almas. Hizo varios pedazos del tronco y de las ramas escogió las mejores para el techo de nuestra casa. Ya sabía él que los blancos lo colgarían de la más pesada. Una a una las fue llevando al palmo de tierra que le prestó el flaco Harry, su patrón, solo para que levantara su cabaña sin patio ni jardín. De esta manera nuestra casa no es nuestra aunque dijera: «Esto es tu rancho». Nada pertenecía a mi padre, ni la tierra, ni sus cosechas, ni el bosque y creo que nunca estuvo seguro de ser dueño ni siquiera de sí mismo. Cuando me llama «hija» se queda silencioso como preguntándose si realmente podía llamarme de este modo. Sabe que no tiene nada en el mundo distinto a sus ansias de vivir. Esas sí que son de él y de sus ancestros y de nadie más.

—Malcolm, vamos a oír al profeta.

Me sorprendieron sus palabras. Mi padre nunca me habla en parábolas. «Este es el pan», decía y parte el pedazo duro para indicarme que no puede despreciarse por envejecido.

Imagino que iríamos a una de las tantas reuniones del culto bautista en donde leía y canta los Salmos bíblicos. Pero sus pasos me llevaron al único gran almacén que hay en la sesión reservada a nosotros los negros de Omaha. Solo después de comprarme la gorra verde con visera roja y orla amarilla, sospecho que el profeta de que me hablaba es un hombre diferente a ese Jesús de rostro pálido y barbas rojas que nadie había visto fuera de la cruz. Aún conservo la alegría que experimenté al ajustarme la gorra. En la noche anterior, cuando supuso que dormía, mi madre le preguntó:

—¿Hay algún peligro de que en New York la Legión Negra pueda asesinarlo?

La voz de mi padre recalienta la oscuridad:

—¡El profeta es inmortal!

Somos los primeros en llegar a la estación de Lansing. En la soledad de la mañana nuestros pasos se sorprendían de encontrar su propio eco. Después, al regresar de New York, sabré que los miembros del Klan tenían planeado volar el furgón. Mi padre lo sabe y con su saya negra de predicador deseaba animar a los ekobios acobardados. Debe ayudarme a subir al vagón porque soy muy niño. Creo que para esa fecha, agosto de 1920, todavía yo no he nacido en Omaha. Pero los recuerdos son tan vivos como los sueños y así como lo había imaginado mi padre, en este día realmente nazco.

A la hora de la partida, el vagón estaba repleto de peregrinos llegados de las barriadas y granjas de la comarca. Desde las ventanillas agitábamos las banderitas y cantamos «El tren negro vuelve a casa». Para muchos ekobios, la idea de marcharse al África era una obsesión desde mucho antes de que el profeta lo proclame mañana.

Harlem estuvo despierto toda la noche. Visitamos la sede principal de la Asociación Internacional para la Dignidad del Pueblo Negro. Nos rodean ekobios muy diferentes a los que he conocido en Omaha. Escuchaba sus voces y no les entiendo aunque tienen el mismo color de mi piel. Mi padre me presentó a los embajadores del rey de Okongo. El jefe con larga túnica me aprieta suavemente las manos dejándomelas encendidas con un fuego que todavía no se ha apagado. Entonces supe que los brujos del Bornu y del Chad son realmente sobrenaturales, amos de la lluvia, enemigos de la sequía. Danzaron para mí con sus calabazas emplumadas.

Muy de madrugada los buceadores de desperdicios, los desocupados, las infatigables lavadoras de platos, los heridos de guerra en sus sillas de ruedas surgen de los *slums*, de las tumbas sin cruces donde habían esperado por siglos. Pronto se adueñaron de la Avenida Lenox. Redescubrían la dignidad y la hermosura perdidas. Los niños descalzos llevaban, igual que yo, sus gorras rojiamarillas y

verdes como la que me había comprado mi padre. Sus colores me identificaban con esos niños mejor que el color de nuestra piel.

El profeta Marcus encabeza la marcha, antecedido por los redobles de tambor de su guardia personal. Detrás, la fila de los supremos potentados, ministros, sacerdotes y secretarios se extendía de una a otra acera en la amplia avenida: el reverendo James Eason, supremo obispo de las Congregaciones Negras de América; George Alexander McGuire, capellán general de nuestros ejércitos; Gabriel Johnson, alcalde de Monrovia, elegido secretario de Estado.

Cuando Henrietta Vinton Davis arroja magnolias —así lo hace en escena cuando interpreta a Shakespeare—, los ekobios en las aceras y balcones la aclaman como la *Dama Comandante* de la Sublime Orden del Nilo.

Con pasos firmes, rítmicos, los batallones de las Águilas Voladoras lucen sus cascos embellecidos con las plumas rojinegras de Changó. El pavimento trepidaba cuando resuenan los tambores de la Legión Africana, resplandeciente el sol en el charol de sus quepis y en el espejo de sus polainas. En carros descubiertos el Estado Mayor de los Cuerpos Motorizados Africanos nos saludan con sus espadas desvainadas.

—¡Hemos vuelto! ¡Hemos vuelto del combate y regresamos combatiendo! ¡Abrimos paso a la democracia! ¡La salvamos en Francia y por Changó que la salvaremos en este país donde hemos nacido!

Uniformadas de blanco, ceniza anticipada de nuestros sacrificados, las enfermeras de la Cruz Negra desfilan con sus camillas de urgencia. El muntu asusta, y atemorizada, la loba blanca mantuvo acuartelada la Policía. Sus perros encadenados lamían nuestro olor en la piel de sus colmillos.

Mi padre y yo caminábamos bajo las flores, cadenetas y confetis que caían de los balcones.

En el Madison Square Garden descubro que la familia del muntu es inmensa y abigarrada. Mi padre empequeñece entre la multitud pero su voz se agiganta con los gritos de treinta mil ekobios que repiten lo que le había oído predicar en las reuniones de la asociación:

—¡África para los africanos!

Los cantos arreciaban el coro:

Soy un Negro

oscuro como la noche es oscura

oscuro como el corazón de África...

Cuando Langston terminó su poema, de entre la banda de la Legión Africana se escucha la trompeta de *Satchmo* anunciando la entrada del profeta Marcus. Los peregrinos se ponen de pie y por largo tiempo se oyó el aliento de su clarinada, fijos los ojos en la capa púrpura, en el birrete oro y verde. Por vez primera contemplaban la encarnadura de un semidiós negro. Nuestras manos se buscan para estrecharse y reconocerse como parte del muntu. El silencio demoró mucho tiempo antes de devorar los gritos.

—¡Blancos que ahora domináis al África, os advertirnos en bien de vuestros propios intereses que os marchéis pronto porque cuatrocientos millones de negros estarnos dispuestos a reconquistarla! Tenéis apenas diez años a partir de este momento para que os larguéis. Tal vez ciento, pero conviene que no os hagáis tantas ilusiones. ¡Es mejor que preparéis vuestras maletas en el acto!

Más de seis horas tomó el lento desagüe de las sombras represadas. Dos días después, al llegar a casa, aún oigo los vientos anunciados por el profeta al finalizar su discurso:

—Nadie sabe cuándo llegará la hora de la redención de nuestra África. Pero se oye el viento. ¡Está llegando! ¡Un día, como una tormenta, la tendremos aquí!

—¿Cómo te parece tu nuevo empleo en la universidad? —le preguntó la «tía» Ann al verlo entrar a la cocina echando la gorra al aire y silbando un viejo blues de los que aprendió de su padre.

—No está mal. Tengo buenas notas. ¡Soy el único cuerdo del curso!

A las ocho de la noche regularmente todos los profesores y alumnos han abandonado la Universidad de Lawrence. En el sótano se reúnen Joe y los demás encargados del aseo a la espera de que el personal administrativo evacue el edificio. Además de ser el único negro, es también el más joven entre mutilados y anormales de guerra. Sordos que dejaron de oír cuando alguna bomba les hizo estallar los oídos; alelados que buscan su sombra perdida; a otros les faltaba una mano o una pierna y cojean extendiendo aparatosamente los zunchos de acero o las botas de madera. Desde que penetraba en el sótano Joe revive oscuros temores por bodegas y brazos encadenados donde nunca estuvo. Ernest moviliza su único ojo, obsesivamente blanco. Nunca pudo ver en Joe a un ser normal. Oriundo de Virginia y al parecer hijo de una familia arruinada por la Guerra Civil, responsabiliza a los negros de aquella peste que sacudió el sur.

—Si este país hubiese sido gobernado por los sureños ni un solo blanco habría ido a combatir en Europa. Las ideas de libertad han sido embelecos de los dementes liberales que se creen redentores de esclavos.

Corpulento y de pesadas muñecas, trató de impedir el acceso de Joe al saloncito donde una pequeña olla calienta el café para todos.

—Tú, *nigger*, conserva tu lugar —y con el puño levantado y el ojo suelto, se apostó en mitad de la puerta.

En ese instante Joe siente la inferioridad física como algo que tenía que ser superado con un cuchillo o un detonador de dinamita. Las palabras se le apelonan en la lengua en un nudo de groserías que tampoco pudo explotar. Fue entonces cuando lo vio tambalearse por el lado izquierdo. Además de tuerto es cojo. Pensar, si es que pudo hacerlo después de aquel insulto, y lanzar la patada en la pierna sana son actos simultáneos e instintivos. Los brazos del gigante giraron sobre las uñas metálicas. Desesperadamente trata de agarrarse al quicio de la puerta pero Joe descargó el puño con rapidez y encono. El lisiado cae de espalda y la caperuza de su ojo saltó de la cuenca vacía. La manada de monos blancos se agita enfurecida. El sordo que no había oído el insulto arremete con un azadón. Avanzó un paso más y resbala enredado con la pierna desarticulada de Ernest. Pudo desarmarlo de un puntapié en la cara pero Joe no siente la menor inquietud contra él. Optó por proteger su espalda contra un rincón. No sabe que su padre estaba allí con él desde el oculto sitio del mundo donde se encuentre. «Hijo, un negro nunca debe andar desarmado». Y le entregó la afilada navaja. Ahora Joe la esgrime en su puño, caluroso, firme. Un tercer demente apareció en el recinto. Le atosiga la certidumbre de que el zumbido que oía es producido por el trote de un batallón de infantería alemana. Un negro armado y dos blancos tendidos en el suelo le transforman sus delirios en realidad.

—Maldito nazi, ya verás que te arranco la cabeza.

El sordo solo oye una mancha de tinta negra que quería borrar con sangre. Entonces aconteció lo imprevisto: del fondo del salón surge otro negro. Su brazo amputado accionaba dos mandíbulas de acero. Sin embargo, su verdadera fortaleza está en el puño de su mano derecha. A Jonathan se le dañó su carrera de boxeador por aquella bayoneta alemana que se le incrustó en su muñeca.

—¡Al primero que se acerque lo hundo bajo siete metros de tierra!

Nada pudo escuchar el sordo pero le adivina el grito en sus ojos. Los enfermos, refunfuñando, vuelven otra vez al salón. Jonathan pidió a Joe que guardara la cuchilla y tranquilamente se pone a servir café para todos. En ese momento es cuando Joe descubre las iniciales «J. S.», grabadas en la cacha de hueso de su navaja, por Joseph Stephens, su propio padre.

Yo mismo construí el ataúd de mi madre Lou Ann con maderas del aserradero. A los quince años ya puedo manejar el serrucho y la garlopa que mi padre dejó abandonados el día de su fuga. Rajo las tablas, tomé la medida del cadáver. Después de la muerte su delegado cuerpo se ha llenado de resonancias y comprendo que mañana no enterraremos un saco vacío. Envuelta en la mortaja blanca, sus cabellos adornados con flores y el crucifijo entre las manos, es mucho más negra, más hermosa. Orientaremos sus pies hacia el este, la cabeza al poniente para que en su sepultura pueda fluir correctamente el río de nuestros antepasados enriquecido con la experiencia de ella, las voces que me oyó y las sombras invisibles de sus futuros nietos.

Cuando me enseñó a leer, me entregó la Biblia de mi padre en cuya primera página había escrito este jubileo:

¡O libertad!
¡O libertad!
¡O libertad sobre mí!
Antes que esclavo
prefiero morir.
!Y libre!
¡Y libre!
marcharme a la casa del Señor!

En medio de los ekobios de la hacienda y de los que han llegado de las plantaciones vecinas, mi madre aprieta los dientes y se lleva su gran secreto:

—Tu padre se fugó con Denmark Vesey a organizar el levantamiento contra los amos.

Mientras bailaban y cantan alrededor de su cadáver, mirándome por debajo de los párpados cerrados, me agarra la mano como cuando me llevaba al culto los domingos.

—Nathaniel predicaba que el bautizo cristiano nos libera de los amos y nos hace esclavos del Señor.

Alpheus Turner, su mujer y sus hijos estuvieron aquí un rato. Rezan frente al ataúd de mi madre y no se avergonzaron ni sienten ningún remordimiento por haberla mantenido esclava hasta su muerte.

—Tu padre enseña que no siempre en este país nosotros los negros hemos sido esclavos de por vida. En New Haven y New Hampshire servían por un número de años y luego quedaban libres. El Cuerpo de las Libertades prohibía en Massachusetts todo convenio o compromiso de esclavitud. Y en New England, afirmaba, tuvimos «gobernadores» elegidos por nosotros los ekobios.

Como sabía que no estaba muerta, clavo sin mayor pena la caja con el pesado martillo de mi padre. Quedaba con la obligación de cumplir sus deseos en esta vida.

—Nathaniel siempre predicó que no se debe escuchar a los pastores blancos o negros que predicán la obediencia a los amos. Por el contrario, aconsejaba que todo esclavo antes de huir debe robar un arma, incendiar las plantaciones y envenenar a sus dueños.

Muy pocos concurrieron a sepultar a mi madre. Llovía y los relámpagos comienzan a abrirle el camino hacia los ancestros. A lo largo del recorrido me iba repitiendo:

—Tu abuela decía que eres protegido de Changó, el gran oricha de la guerra, fabricante de centellas.

Permanecí orando con las rodillas en el barro hasta mucho tiempo después de que todos se alejaron. Al oscurecer, los difuntos salieron de las tumbas y me acompañan con sus letanías. Unos tienen marcado el carrillo derecho con la letra «R» por haber robado una gallina. Apretándose contra mi cuerpo, buscando un poco de calor en su fatigada vida, me cuentan que trabajaron veinte horas diarias sin conocer el descanso. Un anciano sepultado en Screven County fue colgado muy joven, recién venido de Angola, solo porque arrebató el foete al amo que quería azotarlo. Otro me confiesa: «Yo maté a mi ama cuando me hizo flagelar por vigésima quinta vez». Una ekobia abraza a su pequeño hijo sin cabeza. Lo había decapitado al nacer porque el amo se lo engendró con violencia.

Cuando las luciérnagas se apagaron para que me alumbrara con mi propia luz, escucho la voz de mi padre:

—No habrá un solo ekobio realmente libre en este país mientras persista la esclavitud. No olvides que en Haití solo se logró la libertad cuando los negros victoriosos pudieron fundar su propia república.

Se rajó la tierra de las sepulturas y las flores encienden su perfume rojo. Recojo puñados hasta hacer una corona de vientos y la cuelgo de la cruz que yo mismo he hecho con trozos de madera verde.

Mientras tanto, incansable, mi padre proseguirá alimentándome con su experiencia:

—El primer paso hacia la rebelión es sentirse libre aunque se esté encadenado, ofendido o muerto. El segundo, unirse a la familia del muntu. El tercero, y más importante, aprovechar la sabiduría de los ancestros.

La primera vez, Agne Brown, que te planteaste el dilema de lo que eres, de lo que habías sido y de lo que debes ser, fue aquella mañana en que encuentras a tus condiscípulos negros y blancos sentados a la puerta del aula, impidiendo que el profesor Harrington entre a dictar su clase de Historia de África:

—¡Abajo el racismo!

—¡Queremos profesores negros!

Te detienes. En tu dormida conciencia revivió aquel lejano incidente, sueño o realidad en que otros gritos y otras pancartas te gritan, sin que entonces comprendieras su significado: «¡Fuera la negra!». Avanzarás. Aún no te percatas de que detrás de ti venía el profesor Harrington. Lee los carteles. Sobre la pared han escrito una frase rechazando sus conceptos. «Abajo la misión “civilizadora” del hombre blanco». Se detuvo frente a sus discípulos. Sonríe pero el temblor en los labios denunciaba su cólera. «Comité de Estudiantes No Violentos». Entre los blancos que se oponían al mitin reconociste al ekobio que te gritaba:

—¡*Nigger* racista!

Pero no se atreverán a saltar sobre los cuerpos de sus compañeros. Fue en ese momento cuando adviertes que el profesor Harrington está a tu lado. Dos días antes habías disentido con el líder sobre la diferencia que había entre una negra como tú, nacida en el sur y adoptada por un reverendo blanco y uno cualquiera de los *cats* criados en los *slums* de las grandes ciudades norteamericanas.

—No olvides que mi padre fue ahorcado.

Te respondió con rencor:

—Hay muchas maneras de linchar a un negro. Yo vi morir a mi madre aplastada por un caterpillar cuando se resistía a que nos derrumbaran nuestro rancho.

El profesor Harrington quiso comprobar hasta qué grado sus derechos son pisoteados por sus alumnos y pretende romper el nudo de las manos. El líder a sus pies, otro blanco, le gritó enfurecido:

—¡Atrás el racista!

Perdiste la noción de ti misma. El profesor, hasta ese instante encarnaba algo de la prédica liberadora de tu padrastro: «Al negro hay que darle la oportunidad».

—¿Oportunidad para qué? El negro en Norteamérica tenía señalado su lugar en el sur y en el norte: siempre oprimido.

Debías elegir tu sitio: al lado de los que defienden el paternalismo del profesor Harrington o sentada entre los jóvenes radicales, blancos y negros.

En aquel momento de tu infancia, ahora puedes recordarlo, preferiste desafiar la mirada agresiva de la tía Harriet y cruzar la puerta de la escuelita donde los blancos te impedían entrar. Ahora, sin embargo, son tus ekobios los que te atajan el paso e insultan:

—¡Nigger!

Volviste el rostro tratando de encontrar las caras de los negros que apoyaban al profesor, pero estás sola, habían desaparecido. Entonces decides sentarte al lado de tus ekobios.

A lo lejos, en el patio, por los corredores resonaban las botas de la Policía. El alarido de las sirenas ensordece. Los gases humedecían los ojos. Tus compañeros huyen de los uniformados que les perseguían con sus cachiporras. Negros y blancos les gritan desde los balcones:

—¡Muera el fascismo!

Arremetieron con sus bolillos contra vuestras cabezas y costillas. Rememora Agne Brown. No es la primera vez que oyes y mirabas sus colmillos. La loba blanca tiene quinientos años de estar mordiendo tus carnes.

Lo habías dejado leyendo al quedarte dormida y al despertar, sin que supieras cuánto tiempo estuviste ausente, lo encuentras allí frente a ti, aún leyendo la Biblia. No era la primera vez, Agne Brown, que observabas a tu padrastro sumergido en la lectura sagrada durante toda la noche... pero antes, ya lo sabías a pesar de tus cortos años, nunca lo hizo tan afanosamente por ti: «Mañana irás a la escuela». Temerosa de que también fuera parte de tus sueños, buscas angustiada los uniformes azules y los zapatos blancos que había comprado conjuntamente para ti y Susan. «Las dos tienen la misma talla», explicó la modista después de medir la altura de los hombros y la cintura de tu hermanastra. La mujer echa una mirada por encima de sus gafas y las arrugas de su frente se acentuaron con solo verte allí, juntos los pies, sonriente, ilusionada con tu uniforme nuevo.

—¿Tomará usted las medidas a mi otra hija?

Las palabras del reverendo no alcanzan a borrar su perplejidad. La costurera afirmó con un gesto indescriptible y se retira de tu lado aligerada del compromiso de poner sus manos sobre tu cuerpo. Tú no podías imaginarte por qué aquellas manos acostumbradas a confeccionar los trajes de las niñas blancas, se resistían a tocarte.

—Mañana irás a la escuela.

La frase repetida fue perdiendo la irrealidad de los sueños. No estarías sola, rodeada de rostros blancos, pues a tu lado presentes la permanente compañía de Susan en quien ya no ves otra blanca, sino la pálida sombra de tu cuerpo. Pero te preocupa imaginar que tu padrastro, siempre dispuesto a ofrecerte su mano protectora, no estaría allí a tu lado. Tampoco la «tía» Ann podrá indicarte cómo responder a las preguntas maliciosas de tus condiscípulas. Tú puedes presentir lo insólito de aquella incursión al mundo de los blancos, pero nunca sospechar cuán importante te has convertido ante tus propios ojos. Y llega la hora en que realmente vestías tu uniforme azul, igual que

Susan. Marchaban agarradas de las manos del reverendo. Lentamente abandonan las calles que circundan la casona. Todavía recorrerán un largo tramo casi despoblado, a lo largo del río hasta llegar a la más apartada escuela del distrito urbano. Parlanchina, acicateada por un vivo deseo de adelantarte a las experiencias, preguntas sin reposo a tu padrastro acerca de lo que serían tus maestras y lo que van a enseñarte. Susan se adelantaba a las respuestas para fabular cosas que ella también ignora. No advertías que las señoras asomadas a las ventanas o formando corrillos en las puertas les miran pasar en silencio para luego murmurar. Algunas volvían la espalda, ocultándose detrás del seco golpe de las puertas. Solo tu padrastro oía, observa y adelantará los pasos con firmeza, sujetando suavemente las manos de ustedes dos. Tampoco pudiste sospechar que un reducido grupo de parroquianos los espera frente a la escuela. Tú, pequeña Agne, te has convertido en el gorgojo que carcome su seguridad. Callaron. Se miran indecisos cuando el reverendo se acerca con su Biblia bajo el brazo y sus dos «hijas» de las manos. Alguien del grupo debió sentir que sus músculos se doblagan y dejó un vacío en el círculo que obstaculiza la entrada. Susan tiró con fuerza de la mano de tu padre, para introducirse por el espacio abierto. Ni tú misma sospechas que aquella gente haya leído toda la noche las sagradas palabras de Jehová reveladoras de su amor por el pueblo escogido y que desayunaran muy temprano con pan de piedra y sorbos biliosos de café para escupirte. Detrás de Susan apenas eras una chiquilla ansiosa de encontrar su puesto en la escuela entre otras niñas. Todavía la «tía» Ann no te ha revelado que debajo de cada piedra se oculta una sombra. El reverendo saludó a los extraños con movimiento de cabeza impedido de mover sus manos amarradas a las vuestras. Casi arrastrada, penetras por aquella rendija que dejó el parroquiano fugitivo. Siguieron por el patio de la escuela, sin que oigas los gritos a tus espaldas.

El largo corredor que separa la verja de la puerta está patrullado por mujeres y hombres que agitaban pancartas. Imaginas que son banderas y quisiste preguntar a tu padrastro a dónde marchaba aquella gente, pero se había quedado atrás, atropellado por los que alzan sus puños amenazantes. Tú y Susan avanzan solas, la negra y la blanca, todavía las manos agarradas. Soñaban con cartillas, cuadernos, lápices y hasta con las sonrisas de la maestra y de las nuevas amiguitas. Suben por las escaleras del patio. Agne Brown, todos ellos estaban allí conjurados para protestar por tu presencia. Tu inocencia de negra entre los colmillos de la loba blanca. Pronto te desgarrarían la ropa, deshilarán la nube de tus ojos, rompen la frescura de tu sonrisa, tus sueños. Aun cuando no lo sospechas, eras la alumna más esperada esa mañana en la escuelita de Lawrence.

Habrías penetrado por la gran puerta sin enterarte de nada, si Susan, a cuya mano te agarras, no se hubiera detenido al ver a la tía Harriet. La recuerdas por aquella mirada de fuego que quiso reducirte a cenizas cuando apareciste inexplicablemente al lado de su hermano. Sí, allí está ella junto a los que vociferaban palabras que solo hasta ese momento logras oír:

—¡Fuera la negra!

Susan se detiene confundida. Sus piernas giraron en un círculo sin rumbo. Se llevó las manos a los oídos y prorrumpe en llanto. De repente descubres que estabas rodeada de blancos y que todos ellos se han congregado para insultarte. Sin valor para acercarse a la tía que gesticulaba con su puño erguido, insegura, Susan te suelta la mano y echó a correr hacia atrás en busca de tu padrastro. Detrás de los gritos, sereno, aún lee los versículos confiado en que la palabra de Dios derrotaría a los demonios que habitaban aquellos cuerpos. Su hija blanca, agarrándose del brazo, le hizo sentir el calor de la vida. Baja la vista y fue entonces cuando te buscó angustiado en la distancia.

No tenías por qué saberlo, pero tu resolución de quedarte allí plantada frente a la tía Harriet, mordidos los labios, se nutre en la rebeldía que recibiste de tu verdadero padre en aquel último beso después de morir. Recorres sus caras con tus ojos sorprendidos pero ya sombreados por la ira. Los insultos, en vez de aterrorizarte, acrecentaban tu decisión de estarte allí plantada, dispuesta a traspasar las puertas de aquella escuela en la que sueñas entrar con tu uniforme azul y tus zapatos blancos.

—¡Oh, padre mío, perdónalos que no saben lo que hacen!

Las palabras de tu padrastro te llegan confundidas con los graznidos:

—¡Fuera la negra!

Se acercó hasta ti, llevando de la mano a Susan y con voz suave pero con la firmeza con que predicaba, les dice cariñosamente:

—Sigán mis hijas, allá dentro las esperan sus maestras y condiscípulas.

Aprietas bajo el brazo la bolsa con la cartilla y los cuadernos; dirigiste la mirada hacia el interior de la escuela y arrastrando a tu hermanastra, todavía llorosa, avanzaste hasta unirme a la fila, ignorante de que habías ganado tu primera batalla.

Los jóvenes de la plantación nos reuníamos en las noches bajo los robles para oír la palabra de los ancianos. Sin que lo advirtiéramos, los difuntos escuchaban y alimentan nuestra conversación desde las ramas. El mismo diálogo iniciado en África a la sombra del baobab:

—En la huida siempre habrá un ekobio que nos esconda.

Desde luego, no faltaba la cobardía recortando el horizonte:

—Lo peor, Nat, son los inviernos. El camino de los fugitivos está sembrado de esqueletos blanqueados por la nieve.

Por allá andaba mi padre. Pero también está aquí conmigo. Me sentaba sobre sus piernas para cantarme arrullos de cuna que no he olvidado.

El Señor me llama
pronuncia mi nombre en el trueno
su trompeta resuena en mi alma.

Cuando estoy en el aserradero, sentía que apoyaba su mano sobre mi puño para gritarme en el vaivén del cepillo:

—¡Ven! ¡Vente! ¡Ven! ¡Vente!

Escondido en el galpón de las gallinas resuena su voz cada vez que cantaba el gallo:

—¡Te esperooo!

La gran revelación fue aquella noche en que leía a los ekobios el *Llamamiento* de David Walker. Para que el gallo no cantara lo habíamos encerrado en un cajón. Mi acento perdió su tono. Tiene el calor que solo podían infundirle los difuntos cuando hablan por los vivos. Los que me rodeaban también lo advierten. Mi padre leía por mí:

«... pero yo os digo, creed en esto: no es más dañino para ti matar a un hombre que trata de asesinarte que tomar un vaso de agua cuando estás sediento...».

Después, durante todas las noches, mi padre me llama con angustia:

No hay lluvia que te moje
ni sol que queme tus espaldas.
¡Oh, creyente sigue tu marcha!
¡Marcha seguro...!
Yo quiero llegar a casa.

Amanece el día en que inevitablemente debía escapar. Conocí entonces el interminable camino de la fraternidad: los ekobios me esconden en sus cabañas, compartían conmigo su pan, me traen agua a lo más apartado del bosque. Todos me animan. «Yo conocí a tu padre». Más allá su voz desdoblada en otra vida: «Aquí estuvo predicando y cuatro ekobios se fugaron con él». Lo habían visto en Alabama, río arriba por Memphis. Comparto el calor de las fogatas entre los creeks de Oklahoma. Pero todos los rastros conducen a Georgia:

—En los pantanos de la Ciénaga Sombria se reúnen los vivos y los muertos a conspirar contra los amos.

Mi padre, Agne Brown, debía encontrarse allí.

Volver desde West Virginia a Georgia es marchar contra el gran río de los fugitivos. Los ekobios escapados de Mississippi y Alabama no desean beber sus antiguas pesadillas. Empecé el retorno solo, descubridor de mis propias huellas. Escondido en el día espero que las estrellas me guíen en las noches por entre los riscos de las Montañas Azules. Pero realmente siempre estoy acompañado. Los bosques, los ríos, las cuevas esconden a los perseguidos del hombre blanco: los osos con sus caras chamuscadas por la pólvora, las serpientes sin rabos, el puma tuerto por las balas. Conviviendo con ellos, habitantes del mismo exilio, también encontré a otros ekobios fugitivos. Madres e hijos se confunden con las piedras. Dormíamos cada noche en sitios distintos, siempre alejándonos de las casas con perros, hasta que desnudo, alcanzo la orilla de los pantanos.

En las primeras noches dormí en las cabañas de los esclavos aún sujetos al yugo del amo en los arrozales. Ancianos resignados a la muerte; mujeres que descansan trenzando los cabellos de sus hijas después de una jornada de dieciocho y veinte horas de recolección. Apenas los jóvenes hablaban de «fugas». Lluve y hay días en que el

sol se pasaba oculto. Entre tizones de candela, estiradas sus siluetas por el humo del tabaco, nunca supe si mis protectores realmente vivían:

—En la Ciénaga, al oscurecer, se escuchan tambores. De una orilla a la otra podrás ver las luces de sus gritos llevando y trayendo las palabras.

Los ekobios venidos de Haití me hablaban del padre Toussaint L' Ouverture y del rey Christophe. Otro, llegado de New Orleans, me cuenta que Yemayá, la oricha de las aguas, dormía en el fondo de la Ciénaga. Inútilmente quisimos despertarla llamándola desde la orilla. Hasta la noche en que vino a buscarme el anciano en un bote construido con pieles de lagartos. Alguien lo había mandado a recogerme y me dice que recuerda haberme visto quinientos años atrás en una olvidada aldea africana. Desnudo, su piel está tejida con sombras de pájaros. Hundía el remo y sus golpes no dejan huella sobre la superficie de las aguas. Alejado de la orilla esperamos la salida de la luna. Los sapos me ensordecían. A nuestro alrededor, entre las matas de juncos, se asoman las lenguas del fuego fatuo.

—Es el respiro de los muertos.

Arrojé la piedra lo más lejos que pude. La respuesta fue un trueno que se prolongó en un persistente tamborileo.

—Ese es Bouckman llamando a sus cimarrones.

La segunda piedra revolvió el vientre turbio de la Ciénaga. Nos quedamos en silencio. Sentí frío. Se abren las aguas y una nube blanca avanzó hasta nosotros. Adivino que es algo vivo porque dejaba huellas sobre las ondas.

—Sé que andas en mi búsqueda.

Creí reconocer su voz. Deja caer las palabras lentamente como mi padre. Pero estoy equivocado. Sus ojos son mucho más rojos.

—Soy Gabriel Prosser, soy Denmark Vesey, soy tu padre, soy Nagó memoria de todos los rebeldes del continente. ¡Escúchame!

El boga anciano ha desaparecido. Era apenas mi propia sombra. No sé si ando libre o sepultado. Oigo:

—Ten cuidado de los traidores. Cuando me llamaba Gabriel Prosser propicié el levantamiento de Henrico, en el Condado de Virginia. Dos ekobios denunciaron nuestro plan a los blancos y pronto el gobernador Monroe moviliza contra nosotros a seiscientos hombres. La batalla tendrá lugar en las afueras de Richmond. Mil ekobios resistimos con cuchillos, machetes y ganzúas. «Libertad o muerte», gritábamos. Pocos días después treinta y cuatro de nosotros subimos por el camino vertical de la horca. Ya al regresar de la muerte nos alcanzó uno de los cuatro cabecillas sobrevivientes. Nos llama con desespero. Se había suicidado. Nat, ahora te repito, cuídate de los traidores.

La barca se sacudió abordada por otra persona. Sin embargo, frente a mí, sentado en el lado opuesto, solo persiste el rugoso muro de la sombra:

—Te conozco desde que eras un pequeño. Tu madre te envolvía entre pañales.

—¡Denmark Vesey! —me atrevo a responder— ¡Ella me habló tantas veces de ti!

Estira su dedo y sobre mi frente revivió las invisibles culebras de Legba. La luz ilumina mi cara.

—Has sido señalado por el fuego de Changó para que convoques la violencia y la destrucción contra la esclavitud. En un año, solo en Louisiana han estallado cuatrocientas sublevaciones. La tuya sin embargo, será la que levante el puño ensangrentado de las futuras generaciones.

Mientras me hablaba, iluminándose, descubro en la sombra el rostro de mi padre.

—Durante los años que precedieron a la rebelión me he cambiado de nombre muchas veces. Utilizando cartas de libertad de ekobios difuntos, llevo los mensajes de Denmark a los conspiradores de Hampton y Darlington. ¡Más de nueve mil ekobios comprometidos en la revuelta! Apenas disponíamos de doscientas cincuenta picas. Denmark decide esperar un cargamento de fusiles prometido por los ekobios libres de Haití. Pero la delación, ahora de un blanco que alerta a los amos nos costó cuarenta y siete ahorcados y ciento veintinueve ekobios detenidos, rotos sus huesos, mutiladas sus lenguas.

Las palabras de mi padre brotaban del cieno pantanoso:

—Nat, no me busques. Regresa a Jerusalén y prepara la revuelta. El silencio será tu escudo, la sorpresa tu mejor espada.

Para venir a Harlem me he puesto la falda azul que tanto le gustaba. Hace una semana, después de que mi hermana Susan se marchara al oeste, mi padrastro decidió venirse a vivir a New York. Quiero sorprender a Joe. Avancé por las calles. Dos, tres veces... escuché mi nombre pronunciado detrás de una puerta o en el grupo de las personas que gritaban y ríen en las esquinas. Me detengo frente a la anciana que cargaba un pequeño nieto sobre sus rodillas. Al verla tuve el presentimiento de encontrar a mi madre revivida. Pero la visión no puede resistir mi mirada y se desvaneció mucho antes que pudiera rozarla.

Aunque recuerdo la dirección que Joe envió a la «tía» Ann, remiro los números que él mismo había escrito en el sobre. En la esquina me acerco al ekobio que dirigía el tránsito. Nunca antes estuve plantada ante un guardia tan alto. Debo alzar la mirada. Sin reparar en mí, levantó un brazo y gira el otro para indicar el paso a

los automóviles. Finalmente, con gran ceremonia toma la carta que le extendía y descifró los números sin dificultad.

—Sí, señorita, siga esta calle y en la tercera casa, más allá de la próxima esquina, debe vivir el tal Joe Stephens que usted busca.

Un empujón me estrelló inesperadamente contra los jamones que colgaban de una puerta. Alguien me pide «perdón». Pero ese alguien, un cincuentón de gafas y paraguas, prosigue diciendo frases sin sentido. Un muchacho descalzo, la gorra rota, se me acercó con la mano extendida.

—¡*Mam*, deme un *dime*!

Instintivamente, sin mirarlo, abrí la cartera y le entrego un cuarto. El muchacho se quedó perplejo con su brazo alargado, empuñando la moneda. Entonces es cuando reparo en su gorra ladeada y superpongo en su cara pícara el rostro de Joe cuando lo conocí en la cocina de la «tía» Ann. Otro empujón, ahora de una señora, me hace girar en redondo.

—¡No se plante en la mitad!

Recogí mis hombros, el sombrero ladeado. «¡Qué idiotez!», pienso, sin estar segura de si me recriminaba a mí misma.

El edificio tenía un frente común para todas las casas del bloque. Cuatro o cinco pisos grasientos se superponen y alzaban contra un cielo oscuro. «La escalera al Cielo suele estar llena de peldaños rotos y ocultos, pero un alma pura, entregada por entero al Señor, encontrará el camino de la luz». Mi padrastro me acompaña aun cuando unos momentos antes lo hubiera dejado en la capilla del barrio. De los balcones cuelgan ropas descoloridas. Olores conocidos acosaban mi olfato: la canela de Ceilán y los clavos de las Molucas con que «tía» Ann sazona sus guisos. El negrohumo de las chimeneas barnizaba hasta los rostros. Sobre los escalones de la entrada varios pequeños conversan a gritos con otros sentados en la acera

de enfrente. De pie, contra el marco de la puerta, una jovencita con la boca pintarrajeada me espera desde que la amasaron sus padres. Sin dejar de mascar chicle me observa con sus zapatos de caucho y las medias a mitad de la pantorrilla.

—¿A quién busca?

Grité el nombre de Joe Stephens y una sombra oscureció su rostro. Los otros niños se acercan a oler la frescura de mi traje limpio.

—En esta casa viven más de veinte Joes, alguien de ellos podrá apellidarse Stephens, pero por su nombre no lo hallará nunca. ¿Cómo es su pelo? ¿Usa chancletas o botines?

Cada pregunta aumenta mi turbación. Lo cierto es que no podía mencionar un rasgo particular en Joe. Tengo exactamente tres años de no verlo e ignoraba cómo se peina el pelo y si usa zapatos o sandalias. Uno de los niños adelantó un rasgo identificador:

—¿Será alguien que toca el banjo?

Recibí un baño de luz.

—¡Sí! ¡Sí!

No esperó más aclaración y se introduce a las carreras en el interior del edificio.

—¡Venga! ¡Venga! La llevaré donde él.

—¡Debe estar que ronca! —me grita otro.

Dos caras más se apostaron a mis lados. La quinceañera deja de mascar chicle y ahora me miraba con ojos turbios la malicia resbálndole sobre el rostro.

—Más vale que espere aquí...

Me detengo cuando había pisado el primer escalón. El aire asfixiante recorría el corredor, pero son sus ojos los que paralizaban mis movimientos. Me encuentro al pie de una escalera de hierro que conducía a los pisos superiores. Su otro extremo baja al sótano y se pierde detrás de unas ventanas que no dejan filtrar el sol. Por la

semioscura espiral de luz alcanzo a ver la cabellera roja que brilla en lo alto con sus alambres de cobre. La boca ladeada me gritó en un dialecto irrepetible:

—Mi hombre duerme.

Bajé la cabeza y un cosquilleo en la garganta me adelgaza la voz:

—Traigo una carta de su madre.

La mostré como prueba de mi inocencia. Uno de los muchachos me la arrebató y antes de que terminara la frase, el sobre zigzagueaba baranda arriba agitado por las manos. La pelirroja recoge la carta y el estrépito de su puerta resonó en todos los rincones.

—Si quiere ver a Joe, visítelo en el West End Blues Bar. Más tranquila, volvió a masticar el chicle:

—Es una bailarina inmunda que no se merece ese muchacho.

Lentamente, oyendo y desoyendo, me retiro. En la calle la pandilla me rodea pidiéndome dinero:

—¡Yo le llevé la carta!

—Si no es por mí, no da nunca con él.

—Me está enseñando a tocar el banjo.

Saco un billete de la cartera y antes de que pudiera cerciorarme de su valor, desapareció entre las manos de los niños.

¡Harlem me había abierto sus puertas!

El abuelo Burghardt Du Bois morirá en Accra y un año después, ahí en Ghana, se reincorporará a la sombra de Malcolm para regresar a su América. Me dice:

—Agne Brown, nací en el mismo año en que fue proclamada la Decimocuarta Enmienda Constitucional. Estoy señalado por Kanuri mai para que mi pensamiento rebelde se inspire, muera y renazca en el Niágara.

En una gota de agua viajo en la palma de su mano por entre las grandes cataratas que no dejan de caer.

—La vida es un eterno retornar al futuro. Solo el olvido de las experiencias vividas por nuestros ancestros nos conduce a la verdadera muerte.

Entreabrió el muro de aguas y me abandona sobre las polvorientas espumas del recuerdo. Las rocas hasta entonces aparentemente dormidas comienzan a moverse. Adams, Howells, Ferrand, Trotter, Dewey, Millholland, Barben, Villard... escritores, maestros, sacerdotes, músicos y artistas, ayudan al viejo Du Bois que esculpe su *Manifiesto* sobre las duras piedras. Podía mirar las ocho caras del tiempo, sus horizontes altos y profundos.

Dejó de tallar.

—Antes de que el muntu pisara la tierra del exilio, este sitio y esta hora estaban señalados para que encuentres a los combatientes hijos de Changó. Tápate los oídos y escucha. Sus palabras me iluminaban antes de pronunciarlas.

—Ten cuidado con la luz, Agne Brown, la llama puede quemar el puño que la sostiene. Ansioso de alcanzar el sol me olvidé de que desde su altura da vida simultáneamente a la nube y al barro. Ahora mi afán de difunto es aprender de la inagotable experiencia de mi pueblo.

Hijo de negra esclava, en su sangre nadan abuelos franceses y alemanes. Pero es su ancestro africano, Kanuri mai, quien le rajó la frente para alumbrar su pensamiento.

Sorprendida advertí que mis pasos se ajustan a sus huellas como si en otros tiempos venideros las hubiese dibujado con mis propios pies.

Agne Brown, si oyes mi palabra descubrirás el grano de luz que yace oculto en las sombras, el mundo espiritual que permitió sobrevivir

a nuestros mayores en el infierno de la plantación. Entre el rumor de las cataratas podrás escuchar el coro de voces lejanas:

Camino hacía el camposanto
con mi cuerpo a cuesta.
La luna estará despierta
cuando viaje a la medianoche
entre el brillo de las estrellas.
Rumbo a las alturas
bajo a mi sepultura
con los brazos abiertos.

Seré juzgado al amanecer
y mi *soul*
y el de Dios
se reunirán
cuando deje enterrado mi cuerpo.

—Examina tu alma a la luz de dos lámparas y te explicarás la penumbra de tu doble existencia. Nadie, sino tú, escogida por Legba, podrá tener conciencia de tus dos mundos: África viviendo en el alma de América. El destino de nuestra sangre es encender un nuevo renacimiento en el corazón anciano de la humanidad.

De nuevo escucho el canto de los ancestros sobreponiéndose al rugir de las aguas:

¡Miguel, saca el bote a tierra
y escucharás su trompeta,
escucharás el llamado de su trompeta
la trompeta despertando al mundo

sonando para los ricos y los pobres
la trompeta tocando a jubileo
la trompeta sonando para ti y para mí
la trompeta sonando para los dos
para todos sonando la trompeta!

Súbete al cadalso, Agne Brown, y toca mis manos amoratadas. Las botas están apenas a medio metro de altura del piso. Seguramente me miras mucho más largo. Creo que cuando me colgaron mis huesos aún crecían. Puedes fijarte que me han arrancado las uñas de las manos. No quieren creer que una rebelión que mantuvo en desasosiego a todos los amos del sur pudiera ser organizada y dirigida por un solo negro, por el temido Nat Turner. Después, cuando se convencieron de que las torturas endurecían mi silencio, deciden sobornar mis sentimientos religiosos:

—Si nos confiesas los nombres de tus compinches, el Señor se apiadará de tus crímenes.

Pretendían que besara la Biblia. La lengua hendida y los labios rotos todavía me ayudan para gritarles:

—Dios odia tanto a ustedes los esclavistas que envió plagas y fuego sobre vuestros primeros padres.

Agne Brown, ya ves, torturan a mi mujer y a mis dos pequeños. Hace meses que no los veo. Ahora por sus gritos, descubrí que están en la celda contigua. Nada pueden arrancarles. George Boxley me había alertado de que la rebelión debe hacerse a espaldas de las mujeres y de los niños. Los azotan desde ayer.

Al subir al patíbulo, entre los ekobios que me despiden con llanto, alcancé a divisar, silenciosa, a una familia de blancos. La semana pasada impidí que fueran asesinados. Entonces les digo:

—Sois tan miserables y oprimidos como nosotros. Despertad y dejaréis de ser esclavos.

El padre no se atreve a levantar el brazo para agradecerme su vida, pero adiviné que nunca más se sentiría superior a un negro.

La mañana es clara en Jerusalén. Vuelan los pájaros y un caballo relincha en la distancia. Se acercaban en tropel los difuntos. También están presentes mis hijos, la interminable descendencia de héroes que no puede abarcar mi mirada extendida hacia el futuro.

El Señor me llamó Sojourner porque viajo de un lado para el otro descubriendo los pecados que andan escondidos en la gente. Después le pido que me diera otro nombre, pues todos sus hijos poseen dos. Y el Señor me llamó Truth para que predicara la verdad entre mi pueblo

Desde entonces, viva o muerta, me ilumina el Espíritu Santo contra la injusticia y la esclavitud. Apedreada por los esclavistas en los mítines, nunca la sangre de mis dientes apagó el fuego de mis palabras. Peso me fue más difícil preservar mi libertad y la de otros que obtenerla. Libre por la abolición de la esclavitud, en el Estado de New York debo defender a mi hijo Peter, de solo ocho años, vendido a un negrero de Alabama. Demandé justicia y los jueces sorprendidos escuchaban la luz de mi verbo, fuego de Dios. Así logré que mi hijo vuelva al campo de los libres. Como la sombra de la esclavitud persigue a los manumisos, dirijo mis pasos detrás de los cazadores de esclavos. En el sur no se nos permite portar armas, tener perros guardianes o utilizar venenos. Se nos exigen salvoconductos para trasladarnos de un lugar a otro. En algunos Estados se nos prohíbe el retorno desde el norte, impidiéndonos visitar a los familiares todavía esclavizados.

En North Carolina las leyes me arrebatan la vida de un niño. Los jueces blancos, las leyes blancas, permitieron que se le llevara a la

horca por haber robado cinco dólares a un ama de las que se dicen cristianas.

Yo misma fui acusada por otro blanco de haber asesinado a un hombre pobre. El muy pervertido espera que el tribunal me sentencie a muerte y corte mi lengua. Otra vez el Señor habló por mí y los jueces, deslumbrados por mis argumentos no solo me declararon inocente sino que condenan a mi temerario acusador a indemnizarme con ciento veinticinco dólares, sanción nunca antes aprobada en favor de un negro.

Tío Saudey, quien había comprado su libertad por tres mil doscientos dólares, cuando los cazadores de esclavos fugitivos pretenden capturarlo, prefirió hundir la navaja en su cadera, desjarrarse el tobillo y tras de cortarse los dedos de su mano derecha, esgrimiendo el hacha ensangrentada en su único puño, desafía a sus captores a que lo aprisionen vivo.

En New Orleans François Ricou, liberto, se arrienda voluntariamente al amo de su novia por siete años hasta lograr su libertad.

Nuestra decisión de ser libres no se encoge ante el terror ni mide los sacrificios.

Cuando el espíritu del Señor me llamó al combate había cumplido cincuenta años. «Debo ir», le respondo. Dejé a mis hijos y comienzo la prédica con unas cuantas monedas en mi bolsa. Mi pensamiento está fijo en las grandes cosas de Dios, en la libertad, nunca en los pequeños riesgos por alcanzarla.

Susan llega a New York una noche empantanada. La lluvia la persiguió a lo largo de la carretera y te sorprende que la vieja camioneta, pese a sus retobos, hubiera podido cruzar el continente desde San Francisco. Desembarcó una docena de gatos, llena tu cuarto de olor a gasolina y luego te hizo brindar por los años vividos en Lawrence.

Habías dejado de ver a tu hermanastra desde que abandonó la vieja casona huyendo del puritanismo de su padre.

—¡Anda, chica, vamos a buscar a Joe aunque esté en el fondo de los infiernos!

Cierras la Biblia y te revolviste en la cama con hostigante ansiedad. Frente al espejo ponía tonos azules sobre sus párpados.

—Ya es tiempo de que te quites el cinturón de castidad que te puso mi padre. Te he visto desnuda y puedo afirmar que podrías satisfacer al oso más exigente. ¡Pero, chica, deja esa Biblia! Los hombres de hoy no quieren perder su tiempo ni siquiera abriendo la cremallera en el pantalón de una mujer.

Tú también habías observado su cuerpo espiándola por la cerradura del baño pero tus ojos de niña negra solo curioseaban la diferencia de piel. De repente Susan se acercó a la cama y te arrastra hasta el espejo.

—Ponte tu mejor vestido. Iré a tomar algo a la cafetería. Te espero allí.

Te quedaste sorprendida frente al espejo como si fuera la primera vez que contemplaras tu propio cuerpo. «Huye de las falsas apariencias de Satanás...». Los rincones se pueblan de diablos lujuriosos. Cuchichean, reían. Cerraste los ojos. «¡Pero chica, deja esa Biblia!». Sorprendida observaste que los senos se te endurecen, que tenías tensa la piel y rizados los vellos del bajo vientre. Te inclinaste sobre tu imagen y sientes el impulso de morder tus propios labios.

Decidida, sobreponiéndote a los escrúpulos, regresaste al closet. Ya antes de abrirlo percibes el olor agrio de la ropa, las telarañas envejecidas, los colores desteñidos de tus vestidos. Pero aun después de medirlos sobre tu cuerpo, todavía inhibida por los sermones de tu padrastro, buscaste nuevamente el refugio de la cama. Pero al instante el recuerdo de Joe te hace saltar.

West End Blues Bar.

No estás convencida si lo habías soñado o si responde a la dirección copiada en la lista telefónica. Indecisa, te refugias en el costado de tu hermanastra. El carro avanzó hasta lo más oscuro de la calle. Al detenerse frente al bar, el botones se acerca y abrió la puerta. Te apoyas sobre su mano enguantada para recoger tu larga falda. El presentimiento de encontrarte con Joe te aleja de lo que tocas. Otro negro, el *maitre*, se adelanta a ofrecerles la mesa. Apenas recién hundida en la semioscuridad del *grill* vuelves la cabeza hacia atrás, atraída por el rostro del botones al que realmente no habías mirado. Su espalda ancha te evoca unos hombros sobre los cuales te colgaste desesperadamente. Asustada te agarraste de la mano de Susan. La sala está colmada de parejas blancas. En el apartado rincón, un anciano frente al piano enseña a una rubia la complicada síncopa del jazz. Al sentirse incapaz de seguirlo en los movimientos soltó una carcajada burda y escandalosa. Ahora recuerdas la primera carta que Joe escribió a la «tía» Ann hablándole del viejo que le precedía en su número. Recogiste el programa de la mesa y efectivamente anuncian a Johnny Bess al piano. El nombre de Joe Stephens no figuraba y ni siquiera mencionan el banjo. Sospechas de que el nombre de West End Blues Bar dado por la quinceañera de Harlem hiciera parte de una conspiración contra ti, organizada por la pelirroja y que incluía al agente de tránsito y hasta la pandilla de niños.

Se apagaron las luces y solo chisporrotean las lentejuelas de los cigarrillos. Flotando en un rayo de luz apareció una cara infantil con cabellos rizados y las pestañas maquilladas. Los aplausos acogieron a aquella criatura híbrida con bigotes rasurados.

—¡Es un marica!— afirmó categóricamente Susan.

Tu alma encogida se transportó al púlpito del reverendo Robert. Habías pisado el antro pecaminoso de Satanás y te esfuerzas por no oír una sola palabra. Debías protegerte contra las más vedadas seducciones.

—¿Han escogido su bebida?

El Demonio asume la apariencia de una rebosante muchacha que muestra impúdicamente sus senos.

—¡Aquí está el hombre, viene hasta nosotras desde las islas de Port Royal, cuna del blues sureño: Johnny Bess!

El viejo se acercó al piano, arrastrando los pies. Solo los dedos firmes sobre el teclado le devuelven la vida deshilachada entre los algodonales. Las notas de «Canal Street Blue» saltaron solitarias, meciéndose, para luego confundirse en los espacios y los silencios. Cuánto tiempo estuvo allí no lo sabrás nunca. Solo recuerdas que te despertaron los aplausos cuando se retiraba del piano y la cara feminoide vuelve a anunciar:

—Un número totalmente improvisado para ustedes. Uno de nuestros botones acompañado del banjo les cantará canciones del sur.

Emocionada hincaste las uñas a Susan.

—¡Es él, míralo!

—El mismo que nos recibió a la salida del automóvil. ¡Cómo fue posible que no lo hubiéramos reconocido!

Te retraes acobardada. Joe está allí a pocos pasos, al alcance de tu voz, y sin embargo, lo sientes más lejos que cuando lo evocabas desde Lawrence. ¿Dónde aprendió a mentir, borrando el retenido rencor que siempre ensombrecía su sonrisa? Si la «tía» Ann pudiera verlo con ese corbatín negro y el cabello engomado. Después cantó el viejo blues que su madre le enseñó bajo los manzanos en la casa de Lawrence.

Cuando el Tío Sam llama a nuestro hombre
a la guerra.
¡No llores!
¡No llores!
Simplemente no puede negarse.
¡No lo jales,
esto puede entristecerlo!
No lo jales hacía atrás
por favor.
¡Esto puede matarlo!

Antes de que encendieran las luces, secaste las lágrimas de tu rostro. Susan se puso de pie y trata de arrastrarte.

—¡Vamos a darle un beso!

Mientras tu hermanastra se muestra explosiva, tú te refugias en ti misma.

—Dejemos que pase el temporal de los aplausos.

—¡Qué va, chica! ¡Este es el momento!

Insistió en arrastrarla pero ante tu indecisión, opta por avanzar sola hasta el escenario.

—¡Joe! Joe! —le grita. Ya se disponía a hacer mutis por última vez cuando Susan se abalanzó a su cuello y le besa en la mejilla.

—¡Aquí estoy con Agne!

Todavía avanzó dos pasos tras él, pero luego se detuvo como si la sangre se le hubiese coagulado.

—¡Miserable! —repetía encolerizada al llegar a tu lado— ¡Es un ser despreciable! ¡Vámonos de aquí! ¡Ni siquiera fue capaz de responder!

Pero tú lo habías visto, compartiste su triunfo y te sientes realmente feliz.

—«¡Malcolm, hoy serás asesinado!».

Era tu voz, Agne Brown. Tenías viejos acentos de ekobios a quienes solo he oído hablar aquí en la Casa de los Muertos. Benkos Biohó, Gunga Zumbi, el Aleijaidinho, L' Ouverture, José María Morelos, Bolívar, Nat Turner... Ardía el surco de mi garganta y aflojo el botón de la camisa para desnudarme y repetir ese acto suicida con que todas las noches nos entregamos a la muerte. Asustado veo que las puntas de la corbata se enroscaban en mi puño. Me habías advertido que las serpientes de Legba anunciarían mi retorno.

Comienzo a desprenderme de mi sombra y asustado me asomé al espejo. Contemplo mi cara con su luz desvanecida, mirada futuro hundida en mi larga descendencia de hijos, nietos y tataranietos. Me confunde esta luz invisible que opaca mi presente. Me palpo el cuerpo, vibraba mi *soul* y tengo la certidumbre de que mi muerte sobrevendrá violentamente. «¡Malcolm, hoy serás asesinado!».

Mi padre, antes de que lo sacrificaran, me contó que él y yo seríamos asesinados. En mi familia nacemos con las heridas por donde se nos vaciará la sombra. Los sicarios del Klan le hundieron a golpes el cráneo y luego lo tienden en la carrilera donde el ferrocarril le quebrará los huesos. Muchas veces, todavía no he cumplido cinco años, guía mis dedos sobre sus cicatrices que le aparecerán tres días después de sepultado. Ya para entonces mi padre había visto cómo los blancos lincharon a uno de sus hermanos. Otros cuatro de mis tíos conocerán por anticipado a sus asesinos. Los Little solo somos pequeños de nombre: para dejarnos bajo sepultura nuestros verdugos tienen que abrir grandes hoyos en la tierra.

«¡Malcolm, hoy serás asesinado!».

No tengo por qué sorprenderme. Los jinetes de la Legión Negra ya sabían que mi madre está embarazada de mí cuando quemaron nuestra casa en Omaha. Desde entonces esperarán mi nacimiento,

cuentan los días vividos y escogen el lugar, aquí en Harlem, donde me asesinarán esta tarde.

Detrás, a través de las caras de Nat Turner, Gabriel Prosser y Denmark Vesey que lo alimentaban, entreveo al abuelo Frederick Douglass con su amarga y húmeda sonrisa.

—Solo quienes hayan sufrido las llagas de la esclavitud pueden luchar hasta la muerte por la libertad.

A pesar de sus vértebras sólidas, acusaba la blandura de un niño.

—La última vez que vi a mi madre fue aquella noche en que para besarme debió recorrer de ida y vuelta veinticuatro millas desde la hacienda donde la retienen como esclava.

Frederick nació un día que nunca pudo identificar, en Talbot County, Eastern Shore, en el Estado de Maryland. Rememora los siglos más antiguos de su raza pero no los primeros días de su infancia, porque la noche de la esclavitud había sepultado sus huellas. Los recuerdos comienzan a atormentarlo cuando a los cinco años se encontró en la plantación del coronel Lloyd, lejos de su madre. Desde muy de madrugada, cuando los adultos salen a los cultivos, los niños quedan al desamparo de una esclava a quien deben llamar «tía» Katy, expuestos a sus golpes y ayunos.

Los caminos clandestinos de las voces esclavas pronto llevan noticias a la madre de los sufrimientos y maltratos que padece el pequeño Fred. Esa misma noche, abriéndose paso entre la bruma invernal, llegó a la cabaña de la «tía» Katy donde lo halla atado, hambriento y magullado por los azotes.

—Entonces, Agne Brown, no solo supe que era una criatura humana, sino que pertenecía a alguien distinto del amo: ¡A mi madre!

En la edad en que los niños se sorprenden de la belleza de la creación, Fred intuye lo que le esperaba en la esclavitud. Su único amigo

es el tío Barney, el más anciano esclavo de la plantación del coronel Lloyd. Se escapaban a escondidas por los pantanos a descubrir nidadas de patos salvajes y huevos de lagartos.

—Las mariposas fueron los únicos seres blandos que acariciaron mis manos. Gustaba de mirarlas porque eran libres. Tiene ocho años cuando presencié el asesinato de Bill Demby, un joven esclavo. Bajo la amenaza de ser azotado por el mayordomo, el infeliz se arroja a un estanque. El llanto y los gritos atraen a la servidumbre. Fred me cuenta que escuchaba al infortunado Bill invocando el perdón a nombre del Señor. La respuesta fue un disparo de fusil que tiñó las aguas. Todavía, a pesar de los años transcurridos, al abuelo Frederick se le enturbian los ojos con la imagen del cuerpo ensangrentado de Bill hundiéndose en sus propias lágrimas.

Pero aún más le escocían los latigazos con que el coronel Lloyd azota las espaldas del tío Barney.

—Al verlo lamentarse, de rodillas y con las espaldas flageladas, preferí ser una bestia, un pájaro, menos un esclavo.

Desde entonces la decisión de combatir por la libertad alimentará su vida.

La hija del amo le enseña a leer a escondidas de su padre que no tolera tales libertades. Aprovechándose de pedazos de carbón fue aprendiendo a dibujar las letras en las paredes y pavimentos. Muy lejos está de imaginarse que llegaría a escribir sus propias memorias que despertarían la indignación del mundo contra la esclavitud.

Pero antes de ser libre sus espaldas tienen mucho que aprender de los azotes.

Edward Covey, llamado el quebranta huesos de jóvenes esclavos, se encargará de ajustarle una zurra semanal que le dejaría cicatrices indelebles en sus espaldas. Un día bajo el sol reverberante cae desfallecido entre sus compañeros de faena. La medicina del domador

le devuelve la vida con fuertes garrotazos en la cabeza. En la noche, sobreponiéndose a los huesos rotos, recorrió siete millas hasta la casa del amo en demanda de protección. Su audacia encoleriza al coronel, quien lo vapulea nuevamente antes de devolverlo al trabajo.

Así, los azotes y su creciente juventud fueron endureciendo sus músculos. El muchacho endeble se ha convertido en un robusto mozalbete de dieciséis años. Su cuerpo puede resistir más golpes pero también devolverlos. Cuenta los días, desesperaba, sabe que tarde o temprano habrá de enfrentarse al temido Covey. Y llegará el momento en presencia de los compañeros esclavos. El capataz trató de azotarlo por considerar que se rezaga en el trabajo pero cuando intenta hacerlo, ante su sorpresa, es arrojado al suelo de un puñetazo. Se levanta y enfurecido trata de agredirlo, pero una vez más el joven lo derriba y es entonces cuando descubre que el cachorro se ha convertido en león. El capataz reconoce su impotencia y en vez de insistir, acude a sus mañas de viejo domador: lo obligará a trabajar hasta el desmayo.

—Pero yo también aprendí la lección: cuando un esclavo no puede ser flagelado, ya es mitad libre. Desde entonces tuve el presentimiento de que la esclavitud solo podría ser abatida con sangre.

Esta certidumbre cambiará su postura frente a los esclavistas. Cuando los empleados de un tren quieren sacarlo del vagón reservado a los blancos, se sujetó tan fuertemente al asiento que debieron arrojarlo junto con la silla.

En Indiana se enfrenta al ataque de un grupo de racistas dispuestos a impedirle su discurso. Después de resistir ayudado por otros blancos, sube a la tribuna y con el brazo roto, reposadamente denuncia los horrores de la esclavitud en los Estados sureños.

—¿Por qué, Agne Brown, debo ser yo un esclavo? Esto me repetía constantemente. Decidí huir a la libertad. Solo tengo una vida y me da igual caer asesinado en el camino que morir de rodillas.

Conjuntamente con otros cuatro jóvenes ekobios decide escaparse. Pocas horas antes de la fuga, la hora, el sitio y los elementos con que piensan huir fueron denunciados. Aprehendidos, sujetos en trailla, son forzados a correr detrás de los caballos de la Policía montada que los dejará presos en la cárcel de Easton.

Tenía las espaldas cicatrizadas por los azotes de los amos, remendados los huesos que le quebraron los mayordomos, partida la lengua por los maestros que quieren silenciarle... pero solo ahora en la cárcel sentirá el peso de las cadenas sobre su cuerpo. Al andar, el sol proyecta una larga cola sobre su sombra. Atado a la misma cadena que une los pies y tobillos de jóvenes y ancianos, descubre que los grillos, por muy pesados que sean, no atajan el vuelo de sus sueños. Diariamente, al sol, a la luna, en la ventana de la celda, revolotea la paloma luz que le hace sentirse libre.

Al salir de la cárcel se entera de que el nuevo amo, un tal *mister* Hugh, lo alquila en Baltimore como jornalero para una cuadrilla de estibadores.

En las noches, mientras los ekobios dormían consumidos por el cansancio y el calor de agosto, el joven Frederick permanece despierto siguiéndole los pasos a la Estrella del Norte, solitaria, navegante, libre. Sabía que era el alma de su madre invitándolo a la fuga.

—Los sábados, al regreso de los muelles, toda mi paga, hasta el último centavo iba a dar al bolsillo de mi amo.

Mister Hugh, al menos sabía valorar la mula de su pertenencia. En una ocasión en que Fred se bate contra una cuadrilla de estibadores blancos que lo rechazan por su color, a sabiendas de que se haría reventar otro ojo pero no doblegarse, el amo prudentemente decide retirarlo de los muelles.

El 3 de septiembre de 1834, al cumplir los veintiún años, toma conciencia de su mayoría de edad y decide escaparse. Después de

trabajar en el descargue de un barco, escondido en un zurrón, logra llegar al Estado de New York.

Años después William Coffin al oírlo hablar en un mitin en New Bedford, lo invitará a una convención antiesclavista en Nantucket. El auditorio está constituido solamente por blancos. ¿Sentía temor? ¿Miedo ante quienes han esclavizado su raza? ¿Preocupación de no poder expresar los sufrimientos de sus hermanos oprimidos?

Al aparecer ante el público se oyen voces de descontento. Otros aplaudían. Eleva su voz:

—¡El derecho no tiene sexo, la verdad no posee color, Dios es el padre de todos nosotros y todos nosotros somos hermanos!

La tensión se desgarró en atronadores aplausos. Al terminar su discurso, Coffin con lágrimas en los ojos pregunta al público:

—¿Este orador es un pedazo de propiedad o un hombre?

Los gritos ensordecían, responden una y otra vez:

—¡Un hombre!

—¡Un hombre!

Esta noche colgaron a Shields Green

miraba la alta luna

y lo colgaron de la horca.

La sogá corta

la sogá sucia

no alcanza el cuerno de la luna.

Sus asesinos blancos

nunca vieron su rojo corazón.

¡La alta luna de Shields Green!

Después supe que me han linchado muchas veces... Mientras discutimos el complot con nuestro capitán, John Brown, observamos que los ekobios construyen el cadalso azotados por nuestros verdugos.

«Querido hermano: He sido consciente de las injusticias que hemos sufrido y que han inspirado el noble pero infortunado propósito del capitán John Brown y sus compañeros al proponernos dar libertad por lo menos a un pequeño número de aquellos que ahora sufren bajo crueles e injustas leyes y por no menos crueles e injustos hombres. Para alcanzar esta libertad estuvimos alentados en todos los conceptos conocidos de justicia y humanidad. ¿Podría yo morir por una causa más noble?».

Después de dibujar su firma, John Copeland vino a reunirse con nosotros. Las heridas recién cicatrizadas del capitán Brown han empalidecido tanto sus rojos cabellos y arrugado su cara blanca que en la víspera de su muerte ya tiene el color de los bazimu. A través de las ventanas podemos observar que también han levantado una escalera en el extremo del cadalso. Por ahí subiremos atados los brazos contra el cuerpo. John Brown no aceptará que le quiten su sombrero. Morir por la libertad es un acto meramente cívico aunque la horca esté rodeada por la infantería marina y la caballería.

Shields Green, de Charleston; Lewis Sheridan Leary y su sobrino John Copeland, de Ohio; Dangerfield Newby, de Virginia, y yo, de Pennsylvania, todos negros, estudiantes, esclavos fugitivos, libertos. El capitán Brown y los demás son blancos. En total éramos veintiún combatientes. Once mueren en la lucha, siete serán ahorcados, dos mujeres encarceladas de por vida y solo yo, Osbourne Perry Anderson, soy el único que logrará escapar, designado por Ngáfúa para que transmitiera estas memorias al muntu.

Lo último que cuelgan de los andamios son las horcas que nunca alcanzarán la alta luna de Shields Green.

—Las colocaron demasiado bajas... —comento.

—Son fuertes y podrán resistir —afirmó nuestro capitán.

Aquella noche acudimos precipitadamente a la solitaria granja en las afueras de Harpers Ferry. El capitán Brown regresa desilusionado porque Frederick Douglass no quiso sumarse al levantamiento. Antes de congregarnos en torno a la mesa, bajó las cortinas para que no nos espíen las lechuzas. Todos los complotados estábamos presentes. El capitán nos pasó revista con su mirada azul y profunda, indagando el más oculto sentimiento de cobardía. Sus hijos, su nuera, los jóvenes, los adultos. Finalmente, convencido de que formábamos un muro sin grietas, arañándose sus barbas desde entonces ya ensangrentadas, habló pausadamente:

—Proseguiremos adelante con nuestro plan. Asaltaremos el arsenal de Harpers Ferry y después de repartir las armas a los esclavos que se acerquen a recogerlas, apoyados en ellos, extenderemos la rebelión a todo el sur. Con las debidas precauciones, aquéllos que merecen mi confianza, ya están alertados.

Nuestro cuartel pasa inadvertido en una pequeña granja desde donde podíamos observar los movimientos de los guardias del arsenal. El capitán Brown no recibe visitas. Annie, su hija de dieciséis años, aceitaba las pistolas y trae los alimentos del pueblo. Sus hijos Oliver y Watson han logrado comprar algunos fusiles en los Estados vecinos. Las reuniones son nocturnas y a veces, sorprendidos por el día, pernoctamos en la granja. La pequeña Martha, esposa de Watson, cocinaba y atiende a los obligados convidados. Sus ojos azules de gatita parida siguen nuestros movimientos: apaga las colillas que puedan hacer explotar las municiones; bajaba las cortinas y vigilante se agazapa a espiar detrás de las ventanas. Al sentarnos

a la mesa nuestro capitán lee la Biblia y la luz de los contornos se hace más brillante.

El asalto al arsenal de Harpers Ferry fue al amanecer. La luna de Shields Green se ha enrojecido. Actuamos con tanta rapidez que los gallos no tuvieron tiempo de cantar dos veces antes de que sorprendiéramos a los guardias y tengamos en nuestro poder el arsenal. La escaramuza de los disparos alertó al Ejército y la población blanca se dispone a la defensa. Se rumora que los esclavos capitaneados por John Brown avanzan sobre Charleston. Pero los ekobios, atemorizados, no acudirán a tomar las armas como se había convenido. ¿Cuánto tiempo demorarán en hacerlo?

Mucho antes de que el teniente Stuart ejecute las órdenes de asalto dadas por el coronel Robert Lee, nuestra revuelta está fracasada por la indecisión de los esclavos. Nos atacan y respondíamos el fuego atrincherados en las ventanas. Después, cuando las tropas hayan invadido el interior, resistiremos parapetados detrás de las máquinas y los grandes rollos de alambre. Soldados y civiles intentan derribar las puertas. En la parte trasera, para impedirnos la fuga, han prendido fuego. Oliver y Watson yacen alcanzados por las balas. Juntos, agonizantes, mutuamente se tapan con las manos sus heridas. Su padre solo dejó de disparar para cerciorarse de que ya no respiraban. Los asaltantes se sorprenden de que sobrevivientes y difuntos aún respondamos el fuego. Dangerfield con la cabeza amputada, sigue disparando su rifle desde la ventana. Sheridan todavía arroja granadas contra la tropa con sus dos brazos mutilados. Otros seis, negros y blancos, mezclan sus sangres en el charco del piso. Valido del incendio me arrastro por la alcantarilla. Seré quien escriba el relato de estos momentos. El humo y las heridas permiten que solo siete de nosotros, los que serán colgados, caigan prisioneros.

Sin lavarse las manos manchadas con la sangre de sus hijos, mi capitán Brown prosigue escribiendo la carta que mañana entregará a nuestros carceleros. La había comenzado cuando tendido en el suelo y desangrándose, el gobernador Wise y sus reporteros le interrogan sobre lo que llamaron la inutilidad de su revuelta.

«Ustedes pueden disponer muy fácilmente de mí, ya que podéis hacerlo en el acto, pero aún no está saldada la suerte de la esclavitud y la opresión de los negros. Su fin aún no ha llegado».

Están por nacer los jóvenes para quienes está escrita. Algunos de nuestros ekobios duermen. Otros ya despertaremos en aquella nueva mañana tan distante de esta última noche.

«Yo, John Brown, estoy profundamente convencido de que los crímenes de esta tierra culpable solo serán pagados con sangre. Yo creía, como lo pienso ahora vanamente, ilusionándome a mí mismo, que podría realizarse sin gran mortandad».

—Shields Green, tú que naciste esclavo, al mirar esas Montañas Azules que nos rodean, podrás decir mejor que yo, ¡cuán bello es nuestro país!

—Tiene razón, capitán Brown, no se equivoca usted.

La lluvia moja la plaza donde mis compañeros todavía permanecen colgados de las horcas.

—¡Agne Brown, no busques mi cadáver en la corriente del río Ohio, tu abuela Margaret, rodeada de mis cuatro hijos, sigue viva!

Esta noche espero a Harriet Tubman. Solo ella podrá conducirnos libres y salvos por los caminos secretos que nos lleven al Jordán.

Hace tres días, mi pequeño Louis con solo tres años, sangra de los pies. Pat, el mayorcito de doce, lo ha cargado por entre los pantanos en la huida. Los ekobios de una granja, corriendo el riesgo de que les corten las orejas, ocultan a mis otros dos pequeños: Tony que apenas balbucea su nombre y Ralph de cinco años, a quien yo misma le he enseñado las letras. Espera que esta noche Harriet le traiga el libro de lectura prometido.

Para burlar los sabuesos del amo, he tenido que dejar a mis hijos varias veces, vadear cañadas, sumergirme bajo las aguas heladas y volver sobre mis pasos para reencontrarlos. En el largo viaje desde Kentucky, los ekobios nos han cubierto de paja y dan de comer en estos días de octubre azotados por los vientos del lago Erie. Los días y las noches son tan largos como nuestra angustia, pero en esta madrugada los minutos y segundos no terminarán nunca. Al atardecer, siempre guiados por la Estrella Polar, nos hemos refugiado en una barraca abandonada. Mi pequeño Louis duerme, rendido por el cansancio. A la entrada, Pat permanecerá vigilante aun cuando se le cierren los párpados. Escuchamos el inconfundible ladrido de la jauría que nos perseguirá hasta después de la muerte. Los colmillos de su olfato ya han mordido nuestros talones. No dejarán de ladrar. Tony y Ralph lloran. No podrán olvidar cómo los cazadores blancos matan a su padre cuando se defendía de los perros. La noche a pesar de su oscuridad no alcanza a sepultar sus ladridos. «¡Harriet, salvadora, te llamo en este momento de desolación!». Oigo los gritos y pasos de Pat anunciándome que ya nos rodean. Lo hice entrar y atranco la puerta. No arden los leños para ahuyentar el frío. Dos horas atrás tuve que apagarlos para que no denunciaran nuestro escondrijo. Mi inocente Louis duerme, sueña con un pedazo de pan que no ha dejado de pedirme desde hace días. Pat se asoma por las rendijas. «¡Madre, son dos... cuatro...!». Proseguirá contando aun

después de que yo, su propia madre, le arrebate la vida. «¡Ocho...! ¡Once!». Las lámparas se bambolean multiplicando las sombras. Los fusiles, siguiendo el incansable aullido de los perros, tenían ojos y se alargan. No tiemblo, Agne Brown. La muerte es también un camino hacia la libertad. Descargo el filo de mi machete sobre Pat. Se dobla, los ojos sorprendidos, hundiéndose en la sangre que le inunda la frente. No comprenderá nunca que sea su propia madre quien le parta el grito. Luego, más cerca, dormido, definitivamente, de otro machetazo calmo el hambre de mi pequeño Louis. La puerta se derrumba y son ellas, las lobas blancas las que me impiden degollar a Tony y a Ralph agarrados a mis faldas.

—¡Primero muertos antes de que retornen a vuestra esclavitud!

Agne Brown no busques mi cadáver en la corriente del río Ohio, cerca de Kentucky, donde esta mañana, burlando a mis captores, me he arrojado a la corriente. Tu abuela Margaret Brown permanecerá viva en ti, en la memoria de todas las ekobias que por libertar a sus hijos están dispuestas a sacrificarlos.

Lo reclutan para la guerra después de una reyerta en la que mi Joseph y un ekobio resistieron el ataque y los insultos de varios blancos. No hubo diligencia judicial distinta a los golpes de los policías. Mi solicitud de madre con un hijo único, capaz de eximirlo de marchar al frente, no es oída. Tampoco tuve noticias del día ni del batallón en que fue movilizado. Tres meses después llega una carta de él, fechada en París y por ella supe que estaba vivo. Igual que las demás madres negras me sumo al montón de las que concurríamos al despacho reservado a la gente de nuestra raza indagando noticias de nuestros hombres, pero siempre nos retiramos con la misma respuesta: «Sin parte de novedad». No obstante, a las madres y esposas blancas nunca les faltaron informaciones sobre el destino, salud o

movilización de los suyos. La situación se torna desesperada cuando protesté por el silencio en torno a mi Joseph. Me rechazaron a golpes como a otras muchas ekobias que ya se visten de negro dándose por viudas. Finalmente soy despedida del hotel donde trabajaba desde hacía diez años. Mi hijo Joe y yo comenzamos a padecer hambre. A Atlanta llegan numerosas familias huérfanas de padres por haber sido arrastrados a la guerra. Éramos combatientes de un ejército que diezma su propia retaguardia. Consideré la posibilidad de viajar a otro Estado, pero desisto por no alejarme del único lugar donde están obligados a informarme del batallón de mi marido. Una mañana en las mismas oficinas donde acudo en busca de sus noticias me informan que por restricciones de guerra ha sido cerrada la pequeña escuela para negros donde asiste mi Joe. Obligadamente abandonamos Georgia. Íbamos de paso para Kansas City, cuando la señora Rogers me encarga la cocina de su casona. Me acomodo lo mejor que puedo a sus exigencias porque Joe, aunque apenas tiene catorce años, encontró trabajo en la fábrica de municiones. Con todo, nuestra condición empeoró: la pequeña y cerrada sociedad blanca de Lawrence nos mira como desplazados indeseables y Joe no halla una escuela para negros.

El monólogo de la «tía» Ann se alarga. Tú, Agne, escuchabas e hilvanas tu propia historia con la de ella. Repetidas veces se te humedecían los ojos cuando sorda a sus palabras, aun cuando las oyes, escuchabas otros relatos narrados por voces que a veces reconocías porque tienen la cadencia dulzona de tu padre. Ahora comienzas a revivir los consejos de la «tía» Ann que no quisiste rememorar nunca.

—Jamás olvides que eres una negra, mi querida Agne. Y esta advertencia, repetido nudo de su relato, constituía la alerta contra las prédicas que te impone el reverendo Robert.

Alguien, seguramente ya muerto o ausente, sembró los manzanos detrás del garaje. Joe y tú lo buscan porque ninguno de los huéspedes visitaba este rincón próximo a los tanques de basura. Preferían los corredores de la entrada y el amplio antejardín bajo el arce. Según la temporada del año, el viejo Perkins instala su silla en el antejardín o en el corredor, huyendo de la sofocación del verano o del frío en los días finales de otoño.

Joe y tú disfrutaban del rincón de los manzanos por su hierba y las cerezas salvajes. La señorita Elizabeth algunas veces nos sorprende cuando perseguía a su gato que escapaba para rasgar con sus uñas el tronco de los árboles.

Un sábado Joe trajo el banjo que había pertenecido a su padre. Ansiosa te asomaste por las siete ventanas del *penthouse* que dan al patio. Estás tan segura de que es Joe como de la respuesta del trueno después del relámpago siempre que invocabas la tormenta.

Silenciaba las cuerdas para contarte:

—Mi padre me enseñó a tocarlo mucho antes que yo aprendiera a caminar. Me subía a sus piernas y con sus manazas sobre mis dedos, conseguía que yo rasgara las cuerdas mientras cantaba viejos blues aprendidos de un abuelo en Georgia.

Cuando la voz de Joe se enronqueció imitando al padre, inesperadamente surge la «tía» Ann y le arrebató el instrumento.

—¡Hijo...!

Se sienta en la banca y ocultándose el rostro entre el delantal, por vez primera desbordó su llanto frente a Joe. Se enjuga las lágrimas y reconfortada lo animó entregándole el banjo:

—Toma hijo, vuelve a rasgarlo. Tengo ganas de cantarles.

Joe siente que las manos del padre le enseñan unas notas nunca antes ejecutadas. La «tía» Ann comenzó a moverse con el ritmo de otras vidas olvidadas. El patio se asoleó con su canto:

Cuando el Tío Sam llama a nuestro hombre a
la guerra.
¡No llores!
¡No llores...!

En tanto que el banjo proseguía punteando con más intensidad, la voz de la «tía» Ann se alejaba por caminos en donde seguramente Joseph la oía, estuviera despierto en alguna trinchera o dormido bajo un montón de tierra.

Desde distintos sitios aparecieron los rostros de los huéspedes de la casona. La señorita Elizabeth baja abrazando a su gato. Y hasta el perro de la señora Rogers (siempre piensas que carecía de ternura) te observó contra el pecho de la «tía» Ann sin atreverse a ladrar. En el antejardín el viejo Perkins se vio obligado a levantarse de su silla y sus ojos apartados del libro recobran el brillo que seguramente tuvieron en su juventud. Otros comensales salen al patio y formaron un corro silencioso.

... Pero tú, Agne, estabas ausente. Regresas al camino polvoriento que separa tu choza de la granja de la hermana de Harry. Sorprendida descubriste a tu madre que vuelve del cementerio con el ramo de los tulipanes rojos dejados por ti y tu padre sobre el barro de su sepultura. Era delgada, tan frágil que el peso de la piel le hace encorvar sus espaldas. Haz un esfuerzo y la recordarás. Tú tenías apenas dos años la noche en que los vecinos esclavos inútilmente insistieron en insuflarle con abanicos un poco de aire a sus pulmones vacíos. Volverás a olvidarlo todo tan pronto la «tía» Ann deje de cantar y Joe se lleve su viejo banjo.

La oscuridad del vagón y la noche son nuestras sombras protectoras. Por mí, Anthony Burns, el presidente Pierce gastó cuarenta mil

dólares del Tesoro de la Nación en Ejército y Policía solo para entregarme encadenado a mi antiguo amo después de haber probado la libertad. Los ancestros viajaban con nosotros en el tren clandestino alumbrándonos la esperanza. Las madres angustiadas tapan los ojos a sus hijos para que no oigan el llanto del miedo.

¡Tac! ¡Tac! ¡Tac!

Continuamos empujando la locomotora con el latido de nuestros corazones. En cada parada, mientras jadea la campana, día, noche, contábamos los pasos del guardavía inspeccionando con su lámpara la larga cadena de furgones. Cuando las pitadas anunciaban la partida, sentimos multiplicados nuestros temores y estrechos los suspiros. Invisibles, los enlaces, nuestros heroicos conductores, han logrado aumentar el número de fugitivos. Cuatro muchachos de Georgia y Carolina acaban de conocerse y han jurado no separarse cualquiera que sea su destino. Sus ojos, las manos, sudor de un mismo cuerpo. Comen, miraban, fundidos los ocho brazos. Otros se duelen de dejar atrás a sus hijos, las madres, la mujer enferma. Cien años de esclavitud han calcinado los cabellos del abuelo Absalon. Huye con los jóvenes porque quiere entrar libre a la casa de los bazimu. El tío Jacob caminó doscientas millas burlando a sus cazadores. Con las primeras brumas del amanecer se convertía en raíz y sobre su cuerpo nudoso, cubierto de liana, cantaban los pájaros. Por las noches, dedos de luna, se filtra en los establos para robar huevos de gansos. Serpiente, se sumergía en los pantanos y respira burbujas de lodo hasta que los perros se tragaban sus ladridos.

A mi lado Harriet Tubman nos leía la Biblia y hace cinco noches que se niega a comer. Prefiere repartir su ración entre los niños. Todos sabíamos que lleva una pistola debajo de las faldas. Cuando alguien vacila o pretende regresarse la pone en sus manos: «Sé libre o muere». El vagón de los fugitivos está bajo su mando. En las

reuniones del culto pide limosna, zapatos, pantalones, abrigos y camisas. Mientras los ekobios recogían el pan duro de las mesas de los amos, ella durante la noche roba para nosotros el maíz de las bestias en las caballerizas. Cuarenta mil dólares pagan los esclavistas por su pequeño cuerpo. Cuando tenía veinticinco años escapó de una plantación de Maryland, abandonando a su marido. Solo dos de sus hermanos la siguen pero en el camino, miedosos, la dejaron y regresan. Desde entonces su pistola le garantiza la eliminación de los cobardes. Guía diecinueve grupos clandestinos, liberó a trescientos ekobios y al morir centenaria pudo afirmar orgullosa:

—Nunca mi tren se descarriló y jamás perdí un pasajero. Agne Brown, esta noche embarcamos en Topeka. Por las rendijas, asomadas las narices, al correr del ferrocarril podemos ver a los ekobios que no han podido escapar de las plantaciones. Al descubrir nuestro olor bajo las lonas, sus miradas se alargaban agarradas al vagón que huye. En las estaciones el tren de carga se desvía por carrileras que nunca nos dan oportunidad de agarrar las manos de los ekobios despidiéndose. Imaginábamos, lo creo aun después de muerto, que somos los escogidos del Señor para llegar salvos a la Tierra Prometida. Nunca más sufriríamos el foete y los escupitajos. La cercanía de la frontera nos ilusiona con barracas propias, trabajo en fábricas, excavaciones de túneles, cualquier hueco sin olor a tabaco, lejos de las telarañas de algodón sureño sobre nuestros párpados.

El Niágara nos quitó el sueño. A la luz de la luna alcanzamos a ver el incendio de sus cataratas. Lucius, atemorizado por el precio que han puesto a su cabeza, se abstuvo de asomarse al furgón. Su lengua no pronuncia una palabra en muchos días. Pero mañana al pisar la tierra canadiense será el más hablador y feliz de la partida. Entonces Harriet le recordó:

—¡Por Dios, pobre tonto, pudiste haber visto las cataratas en tu huida a la libertad!

Con frecuencia vuelvo al río Kansas como en aquel lejano día en que fuimos juntos la primera vez. Mi padraastro ha salido con mi hermana Susan este domingo a Kansas City. Le rogué que me llevara con él porque después de tres años de vivir en Lawrence nunca encontró oportunidad de mostrarme la gran ciudad. La excusa siempre es la misma: la prédica de los domingos. Había dado toda clase de recomendaciones a la señorita Elizabeth para que no vaya a faltarme nada en los días en que estará ausente y tras de repetirme por espacio de una semana cómo evitar las tentaciones, especialmente las que procedían de los foráneos, monta en su caballo adquirido en la reservación india.

—Llévame al río —pido esa tarde a Joe. Me mira sorprendido de mi audacia. Creo que ello lo motivó para que responda afirmativamente. No puede demostrar más temor ni menos ánimo que su «dama blanca» en afrontar las consecuencias de aquel pedido, aparentemente ingenuo. La expedición, pues, se organizará a espaldas de «tía» Ann.

—Te espero en la iglesia.

Y efectivamente cruzo frente a la puerta abierta de la señorita Elizabeth con mi pequeño libro de oraciones, muy expuesto en mi pecho por si me sorprende al salir. Bajé más silenciosa y ligera que su gato. Hasta creo que esta es la única vez en que el animal no alcanzó a percatarse que bajo por la escalera. Una vez fuera de la casa, apresuro el paso. Aunque sé que Joe me espera, un vago presentimiento de que se arrepienta me agujonea hasta cuando lo encuentro sentado en el pórtico de la iglesia. Tenía ajustada su gorra y se hace el desentendido, mirando hacia otro lado.

—¡Aquí estoy! —le grité enojada.

Sin aparentar sorpresa observó mis zapatos blancos, las medias blancas, el traje blanco y el sombrero blanco, apenas rota la blancura por la cinta azul del moño. Estuve contenta de haberlo impresionado.

También él se ha puesto el pantalón bombacho y a rayas que la «tía» Ann le compró pensando en el de su marido, la última vez que lo viera sin uniforme. Se ajustó el viejo cinturón de su padre con hebilla de bronce. En el momento de marchar a la guerra, Joseph recomendó a la «tía» Ann: «Entrégaselo solo cuando se haga un hombre». Su estampa de pícaro está dirigida a mí para dejarme sin respiro. Se adelantó dando pataditas a cuanta piedra encuentra. Aceleré los pasos para alcanzarlo y ponerme a su lado, escurriendo disimuladamente mi brazo por debajo del suyo. Prepotente, ajustó su codo y lleva la mano sobre la mía. Enrojecí con ingenuidad, por lo menos eso siento en este instante. ¡Ah, cómo son de presuntuosos y cobardes los hombres cuando saben que son amados!

Con los trabajos de una represa, el río había perdido el encanto de su soledad. Los altos pinos de sus orillas fueron descuajados y las aguas rumorosas por donde navegaron los botes indios, bajan turbias y revueltas. Desafortunadamente venimos a dar a la orilla donde un pequeño bote parece estar esperándonos. Joe le echó una mirada presintiendo que no había llegado hasta allí arrastrado por la corriente. Pero en este lugar solo nosotros nos movemos con vida. No tuvo tiempo de medir su tentación:

—Señorita, no tendrá ningún inconveniente en quitarse los zapatos y subir a bordo.

Esperaba mi «no» con un chillido de miedo. Me quito los zapatos y después de trazar una cruz sobre mi cara, agarrando el breviario, hundí las piernas en el río hasta mojar la punta de la falda. No sé

cómo logro saltar al bote sin su ayuda. Entonces cambió totalmente su actitud. Permanece en la orilla boquiabierto, incrédulo de lo que veía.

—¡Bueno! —le dije—. Me imagino que no me has pedido que suba para estarte allí clavado en la orilla.

Se le habían escurrido todos sus bríos. Lo veo buscar afanoso por los alrededores, esperanzado en que apareciera el dueño del bote. Nada ni nadie vino en su auxilio. Por mi parte comienzo a temer porque realmente se le ocurra soltar las amarras, saltar al interior y emprender la partida. Pues, fue eso, precisamente lo que hace Joe. En verdad no es hombrecito de requiebros y temores. El bote sale de las aguas tranquilas del recodo para entrarse a la impetuosa corriente. Ya íbamos a la deriva cuando me puse a llorar. Y ese fue el momento en que asomó su hombría.

—¡Pues, bien «damita blanca», comience el espectáculo!

Se me da entonces por lo inaudito: arrojarme al agua antes de que el bote se alejara más y más sin que Joe pudiera dirigirlo. Pensarlo y lanzarme acobardada fue un solo impulso. Jamás había aprendido a nadar y me hubiera ahogado de no caer milagrosamente en uno de los bancos del río. La corriente apenas me llega a la cintura, mientras el breviario y el sombrero nadaban aguabajo. Mis chillidos fueron tan estridentes que los obreros, dueños del bote, salen de no sé qué lugar y se dieron prisa en rescatarme. Mi héroe, afortunadamente, conservó su serenidad y se acerca a la orilla remando con afán.

Esperaba que en la casona todos durmieran a pleno día. Llegué con los ojos más mojados con mis lágrimas que mi vestido por el agua. Traigo un zapato en las manos y la cabeza hundida contra mi pecho. Joe, perdida la gorra, decide que entremos por la cocina, dejando a un lado la puerta principal por donde yo se lo pedía. Imagino que todo sea ignorado si logro subir por la escalera sin la

denuncia del perro de la señora Rogers. Joe entrevé consecuencias peores y por eso prefirió afrontar a la «tía» Ann y no la trailla de escándalos que seguramente desatará nuestra aventura.

—¿Dios Santo, en dónde has caído?

Mientras me sacude los mocos para que pudiera hablar, descubre al hijo plantado en el umbral. Le bastó verlo sin gorra y engarrotado por el frío para culparlo de aquel desastre. Le habla con voz atronadora que no le conocía:

—¡Cómo has podido hacer esto a la señorita!

Yo callaba, entrecortado el llanto, buscando dónde esconder el rostro para que Joe no me viera. Dos, tres coscorriones le tumbaron contra el suelo. La algarabía de la «tía» atrajo a todos los parroquianos que comenzaban a reunirse en el comedor, a perros y gatos y a cuanto ser viviente habita la casona. La señorita Elizabeth baja las escaleras con tanta prisa que después nunca se explicaría cómo pudo hacerlo. El perro de la señora Rogers me ladró por primera vez sin el menor sentido discriminatorio. El señor Perkins sin quitarse los lentes se entera de lo acontecido y se retiró en silencio. Sería el mejor informador a mi padrastro de lo observado y no visto.

La señorita Elizabeth sube por primera vez al *penthouse* desde que vivíamos allí, y si bien lo recuerdo, fue la única. «Tía» Ann dejaba cada vez que podía la cocina y se viene a tocar mi frente, trayéndome alguna bebida que me hace tomar a escondidas del médico.

—Hijita, usted tiene que salvarse. Los negros no tenemos derecho a morir de boberías.

Me dice esto en voz baja para que ni mi padrastro ni mi hermanstra la oigan. Sabía que por debajo de cualquier máscara la dura espiga de mis huesos no se dejaría moldear. Esta confianza que deposita en mí, me hace tanto bien como la alegría que me reconfortó al decirme que Joe no me guarda rencor y que podría verlo en la cocina.

Yo, Harriet Tubman, quiero contarte cómo fue eso en Fort Pillow. Todavía en abril la primavera no se atreve a abrir sus rosas entre la sangre derramada. Los campos estaban sembrados de cadáveres insepultos.

Nunca fui frágil, mi cuerpo es un viejo madero de fibras duras. Derribo encinas en los bosques de Kentucky; con mis manos anchas recogí algodón en Alabama y tabaco desde Virginia hasta Georgia. Por más de tres siglos navego el Mississippi y el Missouri poniendo al rojo vivo las calderas de los barcos. Por encima de mis hombros desembarcaron generaciones y generaciones de ingleses, irlandeses, franceses y alemanes. Igual que niños debo cargarlos río arriba, agua abajo. Mi sangre alimentó las crecientes que abonan el trigo, las naranjas y los frijoles que han engordado este país. Los blancos se comen mi pan todas las mañanas en sus mesas; dormían en las sábanas que almidono y tiendo al sol. Pisarán mi piel siempre que calzan sus zapatos; me han fumado lentamente cada vez que llenan los pulmones con el humo de sus cigarrillos. Es preciso que te cuente estas cosas, Agne Brown, para que puedas comprender lo que pasó en Fort Pillow.

En aquellos tiempos que antecedieron a la contienda civil, los negros carecíamos de una bandera por la cual ir juntos a la guerra. Hay muchos que tienen miedo de escaparse hacia el norte. Pensaban, viejo presentimiento, que la libertad aquí puede ser una esclavitud mayor. Se preguntan si los yankis que se dicen nuestros libertadores estaban dispuestos a darnos un jeme de tierra dónde sembrar un grano de maíz. Los sureños, lo sabíamos todos, nos niegan hasta el hoyo de la sepultura en los campos que les hemos sembrado por siglos. Los ekobios más decididos querían armas deseosas de combatir al lado de las tropas de la Unión. Solo esperaban que se acerquen para abandonar las plantaciones y unírseles. Sin

embargo, también temen y dudaban. Ayer no más, trajeron a doce fugitivos presos y apaleados, atrapados por las autoridades sureñas cuando el comandante de un batallón yanki les rechazó porque los soldados blancos no quieren *niggers* en sus filas. Ni siquiera los aceptaron para cocinar, lavarles los uniformes o servir de enfermeros en la retaguardia. Por paradoja, de todo hay en la viña del Señor, muchos blancos combatían y aun mueren por nuestra libertad. A los que no conocen las letras, les leo los artículos de William Lloyd Garrison publicados en *El Libertador* de Boston. En nuestra barraca, alrededor de mis hermanos y hermanas, se congregaban ekobios de las plantaciones vecinas. Vienen de más lejos, escapados para oírme leer casi en voz alta los discursos de Wendell Phillips en la Convención Mundial Antiesclavista de Londres. Queríamos ser libres pero todavía nuestra bandera flota en la oscuridad. Al enro-larme en las tropas del general Saxton me convertí en hacelotodo: exploradora en la vanguardia y enlace en la retaguardia; durante las batallas, como enfermera, me preocupo de los que agonizan. Con una palabra, la promesa de que daría informe del lugar de sus tumbas a la esposa, al padre o a la abuela, logro que sonrían sus caras desangradas. La masacre de los ekobios prisioneros fue el doce de abril de mil ochocientos setenta y cuatro. Una fecha tan larga como la mañana del crimen. La Confederación había proclamado que nunca se diera el trato de prisionero de guerra a un negro cautivo. Los sobrevivientes debían ser esclavizados y sus jefes blancos pasados por las armas. Aun así, muchos ekobios persisten en huir para enrolarse en los ejércitos de la Unión que deseen aceptarlos. En los combates damos ejemplo con nuestro valor porque para nosotros la guerra no es una bandera mercenaria. El Quincuagésimo Cuarto Regimiento Negro de Massachusetts peleó por más de un año sin cobrar paga. Los soldados del Primer Regimiento Negro

de South Carolina, los del Regimiento de Voluntarios Negros de Louisiana, las unidades del Centésimo Cuarto Regimiento Negro de Charleston y todos nuestros soldados, sargentos, capitanes, mayores y coroneles devengan un salario apenas igual a la mitad de lo que cobran sus pares blancos. Aun en el campo de batalla la sangre de los negros vale menos. Por eso, para dignificarla, debemos cobrársela muy cara al enemigo. En el asalto a Port Hudson las tropas de nuestros ekoblos sufrieron treintaisiete bajas, cientodieciséis desaparecidos y cientocuarentaicinco mutilados. Son tantos los muertos en Mellinquen's Bend que los diques en el interior de la fortaleza quedaron totalmente atascados con nuestros cadáveres. Puedo asegurarte porque los conté en Fort Wagner después de la batalla, que allí sufrimos doscientascuarentaidós bajas sin sumar los heridos.

En Fort Pillow la orden de masacramos fue dada poco después de terminado el combate. A los sobrevivientes nos separan en grupos de quince, veinte o más. Heridos, ciegos, mutilados, muertos a los cuales aún les latían las vísceras. El comandante distribuyó sus soldados en pelotones desde donde pueden dispararnos a mansalva. La lluvia de fuego cayó de las nubes de pólvora. Escuchamos la tormenta de los relámpagos. Conocíamos esos truenos nunca fabricados por Changó. Supimos después de muertos que no somos sacos vacíos. Generosamente la sangre nos tapa la cara y unidas las manos, los gritos de acá y los que caían allá daban vivas a la libertad y a la Unión. Solo quería contarte hoy, Agne Brown, cómo fue eso de Fort Pillow.

III

LA GUERRA CIVIL NOS DIO LA LIBERTAD, LA LIBERTAD NOS DEVOLVIÓ LA ESCLAVITUD

SI EN LA guerra derrotamos la esclavitud, en la paz perderíamos la libertad. Ahora, Agne Brown, quiero hablarte de mis desvelos cuando descubrí que la Emancipación nos traería la esclavitud de los salarios.

—Te escucho, abuelo Burghardt.

Cuando quisimos compartir fraternalmente el voto con los blancos, los legisladores sureños interpretarían los mandatos de la Emancipación con los oscuros espejuelos de Jim Crow. Para ellos la democracia debe tener dos colores, dos cuerpos y una sola cabeza. Nunca antes se describió tan cruelmente a un negro en este país.

En Alabama es un vago que debía ser restituido a su antiguo amo.

Según el Código de Florida, alguien que no podía portar cortauñas, navajas, puñales o espadas sin licencia de un juez.

Un nadie a quien en Carolina del Sur le estará vedado practicar las artes de mecánico, albañil, zapatero o cualquier otro oficio distinto a ser sirviente a sueldo de un blanco.

Negro era toda persona en Mississippi a quien se le puede desconocer sus salarios y encarcelar si protesta contra los abusos de su patrón.

En Louisiana aquel cuyos servicios se ofrecen en subasta pública por carecer de un hogar constituido.

Con tales prácticas legalizadas en los distintos Estados, el Buró de los Hombres Libres, creado para atender a los emancipados sin tierra, herramientas, hogares ni empleo, se convirtió en la niñera que enjuga las lágrimas de los hijos ajenos. Se cruza de brazos

cuando los dueños de las tierras patrullan los caminos para atajar a los que huíamos del sur. Indiferente observaba que nos sacan de los trenes para conducirnos encadenados a sus cultivos.

Yo, Burghardt Du Bois, personalmente, soy testigo de estos crímenes.

Los cadáveres aparecen mutilados en las veredas de los caminos o flotaban en los ríos. Los hospitales se llenan de ekobios con las orejas cercenadas. A nuestras mujeres se les azotaba en las calles por dejarse embarazar de algún blanco borrachín.

Cuando se proclama la Decimacuarta Enmienda de la Constitución concediéndonos el derecho al voto, creímos ingenuamente que se nos devolvía la dignidad. Setecientos mil electores negros llevan sus candidatos a las bancadas de Alabama, Louisiana, Carolina del Sur, Florida y Mississippi. Compartimos la responsabilidad de administrar justicia en los tribunales. Ensayamos el poder como tenientes gobernadores, tesoreros y alcaldes. Veintidós negros fueron elegidos antes de 1901 al Congreso de la Unión. Comenzamos a soñar que la verdadera emancipación podría lograrse por las leyes, asegurando tierra, trabajo, capital y educación a todos los ciudadanos sin distingo de raza o credo.

No tardaríamos en enterrar nuestras ilusiones, Agne Brown.

En las altas montañas aparecieron las cruces inflamadas del Ku-Klux-Klan. Los asesinos de las Camelias Blancas sacan a nuestras familias de sus chozas para dibujarnos en el rostro los pétalos de la muerte con sus cuchillos. Y llegará la trágica noche en que la Corte Suprema declare que es inconstitucional proteger los derechos cívicos de las tres quintas partes de los ciudadanos de la nación.

Eran los tiempos en que Harlem, Philadelphia, Cleveland, Chicago, Pittsburg, Detroit, St. Louis nos abrían las calderas de las fábricas y los *slums*. La Unión Nacional de los Trabajadores Blancos niega

que seamos lo suficientemente humanos para sentarnos a su lado. Los predicadores racistas buscaban en las Sagradas Escrituras algún versículo que les revele el oculto prejuicio de su Dios y lo hallarán:

«Desde el comienzo los hijos de Noé fueron separados...».

Aceptamos el reto:

¡Oh hijas de Jerusalén, negro soy!

Vengo de la vieja casa de Kedar
de las sabías cortes del rey Salomón.

No me juzguéis por mi piel negra
sobre ella se ha posado el sol.

Enojados están los hijos de mí madre
porque he descuidado sus viñedos

¡Por mi piel negra se olvidaron
de darme mi propio predio!

Tan orgullosos nos sentimos que los ekobios predicadores, los granjeros, los músicos, poetas, médicos y comerciantes jugaron al talento, al poder económico, al sueño del nigeriato. Así comenzaron a separar las aguas de nuestra única sangre. Las dádivas de los filántropos y los sermones de los predicadores blancos nos fueron convirtiendo en la mejor mercancía de banqueros e industriales. Los inventores de automóvil y los potentados del petróleo concurrirán al Cotton Club de Harlem donde Duke Ellington, Josephine Baker y *Satchmo* les hablarán con sordina de nuestras penas.

Yo mismo, embriagado con los perfumes franceses, aparezco a la medianoche con mi capa de terciopelo, peinada la barbilla, exhibiéndome como un príncipe surgido de los saraos de la reina de Saba. Permanecíamos sordos a las trompetas de las Legiones Africanas de Marcus Garvey que anunciaban la cólera de los *slums*

contra nuestros aristócratas y sus amos blancos. Pronto la Crisis del Treinta pondrá al descubierto la tramoya de quienes accionaban el tinglado del Renacimiento Negro. Los escenarios de Harlem se derrumban y nuevamente seremos convertidos en escupideras de nuestros admiradores.

Tratamos de hacer comprender a los obreros blancos que también ellos se hundirían si no se suman a nuestras reivindicaciones:

«¡El socialismo es la única patria posible donde puedan vivir libres los oprimidos de todas las razas!».

Agne Brown, no sospechábamos que con este llamado planteamos acertadamente el liderazgo del negro en las luchas por la libertad, ya previsto desde los comienzos por Changó.

El profeta Marcus se había puesto su uniforme de presidente de la Compañía Naviera La Estrella Negra. Caminamos a lo largo de los antiguos muelles de New York. Aunque la herrumbre corroe las armazones, algo de la pujanza de otros tiempos alcanzo a descubrir en la estructura de los techos, en los polines y carriles que se hunden en el agua sucia de los diques. El viejo *Yarmouth* alza su proa oxidada sobre el astillero.

—Este casco desmantelado, Agne Brown, fue asiento de bodegas, puentes y chimeneas. Por treinta años transportó aceite y carbón entre los puertos de América y Europa... hasta cuando lo compramos para convertirlo en el primer barco de nuestra flota.

Comienzo a oír el clamor de los difuntos congregados en el puerto. Danzan y entonaban himnos de despedida:

¡Un solo Dios!

¡Una sola alma!

¡Un solo destino!

¡Por siempre,
nuestro gran presidente!

Junto a nosotros, sin mirarnos, pasa escurridiza la sombra del capitán Joshua Cockburne, un negro de Chicago.

—Conocía el deplorable estado del *Yarmouth* y sin embargo, el muy traidor nos aconsejará que lo compremos por ciento sesenta y cinco mil dólares. Ayer quiso justificarse alegando que las deudas del barco pesan más que su oxidado casco.

Del cuarto de máquinas sube un perezoso jadeo y las chimeneas comenzaron a vomitar humo. En el muelle alborotaban las trompetas de la Legión Africana y los ekobios agitan las acciones de cinco dólares que los hacían conductores del transatlántico. Asomados en la proa, los resucitados tripulantes les responden orgullosos mostrando las suyas.

Me extendió la escala para que subiera. Entonces, en el aire, advertí que navego en los recuerdos del sacerdote rastafari. Su voz se sobrepuso al bombo de las turbinas:

—Fui cocinero en los barcos de la Flota de La Estrella Negra y conozco a todos los ekobios de su tripulación. Al comienzo no hubo a bordo un solo blanco. Cuando disponía de provisiones les servía abundantemente, pero siempre que las autoridades nos impiden atracar a los puertos solo puedo ofrecerles pan y agua.

El propio presidente Marcus Garvey, nuestro profeta, me invitó a que bajáramos al cuarto de máquinas donde Joshua examinaba una de las calderas.

—Solo se preocupa de lucir su uniforme de capitán sin que nunca haya comprendido el rumbo que quiero trazar a nuestros barcos. Se emborrachaba en los puertos, sube concubinas a bordo y con su ejemplo anarquizará la tripulación.

El capitán no pudo advertir mi presencia y apenas se dirige a mi sombra acompañante:

—Aunque los pulmones del anciano *Yarmouth* quieran responder, de nada nos servirá: los embargos lo hacen prisionero de sus antiguos dueños blancos.

Ciertamente, esa tarde, mientras los ekobios nos despedían con himnos y trompetas, suben a bordo dos abogados. Se pintaron las caras de negro, pero ni los sombreros, las corbatas o los vestidos oscuros logran ensombrecerlos. Temerosos de que nuestros ekobios puedan lincharlos, se embarcaron por popa. Callan y esperaban pacientemente que eleven las anclas.

Cuando el *Yarmouth* embistió las aguas del río Hudson, la multitud delirante sueña ilusa que le siguen las otras unidades anunciadas por el profeta: El *Frederick Douglass*, nuestro barco insignia... el *General C. W. Goethales* con la bandera de la Cruz Negra... el *Booker T. Washington* destinado a los mares de Suramérica... el *Phillis Wheatley* para circundar el África... y el *Antonio Maceo* que uniría a los hermanos de las Antillas... pero media hora después, todavía en la corriente del río Hudson, veo que el viejo *Yarmouth* atraca en este puerto apresado por una orden judicial. Enfurecido, desde la proa dismantelada, el presidente Marcus se dirige a los difuntos y descendientes no nacidos que inundan el muelle con sus banderitas de papel:

—¡Eíá! ¡Los blancos se equivocan! ¡Las tribulaciones económicas no impedirán que nuestros barcos surquen los mares con el pabellón de La Estrella Negra!

La respuesta ya navega en el futuro. Nuestro presidente acaba de lanzar al mercado las acciones de la Asociación Universal para el Progreso del Negro. Los ekobios en América y África las compramos

por correo; los estudiantes las venderán en las calles y parques; miles de obreros han ofrecido el jornal de un día de trabajo para que puedan adquirirlas sus sindicatos. Las viudas y las madres de los combatientes del Décimo Quinto Regimiento Negro de New York y del Octavo Regimiento Negro de infantería de Illinois venden las medallas con que el Gobierno de Francia honró a sus esposos e hijos caídos en la guerra. Vestidas de negro, en fila, suscriben acciones a nombre de sus difuntos para que puedan así, otra vez vivos, incorporarse a los nuevos frentes de batalla.

Cuando descendemos del *Yarmouth* custodiados por los guardias, el presidente Marcus me anuncia entusiasmado:

—¡Me acaban de informar, Agne Brown, que la Flota de La Estrella Negra ya dispone de un capital de diez millones de dólares!

Infelizmente los dineros recolectados entre los ekobios llegaron demasiado tarde. Los acreedores, validos de la complicidad de los jueces, precipitarían la quiebra de la flota. La loba blanca estrangulaba las ilusiones de la libertad económica de los negros en una sociedad racista.

Nuestro presidente, encadenado, es conducido desde New York a una cárcel de Atlanta, la guarida del Ku-Klux-Klan. No permanece mucho tiempo en prisión. El malestar que se acrecentaba en las organizaciones obreras, la protesta que asumen algunos intelectuales y estudiantes levantaban la tormenta anunciada años atrás por nuestro presidente. La orden de deportación llega pronto. Había que sacarlo, en medio del mayor silencio y con las más rigurosas medidas de seguridad por un puerto en donde sus huellas no hubiesen dejado profundas heridas: New Orleans. Infunde tanto miedo que se le niega despedirse de sus ekobios directivos de la Asociación Universal para el Progreso del Negro en New York.

Sin embargo, la lluvia no impediría que miles de ekobios, trabajadores, líderes sindicales, abogados, periodistas y pobres que nunca lo habían conocido, se apretujen en el muelle de New Orleans para despedirlo con pañuelos mojados en lágrimas. Los policías lo condujeron hasta el vapor *S. S. Saramacca* con destino a Panamá y las Antillas. Ya en el interior, cuando le soltaron las esposas, se asoma a la baranda. Pequeño, vestido de paño negro, corbata negra y sombrero negro, relampagueaba con el fuego de Changó. Los gritos en el muelle resuenan insistentemente.

—¡Dios acompañe a nuestro presidente!

No estaba solo ni sus caminos recortados. América, África, Europa, Asia siguen pendientes del lugar a donde se dirigiría; qué escribe, qué hablaba, contra quién su próximo golpe, su insurrección de cuatrocientos millones de negros.

Sus palabras de despedida estaban dirigidas a los ekobios vivos y muertos de todo el mundo:

—¡Nuestra máxima hazaña, la libertad, está a nuestro alcance! ¡Dios nos ayudará!

En México, Agne Brown, puedes mirar de cerca mi cabeza gigante, esculpida en piedra por los gangas olmecas. El más pequeño de mis dedos es dos veces el tamaño de tu cuerpo. Uno de mis amos, un tal Molineux, de Virginia, explotó mis puños en el box, llamándome *Tom, la Fiera Negra*. Se aprovechó de mi cuerpo de ballena para obligarme a pelear con mis propios ekobios a quienes derribo con gran pena. Enfurecidos, acosados por los gritos de los blancos, se encarnizaban en golpearme sin comprender que apenas somos payasos de circo. Mi fuerza no me viene de mi sombra ancestro, Olugbala, cuya fortaleza de ballena solo la supera la prudencia de la hormiga, sino de mis poderosas espaldas que debieron transportar

por más de doscientos años las cosechas de algodón recogidas en los valles del Mississippi y el Missouri. Al nacer yo, mi madre supo que su Anton no tendría reposo. Aún sin que la leche dejara de bajar de sus senos, el amo la obliga a acostarse con nuevos ekobios para que aumentara con los partos el número de sus esclavos. El infame solía decir: «Una perra de buena cría debe estar siempre preñada».

Cuando hube vencido a todos los ekobios a los cuales me enfrentó, el amo me encierra en los cuadriláteros con cuanto gigante blanco se atrevía a medir sus puños con los míos. Permito que golpeen mi cuerpo mientras me cubro la cara con los brazos. Después, al verlos acezantes, les achicharraba con un golpe en la cabeza. Victorioso, invencible, Molineux me arrastra de una cadenita de oro colgada a mi cuello. Desafiante me pasea por todas las ciudades de América sin que haya un rival que pueda derribarme. En Inglaterra venzo al rubio Tom Cribb en cuarenta asaltos y sin contendor a la vista, me proclamarán el primer pugilista del mundo.

Poco a poco, sin que mi amo lo advirtiera, fui acumulando las monedas que me arrojaba, siempre que recibe la bolsa de mis victorias. Una noche, mientras se anuncia mi enfrentamiento con otro ekobio, me resistí a subir al *ring*. Cuando Molineux, vestido de cubilete, trata de zurrarme, le extiendo mi carta de horro.

—Acabo de pagar al juez el precio de mi libertad.

Dejando atrás a los espectadores que reclamaban mi presencia, regreso a Virginia para también comprar a mi novia, esclava igual que yo desde que éramos niños. Nos casamos y decidimos fundar una familia de hijos libres.

El pícaro empresario me persigue desde hace varios años, tentándome con bolsas de oro para que vuelva al box.

—Lo rechazaré siempre. Agne Brown. El *ring* es el corral donde los amos encierran a sus esclavos a disputarse el ilusorio hueso de

la libertad. Nunca, después que fui libre, lancé mis puños contra un ekobio. Olugbala no me ha dado esta potencia física para exhibirme en los circos como un gorila sacado de las plantaciones, sino para que aplaste con mis potentes puños la esclavitud de la loba blanca.

He reencontrado la sombra de mi padre. Lo estaba buscando desde aquel día cuando dejó en manos de mi madre su navaja, el cinturón y el banjo con sus iniciales grabadas para que me los entregara cuando fuera capaz de honrarlos.

Era sábado, día de paga. Acabamos de cargar un barco que parte para Hawai. La noche nos esperaba sentada en el pequeño bar del puerto. Apenas tengo un mes de haberme enrolado en la Unión Marítima Nacional. Carezco de amigos y recién salido de la cárcel, sufro la vergüenza de ocultar el nombre honrado de mi padre. Los zapatos de piedra se pegan a la calle reteniéndome en la fría y desolada humedad del invierno. Las voces y risas de mis camaradas se dispersan por los callejones o reúnan en los bares. Alguien canta una canción en chino. Amarillos de Manila, negros de Jamaica, blancos olvidados de sus orígenes. A mi lado marchaban muchas sombras que no son las mías. Me acompaña la orden de custodia del juez, la fianza del Ejército por la cual se me obliga a combatir, como a mi padre, por una «libertad» que nunca hemos conocido. Estoy pensando en su lejana y perdida sepultura. «Padre, en la cárcel he conocido muchos caminos que conducen a la muerte, pero no sé si al final he de encontrarme contigo».

Entonces, escuché que me llama:

—¡Joe Stephens, hijo!

Me detuve y sorprendido miro alrededor. Mi sombra y las ajenas, la del juez y la del capitán de reclutamiento habían sido atrapadas por el brujo de la noche. Estoy realmente solo en la última

y estrecha callejuela del muelle. Los barcos escondían sus luces bajo el cascarón de neblina. Un viejo cuervo grazna en lo alto de la grúa, tal vez mi sombra que acosada por el invierno aún se resistía a abandonarme.

Tuve miedo, Agne Brown. En el muelle de New York donde soy un desconocido, alguien oculto me llama por mi nombre:

—¡Joe Stephens, hijo!

Llevo la mano a la empuñadura de mi navaja. Blanca era la cachacha, ahora amarilla por el tiempo. Pero las iniciales persisten firmes, imborrables: «J. S.». Había andado cuatro pasos perseguido por el miedo cuando reconozco su voz:

¡Old Man River!

Estoy cansado de vivir
temeroso de la muerte.

!Old Man River!

¡Pero debo combatir
hasta la muerte!

Regreso por los pases del eco. Me espera en un rincón del bar, solo, en medio de los marinos borrachos. Un irlandés con una oreja cercenada exclama:

—La perra alemana se la tragó cuando supo que yo, el padre de su hijo, era judío.

De espaldas, reconozco la cabellera india de Johnny Navajo. Soy el único del sindicato de estibadores, tal vez por ser negro y expresidiario, a quien ha revelado que asesinó a dos guardias de la Reservación Indígena de Arizona.

La sombra padre se puso de pie para saludarme, quitándose la gorra con el mismo gesto que yo le había visto de niño. Las botas

rotas, el uniforme de legionario agujereado por las balas que dos veces le quitaron la vida. Había caído en el Jura y en el frente de Madrid. Me pide el banjo guindado a mi espalda. Aunque sus manos habían envejecido no desconocen las clavijas de hueso que él mismo talló con su navaja. Sus anchas narices lamen el olor que dejaron las manos de mi madre al manoseado diariamente durante sus largos años de ausencia.

—Hijo, me llaman Old Man River, Otelo, Emperador Jones, Paul Robeson. Tengo muchos nombres porque siempre han querido borrarme el color que me ha dado África. Pero para ti soy el amigo de Joe Stephens, tu sombra padre.

A su lado me siento tan pequeño como cuando me sentaba sobre sus rodillas para enseñarme a tejer las cuerdas del banjo. Alto, sus hombros sostienen el peso de su larga experiencia sin encorvarse.

—En Europa he peleado por la libertad de los blancos. Ahora de regreso a mi país debo enfrentarme a los racistas que nos niegan la dignidad humana. Ya ves, el camino de nuestra infamia es largo y no termina.

—Sombra padre, lo que hayas visto y padecido en la piel de otros no iguala las llagas sufridas por nuestro pueblo durante tu ausencia.

Salimos juntos y sentados en el muelle, mientras yo tocaba su viejo banjo, me canta con su profunda voz de barítono sus repetidas vidas:

¿Mi cuerpo?

Oh, sí yo pudiera escoger,

reducido a cenizas

desearía

que el alegre soplo del viento

las arrojara en algún jardín.

¡Y así, quizás,

en alguna flor marchita
retoñe a la vida otra vez!

Esta noche —siempre los difuntos preferimos dialogar en las sombras de la noche— nos reunimos nuevamente con mi capitán Brown en la cárcel de Harpers Ferry. Retomar los hechos pasados y volverlos a refundir en el presente, no solo es algo que nos reconforta, sino que es una necesidad para no morirnos. Al caer la tarde comenzaron a llegar los ekobios, cumpliendo la cita que nos impone Legba desde la encrucijada de los tiempos para que reexaminemos nuestras acciones futuras... pasadas... presentes... Aunque todos concurríamos a la misma mesa, pese a que el resplandor de nuestras sombras se confundía, hondos resentimientos nos separan sin que podamos renunciar a nuestras pasiones.

Todavía con el puño ensangrentado escribo estas memorias sobre el asalto que hicimos al arsenal aunque apenas el capitán Brown se apreste al ataque con sus viejos fusiles... Hasta yo mismo me confundo al advertir que son parte del armamento oficial que mañana arrebataremos a los guardias. Aceitaba sus gatillos y luego los ordena contra la pared, sobre el piso, detrás de las puertas.

Nat Turner se sienta lejos del doctor King, quien hoy, 3 de octubre, acaba de recibir el impacto de las balas asesinas en un motel de Memphis. Más sereno, en actitud reconciliadora, Malcolm se posó detrás suyo hasta arder con una misma llama. El abuelo Frederick se angustiaba al mirar que el capitán Brown con la lámpara encendida hace señal desde la ventana. Las armas le ponían nervioso. Uno a uno mi capitán va acumulando los fusiles a la entrada de la puerta:

—¡Maldito sea! Ni uno solo de los esclavos se acerca a reclamar su arma como lo habían prometido.

Silencioso, la barbilla sobre su puño derecho, Burghardt Du Bois se reconcentrará en su silencio. En ningún momento, receloso, deja de mirar a su oponente Booker T. Washington, quien muestra a mi capitán el diseño de la primera paila azucarera accionada a vapor, invento de Norbert Rillieux, un ekobio nacido en New Orleans y graduado en Francia.

A la hora convenida, el capitán Brown dio la orden de atacar. Nuevamente, como lo repetimos todas las noches desde aquel primer asalto, cada uno de los complotados recogemos nuestro fusil y nos ponemos bajo sus órdenes. De igual manera, movido por los sentimientos que inspiraron su lucha, el doctor King, aún envuelto en su mortaja, ceniza humedecida en sangre, está dispuesto a dejarse sacrificar otras tantas veces por sus sueños:

—Aunque mis palabras parezcan una herejía, tengo que confesar que la sociedad blanca, pese a su opresión, nos brinda muchas oportunidades de vencer sin necesidad de recurrir a la violencia.

Oímos el truenofuego de Malcolm. No supe si era un eco de su futuro o de su pasado todavía madurándose:

—Ya conocernos el olor a santidad que tienen sus sermones, el requisito moral para merecer el reino de la libertad. Pero lo real y concreto es que la violencia engendra el hambre y el ayuno acumulado nos ha hecho poderosos. Nuestra hambre solo se saciará con la eliminación violenta de todos los opresores.

No se había apagado el fuego en los labios de Malcolm, cuando se escucha el trote de las botas recorriendo la plaza. En un principio creí que fuera el eco de nuestro pelotón avanzando sobre Harpers Ferry, pero pronto escucho el clarín de las trompetas. Me asomo a la reja y contemplo que los soldados de la Legión Africana destrozan el cadalso donde mañana seremos nuevamente ahorcados. Los capitanea el profeta Marcus. Aun entre los difuntos

gusta de lucir su uniforme de gran mariscal de la legión. Finalmente penetraron al interior de la cárcel, derribando las puertas y los muros. Sus respiros iluminan nuestros rostros, las llamas, los rincones. Marcus Garvey y sus generales rodearán al capitán Brown. Sus tres hijos nunca habían visto esta clase de negros con relámpagos en los ojos.

—La loba blanca ha comprendido, al fin, que no es otra cosa que nuestro carcelero —es evidente que sus palabras iban dirigidas al capitán Brown—. Sabe que no puede andar muy lejos de los *slums* porque tarde o temprano la fiera negra saltará de su cerco y lo devorará irremisiblemente. Este es el principio y el final del drama: todo opresor será oprimido por su víctima. Muchos blancos se han unido a la causa de los negros porque se sienten frustrados, vencidos, sin esperanzas en una sociedad creada por ellos mismos. En pocas palabras, nos tienen miedo. Esos, cualquiera que sea la blancura de su piel, serán liberados por nosotros, nunca nuestros libertadores.

Sin detenerse, seguido por sus legiones, se alejó dejándonos el galopar de su trueno.

Entonces Nat coloca sobre la mesa su machete en cuyo filo la sangre de los blancos no se coagula nunca. Su voz no es rencorosa pero tenía el apretado regurgitar de quien habla colgado de una soga:

—Durante la esclavitud los amos nos predicaron la igualdad racial de ultratumba, y para brindarnos generosamente ese Cielo, nos azotan en sus cultivos hasta la muerte. Ahora, después de la Emancipación reclaman nuestra cuota de paciencia para lincharnos y sepultarnos en los *slums* y darnos así ejemplo de su caritativa hermandad. Pero muntu quiere decir hombre libre y libertador. Nada, pues, nos obligará a pactar tácticas de entendimiento, aunque sean transitorias, con nuestros verdugos.

El abuelo Du Bois permanecía entre los leños encendidos de la chimenea. Igual que los viejos sapos, gusta de alimentarse con el fuego de las cenizas. Levantará su llamada:

—Nat tiene razón. El gran puño del muntu ha sido forjado por Changó con el espíritu de los rebeldes. Cada linchado en este país es un mártir... sin embargo no debemos olvidar que nuestra verdadera potencia está allí donde quiera que alumbre el sol de nuestro *soul*. La loba blanca ha querido identificar el alma del negro con el color de nuestra piel, pero se equivoca, el rostro del muntu refleja el alma de todos los seres humanos, como humanos son todos los que se alimentan de nuestro espíritu.

—¡Oratoria hueca! ¡Necedades! —grita, sin fatigarse Booker T. Washington. Se acercó a la mesa y acompañado del inventor Lewis Temple, de Massachusetts, nos mostraron un fusil que habían armado pieza por pieza.

—Mientras no seamos capaces de construirlo con nuestro propio ingenio y nuestras propias fábricas, siempre seremos cazados como conejos por quienes posean la técnica, sean blancos o de cualquier otro color. Para ser libres debemos construir estos fusiles, barcos, fábricas, libros, laboratorios. ¡Un poema o un discurso nos hará soñar que somos poderosos: un azadón nos ayudaría a sembrar un árbol que nos alimente, nos dé casa y fuego donde albergar y defender la familia!

Afuera, Jim Crow ronda nuestra prisión. Escuchamos sus chillidos en el techo, asoma el pico de sus fusiles por las rejas. Pero sabemos que teme. Las calles de Washington estaban patrulladas y las principales ciudades del sur claman protección militar. Greensboro, Bennington, Selma, Newark, Boston, Chicago, Cleveland, Harlem... los amos no duermen y asustados, como en las noches

incendiadas de Nat, se llevan las manos a la cabeza incrédulos de tenerla aún sobre sus hombros.

El abuelo Frederick comienza a dudar de sus convicciones viendo fluir el inagotable río de los ekobios asesinados.

—Siempre he tenido la presunción de que la esclavitud y la injusticia podrían ser destruidas sin sangre. Ahora veo con horror que ni siquiera la gran sangría de la Guerra Civil tuvo suficiente fuerza para lavar los perjuicios y rencores. La Constitución declaró ciudadanos a los esclavos pero los Códigos Negros de los Estados sureños se burlan de ella. Sin embargo... aún persisto en creer que las ideas de la libertad que impulsan la moral y la política pueden vencer algún día los violentos.

—¿Política? ¿Moral? —responde mi capitán Brown con el fusil humeante en sus puños. Unos cuantos negros han sido nombrados en cargos oficiales en Arkansas, Louisiana, Mississippi, y North Carolina, pero la situación empeora. Los libertos son colgados en los postes telefónicos, ardidados, castrados. En Aiken County ciento veinticinco son asesinos a tiros. También en Hamburg, Franckfurt y Edgefield.

El viejo Frederick no es de los árboles que pierden sus hojas en los incendios. Terco, agitaba sus ramas:

—A pesar de los crímenes que ahora se cometen en nombre de falsas leyes creo que nuestra Constitución en su letra y espíritu es un instrumento antiesclavista. Bajo el imperio de la Ley, pese a los violentos por la primera vez hoy en América los negros somos libres de casarnos, los padres pueden conservar a sus hijos a su lado, mendigar empleos y aun regresar a sus casas con juguetes para sus niños.

Los últimos en aparecer fueron el jefe Gato Salvaje y Zaka el negro seminola. La llama de este, mitad oscura mitad roja, ardía con un solo fuego. Todos escuchamos su amargo silencio. Después, palabra a palabra, el ekobio nos tradujo la voz del Gran Cacique:

—Veo con gran tristeza y dolor que habláis y discutís acerca de la libertad de los ekobios esclavizados. Eso está bien. Pero algo anda mal en vuestra inteligencia cuando no habéis tenido una sola palabra contra la loba blanca porque oprime y destruye a la Madre Tierra y a sus hijos, nuestros hermanos los ríos, árboles y animales. Nosotros los jefes de las tribus exterminadas y nuestros descendientes que combatirán hasta la muerte, juramos no deponer nuestras armas, los puños y el espíritu indomable de nuestra raza hasta tanto el extraño, blanco o negro, no aprenda la lección que conocen y obedecen aún nuestros niños: ¡la Madre Tierra es inviolable!

Puso la mano sobre el hombro de Zaka y desaparecieron dejando tras de sí el eco de sus caballos trotando por las praderas de la noche.

Entonces, en ese amanecer, escuchamos los primeros disparos en la plaza y corrimos a las ventanas. Rápidos automóviles cruzaron la plaza regando el fuego de sus disparos. Cuando el capitán Brown trata de agarrar su fusil ya los Escorpiones Negros habían apostado sus ametralladoras. La marcha de los jóvenes ekobios invade la plaza. Danzaban agarrados de las manos. Otros corean canciones con el viejo lamento de los *spirituals*. Podíamos ver sus banderas rojas. Levantan los puños y alcanzaremos a oír algunas de sus consignas:

—El Poder Negro no es solo un reclamo de igualdades sociales, civiles y económicas, sino también de identidades. ¡El Poder de ser Negros!

A la entrada de la cárcel extendieron una larga pancarta. Mi capitán Brown puede leerla asomándose a lo más alto del muro.

«El negro es bello —¡lo es!— pero su verdadera hermosura reside en la conciencia que tiene de su libertad».

Suben al cadalso donde las horcas esperan a nuestros ekobios. El joven Joe Stephens silenció los gritos con la potente voz de una bocina:

—No queremos extender por más tiempo la mano suplicante del Tío Tom. ¡Nos cansamos de ser el hombre *slum*, el penitente de san Quintín!

El ruido de las hélices horadó sus palabras. Sobre los alares, volando a ras de las cabezas, el helicóptero nos mostró sus dientes artillados. Ya en las esquinas la loba merodea con sus máscaras de gases.

—No se trata de que seamos la otra cara del blanco como se ha pretendido que seamos por más de cuatrocientos años, sino que mostremos nuestro propio rostro negro.

Los Escorpiones lo protegían, firmes las ametralladoras sobre sus flancos.

—¡Eso es un suicidio! —les grita el viejo Frederick— ¡El negro siendo una minoría, no puede enfrentarse al poder avasallador de la loba blanca!

Los tanques hasta entonces escondidos bajaron de las altas montañas. Lentamente pero con metódica destrucción achicharran con sus pesadas catapultas los cuerpos de los jóvenes ekobios.

La loba que los comanda, calavera de ojos azules, repetía la consigna del Ku-Klux-Klan:

—¡Impongamos la Supremacía Blanca!

El capitán Brown se apresura a repartirnos los fusiles, señalándonos los puestos de combate. Dispararemos desde las ventanas, por las rendijas de las puertas, a través de las claraboyas. Indignado, se repetía a sí mismo:

—¡Me avergüenzo de pertenecer a esta raza blanca que ofende a Dios!

Con el rostro manchado por la antigua sangre derramada, se asomó a las rejas para arengar a los ekobios:

—La esclavitud, cualquiera que sea su ropaje, es un estado de guerra contra la justicia del Señor. ¡Jóvenes negros, tenéis el derecho de ganar vuestra libertad!

Apuntábamos contra las lobas enmascaradas, pero la yesca de los fusiles no detona la pólvora envejecida. Desilusionados comprendimos que la muerte solo nos permitía regresar a la acción en la medida en que los vivos quieran o no aprovecharse de nuestra experiencia.

Para entonces ya discernías que la Guerra Mundial ha sido terriblemente injusta con la «tía» Ann: le arrebató a su Joseph y su hijo Joe tiene que abandonar los estudios. Has aprendido mucho de ella para saber que su callado pero persistente espíritu batallador heredaba una vieja rebeldía. Su fortaleza se nutre en el sentimiento de que debe dar ejemplo a su hijo para que no sienta, como tú, el desmayo de la orfandad. Cuando su madre ríe en medio del acoso de los blancos, él debía buscar bajo esa risa las sangrantes cuchilladas.

Tú estabas en la cocina aquella mañana cuando Joe llegó con la gorra en la mano, la cabeza entre los hombros. Entra con un «hey» desinflado. Más que un saludo era un quejido de perro molido a palos. Para la «tía» Ann que conocía las reacciones y temperamento de su hijo desde que lo tuvo en el vientre, le basta la forma de abrir la puerta, más con el puño que con la mano, para saber que tendrá que responderle con el parachoque de su sonrisa. Observaste su vista cortante y dejaste de untar la mermelada que te había preparado la «tía» Ann con las primeras manzanas arrancadas al árbol del jardín. Tampoco Joe resiste el fuego de su sonrisa y sabes desde entonces que había sido desarmada su flaqueza. Sus palabras son más contundentes:

—Para hablar con su madre, el señor Joe Stephens hijo no debiera bajar la cabeza.

Te metes dentro de los huesos de Joe y pudiste sentir cómo los nudos de sus vértebras se endurecían y levantan sus hombros.

No era el momento para que la «tía» Ann expresara la ternura que siente por su hijo. Adivina que la herida era honda y de esas que es mejor dejar destapadas, borbollante la sangre, para que no cerrara en falso. De espalda se puso a enjuagar los platos en el lavabo y el chorro del grifo une su canto al viejo *spiritual* que gemía su Joseph cuando pellizcaba las cuerdas del banjo:

En el mundo conocido
no hay prodigios.
Los cometas son regulados
los eclipses previstos...

La «tía» Ann vencía una vez más. De reojo alcanzaste a ver que su hijo afloja sus labios con una sonrisa.

—¿Cuál es la tremenda noticia?

—Me botaron del empleo. Hoy licenciaron a más de quinientos trabajadores.

La misma pregunta y la misma respuesta se repitieron cada vez con más dolor, con más ansiedad hasta que la «tía» Ann cerró el grifo y deja de cantar para secarse las manos en el delantal. Se acercó a Joe y le golpea el hombro:

—Vamos a ver ese malparido despachador. A una viuda de la guerra, al hijo de un combatiente vivo o muerto no se le puede hacer eso.

Las palabras tranquilas sin aspavientos, te reconfortan más a ti que al propio Joe. La sonrisa forzada desapareció de los labios de su hijo. Te parece que la cabeza de Joe se alzaba aún más y que en sus hombros se cuajan toneladas de cemento.

Tantas veces escuchaste a la «tía» Ann aquel episodio que recordándolo ahora, te resuena en su voz:

—Esa misma mañana, después de servir a los últimos comensales de las dismanteladas instalaciones de la factoría de guerra, eché por delante a mi Joe, agitando los brazos, pisándole las huellas. Por el camino nos encontramos con grupos de licenciados. Si a los blancos les iba mal, los negros no teníamos por qué conformarnos con su suerte.

El soldado de guardia, enfrentándose su fusil, nos dijo con insolencia:

—¡Retírense!

Lo miro por encima del arma. Estuve convencida de que el rechazo había sido dirigido al aseador de retretes, no a mi hijo, allí a mi lado. Ese malnacido debía conocerlo muy bien, Joe es el único muchacho negro que por espacio de tres años anduvo con su uniforme kaki, barriendo, recogiendo sus colillas y botando sus inmundicias.

—¡Quiero hablarle a su superior, no a usted!

Se asusta con el tufo de mi voz, apartándose de en medio. Tres suboficiales y tres secretarías se entregaban a labores de oficina, frente a tres puertas. Confundida, no sé a cual de ellos dirigirme. Medio alcancé a leer el rótulo de «Comando» y me dispongo a traspasar la puerta.

—Anuncie al comandante que Ann Stephens, la viuda del soldado Joseph Stephens, desaparecido en el frente de batalla de la Primera Guerra Mundial, necesita hablarle.

Me había vestido de negro desde la cabeza hasta los pies, el mismo vestido negro que adquirí en Georgia cuando me repitieron cien veces que no había ningún parte de novedad sobre mi marido.

El sargento alborota los papeles queriendo fingir que no me había escuchado ni visto, manera muy de los blancos para borrarlos

de su presencia. No esperé a que volviera a levantar la cabeza y echando a Joe por delante, avanzo contra aquella puerta, la abrí de un empujón y me planto frente al comandante que sin oficio, leía el periódico con las botas sobre el escritorio.

—Soy la viuda de Joseph Stephens, un hombre negro a quien ustedes los blancos enviaron al frente de guerra hace veinticinco años, tres meses y un día, contra su voluntad. Desde entonces, no he recibido noticias de si está vivo, herido, desaparecido o muerto. Y como si esto fuera poco, ahora usted condecora a su hijo, botándolo a la calle.

Se revuelve en la silla. Estuvo mirando la cara de Joe reconociendo a quien tantas veces lavó su retrete. Luego encuentra mi vista fija, insistente, esperando respuesta a la denuncia que acababa de formularle. Adivino su cobardía cuando su lengua se le embotó contra los dientes. La voz delgada como un lamento, sin las maldiciones que seguramente vomitaba cada vez que abre la boca frente a sus soldados.

—Nada puedo responder sobre la suerte de su marido. América tiene muchas viudas en situación similar a la suya. En cuanto a su hijo, solo le aseguro que revisaré el caso.

De nuevo eché a Joe por delante, y luego, antes de cerrar la puerta, le grito levantando el puño:

—Y no olvide que mi hijo no sabe disparar un fusil ni quiere correr la suerte de su padre. He venido aquí a reclamar sus derechos de ciudadano y no de mercenario. No me gustaría verlo con uniforme recibiendo órdenes de ningún oficial blanco.

La sombra padre me condujo hasta la tribuna de honor. Entre vivos y bazimu me siento avergonzado con mi sucio overol de estibador. Me ladeé la gorra imitando el gesto de mi padre. Lo rodeaban poetas y músicos por cuyos nombres me pregunta Ann Stephens. Entonces supe que mi madre había muerto. Viste de blanco, abotonada

la camisa y adornado el sombrero con plumas negras. En el gran coliseo, atestadas las graderías, de pie, sentados en el suelo, reconocí a mis camaradas del sindicato venidos de New York. Están presentes delegaciones de todos los puertos: Chicago, Philadelphia, Norfolk, New Orleans, San Francisco. Estibadores, mozos de los ferrocarriles, obreros de los grandes astilleros y capitanes de barcos que habían conocido a mi sombra padre en Panamá y Honolulu. Trato de esconder el viejo banjo cubriéndolo con mi blusa, pero nada puedo hacer para ocultar mis zapatos manchados con el aceite de los muelles.

Llegan de muy lejos. Mucho antes de entrar al recinto, presintiéndolos, se oyeron los aplausos. Los protegidos de Nagó entraron juntos: el profeta Marcus que nunca capitaneó un barco y George Brook que recorrerá todos los océanos. Al primero puedo reconocerlo por la resplandeciente máscara de Changó-Toro que le había regalado Bouckman el día de su muerte. El otro se presenta orgulloso con su tripulación conformada solo por marinos negros con la que he dado la vuelta al mundo. Los estibadores de Europa y África que los ven desembarcar en sus puertos, creían que se trataba de una cargazón de esclavos sublevados en busca de las bocas del Níger.

—¡Ras-Tafari! ¡Ras-Tafari! —corearon los socios jamaquinos de la Flota de La Estrella Negra. El profeta los saludó agitando sus brazos cortos, largos los rayos de su risa.

—He venido aquí en representación de los millares de africanos del mundo solo para honrar a este hombre. Sé que lo aclaman negros y blancos porque es un combatiente contra el racismo que oprime por igual a unos y a otros.

Y se anudó a mi sombra padre en el abrazo solo posible en la vida de los muertos.

El Consejo de la Clase Obrera Negra nos ha convocado a los trabajadores e intelectuales de la nación en Cincinnati donde blancos y negros iniciaron el Ferrocarril Clandestino de la Libertad. En la memoria de todos vimos surgir el puñado de luz de Harriet Tubman vestida con el uniforme de guerrillera que usó en la Guerra Civil.

Pequeña, enjuta, apenas podía creerse que aquel cuerpo pudiera contener todo el fuego de Changó.

Era una sombra, pero pudimos escuchar su voz desde la orilla del eco:

—Quiero rememorar en este glorioso momento en que honramos a uno de nuestros campeones de hoy, los nombres de aquellos ekobios y blancos que en los días cruentos de la persecución de los esclavos, empeñaron su fortuna, arriesgaron su tranquilidad y aun dieron sus vidas para que más de setenta y cinco mil fugitivos embarcaran en el Ferrocarril Clandestino de la Libertad.

Uno a uno fue mencionando sus nombres humedeciéndolos con sus lágrimas:

¡Honor a Levi Coffin, presidente del ferrocarril!

¡Honor a John Fairfield, de Virginia, asesinado por los esclavistas!

¡Honor al cuáquero Thomas Garret, de Wilmington, Delaware!

¡Honor a Charles Ray, de New York!

¡Honor a John Hunn, de Camden!

¡Honor al ekobio William Still, de Philadelphia, secretario del Comité de Vigilancia!

¡Honor al reverendo J. W. Loguen, negro escapado y gran conductor!

¡Honor a Sojourner Truth, Frederick Douglass, Susan B. Anthony, Guerrit Smith, Stephen Myers, conductores norteos que permitieron al Ferrocarril Clandestino llegar hasta su última estación!

¡Honor a la hermandad de cadeneros anónimos que permitieron, día y noche, insomnes bajo la nieve, la lluvia y el sol, mantener activo el flujo de los esclavos hacia la libertad!

Abrumada por los aplausos desapareció lentamente, el morral al hombro, la pistola en el cinto, mostrándonos una vez más el camino de la libertad.

Aún persisten sus resplandores cuando ocupó su lugar el cuerpo bamboleanante de Joseph Curran, presidente de la Unión Marítima Nacional. Se abrazó a mi sombra padre, como cuando correteaban de niños por los muelles de New Jersey. Sabe que desde los más remotos abuelos viene cuajándose la chispa encendida de Paul.

—Hoy los intelectuales no pueden permanecer aislados de su pueblo. Los científicos, los escritores, los artistas tienen ante sí un desafío. Como en los sombríos días del Ferrocarril Clandestino, ahora la loba blanca lincha negros y les niega la libertad. Por combatir estos crímenes a nuestro ekobio Paul se le despojó de su ciudadanía en este país donde por más de cuatrocientos años se han enterrado los huesos de sus antepasados. Pero esta noche él no va a honrar solamente la memoria de nuestros ancestros, sino también, la de todos aquellos que en América y en el mundo, negros y blancos, vivos y difuntos, han combatido y combaten la opresión del hombre por el hombre.

La sombra padre se me acerca y adivinando que tengo escondido el banjo de mi padre, Joe Stephens, lo sustrajo de entre mis piernas. La araña negra de su mano comienza a tejer los acordes. El silencio se llenó de lejanos tambores, cantos de bodegas, viejos *spirituals*, himnos de guerra de olvidados pero aún vivos capitanes de Changó:

Anoche, soñando, he visto a Joe Hill
tan vivo como nosotros.

¡Lo juro!

Tan vivo como nosotros.

«¡Pero Joe

—le digo—

has muerto hace diez años!».

«Yo nunca moriré

—me responde—

¡Nunca, nunca moriré!».

«¡Por Dios, te mataron en Salt Lake!

—le digo

al verlo junto a mi cama

firme, de pie.

—¡Te acusaron de criminal!».

«¡Pero estoy vivo

—me dice—,

vivo otra vez!».

«Joe, la policía del amo

te asesinó,

ellos te asesinaron!

—le digo yo—».

«¡No bastan las balas

para matar un hombre,

yo no he muerto

—me responde—,

yo no he muerto!».

Y realmente grande, vivo

sonriendo con sus ojos

Joe me dijo:

«¡Se olvidaron de matar
nuestra Organización
se olvidaron de matarla!
Joe Hill no ha muerto
—me dice—
Joe Hill es inmortal.
¡Donde estén los obreros en paro
Joe Hill estará a su lado.
Desde San Diego al Maine
en cada mina
en la huelga fabril
donde se organicen los obreros
encontrarán a Joe Hill!».
Anoche, soñando, he visto a Joe Hill
tan vivo como tú o yo.
«¡Pero Joe
—le digo—
hace diez años que has muerto!».
Y me responde:
«¡Nunca muere Joe Hill
nunca moriré yo!».

Marea alta de Yemayá, de la otra orilla del Atlántico se oyó la distante tormenta de los aplausos:

—¡Te escuchamos, Paul, te escuchamos!

Hubo un silencio y luego resonaron las palabras de William Paynter, presidente de la Unión de Mineros de Gales:

—¡Aquí oímos tu canto! Ahora, desde la plataforma de esta gran audiencia reunida en el concierto anual de Eisteddfod, el coro de

los mineros cantará para ti. Esta noche, nuevo Josué, has derribado las murallas de Jericó que pretendían retenerte y dividir a los hermanos!

Caían las puertas, las cárceles se derrumban, abiertas las sepulturas, las voces de los vivos y el eco de los muertos recorren las encrucijadas de Elegba. Desde New Delhi, Jawaharlal Nehru le grita:

—Este día debe ser celebrado no solo porque tú, Paul, eres uno de los más grandes artistas de nuestra generación, sino porque luchas y sufres por una causa que es el ideal de todos nosotros: ¡la dignidad humana!

Las lenguas olvidadas y las vivas se entrecruzan y entienden. Mi sombra padre las recobra en su memoria y les responde:

—¡Presidente Toussaint, me honráis!

—¡Aleijadinho oigo la voz piedra de tus profetas!

—¡Oh Bolívar! ¡Tú también!

No alcanzaba a dialogar con todos sus ancestros. Pero los despiertos por su canto están presentes en su ausencia.

Bernard Shaw se cubre con una bata a rayas y con sandalias de peregrino se ha acercado a saludarlo. Harold Laski rememora los días en que lo tuvo de alumno en la Escuela de Estudios Económicos en Londres. Mei Lanfang danzaba con su máscara de gran actor de la Ópera China. Antes de que se apagara la agitación, repetidos los aplausos, la llama de Kanuri mai le reanima el timbre de su voz con un beso de fuego.

Mi madre me aprieta la mano. Llueven sus ojos cuando me indica, Agne Brown, que estás con nosotros, fuera de los barrotes de tu celda. Entre los cincuenta mil hermanos de todas las razas aquí reunidos, solo mi madre y tú saben que la voz de Paul, acompañándose de ese banjo, también ha traído al difunto Joe Stephens...

¿Agne Brown, qué ha hecho la loba blanca de mis hermanos negros e indios en el oeste?

He abandonado la tumba al lado de mi padre, el jefe seminola Gato Salvaje, solo para contarte la dolorosa historia de un sueño de libertad e igualdad racial jamás permitido por los esclavistas de este país.

Descubramos las huellas de los pasos andados por el Hombre-Búfalo, el Hombre-Águila y el Hombre-Zorro. Desde los grandes lagos batidos por los vientos polares, bajemos a las praderas de Dakota, Nebraska, Oklahoma y Texas. Cruzaremos las Montañas Rocosas y el Gran Cañón del Colorado; recorramos los desiertos de Oregon y Arizona.

No te detengas, Agne. Aún debemos trasmontar la Sierra Nevada y los montes de las cascadas de donde podemos divisar el mar océano.

Mucho antes de que los colonizadores ingleses se establecieran en el este, ya nuestros antepasados negros de las recién conquistadas tierras de los olmecas, nuestros más antiguos ancestros africanos en América, fundaban los primeros pueblos en Texas, Nuevo México, Arizona y California. Son muchos los ekobios que desde los primeros años de la Conquista, desbrozaron selvas, recorrieron ríos, y descubriendo ancianas ciudades, tramaron amistad con los hermanos indios y mezclaron con ellos su sangre. Stephen o Esteban Dorantes, también llamado *Estebanico*, un negro marroquí, fue el primer explorador de estas tierras norteamericanas de América. Sus ojos y su fiebre fabuladora vieron lo que ningún otro explorador blanco descubriría jamás: ¡Cíbola, el país de las siete ciudades doradas! Cuenta la leyenda que para impedir que un extraño se llevara en su retina la imagen de su reino sagrado, los indios zuni le arrancaron los ojos.

Un siglo después, ya te he contado, Agne, los ekobios desembarcados en Florida, huyendo de la esclavitud, encontraron refugio entre los hermanos indios ocoilas, seminolas, creeks y dakotas,

hermanando nuestras sangres. Llegaron así a las praderas de los Hombres-Búfalo, a las tribus de nuestros tíos cheyenes, comanches, mezcales, apaches, cheroquíes, kikapúes y mexicanos.

Aquellos días de penuria, hambre y vagabundaje, escondidos de los amos que nos perseguían con sus perros de presa, no hay que olvidarlo, fueron los más felices de tus ancestros en esta nación. Indios y negros configuramos la familia más unida, muntu americano, que haya existido en este país. Compartíamos el maíz; bebemos agua de los mismos ríos; juntos rendiremos culto a la luna, al sol y a nuestros difuntos en las altas montañas. Crecían nuestros hijos aprendiendo las mismas palabras, cultivando los mismos suelos. Negros seminolas. Comanches negros... hasta el día en que la loba blanca aparece con sus fusiles y carretas incendiando la pradera. Mataron al Hermano-Búfalo y declararon la guerra a nuestros padres para expulsarlos del país de sus mayores. Entonces decían: «¡El mejor indio, es el indio muerto!». Nos enfrentamos juntos al enemigo cruel.

En la noche, silenciosos, sombras de zorros, penetrábamos a sus campamentos sin que los perros extrañen nuestro rastro. Robábamos los fusiles y montados en sus propios caballos regresábamos a nuestras montañas. Pero cada vez más aparecía por el horizonte la multiplicada presencia de los invasores. Escondidos en las breñas, sepultados bajo la arena del desierto, les emboscábamos, dejando siempre más muertos que las cabezas rapadas que podíamos mostrar a nuestros jefes.

Tuvimos que resignarnos a ver cómo nacían y crecen sus pueblos y ciudades. Primero llegan los rancheros. Midieron los ríos, construyeron casas y frente a sus iglesias levantarán los cadalsos para colgar a negros e indios. Roban nuestras mujeres; nos obligaban a ordeñar sus vacas. En las entradas de sus tabernas y almacenes debíamos dejar nuestras hachas, en tanto que ellos nos amenazan con sus rifles y pistolas.

Llegaron más ekobios. Vienen huyendo de los linchamientos; de los azotes, de la peste de la esclavitud. Algunos se incorporaban a nuestras tribus pero los más, mirándonos como negros desteñidos, se reirán de nuestras plumas, del color rojinegro de nuestras caras.

Se afirmaba entonces que en el oeste no había discriminación racial. «La vastedad de la tierra hace que todos seamos hermanos». Quienes lo decían, quienes lo creen, no eran los negros indios. Gente interesada en traer esclavos para que cuidaran de sus ganados y trabajaran en sus minas. Sí, fue en los asientos mineros donde apareció el jim croismo. Mientras en el pueblo podíamos compartir juntos las tabernas; en tanto que en los ranchos se asará la carne para todos en el mismo fogón, en las minas la loba blanca impone su ley: «¡Negro, ese es tu lugar!».

Aunque se diga que los vaqueros siempre fueron blancos, ellos saben quiénes han sido sus reales maestros. Ya en la madre África conocíamos la doma de los caballos salvajes. Treinta mil cabalgaduras, broqueladas en oro y plata, conforman el ejército de Silamaca, el gran conquistador de los reinos del Níger.

Desde nuestras praderas africanas en tiempos no olvidados, los pastores conducen sus ganados a Europa. Nuestros antepasados enseñaron a los peninsulares cómo calmarles la sed con el canto; les decían cómo acariciar la vaca para que la ubre se llene de leche.

Pues bien, fuimos nosotros los negros quienes en Arizona, Texas, Nuevo México, Oklahoma, Utah y California nos encargamos de la vaquería. Son otros los que presumen de ser los mejores pistoleros. Pero si hay que nombrar a los buenos en el duro trabajo de acarrear el ganado a través de los desiertos; perseguir los toros cimarrones hasta someterlos y herrarlos; detener la estampida que provoca el rayo en la tormenta u ordeñar cientos de vacas, curar sus heridas y defenderlas del puma y la culebra cascabel, entonces mencionamos

al negro Dessie Stahl, llamado *Peerless*, el mejor domador de potros salvajes en toda la historia del oeste. Muchos de ellos llevados de su ánimo libertario, insumiso a toda discriminación, tuvieron que defender sus vidas al filo de las balas. Siempre se recordarán por sus habilidades en el rodeo, la puntería de sus revólveres o por la crueldad de su venganza. Trabajadores o convictos, Agne, son nuestros héroes: ¡Nat Love, *Deadwod Dick*; Ben Hodges; Mary Fields; Isom Dart, Bill Pickett; Cherokee Bill!

Pero en la historia y en la leyenda, son los cientos de miles de anónimos vaqueros negros los que un día vistieron el uniforme de los soldados búfalos, los integrantes de la Caballería Montada y de la Infantería de los Estados Unidos, quienes realmente contribuyeron a la grandeza del oeste.

¿Tiempo?

Sí, contábamos nuestra experiencia con el reloj de la loba blanca. Dejamos de medir los días con las caras de la luna; con la permanencia o huida de los vientos; con la salida del sol o la caída de la lluvia para referirnos aterrados a la época de la guerra contra los indios; al tiempo del ferrocarril; a los años de la Gran Contienda Civil; al éxodo de los fugitivos del sur.

Después corrió entre todos los negros del oeste la noticia de que en New York fletaban barcos para trasportarnos al África, la tierra de nuestros abuelos. ¡El reverendo obispo Henry M. Turner predicará en Oklahoma que nos entregarían tierra y moriríamos libres!

Muchos, atolondrados, ilusos, se pusieron a vender sus caballos, el rancho, y en una noche, antes de despertar, salían en el tren o caminaban a pie con sus bártulos al hombro, en busca de la tierra prometida.

... Pero, otros, más abiertos los ojos, veíamos con malicia que diariamente llegan de las plantaciones y ciudades del horrible sur,

columnas de ekobios en rumbo opuesto. Varones, ancianos, mujeres y niños arrastrando carretas con sus muebles como si huyeran perseguidos por el fuego. Pedían tierra; preguntan si había trabajo y sobre todo, si a los negros se les permitiría vivir libres de la tutela de los blancos. Entonces sabemos que los negros no teníamos lugar ni en el este, ni en el lejano este, ni en el oeste, ni en el extremo oeste.

Decidimos quedarnos. Presumimos, ingenuamente, que el oeste era un océano de tierra tan extenso que cualquiera que fuese la ambición de la loba blanca, siempre habría un puñado de tierra para nosotros dónde vivir solos y tranquilos, alejados de la pesadilla de la segregación. Un pueblo negro para negros. ¿Qué loca ilusión?

Lo decían y repetirán negros que han aprendido las leyes y ciencias de la loba. ¿Cómo no creerle al doctor Booker T. Washington, si llegaba en persona a predicar entre nosotros? ¿Cómo no dejarse seducir por la compañía de la Ciudad McCabe cuando su presidente y dueño es el ekobio de mayor prestigio en el oeste, auditor por cuatro años de Kansas y dos años más en Oklahoma?

Hasta los ojos más cerrados vieron crecer en Boley, Oklahoma, la más próspera empresa fundada por Booker T. Washington. Él mismo proclamará, dormido en su sueño, que la experiencia de Boley demostraba que negros y blancos pueden convivir separados como los dedos de la mano.

Edwin P. McCabe va más allá; deseaba emular con el fundador del Instituto Tuskegee, comprando y repartiendo tierras para fundar Ciudad Langston, capital del Estado Negro de Oklahoma. Según estricto mandato de su compañía, no se permitiría que ningún blanco pueda adquirir un solo palmo de tierra o establecer negocio alguno.

El delirio del Estado Negro de Oklahoma llegó en cierto momento a tener visos de realidad. En menos de diez años, a principios de

siglo, después de la guerra contra España, Oklahoma cuenta con treinta comunidades negras y una población superior a los ciento cuarenta mil habitantes. Sutton Griggs, uno de los fundadores del Movimiento del Niágara, llegó a escribir una pieza teatral, *Imperium in Imperio*, donde una organización nacionalista pacta un complot con cierta potencia extranjera para entregarle Texas a cambio de que sus cañones defendieran el Estado Negro y Soberano de Oklahoma.

¿Quién iba a pensar, Agne Brown, que llegaría el día en que nuestros hermanos zambos, azuzados, confundidos, engañados, vestirían el uniforme militar de las Fuerzas Armadas de los Estados Unidos para combatir a sus propios hermanos negros hacinados en tugurios o asesinar a los hermanos indios en sus propios reductos?

Terminada la guerra contra México, el general Zenas R. Bliss, incapacitado de sujetar con sus batallones de soldados blancos a los indios, viaja personalmente a los campamentos mexicanos donde nos refugiábamos los descendientes de los defensores del Fortín Negro, en Florida.

Tal vez no está de más que te recuerde las malandanzas de la loba persiguiendo a los sobrevivientes del Fortín Negro para reducirlos de nuevo a la esclavitud. Huyendo, descamisados y hambrientos, debimos refugiarnos en México bajo el amparo del general Santa Anna.

En muchas noches, todavía abiertas las heridas, dialogamos recelosos con el oficial norteamericano que nos da a oler el cebo. A nombre de su Gobierno promete entregarnos tierra en el territorio de nuestros antepasados; facilitarnos herramientas de labranza y garantizarnos la misma libertad que gozábamos en México. Sabíamos que el cazador armaba su trampa al zorro hambriento. Los más ancianos consultarán con Ngafúa, el ancestro consejero de la tribu.

Escuchamos su vieja respuesta, acompañándose con el violín:

¡Cuando se juntan
el seminola
y el negro
el hombre blanco
el hombre blanco
pierde el sueño!

Invocamos al gran jefe y padre Gato Salvaje. Los jóvenes, sujetos a la ley de la tribu, escuchaban en silencio. Finalmente pueden más las promesas que los resentimientos.

Nunca se nos habló de que iríamos a pelear contra nuestros hermanos indios. Se nos prometen caballos que jinetea; fusiles para defender la patria contra posibles invasores; uniformes con insignias de la nación. Pedimos una sola exigencia militar: lucir plumas en nuestras cabezas o sombreros. Para el oficial blanco debe constituir una ingenuidad india. Nosotros sabíamos que con esos emblemas mágicos seríamos protegidos por nuestros ancestros guerreros. Efectivamente, en doce grandes combates nunca sufrimos una baja, ni nadie de nuestro regimiento resultó herido. ¡Pero no podrán defendernos de la traición de la loba blanca!

Demasiado tarde, cuando ya nos tenían acuartelados y vigilados por el resto de la tropa, nos enteramos que el senador negro B. K. Bruce, de Mississippi, había denunciado en el Congreso de la Nación el genocidio perpetrado por las Fuerzas Regulares sobre nuestros hermanos indígenas.

Supimos que en la academia de West Point, de veinte cadetes negros, solo tres pueden alcanzar el rango de oficiales. Para impedirles su grado, los superiores y compañeros los someten a toda clase de

vejámenes y calumnias hasta lograr su expulsión. El caso más notorio es el juicio marcial contra el cadete Johnson C. Whittaker, quien fue encontrado inconsciente, atado a su cama, las orejas cortadas y los cabellos rapados. Se le acusó de intento de suicidio y de agredir a otros compañeros. El tribunal lo halla culpable. Cuando el presidente Chester A. Arthur revivió el caso, pudo demostrar que no había evidencias suficientes para la condena. Pero el veredicto inicial se mantiene incólume y el cadete es expulsado de West Point.

Supimos que otro ekobio, el político H. Ford Douglas, de Illinois, en la Gran Convención de Emigracionistas de Cleveland, declara ante los ciento veinte delegados, que podía odiar al Gobierno de los Estados Unidos sin ser desleal. Pasarse al bando de sus enemigos y combatirlo sin ser un traidor, pues el Gobierno, por ser un negro, lo trata como foráneo y extraño.

Nosotros, integrantes de la unidad Scouts Indios Negros Seminolas, podemos testimoniar, además, que el Gobierno de los Estados Unidos es un mentiroso: nuestras familias nunca recibieron las tierras prometidas; nuestras mujeres e hijos padecen hambre y carecen de techo mientras nosotros, infieles a nuestra raza, emboscábamos a los seminolas, comanches, creeks, ocoilas y demás hermanos. Finalmente, discriminados y empobrecidos, somos expulsados de las filas y arrojados al desierto.

Agne Brown, antes de finalizar el siglo XIX, los racistas sureños ya han desbordado los delirios de Napoleón de convertir a toda la América en una floreciente plantación con el trabajo esclavista de nosotros los negros. En sus desaforadas ambiciones comprarán a Louisiana y la Florida; expandieron sus fronteras arrebatando a México la mitad de su territorio y con el pretexto de exterminar el colonialismo europeo en el continente, declaran la guerra a España y se apropiaron de

Cuba, Puerto Rico, Hawai y Filipinas. Para afirmar sus conquistas invadirán a Nicaragua, Haití y se toman el istmo de Panamá.

Para estos zarpazos movilizaron todos los regimientos negros ya probados en las guerras de exterminio contra nosotros los indígenas.

Lo doloroso de la participación de nuestros ekobios en las guerras colonialistas, condenada por todos nuestros intelectuales, fue la implantación del jim croismo en las filas del Ejército. Los ekobios que habían adquirido triste fama de heroicos, valientes y patriotas combatiendo a nuestros hermanos indios, que marcharon junto a sus camaradas blancos sacrificándose por ellos en múltiples acciones suicidas, se les degrada sometiéndolos a un código infamante: viajar en furgones malolientes y aun movilizarse a pie, mientras los batallones blancos son transportados en carros lujosos; las dotaciones personales, a excepción de las armas, son paupérrimas, hasta el grado de carecer de alimento y de velas para alumbrarse. A los soldados blancos se les asignó la cubierta de los barcos, mientras los nuestros fueron relegados, una vez más, a las bodegas. La limpieza de los cuarteles y campamentos, incluso las de los blancos, es impuesta a nosotros en forma rutinaria.

Y para apurar hasta el último sorbo de la cicuta, las hazañas y victorias conquistadas por nuestros hombres con actos de coraje y pérdidas de vidas, nos serán arrebatadas o silenciadas para honrar a supuestos héroes blancos que siempre llegan retrasados al frente de batalla.

Las aberraciones se acentuarían al regresar nuestros hombres a la cueva de la loba.

Los bravos soldados de los combates del Caney, las Guásimas y del Monte de San Juan, en Cuba, donde salvaron al propio comandante Theodore Roosevelt y a su regimiento los Rudos Jinetes, se les espera con insultos, pedreas y salivazos. Al calor de los brindis celebrando la victoria, entre himnos y bandas militares, el comandante tiene un

momento lúcido y reconoce la valentía de sus soldados negros. Pero recobrando sus instintos racistas, no vacilará en sindicarlos públicamente de cobardes.

No paran allí sus odios. Más tarde, expulsa y despojará de sus derechos militares a todos los integrantes del Vigésimo Quinto Regimiento por haber estado envueltos en un confuso acto de provocación por parte de racistas de Brownsville, Texas. La razón: un ciudadano blanco muerto, otro herido, y lesionado el jefe de la Policía local.

Demandado el acto dictatorial ante el Senado, la bancada sureña lo ratificó por abrumadora mayoría.

Agne Brown, elegida de Changó para que mantengas despierta la memoria del muntu, no olvides que cualesquiera que hayan sido los errores en la lucha por la libertad, siempre ha sido empeño de nuestro pueblo defender esta tierra como patrimonio común de todos los hombres.

No habrá América, ni África, ni ninguna parte del mundo libre, mientras en nuestro país haya un solo negro, indio o blanco oprimido.

LA MAÑANA SE inició como todos los días con el trajín de los guardias y el imperceptible ruido de las llaves abriendo los candados. Un amanecer cualquiera, un poco de llovizna empapando el patio. Escuché los pasos vacilantes de una ekobia a quien traen con la cara desfigurada. Se detuvieron frente a la celda vecina y luego dejan encarcelado su llanto. Otra mañana más, iniciada otras veces, hace millones de años, en las viejas casamatas de esclavos. Lamentos que regresaban después de andar siglos y siglos y que nos llegan irreconocibles, que no nos asustan ni sorprenden, viejos perros que sacudían la cola antes de olfatearnos. Fue entonces, en esta mañana tan igual a tantas otras, después de que me asomé tres veces a la reja, y segura de que no soy una extraña a mí misma, cuando advertí que amanecía en otra mañana.

—¡Somos esposas de Changó!

—¡Pedimos la libertad de Agne Brown!

Los cien ojos de Legba te limpian la mirada. A través de los muros de tu celda alcanzaste a divisar tu nombre en los carteles. Veo que las ekobias avanzan cogidas de los brazos. Las delegaciones se concentraban en las calles y plazoletas en las cercanías de la cárcel. En el interior, en los patios, detrás de las rejas, en los calabozos también se amotinarán las ekobias prisioneras. Ladronas, drogadictas, prostitutas que se masturban impúdicamente frente a sus carceleras. Prudence, la que ahorcó a sus dos pequeños hijos al enterarse de que pagaría una condena de por vida. Zelma Wallcot, en uno de

esos raros momentos en que retorna a la realidad abrazada a una botella de whisky, me gritaba desde la noche de su lucidez:

—¡Agne Brown, rompe las barras de nuestra prisión!

La sombra luz de Sosa Illamba disuelve los muros. Mi tío Anton, con su inmenso cuerpo de ballena, la traía sobre sus lomos. Entonces siento que floto en las aguas de sus múltiples partos.

—Oye, para la loba blanca, América es la tierra prometida, la esperanza, la libertad. Mas para nosotros los negros ha sido siempre el continente de la esclavitud y la rebelión. Así será hasta tanto se cumple la profecía de Changó: «Te librarás por tu propio puño y a través de todas las sangres oprimidas».

¡Oídos del muntu, oíd! ¡Quiero contaros cómo las madres abuelas me libertaron de la prisión!

Pongo por testigo a mis ekobias que asomadas a las rejas contemplaron asombradas cuando Harriet Tubman cruza los pasillos que conducen a mi celda. Me arrancó la bata de reclusa y antes de colocarme su uniforme de guerrillera, reimplanta en mi cabeza rapada los cabellos ensortijados.

—Hija mía, cuando era niña pocas veces probé manzanas. Entonces hice el juramento de sembrar muchos árboles para que otros niños pudieran comerlas algún día. ¡Agne Brown! Veo que los frutos se han multiplicado pero todavía están verdes. ¡Te invito a proseguir la lucha hasta obtener la cosecha madura!

Me puso al pecho su fusil y en las manos un pesado azadón.

Discreta, apenas un soplo, entra Sojourner Truth. Sus faldas tenían el olor de los pastos salvajes. Viene de rezar en campo abierto con su Biblia. Me traía el pañolón blanco que ha tejido con la ceniza de sus años. Se llevó los lentes a los ojos como si su vista hubiera perdido la penetrante visión de los muertos. Mira a su alrededor y

con pesadumbre contempló a las ekobias prostitutas que avergonzadas se ocultan detrás de las rejas.

—Cuando el blanco cruel te diga que dejes de sangrarlo con tu fuego, grítale: «¡Tal vez no! Es voluntad de mi Señor que prosiga sangrándote hasta en los infiernos».

Desapareció de mi vista alzada por el puño relámpago de Changó. Fue en aquel momento cuando cayeron las rejas, se derrumban los muros y entre el griterío de los vivos y el aplauso de los muertos saldré bien a las calles de Harlem:

Me sorprendo de reencontrar al muntu. Lo había visto tres mil años atrás en Chicago, San Francisco, Atlanta, Nebraska, Washington y solo ahora reconozco su verdadero rostro asomado a las barracas tiznadas donde no desciende el Señor de los blancos. Aspiro olores que había respirado en la sentina de los barcos negreros. Costreñida entre ekobios, forrada en su piel, viajo en la sangre de otros cuerpos. Las lenguas olvidadas y las despiertas se entrecruzan y entiendo. Mi madre me aprieta la mano desde su sepultura en el perdido cementerio de Atlanta. Lagrimean mis ojos cuando descubro que está con nosotros la viuda Ann Stephens, mi «tía» Ann, que ha venido con su traje negro, abotonado el cuello y su sombrero de plumas negras. Joe se me acerca para marchar a mi lado como en aquellos días a la orilla del río Kansas. Entre los cuarenta mil ekobios aquí reunidos frente al Templo de las Sombras, devolviéndome la libertad, solo él y su madre saben que también nos acompaña la sombra padre de Joseph Stephens.

Harlem arriba, Riverside al fondo con sus luces y barcos insomnes. Esta noche las sombras de los muertos nos hemos citado aquí a nutrirnos con la calurosa traspiración de nuestra futura descendencia. La hermana Dorothy Wright escogió este lugar después de recorrer,

pasos sin polvo, por entre los edificios aún no construidos en Harlem. Daremos la bienvenida a *Satchmo* que acaba de morir.

—Agne —me dice la hermana— no solo quieren rendirle homenaje los intelectuales del Renacimiento Negro, sino a los emboladores, choferes, obreros, costureras, sirvientes y porteros. Todos aquellos ekobios que fueron rechazados por los dueños de grandes y pequeños bares de Harlem para reservar sus puestos a príncipes europeos y banqueros de Wall Street.

—¡Claro! —le respondo— en el reino de los difuntos no existen barreras de clases ni de razas. Es un océano en donde pueden nadar libremente todos los peces, grandes y pequeños.

Desde antes, sin pedir permiso a nadie, las sombras han ido ocupando indistintamente las nueve plantas del edificio que se construirá en el 409 de la Calle Edgcombe, el más elevado de Harlem. Se entreveran los sacos de paño oscuro, corbatines y sombreros de copa del siglo pasado con las sayas blancas de los musulmanes y casacas de cuero de los Escorpiones Negros. Realmente estamos en la planta principal de lo que será un gran hall. Jardines, lámparas, cortinas y... nos asustan los espejos. A ningún muerto le está dado mirarse en la máscara de su pasado. Siempre contemplamos el devenir ya conocido de nuestros hijos. La brisa cálida del río, cargada con su olor a salitre y humo, nos hace recordar que alguna vez, en brazos de un amante, respiramos su aliento. ¡Ironías! Aunque queramos olvidar cabalgamos sobre nuestras experiencias pasadas.

Me acerco al corrillo donde se discute la publicación de la revista *Fuego*. Es un grupo de jóvenes que esperan hacer mucho ruido. Los presento para que no los olviden: el poeta Langston Hughes, el pintor Aaron Douglas, la antropóloga Zora Neale Hurston, el cuentista Bruce Nugent y Wallace Thurman que se autoproclama director.

—Será una revista para quemar a fuego vivo a los demonios blancos pintados de negro y a los negros enmascarados de blanco.

En otro rincón, Jean Toomer que conversaba con los editores de la revista *Crisis* se sintió aludido. Bien sabía él que sus críticos le llamarían *Two-Color* porque en su sangre nadaban una oliva negra y otra blanca. No se mortificó. Desde antes poseía la respuesta. Después de publicar sus versos sobre el «dulce espíritu de los esclavos», declarará que solo tiene en su piel y alma los colores azul, rojo y blanco de la bandera norteamericana.

Por lo demás, sus contertulios de la revista *Crisis*, el director Burghardt Du Bois, Jessie Fauset, asistente de dirección y August Granville, el hombre de las finanzas, están prestos a declarar que el arte negro derrumbará los prejuicios raciales. Se desilusionarán al comprobar que ni la muerte nivela los sentimientos de los racistas.

Jean Toomer opinó sarcásticamente:

—Entre los atizadores también habrá sus tráfugas.

Su palabra zigzagueante, colmillo de víbora, alude al más entusiasta propulsor de *Fuego*, Wallace Thurman. Cansado y endeudado con su revista, intentará sobrevivir con otra, *El Mensajero*. Sus páginas cambiarán de color como las hojas en verano. Rojo revolucionario al comienzo terminará en el más escandaloso amarillo, exaltando las mansiones de los nigeratos después de gastar toda clase de cosméticos alabando a sus dueños.

La hermana Wright me informó que me llaman de una de las plantas altas donde se discute la deteriorada imagen de la raza después de la recesión del treinta.

—Quiero advertirte, Agne, que no ha llegado un solo blanco de los millones que aclamarán a *Satchmo*. ¿Acaso no es cierto que los muertos hemos perdido la piel y tenemos todos la misma calavera?

—Sí, ciertamente. Esa es la razón para que se oculten. Temen que se les confunda con nosotros.

—¿Confundir? ¡Jamás! Yo los distingo claramente cuando andan. No tienen ritmo en sus esqueletos. Parece que les faltara un poco de aceite en sus articulaciones. Las nuestras con ser más fuertes son paradójicamente flojísimas.

Río. El vino de la muerte es más chispeante que el de la vida.

Subimos por la escalera contra incendio. Necesito un poco de aire puro. Las sombras de los ekobios se hacinan en los corredores, salas y cuartos.

Penetramos a un amplio salón donde departen Countee Cullen, Claude McKay, Florence Mills, Rose McClendon y otros. Todos brillarán en los escenarios y círculos de Harlem. No olvidan elegir desde ahora el licor que beberán mañana. Chocan las copas y vasos. Katherine Cornell se entona con whisky de centeno y de inmediato se pone a cantar su canción favorita «Certificado de divorcio». Pero Alain Locke y Ethel Waters, fingiéndose más raizales, prefieren el whisky de maíz como si fuera destilado por los alambiques clandestinos de los pieles rojas. En el círculo de los narradores se brinda con ginebra de contrabando por las novelas aún no escritas de Richard Wright, *Sangre negra* y *Cielo negro* de Carl Van Vechten.

Es increíble, pero el sentimiento de la etnia es lo que más perdura de las cenizas de la muerte. Hablan entusiasmados de Harlem negro, arte negro, nuevos jóvenes negros.

Me acerco a escucharlos. Ya sé que desde antes de nacer Changó les ha sembrado en la sangre el mandato de redimirse por sí mismos a través de todas las sangres. Sus polémicas, a veces dramáticas y delirantes, son variaciones de ese ideal: alcanzar la libertad. Pero los medios —las artes, las armas, o las sangres mezcladas— parece importarles más que el fin. No coinciden a pesar de que tienen

lúcida la memoria de su destino. Mi maestro Burghardt Du Bois, afirma dogmático:

—Los aplausos de los blancos darán oportunidad para que nosotros los negros nos reconozcamos a nosotros mismos.

La novelista Lilian Alexander no pudo reprimirse y exclama encolerizada:

—Sí así fuere, el Renacimiento Negro no sería más que el blanqueamiento de Harlem. ¡Qué porquería!

Los amigos tratan de calmarla. A'Leila Walker la obligó a sentarse.

—No perdamos la compostura. ¡Somos negros pero no cafres!

—¡Vivan los cafres! —exclama Langston—. De los zulúes nos viene el código de guerra: ¡Primero muertos que vencidos!

Trato de amainar el fuego de la hoguera:

—El Renacimiento Negro debe ser un retorno al *soul* de los ancestros.

Afirmando con la cabeza, Lilian Alexander acoge mis palabras:

—¡Sí! ¡Sí! ¡No olvidemos a los viejos si queremos ser jóvenes!

La aparente calma no era sino el combustible para que los espíritus vuelvan a inflamarse.

Claude McKay, fusilador de blancos en sus versos, declaró con el mismo tono intransigente que le censurará a su paisano Marcus Garvey:

—Está bien que veneremos a los ancestros. Que tengamos vivo el recuerdo de África. Pero no olvidar jamás que estamos en una sociedad blanca racista. Es todo cuanto tengo que decir.

La palabra recayó en el poeta visionario. Langston pide un poco de reflexión:

—Examinemos el Renacimiento Negro ahora que ya hace parte de nuestra historia:

Nuestra imagen tendrá tanto auge que los blancos escribirán con éxito sobre los negros y hasta algunos de nosotros, por vez primera, podremos vivir de nuestras obras.

Será una época en que cada año habrá en Broadway por lo menos una pieza de algún ekobio representada por actores nuestros.

Será una época en que Ethel Barrymore se teñirá la cara para protagonizar una heroína negra, *María, la hermana escarlata*.

Será una época en que muchas de nuestras artistas tendrán a su disposición las chequeras de sus amantes en Wall Street.

Será una época en que Europa y el resto del Viejo Mundo descubrirán el poder renovador de nuestro arte.

Aunque aclamamos sus palabras estábamos muy lejos de penetrar en nuestros propios vaticinios.

—Creo, Agne —me advierte Wallace Thurman— que estamos rindiendo culto al narcisismo, olvidándonos de nuestra cruda realidad. Emborrachados por el aroma de la magnolia no advertimos que solo florece en la noche.

Su rostro ya tenía la mancha pálida de la tisis. Para entonces portaba la tristeza desgarradora de los *Hijos de la primavera* descritos en su novela. Morirá solo y abandonado en una sala de caridad del Hospital Belledune de New York. Un amargo desenlace para quien había intentado brillar entre las candilejas de Hollywood.

Ifá lo unirá en la muerte al alegre *soul* de Rudolph Fisher. Ambos están citados por Eleguá para entrar juntos a la morada de los ancestros en una misma semana de diciembre de 1935. Esta noche las palabras de Rudolph están inspiradas en el *cocktail* de melancolía y euforia que apurará tempranamente para suicidarse en Harlem:

—Presiento que nuestro barrio se convertirá en un circo donde los payasos negros saltarán a la pista para hacer reír a los blancos, ocultando su propio dolor.

Los personajes de la novela *Las murallas de Jericó* padecían la misma enfermedad incurable de su joven médico y creador.

—Los blancos creen que nosotros solo esperamos la noche para ponernos a cantar y bailar. Nada quieren saber del cáncer que nos devora provocado por sus injusticias. Vienen a apropiarse de nuestro patio pero no nos dejan sentar por las tardes en las terrazas de sus bares.

Todos desesperábamos porque *Satchmo* demora en llegar. Para animarnos, Gladys Bentley nos cantó con su potente y brillante voz «La enfermería de Saint James».

¿Por qué le gustaba tanto?

Cerraba los ojos y bate con su pie fuerte el pedal del piano. Callamos. Escuchándola supimos el impacto que su canto tendría en las almas de los negros. Aunque en su larga noche de anonimato debiera gemir siete horas seguidas en madrugadas que no terminaban nunca, sus canciones la alegraban. Nunca cantará para los blancos ni cuando la contrataron en el Cotton Club, ni al ser secuestrada por Hollywood. Donde quiera que fuere, en su canto se lleva su dolor, el piano, la energía y la rebeldía de su Harlem.

Bajé al sótano donde los verdaderos bohemios se las arreglaron para inventar un clímax que nunca disfrutarían los negros sofisticados del Cotton Club y el Savoy. Al entrar percibí el olor de los huesos de marrano humeantes. Duke Ellington se las entiende con un piano desvencijado. Pasarán cien años para poderlo afinar. Evidentemente gozaba con sus gruñidos cada vez que sus dedos lo arañan. Ni siquiera sospecha que será el domador de los acordes desarticulados del jazz con lo cual alimentará la nueva música sinfónica.

Bessie Smith ensaya tonos que todavía no alcanzaba a modular su voz. Nos congregamos a su lado sin poder resistir una profunda

admiración religiosa. Sería el nuevo predicador del sentimiento afroamericano. Sus devotos catequizarían al mundo: Roland Hayes cuyos admiradores se negaban a abandonar el Carnegie Hall exigiéndole con sus aplausos, cada vez más fanáticos, el milagro de su canto. Paul Robeson aprendió de él a conquistar los públicos de Harlem, Moscú, Londres y París. Emperadores en sus cortes; obreros en sus fábricas y guerreros de la libertad en sus trincheras lo ovacionarán. Bessie se silenció solo para oírle a Ethel Waters aquella canción: «¡Charlie ha sido elegido! ¡Se lo merece!». La joven y tímida Manan Anderson llora. Son las mismas lágrimas que arrancará a la muchedumbre de negros y blancos cuando, rechazada por los discriminadores del Constitution Hall, derrotó a los racistas de la capital de la nación cantando para Abe Lincoln en la gradería de su monumento. Elmer Simms Campbell se divertía pintando rostros en la palma de su mano.

Encendida por su ritmo demoníaco Josephine Baker, todavía una simple corista, se levanta la falda más allá de la rodilla y mostrando sus piernas de ébano, se electrizó con los golpes epilépticos del charleston. Apenas era una chiquilla pero llegaría a ser aclamada como el corazón negro de París.

A la medianoche por fin llegó *Satchmo*, venía sudoroso como siempre que terminaba de tocar. La risa más rota que su voz. Todavía no había abandonado el calor de los vivos.

—Perdonen ustedes, sé que me están esperando desde hace siglos.

Lo cargamos y seguimos con él al amplio escenario en la terraza jardín. La luna, cara espejo de Ochú, estaba allí suspendida. Entonces supimos que Kanuri mai lo iluminaba mirándose en su rostro.

—¡La trompeta!

—¡La trompeta!

Exclamamos todos. Se seca el sudor. Había tenido que forcejear con los admiradores que detenían su féretro a lo largo de las calles de Harlem. Luego, exclamará como alguien que se siente aligerado de una pesada carga:

—He dejado mi trompeta en el ataúd. No quiero que se me confunda con ese tal Paganini, tan apegado a su violín que nadie lo quiere cuando no anda con él.

Ando por las calles de Harlem desde los tiempos en que los holandeses aparecieron en la parte sur de la ciudad. Quieren expulsarnos de la Nueva Amsterdam, del Jordán que les habían prometido en Europa. Por las noches, protegidos por gendarmes blancos, organizaban cacerías para arrojarlos de las barracas. Nuestra respuesta fue la quemazón de todas las islas. Hoy Manhattan, mañana Brooklyn. Desde entonces Harlem siempre ha estado en pie de guerra. Sobrina, el fuego es la chispa más barata que haya inventado Changó para que el muntu resista y se libere.

—Salgamos de aquí —te digo y asustada me sigues los pasos—. Caminemos por entre los carbones de las antiguas barriadas. En cada ladrillo de los modernos edificios están marcadas las huellas de mis diez dedos, porque New York fue construida pared a pared con nuestras manos.

Cuando penetramos en su alcoba, Lou Dowell se tapó la boca con el pañuelo ensangrentado. Se baña en su vieja tina. Sus ojos pálidos me reprochaban esta visita inesperada. Hace cien años, la última vez que la visité, la tuberculosis había comenzado a quemar sus pulmones. Pero ya ves aún conserva su belleza. Cantaba blues en el Cotton Club. Viejas canciones que le enseñó en francés una tía paralítica allá en New Orleans.

Bajamos por una escalera, siempre perdidos entre escombros. Nunca pensaste que debajo de estos sótanos de Harlem la luz y la brisa del mar pueden airear los pulmones de nosotros los negros. Anduvimos sobre polines por el largo túnel del metro hasta cuando un anciano se acerca alumbrándonos con su linterna de carburo. Me saludó con el deajo que solo tienen los mineros muertos en los socavones de carbón de Georgia:

—¿Cómo va el trabajo, Sam?

Me responde cuando andaba muy lejos y solo alcanzas a oír los resplandores de su lámpara:

—Anoche encontramos los últimos cadáveres.

Sus palabras te confirmaron lo que ya tus pies sentían y trituraban: huesos y espaldas agujereadas.

—Pertenecen a los huelguistas de los ferrocarriles que se negaron a marchar a la invasión de Texas.

—¿Qué se dicen? —me preguntó el tío Anton al detenernos frente a la cama donde Joe y yo nos intercambiamos pellizcos. Avergonzada me cubrí la cara.

AGNE: ¿Con quién estuviste anoche mientras yo debía soportar a ese cerdo policía?

JOE: Malcolm vino a despedirse... sale para el África.

Agne: Me lo temía. Ahora que nos acorralan, huye y nos abandona.

JOE: Es mejor que me digas lo que sacaste a ese policía. Malcolm nos ha revelado que será él quien lo asesine cuando regrese.

Joe me abraza con sus piernas desnudas y avergonzada ante el tío Anton, me tapo el rostro con la Biblia. Se sonríe de mi rubor y levantándome en sus brazos me sienta en la grupa de su mula para echarse a caminar por entre los tabacales de Kentucky.

¡Ah! ¡Soy un pobrecito perdido en la mar
lejos de mi casa
lejos de mi hogar!

Pegada a sus espaldas comienzo a desandar el largo camino del tío Anton desde que lo arrancaron del Manikongo.

Los *slums* empiezan a arder en Watts, Newark, New York, Cleveland, Detroit... Agne Brown, así nacieron las noches de Damballa, arco iris de los incendios.

La patrulla de los Escorpiones Negros descendió del automóvil con sus casacas de cuero. Aun en la oscuridad podemos ver sus metralletas. Se dispersan por las esquinas llamando a los ekobios trasnochados. En el interior de nuestros agujeros hasta las ratas hambrientas se alborotaban por el calor. Corren sobre nuestros cuerpos, roían los dedos de los niños y se suben a las mesas para disputarnos las migajas de pan. Los *cats* se acercaban a las puertas donde se asoman las madres semidesnudas con sus niños sobre las piernas.

—¡Salgan de estas pocilgas y huyan! ¡Vamos a quemar este Jordán!

Ya en la otra esquina las llamas alumbran la gran pesadilla que aún no ha comenzado. Se escuchó una explosión y arde el gran almacén de los judíos. Los gritos apenas son un quejido que brota de los cimientos de las casas. Después, reunidos todos los llantos, se regarán por la barriada. Tu iglesita, Agne Brown, donde predicabas resignación se desplomó sobre el atrio. Los ekobios olvidados de sus cantos y plegarias huyen perseguidos por demonios invisibles. Los Escorpiones Negros dirigen sus golpes con precisión militar aprendida en Vietnam. Las patrullas de eyaculación se encargaban de

mostrar las salidas de escape a las madres y a los ancianos mientras el piquete de demoliciones deposita sus huevos humeantes.

—¡Retírense, va a estallar la escuela!

Ahora aparecían caras juveniles. Niños que habían perdido sus casas y que escapan, sin saber hacia dónde, con el botín de frutas y ropas. Las explosiones en serie se repiten.

Entre el resplandor de los incendios creíste reconocerlo. Aún no estás segura aun cuando puedes identificarlo desde este incandescente río que los separa. Joe te rescata de entre los escombros de la iglesia. Ni el fuego reflejado en sus dientes pudo quitarle la sonrisa que le ha enseñado la «tía» Ann para que la muestre en los momentos de cólera.

¡Vamos nena, ahora nos toca predicar a nosotros!

«¡Malcolm, hoy serás asesinado!».

Agne Brown, déjame rememorar, aunque sea un instante, mi visita a la Meca en busca de la fuente del amor fraternal y la serenidad.

Al salir de América, en el aeropuerto de New York revisan mi pasaporte. Ampliaron la foto y miden la abertura de mis pupilas por donde entrarán sus balas. Pero el poderoso Alá inmovilizó en esta ocasión sus pistolas para darme oportunidad a que visitara la ciudad sagrada.

A lo largo de la travesía medité sobre el retorno a los orígenes.

¡África!

Dos días después de estar entre los míos, los vivos y los muertos, cuando hablo ante la Organización de la Unidad Africana en el Cairo, mis palabras tenían olor a faraón embalsamado. Esa tarde digo:

—La lucha de nosotros los negros por la dignidad humana no será por más tiempo confinada a la jurisdicción de los amos de América.

Este julio ha recalentado mi piel como ningún otro. El Nilo ama-
nece envuelto en brumas pero pronto Changó-Sol tamborilea con
su luz sobre el valle. Aun dentro de las habitaciones refrigeradas del
hotel, el calor reseca las palabras antes de pronunciarlas. Sediento
camello en el Sahara, bebo más agua de la que podía acumular mi
estómago. Entre los africanos vestidos con largas túnicas, en el hall
del hotel, contra los espejos, detrás del velo de las mujeres, acecha-
ban los ojos azules de la loba que me siguen desde New York.

El recinto de la conferencia se llena de coronas, turbantes y que-
pis. Tambores que solo yo miro me llamaban desde el pasado. Mi
cara rota en treinta y dos banderas, se refleja en un solo espejo don-
de ondeaban los pabellones rebeldes de Angola, Zimbabwe, Ghana,
Zambia, Nigeria, Mozambique, Tanzania... Aguas subterráneas me
arrastran a las ciudades sepultadas bajo el Níger y el Nilo donde se
congregaban poetas, emperadores y embusteros. Me maravilla que
vivos y muertos quepan en la mano del pueblo capaz de levantar-
los o enterrarlos con sus puños. Rondando las ciudades imperiales,
atisbaban los gigantes de Chad que pueden represar un río con la
mano y comunicarse a gritos entre ciudades distantes. Sus cuerpos
son tan pesados que la tierra se resistía a cargarlos.

—Cuando hablo de afroamericanos me refiero a todos los ne-
gros del mundo porque solo cuando África sea fuerte, seremos
respetados en América.

Sin embargo, no son estas palabras las que atrajeron sobre mi
espalda la cuchilla de los editorialistas blancos de New York. Me
atrevo a más:

—América es peor que África del sur porque no solo es racis-
ta sino una hipócrita engañadora que predica la integración racial
para confundirnos y mejor asesinarlos.

Después, protegido por mis ekobios musulmanes, negros y blancos, me confundí entre la multitud de peregrinos ansiosos de llegar a la Meca. Ya oigo que rezaban y cantan. Descalzos, envueltos en sus túnicas blancas, apenas son llamas que reflejarán el fuego purificador. Mi piel negra entre pieles blancas pierde el miedo ancestral de ser apuñalada.

¡Alabado sea Alá, Señor de todos los mundos!

En la Meca he comido en el mismo plato, bebo en la misma taza, dormí en la misma cama o sobre la misma alfombra, rezaré al mismo Dios que alaban mis ekobios cuyos ojos son del azul más azul, cuyo pelo era del rubio más rubio, cuya piel del blanco más blanco. En las palabras y en las acciones de los musulmanes «blancos» siento la misma sinceridad que me revelaron los musulmanes negros del Sudán, Ghana o Nigeria.

¡La unidad del hombre bajo un solo Dios!

El espejismo de la libertad siempre nos ha enceguecido. Desde África nuestros abuelos ya traían en la planta desnuda de su piel la huella de sus Repúblicas Negras Independientes. Sueños frustrados, Agne Brown, porque siempre se construyeron con sueños. La sociedad esclavista no podría sobrevivir si liberara a sus galeotes.

Desde mucho antes de la Guerra Civil los falsos libertadores buscaban un infierno fuera de la patria para nosotros los negros y no faltan ekobios que se ilusionen con ese prometido Jordán. El capitán Paul Cuffee en un barco de su propiedad transportó trescientos manumisos a la nueva colonia americana de Liberia. Un siglo después, el soñador Marcus Garvey aún nos prometía tierras africanas donde morir con dignidad.

Abe Lincoln en uno de sus momentos de mayor sinceridad nos alerta que la Guerra Civil no se había desatado para salvar o

destruir la esclavitud. Sin embargo, ilusionados con el amparo de la ley militar, invadimos las tierras que se extienden desde Maryland a Kansas. Muy temprano salíamos de Norfolk y circundando la península de la Florida, al atardecer, ya subíamos por el Mississippi para apoderarnos de las riberas del bajo Missouri. Sobre los mismos surcos del viejo amo, sembrando las mismas espigas, nos nacía un sabor de antiguos propietarios.

La bandera de la manumisión, Agne Brown, iba de tumbo en tumbo, según los descabros o triunfos de la guerra. El general Sherman en Port Royal y el coronel Tyler en Virginia, repiten a los sureños que la institución de los amos y esclavos sería preservada. Y de hecho los comandantes Halleck y Dix rehúsan aceptar negros fugitivos en sus filas. Otros, Burell en Nashville y Hooker en el alto Potomac, olvidando elementales principios de guerra, permitían a los amos sacar de sus tropas a los fugitivos uniformados para restituirlos a la esclavitud. Se nos dirá que se trata de actitudes aisladas. Pero aun los generales más decididos por la manumisión como Butler en Fortress Monroe, para justificar la retención de los fugitivos, nos considera «contrabando de guerra» y no hombres libres. Y aun el propio Lincoln reprueba la liberación de los esclavos proclamada por Fremont en Missouri y más tarde por Hunter en Hilton Head.

Los vientos que ocasionan estos bandazos no son misteriosos. En los campos de batalla había cuatrocientos mil negros armados y medio millón en la retaguardia de los ejércitos de la República. Nuestras mujeres y ancianos marchan con sus morrales al hombro en busca de las ciudades controladas por los nortños. Niños descalzos, jóvenes harapientos con la mirada ansiosa invaden Norfolk y Hampton. Los fugitivos brotan de las praderas de Alexandria y Nashville sin que puedan contenerles el hambre, las enfermedades

o el frío. Construirán trincheras, resiembran los campos devastados, y sobre todo, reclamaban uniformes y fusiles. En vano los generales Burnside y McClellan tratan de persuadir a los sureños de que la esclavitud sería preservada.

La población civil blanca, arruinada y escocida por la derrota no presta ninguna colaboración a los invasores. Solo nosotros los negros podemos devolver al sur sus pulmones averiados. Los prepotentes amos del Mississippi sin el soporte de sus esclavos son un gigante que no puede articular sus puños. Así lo comprende el general Grant que afronta el constante asedio de los fugitivos solicitándole fusiles o adelantándose a su tropa en el asalto a Grand Junction. Los enjambres de ekobios merodean por las cocinas, construían trincheras, ayudaban en los hospitales, atentos siempre a empuñar el fusil de los caídos. Acosado por los voluntarios, el presidente Lincoln se ve precisado a incorporar un Jefe de Asuntos Negros a su Estado Mayor y constituye el Bureau de Libertos. Los generales no tardan en recibir instrucciones para que procedieran al asentamiento de nuestras gentes en los hogares colonias a lo largo de los valles del Mississippi, del río Saint John y de las Islas del Mar. Donde quiera que tres padres de familia decidan integrarse en colonias, cada uno de ellos dispondrá de cuarenta acres y el usufructo de aguas ribereñas. Y para asegurar el orden, los propios libertos debían supervisar y subdividir el territorio y gozar de protección oficial. Herreros, mecánicos, servidores domésticos, carpinteros, albañiles quedaron libres de escoger y practicar sus oficios, mientras a los jóvenes se les requería en los ejércitos.

Nuestra decisión de trabajo sorprendió a los amos sureños que habían asegurado por siglos que el látigo es el único estímulo para sacudir la pereza innata de nosotros los negros. Nunca antes en ninguna nación del mundo ni en la historia de la humanidad, si hacemos

excepción del Haití revolucionario, se vio un pueblo tan decidido a participar voluntariamente en la reconstrucción de un país.

Por eso te digo, Agne Brown, el primerodeenerodemilochocientosseentaitrés que la Emancipación de los Esclavos proclamada ya nos encontró sobre las mismas tierras que habíamos regado con dolor y amarguras, sembrando y cosechando las mismas espigas. Sentíamos que los dedos de las manos se enraizan al hundirse en los surcos. Tierra, árboles, vivos y muertos recobramos la condición de muntu: ¡hermanos libres!

Por eso, Agne Brown, yo, William Edward Burghardt Du Bois, escribo en las Cataratas del Niágara, símbolo de nuestra libertad, esta historia que no borrarán los tiempos.

En la escuela mi uniforme es igual al de todas las demás alumnas. Pero mientras mis condiscípulas blancas se confundían entre el montón, yo con mi traje azul y el cinturón blanco iguales a los otros, resalto en la línea, me distinguía en cualquier grupo donde me coloquen: en la banca, en el patio, en el retrete donde por vez primera me lleva de la mano la profesora y en el cual, pese a mis grandes afanes no pude orinar. No era solo por causa de mi color ofendido, hay algo más insólito en mi presencia negra: la presunción de mi maestra y condiscípulas de que no podría comportarme exactamente como ellas. En eso estriba mi educación. Debía actuar como una niña blanca aunque todos los días ofendan el color negro de mi piel. Ser negra consistía en procurar no destacarme entre las blancas; negra es mirarme a mí misma como igual a mis condiscípulas blancas; negra, pensar y sentir a la manera de ellas aunque mi temperamento me impulsara a ser lo opuesto. Negra, tratar de diferenciarme, si eso es posible, de mis hermanos negros. No debía reír con mi risa Negra, sino reprimir el ritmo de mis caderas negras; no chuparme los

dedos almibarados, no cruzar irrespetuosamente frente a un blanco levantando el rostro. Debía ser exactamente como ellos quieren o imaginan que debe comportarse un negro entre los blancos.

Mi presencia negra en la escuela impuso dos morales, dos sentidos a cada ejemplo aunque se tratara de la creación del mundo por un solo Dios o de la manera de responder al teléfono: la unidad pierde para ellos el sentido absoluto que tenía antes de mi llegada. Se escinde, se partía automáticamente... la mitad blanca y la otra. El sexo único se tiñó de colores. El del negro debía ser diferente, no puede accionar como el del blanco a riesgo de ser contranatural, sodomía. El pensamiento, originado en la fuente única e indivisible de Dios, se dicotomizaba. Desde sus orígenes debe existir un pensamiento blanco y otro negro, el uno descendiente de Dios y el otro del Diablo. Todo esto resultaba incongruente. Mis maestras suspenden a cada momento su razonamiento y dejaban las cosas en suspenso para no enredarse en mayores contradicciones. Pero aun así, mi educación marcha extraordinariamente bien. Quiero decir, la educación de los blancos mirándose a sí mismos como algo extraño a mi existencia negra. Manejándome, ellos aprendían a conocer su lugar, de qué manera andar al lado de una negra, cómo erguir la cabeza y alzar el tono de la voz cuando se dirigen a mí; la forma de pronunciar bien las palabras evitando imitar mi acento. En lo que se refiere a mi propia conducta, la educación resulta nefasta. Cada vez más siento menos dificultades en estar de intrusa en el mundo de los blancos. Entendía «su» sentido humano, la rectitud y honestidad de «sus» ideales que justificaban su línea de color, lo mucho que el negro debe al redentorismo cristiano y a los emancipadores blancos. Me enseñaron a nadar entre las aguas contrarias de un mismo río. Debo entender por integración la forma correcta que debe asumir

un negro en la sociedad blanca: autodisciplina en limitarse al estrecho mundo individual y social que se le señale. Marginación, por el contrario, resulta ser la forma grosera insólita y desagradecida con que el negro rechazaba toda injerencia blanca en sus asuntos individuales y sociales. Me enseñaron que la opresión del negro es una invención de unos blancos liberales con mentes enfermas que nos han metido en la cabeza la necesidad de rebelarnos contra una sociedad que nos había sacado del mundo salvaje de África para darnos una correcta y digna educación de civilizados en América. Aprendo a entender que la familia negra debe por todos los medios evitar multiplicarse porque esta conducta irresponsable traería un peligroso desequilibrio para la dominación del blanco. Me enseñaron que los sentimientos de rebeldía conducen al caos y que para evitar esa anarquía, lo principal es que el negro no trate de salirse del lugar que Dios le ha asignado en la Biblia a los hijos de Cam.

—Marcus Garvey, esta noche asistiré a una fiesta en casa de A'Leila Walker. ¿Quieres acompañarme?

Conozco suficientemente a Agne Brown para no advertir en la malicia de sus ojos que me invitaba a una batalla campal. Con frecuencia ella gusta concurrir a las reuniones de los renacentistas negros. No ignora que los intelectuales me detestaban por haber azuzado contra ellos a los hambrientos de Harlem. Ni aun ahora después de muertos, visitan el viejo sótano de la ekobia Wright donde los difuntos nos congregamos a dialogar con las sombras de los ancestros.

Para aguijonear mi interés, Agne Brown agregó con sorna:

—Estarán allí tus amigos de *Crisis*.

Dos días antes, el doctor Du Bois había escrito algunos elogios sobre mí en su revista:

«Marcus Garvey, es, sin lugar a error, el más peligroso enemigo de la raza negra en América y en el mundo. ¿Lunático o traidor?».

Me enrostra haber saludado al gigante imperial del Klan en su cueva de Georgia, por mirarlo frente a frente sin temor y haberle prometido que lucharía hombro a hombro con sus legiones para separar las dos razas. Entonces dije y repito desde esta muerte:

—Yo creo, igual que los blancos del Klan, en la pureza racial, y firme en esta creencia, estoy orgulloso de ser negro. Solo los que se llaman a sí mismos «hombres de color» hablan de igualdad racial.

Al apartamento de A'Leila acudieron los más destacados nigeratos del Gran Circo de Harlem: William Thurman, jefe redactor del *Mensajero*, cuyos directores Chandler Owen y Philip Randolph, aquí presentes, pedían a gritos que me deporten a Jamaica. En el amplio apartamento ya nos cocinábamos más de cien difuntos. Zora Neale Hurston, estudiante de antropología, mide los ángulos faciales de los ekobios para dictaminar su pureza racial. Agne Brown debió revelarle algo de mi antropofagia pues no se atreve a hundir sus dedos en mi boca para contar el número de caninos que tengo en mi quijada.

Por supuesto abundaban los blancos, cazadores de primates negros que tengan un cerebro suficientemente voluminoso como para recitar a Shakespeare y aun barruntar poemas. Agne Brown desde un rincón me señalaba a los gigolós y celebridades: Gun Simonds cantó «El río no vuelve a pasar bajo la puerta». Me inquieto, no se por por dónde se iniciarán los disparos y Agne Brown, cada vez más nerviosa, también lo ignoraba.

Mi paisano Claude McKay declama uno de sus poemas:

Si hemos de morir
que no sea como cerdos...

...

y frente al muro
morir matando:
¡Disparad hacia atrás!

Se brinda con vino rojo. Yo me abstuve, esa sangre es mi sangre. No estoy dispuesto a continuar muriendo orgullosamente ante un pelotón del Klan.

Du Bois me rehuía. Me despierta una explosiva mezcla de odio y envidia. Siempre quise ser un escritor como él, profundo en filosofías, historias y lenguas pero detesto su complacencia ante la hipócrita alabanza de los blancos.

La más jubilosa era la dueña de la carpa: todos los intelectuales de su «raza» muestran los cabellos aplanchados con el menjurje que había ideado su madre para estirarlos. Anda erguida, tan alta que parecía doblarme en estatura. Pero tal vez es una falsa impresión por su encofetado turbante de faraona. No pudo ignorarme, pues mi periódico, el *Nuevo Negro*, ha alcanzado tirajes de doscientos mil ejemplares.

—¿Por qué se niega usted a publicar los anuncios de mi producto que ha probado ser un método más rápido para blanquear a un negro que cuatro generaciones de africanas fecundadas por blancos?

Agne Brown aparenta estar interesada en la conversación de Zora Neale sobre los caracteres recesivos de los africanos, pero sus cien oídos estuvieron atentos a mi respuesta:

—Usted fuera mucho más hermosa si se exhibiera ante los blancos sin los cabellos estirados y con el hermoso vestido con que la parió su madre.

Se puso a dar alaridos. Sus falderos la cargaron en brazos y la encierran en su recámara desde donde llama con lamentos a su madre muerta.

Rudolph Fisher, siempre despistado, ignorando el porqué me había convertido en el centro de atracción, se acerca del brazo de Eugene O'Neil.

—Te presento al padre del emperador John...

Yo le había insultado en un artículo por mofarse de nuestra raza en la figura del rey Christophe. Después supe que atribuye a mi comentario que el público en el teatro Lincoln abucheara a Paul Robeson cuando sale corriendo hacia la selva, cubierto de harapos y aterrorizado por la presencia de sus ancestros.

Para desmontar su enojo, O'Neil no mueve su brazo al extenderle el mío y agrega:

—Soy incapaz de estrechar la mano de un miembro del Ku-Klux-Klan.

¡Solté el bofetón!

Ya entonces la Policía estaba allí llamada por A'Leila. Conocedora de la pista, Agne Brown, me saca por la escalera de los incendios. El fuego sin embargo, había hecho estragos en la reunión. Los blancos salen en desbandada y muchos negros pudieron comprobar que el «Método para desrizar el pelo» no consigue camuflarlos ante las cachiporras de los gendarmes blancos.

«¡Malcolm, hoy serás asesinado!».

En París las lobas blancas vienen a recibirme a la escalerilla del avión. Se enmascaraban con la sonrisa de los ekobios:

—*Monsieur* Malcolm, usted es nuestro huésped de honor.

Pocas veces he tenido que estrechar la mano de los blancos. Me besan en ambas mejillas pero solo al retenerme en la celda del aeropuerto de Orly descubro que han dejado sobre mi rostro la saliva de Judas.

—Cumplimos instrucciones, *monsieur* Malcolm, para impedir que sea eliminado en el territorio de la Quinta República.

¡Mentiras! No pueden repetir su asesinato porque mi cadáver yacía tendido en el anfiteatro de Harlem identificado con la tarjeta de «anónimo». El médico forense pretendió ignorar a quién pertenece, aunque esté dispuesto a certificar que el deceso lo produjeron trece heridas de perdigones en el corazón y que las balas de revólver calibre 38 y 45 incrustadas en las piernas confirman que los asesinos dispararon sobre mi cuerpo yacente.

En las oficinas de Orly siguen preguntando por mí. Les respondo sin que ellos puedan verme. Son los ekobios que han venido a recibirme. El teléfono puede comunicarnos pero borra nuestras caras, los gestos, la indignación.

Ekobio: ¡Malcolm! ¡Malcolm! ¿Cómo estás? ¡Hay aquí muchos hermanos esperándote!

Respondo:

—Acabo de dar un penique inglés a un funcionario de la Policía francesa para que se lo entregue al general De Gaulle, pues estimo que su gobierno vale menos que eso.

Ekobio: ¿Quieren asesinarte?

Respondo:

—Los negros hemos sido víctimas de las acciones violentas cometidas por los grupos racistas organizados del mundo sin que las Naciones Unidas, mangoneadas por los Estados Unidos, sean material ni moralmente capaces de proteger nuestras vidas y propiedades.

«¡Malcolm, hoy serás asesinado!».

La semana pasada hicieron estallar una bomba en mi apartamento. Todavía aterrorizadas, mi mujer y mis dos pequeñas hijas se abrazan a mi cuerpo.

—Daddy, no nos dejes —me pidió gimoteante Quibilah. Apenas tiene cuatro años y ya nombra su orfandad. La beso en la frente y salí acompañado del adiós de mi mujer que me seguirá con su largo silencio hasta la muerte.

«¡Malcolm, hoy serás asesinado!».

Recorro los largos corredores del Audubon Ballroom. Tenía la certeza de que no es la primera vez ni la última que estoy aquí. Este presentimiento solo me sobrecoge en las calles, en los bares, en los auditorios de Harlem. Aquí, cada vez más se hunden mis huellas en el corazón de mis ekobios. Los oigo en las consignas pintadas en las paredes de las cárceles, en los mítines de Broadway Avenue, en las maldiciones que se escuchan en el *subway*. Mis pasos, sin embargo, andan en Tanganika, Etiopía, Arabia Saudita, Argelia... Aún después de muerto me oyen denunciar que veintidós millones de afroamericanos somos víctimas de genocidio en este país.

Detrás del telón el mar me espera, zumbaba. Saben que les traigo la respuesta. Escuché su murmullo:

—¡Alá ilumina al hermano Malcolm porque ha rezado en la Meca!

Les hablo:

—¡El Infierno está allí donde no encuentras justicia, donde no hay igualdad, ese es el Infierno! No es necesario que te diga quién es el Diablo Blanco. ¡Tú lo conoces!

Coreaban:

—¡Sí hermano Malcolm, diles lo que son!

Mis propias palabras van al reencuentro del pueblo que me enseñó a luchar. Cuando salí al escenario me sacuden sus aclamaciones:

—¡Bienvenido hermano Malcolm!

—¡Bienvenido!

Se ponen en pie y cantaban. Ahora no se cuándo y dónde escuché esa canción. Si la repiten los legionarios de Marcus Garvey o me la dedicaban los estudiantes afroamericanos en la Universidad de Ghana:

¡Malcolm hombre!
¡Hombre Malcolm!
¡Cuando cuentas
y relatas tu miseria
el color de tus ojos
tiñe de sangre el barro!

Levanté los brazos y mis palabras se acaloran con potencia inusitada:

—¡*Asalaikum*, hermanos y hermanas!

No alcanzaré a oír la respuesta. Las voces se revuelven en ambas orillas. Me llamaban desde la ribera donde la sangre no moja la ceniza de los muertos, pero todavía escucho el clamor de los vivos convulsionándose en el recinto. La lluvia de plomo cubrió mi pecho y mi cara. Caña rota, levanto el brazo para atajar el viento que ya me arrastraba. Tendido en el suelo, vi que uno de mis asesinos salta al escenario y pretende ametrallar mis piernas que han comenzado a andar con la ligereza de la luz. A mi lado está el doctor King, Nat, el profeta Marcus y otros viejos amigos. Mi padre me extiende las manos. Le reconozco a pesar de su cráneo machacado. Sus piernas quebradas lo sostenían con la misma fortaleza con que puedo apoyarme en las mías que se desangran. Los ekobios vivos levantaron mi cadáver y lo sacan del auditorio. Me resisto, no podía traspasar el muro invisible sin pronunciar mi discurso. Rápidamente me incorporé y grito a los que aún se revolvían aturridos:

—¡Calma! ¡Calma! No se alteren. ¡Tranquilidad ekobios! ¡El fin no ha principiado!

Ahora sí escuchaba sus respuestas:

—¡*Asalaikum Salaam!*

No quieren sentarse, Agne Brown, deseaban oír mi testamento de pie:

—Los días de la desunión han pasado, ahora solo vivo para congrega la dispersa familia del muntu. Solo así se construirá la sociedad anunciada por Changó donde los vivos activen el nudo que los ata a los muertos, donde los ekobios de todas las razas puedan llamarse hermanos.

En lo más distante de la marcha, doscientos mil rebeldes se congregan en torno al gran falo de piedra en el corazón de Washington. Parecíamos diminutas hormigas tratando de derribar un misil atómico. Una semana atrás emprendimos las caminatas desde todos los costados de América. Mutilados de guerra, ancianos, jóvenes a quienes les habían crecido las barbas en la larga jornada. Todos vienen a sembrar las semillas de sus hijos: la negra, la amarilla, la blanca, la solidaridad del muntu:

—¡No hagas la guerra, practica el amor!

Las guitarras amenizan las voces de los recolectores de tabaco de Virginia; los banjos rememoraban las hazañas de Deadwood Dick en el árido oeste. Aquí vienen a desembocar los linchados del «Ol' Man River». Más allá por las fronteras de Nuevo México ya galopaban los chicanos de Pancho Villa y Emiliano Zapata. Esta noche llegarán nadando al puerto de New York los marineros desertores de San Juan y Guantánamo. Depusieron las armas y quemaron sus uniformes. Yo, el hijo del soldado Joseph Stephens, caído en el Mame, muestro y rompo ante mis ekobios la boleta de conscripción

que me ha entregado un juez. Los legionarios del nuevo César no gritaremos que vamos a morir por el Tío Sam.

Inútilmente el reverendo King trata de atajarnos:

—La supremacía y violencia de los negros son tan malas como la supremacía y violencia de los blancos.

El reverendo tenía la doble condición del remero que impulsándose en la corriente la retiene con los remos.

Los Jóvenes No Violentos del Comité Coordinador ya habían desandado el largo camino de la espera:

—¡Defendemos nuestra dignidad, reclamamos la igualdad que nos han arrebatado desde siglos, pero sobre todo, exigimos ahora mismo el poder para los negros!

El doctor King necesitará mucho tiempo después de muerto para comprender que las acciones de los vivos dejan de ser parte de la vida mucho antes de morir. Sus llamados a la paz y la concordia son un tardío eco de la violencia que había desatado con esta manifestación de dos millones de negros y blancos que no encontrarán un lugar en América donde sembrar el árbol de la justicia.

Los Escorpiones ya desfilan con sus armas terciadas al pecho. En Corea y el Vietnam aprendieron a volar un tanque con media botella de gasolina inflamada y la lenguachispa de Changó.

Al caer la noche hemos encendido fogatas frente al Octágono, alto y empedrado cubículo donde anidan los Jim Crows de la muerte. Sobre nuestras cabezas sobrevolaban los helicópteros con sus hélices zumbadoras, parpadeantes los ojos verdirrojos. Desde las ventanas miran nuestras narices con sus catalejos. Sacuden las alas, se cubrían los ojos y nos tomarían fotografías para clasificarnos en su larga lista de víctimas.

Pero también escuchamos al difunto Marcus Garvey que encabeza la Legión Africana, repartiendo armas entre los Escorpiones:

—Es un deber nuestro procurarnos fusiles y municiones. Les anuncio que estoy armado y dispongo de suficientes balas para disparar.

Al amanecer comprobamos que aumentan los soldados blancos. Les han nacido narices de mamut, se protegen las cabezas con escafandras de acero. En Birmingham y Montgomery asaltaron y quemaron buses repletos de Caminantes de la Libertad. Nos miraban y gritan:

—¡La integración racial arruinaría la civilización!

A las diez de la mañana los ekobios que incendiaron sus pocilgas en los *slums* de Watts y Jacksonville siguen invadiendo los predios de la Casa Blanca.

—Estamos hartos y cansados de estar hartos y cansados.

A mediodía no hay una sola pulgada bajo las sombras que no arda. Nuestras mujeres sin los rostros pintados, los sexos silenciosos, gritaban al lado de sus maridos:

—¡Apoyamos a nuestros hombres cuando prefieren la cárcel a la muerte en Vietnam!

Al ocultarse el sol ya sabíamos que el presidente se niega a oír nuestro aullido. Teme que los dos millones de hombres y mujeres estallemos en una tormenta de violencia. Durante la noche, incessantes, los bombarderos transportaron tropas desde las distintas bases del Ejército y la Marina.

Las fogatas ardían a la medianoche con la quema de las boletas de reclutamiento al son de los tambores y guitarras. No alimentaríamos con nuestros cuerpos las hornadas de una nueva guerra.

—Mis abuelos y mis padres negros han muerto en todas aquellas provocadas y ganadas por los blancos sin que hayamos tenido una victoria: ¡nos perpetuamos esclavos! Por eso, ekobios, les grito que destruyamos este uniforme que nos ha dado la loba y conservemos las armas.

La ceremonia, Agne Brown, se inició con los golpes de tambor del papaloo Bouckman anunciando los incendios. Los jóvenes conscriptos, los desertores, los reclutas comenzamos a desnudarnos, arrojando al fuego las prendas militares. Quepis, charreteras, polainas, la piel del lagarto que nos borraba nuestro verdadero color. Negros, amarillos, blancos, volvíamos a recobrar los rostros de los padres olvidados... Pero aquella hora ya estaba marcada por los estrategias del Octágono: las sirenas, el látigo de agua, los perros mordían a nuestros ekobios y nos arrastran de los cabellos hasta las ambulancias alambradas. A gatas frente a la pared, nos hincharon los vientres disparando chorros de agua contra nuestras nalgas desnudas.

Querida Agne:

Ahora mi nombre es un número: 0000000... En el pasado, así me lo cuenta aquí un compañero de prisión, se nos ponía en la espalda una marquilla de hierro al rojo vivo. También hay otras antiquísimas novedades. Por ejemplo, me tienen encerrado en un hoyo de cemento, el mismo hueco oscuro que ocupé en las bodegas de los barcos negreros. Los muros son de piedra, gruesos y aparentemente aislados. Sin embargo, para nosotros poseen ventanas a través de las cuales vemos todo lo que hacían y planean nuestros hermanos de cárcel. Tienen oídos, nos llegaban «golpecitos». Así pudo extenderse la rebelión a las principales cárceles del país.

Este agujero es frío durante el invierno y sofocante en verano. No hay camas ni mantas o espacio dónde extender las piernas y los brazos. Si me pongo de pie mi cabeza toparía el techo por lo que debo mantenerla inclinada. Pese a todo, aquí se está muy bien. Aunque nuestra ración sea de agua y solo ejercitemos las mandíbulas con pan, siempre acompañados de nuestros propios excrementos, la desnudez nos hace sentir el vientre de nuestras propias madres. Tal

convencimiento es importante porque en estos úteros están gestándose los nuevos negros. Aquí nacen ciento o más ekobios en iguales condiciones y sumáramos miles si se agregan las demás cárceles del país. Comenzamos a entender que la prisión es una parte del querido y aborrecido slum. Afuera nos sentíamos solos, abandonados, vagando por las calles en busca de un empleo o de la oportunidad de robar a otros hermanos más pobres. Aquí hemos reencontrado la hermandad negra perdida en las calles, porque no tenemos nada que robarnos y en cambio, sentimos la urgencia de unirnos contra los guardianes que nos desnudan, apaleaban y azotarán: «uno-todos» somos el odio contra los orines, el vidrio molido y los gargajos que ponen en nuestras comidas. En cambio el slum nos separa porque allí, como ratas, teníamos que disputarnos un rincón dónde pasar la noche. Nuestra lucha acá es por salir victoriosos en la huelga, la protesta, la organización, la amnistía y contra la guerra. Hemos dejado de ser ratas para convertirnos en prisioneros políticos. Mi padre Joseph Stephens, enrolado a la fuerza para pelear en Alemania por la libertad que le negaban en su país, puede estar orgulloso de su hijo Joe. Muerto él, vivo yo, estamos unidos en una misma causa: ¡el Poder Negro!

Advertirás que no te escribo con mi puño y letra. Se nos niega papel y lápiz para impedir que nos intercomuniemos. Cuando nos dejan escribir lo hacían solo para enterarse de nuestros planes. Pero no importa. Aquí en este calabozo, desnudo, aparentemente reducido a o, me sobran las manos y mis letras llegarán hasta ti. En mi última salida al patio de la cárcel, la semana anterior a mi reclusión en este calabozo, un ekobio aprendió de memoria estos párrafos. En la noche los «golpecitos» me han informado que saldrá mañana y me asegura que la carta llegará a tus manos. Quiero que al recibirla, Agne Brown, desaparezcan todas las angustias por tu amante preso. Soy un nuevo negro, y aunque tuviera que morir cazado en San

Quintín: como George Jackson, ya nada podrá impedir que me sienta inmortal, multiplicado en las acciones de los ekobios combatientes que me sobrevivan.

¿Te acuerdas de que mi madre me enseñó aquellas llamadas, los hollers que lanzaban nuestros abuelos por las noches para dialogar a través de los cultivos de algodón? Los repetimos aquí para comunicarnos de una celda a la otra, de las plantas bajas a las altas y con ellos intercambiamos informes con nuestros líderes reclusos en calabozos para separarlos de los amotinados. Esta es la causa de que me hayan hundido en este hoyo: descubrieron que mis blues y gritos, poco antes de que apaguen las luces, llevaban consignas a los huelguistas.

Mi carta es solo para decirte que tu Joe nunca antes ha estado tan cerca de ti.

Te ama, 0000000.

Ya preparaban mi mortuoria. Impotente, mis pensamientos no animan las arañas de mis manos. El féretro de bronce me obliga a cruzar los brazos. Mas sin embargo, mi luz contagiaba las mentes de los que me piensan, las manos de los que tocaban mi silencio, las lenguas que repetirán mis palabras. Desde la noche anterior hacen fila para entrar al Templo de las Sombras, en el gran edificio marcado con el 325 East de la Calle 147 de Harlem. Mi nombre musulmán, El-Hajj Malik El Shabazz da vida a mi cadáver. Soplaban un viento huracanado. La explosión en la Mezquita Número Siete de los musulmanes negros y el incendio que arrasa su edificio en la Avenida Lenox me confirman que Changó está presente con sus dientes de fuego.

Negro es tu vestido Agne Brown, tenías conciencia de que te han matado un hermano, que eres la madre Sosa Illamba recogiendo en su seno la semilla de cientos de millones de negros asesinados por

la loba blanca. El templo es estrecho para albergar a los difuntos y vivos que quieren estar a mi lado en el momento en que Legba me abre las puertas al mundo inagotable de los ancestros. Tu tío Anton con su poderoso lomo de ballena separa las paredes, agranda la cúpula del techo para que el río de los ekobios inunde este mar de dolor. Harriet Tubman conduela su largo tren de peregrinos desde los olvidados túneles de la esclavitud hasta mi féretro sin que se extravíe uno solo de sus libertos. Sojourner Truth de pie, entre mi padre y mi madre, lee la Biblia y sus palabras refrescan mi ataúd con más luz que el olor de los jazmines y rosas lavando mis ojos.

—Para que pueda encontrar a Alá debe ser enterrado antes de que su alma se enfríe.

Las observaciones del musulmán ortodoxo me asustan porque ya siento que la piel se me cuajaba y entumece. Otro hermano musulmán ordenó:

—Retiren todos los símbolos cristianos. La muerte es una cuestión privada entre Alá y el difunto.

Me quitaron la corbata, el vestido azul, todos los vestigios que puedan disgustar a Alá. El bálsamo con que frotan mi cuerpo me sumergió en la infancia, cuatrocientos cincuenta años vividos, cuando mi abuela Arún, sacerdotisa del Níger, pulsaba la hebra de mis huesos. Me envuelven en los siete velos de lino blanco, tan solo descubierta la cara para que pueda observar a los diez mil ekobios que desfilarán ante mi cadáver. Pero mucho antes del maquillaje, habían entrado silenciosamente mis ancestros guerreros.

El abuelo Nagó, a quien pude identificar por sus distintas caras en un mismo rostro: Nube Negra, Denmark Vesey, Gabriel Prosser y Nat Turner. Me grita:

—¡La indecisión de nuestro pueblo nos ha costado muchas vidas!

El resplandor que empalidece la llama de los cirios proviene de la catarataluz de Kanuri mai. Donde el dolor abre una herida resembraba la flor roja de la esperanza. Está rodeado de escritores, músicos y artistas. *Satchmo*, Langston Hughes, Paul Robeson, Richard Wright...

La madre Sosa Illamba me envolvía en las blancas olas del sudario. Eres tú, Agne Brown, la hija de Yemayá, madre que no necesitas del engendro del varón para parir héroes y mártires.

Ahora cuando se reintegran en mi cadáver la suma de los difuntos y los vivos, comprendo que Olugbala, alimento de nuestras fuerzas físicas, nos nutre con la potencia de todos los sacrificados en combate.

El ancestro Ngáfúa sostenía mi cabeza entre sus manos. Oigo su canto compuesto por las voces claras y altisonantes de Burghardt Du Bois y John Brown:

—Las palabras desunen, la acción unifica.

A mis pies, sentados, se encuentran todos aquellos ekobios que predicaron la paz para combatir la guerra. Lloraban y ríen: Frederick Douglas, Booker T. Washington, Luther King, su llanto aviva mis heridas.

Otros me hablaban en olvidadas lenguas. El grito wolof de Benkos Biohó invocando a Zarabanda, oricha de la guerra, desde las murallas de Cartagena de Indias. Allá, ahora, Gunga Zumbi me relata la larga resistencia de sus cimarrones en el quilombo de Palmares. El presidente Toussaint L' Ouverture ha venido desde su exilio en el calabozo de Fort-de-Joux, acompañado de sus generales Dessalines y Christophe. Quieren revelarme las tácticas con las que derrotaron las tropas imperiales del necio Napoléon.

Desde que se hallaban en la muerte siempre andan juntos la memoria expectante del presidente Pétion y el arrepentimiento del

libertador Simón Bolívar. Me explicaron su viva discrepancia por no haberse impuesto con las armas la libertad de los ekobios en la proclamación de las repúblicas bolivarianas.

También escucho las voces en castellano de José María Morelos, generalísimo de los Ejércitos Insurgentes y de José Prudencio Padilla, gran almirante, benemérito general de la Orden de los Libertadores. Rememoran el cruel destino de sus sangres zambas por las que fueron traidoramente ejecutados.

—En nada nos ha nutrido el plomo de los fusilamientos.

—Así —es José María— proseguimos combatiendo por las mismas desigualdades.

Viendo que no podía hablar porque tengo partida la lengua por las balas, el general Antonio Maceo cruzó su espada sobre mis labios. Había dedicado su vida a la organización de los ejércitos rebeldes cubanos.

—Ahora tus acciones guerreras —me dijo— deben darle el filo que no tuvieron tus palabras.

Oigo aplausos cuando entra el profeta Marcus Garvey.

—¡Ras-Tafari! ¡Ras-Tafari! —corean sus seguidores congregados en torno a mi ataúd.

—Malcolm, profeta, te traigo las sandalias de peregrino para que unifiques al muntu disperso y esclavizado.

Agne Brown, comienzo a desplazarme en la impalpable nebulosa de los sueños. Las aguas del muntu fluyen de los socavones del *subway*, de las fábricas y *slums*. Entre el tumulto puedo distinguir claramente a Joe al frente de sus camaradas estibadores de Chicago, Philadelphia, Norfolk, New Orleans y San Francisco. Marineros, mozos de ferrocarril, trabajadores de los astilleros. Se quita la gorra para saludarme como lo hacía cuando nos encontrábamos en los patios de la cárcel.

Los estudiantes sentados en el suelo obstruían el tránsito.

—¡Exigimos que se castigue a los asesinos de Malcolm!

Emparapetados en las azoteas, detrás de los tanques y chime-neas, descubro a los Escorpiones Negros con sus fusiles y bombas incendiarias. Pero también están los regimientos de la loba blanca apostados en las bocacalles y aceras.

Escucho tus palabras Agne Brown:

—Malcolm, son los antiguos capataces de las plantaciones que ahora se cubren la cabeza con sombreros metálicos. En vez de rebenques, esgrimen pistolas y mangueras antimotines. Dicen que están aquí para garantizar que seas dignamente sepultado.

Ahora que miro de cerca las sombras de nuestros ancestros me pregunto si realmente estoy muerto o si mis cenizas son la pólvora del muntu, la llama que hará explotar la rebelión de Changó... súbitamente siento que sangran mis piernas catorce veces abaleadas y por las heridas retoñan las raíces de un baobab. Se trepan, crecían mis brazos y convertidos en tronco, sus poderosas ramas desfondan el techo de la funeraria. Escuchamos atónitos el trote de las treinta mil cabalgaduras de Changó galopando sobre el océano y pronto, apaciguado el vuelo, sus cascos se posan en las ramas. Deslumbra-dos, ciegos, pudimos verlo sentado sobre sus relámpagos cautivos. Detrás, atento a los resplandores de sus ojos, lo custodian sus her-manos guerreros.

Ochosí, arco iris, mantenía tensa la lanza que hiere la lluvia.

El forjador de los truenos, Ogún, los ahoga entre sus manos.

Y cerrada la boca, rojos los ojos, el oricha de la ira, Orún, con-tenía su furia.

Desde lo alto, saltando entre las ramas, Legba se acerca hasta mi cadáver para abrirme los ojos. Escuché su mirada clarividente.

—Habéis sido convocados por Changó.

Levanta el puño mostrándome la radiante Máscara-Cabeza-Toro. Changó movió su pie y las ramas estremecidas dejaron caer sobre mí la lluvia de sus fuegos. Estalló su grito trueno encegueciéndonos:

—¡Demoráis en alcanzar vuestra libertad!

Enmudecimos sin que nuestra memoria extendida pudiera abarcar la totalidad de la sangre derramada por el muntu.

Legba se interpuso con los relámpagos de sus cien ojos.

—¡Detened vuestra furia, oricha de la Guerra! Apenas son recién llegados a la Mansión de los Muertos.

Tras de apaciguar a Changó, el abridor de caminos se dirigió a nosotros:

—Difuntos que podéis mirar de cerca las sombras de los ancestros, comparad vuestros insignificantes actos con las hazañas de nuestros antepasados y encontraréis justificada la furia de los orichas. ¡Desde que Changó condenó al muntu a sufrir el yugo de los extraños en extrañas tierras, hasta hoy, se suman los siglos sin que vuestros puños hayan dado cumplimiento a su mandato de haceros libres!

¡Ya es hora de que comprendáis que el tiempo para los vivos no es inagotable!

CUADERNO DE BITÁCORA

MITOLOGÍA E HISTORIA

¡ABOBÓ!: Expresión de saludo y regocijo para invocar y agradecer la presencia de los orichas.

¡ABSALAIKUN!: Expresión con que se saludan los musulmanes.

ADAMÁSTOR: Gigante mítico de «Os Lusíadas», amo de las tempestades en el Cabo de las Tormentas. Hijo de la Tierra y hermano de Encélado, Egego y Centimano.

AGANYÚ: Primer hombre mortal creado por Odumare conjuntamente con su mujer Yemayá. De su unión solo nació Orungán. (Véase Orungán).

ALEIJADINHO (El): *El Lisiadito*, apodo dado a Antonio Francisco Lisboa, gran escultor y arquitecto brasileño (1730-1814). Mulato, hijo de portugués y esclava, sufrió una lepra que le amputó los dedos, manos y pies. No obstante, sobreponiéndose a su enfermedad, logró realizar una obra escultórica en piedra y madera con tanto vigor y expresión americanos, que se le considera como el más grande escultor de América en todos los tiempos.

ALUVAIA: Nombre del oricha Echú entre los angolas.

AMANSAGUAPO: Bejuco al que, preparado en brebajes, se le atribuye en Cuba y otras regiones de América el poder de disminuir la bravura de los hombres y hacerlos dóciles a los caprichos de sus amantes.

ANCESTRO: Cualquier ascendiente difunto, paterno o materno. Tanto más antiguo haya sido su deceso, más jerarquía adquiere entre los muertos. Los ancestros son venerados por convivir con los orichas creadores del mundo. Muchos de ellos en virtud de las obras ejecutadas en la vida se les adora como semidioses.

- ARARÁ:** Nativo de la región comprendida entre la laguna Kate y la población de Lagos, en el Dahomey. Los ararás pertenecen a la familia ewe-fon.
- ARDÁ:** Aborigen del antiguo reino de Ardá en la región vecina al Dahomey. Los ardás eran muy estimados por sus conocimientos agrícolas.
- ASHANTI SANTÉ:** Nativo perteneciente a uno de los quince reinos de la etnia twi en la Costa de Oro. Eran temidos por su rebeldía y rechazo a la esclavitud.
- AYÉ-SHALUGA:** Hijo de Grungán y Yemayá, oricha de la fortuna y de la buena suerte. Se le representa en forma de gran valva marina.
- AZTECA:** Civilización de pueblos guerreros y artistas establecidos en Tenochtitlán, en el centro de México, desde el año de 1325. Planta acuática.
- BABALAO:** Sacerdote del culto Vudú. (Véase *Papaloa*).
- BABALÚ-AYÉ:** Oricha que puede producir y curar las enfermedades. Siempre se le representa como un anciano leproso acompañado de dos perros. Hijo de Yemayá y Orungán.
- BACULÚ, BACONÓ:** Adivino, sacerdote.
- BAKONGO:** Nombre y lengua de los nativos del Zaire, cuya nación ocupó el territorio comprendido entre las riberas del Nyanga hasta el río Dande. Fueron introducidos a la América por los portugueses con el nombre erróneo de manicongos.
- BAKOTA:** Comunidad del Gabón que habita la ribera del Ogoué. Se ha distinguido por su arte abstracto que utiliza materiales metálicos.
- BALINDJO:** (General) Curandero, pertenece a la familia de los Ogúns haitianos. Tiene el poder de detener las hemorragias y de unir de nuevo los miembros amputados.
- BALUBA, BULUBA:** Plural de luba, nombre de un pueblo que reside en el territorio comprendido entre el norte del lago Tanganyca y el alto

Zambeze. Sucesivos cruces entre balunda, baluba y balulúa, han determinado un mestizaje entre sí que les permite hablar una misma lengua aunque conserven sus individualidades étnicas.

BA-LUNDA: Plural de lunda. Una de las comunidades que habita el territorio que se extiende desde el norte del lago Tanganyca hasta el alto Zambeze. Constituían un imperio del cual se tienen noticias desde el siglo xv.

BAMBARA: Comunidad que pertenecía al antiguo reino de Ségou. En los últimos dos siglos se ha constituido en una nación que ocupa el territorio comprendido entre el Bouré guiniano y la provincia de Waigouya en el alto Volta y desde Odiéné y Tengurela, en la Costa de Marfil, hasta Timbuctú.

BANDEIRA: Nombre dado en el Brasil a las expediciones armadas con el propósito de cazar indios y negros fugitivos para esclavizarlos en la explotación de minas o en las plantaciones agrícolas.

BANDEIRANTE: Miembro de una bandeira.

BANTÚ: Plural de *muntu*, hombre. El concepto implícito en esta palabra trasciende la connotación de hombre, ya que incluye a los vivos y difuntos, así como a los animales, vegetales, minerales y cosas que le sirven. Más que entes o personas, materiales o físicos, alude a la fuerza que une en un solo nudo al hombre con su ascendencia y descendencia inmersas en el universo presente, pasado y futuro. Término genérico para aludir a la familia lingüística del mismo nombre y que se extiende en toda el África austral, por debajo del río Níger.

BATUQUE: Término genérico empleado en África y Brasil para designar cualquier baile de negros con tambor (batir tambor).

BAZIMU: Muertos o difuntos. Singular, alazimu. Sin embargo, el concepto de *bazimu* o *mazimu* no comparte la connotación castellana de cadáver, ya que para la filosofía bantú, el difunto goza de una energía plena de inteligencia y voluntad.

BEDUINO: Nómade de las tribus árabes del África del norte de los antiguos berberiscos. En Brasil, nativo, indígena.

BENÍN: Capital de uno de los más importantes imperios de la floresta del Níger. Se tiene noticia de que bajo el dominio de los emperadores de Oyo, desde el siglo XIV se convirtió en la capital del extenso reino de los yorubas que comprendía los estados de Kanem, Ife, Bomu, etcétera. Sus artistas son famosos desde la antigüedad por el dominio artístico del bronce.

BENKOS BIOHÓ: Domingo Biojó o Benkos Bhío. Organizó la lucha armada de los cimarrones del Palenque de San Basilio, cerca de Cartagena de Indias. Después de resistir por varios años las constantes acometidas de las tropas realistas, concertó un armisticio con el gobernador Jerónimo de Suazo y Casasola (1605), que le concedía la libertad a todos los alzados en armas. Finalmente, detenido arbitrariamente en Cartagena por el gobernador García de León, fue sometido al suplicio del garrote hasta la muerte el 16 de mayo de 1621.

BERBERISCO, BERBERE, BEREBERE: Nativo de la antigua Berbería, territorio comprendido entre Marruecos y el Mar Rojo. Hoy se les llama tuaregs en Argelia, cabilas en Marruecos y bereberes en Trípoli.

BIAFRA: Comunidad bantú en las orillas del Golfo del mismo nombre, entre Nigeria y el río Muni. Región que no tiene nada en común con la Biafra de Guinea, de etnia y cultura malinké.

BOGARÍ: Nombre dado a un arbusto y a sus flores (*Jasminum sambac Ait*) de la familia de las oleáceas.

BOLÍVAR, SIMÓN: Libertador de las repúblicas de Colombia, Bolivia, Ecuador, Perú y Venezuela (1783-1830). Criollo emparentado con la nobleza española. Se reconocía a sí mismo como triétnico. Los historiadores le señalan ascendencia negra.

BORNU: Antiguo reino en el Sudán central, un poco al sur de Ghana, Mali y el Songhai. Se le conoce como Kanem-Bornu y tuvo por capital

la ciudad de Njimi. El emperador Idris Aloma (1579), convirtió este reino en el más poderoso de la región.

BOTEQ: Cacería de nativos en los grandes y pequeños ríos de África para abastecer el tráfico de esclavos.

BRAN, BRONG, BORO: Oriundo del territorio de Atabubu, en la Costa de Oro. En sus tradiciones orales cuentan que procedían del país de Gyaman, situado más al norte.

BUEN ÁNGEL MAYOR: En el vodú haitiano, espíritu protector que acompaña al individuo durante la vida. Recuérdese que en la filosofía africana cada persona conlleva una serie de espíritus o sombras protectoras.

BUEN ÁNGEL MENOR: En el vodú haitiano, espíritu protector del difunto desde el momento de la muerte hasta cuando es sepultado. Gracias a él se encuentra el camino de Elegba que conduce hacia los ancestros.

BUFWISI: Hechicería.

BULAWAYO: Territorio al sur del río Zambeze, dominado por los changamire, enemigos de los monomotapas.

BUMARANGA: Orquesta de músicos, principalmente de tamboreros.

BUMBA: Entre los congos cubanos, espíritu de un muerto que anida en su propia calavera o nganga.

BUNDE: Nombre genérico con el cual en Cartagena de Indias (siglo XVII), se denominaban los bailes de negros.

BUZIMA: Concepto bantú que alude al cadáver carente de vida biológica, aunque persista su *muntu*, energía plena de inteligencia y voluntad.

CABALLO: Nombre que se da al iniciado en las ceremonias del vodú haitiano, cuando es cabalgado por el espíritu de un oricha.

CABEZA DE ELEGBA: Dícese del devoto que ha sido poseído por el oricha Elegba, durante el ceremonial vodú.

CABILA: Nombre dado en Marruecos a los descendientes de los antiguos berberiscos. En Brasil, nativo, indígena.

- CABOCLO:** Vocablo tupy, con el cual en el Brasil se designa al indígena o nativo. En general mestizo, zambo o mulato, de color moreno.
- CACHEO:** Importante factoría negrera ubicada en la desembocadura del río Santo Domingo (Guinea). Su mayor apogeo fue a fines del siglo XVIII. De ella procedían los grupos papeis, también conocidos como buramos. Debido a su amplia área de abastecimiento, procedentes de Cacheo llegaban esclavos oriundos de otras regiones.
- CAFUSO:** Término brasileño que alude al cruce de indio y africano con o sin sangre blanca.
- CALABAR:** Con este vocablo, al parecer de origen europeo, se denomina la región llamada por los nativos Kouara y que ocupa el territorio comprendido entre el delta del Níger y el río del Rey. Con el nombre de calabares, carabalíes o calabaris, entraron a la América diversidad de esclavos que pertenecían a más de cincuenta comunidades distintas.
- CAONABÓ:** Uno de los caciques indígenas de Haití que se distinguió por su rebeldía frente a la conquista española. Apresado por Colón y rumbo a España, se dejó morir de hambre en la travesía.
- CAPANGUEIRO:** Persona que en el Brasil se dedica a comprar diamantes en bruto a los mineros para luego revenderlos.
- CAPOEIRA:** Danza de carácter bélico, cuya coreografía facilita el ataque y la defensa de los bailarines. Originaria de África, se ha extendido en los principales núcleos negros del Brasil.
- CARABALÍ-BIBBI:** Oriundo de uno de los numerosos pueblos del Calabar. Los carabalí-bibbis se distinguieron por su marcada tendencia al suicidio bajo la esclavitud.
- CARDINA:** En el Brasil, planta alucinógena de efectos narcóticos.
- CARIB, KARIB:** Caribe.
- CARIMBA:** Herrada. Marca grabada con yerro candente en la piel de los esclavos para denotar la propiedad del amo o el pago de impuestos.

- CAT:** En el lenguaje coloquial de las bandas juveniles de negros norteamericanos, la persona que se distingue por sus cualidades de líder, no importa cuál sea la actividad a que se dedique.
- CAURÍ:** Valva de crustáceo, utilizado entre los pueblos africanos como moneda o adorno.
- CUAUTECOMATE:** En México, árbol de sombrío.
- CURIBOCA:** Vocablo tupy (Brasil). Mestizo de indio y negro. También denomina al zambo con mezcla de blanco.
- CHAD:** Nombre del extenso lago que se halla al oeste del Nilo, en el centro del Sudán. Obligado cruce del comercio entre el este y el oeste, en sus riberas prosperaron los imperios de Kanem y Bornu. Entre los pueblos que moraron en su planicie figuran los zaghnanas, los tuaregs, los kushes, etcétera.
- CHANGÓ, XANGÓ O SANGÓ:** En la mitología yoruba, hijo de Yemayá y Orungán. Fue el tercer soberano del estado imperial de Oyo, cuya capital, Ife, ubicada en las cercanías del Níger, fue cuna de los orichas creadores del mundo. La vida y hazañas de Changó se confunden en la mitología de África y América donde se le venera como al dios de la guerra, la fecundidad y la danza. En la sincretización con los santos católicos se le identifica con santa Bárbara.
- CHANKPALA:** Uno de los catorce orichas, hijo de Orungán y Yemaya. Se le tiene como causante de las enfermedades producidas por picaduras de insectos.
- CHINGADA (LA):** En México, expresión popular para aludir a la Muerte.
- CHYIDI:** Oricha de las pesadillas. Según los yorubas, los hechiceros se valen de él para atormentar a sus enemigos.
- DADA:** Oricha de la siembra. Hijo de Yemayá y Orungán.
- DIJINA-DIKA-TAMPE:** Entre los bantúes, fuerza cósmica. Creador supremo.
- DROGUE:** En Haití, amuleto protector.

DYOLA: Uno de los subgrupos que integran la gran familia mandé, habitantes de las tierras altas de la Costa de Marfil. Muchos de ellos participaron en la trata negrera como capataces en la cacería y transporte de esclavos en África.

¡EÍAI: Interjección africana para exaltar la emoción del relato.

EKOBO: Sinónimo de cófrade entre los ñáñigos de Cuba.

EL PUTAS: En Colombia y otros países de América, vocablo con que se expresa lo máximo en cualquier dimensión humana. El putas del bien, del mal, de la fealdad o de la belleza, etcétera.

ELEGBA, LEGBA, ELEGÚA, ESHÚ, ECHÚ, EXÚ: (El Poderoso). Distintos nombres para denominar al oricha intermediario entre los difuntos y los vivos. Es imprescindible su invocación y presencia para que desciendan las demás deidades. Sin su ayuda ningún difunto encuentra el camino que conduce hacia la Morada de los Ancestros.

¡ELÉYAYI: Interjección ñáñigo que expresa regocijo e incitación a la lucha.

EWE, EWE-FON: Grupo de pueblos ararás que habitaban la frontera de Togo y el Dahomey. Propensos al suicidio bajo la esclavitud.

FAN-BAFÁN: Importante nación del interior de las costas de Gabón en el golfo de Biafra

FELUPE: Pueblos que habitan las riberas del Gambia, en la costa de Berbesí. Hablan una lengua que parece derivarse del antiguo fula. Resistieron heroicamente a la esclavitud tanto en África como en América. A estos pertenecían los wolofs, cuya introducción fue prohibida por Cédula Real Española debido a sus constantes levantamientos.

FLOTE: Nombre dado a numerosas naciones del Congo desde el río Nyanga hasta el Dande. Debido a su alta población, debió sufrir la cacería combinada de negreros portugueses, holandeses, franceses e ingleses.

FULA: Nombre de uno de los más importantes reinos de siglo XII en la región subsahariana. Los fulas pertenecían al grupo de los mandé. A muchos de ellos se les conoció en América con el nombre genérico de mandingas o mandingos. Con el nombre de fula también se alude a un grupo caucasoide que a principios del siglo XIV vivía en las márgenes del Fouta Toro, al sur del río Senegal.

GALAMANI: Antiguo territorio mandinga.

GAFÚ: Región de la Costa de Malagueta (Marfil), donde habitaban los krus, o kraos, conocidos en América con el nombre de cetres (del río Dos Cestos). Este pueblo se distinguió por su rebeldía a la esclavitud y por la destreza de los que lo conformaban como nadadores y navegantes de la mar alta.

GELOFE, WOLOF: El imperio de los gelofes o wolofs se extendía desde el río Senegal hasta el río Gambia. Constituían catorce pueblos. (Véase *Felupe*).

GHANA: El más antiguo imperio de Nigeria gobernado por los negros sarakolés, estaba ubicado al oriente del río Senegal. Se tienen noticias de su existencia desde que los romanos abandonaron el norte de África, en el siglo IV a. de C. Su capital se llamaba El Ghaba. A Ghana se le conoce por el esplendor de su civilización.

GONJA: Uno de los pequeños pero importantes reinos de los twi que ocupaban la parte más austral de la Costa de Oro.

GREBO: Comunidad perteneciente al grupo étnico kru, habitaba la desembocadura del río Cavally, de donde les viene el nombre dado en América de negros caballos.

GRUNA: Socavón minero en el Brasil. Su extensión puede tener desde algunos metros hasta varios kilómetros. Explotados en forma rústica, suelen derrumbarse y aprisionar a los *garimpeiros* que buscan diamantes en el cascajo de sus vetas.

GUACAMOLE: Comida mexicana a base de aguacate.

GUEDE: En Haití, nombre dado a los vodús que tienen relación con la muerte, los cementerios y los entierros: barón Samedi, barón La Cruz, barón Cementerio, etcétera. Se les representa con cara de perro vestidos de levita y cubilete con algodones en las narices, boca y ano.

GUNGA ZUMBI: (Gran Señor). Nombre del jefe de los negros cimarrones brasileños que a partir del año de 1630 huyeron del entonces dominio de los holandeses para constituir una república independiente en el Estado de Alagoas, en la Sierra de la Barriga. Por diez años resistieron a holandeses y portugueses y finalmente, rodeados por fuerzas superiores al mando del capitán Domingo Irge Velho, *El Zumbi* y sus combatientes prefirieron arrojar al desfiladero de la montaña antes que volver a la esclavitud.

HIDALGO, MIGUEL: Sacerdote, blanco, iniciador de la lucha por la Independencia de México (1753-1811). Proclamó en 1810 la libertad de los esclavos.

HIPÓLITA: Una de las ayas negras y quien amamantó a Bolívar, considerada por este como su «padre y su madre», aludiendo a la temprana orfandad en que quedó al perder sus padres. Merece recordar también a Matea por los cuidados que le prodigó en su crianza.

HOLLER: Canto agudo y profundo con que los esclavos negros del sur de los Estados Unidos se comunicaban de una plantación a otra.

IBO: Pueblo de la gran familia carabalí, situado en su totalidad al este del Níger, en la provincia de Awerri. Los negreros lo acosaron permanentemente sacando de entre ellos grandes contingentes de nativos.

IFÁ-FA: Oricha del destino, imparcial, cuya emanación está grabada en sus Tablas Sagradas donde permanecen inscritos los destinos pasados, presentes y futuros de las personas y del universo. Se le presenta con dieciséis ojos, habitualmente cerrados, los que

solo puede abrir Elegba, mensajero de los orichas. Los adivinos o bakonós interpretan el destino de las personas mediante dieciséis mitades de nueces de cola o de palma, una por cada ojo. También suelen emplearse cauríes, campanillas, copas o platillos, considerados sagrados.

ILE-IFE: Antigua ciudad ubicada en el interior de la selva nigeriana, pero cerca de su límite septentrional. Fue el punto tradicional de dispersión de los fundadores de los distintos imperios yorubas: Oyo, Benín, Ghana, etcétera. Se tienen noticias históricas de ella desde comienzos del siglo XIII. La tradición oral cuenta que allí se originaron y viven los orichas creadores del mundo y de los padres del género humano.

ISÚ: Subgrupo de la familia ibo. (Véase *Ibo*).

IXTLE: (México). Caucho.

IYAA: Esposa de Obafulom. Según la mitología yoruba, igual que su marido, nacida de los huesos de la madre Yemayá. Se le considera como procreadora del género humano. (Véase *Obafulom*).

IYALA: Oriundo de la región comprendida entre los ríos Calabar y el Cross. Mestizo de yoruba y bantú.

IYAB: Habitante del delta del Níger, país del Brass, perteneciente a la familia yoruba.

IZOCO: Uno de los pueblos edo, situado al este del Níger y perteneciente al gran imperio de Benín.

JIM CROW: (Jaime Cuervo). Expresión alegórica con que se alude al racismo contra el negro en los Estados Unidos.

JUREMA: Árbol de mediano porte y follaje tupido. De su fruto los indígenas del Brasil preparan una bebida con efectos narcóticos y alucinógenos.

- KAABA:** Edificio de piedra negra en el centro de la Gran Mezquita de La Meca. Lugar sagrado que debe ser visitado por todo musulmán al menos una vez en el curso de su vida.
- KANEM:** Uno de los importantes reinos sudaneses en el valle del río Chad. Paso obligado entre el Nilo y el Níger.
- KARIMBA:** Territorio en el valle de Zambeze.
- KERINA:** Antigua ciudad citada en la tradición oral mandinga.
- KILUMBU:** Brujo, médico. Voz bantú.
- KONGORIOCO:** Uno de los orichas en los ritos congos. La tradición cuenta que llegó demasiado tarde a la repartición que hizo el Dios Supremo de los bienes de la naturaleza, resignándose a recibir el poder de ver las cosas ocultas y el don de la representación.
- KORA:** Especie de arpa construida con una gran calabaza como caja de resonancia y que usan los juglares yorubas para acompañarse en sus cantos.
- KRU:** Familia de pueblos que habitan en la desembocadura del río Cavally. (Véase *Grebo*).
- KULONDA:** Entre los bantú, semilla física y espiritual con la que un ancestro auspicia el nacimiento de una criatura sembrándola en el útero de su madre.
- KUSH:** El más antiguo reino africano al sur de Egipto, en la región que hoy ocupa el Sudán. Su existencia se remonta a 2000 años antes de Cristo y tenía por capital a Meroe. Alcanzó gran desarrollo cultural, siendo el único de los pueblos sudaneses con alfabeto.
- LEGBA, LEMBA:** (Véase *Elegba*).
- LINGA:** Tambor de madera utilizado para transmitir mensajes a larga distancia.
- LISA-MAWU:** Deidad o principio supremo en el panteón religioso del Dahomey. Encarna la dualidad esencial de los principios elementales: este-oeste, sol-luna, hombre-mujer, etcétera. Este creador repartió

el universo entre sus catorce hijos (orichas), dándole a cada uno un dominio particular: el cielo, la tierra, la lluvia, el trueno, etcétera.

LOA: Uno de los muchos nombres dados a orichas o vodús.

LOBA BLANCA: En esta novela, expresión para caracterizar a los blancos esclavistas o racistas.

LUMBALÚ: Toque funerario de tambor para invocar a Legba entre los negros del Palenque de San Basilio, Colombia. (Véase *Palenque y Yambalú*).

MACUMBA: Una de las formas del candomblé brasileño al cual se le han sumado influjos de ritos indígenas. La tradición popular suele asociarlo a prácticas hechiceras. (Véase *Candomblé*).

MAGARA: Vida, inteligencia. Fuerza espiritual que interviene en la formación biológica de un ser humano. (Véase *Kulonda*).

MANDACARÚ: Especie de cactus brasileño.

MANDINGA: Comunidad yoruba que ocupaba el territorio entre el río Gambia hasta el Onassoulou, a través del Bambouk. A mediados del siglo xi constituía el pequeño Estado de Kangaba. Conquistado por los árabes en el siglo xiii, comenzó su expansión bajo el mando de Sundjata quien extendió su territorio a los estados de Ghana y Mali. Los mandinga eran temidos por los negreros debido a su tendencia a rebelarse bajo la esclavitud.

MANICONGO, MANIKONGO: Nombre del reino de los bekongos, de origen bantú, cuya capital era Mbanakongo, actual San Salvador. Fue fundado a finales del siglo xiv por los lubas, pueblo que se distinguió por su tradición en la herrería. Se extendía al sur del río Congo, entre el Atlántico y los ríos Kwango y Dande. En el siglo xvii se calculó su población en dos millones de habitantes. Conquistado por los portugueses a fines del siglo xv, fue uno de los reinos africanos más devastados por el comercio negrero.

MAI: Título de los soberanos de los reinos de Kanem y Bornu. (Véanse *Kanem y Bornu*).

MALI: Pequeña villa en la margen izquierdo del alto Senegal Níger, residencia de una de las dinastías más antiguas del mundo: la mandinga. Sin embargo, su poderío solo comenzó en 1050 cuando uno de sus jefes se convirtió al islamismo, trasformándose en el siglo XIII en un poderoso imperio que amalgamó a los pueblos circunvecinos. Timbuctú y Walate fueron sus más prósperas ciudades, centros de una esplendorosa civilización.

MALINKÉ: (Véase *Mandinga*).

MAL DE LOANDA: Disentería.

MAMELUCO: Berberisco.

MARABÚ: Entre los islámicos, asceta, santo. Ave zancuda africana.

MARACANÁ: Especie de loro (Brasil).

MASSAI: Pueblo nómade, habita en la región fronteriza entre Kenya y Tanzania. Guerreros belicosos, la actividad propia de los varones adultos es la guerra. Según sus tradiciones, en el reparto hecho por los dioses, entre los pueblos, a ellos les tocó velar por las praderas y los rebaños.

MAYOMBÉ: En Cuba, secta de los congos en la que se adora al dios Zarabanda. En el culto a Mayombé se invoca el alma de los muertos.

MAYOMBERO: Persona dedicada a la hechicería en el culto a Mayombé.

MESQUITE: En México, árbol leguminoso parecido a la acacia.

MODIMO: Difunto. (Plural *Bazimu*).

MONOMOTAPA: Nombre dado al soberano entre los vakarangas. Su territorio se extendía en el Valle del Zambeze desde la garganta del Kariba hasta el mar. Sus primitivos ascendientes, los mashonas, construyeron las ciudades y murallas de la Gran Zimbawe. (Véanse *Vakaranga* y *Zimbabwe*).

MORELOS, JOSÉ MARÍA: Sacerdote, héroe de la independencia de México (1775-1815). Mestizo triétnico (indio, negro y blanco). En la Constitución proclamada por el Congreso de Apatzingán confirmó la libertad de los esclavos proclamada por el padre Miguel Hidalgo en 1810.

MOZAMBO: En Brasil, zambo o mulato que trata de desconocer su sangre negra.

MULECONA: Término utilizado por los esclavistas para referirse a las niñas esclavas que no habían entrado a la pubertad. (Véase *Muleque*).

MUNTU: Singular de bantú. (Véase *Bantú*).

MULEQUE: Término despectivo derivado de mulo con el que los negreros se referían a los niños esclavos impúberes.

NEMBE: Comunidad carabalí que habitaba el delta del Níger, país del Brass, donde existió una factoría de esclavos.

NGALA: Comunidad congoleña que en 1570 se rebeló contra el rey Nzinga, aliado de los portugueses.

NGANGA: Hechicero, conocedor de las fuerzas de la naturaleza.

NIÁGARA (MANIFIESTO DEL): Nombre que adoptaron los intelectuales negros norteamericanos, encabezados por Burghardt Du Bois, para luchar por los derechos cívicos y culturales de su raza. Aludía a las famosas cataratas como emblema de la libertad.

NIANI: Nombre original de Mali. (Véase *Mali*).

NÍGER: Uno de los ríos más caudalosos de África que corre de este a oeste y desemboca en el Golfo de Guinea a través de siete bocas. En su ribera se asentaron los más importantes reinos de la civilización sudanesa.

NIGGER: Vocablo despectivo para aludir a los negros descrestados en los Estados Unidos.

NIGERATO: Dícese de la actitud, ideales y poder económico alcanzado por ciertos grupos de negros en los Estados Unidos.

NYAMWEZI: Pueblo que habita la región centro occidental de Tanganyca.

Se distinguió por sus habilidades para el comercio y el transporte de colmillos de elefantes. Fue utilizado por los árabes para incrementar el tráfico negrero en los reinos vecinos de Buganda, Karagwe y BUNDYORO.

ÑGOLA: Título hereditario del gobernante de la provincia de Ndongo (Congo), una de las muchas que componían el reino de Manicongo. De la palabra ñgola se derivó el nombre de Angola. (Véase *Manicongo*).

OBÁ: Hija de Orugán y Yemayá. Hermana y esposa de Changó.

En la mitología yoruba se le considera diosa del río del mismo nombre y dio origen a un culto en la región de Takún, Costa de Oro.

OBÁFULOM: Esposo de Iyaa, ambos nacieron de los huesos de la madre Yemayá. En la mitología yoruba se les considera procreadores de la familia humana.

OBATALÁ: Primer hombre mortal creado por Odumare, conjuntamente con su cónyuge Odudúa. Se le representa como un jinete montado en su caballo. (Véase *Odudúa*).

OBOTÓ: Entre los bantúes, deidad de las aguas; corresponde a Yemayá en la mitología yoruba.

OCHOSÍ: Hijo de Yemayá y Orungán, oricha protector de los cazadores y animales salvajes.

OCHÚ: Hija de Yemayá y Orungán, oricha de la luna.

ODUDÚA: Primera mujer creada por Odumare conjuntamente con Obatalá, su esposo. Estos fueron los padres de Aganyú y Yemayá. En la mitología yoruba, Odudúa es oricha de la Tierra. Se le representa en forma de madre sentada que da de mamar a su niño.

ODUMARE: Supremo dios omnipotente. Jamás se le invoca ni representa, pues siempre está presente. Su naturaleza comprende tres diferentes

espíritus: Odumare Nzame, principio creador de la vida y del universo; Olofi, su proyección en la tierra, ordenador de la fuerza vital, las costumbres y las leyes; y Baba Nkawa, espíritu luz que anda por los espacios siderales creando nuevos mundos.

OGÚN: Oricha del hierro y el fuego, a quien los yorubas hacían sacrificios humanos o de animales antes de ir a la guerra. En África se le conoce bajo siete formas diferentes y en Haití constituye toda una familia, los Ogúns: Ferraille, Badugru, Ashadé, Balindjo, y otros, todos relacionados con la guerra.

OGÚN FERRAILLE: Alimentador del fuego y protector de los forjadores y soldados.

OKE: Hijo de Orungán y Yemayá, oricha de las montañas y protector de quienes habitan en sus cimas.

OLMECA Cultura arcaica de México que existió en las tierras bajas del Atlántico entre los valles del río Papaloapan y Grijalva. Se distinguió por sus monumentales cabezas esculpidas en piedra con rasgos negroides. Su origen es desconocido, pero hay arqueólogos modernos que la relacionan con una posible migración africana.

OLOKÚN: Hijo de Yemayá y Orungán, oricha de las profundidades submarinas, siempre rodeado de hombres, peces y sirenas con quienes copula. Se le considera hermafrodita.

OLOSA: Hija de Orogún y Yemayá, concubina de su hermano Changó. Tiene por mensajero al cocodrilo y es protectora de los pescadores.

OMO-Oba: Primer y único hombre inmortal creado por Odumare. Debido a su soberbia e irreverencia ante su creador, fue perseguido por este con fuego y centellas. Para escapar a las quemaduras, Omo-Oba se refugió en el corazón de la tierra, donde es perseguido por el fuego. Sus suspiros y ayes producen las erupciones de los volcanes. De vez en cuando sale de sus abismos a predicar entre los hombres la desobediencia a las leyes establecidas por Odumare y los orichas.

ORICHA: Nombre dado a las supremas deidades de la religión yoruba.

Sinónimo de vodú, ogún, loa, guede, zaka, etcétera. Solo en el panteón yoruba se conocen más de cuatrocientos orichas a los que constantemente se agregan otros nuevos en África y América.

ORÚN: Hijo de Yemayá y Orungán, oricha del sol.

ORUNGÁN: Hijo de Aganyú y Yemayá, único hijo de la primera pareja mortal de Obatalá y Odudúa. Muerto su padre Aganyú, al llegar a la pubertad violó y fecundó a su madre Yemayá, quien después de siete días de muerta dio a luz a los catorce orichas más importantes del panteón yoruba.

ORUNLA: Oricha poseedor de las Tablas de Ifá en donde está inscrito el destino de los hombres.

OSACHÍN: Oricha de los curanderos. Su símbolo es un halcón posado en una rama.

OSHÚN: Hija de Yemayá y Orungán, por tanto hermana de Changó y una de sus concubinas. Oricha del río africano que lleva su nombre. Se la venera como deidad del amor y del oro.

OYA: Hija de Orungán y Yemayá, una de las concubinas de su hermano Changó. Oricha del río Oya (Níger). Se le representa con nueve cabezas que simbolizan los tributarios del Níger. Su mensajero es Alefi, el viento. Es patrona de la justicia y ayuda a fortalecer la memoria. En su mano derecha porta una llama de donde Changó alimenta su fuego.

OYÉ: Oricha de las tormentas. Se le representa como un poderoso gigante que sopla los vientos.

OYO: Antigua capital del estado de su mismo nombre, uno de los más importantes reinos yoruba. Estaba ubicada al norte de la foresta en el Valle del Níger. Desde la Edad Media se hizo famosa la caballería de sus emperadores, el tercero de los cuales fue Changó.

PADILLA, JOSÉ PRUDENCIO: Marino y héroe de la Independencia de Colombia y Venezuela, llamado por antonomasia el «almirante» (1778-1828). Zambo triétnico (indio, negro y blanco). Peleó en la batalla de Trafalgar como súbdito de la Corona de España. Venció en la batalla de Maracaibo a la flota enemiga en inferioridad de condiciones, con la cual se puso término a la dominación hispánica en Suramérica.

PAJÉ: En el Brasil, hechicero indio.

PALENQUE: Nombre de los reductos de resistencia armada de los esclavos fugitivos o cimarrones. En Brasil, recibe el nombre de quilombo.

PAPALOA: Sacerdote del culto vodú.

PORACÉ Ritual religioso de los indios tupíes (Brasil).

QUETZALCÓATL: Uno de los fundadores y legisladores del pueblo azteca. Sus adoradores consideraban que el Monte Mixcoatl es su templo. Al morir, su corazón se transformó en la aurora, de donde le viene su nombre.

QUILOMBO: Nombre dado en el Brasil a los palenques donde se refugiaban y resistían los africanos evadidos de la esclavitud.

RADA: Golfo.

RASTAFARI: Movimiento religioso entre los negros de Jamaica que acepta la reencarnación. Se opone al redentismo protestante y en general al misionerismo de los blancos. Predica el regreso del pueblo negro americano a Etiopía, la tierra del rey Salomón y la reina Saba. Adoran al Ras-Tafari, dios viviente y al Negus de Etiopía. Se considera que el precursor del movimiento fue Marcus Garvey en sus discursos y artículos desde 1920.

SALMIRON, SALMERON: Bebida fermentada a base de una variedad de trigo africano.

SENZALA: Nombre que se le daba a las casamatas en el Brasil. Lugar oscuro y nauseabundo donde se hacinaba a los esclavos para su venta.

SHEPERD: Nombre dado al jefe de ciertas sectas religiosas en Jamaica, entre ellas el tatarismo. (Véase *Rastafari*).

SLUM: Tugurio.

SOFALE: Río, región y puerto de Mozambique donde confluía el tráfico negrero de los portugueses.

SOUL: Alma, espíritu, sombra. En referencia al contexto norteamericano, alude a la mayor autenticidad del sentimiento del negro.

SWAHILI: Comunidad del África oriental en la costa del Zanzíbar desde Malinde a Kilwa. *Swahili* quiere decir hombre de la costa, idioma de este pueblo.

TLÁLOC:(El Germinador). Entre los aztecas dios de la lluvia.

TOTONACA: Antigua cultura en la vertiente oriental de México.

TUAREG: Pueblo nómada de raza berberisca que habita en el Sahara. (Véase *Berberisco*).

UJJI: Capital de Tanganika, antiguo centro donde los árabes y luego los portugueses establecieron su comercio de esclavos y marfil. En este lugar el explorador norteamericano Stanley encontró a Livingston.

VERAKANDA: Nombre de una de las más importantes comunidades shonas de la Rhodesia meridional, zona de grandes yacimientos auríferos. Su más antigua capital fue la Gran Zimbabwe. (Véase *Zimbabwe*).

VAÍS: Pueblo mandinga que ocupa las costas de Sierra Leona y Liberia. Fueron involucrados por los portugueses en el tráfico negrero como intermediarios, cazadores y esclavos. Sus excursiones de cacería las realizaban en el interior, especialmente sobre los kpwesi.

VODÚ: Religión africana, originaria de los pueblos yorubas del Dahomey que se sincretizó con la de los bantúes. En América logró revivir particularmente en Haití y Brasil. Erróneamente se le considera como un culto a la serpiente Dan. En realidad se inspira en una filosofía ontogénica a partir del lazo que une los vivos con sus ancestros y orichas. (Véase *Oricha*).

VODÚN: Vodú. Sinónimo de oricha.

WALLAGARA: Antiguo distrito al suroeste de Ghana, famoso por sus ricas minas de oro.

WOLOF: Antigua nación constituida por catorce reinos que se extendían entre los ríos Senegal y Gambia. Los wolof se caracterizaron por su rebeldía y belicosidad. Protagonizaron en Santo Domingo la primera revuelta antiesclavista, por lo que fue prohibida su introducción en América por Cédula Real.

XEMES O CEMÍES: Nombre dado por los tainos a sus ancestros y difuntos.

YACA: Fruto de la familia de las moráceas (Brasil).

YACUBA: Bebida refrescante preparada con harina de mandioca, azúcar o miel, a la que suele agregarse aguardiente (Brasil).

YEMAYÁ: En la mitología yoruba, hija de Obatalá y Odudúa, única hermana y mujer de Aganyú. Fecundada por su hijo Orungán, dio a luz a los catorce orichas más importantes de la religión yoruba. De sus huesos nacieron igualmente Obafulom e Iyaa, padres del género humano. Controla las mareas, la corriente de los ríos y en general el agua en todas sus manifestaciones.

YORUBA: El más extenso, importante y duradero de los imperios ubicados en la floresta del Níger, cuya capital estaba en la ciudad sagrada de Ile-Ife. Se le considera asiento de la más desarrollada de las antiguas civilizaciones africanas, especialmente por el dominio artístico del bronce. Aunque se le atribuyen influencias de Egipto, lo cierto es que el arte de los yoruba es único y sin parangón en el mundo. Las ciudades yorubas eran amuralladas, poseían ejércitos de caballería y comerciaban con oro, marfil, cola y telas. El término yoruba tiene connotaciones lingüística y étnica en el cual se agrupan todos los pueblos del área subsahariana desde el este al oeste africano.

YOLOFO-WOLOF: (Véase *Wolof*).

- YAMBALÚ:** Ceremonia funeral haitiana en la cual se invoca a Legba, equivalente al lumbalú de los negros del Palenque de San Basilio (Colombia).
- ZAGHAWA:** Reino sudanés. En su parte oriental limita con el alto Egipto. Comprende muchas tribus distribuidas en poblados con vastas zonas cultivadas principalmente de judías, mijo y trigo.
- ZAMBEZE:** Uno de los ríos más caudalosos de África que desemboca en el Océano Índico.
- ZARABANDA:** Entre los congos, considerado como el equivalente a Changó, oricha de la guerra.
- ZIMBABWE:** Antigua capital del reino de Karanga, a unas cien millas al norte de la actual Salisburg en el Valle del Zambeze. Famosa por sus construcciones en piedra. El Templo, la Ciudadela, la Torre Cónica, las Murallas fueron construidas a lo largo de los siglos xi al xv.
- ZULÚ:** Pueblo bantú; habita el extremo austral de África. Sus antepasados remotos fueron los primitivos shosas, tambúes, bondos y mgunis. Los zulúes se distinguieron por su gran organización militar y por la resistencia heroica que ofrecieron a los esclavistas árabes y portugueses, así como a sus colonizadores, los boers. Los árabes les dieron el nombre de cafres (kafir, infiel), debido a su rechazo a todo intento de islamización.
- ZUMBI:** (Véase *Gunga Zumbi*).

Esta colección fue realizada por
el Área de Literatura
del Ministerio de Cultura con
motivo de la Conmemoración
del Bicentenario de las
Independencias.

Coincide con el inicio de
la ejecución del programa
de memoria afrocolombiana,
siguiendo las recomendaciones
hechas por la Comisión
Intersectorial para el Avance de
la Población Afrocolombiana,
Palenquera y Raizal y el
CONPES para la igualdad de
oportunidades.

Esta publicación es
financiada en su totalidad
por el Ministerio de Cultura.

Bogotá, mayo de 2010.

BIBLIOTECA DE LITERATURA AFROCOLOMBIANA

I

La bruja de las minas
Gregorio Sánchez Gómez

II

Las estrellas son negras
Arnoldo Palacios

III

Changó, el gran putas
Manuel Zapata Olivella

IV

No give up, Maoni! ¡No te rindas!
Hazel Robinson Abrahams

V

*Vivan los compañeros.
Cuentos completos*
Carlos Arturo Truque

VI

Cuentos escogidos 1964-2006
Óscar Collazos

VII

*Sobre nupcias y ausencias,
y otros cuentos*
Lenito Robinson-Bent

VIII

Cuentos para dormir a Isabella
TRADICIÓN ORAL AFROPACÍFICA
COLOMBIANA

RECOPILACIÓN Y PRÓLOGO
BAUDILIO REVELD HURTADO

IX

Cantos populares de mi tierra
Secundino el zapatero
Candelario Obeso

X

Tambores en la noche
Jorge Arteel

XI

Evangelios del hombre y el paisaje
Humano litoral
Helcias Martán Góngora

XII

Antología íntima
Hugo Salazar Valdés

XIII

Obra poética
Pedro Blas Julio Romero

XIV

Obra poética
CIMARRÓN EN LA LLUVIA
JORNADAS DEL TANDÚ
Alfredo Vanín

XV

Obra poética
Rómulo Bustos Aguirre

XVI

*Antología de mujeres poetas
afrocolombianas*
RECOPILACIÓN Y PRÓLOGO
GUILLERMO CUESTA Y ALFREDO OCAMPO

XVII

Ensayos escogidos
Rogerio Velásquez
RECOPILACIÓN Y PRÓLOGO
GERMÁN PATIÑO

XVIII

*Manuel Zapata Olivella, por
los senderos de sus ancestros*
TEXTOS ESCOGIDOS
RECOPILACIÓN Y PRÓLOGO
ALFONSO MÚNERA

XIX

*Manual introductorio y
guía de animación a la lectura*



MANUEL ZAPATA OLIVELLA nació en Lórica, Córdoba, 1920, y murió en Bogotá en 2004. Muy niño llegó a Cartagena. Fue médico, antropólogo, folclorista y escritor. En los años sesenta y setenta dirigió la revista *Letras Nacionales*. Durante veinte años investigó para su novela central *Changó, el gran putas*, cuya solución poética encontró luego de pasar una noche desnudo en una de las oscuras y sofocantes bóvedas de la fortaleza de la isla Goré, prisión de Senegal en la cual eran reclusos los africanos cazados, antes de su traslado en barcos al Nuevo Mundo.

Esta novela y gran epopeya es un inmenso fresco que cubre quinientos años de historia, para la cual Zapata recurrió a lo que denominó «realismo mítico». Da cuenta de los dioses tutelares y cosmovisión de la religión yoruba, incorpora proverbios, trabalenguas, cuentos de hadas y canciones de la tradición africana. Recorre las hazañas de los héroes negros en las revoluciones americanas. Zapata demuestra que los negros nunca impusieron nada a nadie, más bien contagiaron su baile, sensualidad, comida, lenguaje.

El profesor Darío Henao Restrepo, en el prólogo, explica la concepción subyacente a esta obra: «El principio filosófico del muntu, que rige su elaboración poética, implica una connotación del hombre que incluye a los vivos y difuntos, así como animales, vegetales, minerales y cosas que le sirven. Se trata de una fuerza espiritual que une en un solo nudo al hombre con su ascendencia y descendencia, inmersos en el universo presente, pasado y futuro».

